



NUEVA
HISTORIA 4
UNIVERSAL

EL MUNDO EN EL SIGLO XX
1900-1945



Constantino Torres Fumero y Sergio Guerra Vilaboy
Coordinadores de la obra

Evelio Díaz Lezcano
Director del volumen

Colectivo de autores de la obra

DrC. Lilián Moreira de Lima
Profesora Titular de Historia Universal

DrC. Constantino Torres Fumero
Profesor Titular de Historiografía General

DrC. Evelio Díaz Lezcano
Profesor Titular de Historia
Contemporánea

DrC. Sergio Guerra Vilaboy
Profesor Titular de Historia
de América

DrC. Reinaldo Sánchez Porro
Profesor Titular de Historia de África
y Medio Oriente

Mta. María del C. Maseda Urra
Profesora Auxiliar de Historia
de África

DrC. María Teresa Montes de Oca
Profesora Titular de Historia de Asia

NUEVA
HISTORIA
UNIVERSAL 4

EL MUNDO EN EL SIGLO XX
1900-1945



IMAGEN  CONTEMPORANEA

LA HABANA, 2021

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA

Director:

Eduardo Torres-Cuevas

Subdirectora:

Yasmín Ydoy Ortiz

Director artístico:

Luis Alfredo Gutiérrez Eiró

Administradora Editorial:

Yarianny Ortiz Silot

Editor consultante:

Luis M. de las Traviesas Moreno

Responsables de la edición:

Gladys Alonso González

Luis M. de las Traviesas Moreno

Diseño, emplane, digitalización de imágenes
y realización de mapas:

Luis Alfredo Gutiérrez Eiró

Todos los derechos reservados.

© Sobre la presente edición digital en PDF:
Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA, 2021

ISBN 978-959-293-056-8 Obra completa
ISBN 978-959-293-060-5 Tomo IV

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA
Centro Interdisciplinario Casa de Altos
Estudios Don Fernando Ortiz,
Universidad de La Habana, L y 27,
Vedado, La Habana, CP 10400, Cuba.
email: yariortiz@ffh.uh.cu
yasminortiz@ach.ohc.cu

Índice

Introducción	IX
EL COMIENZO DEL SIGLO XX	1
Características generales	3
Cultura y vida cotidiana en el período	16
GUERRA Y REVOLUCIÓN	25
La Primera Guerra Mundial	27
LAS CAUSAS DE LA GUERRA	27
DE LA “GUERRA RELÁMPAGO” A LA DE POSICIONES	31
TENTATIVAS DE PAZ	36
EL CRUCIAL AÑO DE 1917	37
LA GUERRA EN EL MAR Y EL AIRE	39
EL AÑO FINAL	41
LA GUERRA EN ÁFRICA Y EL PACÍFICO	42
LA CONFERENCIA DE PARÍS	43
LOS TRATADOS DE PAZ	44
Rusia en Revolución	49
RUSIA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX	49
LA APORTACIÓN TEÓRICA DE LENIN	52
LAS REVOLUCIONES DE 1917	54
LA GUERRA CIVIL	59
ACONTECIMIENTOS DESTACADOS DE LAS REVOLUCIONES RUSAS DE 1917 Y DE LA GUERRA CIVIL	64
La crisis de posguerra	66
FIGURAS SOBRESALIENTES DE LA GUERRA	73
BREVE CRONOLOGÍA DE LA GUERRA	75
EUROPA ENTRE LAS DOS GUERRAS MUNDIALES	77
Características generales	79
La crisis de la democracia liberal	83
INGLATERRA	86
FRANCIA	91
El fascismo	99
EL FASCISMO ITALIANO	100
EL NACIONALSOCIALISMO (NAZISMO) ALEMÁN	109

Las repercusiones de la guerra	110
Del <i>putsch</i> de Munich a la crisis del 29	111
El nacionalsocialismo en el poder	115
EL FALANGISMO ESPAÑOL	119
El bienio negro (1933-1935)	123
Del triunfo del Frente Popular a la guerra	125
La guerra civil	127
LA EVOLUCIÓN DEL SOCIALISMO SOVIÉTICO	135
La era de Stalin	139
Cultura y vida cotidiana en el período	147
PRINCIPALES APORTES DE LA CIENCIA Y LA TÉCNICA EN EL PERÍODO ENTREGUERRAS	159
ESTADOS UNIDOS Y AMÉRICA LATINA ENTRE LAS DOS GUERRAS MUNDIALES. EL CASO DE CANADÁ	163
Estados Unidos en la década del 20	165
América Latina en la década del 20	171
DESPERTAR DE LA CONCIENCIA ANTIMPERIALISTA LATINOAMERICANA	171
LAS REVOLUCIONES FRUSTRADAS LATINOAMERICANAS DE LOS AÑOS 30	173
EL ESTADO NOVO VARGUISTA EN BRASIL	186
ASCENSO DEL FASCISMO EN AMÉRICA LATINA	187
EL <i>NEW DEAL</i> DE FRANKLIN D. ROOSEVELT Y SU POLÍTICA DEL “BUEN VECINO”	190
El caso de Canadá	195
Cultura y vida cotidiana en la región	198
ASIA, ÁFRICA Y MEDIO ORIENTE EN EL PERÍODO DE ENTREGUERRAS	215
Asia en este período	217
EL PARTICULAR CASO DE JAPÓN	217
LA COMPLEJA REALIDAD DE CHINA	222
EL AUGE DEL MOVIMIENTO INDEPENDENTISTA EN LA INDIA	227
ASIA SUDORIENTAL. EL DESARROLLO DE LOS MOVIMIENTOS NACIONALISTAS	231
CULTURA Y VIDA COTIDIANA EN ASIA EN EL PERÍODO ENTREGUERRAS	235
El Medio Oriente	239
CULTURA Y VIDA COTIDIANA EN EL MEDIO ORIENTE DE ENTREGUERRAS	249
El África subsahariana	256
CULTURA Y VIDA COTIDIANA EN EL ÁFRICA DE ENTREGUERRAS	279
LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	287
Principales características	289
LAS CAUSAS DE LA GUERRA	289
ARMAS Y TÁCTICAS	302
LA PRIMERA FASE: LA SUPREMACÍA DEL EJE	304
LA SEGUNDA FASE: LA EXPANSIÓN DE LA GUERRA	313

LA TERCERA FASE: EL CAMBIO DE RUMBO DE LA GUERRA	320
CONSECUENCIAS INMEDIATAS DE LA GUERRA	332
El costo humano	332
El costo material y psicológico	333
Cambios territoriales	335
La economía	337
La organización de la paz	337
FIGURAS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	341
PRINCIPALES SUCESOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	344

Introducción

El mundo en la época moderna. Siglo XIX

La historia de la humanidad, en su ininterrumpido devenir, se tornó cada vez más densa, diversa y complicada. Desde la comunidad primitiva hasta el fin del feudalismo, la sociedad —el hombre y su entorno— experimentó grandes cambios y aún más grandes fueron los que acaecieron desde entonces y hasta finales del siglo XIX. En el siguiente, el salto resultó extraordinario en todos los sentidos. La riqueza y complejidad de lo acontecido entonces alcanzaron niveles sin precedentes. El presente volumen de la Historia Universal abarca el período contemporáneo, desde los albores de la pasada centuria hasta la conclusión de la Segunda Guerra Mundial.

Como en los anteriores tomos de esta obra, no pretendemos realizar una descripción detallada y cronológica del acontecer histórico, sino que partimos de la selección de una serie de hechos y problemas relevantes que, estudiados en sus interrelaciones, nos permiten ofrecer una visión general de la dinámica histórica en la primera mitad del siglo que nos antecedió.

Comenzamos la primera parte de la historia contemporánea con una breve caracterización de las transformaciones experimentadas por el mundo en los primeros años de ese siglo que condujeron a un conflicto generalizado para promover un nuevo reparto del planeta entre las grandes potencias. A continuación se describen y analizan, siempre en apretada síntesis, acontecimientos y procesos de gran importancia histórica como la Primera Guerra Mundial y sus consecuencias; el declive de Europa frente a Estados Unidos; el surgimiento y posterior evolución del Estado soviético; la crisis del liberalismo y, como contrapartida, el auge del fascismo y de movimientos afines a éste; las luchas de los pueblos colonizados y dependientes de Asia, África y América Latina contra la dominación imperialista y, por último, la Segunda Guerra Mundial, el mayor y más destructivo conflicto bélico de la historia de la humanidad, cuyo desenlace configuró una nueva realidad internacional.

Este volumen agrupa referencias relativas al desarrollo científico-técnico y, las características más importantes de la vida cotidiana del período; también acerca de la evolución del movimiento cultural. Para este último aspecto se contó con la colaboración del doctor Ángel Pérez Herreros. A lo largo del texto se insertan numerosos recuadros que proporcionan información adicional en torno a hechos importantes, personalidades destacadas, libros sobresalientes, curiosidades históricas, etc. A su vez, devienen importantes las cronologías sobre acontecimientos tan trascendentales como las revoluciones rusas de 1917 y los dos conflictos mundiales, así como una gran diversidad de mapas, esquemas, fotografías y reproducciones pictóricas y grabados.

Aunque utilizado una variada bibliografía para su elaboración, en este libro reflejamos, en esencia, una visión cubana del proceso histórico contemporáneo, fruto de la experiencia acumulada durante muchos años de trabajo docente e investigativo en el ámbito universitario. Preservando el riguroso tratamiento que merece la historia, nos hemos esforzado para presentar un texto escrito con un lenguaje claro, sencillo y lo más ameno posible; de manera que pueda utilizarse no sólo por los estudiantes interesados, sino que se convierta en un instrumento para lograr una formación cultural integral, cada día más sólida, en amplios sectores de nuestra población.

El comienzo del siglo xx



Características generales



Cultura y vida cotidiana en el período



Baudet

Morse

Lord Kelvin

Julius

U.S. Thomson

Marcel

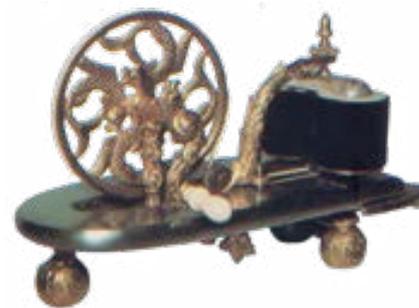
Helmholtz

A. C. Brown

Planck

W. Wien

Características generales



La llegada del siglo xx, erróneamente celebrada en muchos lugares —según se plantea hoy— en la noche del 31 de diciembre de 1899 al 1º de enero de 1900, tuvo lugar en un mundo inmerso en profundas transformaciones, resultado de los cambios operados en las últimas tres décadas de la anterior centuria. En aquel período, el capitalismo, en plena expansión después de superar los efectos de la crisis de 1873, pasaba con rapidez de la libre competencia a la etapa monopolista —debido a la concentración de la producción y los capitales, impulsada por los avances científico-técnicos de la época—, promoviendo el reparto territorial del orbe y la creación de una economía planetaria.

Los primeros 15 años del siglo fueron de expansión económica, con breves crisis de desigual incidencia geográfica en 1903, 1907 y 1911-1913. Los países más favorecidos fueron los industrializados de Europa, Estados Unidos y, en menor medida, Japón y los dominios británicos de Canadá, Australia y Nueva Zelanda. En aquellos años, los descubrimientos científicos, comenzados con anterioridad, continuaban avanzando y se modernizaban tecnológicamente los sectores tradicionales de la industria (textil, minero, mecánico), al tiempo que se desplegaron de manera acelerada nuevas ramas como la química, la siderúrgica, la petrolera, la eléctrica, la automotriz y la de la aviación. Este proceso fue acompañado

por el desarrollo del transporte ferroviario y marítimo, lo cual favoreció los movimientos migratorios, el incremento de los intercambios comerciales y la movilidad de los capitales. El alto costo de la renovación tecnológica promovió el auge de los monopolios industriales y bancarios y su fusión, lo cual originó el capital financiero. Ello determinaría el creciente control de la economía mundial por un reducido grupo de gigantes, desvirtuándose significativamente la esencia del liberalismo económico; o sea, la libre competencia.

El dinamismo industrial se desconoció en una parte de Europa central y oriental e, incluso, en países de Occidente como España y Portugal, así como en América Latina, la mayor parte de Asia y en África; regiones caracterizadas por una economía atrasada con marcados desequilibrios estructurales. En el mejor de los casos, la escasa industria existente allí estaba controlada por las grandes potencias y se desarrollaba en detrimento de las actividades tradicionales. Los ingresos derivados de la exportación de productos con gran aceptación internacional (caucho y café en Brasil, carne y trigo en Argentina y Uruguay, azúcar en Cuba, nitratos en Chile, tabaco en Turquía, algodón en Egipto), beneficiaban a las grandes empresas internacionales y a una elite local que consumía sus ganancias en una vida suntuosa, en escandaloso contraste con la del resto de la población.



La explotación infantil contribuyó a erigir las opulentas sociedades de principios de siglo.

El auge económico estuvo sustentado en el aumento de la población, principalmente en los países avanzados de Occidente, donde ocurría un notable cambio en la composición de la sociedad. En ellos se fortaleció de forma considerable el papel de la burguesía y disminuyó el de la aristocracia terrateniente. Al mismo tiempo, crecieron los sectores medios debido al incremento del personal técnico y administrativo, así como a la multiplicación de las llamadas profesiones liberales; es decir, médicos, abogados, profesores y otros. Pero el hecho más importante fue el vertiginoso aumento experimentado por la clase obrera, que en los países de mayor dinamismo industrial, como los casos de Alemania y Estados Unidos, se duplicó en menos de 15 años. Esto explica el rápido desarrollo alcanzado por el movimiento sindical y por el movimiento

El auge sindical

Además del crecimiento de los sindicatos orientados por los socialistas, en este período surgieron otros con inspiración católica como, por ejemplo, la Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos. En varios países se crearon grandes confederaciones que agrupaban a muchos sindicatos.

socialista y explica, además, las fuertes luchas reivindicativas del período, mediante las cuales se obtuvieron en algunos lugares, poco a poco, el descanso dominical, la jornada de 10 horas, la prohibición del trabajo nocturno para las mujeres y para los niños menores de 12 años, y el seguro contra la invalidez y la vejez, entre otras ventajas que hoy nos pueden parecer tímidas, pero que entonces resultaban de gran valor.

El progreso económico no sólo trajo consigo el auge demográfico y la transformación de la estructura social, sino también la emigración hacia los centros urbanos, los cuales crecieron a un ritmo asombroso. En vísperas de la guerra mundial, en Europa occidental existían 184 ciudades con más de 100 000 habitantes, mientras a mediados del siglo anterior apenas llegaban a 50. Un fenómeno de igual magnitud tuvo lugar en Estados Unidos, donde se desarrollaron las grandes urbes como Nueva York y Chicago, y surgieron otras muchas concentraciones importantes. Por entonces también crecieron las capitales de unos pocos países atrasados, pues supuestamente ofrecían mayores oportunidades a las empobrecidas poblaciones del interior. Tales fueron, por ejemplo, los casos de México D.F., Río de Janeiro y Buenos Aires.

El cambio también fue apreciable en las condiciones de vida, debido a una mejor alimentación y al avance de las ciencias médicas. En 1870, la esperanza de vida en Europa era de 40 años para las mujeres y 39 para los hombres, hacia 1913 estas cifras pasaron, respectivamente, a 52 y 48. Una situación similar en todo el mundo solamente la tenía entonces Estados Unidos. Sin embargo, el bienestar se concentró en lo fundamental en los países más avanzados económicamente. Casi únicamente ellos se beneficiaron con la aplicación del descubrimiento de Robert Koch, en 1881, sobre el bacilo de la tuberculosis y del combate a las terribles epidemias de cólera, peste y malaria, cuya etiología y modo de prevención empezaron ahora a conocerse. Sólo los occidentales se beneficiaron de



El primer Ministerio de Salud Pública

A pesar de su atraso económico y su desastrosa situación sanitaria, Cuba fue el primer país del mundo que contó con un Ministerio de Salud Pública. El 27 de enero de 1909, el Departamento de Sanidad, creado en 1902, se convirtió en Secretaría (ministerio) de Sanidad, y al siguiente día fue nombrado como secretario (ministro) el doctor Matías Duque Perdomo.

la aspirina, fabricada en 1899; del descubrimiento de las vitaminas por el polaco Casimir Funk; de las primeras transfusiones de sangre, iniciadas en 1905; de la quimioterapia moderna, iniciada por Paul Erlich en 1910; de la aplicación de los rayos X, descubiertos por el alemán Wilhem Konrad Roentgen a fines de siglo; de las aportaciones del español Santiago Ramón y Cajal al conocimiento del cerebro; de la nueva técnica terapéutica, practicada por Sigmund Freud; de los barbitúricos, cuya comercialización se iniciaba entonces, y de muchos otros avances en diferentes campos, como los casos del teléfono, la radio y el automóvil.

En el ámbito político, a principios del siglo se destacó el progreso de la democracia

La radio

El descubrimiento de la radio se industrializó y extendió rápidamente por distintos países.

Como se recordará, en 1895, el ingeniero italiano Guillermo Marconi (1874-1937) completó sus trabajos acerca de las ondas electromagnéticas empleadas para la comunicación inalámbrica, descubriendo así la telegrafía sin hilos, de la cual nacieron después inventos tan asombrosos como la radio y, en parte, la televisión.



Autos de principios del siglo xx. Al centro, el primer Rolls-Royce de 1907.

liberal. Al Reino Unido, Francia y Estados Unidos se les consideraba el paradigma de este modelo, establecido también, con más o menos amplitud, en Italia, Bélgica, Holanda, Suiza, Suecia, Dinamarca, Noruega (independiente de Suecia desde 1905), Portugal, España y los dominios británicos de Canadá, Unión Sudafricana (para la minoría blanca), Nueva Zelanda y Australia. Una nación no se consideraba moderna, si no disponía —al menos formalmente— de instituciones propias de la democracia liberal. Esta tendencia general favoreció la implantación de formas democráticas en países que gozaban de prosperidad económica, pero mantenían regímenes



En 1902 se inaugura el metro de Berlín primero con tramos aéreos y subterráneos.



Emmeline Pankhurst, fundadora del movimiento sufragista británico.

autocráticos, como Alemania, el Imperio austro-húngaro y Japón. También en Rusia, las escasas clases medias y una parte de la aristocracia terrateniente trataron de introducir este tipo de instituciones, pero todo se redujo a las concesiones formales del zar tras la revolución de 1905. Los países de América Latina, atrasados y dependientes, prosiguieron bajo regímenes autoritarios o con sistemas democráticos muy limitados, mientras el resto del mundo, la mayor parte, estaba colonizado y no contaba desde el punto de vista político.

Emmeline Goulden Pankhurst (1858-1928)

Nacida en Manchester, Inglaterra, fue una activa luchadora por el sufragio femenino, falleció en Londres, el 14 de junio de 1928. Su esposo, Richard Marsden Pankhurst, era un abogado defensor de la igualdad de derechos para la mujer.

En 1889, Emmeline fue una de las fundadoras de la Liga para el Sufragio Femenino (WFL) y en 1903 organizó la Unión Social y Política de Mujeres (WSPU) en Manchester. Por sus actividades a favor de la mujer sufrió prisión en más de una ocasión.

En los países con democracia liberal se incrementó la participación política con la introducción paulatina del sufragio universal, si bien éste sólo se refería a los hombres mayores de 25 años. Las mujeres, que representaban en casi todas partes aproximadamente el 50 % de la población, no tenían derecho al voto, salvo en Noruega, a partir de 1913, y en los dominios de Nueva Zelanda y Australia, donde se les había concedido ese derecho a las féminas desde 1893 y 1902, respectivamente. La discriminación política de las mujeres provocó la aparición del movimiento *sufragista*; sobre todo, en Europa, donde sus participantes serían muchas veces duramente reprimidas. No obstante estas limitaciones, el avance democrático resultó notable en los países desarrollados. En todos ellos se ampliaron las libertades formales —sobre todo, las de prensa y asociación—, lo que permitió la existencia de agrupaciones y partidos políticos socialistas, hecho que facilitó la incorporación a la vida política de los obreros, cuyos representantes consiguieron acceder a los parlamentos, aunque casi siempre en número muy reducido. Por



Emmeline Pankhurst detenida por la policía británica, afuera del Palacio de Buckingham.



otra parte, la vida parlamentaria se tornó cada vez más democrática, gracias a la progresiva tendencia de dotar a las cámaras bajas de mayores poderes, en detrimento de los senados o cámaras altas, en los cuales imperaban los sectores aristocráticos tradicionales.

Hasta el estallido de la Gran Guerra, Europa desempeñó un papel protagónico en todos los sentidos, disfrutando de una indiscutible supremacía internacional, sustentada en factores demográficos, económicos, financieros e intelectuales, en el contexto de un período de relativa paz, que se prolongaba desde el conflicto franco-prusiano de 1870-1871. Con sólo la decimotercera parte de la superficie terrestre del globo, Europa se acercaba entonces a los 450 millones de habitantes, poco más de un cuarto de la población mundial. Los países industrializados del noroccidente europeo —en particular, Inglaterra, Alemania, Francia, Bélgica, Holanda y Suiza— aportaban cerca del 50 % de la producción industrial del mundo, al mismo tiempo que controlaban el comercio y prácticamente monopolizaban las operaciones financieras, incluida la exportación de capitales. En 1913, el 83 % de las inversiones internacionales procedían del Reino Unido, Francia y Alemania.

Semejante poderío económico y financiero se traducía en el dominio colonial europeo en casi toda África —las excepciones eran las independientes Liberia y Etiopía—, así como en la mayor parte de Asia y Oceanía, donde los europeos debieron enfrentar las pretensiones de Japón y Estados Unidos, ambos devenidos pujantes potencias imperialistas al inaugurarse el nuevo siglo. Europa también tenía una importante presencia en el continente americano y en el Caribe, zonas en donde contaba con varias posesiones coloniales y con una decisiva influencia en los países formalmente independientes, aunque allí era creciente la penetración estadounidense, predominante ya en Centroamérica y en una considerable parte de la región caribeña. Los europeos poseían, además, el



Fin de la era victoriana. El reinado de Victoria, en Gran Bretaña, terminó oficialmente el 22 de enero de 1901, con su muerte. Fue reemplazada por Eduardo VII.

dominio de los mares del planeta, seguidos desde lejos por nipones y norteamericanos.

El Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda constituía la principal potencia europea y mundial de principios de siglo. El imperialismo británico había logrado redondear un imperio con más de 40 millones de kilómetros cuadrados y unos 400 millones de habitantes distribuidos en todos los continentes. Este imperio era un importante suministrador de materias primas y receptor de mercancías y capitales. De todos los conflictos enfrentados para erigir y consolidar su imperio, a principios de siglo sólo subsistía uno importante: la llamada Guerra anglo-boer. El descubrimiento de yacimientos de oro en la pro-

El caso de Liberia

Creada en 1822 por una sociedad de colonización norteamericana para propiciar el regreso de los negros a la tierra de sus antepasados. Fue gobernada directamente por representantes de Estados Unidos hasta 1847, cuando se proclamó su independencia, pero continuó bajo tutela norteamericana.



En 1902, cuando Inglaterra domina una buena parte del planeta, muere Cecil Rhodes, un fervoroso imperialista.

vincia de Transvaal, controlada por colonos holandeses —llamados boers—, provocó la intervención británica, que hacia 1902 había doblegado la resistencia de los boers

y logrado así redondear sus posesiones en Sudáfrica.

La base del predominio de Inglaterra consistía en su poderosa industria y su hegemonía naval —tanto mercante como de guerra—, así como en su abundancia de capitales excedentes. Aunque la industria inglesa mostraba entonces cierto declive, debido al relativo retraso tecnológico causado por un largo período de monopolio comercial y como resultado de la competencia de otras potencias, particularmente de Alemania, el país continuaba siendo el mayor exportador mundial de productos manufacturados en vísperas de la guerra, ocupando igual lugar en lo referido a los préstamos e inversiones en el exterior. La libra esterlina, divisa internacional del sistema basado en el patrón oro, constituía la moneda de reserva y para el comercio mundial.

Parecía que el esplendor de la “era victoriana” se perpetuaba en Inglaterra, pero serios problemas amenazaban su ventajosa situación. En los años que precedieron a la guerra, el país era sacudido por una constante agitación reivindicativa de la creciente clase obrera, auspiciada por los



Manifestaciones antibritánicas en Dublín, capital de Irlanda, en el verano de 1913.



sindicatos (*trade unions*) y apoyada por el cada vez más influyente partido laborista; al mismo tiempo que se agudizaba el conflicto armado en Irlanda, cuyo pueblo luchaba tesoneramente por la independencia. A estos problemas, que trataron de resolverse (todavía en 1914 estaban vigentes) con algunas concesiones a los trabajadores y con el anuncio de una futura autonomía para Irlanda, se añadía el aún más grave asunto de la competencia comercial y naval de Alemania, que motivaría un giro en la política exterior británica. En previsión de una posible confrontación con los alemanes y sus aliados de la Triple Alianza, los ingleses abandonaron su “aislamiento” y buscaron una aproximación con Francia y Rusia, dos eternas rivales, lo cual lograron a costa de importantes concesiones en el ámbito colonial, quedando formada así la Triple Entente, entre 1904 y 1907.

Francia ocupaba el segundo lugar como potencia colonial, si bien su imperio (alrededor de 11 millones de kilómetros cuadrados y unos 50 millones de habitantes) resultaba mucho menos extenso y diverso que el británico. Ello, junto a su poderío económico y financiero, le confería un importante papel en Europa y en todo el mundo. Pero la posición de Francia estaba cada vez más amenazada por Alemania, que muy pronto la rebasó en cuanto a población y desarrollo industrial, lo cual profundizó la rivalidad entre ambas potencias, latente desde la Guerra franco-prusiana de 1870, que dio vida precisamente al segundo Imperio alemán. El famoso caso Dreyfus, que conmovió a la Tercera República francesa desde fines del siglo XIX, enrareció aún



Manifestaciones de júbilo por el fin del caso Dreyfus.



Guillermo II, el último emperador alemán, reinó de 1888 a 1918.

más la situación prevaleciente entre los dos países. La rivalidad alemana conduciría a la alianza franco-rusa de 1892 y unos años más tarde, al citado acuerdo con Inglaterra, así como al incremento del armamentismo y la demagogia nacionalista, como también ocurría en el resto de las grandes potencias.

Después de su unificación, Alemania conoció un prodigioso crecimiento demográfico. Sólo en las dos décadas anteriores a la guerra, la población aumentó en un 30 %, llegando a 65 millones de habitantes. El incremento poblacional estuvo acompañado por un espectacular progreso industrial; sobre todo, en la industria pesada, perfectamente acoplada a las nuevas tecnologías y con una organización racional de los métodos de producción, con el consiguiente desarrollo de la clase obrera, los sindicatos y el partido socialdemócrata, que alcanzó una notable influencia en la sociedad germana de principios de siglo. El poderío demográfico e industrial de Alemania, la impulsaba a buscar la formación de un verdadero imperio colonial (sólo poseía unos pocos territorios en África y el Pacífico), para lo cual había llegado



tarde, pues el mundo ya estaba repartido. A la postre, la prosperidad alemana y sus pretensiones coloniales conducirían a un choque cada vez mayor con los intereses de otras grandes potencias y a un inevitable conflicto, para el cual el país se preparaba de manera acelerada, impulsado por una agresiva gran burguesía y la ideología del pangermanismo.

El Reino de Italia, la otra potencia emergente en Europa, también conoció una notable explosión demográfica, al llegar a 35 millones de habitantes a principios de siglo, pero su desarrollo industrial, aunque intenso, era menor que en los casos anteriores y concentrado únicamente en las regiones del norte. El sur estaba dominado por los terratenientes, allí imperaban el atraso y la pobreza, por lo que sería fuente de un flujo constante de emigrantes —en particular, hacia Estados Unidos, Argentina y Brasil—, así como de innumerables problemas; entre ellos, la proliferación de la mafia. Italia se incorporó a la Triple Alianza en 1882, a pesar de sus pretensiones sobre territorios dominados por los austriacos (Tirol, Trentino y Trieste). A dar este paso la impulsó la ocupación francesa, en 1881, del territorio de Túnez, que ella pretendía. Pero condicionó su actuación a una acción defensiva. En la práctica, Italia coquetearía con ambos bandos en función de sus intereses y de la coyuntura internacional, mientras ampliaba y modernizaba su dispositivo militar. Al llegar tarde también al reparto del mundo, Italia buscaba afanosamente colonias. En 1896 fracasó en Abisinia, actual Etiopía, pero en 1911, aprovechando las rivalidades



Retrato oficial de Víctor Manuel III, rey de Italia, entre 1900 y 1946.

entre las dos grandes alianzas, derivó su expansión imperialista hacia el decadente Imperio turco, con la ocupación de Tripolitania, Cirenaica y Rodas, con las islas del Dodecaneso.

La iniciativa italiana fue mal acogida por su aliada Alemania, protectora a su vez de Turquía, y provocó los recelos de Francia; pero ambas aceptaron el hecho, pues una quería retenerla y la otra captarla. Mientras tanto, la guerra profundizó el debilitamiento del Imperio otomano, que en vísperas del conflicto mundial había perdido sus territorios en Europa y estaba amenazado por los fuertes separatismos surgidos en su todavía extensa parte asiática y africana. A ello contribuyó el nacionalismo intransigente del movimiento de los Jóvenes Turcos, que dirigió el Imperio durante varios años a partir de 1908, y que pretendió resolver los problemas nacionales mediante la asimilación forzosa o el exterminio de quienes no querían convertirse en turcos. Las persecuciones y masacres perpetradas por aquel movimiento, que no obstante se había autoproclamado modernizador

Origen de la mafia

La palabra mafia comenzó a emplearse a mediados del siglo XIX y sería la sigla de la frase “Manzini Autoriza Furti, Incendi, Avelenamenti” (Manzini autoriza robos, incendios y envenenamientos). El tal Manzini organizó una asociación de indigentes sicilianos para realizar actividades criminales.



y revolucionario, desencadenó la sublevación de los pueblos —en particular, de los balcánicos—, como veremos al referirnos a las causas de la guerra mundial.

Las otras grandes potencias de Europa eran el Imperio austro-húngaro y el Imperio ruso, los dos países más extensos de la región. En cuanto a población, Rusia marchaba primero con cerca de 150 millones y Austria-Hungría tercero con casi 50 millones, superada sólo por Alemania. Fundamentalmente en sus dimensiones y población radicaba el peso en la problemática europea y mundial de estas dos autocracias, que controlaban y oprimían a un numeroso conglomerado de pueblos contiguos, anexados durante años. En el Imperio austro-húngaro, surgido en 1815, germánicos y magiares (austriacos y húngaros) dominaban a checos, eslovacos, rutenos, polacos, eslovenos, dálmatas, croatas y bosnios, así como a los italianos de Tirol, Trentino y Trieste. Por su parte, los rusos oprimían a fineses, estonios, letones, lituanos, polacos, rumanos de Besarabia, ucranianos, bielorrusos y a un numeroso grupo de pueblos centroasiáticos y del Lejano Oriente.

En los dos imperios, el progreso económico era mucho menor que en Inglaterra, Francia y Alemania, si bien en Rusia resultó particularmente acelerado a partir de la última década del siglo XIX. El desarrollo industrial, científico y cultural se concentraba en algunos centros urbanos, mientras el resto vivía en la oscuridad, combinando atraso y modernidad. Estos gigantes imperialistas mantenían una rivalidad permanente por sus pretensiones comunes en la inquieta península balcánica, donde se oponían al imperio otomano. Rusia aspiraba también a expandirse en el Lejano Oriente, lo cual conduciría a la sangrienta Guerra ruso-japonesa de 1904, cuyo desastroso desenlace para el zarismo desencadenaría la revolución de 1905-1907, de la que trataremos más adelante.

Como ya hemos visto, el dinamismo económico de finales del siglo XIX y principios del XX no fue exclusivo de Europa.

La alegre Viena

Viena, capital del impero dual, era una de las ciudades más cultas y divertidas de Europa, donde se bailaban los vals de Strauss y se representaban las operetas de Franz Lehar, y en la cual también surgía un movimiento médico representado por Freud, que daba a conocer sus estudios sobre psicoanálisis.

Del otro lado del Atlántico, en Estados Unidos, ese dinamismo resultó incluso más acusado, si bien la participación de ese país en la actividad económica internacional marchaba muy lejos de la europea, pues su crecimiento se había realizado en función de un gran mercado interno; sobre todo, después de la guerra civil entre el norte y el sur. Estados Unidos se vio favorecido por su extraordinaria capacidad agrícola (mayor productora mundial de maíz, trigo y algodón) y por sus excepcionales recursos naturales (hulla, petróleo y otros),



Nicolás II, el último emperador ruso, hombre débil de voluntad, dominado por su esposa y por sus consejeros antiliberales.



Estados Unidos construye el canal de Panamá.

que muy pronto lo convirtieron en la principal potencia siderúrgica del mundo, a lo cual debe unirse la intensa aplicación industrial de las nuevas tecnologías y la rápida transformación del sistema de trabajo en las fábricas, donde se desarrolló la mecanización y la implantación de una



Desembarco norteamericano en Guantánamo, con lo cual Estados Unidos reafirma el control sobre Cuba.

En vísperas de la pasada centuria, convertido ya en una gran potencia, Estados Unidos inició su etapa imperialista. Su guerra contra España, al inmiscuirse en la lucha de los cubanos contra el dominio español, le proporcionó el tutelaje sobre Cuba y la adquisición de las colonias de Puerto Rico y Filipinas, a las cuales adicionaron los territorios de Hawai, Wake, Guam y parte de Samoa. En los primeros años del siglo estableció su protectorado sobre Panamá, país que ayudó a surgir en 1903 para adueñarse del canal interoceánico que entonces se construía allí y que finalmente comenzaría a funcionar en 1914. Mientras tanto, intervino reiteradamente en diferentes países latinoamericanos (México, Santo Domingo, Haití, Cuba, Nicaragua y otros), para desplazar a las potencias europeas del llamado Nuevo Mundo y afincar su dominación sobre él. Esta política, ya en su modalidad del *Gran Garrote* o en la de la *Diplomacia del Dólar*, se sustentaba en el *Corolario Roosevelt* a la Doctrina Monroe, según el cual Estados Unidos tenía el derecho de intervenir en Latinoamérica, si alguna nación no cumplía sus obligaciones en el pago de sus deudas, atribuyéndose la facultad de policía internacional. Paradójicamente, el autor de esta política intervencionista, el presidente Theodore Roosevelt (1901-1908), recibió el Premio Nobel de la Paz de 1906, por su participación en las negociaciones que pusieron fin a la Guerra ruso-japonesa de 1904-1905.

Presidentes republicanos: William McKinley (1896-1901), Theodore Roosevelt (1901-1908) y William Howard Taft (1909-1913), fervorosos partidarios y ejecutores de la política imperialista de Estados Unidos.





En contraposición, la verdadera esencia de aquel fervoroso imperialista, se reflejó por el poeta nicaragüense y fundador del modernismo Rubén Darío en su conocida *Oda a Roosevelt*.

Precisamente el injerencismo norteamericano en México —donde Estados Unidos había invertido 800 millones de dólares, la mitad de lo que tenía en toda Latinoamérica— y su rivalidad con Inglaterra por el control de las abundantes y variadas riquezas del país —en particular, el petróleo—, estuvieron en la base de la Revolución mexicana de 1910-1917, cuyas causas se relacionaron también con la política practicada durante la prolongada y sangrienta dictadura del general Porfirio Díaz, al servicio exclusivo de la oligarquía terrateniente-exportadora nativa y del capital extranjero. La Revolución mexicana, sus objetivos y sus legendarias figuras protagónicas —sobre lo que trataremos en el capítulo cuatro—, se convertirían en referente obligado para las fuerzas progresistas de América Latina.

Menos relevante que el de Estados Unidos resultó el dinamismo económico del Imperio japonés, la otra potencia emergente al inaugurarse el siglo. Mas, el crecimiento industrial nipón alcanzó cifras espectaculares. Su desarrollo estuvo basado en un sistema incomprensible para la mentalidad occidental, consistente en la combinación de técnicas nuevas y estructuras empresariales y laborales arraigadas en la tradición histórica del país. Antiguas familias dominantes constituyeron grandes empresas o monopolios (*zaibatzus*), que empleaban una disciplinada mano de obra dirigida por miembros de la antigua casta feudal de los *samurais*. Este sistema empresarial contó con la eficaz ayuda del Estado y, para inicios de siglo, había logrado equiparar la producción industrial con la agropecuaria. Pero Japón carecía, casi por completo, de materias primas y fuentes de energía, así como de abastecimientos para alimentar a su creciente población, lo

Fragmento: *Oda a Roosevelt* (Rubén Darío)

Eres los Estados Unidos.

Eres el futuro invasor.

De la América ingenua que tiene sangre indígena.

Que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.

Los Estados Unidos son potentes y grandes.

Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor.

Que pasa por las vértebras enormes de los Andes.

Colectivo de autores: *Historia universal del siglo xx.*

cual determinaba su dependencia del exterior y su pretensión de dominar territorios vecinos; es decir, su política imperialista, para lo cual ampliaba y modernizaba con rapidez el ejército y la flota naval.

La expansión japonesa había conducido, desde finales del siglo XIX, al establecimiento de su dominio sobre los archipiélagos vecinos (islas kuriles, ryukyu y bonins) y a la guerra con China (1894-1895), que terminó con la anexión de Formosa y la ocupación militar de Corea, una parte de Manchuria y varios enclaves en las penínsulas de Sandong y Liaodong. Pero ello chocaba con los intereses de Rusia en la zona, lo cual llevaría al sangriento conflicto ruso-japonés de 1904-1905. Esto evidenció la debilidad del Imperio zarista y la capacidad naval y militar de Japón, al cual se le entregó la parte meridional de la isla de Sajalin y se le reconoció el protectorado sobre Corea. En vísperas de



Grabado alegórico a la primera guerra chino-japonesa (1894-1895).



La rebelión de los boxers

Fuerte movimiento contra la presencia extranjera en China, alentado por una sociedad secreta llamada de los “puños”, conocida en Occidente como los boxers. En su aplastamiento, que concluyó en 1901, participaron todas las potencias europeas, Japón y Estados Unidos.

la Primera Guerra Mundial, Japón poseía un imperio colonial nada despreciable y se había confirmado como potencia imperialista con grandes pretensiones en la región; sobre todo, en China, donde a partir de 1900, además del incremento de la explotación extranjera en las respectivas zonas de influencia, se vivió la rebelión de los boxers y su sangrienta represión por parte de las grandes potencias, así como el complejo proceso que condujo a la caída de la dinastía Manchú.

La política antinacional del débil y corrupto gobierno imperial chino, originó la revolución de 1911, inspirada en las ideas nacionalistas y modernizadoras de Sun Yat-Sen. La rebelión se extendió con rapidez por el centro y el sur del país, y el 1º de enero de 1912 se proclamó la república en Nanjing, con un gobierno provisional encabezado por Sun. Mientras tanto, la



El doctor Sun Yat-Sen (1866-1925) fue el alma de la Revolución china de 1911.

Corte trató de frenar la rebelión, apelando al influyente general Yuan Shi-Kai (despedido en 1909), quien se convirtió en primer ministro y máximo jefe militar. Pero Yuan, teniendo en cuenta el apoyo popular a la revolución, decidió negociar con los rebeldes. Para evitar la intensificación de la guerra civil y de la intervención foránea —pues Yuan contaba con el apoyo de varios jefes militares y de las potencias extranjeras—, Sun Yat-Sen renunció a su cargo y lo cedió a Yuan, quien fue proclamado presidente de la república, en marzo de 1912. Poco después abdicó el emperador niño Xuan Tong, con posterioridad conocido como



Estos grabados reproducen imágenes de la represión desatada por las grandes potencias de la época contra los boxers.





La energía nuclear

Entre las consecuencias más importantes de la teoría de Einstein está que la masa y la energía son la misma cosa y que un poco de masa puede manifestarse como una cantidad de energía inmensamente grande. Ello se resume en la famosa ecuación $E=mc^2$, base del surgimiento de la energía nuclear.

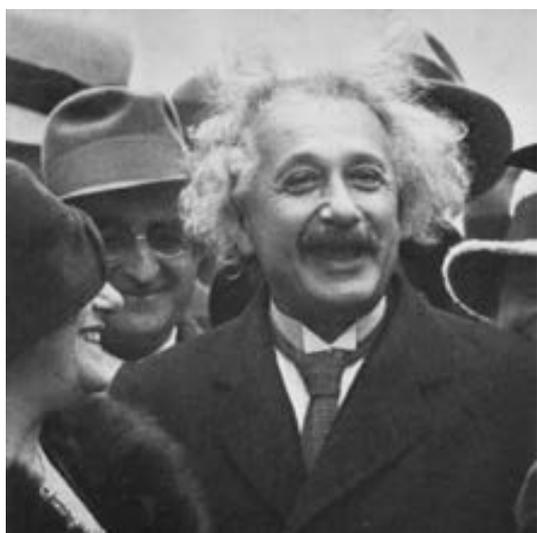


Karl Landsteiner, inmunólogo austriaco descubridor de los grupos sanguíneos.

Pu-yi. En agosto de ese mismo año, Sun fundó el Guomindang o Kuomintang (Partido Nacionalista), que ganó la mayoría de los puestos en el recién creado parlamento bicameral. Pero unos meses más tarde, con el pretexto de nuevas revueltas, Yuan disolvió el Parlamento y las asambleas provinciales, y se proclamó dictador absoluto. Sun Yat-Sen tuvo que abandonar el país. Yuan murió en junio de 1916 y la república se sumergiría en un caos, debido a la lucha por el poder entre los caudillos militares.

A principios de siglo continuó de manera acelerada el progreso científico-técnico que caracterizó el final de la anterior centuria. En aquellos primeros años, surgieron o se desarrollaron la electricidad —pronto tendría aplicación industrial—, el automóvil, la aviación, el teléfono, la radio, la fotografía,

el cine, a lo que hay que añadir importantes avances en la medicina, así como en la física, que adquirió una nueva dimensión con la famosa teoría de los quanta o cuantos (ahora llamados fotones), enunciada en 1901 por el alemán Max Planck, y, sobre todo, con los trabajos del también germano Albert Einstein, quien confirmó el hallazgo de su coterráneo y en 1905 proporcionó a la física la formidable aportación de la Teoría de la Relatividad, que daba al traste con la visión de la física tradicional y que junto a otros descubrimientos posteriores, anunciaba la posibilidad de la desintegración del átomo, lo que tendría extraordinarias consecuencias en el mundo contemporáneo. En efecto, las investigaciones de Einstein sirvieron de base para la utilización de la energía nuclear, cuya primera aplicación práctica, lamentablemente, fue la bomba atómica. Ello determinaría que el genial científico dedicara una buena parte del resto su vida a la lucha por la paz.



El germano-judío Albert Einstein (1879-1955). En 1921 obtuvo el Premio Nobel de Física.

Einstein en Cuba

Se le considera una de las figuras más geniales de la física, cuyos estudios han contribuido más a revolucionarla. En diciembre de 1930, visitó a La Habana durante 48 horas. Sobre la realidad cubana de entonces escribió en su diario: “clubes lujosos al lado de una pobreza atroz que afecta principalmente a las personas de color”.

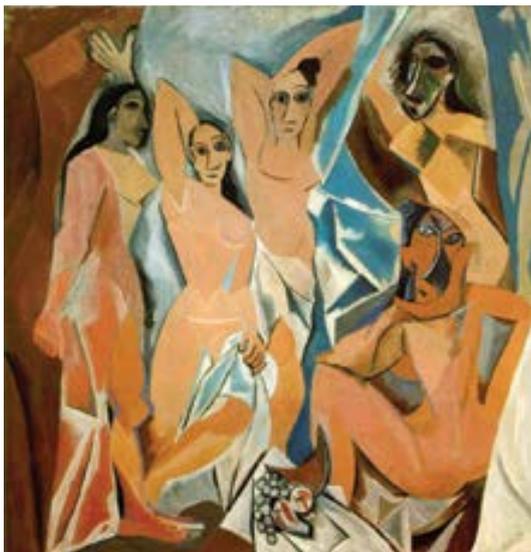
Cultura y vida cotidiana en el período



El cambio de siglo también representó un impulso renovador en el ámbito cultural. Las transformaciones que se venían operando desde finales del siglo XIX, siguieron avanzando y se desarrollaron nuevas manifestaciones. A las corrientes, movimientos y escuelas dominantes en la literatura decimonónica: romanticismo, realismo, naturalismo, impresionismo, tan sólidamente establecidas que aún dejaban sentir su peso y reconocimiento en el área de la cultura, vendrían a sumarse, con ánimo de ruptura, otras de variado signo, calificadas como de vanguardia que, al enarbolar postulados es-

téticos renovadores, pugnaban por hacerse de espacio e identidad dentro del mundo de la creación literaria y artística.

Ello quedó corroborado por el hecho de que, apenas en los primeros años del XX, entraron en escena el expresionismo, el cubismo, la abstracción, cada uno con sus manifiestos y poéticas creadoras; se dejó sentir la influencia del arte africano a través de los trabajos del alemán Leon Forbenius y se comenzaron a conocer figuras como Pablo Ruiz Picasso, George Braque, Juan Gris, Henry Matisse, Maurice de Vlaminck, en Francia; a grupos creadores como El Punte, con Ludwig Kirchner a la cabeza, y El Jinete Azul, ambos en Alemania, al ruso Vasily Kandinsky, quien,



Con *Las señoritas de Aviñón*, Picasso da origen al cubismo, al recurrir a la descomposición de los objetos en formas geométricas y a la multiplicación de los puntos de vista.



El Cisne de Hilma af Klint, ejemplo de abstracción, 1915.



en 1911, había publicado *De lo espiritual en el arte*; entre otros muchos artistas puntuales. Mientras, frente a las esculturas emblemáticas de A. Rodin, empezaron a erguirse, desafiantes, los *ready made* de Marcel Duchamp y las piezas agudamente expresionistas del alemán Ernest Barlach, al tiempo que en Alemania, Inglaterra y Francia, en la arquitectura se imponían el Jugendstil, el Modern Style y el Art Nouveau, y en Estados Unidos, Frank Lloyd Wrigth, en 1909, diseñaba la Casa Robbie.

En cuanto a la literatura, tan tempranamente como en 1909, apareció publicado, en *El Fígaro* de París, el “Manifiesto Futurista”, movimiento fundado por el italiano Tomasso Marinetti que pretendía abarcar todas las artes, documento en el cual se proclamaba el cultivo de la energía, el riesgo, el culto al dinamismo y a la velocidad como símbolos de la nueva época, y cuya proyección ideológica, relacionada directamente con el pensamiento del filósofo germano F. Nietzsche, llevaría tanto a su promotor como a muchos de sus seguidores a vincularse con el fascismo.

Por otra parte, estos signos de novedosas exploraciones ideoestéticas encontraron eco en otros puntos del planeta. Así ocurrió en el caso de Rusia, donde, reflejo de la crítica situación sociopolítica



Las Chozas del fauvista belga Maurice de Vlaminck (1876-1958).

imperante en el país, la literatura realista, a pesar de los niveles precedentes alcanzados, coexistió con diferentes movimientos como el simbolismo, representado por A. Blok, influido éste por el pensamiento místico-filosófico de Vladimir Soloviov, Konstantin Valmont, Demetrio Meretzkovski y Zinaida Gippius, entre otros; con el akmeísmo, de fuerte carga imperialista en lo político, cuya figura central era el poeta Nikolai Gumilov, apologista del imperialismo ruso, y los futuristas: Ma-



La Casa Robbie, en Chicago, de Frank Lloyd Wrigth (1869-1959).



Marcel Proust (1871-1922).



Franz Kafka (1883-1924).



Gertrude Stein (1874-1946).



Romain Rolland (1866-1944).



Vladimir Mayakovsky (1893-1930).



Thomas Mann (1871-1950).



James Joyce (1882-1941).

yakovsky, Burliuk, Elena Guro, Vadim Shershenevich, influidos, hasta cierto punto, por Marinetti, en sus vertientes ego y cubo futurista, aunque ninguno de estos grupos, a diferencia del italiano, promovió una estética de la agresión. En tanto, dentro de la esfera de la plástica en las experiencias y búsquedas, los artistas no quedaron atrás. Muchos de ellos ya sabían de los movimientos renovadores en Francia, gracias a que los famosos coleccionistas de arte, Suchkin y Morozov permitían el acceso de los interesados a sus colecciones. Sin embargo, estos artistas noveles buscaron sus propios caminos como en el caso del rayonismo, de 1909, con Larionov y Gontcharova, quienes publicarán su Manifiesto en 1912, así como lo hiciera Kasimir Malevich, figura central del suprematismo, con la colaboración del futurista Vladimir Mayakovsky.

La novela, género que alcanzó notable difusión a lo largo del siglo precedente, acusaría ahora cambios sustanciales, como también sucederá con la creación poética y el drama. Porque tan tempranamente como 1907, en París, la norteamericana Gertrude Stein daba a conocer los relatos de *Three lives* y comenzaba su monumental *The Making of Americans*, mientras

en Estados Unidos, Theodore Dreiser publica, todavía dentro de un realismo naturalista, *Sister Carrie* en 1900 y *Jennie Herdhardt*, en 1911. En cambio, el caso del francés Romain Rolland resulta relevante, en tanto inaugura una nueva concepción editorial, cuando publica su novela emblemática, *Juan Cristóbal*, en 12 cuadernos, algo hasta entonces impensado. Lo sigue su compatriota Marcel Proust, quien, en 1913, publicó los siete volúmenes de su novela *En busca del tiempo perdido*, quizás el testimonio artístico más representativo de la *belle époque*. Además, esta novela reflejó la influencia de las formulaciones freudianas y, sobre todo, de la filosofía intuicionista de H. Bergson, puesta en práctica por el escritor para traer el pasado al presente mediante la narración en tiempo lento.

También dentro de esta efervescencia renovadora puede citarse el quehacer del irlandés James Joyce, quien, con *El retrato del artista adolescente*, anunciaba la novela que habría de ejercer mayor influencia en la literatura contemporánea: *Ulises*, así como las experiencias del alemán Thomas Mann dentro del realismo: *Los Buddenbrocks*, sin desconocer su aventura expresionista de *Mario y el mago*. Tampoco puede pasarse por alto la obra alucinada de Franz Kafka, muerto en 1924, que reflejó, mediante su contenido simbólico-alegórico, la vida dentro de esa contradictoria estructura sociopolítica que fue el Imperio aus-



Pío Baroja (1872-1956).



Don Ramón del Valle Inclán frente a una librería.

tro-húngaro, desintegrado en 1918, como consecuencia de su derrota en la Primera Guerra Mundial.

En esta época, no menos importante resulta el protagonismo de la Generación del 98, por cuanto la obra de sus exponentes: Miguel de Unamuno, Pío Baroja, Antonio Machado, José Martínez Ruiz, Azorín y Ramón del Valle Inclán, desarrollada con sentido crítico y además regeneracionista desde la novela, la poesía o en el ensayo, reflejará, en primer lugar, el interés y voluntad generacionales de superar la crisis material y espiritual surgida en España como consecuencia de la pérdida de sus colonias de Cuba y Filipinas. En las creaciones de algunos de ellos se evidencia cuánta influencia ejerció en la literatura de la península el modernismo rubendariano, dominante a esas alturas en Latinoamérica, como lo evidencia la obra de poetas como Amado Nervo, en México; el argentino Leopoldo Lugones, autor de la novela *La guerra gaucha* (1906), y del influyente pensador y ensayista José Enrique Rodó, en Uruguay, por sólo citar algunos ejemplos.

En cuanto a la poesía deben destacarse las figuras de los franceses Guillaume Apollinaire, gran renovador con *Alcools* (1913) y *Caligramas*



Henrik Ibsen (1828-1966).

(1918), entre otras obras, y Paul Valéry, no sólo excelente poeta e importante teórico del género. Respecto del drama como espectáculo, sobresalieron los dramas realistas del noruego Henrik Ibsen, del italiano Luigi Pirandello y los profundamente simbolistas del belga Mauricio Maeterlinck, una de cuyas obras *Pelleas y Melisandre* se musicalizó por Claude Debussy. Este último, una de las personalidades relevantes dentro de todo un conjunto integrado por otras de semejante brillo como Giaccómo Puccini en la ópera, Maurice Ravel, Cesar Franck, Maurice Poulenc y el alemán Arnold Schomberg en la música de concierto y el austríaco Richard Strauss en la opereta. En esta época también encontraron acogida calurosa la zarzuela, en España, así como la canción ligera y el cuplet. En los primeros años del

El compositor impresionista francés Claude Debussy, (186-1918), autor de la ópera *Pelléas y Melisande* estrenada en 1902.

Giacomo Puccini, (1858-1924).



Vatslav Nijinsky y Tamara Karsávina en el ballet *El pájaro de fuego*.

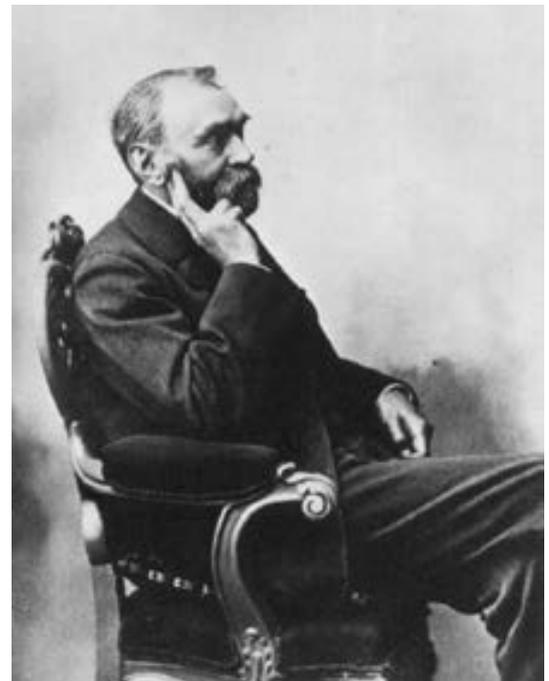


Anna Pavlova (1885-1931).

siglo, el ballet, uno de los temas predilectos en la pintura de Edgard Degás, alcanzaría un alto grado de madurez, cuando el ruso Serguei Diaguilev formó una compañía integrada por bailarines de la talla de Ana Pavlova y Vatslav Nijinski, en cuyo repertorio figuraban obras como *El príncipe Igor* y, sobre todo, el famoso *Lago de los cisnes* con música de Piotr Chaikovsky.

Prueba inequívoca de que el progreso científico

y cultural se originaba fundamentalmente en los países industrializados, lo demuestran los premios Nobel concedidos antes de la guerra. Éstos corroboran que aquellos países fueron casi los únicos beneficiarios de tales avances. No obstante, aun cuando la cultura era un fenómeno de elites, la literatura en particular alcanzó mayor difusión con el incremento de los periódicos y de sus tiradas. Éstos dedicaban espacio para difundir obras literarias famosas u otras del corte de aventuras o de tema policial, género de gran popularidad, y que tuvo al personaje Sherlock Holmes, creado por el inglés Arthur Conan Doyle, exponente inequívoco del positivismo en la literatura, como a uno de sus héroes predilectos. Mas, la trasmisión oral devendría el recurso fundamental entre los mayoritarios sectores desposeídos de la población, en buena proporción analfabeta. Por esta vía se difundieron sucesos trascendentales de la época, como algunos resultados de los juegos olímpicos, restaurados por el francés Pierre de Coubertin, a partir de 1896; la erupción del Mont Pelé, en la Martinica, en 1902, con un saldo de casi 40 000 muertes; el terremoto de Messina, Italia, en 1908, que cobró 200 000 vidas; la



Alfred Bernhard Nobel (1833-1896), poco antes de su muerte.



Premios Nobel

El químico e industrial sueco Alfred Nobel (1833-1896), inventor de la dinamita, legó su fortuna para premiar a las personas que más se distinguieran en el campo de la ciencia, la literatura y el fomento de la paz. A partir de 1901, la Academia Sueca ha venido otorgando los premios Nobel de Física, Química, Fisiología y Medicina y Literatura, en tanto el Parlamento Noruego concede el Nobel de la Paz, en el cual en varios casos han influido más las consideraciones políticas que los méritos. Desde 1982, la Academia también concede el Premio de Economía.



Fachada de la casa 25 de la Rue Franklin, en París, diseñada por Auguste Perret en 1902 y construida con hormigón armado.

conquista del Polo Norte por el norteamericano Robert Peary y del Polo Sur por el noruego Roald Amundsen, en 1909 y 1911, respectivamente; el paso del cometa Halley, en 1911, que provocó gran pánico por su anunciado posible choque con la Tierra, y el hundimiento del majestuoso trasatlántico británico *Titanic*, en 1912, que ocasionó 1 517 muertos.

El advenimiento del nuevo siglo también generó notables cambios en la vida cotidiana de la población; en especial, en los países desarrollados. En muchas importantes ciudades se establecieron líneas de transporte colectivo (sobre todo, tranvías), se electrificó paulatinamente la iluminación de las calles y viviendas, se mejoró el servicio de agua potable y se construyeron hospitales, centros educativos y culturales; todo lo cual parecía impensable sólo unos decenios antes. Pero las grandes ciudades presentaban zonas claramente diferenciadas. Los pobladores con mayores recursos emigraron hacia nuevos barrios más saludables y cómodos o pasaron a residir en los nuevos y lujosos edificios de varias plantas construidos con hormigón armado; otras zonas urbanas se utilizaron por las clases medias, mientras que las áreas más degradadas del centro y

determinados barrios periféricos, se ocuparon por los trabajadores y se convirtieron en territorios sórdidos e insalubres, donde abundó la prostitución y el crimen; tema recurrente en la novela de la época.

Las semidesiertas y apacibles calles de muchas ciudades, ya en algunos casos pavimentadas con adoquines y donde antes sólo circulaban coches tirados por caballos, empezaron a ser menos tranquilas con la irrupción de los primeros ruidosos automóviles, que podían alcanzar la endiablada velocidad de hasta 20 o 25

Coche Duryea, primer coche sin caballos que se fabricó en Estados Unidos.





Matrimonio burgués en el descanso tras la comida, Ramón Casas, pintor español.

kilómetros por hora, causando escenas de pánico y numerosos accidentes. Al mismo tiempo, la paulatina sustitución del gas por el bombillo incandescente en el alumbrado público, contribuyó a la animación de la vida nocturna urbana, casi inexistente con anterioridad.

El significativo movimiento migratorio del campo a la ciudad también influyó en los cambios de las costumbres. El inmigrante



En contraste con la apacible vida de los sectores más favorecidos, las mujeres humildes tenían que aceptar los trabajos más duros. *Las planchadoras*, de Edgar Degas.

arrastraba con él viejas tradiciones, gustos y mentalidad que, en muchas ocasiones, chocaban con el vértigo de la vida urbana y con las aceleradas transformaciones que se daban en los más diversos ámbitos de la sociedad. En este sector, los cambios de mentalidad resultaban más lentos; en muchos casos, su religiosidad se imponía, el papel del padre como eje familiar era más fuerte que en otros grupos y sus decisiones tenían que aceptarse, sin reclamos, por la esposa y los hijos. No obstante, con la nueva dinámica social y la mayor incorporación de la mujer al trabajo, la necesidad de los hijos de incorporarse a la vida laboral desde épocas tempranas, así como el papel que empezaron a desempeñar los movimientos sindicales, la prensa y la radio, entre otros factores, contribuyeron a que con el tiempo fuera lográndose cierta democratización familiar. Las féminas comenzaron a organizarse en distintos movimientos y a reclamar con mayor fuerza el derecho al voto.

La moda, tanto femenina como masculina, también empezó a experimentar algunas modificaciones; situación matizada por la condición social de las personas. Las mujeres siguieron usando el vestido largo, los zapatos abotonados y el sombrero con plumas; todo ello de poca calidad en el caso de las trabajadoras o amas de casa pobres. Pero poco a poco, con gran timidez, fueron abriéndose paso el calzado de medio tacón y el acortamiento del vestido hasta mostrar los tobillos de las damas, lo que para muchos resultaba escandaloso. Los hombres de clase alta adoptaron, con cierta rapidez, la levita corta y el pantalón estrecho, moda proveniente de Estados Unidos, así como el afeitado de la barba, que fue tomando auge desde que se inició la comercialización de la hoja o cuchilla de afeitar creada por el norteamericano Henry Gillette. Sin embargo, la vestimenta de los trabajadores, continuó siendo la misma y consistía en la clásica blusa, la gorra y las alpargatas o calzado de mala calidad.

Como el cine daba todavía sus primeros pasos, no había espectáculos deportivos de masas y el teatro resultaba demasiado caro,



Frivolidad parisina

En aquel mundo frívolo del París de inicios del siglo, brillaron figuras famosas como Carolina Otero, Mata-Hari y Eva Lavalliere, quien se presentaba mostrando las piernas hasta las rodillas, por lo que ganaba el entonces colosal salario de 300 francos al mes.

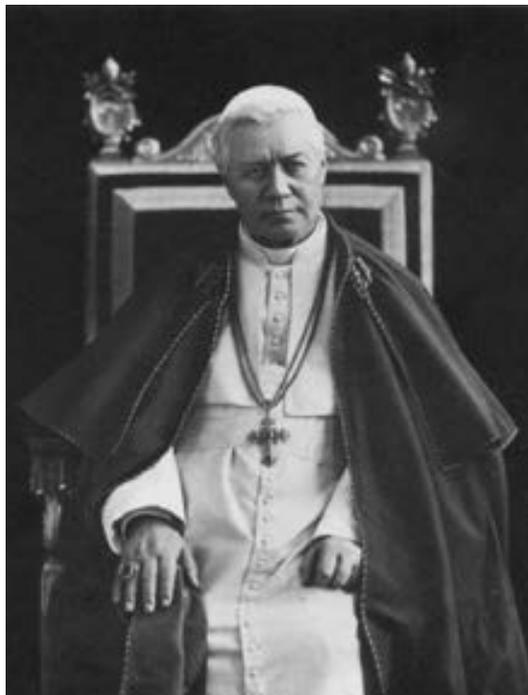
el entretenimiento de la gran mayoría de la población eran las fiestas populares, civiles o religiosas, como procesiones, desfiles militares o conmemoraciones patrióticas. Para las personas adineradas, por el contrario, la vida resultaba muy amable. Ellos podían asistir al cabaret, surgido por esta época en París y que se extendió rápidamente a otras ciudades de varios países, disfrutar del teatro, de lujosos restaurantes, de los salones de baile, y hasta practicar deportes, lo que demandaba tiempo y recursos. Estas minorías selectas no percibían el profundo foso que se abría bajo sus pies, debido a las propias contradicciones del capitalismo.

Los primeros años del siglo fueron testigos de un notable esfuerzo de las iglesias cristianas —en particular, del catolicismo— para reforzar su influencia e incrementar el sentimiento religioso en la población. El papa Giuseppe Melchior Sarto, que tomó el nombre de Pío X y rigió desde 1903 hasta 1914, estimuló el surgimiento de sindicatos católicos para contrarrestar a los socialistas y atraer a los trabajadores, y abogó por la realización de obras sociales, mientras que en el plano estrictamente religioso introdujo la instrucción a través del catecismo y propugnó una intensificación de la vida religiosa mediante la frecuencia de los Sacramentos. Pío X reformó la liturgia y el canto religioso y condenó el movimiento modernista que se desarrollaba en el seno de la Iglesia. Este movimiento propugnaba una reinterpretación de la doctrina religiosa a la luz del pensamiento científico de finales del siglo XIX y principios del XX.



Animación de la vida urbana. Calle de París a inicios del siglo xx. Obra de Pierre Bonnard, pintor francés.

En los pueblos de Asia, África y Medio Oriente, de una larga y arraigada tradición cultural, los cambios resultaron más lentos y menos perceptibles. Las grandes ciudades donde se asentaron los colonos, resultaron las primeras en experimentar algunas modificaciones influenciadas por la cultura occidental que trataron de trasplantar. El europeo procuró conservar sus costumbres y mantuvo una distancia con los pueblos nativos. Pero estos últimos siempre ofrecieron una fuerte resistencia cultural. Las



Pío X, Sumo Pontífice de la Iglesia católica entre 1903 y 1914.



Príncipe Borghese de Italia en automóvil por los caminos asiáticos, ayudado por la fuerza humana.

viejas tradiciones y costumbres siguieron prevaleciendo en la mayoría de la población. Sólo los hijos de los jefes y de familias más enriquecidas fueron enviados a estudiar a las principales universidades europeas, donde resultaron educados bajo la égida de esas culturas. Esa presencia europea contribuyó, en muchos casos, a la producción de sincretismos culturales en diversos aspectos de la vida y del pensamiento, como

el caso de las religiones. Pero en general los rasgos que caracterizaban la vida en el siglo XIX siguieron dominando.

Un claro indicador de la expansión de los intereses intelectuales y, consecuentemente, políticos en el Medio Oriente se constata en el aumento en el número de los órganos de prensa publicados hacia 1910. En Egipto sumaban unos 150 diarios y publicaciones, 160 en la inmediata Asia Central, más de 370 en Persia y un número posiblemente mayor en el Imperio otomano, en el cual, sólo en sus provincias árabes, los periódicos editados saltaron, entre 1904 y 1914, de 29 a 168 en Líbano, de tres a 87 en Siria, de uno a 31 en Palestina, de dos a 70 en Iraq y de ninguno a seis en el Hijaz. Un fenómeno parecido comenzaba a ganar fuerza en algunas partes del África subsahariana; sobre todo, en las principales capitales coloniales de la costa del África Occidental, como Lagos o Dakar, y en las márgenes del poder blanco en la Unión Sudafricana.

Éstas eran, a grandes rasgos, las más importantes características de los primeros años del siglo XX, cuando en las principales plazas del capitalismo se vivía una especie de *belle époque*, pero al mismo tiempo se gestaban las condiciones que conducirían de forma inevitable a un conflicto generalizado, el cual transformaría totalmente la situación imperante hasta el año 1914.



Guerra y Revolución



La Primera Guerra Mundial



Rusia en Revolución



La crisis de posguerra



La Primera Guerra Mundial



El inicio de la Primera Guerra Mundial —a la cual sus contemporáneos llamaron la Gran Guerra— marcó una línea divisoria entre dos épocas. Hasta ese momento, el capitalismo, a pesar de las desigualdades y conflictos que generaba, se expandía con éxito por todo el mundo. Parecía que nada podía detenerlo. Sin embargo,

el estallido de 1914 reveló las profundas contradicciones del sistema y condujo a la conformación de una realidad europea y mundial radicalmente distinta a la que existía en el período precedente. El cambio resultó de tal magnitud que entre los historiadores ha ganado adeptos la tesis de fijar el inicio del siglo xx a partir de este acontecimiento.

LAS CAUSAS DE LA GUERRA

Desde principios del siglo xx, a las tradicionales potencias europeas se sumaron Italia y Alemania, que habían alcanzado su unificación en los años 70 de la anterior centuria, así como Estados Unidos y Japón, en América y Asia, respectivamente, modificándose de manera notable la correlación internacional de fuerzas. Las potencias emergentes, pujantes en el plano económico pero que se habían encontrado con un mundo ya repartido, se incorporaron a la lucha por los mercados, territorios y esferas de influencia. En estas circunstancias se intensificaron las rivalidades interimperialistas, lo que llevó a crecientes tensiones y crisis internacionales que amenazaban con desembocar en un conflicto militar generalizado.

En 1904 estalló la Guerra ruso-japonesa que canceló las aspiraciones de Rusia en el Lejano Oriente y fortaleció sus viejos sueños expansionistas hacia la península

balcánica, siempre alimentados por el panslavismo ruso. En esta guerra, Japón contó con el apoyo de Inglaterra, la cual se oponía al control de Manchuria y Corea por parte de los rusos. En 1905, el intento alemán de cerrar ante Francia el camino de Marruecos, originó un conflicto sumamente agudo entre los dos países. Pero Inglaterra apoyó sin reservas a Francia y Alemania tuvo que aceptar los acuerdos de la Conferencia de Algeciras de 1906, favorables a Francia. Poco después, en 1908, la anexión de Bosnia-Herzegovina por parte de Austria-Hungría, que administraba con carácter provisional ese territorio eslavo desde 1877, originó una virulenta pugna con Rusia que no se transformó en guerra europea por el debilitamiento del Imperio zarista tras la reciente lucha con Japón, y porque Inglaterra y Francia no estaban entonces en condiciones de intervenir en favor de los rusos.



Sesión de apertura de la Conferencia de Algeciras sobre Marruecos.

En 1911, cuando Francia prácticamente se había apoderado de Marruecos, Alemania trató de impedirlo con el envío del cañonero *Pantera* a las aguas marroquíes, lo cual provocó una tensa situación. Pero Inglaterra apoyó de nuevo a Francia y Alemania tuvo que conformarse con la entrega de algunos territorios del Congo francés que se adicionaron al Camerún alemán, con lo cual se superó la nueva crisis internacional. Entretanto, Alemania progresó en su intento de penetración en el Imperio turco, lo cual suscitó gran inquietud en Inglaterra, Francia y Rusia; mientras Italia, aprovechando la rivalidad entre ambos grupos, atacó a Turquía y se apoderó de los territorios de Tripolitania y Cirenaica. Por último, en 1912 y 1913, dos guerras balcánicas estremecieron a Europa, pues detrás de los pequeños países de esa región se alzaban las potencias imperialistas divididas en sus respectivos bloques.

Efectivamente, tras la Guerra italo-turca, que inició la repartición del Imperio otomano, Serbia, Grecia, Montenegro y Bulgaria (que junto a Rumania eran los países independientes de la zona de los Balcanes) constituyeron la Liga Balcánica y le declararon la guerra a Turquía en oc-

Albania

Creada por acuerdo de las grandes potencias en una franja de tierra adyacente al Adriático. Fue nombrado como monarca Heinrich von Wed, príncipe alemán venido a menos y simple instrumento de Austria y Alemania.

tubre de 1912. Estos países actuaron con el visto bueno de Rusia y la complacencia de Inglaterra y Francia, que los veían —sobre todo, a Serbia— como un dique destinado a impedir la absorción económica del Imperio turco por el capital alemán y el afianzamiento político de Austria y Alemania en los Balcanes. En pocos meses, la Liga venció a Turquía y la privó de sus territorios europeos, según lo acordado en Londres en mayo de 1913. En esta coyuntura sucedió la “independencia” de Albania, surgida en definitiva por la intransigencia de Austria-Hungría, con el apoyo alemán, para impedir una salida al mar para Serbia. Poco después, en junio de 1913, el desacuerdo entre los vencedores en torno al reparto de los territorios cedidos por Turquía —en particular, la Macedonia—, condujo al ataque a Serbia por parte de Bulgaria, que provocó la llamada segunda guerra balcánica terminada con el triunfo de los serbios y sus aliados montenegrinos, griegos y rumanos, que como premio recibieron algunos territorios. Pero la más beneficiada fue Serbia, cuya población pasó de 2,9 millones a 4,5 millones de habitantes y su superficie de 48 300 a 87 000 kilómetros cuadrados. Las guerras balcánicas fortalecieron los vínculos de Bulgaria y Turquía con los imperios centrales y convirtieron a Serbia en la gran rival de éstos en la zona.

Los dos grupos rivales se conformaron de manera definitiva en ese ambiente de agudas contradicciones. La Triple Alianza (Alemania, Austria-Hungría e Italia) quedó establecida en 1882 para aislar a Rusia y neutralizar a Francia y sería ratificada



posteriormente en varias ocasiones, la última, en 1912. En cuanto a la Entente (Inglaterra, Francia y Rusia) surgió en dos etapas y en su creación tuvo un papel fundamental Inglaterra, movida por su creciente rivalidad comercial y naval con Alemania. En 1904, Inglaterra y Francia firmaron un acuerdo de alianza, luego de superar su vieja enemistad. Para ello, Inglaterra reconoció la libertad de actuación de Francia en Marruecos, al mismo tiempo que le cedió territorios en Senegal y Nigeria y una esfera de influencia en Siam, actual Tailandia. Por su parte, Francia se comprometió a no oponerse a los derechos británicos en Egipto; asunto que había quedado prácticamente resuelto a favor de los ingleses después del llamado incidente de Fachoda, en 1898. En 1907, Inglaterra atrajo a Rusia, otra eterna rival, al acuerdo anglo-francés, para lo cual le cedió como esfera de influencia la parte norte de Persia (actual Irán), mientras los rusos aceptaban el protectorado británico en Afganistán. La alianza así conformada resultaba beneficiosa para las tres potencias y, en caso de guerra, obligaba a Alemania a combatir en dos frentes simultáneamente.

Los dos bloques se enfrascaron en una desenfrenada carrera por la supremacía militar, por lo que el período precedente a la guerra ha sido calificado como de paz armada. Al mismo tiempo, se intensificó la lucha diplomática. Durante las crisis marroquíes de 1905 y 1911, Alemania trató infructuosamente de minar la reciente amistad anglo-francesa, al mismo tiempo que realizaba tesoneros esfuerzos para separar a Rusia de sus aliados occidentales. Inglaterra y Francia, por su parte, desarrollaron una intensa actividad para arrancar a Italia de la Triple Alianza. Simultáneamente, se exacerbaron de forma extraordinaria los nacionalismos. Los gobiernos, con la ayuda de la mayor parte de la prensa, azuzaban las diferencias entre los pueblos, mientras presentaban a la guerra que se preparaba como un acto en defensa de la patria, el cual sería breve y victorioso. La campaña en este sentido resultó de tal magnitud que



Una trinchera durante las guerras balcánicas.

ganó a la mayoría de la población. Incluso en el movimiento socialista, en contra de la guerra, sólo se alzaron las voces de los bolcheviques rusos y de líderes aislados como Kart Liebknecht en Alemania y Jean Jaurés en Francia, quien fue asesinado el 28 de julio de 1914 por un exaltado nacionalista francés. En 1914, ambos bandos se preparaban febrilmente para la guerra y sólo diferían en cuándo comenzarla.

En ese explosivo contexto, cualquier incidente podía servir de pretexto para desencadenar una conflagración y éste aconteció el 28 de junio de 1914, cuando tuvo lugar el atentado que le costó la vida al archiduque Francisco Fernando —heredero del trono austro-húngaro—, en la ciudad de Sarajevo, capital de la disputada región de Bosnia-Herzegovina. El hecho

El riesgo del ultimátum

“Nadie niega hoy, como nadie dudó entonces, que el ultimátum austriaco introdujo no sólo la posibilidad de guerra, sino de guerra general. Los estadistas de Viena conocían este riesgo, así como los estadistas alemanes lo habían advertido en las conversaciones de Berlín a principios de julio. Rusia, que se consideraba a sí misma como protectora de los europeos eslavos de los Balcanes, no habría permitido que Serbia fuera aplastada ni que se transformase, de un reino independiente, en una especie de protectorado de la Doble Monarquía. El ultimátum era un reto a Rusia. Toda Europa se dio cuenta de que la iniciativa, cargada de amenazas, había venido de Austria y que no habría sido tomada sin la promesa de apoyo dada en Berlín”.

Raymond Aron: *Un siglo de guerra total*.



La muerte del archiduque Francisco Fernando a manos del estudiante bosnio Gavrilo Prinkip, 28 de junio de 1914, fue el pretexto para iniciar la guerra.

fue aprovechado por Viena para presentar un inaceptable ultimátum a Serbia, acusada de auspiciar el nacionalismo eslavo en Bosnia. El ultimátum del 23 de julio exigía a Serbia el castigo de todos los involucrados en el atentado, la eliminación de las organizaciones contrarias a la dominación austro-húngara en Bosnia, el cese de todo tipo de propaganda contra el imperio dual y la renuncia definitiva a los territorios eslavos en poder de Austria-Hungría, entre otras demandas. Estas exigencias debían cumplirse en un plazo de 48 horas (luego se extendió

Italia cambia de bando

Luego de un regateo bochornoso entre los dos bandos, por el Tratado de Londres, de 1915, Italia abandonó la Triple Alianza y se sumó a la Entente, que le prometió, en caso de triunfo, la entrega de los territorios de Tirol y Trentino, Trieste con Istria y sus islas, Dalmacia, Valona, además de algunas zonas de Turquía y colonias alemanas en África. De ello, Italia sólo recibiría una pequeña parte, lo cual en la posguerra alimentó la tesis de la victoria mutilada.

unas horas más) y todo ello debía hacerse con la fiscalización directa de funcionarios civiles y militares austro-húngaros, lo cual Serbia no aceptó porque vulneraba su soberanía, aunque estuvo dispuesta a acceder en otros puntos. Austria-Hungría estaba consciente de que con su actitud provocaría la reacción de Rusia, pero actuaba con el apoyo de Alemania, la cual se sentía ya lista para la guerra y no quería dar más tiempo de preparación a sus rivales. El 28 de julio, tras un mes de estériles negociaciones para posponer el choque —emprendidas, sobre todo, por Inglaterra— y de febriles preparativos finales, Austria le declaró la guerra a Serbia y bombardeó Belgrado. Dos días más tarde, Rusia decretó la movilización general de sus tropas. La movilización rusa, tras un vano intento de Guillermo II para que el zar la suspendiera, precipitó los acontecimientos.

Finalmente, el conflicto empezó el 1º de agosto de 1914, cuando Alemania le declaró la guerra a Rusia. Dos días después, las tropas germanas cruzaron la frontera con Luxemburgo y Alemania le declaró la guerra a Francia. Al siguiente día, Inglaterra entró en la contienda, con el pretexto de la violación por parte de Alemania de la neutralidad belga, garantizada internacionalmente por un tratado de 1839, también rubricado por los alemanes. A medida que avanzó la lucha, a ésta se sumaron las demás grandes potencias y otros muchos países de todos los continentes. En Europa sólo quedaron apartados de la guerra España, Suiza, Holanda, Suecia, Noruega y Dinamarca.

Por sus dimensiones, duración y medios empleados, la sangrienta guerra que estalló en 1914 no tenía precedentes en la historia de la humanidad. Comenzó como un conflicto europeo y terminó como mundial. Durante más de cuatro años, la movilización alcanzó proporciones hasta entonces desconocidas. Alrededor de 60 millones de hombres combatieron en tierra, mar y aire, y la guerra involucró, como nunca antes, a la población civil, que no sólo debió trabajar intensamente para abastecer a los combatientes, sino que sufrió también los efectos de los bombardeos sistemáticos a



las ciudades, severas restricciones de los abastecimientos y la manipulación psicológica. El empleo de nuevas armas como el fusil automático, la ametralladora, el lanzallamas, los gases asfixiantes, el submarino, así como el avión y el tanque, aunque aún muy rudimentarios, imprimieron a esta guerra un mayor carácter destructivo.

Las operaciones militares empezaron a desarrollarse en Europa en tres frentes: el occidental o franco-belga, el oriental o ruso y el meridional o serbio. En noviembre de 1914, la lucha se extendió al estrecho de los Dardanelos y a Mesopotamia, debido a la intervención del Imperio otomano como aliado de Alemania y Austria-Hungría. Dos nuevos frentes surgieron durante 1915: el austro-italiano,

después que Italia entró en la guerra de parte de la Entente, en mayo de 1915, y el griego o de Salónica, luego que Bulgaria se adhiriera a la causa de los imperios centrales en octubre de ese año. Casi desde el principio de la guerra también se combatió contra Alemania en Asia y en África, aunque allí la lucha fue breve y menos intensa. En Asia y el Pacífico participaron Japón, que se había sumado a la Entente el 23 de agosto de 1914, China y los dominios británicos de Australia y Nueva Zelanda. En África, las tropas anglo-francesas fueron apoyadas por efectivos sudafricanos y portugueses. De todos estos escenarios, los más importantes fueron los frentes europeos occidental y oriental, pues en ellos se decidió prácticamente el curso de los acontecimientos.

DE LA “GUERRA RELÁMPAGO” A LA DE POSICIONES

Al iniciarse la guerra, el Alto Mando alemán operó de acuerdo con el plan de guerra relámpago, elaborado previamente por el general Alfred von Schlieffen, jefe del estado mayor germano desde 1891 hasta 1907. Según este plan, que pese a sus años de existencia se consideraba una obra maestra, el ejército ruso necesitaría varias semanas para colocar en el frente toda su potencia debido a las dificultades de las vías de comunicación, lo cual permitiría a los alemanes concentrar mayoritariamente sus fuerzas en el frente occidental y obtener la victoria sobre Francia en cuatro o seis semanas. Con posterioridad, en un plazo de igual brevedad se aplastaría al enemigo en el frente oriental, que mientras tanto podría ser contenido por los austro-húngaros. La guerra debía concluir antes de la llegada del invierno. Se calculaba que, en tan corto



Primera Guerra Mundial, frente occidental.



Primera Guerra Mundial, frente oriental.

período, Inglaterra (afectada entonces por fuertes luchas sociales y por el recrudecimiento del independentismo irlandés) no podría organizar un fuerte ejército terrestre, lo que limitaría considerablemente su actuación.

Al principio pareció que el Plan Schlieffen se cumplía con todo éxito. El grueso del ejército alemán —siete ejércitos con

1 600 000 soldados— arrolló a las tropas belgas, francesas y a la pequeña fuerza expedicionaria británica que totalizaban poco más de 2 millones de efectivos. De esta forma, los alemanes lograron penetrar profundamente en Francia y a principios de septiembre, al llegar hasta el río Marne, se situaron a menos de 50 kilómetros de París. La caída de la capital francesa parecía tan inminente que el gobierno galo huyó a Burdeos. Mas, una vez que una parte de los germanos había cruzado el río, los franceses contraatacaron con gran fuerza y finalmente los hicieron retroceder. En la encarnizada y sangrienta batalla del Marne, desarrollada del 6 al 9 de septiembre, se enfrentaron unos 2 millones de hombres de los dos bandos, 6 000 cañones de campaña y unos 600 de grueso calibre. Este choque representó el fracaso de la “guerra relámpago” y el paso a la guerra de trincheras o de posiciones.

Con sus acciones en el frente oriental, los rusos contribuyeron en gran medida a la victoria francesa en el Marne. Contrariamente a los cálculos de Alemania, el ejército ruso se movilizó con rapidez y hacia fines de agosto y principios de septiembre, a solicitud del mando francés, penetró en Prusia Oriental y desplegó una ofensiva contra los austriacos en Polonia. Alemania se vio obligada a trasladar fuerzas del occidente para hacer frente a la potente embestida rusa. Tras algunos éxitos iniciales, los rusos fueron derrotados en la batalla de Tannenberg, en la cual perdieron más de medio millón de efectivos, pero con sus acciones habían logrado debilitar la fuerza del ataque alemán en el Marne y facilitado la victoria aliada. La actuación de los rusos también alivió la situación de Serbia, al permitir a sus fuerzas recuperar parte del territorio perdido.

De tal manera, a fines de 1914, cuando según los pronósticos alemanes debía ha-

Matanza por los Dardanelos

A lo largo de 1915, en la península turca de Galípoli se libró una de las más sangrientas batallas de la guerra. La lucha por el control de los Dardanelos concluyó con la retirada de la Entente y le valió a Mustafá Kemal, el futuro Atatürk, el título de “Héroe de Anafarta”. Allí murió medio millón de hombres de los dos bandos.



Primera Guerra Mundial, frente Turco-balcánico.

ber concluido el conflicto, se vislumbraba una guerra prolongada, de posiciones, en la cual se impondría inevitablemente la parte que demostrara poseer mayor potencial militar y económico. Los estados mayores se vieron obligados a cambiar sus planes de operaciones y los gobiernos tuvieron que adoptar un rígido control de la economía para garantizar el incremento de las producciones militares (cuyas reservas se habían agotado) y, en general, el abastecimiento a los soldados y a la población civil. Los gobiernos también se dotaron de poderes extraordinarios, relegando la vida parlamentaria allí donde existía.

Al concluir el primer año de guerra, en el oeste, los dos bandos se encontraban atrincherados en sendas líneas que se extendían a lo largo de 800 kilómetros, desde Suiza hasta el mar del Norte. Estabilizados los frentes, durante los dos años posteriores se desarrollaron sangrientos combates, con el objetivo de desgastar la resistencia enemiga y conseguir la penetración decisiva. Entre estas batallas se destacan la de Verdún, emprendida por los alemanes, y la del Somme, iniciada por los aliados,

que se prolongaron desde febrero hasta noviembre de 1916. En ellas perecieron cerca de 2 millones de hombres, pero las posiciones de los contrincantes apenas se modificaron. Aquellas terribles jornadas se immortalizaron por el célebre escritor Erich María Remarque en su famosa novela *Sin novedad en el frente*, en la cual reflejó sus propias vivencias como soldado alemán. Como dato curioso, cabe señalar que, en la batalla del Somme, los aliados



Las primeras trincheras tenían un carácter sumamente primitivo.



Un tanque Mark I, el primer tanque de la historia. Fotografía tomada el 25 de septiembre de 1916.

comenzaron a utilizar los tanques, que en aquel momento eran simples automóviles acorazados y de dudosa efectividad.

Aunque algunos encuentros desarrollados en los años anteriores preludiaron el cambio de signo de la lucha, las batallas de Verdún y del Somme acabaron de perfilar con toda exactitud cuánto había variado la técnica militar. Ellas mostraron la cara tétrica del nuevo tipo de guerra. Allí se concedió, por primera vez, un papel primordial a la artillería, que se empleó masivamente. Se trataba de “ablandar” al enemigo con el hostigamiento intensivo y destructor de obuses y cañones en un reducido espacio del frente. Cuando se juzgaba que no podía existir ni sombra de resistencia, se daba a la infantería la orden de avanzar. En efecto, se adelantaba el frente unos kilómetros, pero a las pocas horas, o a los pocos días, sobrevenía la reacción, el contraataque,



Artillería británica en Galípoli, Turquía.

que empleaba los mismos métodos, y todo volvía, más o menos, a la situación anterior, pero con un elevadísimo saldo de víctimas.

La etapa de la guerra de trincheras en el frente oriental no fue menos sangrienta. Las operaciones emprendidas por los rusos en 1915 y 1916, con el objetivo de aliviar la presión germano-austríaca en los frentes francés e italiano, terminaron en un estruendoso fracaso. Sólo en la ofensiva del general Alexei Brusilov, en junio de 1916, que hizo retroceder a los austro-húngaros y obligó a los germanos a fortalecer sus tropas en el frente, facilitando con ello la iniciativa aliada en el Somme, se contabilizaron alrededor de un millón de bajas, más de la mitad de rusos. Los rusos fueron detenidos, pero los alemanes no pudieron penetrar indefinidamente en el espacio continental de Rusia y sacarla de la lucha, como se había propuesto el mariscal Paul von Hindenburg, jefe de las fuerzas alemanas. Sin embargo, tras aquellos desastres se incrementó el repudio a la guerra en Rusia, que presagiaba la tempestad revolucionaria de 1917.

La guerra en el frente oriental se desarrolló con grandes pérdidas humanas

La primera línea

“Los obuses caen en torno a Bouaré, de Lardin y de mí. Se acaba finalmente por concebir esta caída perpetua de los obuses, pero nuestra imaginación y nuestros sentidos no estaban hechos todavía a su medida, no estaban en su punto. Eso es una cosa que requiere su tiempo. Ahora, estamos realmente allí. Cuando nos arriesgamos a hacer un movimiento nuestro cuerpo se despegaba de la tierra con ruido mojado; cuando un obús silba más cerca, uno se encoge más aún sobre sí mismo y se respira más fuerte cuando ya ha explotado. Hemos perdido la noción del tiempo: el cielo, por encima de nosotros, permanece inmutablemente gris entre los dos terraplenes de arcilla”.

Maurice Genevois: *Les Eparges*, en E. Díaz: *Breve historia de Europa contemporánea*.



Trabajadoras de una fábrica de municiones de Francia durante la Primera Guerra Mundial.

en las acciones militares, pero también tuvieron lugar actos de barbarie inusitados contra la población civil; el más espectacular de ellos fue el exterminio del pueblo armenio. Con el pretexto de la participación de armenios en el ejército ruso y las acciones de guerrillas de esa nacionalidad contra las fuerzas turcas, en junio de 1915, el gobierno turco ordenó la eliminación de todos los armenios, incluidos mujeres, niños y ancianos. El asesinato de cerca de un millón de armenios, según diversos cálculos, y la dispersión del resto, han quedado como uno de los rasgos más sanguinarios de esta guerra y ejemplo elocuente de la implicación de la población civil en un conflicto en el cual se traspasaron, con facilidad, los límites militares convencionales.

Nunca los hombres tuvieron que soportar tan duras circunstancias como los combatientes de esta guerra; sobre todo, a partir del momento en que los frentes se estabilizaron. Inmóviles en las líneas avanzadas, en trincheras más o menos profundas, expuestos sin protección alguna no sólo a los bombardeos y a los golpes de mano, sino también al frío y a la lluvia, mal abastecidos, devorados por los piojos,



Europa deviene un gran hospital. La prolongación de la guerra obligó a improvisar hospitales en viviendas y en otras instalaciones.

víctimas del sueño, los soldados vivían hundidos en el barro. En los sectores agitados, el combatiente se hallaba constantemente en tensión nerviosa. El riesgo de muerte acechaba todo el tiempo.

Después de dos años de guerra, los sufrimientos y el peligro habían influido sobre el combatiente, que no tardaría en ser muy distinto al hombre de 1914. Todavía desplegaba un esfuerzo sobrehumano, pero había perdido todas sus ilusiones. A su entusiasmo inicial había seguido una amarga resignación, fruto de las decepciones sufridas, de la hostilidad que le inspiraban las leyendas difundidas por la prensa y por aquellos que querían continuar la guerra a su costa, así como por el cansancio y por el sentimiento de que tantos sacrificios resultaban inútiles.



Soldados británicos en las trincheras, durante la batalla del Somme, 1916.



La situación en la retaguardia no era menos penosa. La población civil, incluidos mujeres, ancianos y niños, debía trabajar intensamente para abastecer los frentes, bajo la amenaza constante de feroces bombardeos y sometida a un riguroso racionamiento de los productos de primera

necesidad. En la medida en que se dilataba la lucha, el hambre y la falta de higiene provocaban el surgimiento de epidemias con el correspondiente incremento de la mortalidad, lo que afectaba a los sectores más vulnerables; en particular, a niños y ancianos.

TENTATIVAS DE PAZ

A finales de 1916, el desánimo en los frentes, que afectaba a los dos bandos, así como las crecientes dificultades en las retaguardias, determinaron la realización de ciertas gestiones de paz, en las cuales participaron, principalmente, las grandes potencias beligerantes y Estados Unidos. Iniciaron estas tentativas Alemania y Austria-Hungría, que el 12 de diciembre comunicaban a las potencias aliadas, y a todo el mundo en general, la disposición a entablar negociaciones. La nota, divulgada por Alemania en nombre de sus aliados, estaba redactada en tono todavía jactancioso, resultado de los éxitos

logrados en los frentes balcánico y ruso durante ese año.

Casi simultáneamente, el 21 del mismo mes, el presidente norteamericano Woodrow Wilson remitía un documento a los países beligerantes en el cual, tras una declaración de principios de carácter idealista, solicitaba de éstos que indicaran las condiciones bajo las que podían llegar a sentarse ante una mesa de negociaciones, para buscar una solución que pusiera fin a la contienda. El llamamiento de Wilson estaba dirigido también a los países neutrales. Los gobiernos de España y Suiza contestaron afirmativamente a la nota de Wilson, aunque el primero aclaró que sólo participaría cuando las negociaciones tomaran un curso positivo. El Vaticano también se sumó al llamamiento del mandatario estadounidense.

Las potencias de la Entente respondieron a las referidas gestiones con el establecimiento de las siguientes condiciones para un posible acuerdo: restauración de Bélgica; restitución a Francia de las provincias de Alsacia y Lorena; devolución de la integridad de Serbia y Montenegro; aplicación del principio de las nacionalidades, lo que suponía la entrega a Italia de los territorios irredentos en posesión de Austria-Hungría y la liberación de checos, eslovacos y eslavos meridionales; expulsión de Turquía de Europa e independencia de los pueblos colocados bajo su soberanía. No obstante, la Entente no hablaba para nada de la restauración de Polonia, porque Rusia se negaba a incluir esta mención, aunque fuera grata a sus aliados occidentales.



En agosto de 1914, fue elevado al Pontificado Giacomo della Chiesa, quien tomó el nombre de Benedicto XV.



La posición de la Entente, entonces alineada con la política británica del *Knock-out blow*, formulada por el recién estrenado primer ministro Lloyd George, fue rechazada enseguida por Alemania y sus aliados,

que entonces se sentían en una posición ventajosa. De tal manera, los deseos de paz expresados a finales de 1916 —reales o fingidos— quedaron en las declaraciones y no llevaron a ningún resultado positivo.

EL CRUCIAL AÑO DE 1917

Mientras continuaba la guerra de trincheras, el año 1917 se caracterizó por tres acontecimientos que tendrían enorme influencia en la posterior evolución del conflicto y en su desenlace: la intervención de Estados Unidos en la guerra; la retirada de Rusia, después de la revolución, y una profunda crisis causada por el cansancio y la agitación en los frentes.

La política de neutralidad estadounidense, proclamada al comenzar la contienda, quedó modificada cuando Alemania anunció, en enero de 1917, que a partir del 1º de febrero de ese año recurriría a la guerra submarina sin restricciones contra la flota aliada y todas las embarcaciones con destino a puertos ingleses y franceses. Los expertos civiles y militares alemanes habían calculado que esta estrategia provocaría la derrota de Inglaterra en seis meses, y poco después, el colapso de la Entente. Tal perspectiva representaba un serio peligro para el capital norteamericano, que mantenía intensos vínculos comerciales y financieros con los países de la Entente; en particular, con Inglaterra y Francia, que le adeudaban sumas colosales. En definitiva, esta amenaza determinó la enérgica reacción del presidente Thomas W. Wilson y su declaración de guerra a Alemania, el 6 de abril de 1917. Al demócrata Wilson, vigesimotercer presidente norteamericano, se le atribuye históricamente una buena dosis de idealismo en su actuación, pero tras ese supuesto idealismo estaba, sin dudas, un genuino representante del capitalismo de su país.

Con la intervención de Estados Unidos se incrementaron los efectivos y todo el potencial militar de la Entente. La Fuerza Expedicionaria Estadounidense (FEE),

comandada por el general John Pershing, el invasor de México en 1916, se incrementaba con el paso del tiempo y al final de la guerra contaba con casi 2 millones de combatientes. A ello hay que añadir la entrada en combate de nuevas y más poderosas naves y armas de todo tipo. Pero, tanto más importante aún resultó el aporte financiero norteamericano a Gran Bretaña, Francia, Italia, Bélgica, Rusia, Rumania, Serbia y Grecia, que ascendió a unos 10 000 millones de dólares, concedidos como préstamos de Estado a Estado, con un 5 % de interés.

La entrada de Estados Unidos en la contienda, que inclinó la balanza a favor de la Entente, también representó la incorporación de Latinoamérica a ésta. Después de la gran potencia del Norte, les declararon la guerra a los imperios centrales Brasil, Guatemala, Honduras, Costa Rica, Nicaragua, Panamá y Cuba; mientras Bolivia, Ecuador, Perú, Uruguay y República Dominicana, rompieron sus relaciones diplomáticas con aquellos países. Los demás Estados del área se declararon neutrales. Sin embargo, América Latina no tuvo una participación directa en el conflicto, su actitud representó más bien un acto de solidaridad con el poderoso vecino, con un efecto ante todo de carácter psicológico. A la postre, la guerra conduciría a una mayor penetración estadounidense en la región.

Y mientras Estados Unidos se preparaba para intervenir en la guerra,



El uso del submarino por parte de los alemanes originó la entrada en la guerra de Estados Unidos.



El telegrama Zimmermann

Muchos historiadores, particularmente norteamericanos, han aducido que otro motivo para el abandono de la neutralidad lo constituyó el famoso “telegrama Zimmermann”, en el cual el ministro del Exterior alemán le proponía a México que se sumara a la causa germana a cambio de apoyo para recuperar los territorios arrebatados a ese país por Estados Unidos, cuando Alemania concluyera victoriosamente la guerra. Éste fue un hecho ampliamente explotado por las autoridades y que influyó en la opinión pública, pero de ninguna manera determinante en la actitud del gobierno, el cual conocía que la proposición alemana no tendría consecuencias algunas.

en Rusia se desencadenaba la tormenta revolucionaria, acelerada por los sufrimientos del prolongado conflicto, percibido, cada día más, como algo totalmente ajeno a los intereses de las grandes mayorías. Las revoluciones rusas de 1917 ocasionaron la caída del régimen zarista de Nicolás II y condujeron finalmente al triunfo de los bolcheviques, que en pocas semanas sacaron al país de la matanza imperialista, cumpliendo así lo prometido a las masas en su programa de lucha por el poder.

Los acontecimientos revolucionarios de Rusia contribuyeron a profundizar el clima de descontento e irritación que se extendió por los frentes y retaguardias, en la medida en que se hacía más larga y encarnizada la contienda. La situación resultó particularmente crítica en Alemania y Austria-Hungría. En verdad, durante 1917, los llamados imperios

centrales mantuvieron sus posiciones e, incluso, lograron algunos éxitos contra rumanos, italianos y franceses; sobre todo, después del cese de las operaciones en el frente oriental; pero en ambos casos habían llegado al límite de sus posibilidades. El cansancio y las privaciones se acentuaban por día y provocaban numerosas y masivas huelgas obreras, al tiempo que los actos de insubordinación y los motines en las unidades militares eran frecuentes. La amenaza de la revolución se cernía sobre los dos imperios.

La agitación también afectó a los países de la Entente. En Francia, después de las fracasadas ofensivas de la primavera y el verano, que costaron la vida a más de 60 000 hombres, el general Henri Philippe Petain, por entonces jefe del ejército francés, tuvo que acudir a severas medidas —incluido el fusilamiento en masa—, para contener las rebeliones de soldados y oficiales; mientras que en Italia, país que sufrió sucesivos descalabros desde que se incorporó al conflicto y terminó el año 1917 con la aplastante derrota de Caporetto (que costó medio millón de bajas y la pérdida de cuantiosos recursos), la guerra era tan impopular, que las autoridades tuvieron que organizar campos de concentración

para internar a miles de civiles y combatientes inconformes. La batalla de Caporetto se reflejó por Ernest Hemingway en su novela *Adiós a las armas*.

Así las cosas, a fines de 1917, luego de tres años y medio de matanzas, privaciones y sacrificios, resultaba evidente el rechazo mayoritario a la guerra. En el movimiento socialista, en el cual al principio sólo el reducido grupo de la izquierda asumió una posición contra la guerra, se generalizó el



El telegrama Zimmermann tal y como fue enviado por el embajador alemán en Washington D. C. al embajador en México.



rechazo a la continuación de ésta y el apoyo a la demanda bolchevique de una paz sin anexiones ni indemnizaciones. El sentimiento antibelicista también se extendió a otras fuerzas políticas e, incluso, llegó hasta la Iglesia católica, si bien los llamados del papa Benedicto XV, aunque al parecer sinceros, buscaban romper el aislamiento del Vaticano y, sobre todo, neutralizar el protagonismo pacifista de los socialistas. Las invocaciones de los gobernantes a la unión sagrada para salvar la patria y otras por el estilo, ya no eran escuchadas y aceptadas por todos. Se había roto definitivamente el consenso de 1914, cuando la propaganda chovinista y patrioter de los gobiernos y su promesa de una guerra corta y victoriosa, terminaron por contagiar a amplias masas. La realidad de una guerra que sólo beneficiaba los intereses de grupos ávidos de riquezas y conquistas, había terminado por generar condiciones revolucionarias, que seguirían profundizándose en 1918 y en los años posteriores.

Hasta la primavera de 1916, la lucha marítima en la superficie fue muy limitada. Alemania no quiso arriesgar su moderna, pero pequeña flota, frente a la evidente superioridad naval de los ingleses. Hasta ese momento, la guerra en el mar se concretó al bloqueo impuesto a los imperios centrales por la marina inglesa y a las operaciones de respuesta de los submarinos alemanes contra las naves con destino a los países aliados; en particular, a las islas británicas. Los submarinos mostraron una

Los socialistas y la guerra

En las conferencias socialistas celebradas en las ciudades suizas de Zimmerwald y Kienthal, en septiembre de 1915 y mayo de 1916, respectivamente, sólo la izquierda asumió una actitud consecuentemente antibelicista. En ellas se destacó la figura de Vladimir I. Lenin, quien abogó por rechazar toda colaboración con los gobiernos y por emprender acciones de todo tipo para transformar la guerra en revolución.

gran actividad y no sólo atacaron barcos mercantes, sino también a transportes de pasajeros. Tal fue el caso del trasatlántico inglés *Lusitania*, hundido el 7 de mayo de 1915, casi a la entrada del puerto de Queenstown, a la altura del cabo Kinsale. El trasatlántico llevaba 1 276 pasajeros, 118 de ellos eran norteamericanos, lo que motivó una vigorosa protesta de Estados Unidos. Un segundo hundimiento de un barco de pasajeros, el del *Arabic*, el 19 de agosto del mismo año, desencadenó una oleada de reclamaciones y condujo a la decisión de suspender los ataques de los submarinos en pleno océano, aunque se mantuvo el bloqueo de las costas inglesas. La interrupción de los ataques submarinos en la profundidad oceánica, se prolongó por un año y favoreció, en buena medida, el avituallamiento de los aliados.

LA GUERRA EN EL MAR Y EL AIRE

Ahora bien, en mayo de 1916, cada vez más urgida de romper el bloqueo por la necesidad de suministros, Alemania resolvió sacar hacia alta mar los barcos hasta entonces abrigados en sus bases del mar del Norte. La acción, en coincidencia con la ofensiva germana en Verdún, se detectó enseguida por los ingleses, quienes se propusieron aprovechar la ocasión para eliminar la escuadra alemana como factor

de importancia en la guerra. El encuentro ocurrió finalmente en Jutlandia, Dinamarca, donde el 31 de mayo y el 1º de junio se enfrentaron 93 unidades germanas con 142 inglesas. La batalla terminó con importantes pérdidas en los dos bandos, pero los barcos alemanes sobrevivientes tuvieron que retirarse ante la persecución enemiga. La escuadra alemana quedó definitivamente encerrada en sus bases hasta el final de la



Zeppelin Staaken R.VI, uno de los aviones de la flota alemana.

guerra, lo cual supuso un evidente respiro para Gran Bretaña.

La consecuencia más sobresaliente de la batalla de Jutlandia consistió en que, convencida Alemania de la imposibilidad de una victoria naval de superficie, endureció la guerra submarina, que se intensificó a partir del 1º de febrero de 1917, cuando Berlín declaró que no haría discriminación entre barcos mercantes aliados o neutrales, siempre que éstos se dirigieran a puertos de los aliados. A partir de entonces, no habría avisos previos y serían atacados y hundidos sin ninguna clase de contemplaciones todos los barcos localizados en el área que se juzgaba bélica. La contienda submarina sin restricciones, que precipitó la entrada de Estados Unidos en el conflicto, no resolvió el crítico problema de los abastecimientos de los imperios centrales. Por el contrario, desde entonces se recrudeció el bloqueo marítimo a éstos y con él la carencia de todo tipo de mercancías.

En cuanto a la guerra en el aire, los esfuerzos por desarrollarla tuvieron resul-

tados limitados, debido a las características del material con que se contaba; en particular, en los primeros años de la contienda. Los pequeños aviones (aeroplanos) que existían entonces alcanzaban apenas los 1 000 metros de altura y volaban a poca velocidad, por lo que podían ser abatidos con relativa facilidad. Ello explica que, al principio, la aviación se empleara básicamente en funciones de “espionaje”; es decir, para comunicar la situación de las fuerzas enemigas o los movimientos de tropas.

Al iniciarse la guerra, los alemanes pusieron grandes esperanzas en la actuación de los dirigibles, aparato ideado por el conde Ferdinand von Zeppelin, por lo que se les acostumbra a designar con su apellido. Se juzgaba que la mayor rapidez con que se elevaban estos aparatos les hacía menos vulnerables, al mismo tiempo que su mayor capacidad permitía transportar una apreciable carga de bombas, que podrían lanzarse en el frente y, sobre todo, en la retaguardia, con el objetivo de quebrantar la moral de la población. Los zeppelines realizaron los primeros bombardeos a Londres, París y otras ciudades, pero estas acciones no arrojaron, a la postre, los resultados esperados. Al contrario de lo que se pensaba, los zeppelines se mostraron muy vulnerables y se desistió de su empleo.

Sin embargo, a partir de 1917, la aviación había alcanzado cierto grado de perfeccionamiento. Para entonces, se construían naves de mayor envergadura y capaces de alcanzar más altura y velocidad que los primeros aeroplanos. En esas circunstancias, de la función de “espionaje” a que se dedicó en los dos primeros años, la aviación pasó a tomar parte en las batallas. En el caso de los aviones alemanes, uno de los principales objetivos perseguidos era el ataque a los carros de combate que, cada vez en mayor número, ponían en la línea los aliados; en especial, los ingleses. El bombardeo a las ciudades continuó también como un objetivo importante. Con todo, debe señalarse que la aviación nunca llegó a desempeñar un papel decisivo en la guerra.



Réplica del Sikorsky S-22, primer bombardero estratégico ruso.

EL AÑO FINAL

A inicios de 1918, los alemanes decidieron realizar un esfuerzo supremo para romper las líneas aliadas en el frente occidental y llegar a París, lo que a su juicio sería definitivo. Con este propósito, los efectivos se incrementaron con fuerzas trasladadas del este europeo y se pidió a los soldados un último sacrificio para volver a casa con la victoria. Así las cosas, en cuatro grandes ofensivas, desarrolladas sucesivamente desde marzo hasta julio, con un altísimo costo humano y material, los alemanes lograron quebrar la resistencia enemiga en un sector de 60 kilómetros y avanzaron hasta el Marne, a corta distancia de la capital gala, donde debieron detenerse por el agotamiento y la falta de suficientes reservas. En aquellos combates, el mando alemán, encabezado por el general Ludendorff, utilizó más de 6 000 cañones y unos 3 000 morteros, además de la aviación y de un nuevo tipo de gas, la iberita o gas mostaza.

Por su parte, tras un momento de desconcierto, los aliados crearon un mando único, bajo la dirección del general francés Ferdinand Foch, para coordinar mejor sus acciones, y pidieron a Estados Unidos un incremento sustancial en el aporte de hombres y armamentos. A la lucha se sumaron nuevas divisiones norteamericanas, dotadas del más moderno material de guerra, bien alimentadas y poseídas de una moral de victoria. Ello les permitió a los aliados pasar pronto a la contraofensiva y derrotar las fuerzas alemanas en la segunda batalla del Marne, librada del 15 de julio al 4 de agosto. Fue una batalla breve, pero extraordinariamente sangrienta y decisiva, en la cual las bajas resultaron cuantiosas; en particular, las germanas. Alemania recibió un golpe del que ya no pudo reponerse ni material y ni psicológicamente. A partir de ese momento, los aliados tomaron la iniciativa en todo el frente occidental y siguieron en esa dirección hasta que concluyó el conflicto.

Mientras tanto, la situación en los demás frentes también resultaba desfavorable

para la causa germana. En octubre, Bulgaria y Turquía salieron de la guerra, después de ser vencidas en los Balcanes y en el Próximo Oriente, respectivamente. Los aliados obtuvieron la victoria definitiva en el frente italiano, cuando derrotaron a los austríacos en la batalla de Vittorio Veneto, librada del 24 de octubre al 3 de noviembre. El mismo día 3, Austria-Hungría firmaba el armisticio con Italia. Agotado por el esfuerzo bélico y sacudido por la revolución, el viejo y carcomido Imperio austro-húngaro se vino abajo, dando lugar al surgimiento de cuatro nuevos Estados: Austria, Hungría, Checoslovaquia y Yugoslavia.

Al comenzar el otoño, el declive de Alemania estaba muy claro. Sus fuerzas armadas se hallaban totalmente desmoralizadas y la agitación revolucionaria se extendía por todo el país. El alto mando militar, a través del propio mariscal Hindenburg, reconocía en octubre que no había posibilidad alguna de resistencia. Un mes más tarde, el 11 de noviembre, Alemania firmaba el armisticio del bosque de Compiègne, en las cercanías de París, el cual la obligaba a abandonar los territorios ocupados y a desarmarse para evitar la reanudación de las hostilidades, en caso de desacuerdo con el tratado de paz que vendría después. Dos días antes había triunfado la revolución en Berlín y se había proclamado la República, con un



Los primeros rudimentarios tanques.



gobierno presidido por el socialdemócrata Friedrich Ebert. El emperador Guillermo II se refugiaba en Holanda, desde donde posteriormente rehuiría cualquier responsabilidad en lo acontecido; actitud asumida

también por el belicoso e irresponsable príncipe heredero. Por su parte, el alto mando alemán achacaría el desastre a la situación en la retaguardia, al acuñar la tesis de la “puñalada por la espalda”.

LA GUERRA EN ÁFRICA Y EL PACÍFICO

Los territorios africanos colonizados por los alemanes eran Togo, Camerún, el África Suroccidental Alemana (actual Namibia) y el África Oriental Alemana (hoy Ruanda, Burundi y parte de Tanzania). Al empezar la guerra en Europa, una fuerza anglo-francesa tomó posesión de Togo y poco después invadieron Camerún, donde la resistencia germana fue quebrada a principios de 1916. El África Suroccidental alemana se conquistó entre septiembre de 1914 y julio de 1915 por tropas de la Unión Sudafricana (actual República de Sudáfrica). Mayor resistencia ofreció el África Oriental Alemana, la más importante de las posesiones germanas en el mal llamado continente negro. Los primeros ataques emprendidos por las fuerzas inglesas e indias, a fines de 1914, fueron rechazados por las tropas

del general Paul von Lettow-Vorbeck. No obstante, en 1916, los aliados (británicos, sudafricanos y portugueses) ocuparon la mayor parte de la colonia. Las tropas alemanas se replegaron, pero invadieron el África portuguesa, donde resistieron hasta el cese de la lucha en Europa.

En lo concerniente a la región del Pacífico, una fuerza neozelandesa conquistó la zona alemana de Samoa, en agosto de 1914, mientras tropas australianas ocuparon los archipiélagos alemanes de Bismarck y Nueva Guinea, en septiembre de ese mismo año. Por su parte, en noviembre de 1914, Japón se apoderó de la fortaleza de Qingdao, puerto alemán situado en la provincia china de Shandong, y tomó posesión de las islas Marshall, Marianas y Carolinas, así como del archipiélago de Palau. Japón



Aquí se observa con cierta claridad el acierto de la dominación “mundial” aplicada al gran conflicto de 1914-1918. Sólo seis países en Europa y pocos más en otros continentes se salvaron de verse implicados en la guerra.

La gripe de 1918

La famosa “influenza” de 1918 se conoce ilógicamente como “fiebre española”, pues penetró en España después que en otros muchos países. Por otra parte, investigaciones posteriores determinaron que se originó en Estados Unidos, desde donde se trasladó a Europa.

aprovechó la guerra y la situación particular de China, dividida en dos partes (norte y sur) enfrentadas en medio de un espantoso caos provocado por los llamados “señores de la guerra”, para incrementar la intervención en aquel país. Asimismo, fortaleció su dominio en la península coreana, que controlaba desde el fin de la Guerra ruso-japonesa de 1904-1905.

Con el cese de las operaciones bélicas, en noviembre de 1918, se cerraba el capítulo militar de una guerra que involucró a 32 países y se prolongó durante cuatro

años, tres meses y 14 días. La contienda ocasionó poco más de 37 millones de bajas entre muertos, heridos y mutilados, así como incalculables pérdidas materiales de todo tipo. La población civil aportó unos 10 millones de bajas, según estimados oficiales. Una parte apreciable de las bajas civiles se debieron al hambre y las enfermedades, incluido la gran epidemia de gripe o “influenza” de 1918, que afectó a casi toda Europa. A ello hay que añadir los masivos desplazamientos humanos causados por el conflicto, que totalizaron casi 3 millones de personas. Europa central y oriental, pero sobre todo los países derrotados, quedaron profundamente condicionados por los problemas de reinserción de estas masas de seres desarraigados, a las cuales se unieron los miles de soldados vueltos del frente que hallaron, en todos los países, múltiples dificultades para adaptarse a la paz. Para provocar tales calamidades, los países beligerantes habían empleado unos 186 000 millones de dólares, que hoy representaría una cifra casi impronunciable.

LA CONFERENCIA DE PARÍS

Los tratados que pusieron fin oficialmente a la Primera Guerra Mundial se acordaron en la Conferencia de París, desarrollada desde el 28 de enero hasta el 26 de junio de 1919. En ella participaron las 28 naciones que habían combatido al lado de la Entente. Alemania y sus aliados no fueron invitados. Tampoco se admitió la Rusia soviética, a pesar del papel sumamente destacado del ejército ruso en las operaciones militares. Por el contrario, la reunión se utilizó para organizar la intervención de las grandes potencias en la lucha contra el joven Estado soviético, que por entonces se enfrentaba a la contrarrevolución interna en una sangrienta lucha.

Aunque a la conferencia asistió un numeroso grupo de países, todas las decisiones se tomaron por Estados Unidos, Inglaterra y Francia, representados

por el presidente Wilson y los primeros ministros David Lloyd George y Georges Clemenceau, respectivamente. El plenario de la conferencia sólo se reunía para escuchar y sancionar lo que los tres grandes acordaban. Pero, enseguida, entre ellos surgieron serias divergencias acerca de numerosos problemas como resultado de los intereses, muchas veces contrapuestos, que éstos defendían, lo cual determinó la excesiva prolongación de las negociaciones. Sin embargo, finalmente lograron ponerse de acuerdo, aunque sólo fuera de forma temporal.

Hay que señalar que, teóricamente, las negociaciones debían desarrollarse a partir de los famosos Catorce Puntos formulados por el presidente Wilson, el 8 de enero de 1918, como base para una paz supuestamente firme y duradera. Así se aceptó en un inicio por las demás potencias aliadas,



El 18 de abril del 1919 se inició en París la Conferencia de Paz que habría de terminar con la firma del Tratado de Versalles el 28 de de junio del mismo año. Sus figuras principales fueron Clemenceau, Loyd George, Wilson y Orlando. Los alemanes no fueron admitidos en las conversaciones.

pero en la práctica aquellos puntos se desecharon casi totalmente. Ni Inglaterra, ni Francia estaban dispuestas a considerar siquiera muchos de los puntos incluidos en la propuesta de Wilson; en particular, aquellos referentes al respeto a las distintas nacionalidades y a la autodeterminación de los pueblos, los cuales chocaban con sus pretensiones en Europa y con sus intencio-

nes de fortalecer sus respectivos imperios coloniales. En tono de burla, Clemenceau decía que Wilson se creía superior a Dios, pues éste se conformó con Diez Mandamientos y Wilson estableció 14. A la postre, el mandatario norteamericano, que había llegado a París con la aureola del gran vencedor, tuvo que ceder en la mayoría de los asuntos.

LOS TRATADOS DE PAZ

Por las condiciones del Tratado de Versalles, firmado en el Salón de los Espejos del Palacio de Versalles, el 28 de junio de 1919, Alemania reintegró a Francia los territorios de Alsacia y Lorena, que le había arrebatado en la guerra de 1871. Además, Francia obtuvo por 15 años el control de la región carbonífera del Sarre. Se incorporaron a Bélgica los distritos de Eupen y Malmedy y a Dinamarca, el Schleswig septentrional. Alemania debió reconocer la independencia de Polonia y le entregó Poznan y varias regiones de Silesia y de Pomerania, mientras la zona de Gdansk se regiría por un estatuto internacional, quedando separada Prusia Oriental del resto del territorio germano mediante un corredor o pasillo, lo cual

creó un foco de tensión permanente entre los dos países. Alemania debió reconocer también la independencia de Checoslovaquia y cederle la región de Hultschin. El tratado dejó establecida la prohibición de una futura anexión de Austria a Alemania.

El caso de Polonia, reconstituida con tierras bajo dominio austro-húngaro, ruso y alemán, merece un comentario adicional. A ese país se le concedía una salida al mar a través del "pasillo polaco" que atravesaba y dividía a Alemania, pero no se le daba Danzing, el puerto correspondiente, el cual quedaba bajo control internacional. Esta lamentable solución dejó descontentos a los dos países. A Alemania, porque ésta quedó en la extraña situación de que para trasladarse de una parte a otra de su



Revanchismo francés

Francia exigió que el Tratado de Versalles se firmara precisamente en el mismo sitio donde los franceses debieron aceptar las condiciones impuestas por Alemania como resultado de la derrota de 1871. Para que la humillación fuera mayor, se escogió la fecha del 28 de junio, aniversario del atentado de Sarajevo.

territorio, tenía que pasar por un Estado extranjero. A Polonia, porque la salida al mar suponía, como es natural, un buen puerto, pero dadas las condiciones del mar Báltico no existía otro que Danzing, con lo cual se obligó a los polacos construir un nuevo puerto, Gdynia, el cual costó mucho tiempo y dinero poner en funcionamiento.

Alemania perdió todas sus colonias y el derecho de poseerlas en el futuro. Inglaterra y Francia se repartieron Togo y Camerún. Las posesiones alemanas de África Suroccidental y Oriental pasaron a Inglaterra, Bélgica, Unión Sudafricana y Portugal. En el Pacífico, Japón obtuvo las islas Marshall, Marianas y Carolinas, la región de Kiao-Chow y las concesiones alemanas en Shangtung, China. Otras colonias de Alemania en el Pacífico pasaron a Australia y Nueva Zelanda. Estados Unidos quedó inconforme con esta distribución, pues afectaba sus pretensiones de supremacía en la zona. Ello conduciría a la revisión efectuada en Washington, a fines de 1921 y principios de 1922, que inclinó la balanza a favor de Norteamérica, lo que Japón aceptó de mala gana. Todas las posesiones alemanas, así como las de Turquía, se entregaron en calidad de mandatos de la Liga de las Naciones, con el supuesto objetivo de prepararlas para la independencia, pero, en la práctica, el cambio sólo fue de dueños.

Los artículos militares del Tratado de Versalles limitaron las fuerzas armadas de Alemania a 100 000 hombres, los necesarios supuestamente para cuidar el orden interior, y prohibieron instaurar el servicio militar. Quedaron suprimidas la flota de

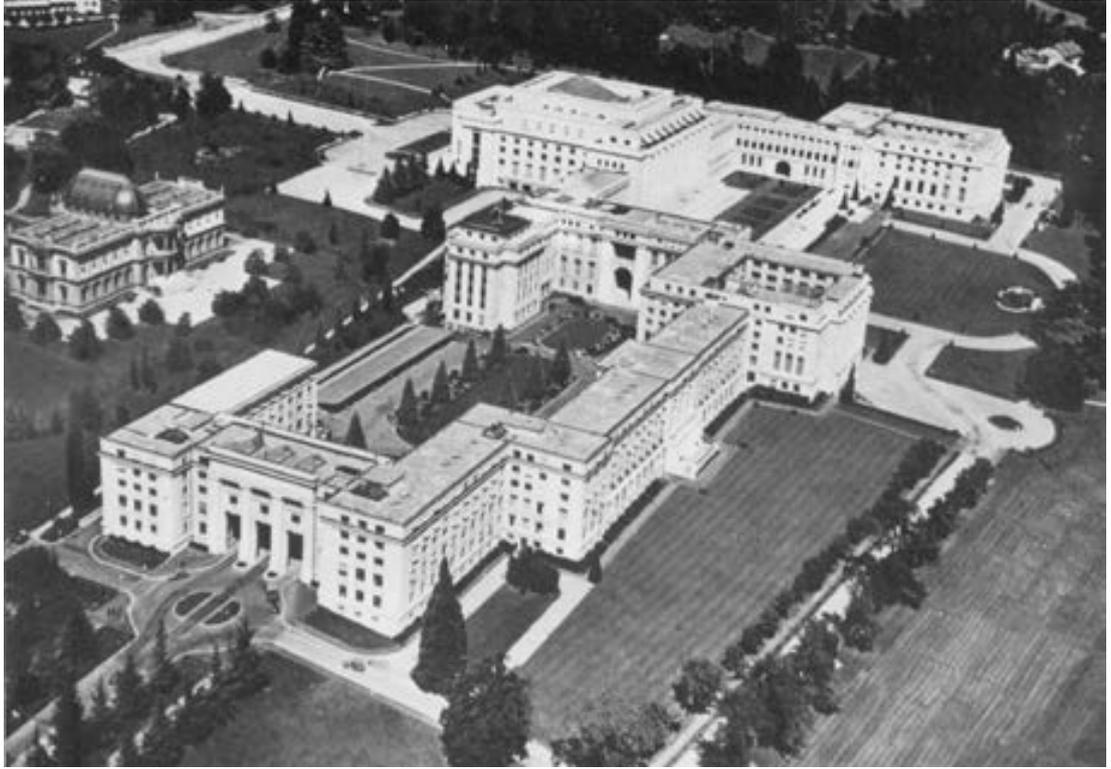
guerra, la artillería pesada y la aviación de combate. Los puertos marítimos y los ríos del país quedaban abiertos a las naves de las potencias aliadas. Por otra parte, Alemania debía suministrar a los aliados, durante diez años, grandes cantidades de carbón, ganado y otros productos, y se comprometía a pagar una indemnización (fijada posteriormente) de 132 000 millones de marcos oro en calidad de reparaciones de guerra, más 5 000 millones adicionales para Bélgica.

Para garantizar el cumplimiento del tratado por parte de Alemania se estableció la ocupación aliada de la orilla izquierda del Rin por un lapso de 15 años. La orilla derecha debía quedar desmilitarizada en una profundidad de 50 kilómetros. Durante las negociaciones del tratado, Clemenceau exigió separar estas zonas de Alemania y crear en ellas uno o más Estados tapones (que evidentemente estarían supeditados a Francia), argumentando para ello la garantía de la futura seguridad francesa. Pero Lloyd George (con el apoyo de Wilson), que no quería una Francia muy fortalecida por temor a su absoluta hegemonía en Europa, se opuso enérgicamente a estas pretensiones y el primer ministro galo tuvo que ceder y aceptar, aunque con reticencias, la fórmula defendida por sus aliados.

El Tratado de Versalles dio vida a la Liga de las Naciones, en cuya creación se empeñó tesoneramente el presidente Wilson, al punto de hacer concesiones en otros asuntos. La Liga de las Naciones proclamó el propósito de garantizar la paz y la seguridad internacional y otros altos y nobles objetivos. Mas, la ausencia de Es-

Estados Unidos y la Liga

El Congreso norteamericano se opuso al Artículo X del Estatuto de la Liga que establecía la obligación de los miembros a respetar la independencia de todos los Estados, y desautorizó la gestión de Wilson, a quien censuró por haber hecho concesiones y contraído compromisos inaceptables para Estados Unidos.



Palacio construido en Ginebra para sede de la Liga de las Naciones.

tados Unidos, cuyo Congreso no ratificó el Tratado de Versalles, así como de la Unión Soviética y de Alemania, que no fueron aceptadas durante un largo período, limitó sus posibilidades. Controlada por Inglaterra y Francia, la Liga tendría una actuación débil y a veces cómplice frente a las agresiones fascistas que condujeron a la Segunda Guerra Mundial. Mención aparte merece el sistema de mandatos establecido por la Liga de las Naciones, según el cual las antiguas posesiones alemanas y turcas se entregaban a varias potencias por considerar que

sus poblaciones carecían de madurez para autogobernarse. Constituyó un intento mal disimulado para perpetuar el colonialismo, lo cual afectó el prestigio de la organización desde sus mismos inicios.

La paz de Versalles fue enjuiciada severamente por sus contemporáneos. Vladimir I. Lenin la calificó como “una paz de bandidos, de rapiña”, mientras que John M. Keynes, quien fuera miembro de la delegación británica en la Conferencia de París, la consideró como una “paz cartaginesa”, en alusión a las crueles condiciones impuestas por Roma a Cartago. Y no podía ser de otra manera, al tratarse de una paz imperialista. Sin duda alguna, Alemania hubiese procedido de forma similar de haber resultado vencedora. Así lo confirma la paz que impuso a Rusia en Brest-Litovsk, en marzo de 1918. El Tratado de Versalles representó una pesada carga para el pueblo alemán y provocó en él un profundo sentimiento de humillación, así como un descontento generalizado; factores estos aprovechados por el fascismo para alimentar el revanchismo y conducir el país a una nueva matanza, sólo 20 años después.

Control anglo-francés de la Liga

El control internacional que se atribuía a la Liga sobre los mandatos fue una ficción, principalmente por la hegemonía británica en la organización y la coincidencia francesa en este asunto. Londres hizo admitir como miembros plenos a sus dominios de Canadá, Australia, Nueva Zelanda, la Unión Sudafricana y hasta la “India británica”, lo cual le daba seis votos. Se las arregló, además, para que un inglés, sir Eric Drummond, ocupara la Secretaría General durante 14 años.



Europa antes y después de Versalles. En los aspectos territorial y político, en 1919 ha nacido otra Europa.

Los tratados con Austria (Saint Germain), Hungría (Trianón) y Bulgaria (Neuilly), firmados entre 1919 y 1920, concluyeron la reestructuración de Europa Central y Oriental, según el doble objetivo de acentuar la debilidad alemana y contrarrestar la influencia soviética. Austria y Hungría quedaron reducidas a sus dimensiones actuales y con los territorios bajo su anterior dominio se formaron Yugoslavia, mediante la unión de eslovenos, croatas, montenegrinos y otras minorías alrededor del reino de Serbia, y Checoslovaquia, que unió la zona industrial checa (Bohemia y Moravia) y la región agraria eslovaca. Los dos Estados no tenían precedentes históricos, resultando, en la práctica, creaciones artificiales favorecidas por la Entente; en particular, por Francia, que procuraba fortalecer sus aliados en la zona, Rumania resultó muy beneficiada y duplicó su extensión a costa de tierras húngaras (Transilvania), búlgaras (una parte de la Dobrudja) y bajo dominio ruso

(Besarabia), convirtiéndose en un extenso conglomerado multinacional. Con territorios del antiguo Imperio austro-húngaro y de Bulgaria se beneficiaron también Grecia (que privó a Bulgaria de su salida al mar Egeo y extendió sus límites hasta Turquía); la renacida Polonia e Italia, aunque esta última no quedó satisfecha con lo recibido del otrora imperio dual, por estimar que era inferior a lo prometido. En lo adelante, las rivalidades fronterizas y étnico-religiosas, a menudo azuzadas por las grandes potencias imperialistas en función de sus intereses, convirtieron esta región europea en un peligroso foco de tensión.

Finalmente, el tratado con Turquía (Sevres, 1920) refrendó la desintegración del Imperio otomano y la distribución de sus posesiones. Inglaterra se quedó con Mesopotamia y Palestina y obtuvo el control de los estrechos del mar Negro; Francia debió conformarse con Siria y Líbano; a Grecia se le concedieron la Tracia oriental con Gallipoli, las islas egeas (salvo Rodas)



Negociadores ignorantes

Sobre la precisión de límites y sobre la ignorancia de los negociadores, se refiere que hubo una larga discusión acerca del reparto de las ciudades de Presburgo y Bratislava, hasta que un entendido en geografía aclaró que las dos ciudades eran la misma, la capital de Eslovaquia, sólo que designadas con el nombre germano (Presburgo) o eslavo (Bratislava).

y la región de Esmirna, y a Italia, Rodas y las islas del Dodecaneso, que de nuevo la dejaron inconforme. Constituyó un típico reparto imperialista que sentó las bases para futuros conflictos entre los propios ocupantes y entre éstos y los pueblos de la región, incluido el pueblo turco, que enseguida se agrupó en torno al movimiento nacionalista de Mustafá Kemal, para exigir, con las armas, la retirada extranjera de las tierras pobladas por turcos y la modificación del estatuto sobre los estrechos, el cual limitaba de manera considerable la soberanía e independencia de la nueva Turquía.

Los acuerdos que pusieron fin a la guerra modificaron el mapa europeo y mundial. Cuatro grandes imperios fueron disueltos y en su lugar surgieron varios países. Importantes cambios ocurrieron en el mundo colonial. En Rusia triunfó una revolución socialista que proyectó su influencia más allá de sus fronteras, pese al esfuerzo mancomunado para destruirla. Europa salió de la guerra más dividida que antes y muy debilitada por el esfuerzo bélico, las destrucciones y las conmociones sociales. La guerra supuso para ella la pérdida de su hegemonía mundial y el inicio de numerosos conflictos, debidos no sólo a la rivalidad entre vencidos y vencedores, sino también a las discrepancias entre los mismos vencedores. Los acuerdos de paz, por su propia naturaleza, contenían el germen de una nueva guerra generalizada. Aquellos acuerdos representaron solamente un breve e inestable armisticio de 20 años, aunque sus promotores se ufanaban de haber construido una paz de siglos, como la de Wesfalia, en 1648, que puso fin a la Guerra de los Treinta Años, o la pactada en el Congreso de Viena, en 1815, que reordenó la Europa posnapoleónica.



Rusia en Revolución



RUSIA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

El proceso revolucionario que se inició en el imperio zarista en 1905 y culminó en 1917, constituye uno de los fenómenos más importantes del siglo xx. La transformación fue grandiosa. Un imperio mastodóntico, gobernado por un autócrata, se transformó en república federal socialista; una sociedad de campesinos empobrecidos se elevó a la condición de gran potencia industrial. Al representar la primera experiencia de revolución social triunfante, se convirtió en foco de atracción para millones de personas de todo el mundo y en fuente de inspiración para los revolucionarios de la centuria. Miles de libros y varias generaciones de historiadores, politólogos, economistas, sociólogos y ensayistas, se han ocupado del gran acontecimiento y lo han interpretado a partir de sus concepciones políticas y filosóficas.

Para los estudiosos no marxistas, con algunas excepciones, el cambio resultó algo casual, fortuito, y lo interpretan como un golpe de fortuna para unos revolucionarios profesionales que aprovecharon las circunstancias propicias de la Primera Guerra Mundial, o como el resultado fatal de los errores del zarismo, un sistema político que permanecía de espaldas a la marcha del mundo. No han faltado, incluso, quienes lo han considerado un accidente de la historia, algo que interrumpió la “evolu-

ción natural” del país y que nunca debió ocurrir. No obstante, los hechos parecen confirmar la tesis marxista acerca de que la transformación operada en Rusia fue el lógico resultado del desarrollo de los acontecimientos a fines del siglo xix y principios del xx.

Al comenzar el siglo xx, Rusia era el mayor Estado del mundo. Poseía una extensión de 22 millones de kilómetros cuadrados y una multiétnica población cercana a los 150 millones de habitantes. Era un gigante, pero con pies de barro. Atraso y modernidad se combinaban en el multinacional conglomerado, dando lugar a una compleja madeja de agudas contradicciones económicas, políticas, sociales y nacionales, que hacían del país el eslabón más débil de la cadena de dominación im-

Los socialistas rusos

El Partido Obrero Socialdemócrata Ruso surgió en 1898 para unir todos los grupos socialistas del país, pero en 1903 se dividió en dos tendencias: la menchevique (minoría), partidaria del revisionismo eurooccidental, y la bolchevique (mayoría), fiel al legado revolucionario del marxismo. A partir de 1912, ambas tendencias se transformaron en partidos independientes.



perialista, según la conocida expresión de Vladimir I. Lenin.

El desarrollo industrial de Rusia, tardío pero muy rápido, originó el surgimiento del capitalismo monopolista hacia principios de siglo, al igual que ocurrió, por entonces, en las demás grandes potencias de la época. Pero a diferencia de la mayoría de éstas, Rusia seguía como un país predominantemente campesino y atrasado, debido a que las transformaciones democrático-burguesas iniciadas con las reformas de 1861, no se habían llevado hasta el fin. De tal manera, junto a la gran producción capitalista, el moderno proletariado y el avance científico-técnico y cultural en los grandes centros urbanos, coexistía una agricultura con fuertes reminiscencias feudales y una aldea sumida en la mayor ignorancia, así como un anacrónico régimen autocrático, basado en el predominio de la nobleza terrateniente, que ahogaba en sangre la más mínima pretensión de libertad.

Estas particularidades del imperialismo ruso condicionaron una complicada situación política y social. La mayoría de la población estaba interesada en modificar el orden establecido, aunque no todos los sectores coincidían en cómo hacerlo y cuáles los objetivos a alcanzar. La burguesía liberal tenía un estrecho vínculo con el zarismo, cuya protección necesitaba para explotar despiadadamente a los trabajadores y para defenderse de los competidores extranjeros, pero aspiraba a ciertos cambios que le permitieran participar en el gobierno. Por su parte, el proletariado luchaba de manera resuelta contra la explotación

capitalista y el podrido régimen del zarismo. El proletariado ruso era pequeño numéricamente, pero muy concentrado y aguerrido, y para fines del siglo XIX había formado su propia organización política: el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. El campesinado, que representaba el 80 % de la población del país y sometido a la doble explotación de terratenientes y capitalistas (los primeros eran dueños de la tierra y los segundos controlaban el mercado), se incorporaba masivamente a la lucha contra las reminiscencias de la servidumbre y por el derecho a la tierra, aunque de forma menos organizada y consciente que el proletariado. Con especial fuerza se rebelaban los pueblos no rusos del multinacional Estado, víctimas de la más cruel opresión, razón por la cual a Rusia se le calificaba como una verdadera cárcel de pueblos.

Todo el descontento acumulado en el país condujo a la Revolución de 1905 a 1907, acelerada por la Guerra ruso-japonesa (1904-1905), guerra imperialista por el predominio en el Lejano Oriente, que terminó con la humillante derrota de Rusia. Después de sofocar, junto a otras potencias, la sublevación de los boxers en China (1900), Rusia no se retiró de Manchuria, territorio ambicionado también por Japón. Por ello, en febrero de 1904, luego de asegurarse el apoyo de Inglaterra, con el tratado de 1902, la flota nipona atacó la escuadra rusa en Port Arthur y tropas japonesas desembarcaron en Manchuria y se apoderaron de Mukden. Una escuadra rusa salida del Báltico fue destruida en menos de una hora, el 28 de mayo de 1905, en mares cercanos a Corea y Japón. En tales circunstancias, el 5 de septiembre, Rusia tuvo que firmar la paz de Portsmouth, ampliamente ventajosa para el llamado Imperio del Sol Naciente.

Tras la sangrienta represión de una masiva manifestación pacífica en San Petersburgo, el 22 de enero de 1905, el oleaje revolucionario se extendió con rapidez a todo el país, incluida una parte del ejército y la marina de guerra. Un ejemplo de ello fue la sublevación de un sector de la flota, episo-

La Guerra ruso-japonesa

A principios de 1904, en vísperas de la guerra con Japón, estaban por terminar las obras del ferrocarril transiberiano, iniciado por el zar Alejandro III con el objetivo de consolidar la posición del imperio en la Siberia y crear las condiciones para la expansión en el Lejano Oriente.



Firmantes de la Paz de Portsmouth, 5 de septiembre de 1905.

dio inmortalizado por Serguei Eisenstein en su famosa película *El acorazado Potemkin*.

Pero a partir de diciembre de 1905, tras la derrota de la insurrección de Moscú, la intensidad de la lucha empezó a decaer y para mediados de 1907, la revolución había sido sofocada. La derrota se debió, sobre todo, a la falta de organización y de unidad de las fuerzas revolucionarias, aunque también influyó la aparente posición conciliatoria del zar Nicolás II, que en su manifiesto del 17 de octubre de 1905 prometió la convocatoria de una Duma (parlamento) por elección popular, lo que separó a la burguesía de la revolución (sólo aspiraba a una monarquía constitucional) y la convirtió en una fuerza contrarrevolucionaria. Igualmente se ofreció la realización de reformas en el campo, con el fin de neutralizar el movimiento campesino. Pronto se comprobaría la falsedad de tales promesas. La Duma no fue más que una ficción de parlamento (las tres primeras se convocaron y clausuraron una tras otra, mientras que la cuarta —1912-1917— tuvo una precaria existencia) y las reformas en el campo —o sea, el reparto de tierras colectivas y la colonización de la



El grabado reproduce la represión de la manifestación del 9 (22) de enero de 1905, que inició la revolución.



Siberia— beneficiaron en lo fundamental a los campesinos ricos, los llamados *kulaks*, mientras que la gran masa campesina seguía empobreciéndose.

Los grandes y graves problemas que llevaron al país a la revolución no sólo seguían sin resolverse, sino que se agravaron considerablemente con la fuerte oleada reaccionaria que siguió al fracaso de la revolución, lo cual fortaleció el anacrónico régimen absolutista del zarismo.

Una nueva y más profunda crisis resultaba inevitable. Ella llegaría unos años más tarde, en ocasión de la Primera Guerra Mundial. Mientras tanto, los revolucionarios más lúcidos y consecuentes, en particular Lenin y sus seguidores, sacaron de los acontecimientos vividos entre 1905 y 1907 lecciones que serían de significativa importancia en 1917. No por casualidad, Lenin calificó la Revolución de 1905-1907 como un ensayo general de la de 1917.

LA APORTACIÓN TEÓRICA DE LENIN

La Revolución rusa de 1917 no hubiera sido posible o hubiera sido radicalmente diferente de no mediar la obra teórica de Lenin sobre el pensamiento marxista. Vladimir Ilich Uliánov nació el 22 de abril de 1870, en una pequeña aldea a orillas del Volga. Tenía 17 años cuando uno de sus hermanos fue ejecutado por participar en un complot contra el zar. Este acontecimiento lo convenció de que había pasado el tiempo de las acciones individuales y era preciso recurrir a los movimientos de masas. Durante su época de estudiante en Kazán y en San Petersburgo se inició en el marxismo y emprendió una activa propaganda entre los obreros. Fue fundador del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso y

a partir de 1903, cuando éste se escindió, encabezó la mayoría (bolchevique), que mantuvo una posición consecuentemente revolucionaria. En 1900 tuvo que salir del país, después de permanecer deportado en Siberia. Regresó durante la Revolución de 1905, pero pronto tuvo que volver al extranjero. Durante la guerra escribió dos obras fundamentales: *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1916) y *El Estado y la revolución* (1917).

En la primera de ellas, Lenin analizó los cambios experimentados por el capitalismo a partir del último tercio del siglo XIX, y demostró su tránsito a la etapa imperialista. Sobre la base de su estudio, formuló un planteamiento mundial de las contradiccio-



Lenin, artífice de la revolución.



nes del capitalismo y llegó a la conclusión de que la revolución socialista podía comenzar por un país pobre con cierto grado de industrialización, con masas obreras, pues en los países desarrollados, el capital monopolista, con sus grandes recursos, corrompía a una amplia parte de la clase obrera y fomentaba el oportunismo en sus organizaciones sindicales y políticas, apartándolas de la lucha revolucionaria. Explicaba así la posibilidad de la revolución en Rusia.

En *El Estado y la revolución*, Lenin plasmó su concepción de la revolución rusa como un proceso ininterrumpido, que debía transitar de la fase democrático-burguesa a la socialista, y señaló que esta tarea sólo podía realizarse por la clase obrera en alianza con los campesinos y bajo la conducción de un partido fuertemente cohesionado y disciplinado. Basándose en la experiencia de la Revolución de 1905, Lenin demostró la inconsistencia de la postura menchevique, que solamente aspiraba a transformaciones democrático-burguesas y otorgaba un papel protagónico a la burguesía en el proceso revolucionario, al argumentar que en la atrasada Rusia no existían condiciones para el socialismo. En la estrategia leninista de la revolución, expuesta en este trabajo, no tenían cabida las medias tintas, así como la aventura y la improvisación. Para Lenin, un proceso revolucionario no es algo fatal o accidental, sino algo que se prepara meticulosamente, como una guerra.

Esta obra también encierra la teoría de Lenin sobre el Estado y el papel de los soviets. La revolución proletaria, sostenía Lenin, no puede llegar a ningún compromiso con la maquinaria estatal del antiguo régimen; su tarea es destruirla y crear una nueva en interés de la mayoría de la población. La nueva máquina estatal tendría la misión de organizar la administración del país y vencer la resistencia de los antiguos opresores, mediante la participación de millones de personas. En este sentido, Lenin atribuyó una importancia decisiva a los soviets, surgidos de manera espontánea durante la Revolución de 1905 y que reco-

gían la vieja tradición de autoorganización en la antigua comunidad rural rusa. Él vio en ellos no sólo un valioso instrumento para organizar a las masas y llevarlas a la lucha, sino un genuino órgano de poder revolucionario, al estilo de la Comuna de París. A través de los soviets, elegidos directamente por las masas, éstas se incorporarían al gobierno del país, creándose así una democracia mayoritaria y efectiva, superior a la sustentada en el sistema parlamentario occidental, tan alabado por la socialdemocracia europea y sus seguidores rusos, los mencheviques y los socialistas revolucionarios (eseristas).

En los años que precedieron a la revolución, obra personal de Lenin fue liberar al socialismo ruso del laberinto de consideraciones especulativas que paralizó su capacidad de acción a principios del siglo xx. Lenin censuró el marxismo de los mencheviques (socialdemócratas al estilo occidental) por el interés que ponían en los asuntos científicos y evolucionistas de la doctrina de Marx, calificándolo de “individualismo burgués-intelectual”, sin ningún contenido revolucionario. Su insistencia sobre la necesidad de la organización y la disciplina era en parte un reflejo de su determinación de llevar la revolución de la teoría a la práctica y, en parte, resultado de haber comprobado que en las condiciones de entonces resultaba inútil pensar en apoderarse del poder “por un simple golpe de mano”. Además, constituía una respuesta a la situación concreta de la Rusia zarista, donde apenas se toleraba el timorato liberalismo de la burguesía, y no podía prosperar el marxismo evolucionista y revisionista que iba ganando terreno en Occidente. Aquí está la explicación de por qué el socialismo ruso se separó del occidental y por qué cristalizó en el bolchevismo el desafío revolucionario contra la ideología liberal. En su personalidad se aunaban el pensador, que asimiló y adaptó a la realidad rusa las tesis de Marx, escritor atento al indicar correctamente el pulso de cada momento; el organizador, y, finalmente, el hombre de acción capaz de diseñar y dirigir la batalla por el poder.



LAS REVOLUCIONES DE 1917

El viejo y el nuevo calendario

El calendario juliano, que estuvo vigente en Rusia hasta el 31 de enero de 1918, tenía 13 días de diferencia con relación al calendario gregoriano, usado en el mundo occidental.

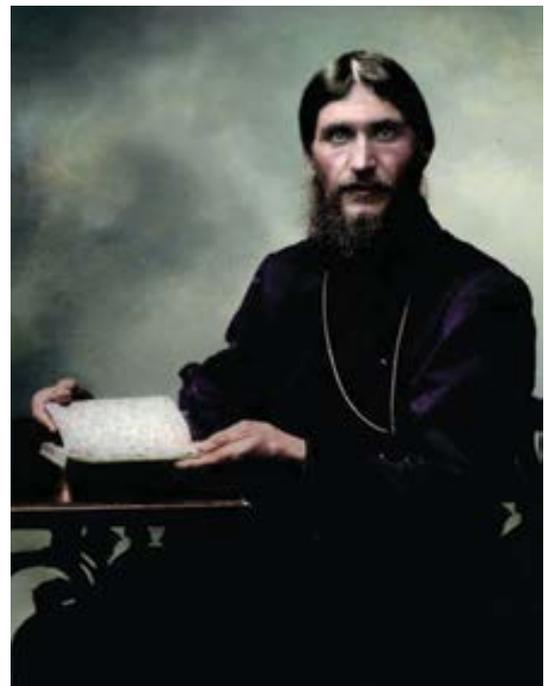
Las penalidades de una guerra que para Rusia marchaba de mal en peor y la incapacidad y la corrupción de un régimen en el cual un bribón como Grigori Rasputín pudo convertirse en el verdadero poder tras el trono, terminaron desencadenando una nueva crisis. El movimiento de masas contra la guerra y la autocracia fue extendiéndose a la mayoría de la población y al ejército, y provocó finalmente el estallido de la revolución. En sólo cinco días, del 23 al 27 de febrero (8 al 13 de marzo por el nuevo calendario) fue derribado el zarismo, mediante un movimiento de huelgas que devino insurrección armada. Los obreros y soldados insurrectos (agrupados en los soviets) pudieron haber tomado el poder directamente, pero el sóviet más importante, el de Petrogrado (como pasó a llamarse San Petersburgo desde el inicio de la guerra), estaba influido mayoritariamente por los mencheviques y los socialistas-revolucionarios, debido a la debilidad de los bolcheviques, muy perseguidos por su oposición a la guerra. Los dirigentes

del sóviet aceptaron que los partidos de la burguesía liberal y los terratenientes (Demócrata Constitucionalista y Unión 17 de Octubre, respectivamente), reunidos en la Duma, proclamaran la constitución del gobierno provisional, el 2 de marzo, bajo la presidencia del príncipe Lvov. El día 3, el zar abdicó a favor de su hermano Miguel, pero al siguiente día, gracias a la presión popular, éste tuvo que renunciar al trono. El zarismo había sido liquidado.

En aquellas circunstancias, el sóviet de Petrogrado sólo se reservó el derecho de "controlar" la política del gobierno hasta que se celebrara una prometida asamblea constituyente, que elaborara una carta magna y convocara a elecciones para formar los órganos del nuevo Estado. Sin embargo, en la práctica, se originó una peculiar situación que Lenin definió como "dualidad de poderes". El gobierno provisional tenía el poder formal del Estado, pero los soviets contaban con la fuerza de las masas organizadas y ejercían una gran influencia en todo el país. Desde el principio, los soviets mantuvieron el orden y tuvieron en sus manos los servicios de ferrocarril,

El "santo" Rasputín

Grigori Iefimovich Rasputin (1871-1916). Monje-curandero que se hacía llamar Santo. Logró gran ascendencia sobre la familia real, al hacerles creer que podía curar al hijo del zar, que padecía de hemofilia. Llegó a tener un poder ilimitado durante varios años. Por sus consejos se nombraban y sustituían ministros y todos buscaban sus favores. Murió asesinado por un aristócrata en diciembre de 1916.



Rasputín, el "visionario" de la corte rusa.



correo, telégrafo y otros. En realidad, la existencia misma del gobierno provisional dependía del apoyo de los soviets.

Los eseristas y los mencheviques consideraban que la revolución había terminado con las jornadas de febrero y que las transformaciones que se realizarían debían tener un carácter democrático-burgués. En su opinión, el país no estaba preparado para la revolución socialista. Por eso seguían una política de entendimiento con la burguesía. En rigor, ellos pretendían detener el desarrollo de la revolución y a la postre disolver los soviets. Aspiraban solamente a la constitución de un régimen parlamentario al estilo occidental. Al principio de la revolución, los bolcheviques estuvieron un tanto desconcertados y adoptaron una línea blanda, de apoyo crítico al gobierno provisional. Pero ello cambió radicalmente, a partir de la llegada de Lenin al país, en los primeros días de abril.

Tras su arribo a la capital, procedente de su exilio en Suiza, Lenin dio a conocer sus Tesis de Abril, en las cuales señalaba que el gobierno provisional representaba los intereses de la burguesía y de los terratenientes y que, por tanto, no podría dar a las masas ni paz, ni tierra, ni un régimen verdaderamente democrático. Lenin resumió la esencia de sus tesis en la consigna: “¡Todo el poder a los soviets!” En las condiciones de entonces significaba un llamamiento a continuar la revolución; o sea, a terminar la dualidad de poderes a favor de los soviets y a pasar de la etapa democrático-burguesa de la lucha revolucionaria a la etapa socialista. Según Lenin, ello podría alcanzarse por medios pacíficos, pues en aquellos momentos los soviets tenían fuerza real y prevalecía un ambiente de libertad política. Sólo era necesario que los soviets tomaran plena conciencia de la situación y se desembarazaran de la negativa influencia eserista-menchevique.

Sus tesis encontraron inicialmente resistencia en su propio partido —en el cual muchos estimaban que éstas podían conducir al aislamiento de los bolcheviques— y motivaron una feroz campaña

El partido eserista

El Partido Socialista Revolucionario (eserista) surgió en 1902 y en sus concepciones reflejaba una amalgama ecléctica de las ideas del populismo ruso y del revisionismo eurooccidental. Contaba con una gran influencia en el campo.

de sus opositores, que las calificaron como delirantes y aventureras. Pero conforme pasó el tiempo, se comprobó que se correspondían con los sentimientos de la mayoría de la población. Como advirtió Lenin, el gobierno provisional mantuvo a Rusia encadenada a la sangrienta guerra imperialista y no resolvía ninguno de los problemas que habían conducido a la revolución. Como resultado de ello creció el descontento en todo el país y con él la influencia de los bolcheviques. En junio, el partido de Lenin, que desde febrero había incrementado en más de 200 000 sus efectivos, ya tenía mayoría en la sección obrera de los soviets de Petrogrado y Moscú, los más importantes del país. De hecho, quienes quedaban aislados eran los mencheviques y los eseristas.

Atemorizada por el cambio que ocurría en la correlación de fuerzas —sobre todo, en la capital y en otras grandes ciudades—, la burguesía fraguó un plan para deshacerse de la influencia de los soviets. A principios de julio, amenazó a los ministros mencheviques y eseristas, que desde mayo entraron al gabinete, con retirarse de éste si no aceptaban la implantación del poder único del gobierno, la supresión de los soviets y la desarticulación de las organizaciones revolucionarias. La maniobra desencadenó una protesta masiva de los obreros y los soldados de la capital durante los días 3 y 4 de julio. Los bolcheviques tuvieron que hacer grandes esfuerzos para evitar una insurrección armada, que Lenin consideraba prematura, pues no estaba



La ilustración muestra la represión desatada contra los manifestantes en julio de 1917.

seguro de que fuera apoyada por el resto del país. Finalmente, las manifestaciones resultaron pacíficas y reclamaron el paso de todo el poder a los soviets. En lugar de aceptar el poder que así se les ofrecía, los dirigentes mencheviques y eseristas ordenaron la represión de los manifestantes, la cual ocasionó miles de víctimas. El Partido bolchevique y su órgano de prensa, el periódico *Pravda*, fueron ilegalizados. Lenin tuvo que marcharse a Finlandia, desde donde siguió dirigiendo la revolución. Satisfecha con el curso de los acontecimientos, la burguesía aceptó formar parte de un nuevo gabinete encabezado por el socialista Alexander Kerenski, quien proclamó la absoluta independencia del gobierno con relación a los soviets.

Con la crisis de julio concluyó la dualidad de poderes y el período pacífico de la revolución. Lenin estimó que, a partir de entonces, el paso del poder a los soviets tendría que realizarse mediante la insurrección armada y predijo que ésta se produciría en septiembre u octubre. Esta línea se aprobó por el VI Congreso del Partido bolchevique, celebrado clandestinamente entre el 26 de julio y el 3 de agosto. La reunión, que transcurrió sin la presencia física de Lenin, pero con

la guía de sus ideas, proclamó la tarea de comenzar a preparar las condiciones para la insurrección y seguir trabajando en los soviets para ganar la mayoría de éstos e incorporarlos a la lucha por el poder.

En realidad, la burguesía sólo había obtenido un éxito momentáneo, el cual resultó la antesala de su derrota definitiva. El deterioro económico y militar continuó y también el sufrimiento de la población. Nuevas olas de protestas se extendieron por todo el país y por los frentes. A finales de agosto, con el pretexto de establecer el orden, se organizó un golpe militar, encabezado por el promonárquico general Lavr Kornilov, jefe del ejército. Para facilitar la intentona, los representantes de los partidos burgueses se retiraron del gobierno. Al principio, Kerenski se sumó a la confabulación, pero temiendo ser barrido por la reacción decidió, a última hora, enfrentar a los golpistas.

Mas, el fracaso de la korniloviada, que prácticamente quedó en el intento, se debió a la enérgica actuación de los obreros y los soldados de la guarnición de Petrogrado, quienes respondieron al llamado de los bolcheviques para destruir la conjura reaccionaria, bajo la dirección del comité militar del sóviet capitalino. Todo el mundo pudo ver la actitud vacilante de los mencheviques y eseristas, y se comprobó que los bolcheviques habían salvado al país de la dictadura militar, con lo cual su prestigio creció enormemente. Aconteció entonces una rápida bolchevización de los soviets, que cobraron nueva energía y vigor. Los soviets de Petrogrado y Moscú eludieron la orden de Kerenski de entregar las armas utilizadas contra Kornilov. En todas partes se aprobaban resoluciones que recogían las principales consignas bolcheviques.

En estas circunstancias, Lenin pensó transitoriamente en retomar el curso pacífico de la revolución y propuso a los mencheviques y eseristas formar un gobierno responsable ante los soviets. Éste consideraba que la aplicación de los principios democráticos en las próximas elecciones de los soviets (programadas



para septiembre y octubre) y en el propio funcionamiento de éstos (con segura mayoría bolchevique), podría asegurar el desarrollo de la revolución sin acudir a las armas. Según Lenin, quizás eso sería ya imposible, pero creía que si existía aunque no fuera más que una probabilidad sobre cien, valdría la pena intentarlo. Así actuaba el hombre a quien sus enemigos calificaban de antidemocrático, mientras quienes se autotitulaban demócratas optaron por seguir atados a la burguesía, con la cual formaron un nuevo gobierno a finales de septiembre, a pesar de su complicidad en la intentona reaccionaria de Kornilov.

Mientras tanto, crecieron el descontento y la indignación en el ejército, que se negaba en masa a continuar combatiendo, así como entre los campesinos y entre los obreros, que se rebelaban contra la desastrosa situación que vivía el país. El débil régimen liberal se había desacreditado totalmente. En los frentes, los comisarios del gobierno perdieron toda su influencia; en muchas provincias del interior, el verdadero poder estaba en manos de los soviets locales; los campesinos ocupaban directamente las tierras de los terratenientes. Para frenar la revolución que se avecinaba, el gobierno

llegó a considerar la monstruosa posibilidad de entregar Petrogrado a los alemanes. Al decir de Lenin, la crisis había madurado. Sólo el triunfo revolucionario podía evitar una catástrofe nacional.

El 9 de octubre, Lenin llegó clandestinamente a la capital y al día siguiente, el Comité Central del partido acordó, por mayoría (con las excepciones de Kamenev y Zinoviev), comenzar la preparación de la insurrección. En un breve tiempo se fortaleció y puso en marcha el Comité Militar Revolucionario de Petrogrado y se alistaron las fuerzas. La insurrección empezó en la noche del 24 de octubre y en la tarde del 25 (7 de noviembre), con la toma del Palacio de Invierno, sede del gobierno provisional, se había cumplido el plan leninista de cercar, aislar y apoderarse de la capital mediante la acción combinada de la Flota del Báltico, los obreros armados (guardia roja) y las tropas revolucionarias de la guarnición de la ciudad. El asalto del Palacio de Invierno, recreado magistralmente por Eisenstein en su famosa película *Octubre*, se inició con los cañonazos del crucero *Aurora*, que devino un símbolo de la revolución. El periodista norteamericano John Reed, quien vivió aquellos acontecimientos y los



Lenin, rodeado de soldados y obreros, imparte instrucciones para el asalto al Palacio de Invierno.



Proclama de Lenin

A los ciudadanos de Rusia

El gobierno provisional ha sido derribado. El poder del Estado ha pasado a manos del sóviet de Petrogrado y del Comité Revolucionario Militar, que está a la cabeza del proletariado y de la guarnición de la capital.

La causa por la que ha luchado el pueblo, la inmediata propuesta de una paz democrática, la abolición de la propiedad rural de los terratenientes, el control de los obreros sobre la industria y la formación de un gobierno de soviets, ya está asegurada.

¡Viva la revolución de los obreros, soldados y campesinos!

narra en su libro *Diez días que estremecieron al mundo*, subraya su asombro por la facilidad del triunfo revolucionario, que sucedió prácticamente sin derramamiento de sangre, lo que evidenció la meticulosa preparación de las acciones.

En la noche del mismo día 25 de octubre, quedó inaugurado el II Congreso de los Soviets de toda Rusia (el primero se efectuó en junio y el segundo se había

convocado para fines de octubre) que tomó el poder de manos del Comité Militar Revolucionario y aprobó sus primeros decretos. En el Decreto sobre la Paz se anunciaba la decisión de sacar a Rusia de la guerra imperialista y se llamaba a todos los gobiernos y a los pueblos de los países beligerantes a buscar una paz justa, sin anexiones ni indemnizaciones. En el Decreto sobre la Tierra se establecía el reparto inmediato de las tierras del Estado, de la Iglesia y de los terratenientes, según la voluntad de los propios campesinos. El congreso eligió al Comité Ejecutivo de los Soviets, órgano supremo del poder soviético entre congresos de los soviets, con funciones legislativas, directivas y de control, y éste designó el primer gobierno soviético, que recibió el nombre de Consejo de Comisarios del Pueblo y fue presidido por Lenin. En este primer gobierno participaron algunos representantes de los eseristas de izquierda, grupo que había roto anteriormente con su partido y se sumó a la revolución.

En sus primeros días de existencia, el gobierno soviético, luego de desbaratar un desesperado intento de Kerenski para recuperar el poder, decretó la jornada de 8 horas y otras medidas de beneficio popular; nacionalizó la banca; estableció el control obrero en las empresas para organizar la producción, evitar el sabotaje y hacer cumplir la legislación social, y proclamó la igualdad de derechos de todos los pueblos que habitaban el país y el respeto a su autodeterminación. Precisamente, acogiéndose

El "socialista" Kerenski

Alexander Kerenski fue ministro de Justicia en el primer gobierno provisional y primer ministro a partir de julio. Logró huir antes de la toma del Palacio de Invierno y con un grupo de fuerzas leales trató infructuosamente de sofocar la revolución. Huyó disfrazado y se radicó en Estados Unidos.



Grupo de combatientes y soldados revolucionarios.



a este decreto, Finlandia se separó de Rusia y se convirtió en un Estado independiente. Poco después se produjo allí un intento de establecer el poder soviético, pero fue frustrado por la reacción interna y por las tropas alemanas. Los decretos sobre la tierra y la paz y todas estas primeras medidas, tuvieron una gran influencia en el rápido establecimiento del poder soviético en el inmenso país, así como en su posterior consolidación y le proporcionaron el apoyo de amplios sectores en todo el mundo.

A menudo se compara la trascendencia de la Revolución rusa con la de la Revolución francesa de 1789. Resultaron dos acontecimientos cruciales para la historia de la humanidad. De cualquier forma, las repercusiones de los sucesos de 1917 fueron muy profundas y marcaron definitivamente el siglo xx, como veremos a lo largo de esta obra. Solamente en los primeros años del triunfo, la Revolución de Octubre originó un oleaje revolucionario que, con mayor o menor intensidad, recorrió todo el planeta. Su

La Komintern

La Tercera Internacional surgió en Moscú, en marzo de 1919, y se propuso unir a todos los socialistas que rompieran con el oportunismo de la Segunda Internacional. No provocó la división del movimiento socialista, pues éste ya estaba dividido. Pero la línea sectaria que siguió, tras la muerte de Lenin y hasta principios de los años 30, profundizó aquella división.

influencia resultó mayor en Europa, pero alentó acciones masivas en otras regiones, incluido el mundo colonial y dependiente, al mismo tiempo que promovió el surgimiento de partidos comunistas en numerosos países de todos los continentes y la creación de la Komintern o Tercera Internacional, que promovió el deslinde ideológico y organizativo en el movimiento socialdemócrata y dio origen al movimiento comunista internacional.

LA GUERRA CIVIL

El 3 de marzo de 1918, tras un accidentado proceso negociador, Rusia y Alemania firmaron la paz de Brest-Litovsk. Las potencias de la Entente, que desde el principio asumieron una posición hostil hacia el poder soviético, no aceptaron las propuestas de Rusia para lograr una paz general. La actitud de Alemania también era de hostilidad, pero estaba interesada en firmar la paz con Rusia para reforzar sus posiciones en Occidente. Las condiciones que se exigían a Rusia eran severas y provocaron una división en el gobierno y en el partido. Lev Trotski y Nicolai Bujarin se pronunciaron contra la firma de la paz, así como los eseristas de izquierda, que finalmente abandonaron el gobierno y se incorporaron a la oposición. Trotski consideraba la continuación de la guerra como la gran oportunidad histórica para la exportación de la revolución y la tesis de Bujarin de

declarar la guerra revolucionaria contra Alemania le hacía el juego a Trotski. Pero Lenin concebía la paz como una cuestión de supervivencia para el joven poder soviético, en vista de que se retrasaba el esperado estallido de la revolución en Occidente, y finalmente se impuso su criterio. Rusia tuvo que ceder grandes extensiones de su territorio occidental (Letonia, Estonia y Lituania, entre otros), y comprometerse a pagar una abultada suma a los alemanes,

La Constitución de 1918

La primera constitución soviética reflejó el ambiente de aguda lucha de clases existente en el país, al negar el derecho de elegir y ser elegidos a los explotadores de trabajo ajeno, a los miembros de los antiguos cuerpos represivos y de la derrotada dinastía y a los eclesiásticos.



La constituyente

Los bolcheviques consideraban que la asamblea ya no tenía ningún objetivo político ni práctico, pero aceptaron su elección, porque era una vieja consigna que había prendido en las masas. En su primera sesión, la asamblea se negó a reconocer los decretos del nuevo régimen, lo cual condujo a la retirada de los bolcheviques y de los eseristas de izquierda y a su posterior disolución.

pero por fin salió de la guerra y pudo comenzar la reorganización y reconstrucción del extenuado país.

En las siguientes semanas, el gobierno soviético emprendió un programa de transformaciones socialistas, entre las cuales se incluyeron la nacionalización de la gran industria y los ferrocarriles; el control estatal del comercio exterior y la introducción del cálculo económico y la contabilidad en las empresas socializadas. Al mismo tiempo, se trabajó intensamente en el proceso de institucionalización del nuevo régimen, tarea que concluyó con la aprobación de su ley fundamental, la Constitución de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, en el V Congreso de los Soviets de toda Rusia, celebrado en Moscú (desde marzo capital del país) en julio de 1918. La constitución incluyó, en su primer capítulo, la Declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado, primer acto constitucional del régimen soviético, aprobado a principios de enero, tras la disolución de la asamblea constituyente, cuya composición, al parecer, no se correspondía con la nueva realidad existente en el país, pues había sido elegida a partir de listas de candidatos confeccionadas antes del triunfo de la revolución.

Pero la reconstrucción pacífica pronto se vio interrumpida. En el mismo verano de ese año estalló una sangrienta guerra civil, que se prolongó hasta fines de 1920. Con el apoyo político, económico y militar de las potencias occidentales, la burguesía

y los terratenientes, desplazados del poder, pasaron del sabotaje a la producción y otras acciones a la confrontación armada en gran escala contra el poder soviético. A partir de mediados de 1918, en diferentes partes de Rusia surgieron grandes ejércitos contrarrevolucionarios, comandados por antiguos oficiales zaristas como el almirante Alexander Kolchak y los generales Anton Denikin y Nicolai Yudenich, entre otros, que llegaron a enrolar en sus filas a más de un millón y medio de hombres bien armados y organizados. Al mismo tiempo, tropas japonesas y norteamericanas desembarcaron en el Lejano Oriente, mientras fuerzas de Inglaterra, Francia y Alemania operaban en el norte, centro y sur de la parte occidental del país, así como las de Polonia, Rumania (que se anexó Besarabia) y otros vecinos. La intervención extranjera, que se incrementó después de terminada la Primera Guerra Mundial, llegó a sumar 14 países y unos 300 000 soldados y oficiales. Rusia se transformó en un inmenso campo de batalla.

En el momento más crítico de la lucha, hacia inicios de 1919, las fuerzas contrarrevolucionarias y los intervencionistas llegaron a controlar las dos terceras partes de la república. En los territorios ocupados se crearon varios gobiernos que, a fuego y sangre, restablecieron el viejo orden. En la parte controlada por el poder soviético (un territorio equivalente al Estado moscovita del siglo XVI), los enemigos del régimen —incluidos los mencheviques y los eseristas, que trataron de sacar partido de la penosa situación del país—, desataron una vasta ola de terror. En uno de los tantos atentados preparados por estos elementos fue herido gravemente Lenin, cuando concluía una visita a una fábrica moscovita.

El joven Estado soviético fue sometido a una prueba de vida o muerte, pero finalmente se alzó con la victoria. Después de tres años de sangrienta lucha, el poder soviético se restableció en el país. ¿Cómo pudo realizarse tal proeza? Es indiscutible que la solidaridad internacional desempeñó



Situación de los frentes en 1919.

un papel importante. Una parte considerable de la clase obrera europea y norteamericana, organizada en el movimiento Manos fuera de Rusia, presionó a sus respectivos gobiernos y a la postre los obligó a retirar sus fuerzas del lejano país. Pero las razones fundamentales de aquella hazaña tuvieron un carácter interno. La firme voluntad del gobierno y del partido (desde marzo de 1918 denominado Partido Comunista) de defender el poder soviético, manteniendo la unidad del país y con el apoyo mayoritario de la población, constituyeron los

factores fundamentales en el desenlace del conflicto.

El gobierno bolchevique organizó el Consejo Nacional de Defensa, presidido por Lenin, que puso todas las fuerzas bajo su control en función de la guerra. Sobre la marcha de la propia contienda se formó un ejército que, para fines de 1920, contaba con 5 millones de soldados. Una parte de la oficialidad del antiguo régimen se incorporó a la tarea de organizar el Ejército Rojo, pero la mayoría de sus cuadros eran obreros y campesinos



A la izquierda, Lev Davidovich Bronstein —Trotski— (1879-1940).

sin experiencia de mando. Sin embargo, de sus filas surgieron experimentados jefes como Mijail Frunze, Vasili Chapayev, Kliment Voroshilov y otros muchos, que realizaron grandes hazañas militares durante la guerra. La actividad del ejército estuvo apoyada por un fuerte movimiento guerrillero, que operó todo el tiempo dentro del territorio ocupado por el enemigo. Lev Trotski, intelectual y revolucionario ruso de ascendencia judía. Se distinguió en la Revolución de 1905. Se incorporó al partido bolchevique en agosto de 1917. Activo colaborador de Lenin en la preparación de la revolución y destacado dirigente soviético después del triunfo. Desde 1918 fue comisario de Defensa, desempeñó un importante papel en la organización del Ejército Rojo y en la conducción de la guerra, aunque su protagonismo ha sido

sobrevalorado con posterioridad por sus partidarios.

El Estado soviético subordinó toda su política económica al logro de la victoria. Con el fin de quebrantar la fuerza económica de la burguesía y movilizar todos los recursos del país para cubrir las necesidades del frente, se aceleró el ritmo de nacionalización de la industria. El Estado se hizo cargo no sólo de la gran industria (ya nacionalizada), sino también de la mediana y pequeña, así como del comercio. Se estableció el trabajo obligatorio y se introdujo un severo sistema de racionamiento. En el campo se aplicó la contingentación forzosa, que obligaba a los campesinos a entregar al Estado toda su producción, excepto la cantidad imprescindible para sobrevivir y para reproducir la cosecha. Los campesinos aceptaron transitoriamente esta drástica medida, porque comprobaron que la derrota del poder soviético significaba la vuelta de los terratenientes y de la opresión. El dilema que tuvieron ante sí los campesinos fue reflejado por Mijail Sholajov (Premio Nobel de Literatura en 1965), en su excelente novela *El Don Apacible*. A este conjunto de medidas económicas extraordinarias se le llamó política del comunismo de guerra.

En las circunstancias extremas impuestas por la guerra, los bolcheviques tuvieron que controlar mucho más y mucho antes de lo que deseaban. Se vieron obligados también a aplicar severas medidas contra sus opositores. Al terror contrarrevolucionario (blanco) se opuso el terror rojo. Se aprobó la pena de muerte para muchos delitos y se formaron tribunales revolucionarios, que actuaban de inmediato. En este período desempeñó un papel importante la Comisión Extraordinaria de Lucha contra la Contrarrevolución, la Especulación y el Sabotaje (Checa), precursora de los órganos de seguridad soviética. Nada tiene de extraño que ocurrieron entonces algunos excesos, como muchos han señalado, casi siempre con malsana intención, al aducir, entre otros hechos, la ejecución de Nicolás II y de toda su familia. Pero



en aquella situación era necesario actuar con rapidez y sin vacilaciones. Por otra parte, todas las grandes revoluciones han cometido excesos, aun en condiciones menos difíciles que las que atravesó en aquel período la Revolución rusa. En este sentido recuérdese el período jacobino de la Revolución francesa y más contemporáneamente la Revolución mexicana. Casi siempre, los excesos son el resultado de las circunstancias que generan los cambios profundos y de los inevitables errores del aprendizaje.

Para finales de 1920, todos los ejércitos contrarrevolucionarios habían sido liquidados y el grueso de las fuerzas intervencionistas había tenido que abandonar la lucha. La guerra civil tocaba a su fin, aunque los invasores japoneses no fueron expulsados de manera definitiva del Extremo Oriente hasta bien entrado el año 1922. Por otra parte, entre fines de 1920 y principios de 1921, hubo que enfrentar la guerra desencadenada por Polonia, con el apoyo de Inglaterra y Francia, que terminó con la anexión por parte de aquélla de los territorios occidentales de Ucrania y Bielorrusia. Pero, a la postre, el país pudo preservar en lo fundamental su integridad e independencia, si bien tuvo que pagar



De izquierda a derecha, Kliment Voroshilov y Simeón Budienny, humildes trabajadores devenidos legendarios mariscales de la guerra civil.

Una novela sobre la guerra civil

“Por mucho que digáis, si el pueblo tuviese fe en el Gobierno militar, yo hubiera renunciado con entusiasmo a nuestras exigencias... Pero el pueblo no la tiene. ¡No somos nosotros, sino vosotros, quienes provocarán la guerra civil! ¿Por qué habéis dado asilo en la tierra cosaca a ciertos generales fugitivos? Por eso, los bolcheviques traen la guerra a nuestro Don apacible.

”¡No nos someteremos a vosotros! ¡No lo permitiré! ¡Habrán de pasar sobre mi cadáver! ¡No creo que el Gobierno militar pueda salvar al Don! ¿Qué providencias tomaréis contra quienes no quieren someterse a vosotros? ¡He aquí como están las cosas! ¿Por qué lanzáis a vuestras unidades de francotiradores contra los mineros? ¡Así no hacéis sino sembrar desastres! Decidme, ¿quién puede garantizar que el Gobierno militar sabrá evitar la guerra civil? ¡No podéis hacer nada en absoluto! Puesto que el pueblo y los cosacos combatientes no están por vosotros. Como un soplo de viento, una risotada pasó por la sala. Voces indignadas se elevaron contra Podyolkov. Éste volvió hacia la parte de donde procedían, la cara pálida y ardiente y exclamó, no cuidando ya de ocultar su amargo resentimiento:

”—¡Ahora reís, pero más tarde tendréis que llorar!— Y luego, dirigiéndose a Kaledin y asaeteándole con la mirada, añadió: exigimos que el poder nos sea transmitido a nosotros, representantes del pueblo trabajador, y que sean apartados todos los burgueses y el ejército voluntario del general Denikin. El gobierno actual debe dimitir”.

Mijail Sholójov: *El Don apacible*, en E. Díaz: *Breve historia de Europa contemporánea*.



un altísimo precio en vidas humanas y en pérdidas materiales. El gobierno soviético pudo abordar entonces el difícil problema

de la reconstrucción, apenas iniciada en los primeros meses de 1918 e interrumpida por la guerra.

ACONTECIMIENTOS DESTACADOS DE LAS REVOLUCIONES RUSAS DE 1917 Y DE LA GUERRA CIVIL

1917

8-9 de marzo. Masivas huelgas y manifestaciones en Petrogrado, que se transforman en insurrección.

12 de marzo. La guarnición de la capital se une a los insurgentes.

12 de marzo. Se constituye el sóviet de Petrogrado con mayoría menchevique y eserista.

16 de marzo. Maniobras en la Duma y formación del gobierno provisional presidido por el príncipe Lvov. Abdicación de Nicolás II.

27 de marzo. Comienza la constitución de soviets en todas las unidades militares.

1º-14 de abril. El gobierno provisional decreta un amnistía general y la autonomía de Finlandia(1), la abolición de la pena de muerte (6) y promete una reforma agraria (14).

16 de abril. Llegada de Lenin a Petrogrado procedente de Suiza.

17 de abril. Lenin da a conocer las Tesis de Abril, en las cuales desenmascara al gobierno provisional y critica el apoyo del sóviet a ese gobierno. Se pronuncia por un gobierno de los soviets que proporcione paz, pan y tierra a la población.

18 de mayo. Primera crisis del gobierno provisional por la presión de las masas. El eserista Kerenski es nombrado ministro de Guerra y declara que la guerra es revolucionaria y en defensa de la patria.

16 de junio. Primer Congreso Panruso de los soviets. Los bolcheviques siguen en minoría, pero mejoran su posición.

26 de junio. Fracasa gran ofensiva rusa en el frente por defecciones masivas de los soldados. Nueva crisis en el gobierno.

16-17 de julio. Crisis de julio. Manifestaciones masivas de obreros y soldados en Petrogrado que exigían que todo el poder pase a los soviets. La sublevación es reprimida, se ilegalizan los soviets y los partidos y organizaciones revolucionarias. Lenin tiene que pasar a la clandestinidad.

22 de julio. Se forma un nuevo gobierno presidido por Kerenski, pero con mayoría de los partidos burgueses.

7-13 de septiembre. Intentona fracasada del general Kornilov para establecer una dictadura militar so pretexto del desorden reinante en el país. Los bolcheviques sobresalen en la lucha contra Lavr Kornilov y adquieren gran fuerza.

14 de septiembre. Aleksándr Kerenski rechaza la propuesta de Lenin para formar un gobierno responsable ante los soviets y crea un nuevo gobierno con la burguesía, pero la crisis del país se profundiza.

6-7 de noviembre. Lenin regresa de Finlandia, organiza la insurrección y derroca al gobierno de Kerenski.

8 de noviembre. Celebración del II Congreso de los Soviets, formación del primer gobierno soviético y aprobación de los decretos sobre la paz y la tierra.

7-16 de noviembre. Triunfo de la revolución en Moscú y otras ciudades.

12-14 de noviembre. Fracasas acciones contrarrevolucionarias de Kerenski y éste huye al exterior.

5 de diciembre. Firma del armisticio con Alemania. La Entente rechaza las propuestas soviéticas para la paz.

**1918**

18-19 de enero. Inauguración y disolución de la Asamblea Constituyente en Petrogrado. Los partidos de oposición pretendieron utilizarla contra el poder soviético.

28 de enero. Creación del Ejército Rojo.

5 de febrero. El gobierno anula todas las deudas exteriores del zarismo y del gobierno provisional.

18 de febrero. El gobierno rechaza condiciones de Alemania y ésta reanuda la guerra y adquiere nuevas posesiones.

3 de marzo. Firma de la paz de Brest-Litovsk con Alemania. Rusia pierde Finlandia, Polonia, Estonia, Letonia, Lituania y partes de Bielorrusia y Transcaucasia.

12 de marzo. Traslado de la capital a Moscú, básicamente por problemas de seguridad.

Marzo. VII Congreso del Partido bolchevique, que pasa a denominarse Partido Comunista.

Marzo-abril. Empieza la actuación de las fuerzas blancas; los ingleses ocupan Murmansk y los japoneses, Vladivostok.

2-4 de mayo. Nacionalización de la gran industria y del comercio exterior.

6 de julio. Asesinato del embajador alemán, para crear problemas al gobierno soviético.

16 de julio. Son ejecutados Nicolás II y la familia real en Ekaterinburgo.

30 de agosto. Atentado contra Lenin en Moscú, del cual resulta gravemente herido.

Agosto. Los ingleses ocupan Arkanjel.

Septiembre. Conferencia de la contrarrevolución en Ufá para unificar esfuerzos.

Noviembre. Escuadras aliadas desembarcan por el mar Negro para apoyar a la contrarrevolución.

1919

Enero. El general Kolchak desencadena ofensiva contrarrevolucionaria en Siberia.

3 de febrero. El general Denikin derrota a los bolcheviques en el Cáucaso.

4 de marzo. Se celebra el VIII Congreso del Partido Comunista y fundación de la Tercera Internacional.

Junio. El general contrarrevolucionario Wrangel se apodera de Tsaritsin (luego Stalingrado y hoy Volgogrado).

2 de setp. Denikin recupera Kiev, después de haberla cedido a los bolcheviques.

21 de sept.-13 oct. Denikin toma Kursk y Oriol.

17 de octubre. El general bolchevique Budionny derrota a Denikin.

22 de octubre. El general contrarrevolucionario Yudenich es aplastado frente a Petrogrado.

15 de noviembre. El Ejército Rojo toma Omsk.

27 de diciembre. Kolchak es derrotado, hecho prisionero y fusilado.

Diciembre. El Ejército Rojo recupera Kiev y Jarkov.

1920

8 de febrero. Los bolcheviques recuperan Odesa.

28 de marzo. Desintegración del ejército contrarrevolucionario del general Denikin.

25 de abril. Polonia ataca a Rusia con el apoyo de Inglaterra y Francia.

Julio-agosto. II Congreso de la Tercera Internacional. Se aprueban las 21 condiciones propuestas por Lenin para el ingreso a la organización.

Agosto. Primer Congreso de los Pueblos de Oriente, celebrado en Bakú.

14-16 de agosto. Los polacos derrotan a los rusos frente a Varsovia, tras un arrollador avance de aquéllos. Los polacos avanzan y ocupan Brest y Vilna.

12 de octubre. Firma del armisticio ruso-polaco.

14-16 de noviembre. Con la toma de Sebastopol llega a su fin la guerra civil.





La crisis de posguerra

En los primeros años que siguieron al fin de la Primera Guerra Mundial, las convulsiones sociales y políticas alcanzaron en todo el mundo proporciones desconocidas hasta entonces, aunque en Europa, principal escenario del conflicto, éstas adquirieron mayor envergadura. Ello fue el resultado de las consecuencias de la guerra, incluida la crisis económica generada por ésta, y de la influencia de la Revolución de Octubre (en parte producto de la misma guerra), devenida fuente de inspiración y ejemplo a seguir para millones de trabajadores de todo el orbe. En Europa, la tempestad afectó, en mayor o menor medida, tanto a los países beligerantes, agotados por la prolongada y sangrienta matanza, como a las naciones neutrales, cuya situación había empeorado con la guerra submarina total y el bloqueo marítimo, el cual provocó la disminución de la actividad productiva y sus correspondientes secuelas; o sea, despidos, disminución de salarios, aumento de los precios, entre otras.

El movimiento de protestas resultó más fuerte en los países vencidos, donde se había venido recrudeciendo desde 1918, en la misma medida en que las carencias y los sufrimientos causados por la guerra se hacían más insostenibles. En este movimiento participaron masivamente los obreros industriales, los asalariados agrícolas, los pequeños campesinos, amplios

sectores de la clase media y los pequeños receptores de rentas fijas, con mayores dificultades para sobrevivir cada día. En todas partes, pero sobre todo en los países derrotados, las protestas adquirieron un acentuado carácter político. Se comenzó con la exigencia del final del conflicto y se terminó con el cuestionamiento del orden establecido. La demanda de un cambio profundo fue la consecuencia lógica de las transformaciones experimentadas por las masas en los años de la conflagración.

En efecto, la guerra incorporó a la vida política activa a millones de personas que antes no participaban en ella. Amplios sectores de la población, los más desposeídos e ignorados, con una conciencia más o menos clara de haber desempeñado un papel protagónico en la lucha, exigían una modificación sustancial de la situación que reinaba con anterioridad. Lo ocurrido en Rusia los animaba en este sentido. Sin embargo, llegada la paz, constataron que seguían tan relegados como antes y les resultaba más difícil la vida cotidiana, incluso en los países victoriosos. La decepción fue profunda y generó la única respuesta posible; lo cual explica la masiva participación en el movimiento reivindicativo de entonces, así como la extensión y profundidad de éste, y también, el crecimiento de los sindicatos y de los partidos socialistas, en los cuales muchos depositaron sus esperanzas de renovación.



En Alemania, el descontento fue creciendo durante 1917 y en 1918 se tornó en grandes manifestaciones de protesta que tuvieron como escenario Berlín y otras ciudades del país, donde se crearon consejos de obreros al estilo ruso. Aconsejado por la cúpula militar (el alto mando pretendía preservar al ejército de las consecuencias del cercano desastre, transfiriendo toda la responsabilidad a los partidos políticos), el *Kaiser* ensayó una maniobra democratizadora, al designar como jefe de gobierno al príncipe Max de Baden, un pariente suyo con ideas liberales y partidario de una salida negociada de la guerra. El 4 de octubre se formó un gabinete de coalición con representantes de los partidos mayoritarios; entre ellos, Friedrich Ebert y Scheidemann, dos dirigentes derechistas del Partido Socialdemócrata, y se anunciaron varias modificaciones a la constitución para introducir un parlamentarismo más efectivo, al mismo tiempo que se iniciaron gestiones con la Entente para negociar la capitulación. Mas, ello no pudo evitar el estallido de la revolución que se avecinaba.

El 3 de noviembre de 1918 se amotinaron los marinos de Kiel y junto a los soldados y obreros ocuparon rápidamente la ciudad. En los días siguientes, ocurrieron sublevaciones en Hamburgo, Leipzig, Stuttgart y otros muchos lugares del país,



Karl Liebknecht
Hijo de Wilhelm Liebknecht, amigo de Marx y Engels, y uno de los fundadores del Partido Socialdemócrata Alemán. Votó contra los créditos de guerra en 1914. Su oposición al militarismo y la guerra, que lo llevó a la cárcel durante 18 meses, ejerció gran influencia en la juventud alemana. Destacado intelectual y brillante orador. Fundador de la Liga Espartaco y del Partido Comunista. Fue asesinado el 15 de enero de 1919.

donde los consejos de obreros y soldados tomaron el poder. El 8 de noviembre, la revolución llegó a Berlín. Ese mismo día, el *Kaiser* huyó a Holanda y Max de Baden entregó el poder al líder socialdemócrata Ebert, quien se comprometió a contener el movimiento revolucionario. “Odio a la revolución como al pecado mismo”, dijo Ebert a Max de Baden, cuando éste le preguntó si estaba dispuesto a detener la marea revolucionaria. Para lograr ese objetivo, el Partido Socialdemócrata, que de hecho había roto con el marxismo y había devenido una agrupación reformista, pero mantenía una influencia mayoritaria entre los trabajadores —debido a su historia, a su



Rosa Luxemburgo(1871-1919) y Karl Liebknecht(1871-1919).



Rosa Luxemburgo

De origen polaco, se estableció en Alemania donde luchó contra el oportunismo. Brillante escritora, teorizó sobre diversos problemas del socialismo. Aunque no compartía algunas de sus ideas, Lenin le tenía una gran estimación. Se opuso a la guerra. Fundadora de la Liga Espartaco y del Partido Comunista. Fue asesinada el 15 de enero de 1919.

bien organizado aparato y a su prensa—, fue al encuentro de la revolución, logró encabezarla y después la condujo a la senda del parlamentarismo burgués.

El mismo 8 de noviembre se proclamó la República y se anunció la formación de un gobierno provisional, confirmado el día 10 por el consejo de obreros y soldados de Berlín. Este gobierno, llamado Consejo de Apoderados del Pueblo, estaba integrado básicamente por representantes del Partido Socialdemócrata y del Partido Socialdemócrata Independiente (corriente centrista de la socialdemocracia convertida en partido a principios de 1917 y que muy pronto dejaría de existir), los cuales lograron la mayoría en casi todos los consejos. Al tener en cuenta el ambiente revolucionario prevaleciente, el nuevo gobierno proclamó la jornada de 8 horas y otras medidas de beneficio social; liberó a los presos políticos y estableció la libertad de palabra, de reunión y de asociación. Pero, al mismo tiempo, mantuvo intactos el cuadro de mando del ejército y del aparato estatal de la monarquía, así como el poder de la burguesía y de los terratenientes. Poco después fueron eliminados los propios consejos. A mediados de diciembre se reunió el Congreso Pangermánico de los Consejos de Obreros y Soldados, en el cual los dos partidos socialdemócratas consiguieron que se acordara la convocatoria de una asamblea constituyente, la cual finalmente aprobó la Constitución de Weimar (ciudad donde sesionó la constituyente), que entraría en vigor en julio del siguiente año, dando origen a una democracia parlamentaria la cual, por sus características, ha sido calificada como la continuación del imperio sin el *Kaiser*.

Mientras tanto, el sector más radical del movimiento revolucionario, encabezado por la Sociedad Espartaco (grupo de izquierda dentro del Partido Socialdemócrata Independiente y desde finales de diciembre de 1918 convertido en Partido Comunista Alemán), se enfrentaba a la política contrarrevolucionaria del gobierno y luchaba por la preservación de los consejos y por el establecimiento del socialismo. La actividad de este sector condujo a la sublevación de Berlín, del 5 al 15 de enero de 1919, ahogada en sangre por el ejército y por fuerzas paramilitares. En aquellas jornadas fueron asesinados Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, líderes de la Sociedad Espartaco y más tarde del Partido Comunista. Los acontecimientos de la capital inspiraron acciones revolucionarias en el Ruhr, en la región renana y en Sajonia, y una nueva sublevación berlinesa en el mes de marzo. Todas estas acciones, carentes de organización y de una dirección unificada, fueron cruelmente sofocadas.

Las fuerzas revolucionarias sólo alcanzaron el triunfo en el estado de Baviera, aunque éste fue muy breve. El 14 de abril de 1919, los obreros tomaron el poder y proclamaron la República Soviética de Baviera, con un gobierno integrado por los comunistas y los socialistas independientes de izquierda, que se prolongó hasta el 1º de mayo. Durante su efímera existencia, la nueva república tuvo que enfrentar una fuerte contrarrevolución interna y a más de 100 000 soldados movilizados por el gobierno central. Con la sangrienta represión de Baviera, que costó la vida a miles de trabajadores, terminaron las acciones revolucionarias inconexas que siguieron al estallido del 8 de noviembre de 1918 y, por fin, los socialdemócratas moderados y de derecha lograron detener el desarrollo de la revolución, tal y como se lo habían propuesto. Sin embargo, el país atravesó una profunda inestabilidad hasta 1923 que propiciaría el surgimiento y desarrollo del fascismo.

Durante los últimos meses de la guerra, la revolución se propagó también por el vasto y multiétnico territorio del



llamado imperio dual, dando lugar a su desintegración y a la formación de nuevos Estados. En Austria surgieron de manera espontánea consejos de obreros y soldados, particularmente fuertes en Viena y en otras importantes ciudades. Los consejos fueron rápidamente controlados por los sectores moderados de la socialdemocracia, los cuales proclamaron la república el 12 de noviembre de 1918 y crearon un gobierno encabezado por el líder socialista Karl Renner, aunque en la mayoría de los estados o provincias predominaron las fuerzas conservadoras. Como en Alemania, pero prácticamente sin violencia, el movimiento revolucionario austriaco desembocó en un régimen democrático-parlamentario. En los años posteriores, ese régimen sería muy inestable y precario, debido a las dificultades económicas y a las permanentes pugnas entre las fuerzas socialistas y las de derecha, que provocaron sangrientos enfrentamientos y condujeron al golpe de Estado fascista de 1934 y, por último, a la desaparición del país, tras su anexión por parte de Alemania.

Mayor profundidad y envergadura alcanzó la revolución en Hungría. Allí, la agitación social asumió rasgos violentos desde inicios de 1918, debido a la ocupación de tierras por el campesinado empobrecido, el paro, la miseria generalizada y la propaganda bolchevique de los soldados que regresaban de Rusia, donde habían permanecido como prisioneros hasta la firma

del Tratado de Brest-Litovsk. El 16 de noviembre, en medio de serias alteraciones, se proclamó la república y se creó un gobierno integrado por representantes del Partido Socialdemócrata y del Partido Radical, con un programa de transformaciones al cual se opusieron los terratenientes y los sectores burgueses conservadores. En marzo de 1919, a raíz de una crisis política causada por el ultimátum de la Entente para que Hungría reconociera sus nuevas fronteras, el gobierno no pudo sostenerse. En estas circunstancias, los partidos socialdemócrata y comunista (este último surgido en noviembre de 1918) acordaron unificarse y tomar el poder en sus manos. Así, nació la República Soviética de Hungría, el 21 de marzo de 1919, con un gobierno presidido por el periodista Bela Kun, fundador del Partido Comunista.

Pero la experiencia soviética húngara sólo logró sobrevivir 133 días. Sin ayuda exterior, pues Rusia pasaba entonces por los más difíciles momentos de la guerra civil, el nuevo Estado tuvo que enfrentar a la contrarrevolución interna y a los ejércitos de Francia, Checoslovaquia y Rumania. El 1º de agosto, tras una tenaz resistencia y del paso de una buena parte de la socialdemocracia al campo enemigo, fue derrocado el gobierno socialista. En Hungría se instauró una sangrienta dictadura reaccionaria, encabezada por Miklós Horthy (regente sin reino y almirante en un país sin flota y sin costas), que gobernaría hasta la



Bela Kun y el almirante Horthy, líderes de la revolución y de la contrarrevolución en Hungría, respectivamente.



ocupación alemana durante la Segunda Guerra Mundial. Horthy firmó finalmente el Tratado de Paz de Trianón (nombre del palacio de Versalles, donde se rubricó el acuerdo), mediante el cual Hungría cedía una gran parte de su territorio a Rumania, Checoslovaquia y Yugoslavia, aliadas de las potencias vencedoras; en particular, de Francia.

En Turquía, otrora cabeza del Imperio otomano, el desastroso Tratado de Sévres provocó la explosión de un violento y masivo nacionalismo, dirigido por Mustafá Kemal, que se propuso expulsar a los extranjeros de las tierras turcas y recuperar la soberanía del país. Para garantizar la ejecución del Tratado de Sévres, los aliados establecieron guarniciones francesas en Cilicia, italianas en Antalya, griegas en Smirna y Tracia e inglesas en Constantinopla. En poco tiempo, Mustafá venció a italianos y franceses y se enfrentó con el ejército griego, encargado por los aliados para detener el avance nacionalista, derrotándolo definitivamente a mediados de 1922. En julio del siguiente año, en Lausana se revisó el Tratado de Sévres, recuperando Turquía la Tracia oriental, las islas de Imbros y Tenedos y los territorios de Smirna y Armenia, al mismo tiempo que se aprobó un nuevo estatuto para los estrechos del mar Negro, que se desmilitarizaron. En los años posteriores, el gobierno de Mustafá Kemal, que designó a Ankara como nueva capital del país, se enfrascó en la ardua tarea de modernizar a Turquía.



Escena de la "marcha sobre Roma" de Mussolini.

La crisis generada por la guerra y la influencia de la revolución rusa afectaron, con mayor o menor intensidad, al resto de los países de Europa oriental y central, ya fueran vencidos, vencedores o de nueva creación. En estas regiones, la situación económica se deterioró extraordinariamente, lo que intensificó la miseria de la mayoría de la población y originó huelgas y otras acciones de protesta. En muchos casos, el descontento estuvo alimentado también por el fortalecimiento de los nacionalismos, debido a las nuevas fronteras fijadas por los tratados de paz. A la postre, la inestabilidad imperante en estas zonas condujo al establecimiento de gobiernos civiles o militares de mano dura y a una represión sistemática de las masas.

En Italia, las convulsiones sociales de posguerra no se transformaron en revolución, pero estuvieron muy cerca de ello. Aunque vencedora en el conflicto, Italia quedó en una situación muy difícil. A las pérdidas humanas y materiales, que fueron cuantiosas, se añadió la quiebra económica, la cual representó el cierre de fábricas, la depresión de la agricultura y la ruina de muchos pequeños negocios. Ello provocó una ola de huelgas simultáneas en el campo y las ciudades, algo sin precedentes desde la unificación; así como la ocupación de las fábricas por los obreros —en particular, en el norte— y de las tierras por los campesinos; sobre todo, en el Lazio, el sur y el Valle del Po. La profunda inestabilidad política y social que atravesó el país en aquel período, promovió el surgimiento del fascismo, que devino la alternativa de los grandes empresarios, los terratenientes y de otros sectores conservadores para contener el movimiento revolucionario. Con la ayuda de estas fuerzas, Mussolini se hizo del poder en octubre de 1922.

No tan graves como en el caso de Italia fueron las repercusiones de la crisis en Inglaterra y Francia, las dos grandes potencias vencedoras del occidente europeo. No obstante, entre 1918 y 1921, ocurrió allí un incremento espectacular de la afiliación sindical y una avalancha de potentes



huelgas con reivindicaciones económicas, gremiales y políticas, así como una creciente agitación social. En los dos países, el movimiento originó el fortalecimiento de las agrupaciones socialistas, al mismo tiempo que se profundizó la diferenciación ideológica en sus filas, lo cual dio lugar a la aparición de partidos comunistas. En ambos casos, surgió un fuerte sentimiento de solidaridad con Rusia, lo que se tradujo en una notable presión sobre los gobiernos para que cesaran su intervención en aquel país. Una manifestación de ello fue el amotinamiento de la flota francesa en Sebastopol, en abril de 1919. Finalmente, estos dos grandes países pudieron remontar la crisis, que también afectó a sus respectivos mundos coloniales, pero para alcanzarlo no fue suficiente el uso de la fuerza y tuvieron que hacer algunas concesiones.

La agitación social no se limitó a los países europeos implicados directamente en la guerra. En la neutral España, por ejemplo, se vivió una convulsa situación en el período 1918-1920, calificado como “el trienio bolchevique”. Los graves y complejos acontecimientos que entonces tuvieron lugar en el país ibérico, catalogados por algunos historiadores como una revolución, estuvieron a punto de hacer saltar por los aires la monarquía de Alfonso XIII. Aquellos hechos conducirían a una creciente militarización de la vida política española y, por último, al establecimiento de la dictadura del general Miguel Primo de Rivera (1923-1930), quien instauró un gobierno que se inspiraba en el régimen italiano de Benito Mussolini.

Las convulsiones que siguieron a la guerra y a la Revolución rusa también se extendieron a otras partes del mundo. Estados Unidos se benefició con el conflicto, pues éste no afectó su territorio y contribuyó a fortalecer su economía, que abasteció en buena medida a los aliados europeos. Pero con el fin de la contienda vino la reducción de la producción bélica y la desmovilización del ejército, lo que originó un masivo desempleo y una explosión huelguística; en especial,

Manifiesto de la reforma

El Manifiesto de la Reforma fue la declaración de principios del movimiento estudiantil. Proclamaba: “¡Muera la oligarquía!” y afirmaba: “Hombres de una república libre acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo XX, nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica. Hemos resuelto llamar a todas las cosas por el nombre que tienen. Desde hoy contamos para el país con una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana”.

intensa a finales de 1919, que afectó la minería, los transportes y varios sectores de la industria. Los trabajadores exigían empleo, aumento de salarios, reducción de la jornada laboral y derecho a crear sindicatos, al mismo tiempo que expresaban su solidaridad con el proletariado ruso. En este ambiente de efervescencia surgieron, durante 1919, dos partidos comunistas, que se unirían en 1921.

En América Latina se destacaron las rebeliones estudiantiles de Argentina, que exigían la reforma universitaria (democratización de la enseñanza y la autonomía de las universidades). Entre 1919 y 1921, movimientos similares se extendieron por Perú, Chile, Cuba, Colombia, Ecuador y Bolivia. Grandes huelgas obreras tuvieron lugar en Argentina y en otros países; sobre todo, a partir de fines de 1919, cuando la coyuntura económica favorable propiciada por la guerra (alza de precios de los productos de exportación e, incluso, incipiente industrialización) concluyó y comenzó la crisis. El pueblo cubano, con su particular gracejo, identificó a estos períodos como *las vacas gordas* y *las vacas flacas*. En este contexto de agitación social, surgieron partidos comunistas en Argentina, Chile, Uruguay y México. El sentimiento de so-



El general Primo de Rivera con sus partidarios.

lidad con la Revolución rusa estuvo presente en muchas partes y se expresó en las manifestaciones y huelgas, así como en revistas y periódicos de las fuerzas progresistas. Figuras revolucionarias mexicanas, como el líder agrarista Emiliano Zapata o el pensador anarquista Ricardo Flores Magón, entre otros, saludaron entusiasmados los acontecimientos de Rusia.

En agosto de 1918 comenzaron en Japón los “motines del arroz”, un masivo movimiento de protestas por la vertiginosa subida de los precios, que desencadenó numerosas acciones reivindicativas de amplios sectores de la población. A pesar de la prohibición oficial, en esta época surgieron los primeros sindicatos y para 1920 ya estaban sindicalizados más de 100 000 trabajadores de aquel país. Mientras tanto, el 4 de mayo de 1919, los estudiantes de Pekín se lanzaron a la calle para protestar contra la decisión de la Conferencia de Paz de París de entregar a Japón la península de Shantung, anteriormente “arrendada” a los alemanes. La represión de las manifestaciones estudiantiles provocó una profunda indignación y generó huelgas y otras acciones, incluido el boicot a las mercaderías japonesas. Bajo la presión popular, la delegación china en París se negó a rubricar el Tratado de Versalles. El Movimiento del 4 de Mayo tuvo una honda

repercusión en la sociedad china. A partir de entonces, se sucedieron las huelgas por reivindicaciones económicas y políticas, se crearon los primeros sindicatos, aparecieron círculos marxistas en varias ciudades y a mediados de 1921 surgió el partido comunista.

La guerra y la Revolución rusa fortalecieron las acciones de carácter independentista en Corea, Egipto, Afganistán, la India, Irlanda y otros territorios sometidos a la dependencia colonial, originándose en varios casos sangrientos enfrentamientos con las fuerzas coloniales, como ocurrió en Amristar (India), el 13 de abril de 1919, cuando las tropas británicas mataron a 379 personas que participaban en una manifestación pacífica. Las conferencias de los pueblos del Oriente, celebradas en Bakú e Irkutsk, en 1920 y 1921, respectivamente, bajo las auspicios de la III Internacional, representaron un fuerte estímulo en la batalla contra el colonialismo. Como resultado de las luchas libradas en aquel período, Afganistán dejó de ser un protectorado de Inglaterra, en 1919; Egipto conquistó su independencia formal, en 1922; mientras que a Irlanda, donde se desarrollaba una cruenta guerra, hubo que concederle, en 1921, el estatuto de dominio, aunque los ingleses permanecieron en los seis condados del Norte, la zona del Ulster, dividiendo artificialmente la Isla.

En resumen, las convulsiones sociales y políticas asociadas a la guerra y a la Revolución rusa, recorrieron todo el planeta y destruyeron o pusieron en serio peligro el *statu quo* en muchos lugares; en particular, en Europa. Sin embargo, la revolución no logró establecerse más allá de Rusia, al contrario de lo que muchos esperaban durante 1918 y 1919. Después de 1920, aunque todavía se produjeron algunas importantes acciones en varios países, el oleaje revolucionario decayó. Ello se debió, entre otros factores, a la profunda escisión del movimiento socialista; a la utilización masiva de la fuerza y cuando ésta no resultó suficiente a su combinación con las maniobras y las concesiones; a la actitud



asumida por las llamadas clases medias por temor a la revolución, que las llevó a vincularse con las fuerzas conservadoras, y a la aparición de los primeros signos de reordenamiento económico internacional. Los sectores dominantes tradicionales lo-

graron finalmente superar aquel momento crítico, pero el miedo a la revolución inspiró una oleada de conservadurismo y reacción, que iría limitando rápidamente el liberalismo político y económico; sobre todo, en Europa, aunque no sólo allí.

FIGURAS SOBRESALIENTES DE LA GUERRA

Berchtold, Leopoldo (1863-1942). Primer ministro austriaco en 1914 y uno de los instigadores de la guerra, debido a su política antiserbia.

Bethmann-Hollweg, Theobald von (1856-1921). Canciller alemán de 1909 a 1917. Furibundo guerrerrista; se hizo famoso por calificar de “papel mojado” la garantía de neutralidad dada por Alemania a Bélgica.

Brusilov, Alexei (1853-1926). General ruso con destacada participación en la guerra. Tras la revolución, se unió al Ejército Rojo y participó en la guerra civil.

Cadorna, Luigi (1858-1928). General italiano que dirigió los ejércitos de su país hasta el desastre de Caporetto, en 1917, cuando fue sustituido por el también general Armando Díaz.

Carlos I de Austria y IV de Hungría (1887-1922). Sucesor de su tío-abuelo Francisco José, en 1916. Fue una figura gris prácticamente dependiente del emperador alemán.

Clemenceau, Georges (1841-1929). Primer ministro francés a partir de 1917. Por su energía se le dio el sobrenombre de “El Tigre”. Se caracterizó por su odio a Alemania y desempeñó un papel decisivo en la elaboración de los tratados de paz.

Enver Bey (1881-1922). General turco. Comandante en jefe del ejército, ministro de Defensa y dictador virtual. Al término de la guerra, marchó a Rusia para combatir a los bolcheviques y murió allí el 4 de agosto de 1922.

Falkenhayn, Erich von (1861-1922). General alemán, sucesor de Von Moltke en el mando del frente occidental en

1914. Fue sustituido tras la derrota de Verdún, en 1916.

Francisco Fernando (1863-1914). Sobrino del emperador de Austria-Hungría Francisco José y heredero del imperio. Fue asesinado junto a su esposa, Sofía Chotek, el 28 de junio de 1914, en Sarajevo; hecho utilizado como pretexto para el inicio de la guerra.

Grey, Edward (1862-1933). Ministro del Exterior de Inglaterra desde 1905 hasta 1916. Fue el promotor de la Triple Entente y un defensor de la guerra contra Alemania.

Guillermo II (1859-1941). Emperador (*Kaiser*) de Alemania desde 1888 hasta 1918. Hombre mediocre política y diplomáticamente, uno de los principales responsables del estallido de la guerra. Abdicó forzosamente en 1918 y se refugió en Holanda, donde vivió en el más completo aislamiento hasta su muerte.

Guillermo de Hohenzollern (1882-1951). Príncipe heredero de Alemania, hijo primogénito de Guillermo II. Su actitud belicosa e irresponsable contribuyó al desencadenamiento de la guerra. Fue jefe de un grupo de ejércitos en el frente occidental, aunque siempre se mantuvo alejado de los combates.

Hindenburg, Paul von (1847-1934). Mariscal alemán. Dirigió los ejércitos del frente oriental, donde venció a los rusos en la batalla de Tannenberg, en 1914. Posteriormente, y hasta el fin de la guerra, tuvo altas responsabilidades en el mando alemán.



- Jellicoe, John** (1859-1935). Almirante inglés que dirigió la escuadra en la gran batalla naval de Jutlandia, en 1916. Ese mismo año sustituyó al almirante Beatty como primer lord del Almirantazgo.
- Joffre, Joseph** (1852-1931). Mariscal francés que comandó las tropas de su país al inicio de la guerra y detuvo a los alemanes en la primera batalla del Marne. Rencillas internas determinaron su destitución y en 1917 marchó a Estados Unidos como instructor de las tropas que se preparaban para viajar a Europa.
- Lawrence, Thomas Edward** (1888-1935). Llamado “Lawrence de Arabia”, fue un arqueólogo y escritor que colaboró con el servicio de inteligencia de los ingleses durante la guerra. Tuvo un papel destacado en el levantamiento de los árabes contra los turcos, que rememoró en *Los siete pilares de la sabiduría*.
- Ludendorff, Erich von** (1865-1937). General alemán, colaborador de Hindenburg en la batalla de Tannenberg y sucesor de Falkenhayn como jefe del frente occidental, después del desastre de Verdún.
- Lloyd George, David** (1863-1945). Político liberal inglés, sucesor de Asquith como primer ministro a partir de 1916. Desempeñó un importante papel en la elaboración de los tratados de paz, al procurar neutralizar las reivindicaciones de Francia en Europa para evitar la hegemonía francesa, al mismo tiempo que defendió con intransigencia las pretensiones inglesas en el mundo colonial.
- Nicolás II** (1868-1918). Zar de Rusia desde 1894 a 1917, cuando abdicó tras el estallido de la Revolución de febrero. Hombre débil y dominado por las camarillas palaciegas, aplastó sin contemplaciones hasta la más mínima demanda de libertad y condujo a Rusia a la guerra imperialista. Durante el conflicto cometió varios errores que les costaron muy caro al ejército y al pueblo rusos. Fue ejecutado junto a la familia real en julio de 1918, en plena guerra civil en Rusia.
- Pershing, John Joseph** (1860-1948). General norteamericano, jefe de las fuerzas expedicionarias de su país en Europa, a partir de la entrada de Estados Unidos en la guerra. Dirigió la invasión estadounidense a México en 1916.
- Pétain, Henri Philippe** (1856-1951). Mariscal francés que se hizo famoso por su victoria en la batalla de Verdún, en 1916.
- Pilsudski, Jozef** (1867-1935). Político conservador y militar polaco. Estuvo al mando de fuerzas de su país en el ejército austriaco y proclamó la independencia de Polonia en 1918.
- Prinkip, Gavrilo** (1895-1918). Nacionalista serbio, autor directo del atentado de Sarajevo, que sirvió de pretexto a los imperios centrales para desencadenar la guerra.
- Scheer, Reinhard** (1863-1928). Almirante alemán, jefe de la armada desde 1916 y partidario de la confrontación marítima con Inglaterra. Comandó la flota alemana en la batalla de Jutlandia, la única importante durante la guerra.
- Smuts, Jan Christian** (1870-1950). Político y militar de la Unión Sudafricana. Dirigió las fuerzas aliadas que se apoderaron del África del Suroeste Alemana durante la guerra. Participó en la Conferencia de París.
- Wilson, Woodrow** (1856-1924). Profesor de historia, derecho y ciencias políticas en la universidad de Princeton. Presidente demócrata de Estados Unidos entre 1912 y 1920. A pesar del idealismo que se le atribuye a su pensamiento y acción, no vaciló en llevar a su país a la guerra para proteger los intereses del capitalismo norteamericano. Ese mismo espíritu práctico lo había puesto de manifiesto cuando ordenó la invasión a varios países latinoamericanos. Fue el autor de los famosos Catorce Puntos, en 1918, que resultaron inoperantes en las negociaciones de los tratados de paz, pero le valieron el otorgamiento del Premio Nobel de la Paz en 1919.



BREVE CRONOLOGÍA DE LA GUERRA

1914

- 28 de junio. Atentado que costó la vida al archiduque Francisco Fernando, heredero del trono austro-húngaro.
- 23 de julio. Ultimátum de Austria-Hungría a Serbia.
- 28 de julio. Declaración de guerra de Austria-Hungría a Serbia y bombardeo de Belgrado.
- 30 de julio. Rusia decreta la movilización general.
- 31 de julio. Un fanático nacionalista asesina en París al líder socialista Jean Jaurés por su lucha contra la guerra.
- 1º de agosto. Alemania le declara la guerra a Rusia.
- 3 de agosto. Alemania le declara la guerra a Francia e invade a Bélgica, violando su neutralidad.
- 4 de agosto. Inglaterra le declara la guerra a Alemania.
- 6 de agosto. Las declaraciones de guerra de Serbia a Alemania y de Austria-Hungría a Rusia.
- 11-12 de agosto. Declaraciones de guerra de Francia e Inglaterra a Austria-Hungría.
- 20 de agosto. Los alemanes entran en Bruselas y la ocupan.
- 23-30 de agosto. Batalla de Tannenberg, donde son derrotados los rusos.
- 30 de agosto. Los alemanes ocupan Amiens, tras las batallas de Namur y Mons.
- 5-12 de sept. Primera batalla del Marne. Los alemanes son rechazados. Fracasa el plan de guerra relámpago.
- 28 de sept.-30 de oct. Alemanes y austriacos se disputan Varsovia con los rusos, con éxitos y fracasos de las dos partes.
- 5 de noviembre. Rusia, Inglaterra y Francia declaran la guerra a Turquía tras bombardeo de Odessa.
- 2-14 de diciembre. Austriacos y serbios se disputan Belgrado.

1915

- 30 de enero. Primer ataque submarino alemán.

- 22 de abril. Los alemanes emplean, por primera vez, los gases asfixiantes.
- 7 de mayo. Hundimiento del trasatlántico de pasajeros *Lusitania*.
- 24 de mayo. Italia, de parte de la Entente entra en la guerra, tras firmar el acuerdo de Londres.
- 1º de junio. Primer ataque aéreo a Londres por un zeppelin.
- 5 de agosto. Las tropas alemanas entran a Varsovia.
- 6 de agosto. Los alemanes ocupan Brest-Litovsk, después de vencer a los rusos en diferentes batallas.
- 6 de septiembre. Bulgaria se incorpora a la guerra junto a los imperios centrales y Turquía.
- 22 de sept.-8 de oct. Batallas de Champagne y de Loos, en el occidente, y de Tarnopol, en el frente oriental.
- 10 de oct.-10 de dic. Tercera y cuarta batallas de Isonzo, con grandes pérdidas de los dos bandos.

1916

- 8 de enero. Tras acumular medio millón de muertos, los aliados se retiran vencidos de los Dardanelos (Galípoli).
- 19 de enero. Comienza la ofensiva rusa en Galitzia.
- 27 de enero. Se funda el grupo socialista de izquierda alemán Espartaco, que lucha contra la guerra imperialista.
- 29 de enero. Primer ataque aéreo a París por un zeppelin.
- 21 de feb.-16 de dic. Batalla de Verdún, una de las más sangrientas de la guerra.
- 11 de marzo-6 de agost. Quinta y sexta batallas de Isonzo.
- 24 de abril. Rebelión del *Sinn Fein* contra los británicos, en Dublín, Irlanda.
- 25 de abril. El ejército inglés del general Townshend se rinde ante los turcos en Kutal-Amara, Mesopotamia.
- 4 de junio-15 de agost. Exitosa ofensiva rusa de Brusilov, pero a costa de grandes pérdidas.
- 9 de junio. Inicio del levantamiento árabe contra Turquía.



- 1º de julio-8 de nov. Sangrienta batalla del Somme.
- 27 de agosto. Rumania se incorpora a la guerra junto a los aliados de la Entente.
- 16 de octubre. Los aliados ocupan Atenas.
- 29 de oct.-7 de dic. Ofensiva rusa en los Cárpatos.
- 6 de diciembre. Los alemanes toman Bucarest.
- 15-17 de diciembre. Ofensiva francesa en el Meuse.

1917

- 31 de enero. Alemania anuncia inicio de guerra submarina ilimitada.
- 1º de feb.-30 de jun. Los submarinos alemanes hunden 4 600 000 toneladas de buques de todo tipo.
- 3 de febrero. Estados Unidos rompe relaciones con Alemania.
- 23 de febrero. Derrota turca en Mesopotamia, poco después los ingleses toman Bagdad.
- 8-16 de marzo. Revolución en Rusia y abdicación del zar Nicolás II.
- 6 de abril. Estados Unidos declara la guerra a Alemania.
- 20 de mayo. Aplastados sangrientamente graves motines antibélicos en el ejército francés.
- 28 de junio. Llegada de las primeras tropas norteamericanas a Francia.
- 19 de julio. Se inicia contraofensiva alemana en el frente ruso.
- 31 de julio-10 de nov. Tercera batalla de Ypres.
- 20 de agost.-15 de dic. Segunda batalla de Verdún.
- 24 de octubre. Hundimiento del frente italiano en Caporetto. Grandes manifestaciones antibélicas en el país.
- 7 de noviembre. Triunfo de la revolución bolchevique en Rusia.
- 7 de noviembre. Los ingleses toman Gaza y poco después Jerusalén.
- 5 de diciembre. Se firma un armisticio entre Rusia y Alemania. Rusia sale de la guerra.

1918

- 8 de enero. Se dan a conocer los Catorce Puntos de Wilson como base para la paz.

- Enero-febrero. Masivas huelgas contra la guerra en Viena y Berlín.
- 16 de febrero. Los alemanes reanudan la guerra contra Rusia y ocupan nuevos territorios.
- 3 de marzo. Se firma la Paz de Brest-Litovsk, que impuso duras condiciones a Rusia.
- 8 de abril. Los japoneses toman Vladivostok e inician su avance en Siberia.
- 21 de marzo. Se inicia la segunda batalla del Somme.
- 23 de marzo-10 de abril. Estonia, Letonia y Lituania se declaran independientes.
- 12 de abril-13 de junio. Sucesivas ofensivas alemanas rompen el frente aliado y llegan al Marne, cerca de París.
- 15 de julio-4 de agost. Segunda batalla del Marne. Alemania sufre una derrota decisiva.
- 4 de sept.-15 de oct. Retirada alemana en el frente occidental.
- 19 de septiembre. Hundimiento del frente turco en Palestina; toma de Damasco en 11 días.
- 29 de septiembre. Bulgaria firma el armisticio con los aliados.
- 20 de octubre. Alemania suspende la guerra submarina.
- 30 de octubre. Turquía firma el armisticio con los aliados en Mudros.
- 30 de oct.-3 de nov. Victoria italiana en Vittorio Veneto. Austria firma el armisticio con los aliados.
- 31 de octubre. Estalla la revolución en Austria-Hungría y el imperio se viene abajo.
- 1º de noviembre. Las tropas anglo-francesas ocupan Constantinopla.
- 9 de noviembre. Triunfa la revolución en Alemania y se proclama la república. El *Kaiser* huye a Holanda.
- 11 de noviembre. Se firma el armisticio de Copiegne entre Alemania y los aliados. Termina la guerra.

1919

- 28 de enero. Se inicia la Conferencia de Paz en París, que decidió los tratados que se impondrían a los vencidos.

Europa entre las dos guerras mundiales



Características generales



La crisis de la democracia liberal



El fascismo



La evolución del socialismo soviético



Cultura y vida cotidiana en el período



Características generales



Dejando aparte el caso de la Rusia soviética, cuya evolución después de la guerra civil examinaremos más adelante, en los 20 años transcurridos entre los dos conflictos mundiales, Europa experimentó profundos cambios económicos, políticos y sociales, que provocaron un acentuado descenso de la situación de privilegio que ésta disfrutó hasta 1914.

Además de fuertes convulsiones sociales trabajosamente superadas, el fin de la guerra trajo consigo la falta de materias primas y de productos manufacturados, la necesidad de reinsertar a millones de combatientes en ocupaciones civiles, la devastación de numerosas zonas, los problemas que planteaban los movimientos migratorios generados por los tratados de paz, el peso de la deuda contraída con Estados Unidos, entre otras consecuencias adversas. Todo ello causó el aumento del paro obrero, la degradación de los salarios, el incremento de los precios y la depreciación de las monedas. En resumen, se expresaron todos los síntomas de una grave crisis que, con altibajos, llegó a ser crónica durante todo el período y afectó tanto a los países industrializados como a los que tenían una economía basada en la agricultura, pues ésta se deprimió debido a una espectacular baja de los precios.

A pesar de todo, en la segunda mitad de los años 20 se produjo un evidente

progreso económico —en particular, en los países desarrollados— que permitió superar ligeramente los índices de producción industrial y de comercio de 1913, aunque Europa se situaba muy lejos de lo alcanzado en estos rubros por Estados Unidos. Por su ritmo de crecimiento se destacaron Francia y Alemania, que superaron en más de un 50 % su producción de preguerra. La economía francesa resultó favorecida por las ventajas del Tratado de Versalles, mientras que la alemana recibió los beneficios del anglo-norteamericano Plan Dawes, cuyo aporte financiero permitió



Firma del Tratado de Versalles.



Taller de producción en cadena, introducida masivamente en Europa en estos años.

a los germanos cumplir con el pago de las reparaciones de guerra y revitalizar la actividad económica. Notables progresos tuvieron Suecia, Noruega, Dinamarca, Suiza, Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Inglaterra e Italia apenas lograron rebasar las cifras de producción y comercio anteriores al conflicto, aunque los ingleses mantuvieron una posición importante, debido a los ingresos por sus préstamos e inversiones en el extranjero.

A los avances europeos contribuyeron, entre otros factores, la renovación tecnológica (por ejemplo, se generalizó el uso de la electricidad y del motor de explosión en los procesos productivos), el desarrollo de nuevas ramas industriales (química, automotriz y de la aviación, entre otras), la aplicación de los métodos norteamericanos de producción en cadena; o sea, la “racionalización” y “estandarización” del trabajo, cuyos efectos enajenantes serían genialmente satirizados por Charles

Chaplin en su película *Tiempos Modernos*; el incremento de las políticas proteccionistas, así como una fuerte tendencia a la concentración capitalista en las esferas de la producción y las finanzas.

Los avances de aquel período propiciaron un clima de relativa estabilidad política y social, visible ante todo en los países más fuertes económicamente. Aquella transitoria coyuntura posibilitó un mayor protagonismo de las fuerzas políticas moderadas y el fortalecimiento de las posiciones reformistas en el movimiento obrero, en lo que influyó la disminución del desempleo y la obtención de algunas ventajas económicas y sindicales, así como la actitud sectaria de los comunistas, que los alejó de amplios sectores de la clase obrera influidos por la socialdemocracia y debilitó de manera considerable su influencia. La tendencia a la estabilidad también se reflejó en el ámbito de las relaciones internacionales, al darse pasos encaminados a buscar entendimientos en relación con diversas situaciones conflictivas heredadas de la guerra; en particular, el problema alemán, como lo evidenció la firma del Tratado de Locarno, en 1925. Ello supuso que las agudas contradicciones interimperialistas pasaran temporalmente a un segundo plano.

La etapa de prosperidad durante los años 20, además de relativa, resultó muy frágil, como lo vino a constatar la crisis que estalló el 25 de octubre de 1929, el llamado “viernes negro”, en Estados Unidos. Ese día, de una manera inesperada y sorprendente para muchos, empezaron a bajar los valores en la Bolsa de Nueva York. El pánico comenzó a apoderarse de Wall Street y el día 29 alcanzó su punto álgido, al ponerse en venta 16 millones y medio de títulos. A finales de 1929, el precio de las acciones había caído un 50 % y continuó bajando en los años siguientes hasta alcanzar su peor momento en 1932, cuando se depreciaron en otro 30 %. Una acción de General Motors, por ejemplo, que en 1929 se cotizaba a 73 dólares,

La crisis inesperada

Sólo nueve meses antes de que estallara la crisis más grave de la historia del capitalismo, el presidente norteamericano Calvin Coolidge se despedía con un discurso en el Congreso en el cual afirmaba: “ninguno de los Congresos de los Estados Unidos que se han reunido hasta ahora lo han hecho con más placentas perspectivas que las actuales. En los asuntos domésticos hay tranquilidad y satisfacción, pues se ha alcanzado el más alto record de prosperidad...”.

María E. Alonso: *La Historia de las sociedades*.



Intersección de Wall Street con Broad Street, durante la quiebra de la bolsa en 1929.

valía 8 dólares en 1932. En tres años se esfumaron 74 billones de dólares, cerraron por quiebra miles de negocios de todo tipo, los desempleados superaron el 25 % de la población trabajadora, desaparecieron las ganancias acumuladas durante el período de crecimiento y muchos norteamericanos quedaron arruinados.

Debido al peso de Estados Unidos en la economía mundial, la crisis se propagó con rapidez por todas partes, provocando una verdadera anarquía, un auténtico desastre universal. En Europa afectó, en primer lugar, a los países más industrializados, donde se devaluaron las monedas; se contrajo notablemente la producción por la caída de las ventas en el interior y en el cada vez más deprimido mercado internacional; se arruinaron muchos negocios, sobre todo, los pequeños y medianos, y creció de manera vertiginosa el paro obrero con las correspondientes consecuencias sociales. La situación fue particularmente grave en Alemania, pues, a partir de 1929, este país dejó de recibir los créditos norteamericanos, que habían

propiciado el crecimiento económico experimentado durante la segunda mitad de los años 20. La producción y el comercio alemán se redujeron en 40-50 % y el desempleo llegó a los 6 millones.

En aquellos lugares que, al igual que en Alemania, la crisis fue precedida por un incremento considerable de la producción, como los casos de Francia y, en menor medida, de algunos países nórdicos y del occidente europeo, las consecuencias resultaron muy severas. Sin embargo, la peor situación la atravesaron los países atrasados, pues éstos dependían en lo fundamental de la exportación de alimentos y materias primas diversas, cuya demanda se redujo extraordinariamente, causando una baja sin precedente en los precios. La mayor parte de la población de aquellos países se sumió en la miseria y la desesperación.

La crisis se enfrentó por los cambiantes gobiernos europeos de diferentes maneras, pero en todos los casos se originó un incremento de la intervención estatal en la vida económica, perdiéndose la fe en el



Madre migrante, imagen de la fotógrafa Dorothea Lange que muestra la vida de los desposeídos en esa época.



Matrimonio de obreros jubilados. Dibujo de Isidro Novell.

liberalismo económico imperante hasta 1914. La crisis también aceleró el retroceso

que desde la culminación de la guerra venía experimentando el sistema político liberal. En todas partes, en mayor o menor medida, se fortalecieron los antagonismos sociales y se polarizaron las fuerzas políticas. Algunos sectores se sumaron a la izquierda, particularmente a los partidos comunistas, que hicieron importantes progresos en varios países, como los casos de Alemania y Francia, mientras otros se refugiaron en el movimiento fascista, que alcanzó gran difusión. Como resultado de ello, se vivió una aguda inestabilidad política, lo que a la postre fue conduciendo al incremento de los regímenes totalitarios, que llegaron a dominar en buena parte de Europa.

La también llamada Gran Depresión tuvo un negativo impacto en la problemática europea y mundial de los años 30. Desde el principio de la década fueron abandonándose los esfuerzos conjuntos para enfrentar los múltiples problemas existentes y se pasó a una feroz competencia entre los Estados —en particular, entre las grandes potencias imperialistas—, agudizándose en grado sumo sus contradicciones, lo cual provocó el desplome del sistema de seguridad elaborado tras la Primera Guerra Mundial. Así las cosas, con paso rápido, se iría avanzando hacia el inevitable estallido de un nuevo conflicto bélico generalizado.



La crisis de la democracia liberal



La Primera Guerra Mundial originó la caída de los imperios autocráticos de Rusia, Austria-Hungría, Alemania y Turquía, lo cual dio paso al surgimiento de nuevos países (Austria, Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia, Polonia, Lituania, Letonia, Estonia y Finlandia), que modificaron el mapa político europeo y mundial. Pero ello no supuso el fortalecimiento de la democracia liberal europea. Por el contrario, en el período entre las dos guerras mundiales, ésta experimentó un notable retroceso. El miedo a la revolución, debido a la influencia del ejemplo ruso y a las consecuencias generadas por las crisis económicas de posguerra, provocó que los sectores dominantes tradicionales reforzaran su monopolio del poder y ocurrió una verdadera reacción contra los principios liberales del siglo XIX, tanto en el plano político como en el económico.

En aquellos años, ante las clases dominantes se planteó una situación completamente nueva. Hasta entonces, mientras sólo se oponían los partidos de matiz conservador o liberal, que en el fondo estaban de acuerdo en lo esencial —es decir, sobre la estructura de la sociedad—, fue posible que funcionara regularmente un sistema de alternancia de partidos y se mantuviera el juego parlamentario, pues cada uno de ellos estaba seguro que su adversario no afectaría el derecho de propiedad. Pero con la irrupción de la clase obrera en el

escenario político, que aspiraba a cambios radicales en todas las esferas, se enfrentaban fuerzas antagónicas y surgía un grave peligro para el orden establecido; si bien este peligro no tuvo la misma magnitud en todos los lugares y, en general, con el paso del tiempo se alejaba.

En realidad, después de los dos primeros años que siguieron al triunfo de la Revolución rusa y a la terminación de la guerra —cuando la victoria de la revolución parecía inevitable y próxima—, la posibilidad del acceso al poder de la clase obrera se hizo cada vez algo menos factible, quedando reducido al caso de Rusia. Ello no se debió a que las masas obreras abandonaran el ideal del socialismo, que cada día ganaba un mayor número de simpatizantes, sino a la división en el movimiento socialista. Los partidos socialdemócratas, entonces mayoritarios, sólo aspiraban a las reformas dentro del contexto de la sociedad burguesa, mientras los comunistas eran partidarios de cambios estructurales

Nueva realidad

El paradigma de los primeros ministros nórdicos en bicicleta fue sustituido por la realidad de los caudillos de mano dura y arengas nacionalistas.



El Forjador,
escultura de José Llimona.

profundos. Esa escisión se extendió al creciente movimiento sindical y también se reflejó en la existencia de dos organizaciones internacionales —la II o Internacional Socialista y la III o Internacional Comunista—, que llegaron, incluso, a combatirse encarnizadamente, todo lo cual debilitaba las posiciones de las fuerzas revolucionarias. A pesar de ello, el temor al movimiento popular se tradujo en un mayor control del poder por los grupos más conservadores de los sectores dominantes en casi todas partes.

La reacción conservadora encontró un importante aliado en el nacionalismo, exaltado furiosamente tanto en los nuevos Estados surgidos de la guerra, donde se practicaban expropiaciones, expulsiones y maltratos a las minorías en aras de consolidar las emergentes naciones, como en los vencidos o insatisfechos con lo obtenido (Alemania e Italia), donde sirvió para preparar el desquite, y entre los vencedores, donde era utilizado para preservar y engrandecer las ventajas derivadas de la contienda. En todas partes, la derecha nacionalista fomentaba el miedo a la revolución bolchevique, lo que le proporcionaba el pretexto para monopolizar la idea de “lo nacional” contra los movimientos de izquierda identificados con el internacionalismo. El nacionalismo contó con el apoyo de la Iglesia católica, del ejército, de los terratenientes y de la alta y mediana burguesías. También lo hizo suyo una parte de la pequeña burguesía y otros sectores, hostiles a los sindicatos y al socialismo. La prensa y la radio, con-

vertidas en verdaderas industrias cada vez más concentradas y dependientes del capital, prestaron un inestimable servicio en la difusión de las ideas nacionalistas.

El agresivo nacionalismo de posguerra presentó manifestaciones muy diversas. Una de las más importantes fue el antisemitismo; particularmente virulento en Europa central y oriental, donde los judíos eran relativamente numerosos en la banca, el comercio y en los medios intelectuales. Allí los círculos burgueses y clericales los acusaban de “encarnar el capitalismo moderno en sus aspectos más odiosos” y al mismo tiempo de llevar a cabo una labor directiva en los partidos revolucionarios, presentándolos como responsables de todos los males de la sociedad. En aquella región abundaron las injurias, las persecuciones e, incluso, los progroms contra los judíos. Pero el antisemitismo estuvo presente también en Europa occidental. Un ejemplo de ello fue el de Francia, donde después del sonado caso Dreyfus, a finales del siglo XIX, se había convertido en uno de los temas básicos de la demagogia nacionalista.

En los países donde, a pesar de la escisión de la izquierda, el auge del movimiento popular resultó mayor —como ocurrió en la inmediata posguerra y en ocasión de la crisis del 29— y las clases dominantes sintieron más amenazados sus intereses, apelaron al establecimiento de dictaduras fascistas o a regímenes influidos por el fascismo, que eliminaron brutalmente toda forma de oposición y con ella la democracia parlamentaria o mantuvieron sólo una ficción de ella. Mientras tanto, en los pocos países europeos donde pudo mantenerse el sistema parlamentario tradicional —incluidos aquellos de mayor tradición en este sentido, como eran Inglaterra y Francia— se incrementó el control político de los partidos de las clases privilegiadas, se reforzaron las funciones ejecutivas en detrimento de las parlamentarias y se renunció de manera progresiva al liberalismo económico, acentuándose las prácticas de la guerra, cuando los gobiernos asumieron poderes

Los centristas

Entre 1919 y 1921 existió, incluso, la Segunda Internacional y Media, así apodada porque agrupaba a los socialistas que mantenían una posición entre la socialdemocracia y los comunistas.



extraordinarios para regular la vida económica, política y social.

En los llamados países democráticos del período entre las dos guerras mundiales, entre los cuales pueden incluirse también a Suiza, Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica y Checoslovaquia, el sistema de partidos políticos se hizo entonces más rígido y se perfeccionaron los mecanismos para el control del cuerpo electoral (en algunos casos todavía restringido a los hombres), con el objetivo de evitar la emergencia de otros partidos. Al mismo tiempo, en esos países se institucionalizó la práctica, vigente hasta nuestros días en casi todo el llamado mundo democrático, de que los partidos designaban a sus candidatos, quienes al ser elegidos se hacían totalmente dependientes de la maquinaria partidista, alejándose de los electores que supuestamente representaban.

Por otra parte, la crisis de la democracia representativa en aquellos países que conservaron las instituciones liberales, también se manifestó en el fortalecimiento de las atribuciones de los gobiernos. En Inglaterra, el poder se concentraría rápidamente en el gabinete, y cuando el primer ministro era una poderosa personalidad (como fue el caso de Lloyd George), él adoptaba las decisiones. El partido mayoritario en el parlamento tenía el gobierno y solamente podía ser desalojado de éste con nuevas elecciones (anticipadas), lo que raramente ocurría, pues para ello era necesario el voto de la mayoría de los diputados. En Francia, el poder ejecutivo fue extendiendo su influencia gracias, sobre todo, a los decretos-leyes, pues el parlamento cedía al gobierno la facultad de legislar en las esferas en las cuales una mayoría no podía o no quería ser responsable. De este modo, el parlamento delegaba su poder a los ministros, debilitándose o desapareciendo totalmente su función de control de la labor gubernamental.

El aumento de las facultades de los gobiernos condujo al crecimiento del aparato administrativo estatal, compuesto por personal especializado que se reclutaba

¿Crisis de la cultura occidental?

El panorama de una Europa arrasada por la guerra causó una gran impresión en la mentalidad de sus contemporáneos. La destrucción había sido causada por las naciones “más civilizadas”. Una sensación de pesimismo y de que se estaba frente a una crisis de toda la cultura occidental recorrió toda la sociedad. Muchos filósofos e historiadores reflejaron esta perspectiva sombría. Oswald Spengler, en su famoso libro *La decadencia de Occidente*, expuso la teoría de que todas las civilizaciones, como los organismos biológicos, cumplían ciclos cerrados de nacimiento, desarrollo, decadencia y muerte, y sostuvo que el ciclo vital de la civilización occidental se había agotado. El historiador Arnold J. Toynbee también creía que la civilización occidental ya no podía dar una respuesta a los desafíos que se le planteaban, y afirmó que la cultura europea se eclipsaba.

exclusivamente entre las clases dirigentes. Así, en Inglaterra, el *civil service* se nutría de las universidades aristocráticas de Eton, Oxford y Cambridge y de otros elementos de la alta burguesía. Lo mismo ocurría en Francia, donde las personas dedicadas a las tareas de la administración estatal procedían de los medios de los grandes negocios económicos y financieros, con los cuales continuaban manteniendo fuertes vínculos. Debe subrayarse que esos funcionarios (ajenos a cualquier tipo de elección) tenían una



Cuatro grandes de la política, aliados durante la Primera Guerra Mundial. De izquierda a derecha Lloyd George (Inglaterra), Vittorio Emanuele Orlando (Italia), Georges Clemenceau (Francia) y Thomas Woodrow Wilson (Estados Unidos).



La crisis afectó todos los sectores. Vagones de carbón inmovilizados en Cardiff, País de Gales.

influencia considerable en la redacción, interpretación y aplicación de las leyes, con ello adquirirían una buena dosis de poder y cierto nivel de independencia o autonomía. Esta frondosa administración constituyó, por lo regular, una fuente de permanente corrupción.

La crisis del liberalismo en los llamados países democráticos se extendió, además, al terreno económico. Las graves consecuencias de las crisis económicas del período —en especial, la de 1929— contribuyeron a incrementar con rapidez la intervención del Estado en todos los sectores de la economía, acentuándose las prácticas reguladoras de la guerra. Hasta la misma Inglaterra, defensora tradicional de la libertad ilimitada del mercado —*laissez faire*—, tuvo que abandonar definitivamente el librecambismo por aquellos tiempos. La injerencia del Estado se realizaba, siempre y en todas partes, en función de los intereses de los sectores dominantes y propició un incremento constante de la concentración de la producción y los capitales. Entre otras medidas, se protegió a las empresas amenazadas y se aplicaron legislaciones que favorecían la cartelización industrial y bancaria, limitándose en gran medida la

competencia. La creciente vinculación entre el Estado y los monopolios contribuyó, en estos años, al continuo fortalecimiento del capitalismo monopolista de Estado; es decir, al entrelazamiento cada vez mayor de los monopolios con el aparato estatal.

Particularmente a partir de 1929, debido a las consecuencias de la crisis económica, la menguada democracia europea se vio amenazada por el auge que alcanzaba por entonces el fascismo, que se convirtió en una fuerza internacional tras el arribo de Hitler al poder en Alemania. En todos los llamados países democráticos surgieron y se desarrollaron organizaciones fascistas, que contaron con el apoyo de las fuerzas reaccionarias y de importantes círculos de negocios. Algunas de estas agrupaciones acumularon considerable influencia y llegaron a plantearse la conquista del poder, como ocurrió en Francia y en Austria en 1934. En todas partes, la clase obrera fue la fuerza que más decididamente se alzó contra las intenciones fascistas, defendiendo con sus acciones la democracia burguesa, limitada pero preferible al régimen totalitario del fascismo. La actitud de una parte de las clases dominantes, cuyas simpatías hacia el fascismo se hizo evidente, demostró una vez más que estos sectores no dudan en apelar a cualquier procedimiento cuando ven peligrar sus intereses.

A continuación examinamos la situación que presentaron en el período aquellos países donde se conservó, en lo fundamental, la democracia parlamentaria, enfatizando en los casos de Inglaterra y Francia, las dos grandes potencias del occidente europeo, donde las instituciones liberales eran más antiguas y tenían mayor arraigo.

INGLATERRA

Desde finales del siglo XIX, la economía británica comenzó a experimentar un evidente declive. Ello no sólo se debió a la cada vez más fuerte competencia de Alemania, Estados Unidos y Japón y a los progresos en la industrialización de los

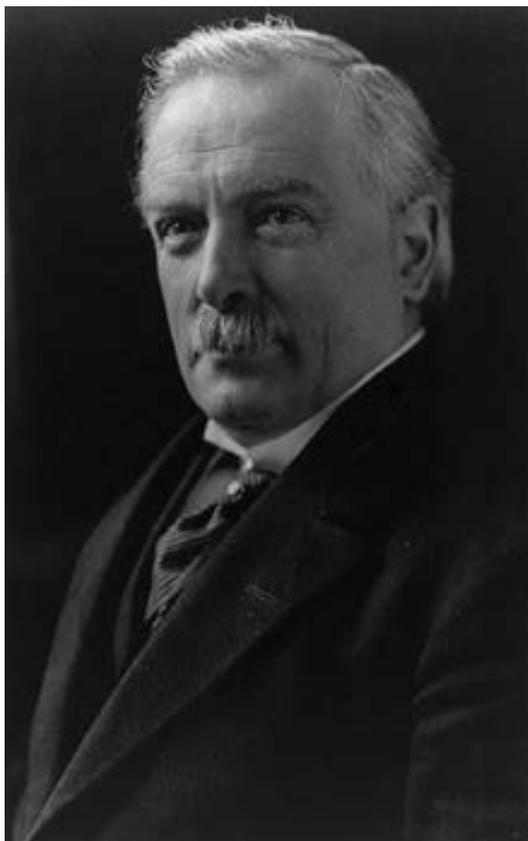
dominios de Australia (1901) y Canadá (1867) y de la India, sino a su creciente atraso tecnológico, motivado por un prolongado monopolio comercial que no estimuló la necesaria renovación del parque industrial. La Gran Guerra y sus

resultados acentuaron este proceso, lo que en pocos años modificó el lugar y el papel de Inglaterra en el contexto internacional.

En teoría, Inglaterra debió salir fortalecida de la guerra, pues recibió extensos territorios coloniales y desapareció la competencia alemana, por lo menos transitoriamente. Pero, en la práctica, terminó la contienda en una situación muy difícil. Además de las pérdidas humanas y materiales —menos cuantiosas que las de Francia pero considerables—, tuvo que prescindir de la mayor parte de sus mercados tradicionales, ocupados por Estados Unidos y Japón. La producción industrial y las exportaciones británicas se redujeron a un 50 % en relación con 1913. Asimismo, terminó el conflicto endeudada con Estados Unidos, que pasó a ser el centro financiero mundial. Por otra parte, la crisis generada por la guerra y por la influencia de la Revolución rusa provocó una profunda y extensa inestabilidad social en la metrópoli y una creciente “inquietud” en las colonias; en particular, en Irlanda, escenario de una sangrienta guerra contra la dominación foránea, así como en Egipto y la India, donde la lucha emancipadora alcanzó proporciones alarmantes.

Sobre Egipto y la India abundaremos más adelante. En cuanto a Irlanda, situada en la misma Europa, debe señalarse que venía luchando tesoneramente por su independencia desde hacía mucho tiempo. El partido que encabezaba la oposición al colonialismo británico se llamaba *Sinn Fein* (en gaélico “nosotros solos”). Ese partido reclamaba la independencia total de toda Irlanda, incluida la zona del Ulster (15 % del territorio), situada al norte de la isla y poblada mayoritariamente por personas de origen británico y de fe protestante. Al terminar la Primera Guerra Mundial, el *Sinn Fein* proclamó la independencia, hecho seguido por una sangrienta lucha, que se prolongó por tres años y en la cual participaron alrededor de 100 000 soldados ingleses.

Lloyd George apeló a promesas y maniobras para dilatar la dominación británica, pero finalmente, en diciembre de



Lloyd George, primer ministro inglés durante una parte de la guerra y los primeros años de posguerra.

1921, tuvo que conceder a los irlandeses el estatuto de dominio dentro de la Commonwealth, aunque Inglaterra mantendría el control de los condados del Ulster, alegando que la población protestante no quería ser gobernada por los celtas católicos, mayoritarios en el conjunto de la isla. Esa partición, contraria a las aspiraciones de los nacionalistas irlandeses, generó un agudo y complejo conflicto que llega hasta nuestros días.

Inglaterra tuvo que enfrentar la tarea de reconvertir su economía a los tiempos de paz en medio de estas difíciles circunstancias, agravadas por la crisis económica de posguerra. A partir de 1921-1922, la situación comenzó a cambiar en forma lenta y trabajosa. El movimiento revolucionario fue sofocado, aunque no resultó suficiente el uso de la fuerza y hubo que hacer algunas concesiones a los trabajadores (jornada de 8 horas, aumentos de salarios y otras). En ello desempeñaron un destacado papel los sindicatos reformistas



Eamon de Valera, presidente de una Irlanda no reconocida por Inglaterra.

(*trade unions*) y el Partido Laborista, que colaboraron con el gobierno y los empresarios a cambio de ciertas ventajas económicas y sindicales, para contribuir con ello a desactivar el movimiento popular. La influencia del pequeño partido comunista, surgido en 1921, era entonces y sería después muy limitada. La lucha en las colonias se neutralizó temporalmente, si bien, en 1919, Afganistán dejó de ser un protectorado, mientras que en 1921, como ya vimos, fue necesario conceder la autonomía a Irlanda y en 1922, la in-



Una de las grandes manifestaciones de posguerra en Inglaterra.

dependencia a Egipto, que, no obstante, seguiría siendo controlado por los británicos durante muchos años.

Así las cosas, entre 1923 y 1924 se inició la recuperación económica de Inglaterra. En los años siguientes, la industria experimentó algunos cambios positivos, con el surgimiento de algunas ramas nuevas: maquinaria, química, aviación. Pero las ramas industriales tradicionales: textil, minera, hullera y metalúrgica, permanecieron estancadas o retrocedieron. En conjunto, se avanzó con lentitud. Hacia 1929, la producción industrial y las exportaciones del país, aunque crecieron, apenas se acercaban a los índices de preguerra. Mientras tanto, la agricultura atravesaba una aguda crisis y estaba muy lejos de los niveles de 1913. Sin embargo, la renta nacional aumentó de manera notable con los ingresos por las inversiones extranjeras y los provenientes de la explotación colonial, cuyos recursos se movilizaban cada día con más intensidad.

En estos años se redujo un poco el desempleo (en 1929 había aún un millón de parados) y mejoraron las condiciones laborales de ciertos sectores; en particular, en las nuevas ramas industriales. Pero el período no estuvo exento de luchas sociales. Para aumentar la capacidad exportadora del país fue necesario bajar los precios de los productos y esto se logró no mediante la renovación tecnológica y el consiguiente aumento de la productividad, sino reduciendo los salarios en varios sectores, lo cual provocó el choque con los trabajadores. En mayo de 1926 ocurrió una huelga general sin precedentes en la historia inglesa. Fue acatada por más de 4 millones de obreros y paralizó totalmente el país. Mas, poco después de iniciada la huelga, las *trade unions* dieron marcha atrás y cedieron ante las presiones del gobierno, traicionando el movimiento. Sólo los mineros continuaron el paro durante 8 meses y a la postre tuvieron que aceptar también las condiciones de los patronos. Después de esta huelga, se produjo una ofensiva



gubernamental y patronal que limitó, en gran medida, las ventajas conquistadas por los trabajadores con anterioridad, así como sus derechos y los de los sindicatos, se llegó, incluso, a prohibir las huelgas.

Desde el punto de vista político, la década del 20 estuvo liderada por la coalición de conservadores y liberales, hasta 1923, y por los conservadores en solitario, desde 1924 hasta 1929. Sólo durante unos meses de 1924 hubo un paréntesis con el gabinete laborista de Ramsay Mac Donald. El Partido Laborista, de filiación socialdemócrata, ganó considerable influencia en la posguerra. En las condiciones de Inglaterra, donde el movimiento obrero tenía una larga tradición reformista, el laborismo sacó provecho del descontento generado por la guerra. En las elecciones parlamentarias de 1923, ninguno de los tres partidos (Conservador 258 puestos, Laborista 191, Liberal 158) obtuvo mayoría absoluta y se encomendó a los laboristas formar gobierno en alianza con el Partido Liberal. Los laboristas se diferenciaban muy poco de liberales y conservadores, pero, para no perder su influencia entre los trabajadores, se negaron a propiciar la estabilización económica mediante medidas antiobreras y represivas, como exigían las clases dominantes, y se vieron obligados a dimitir. En las siguientes elecciones ganaron los conservadores, seguidos por el laborismo y los liberales desaparecieron prácticamente del escenario político. Desde entonces, se configuró el bipartidismo que ha caracterizado la política inglesa en la contemporaneidad.

La conservación y fortalecimiento del imperio colonial devino una tarea prioritaria de los gobiernos ingleses durante los años 20. Con ese objetivo, en la conferencia imperial de Londres, en 1926, se sentaron las bases de un nuevo sistema que normó jurídicamente los vínculos de la metrópoli con sus dominios (Canadá, 1867; Australia, 1901; Unión Sudafricana, 1910; Irlanda, 1921, y Nueva Zelanda, 1931), así como con sus colonias, mandatos y protectorados. Este sistema quedó

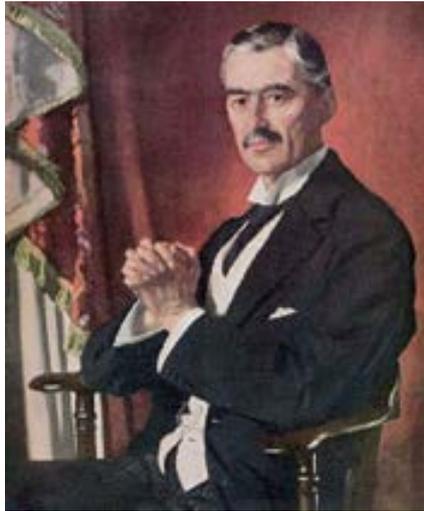


Fuerte represión contra huelguistas en 1926.

definitivamente establecido con el Estatuto de Westminster, en 1931. En la práctica, más allá de las palabras acerca de una comunidad británica de naciones, sólo los dominios tenían una autonomía real, mientras el resto de los territorios eran administrados por el Ministerio de Colonias en función de los intereses de la metrópoli. En cuanto a Europa, esos gobiernos se esforzaron por mantener el equilibrio, lo que supuso sostener relaciones amistosas con la Italia de Mussolini y propiciar el resurgimiento de la vencida Alemania. Con ello se pretendía evitar la hegemonía francesa en el continente, al mismo tiempo que se trataba de contener la influencia del bolchevismo hacia Occidente. La posición británica la apoyó Estados Unidos—sobre todo, en lo tocante a Alemania—, debido al interés norteamericano de aumentar su presencia económica en la re-



Mac Donald durante un mitin laborista en 1924.



Neville Chamberlain, primer ministro de 1936 a 1940 y artífice de la política de Hitler de apaciguar mediante concesiones.

gión a través de ese país, así como para ordenar el problema de las reparaciones, al cual los europeos vinculaban el pago de su deuda.

Los efectos de la crisis económica mundial de 1929 llegaron a Inglaterra a fines de ese mismo año. Éstos resultaron allí menos devastadores que en Estados Unidos o Alemania, pues la crisis no estuvo precedida por un aumento serio de la producción como en aquellos países. No obstante, ocasionaron graves consecuencias. Entre 1929 y 1933, la producción industrial se redujo alrededor de un 20 % y las exportaciones descendieron en un 50 %. Se depreciaron de manera relevante las inversiones en el extranjero y hubo que liquidar algunas. El desempleo totalizó 3 millones en los momentos más críticos. La libra esterlina perdió un tercio de su valor y el país tuvo que renunciar al patrón oro. De nuevo, la intranquilidad social estremeció a Inglaterra y se extendió a sus colonias.

La situación se tornó tan grave que algunos empresarios y publicistas conservadores apoyaron transitoriamente a la Unión Británica de Fascistas, creada en 1931 por Oswald Mosley, antiguo político laborista y ferviente admirador del régimen de Mussolini. En verdad, las prédicas totalitarias de Mosley no prosperaron y

su partido no pasó de ser un grupo de extremistas exaltados, integrado en lo fundamental por jóvenes desempleados, lo que condujo a que la agrupación fuera disuelta hacia mediados de la década, pero su existencia y el respaldo que encontró en ciertos círculos demuestran el temor que la crisis despertó en una parte de los sectores dominantes de Inglaterra.

En sus inicios, la crisis fue enfrentada por el Partido Laborista, el cual subió al poder en junio de 1929. Pero en 1931, ante la gravedad de la situación, se creó un gobierno de Unión Nacional con presencia de ambos partidos, al que siguió, desde 1935, un período de gabinetes conservadores que se extendió hasta inicios de la guerra; primero bajo la conducción de Stanley Baldwin y luego de Neville Chamberlain, este último acérrimo partidario de la política de concesiones al fascismo, con el pretexto de evitar un nuevo conflicto. Para remontar la crisis se redujeron los salarios y los subsidios a los parados, lo que junto al aumento de los impuestos agravó la situación de los trabajadores. Al mismo tiempo, se abandonó el liberalismo económico. El Estado intervino activamente en la economía, aplicando variadas regulaciones (fijación de precios, establecimiento de cuotas de producción, etc.) en diversas esferas y severas medidas proteccionistas. Entre estas medidas se destaca la celebración de la Conferencia Imperial de Ottawa, en 1932, en la cual se impuso un sistema arancelario dirigido a favorecer el comercio entre Inglaterra y su imperio, que excluía prácticamente a los competidores, lo que representó una mayor movilización de los recursos coloniales en beneficio de la metrópoli.

La débil actitud de las *trade unions* y del Partido Laborista durante aquel período —renunciaron a la defensa de los intereses de la clase obrera y en esencia redujeron su actividad a un llamado a la clase obrera a apretarse los cinturones para soportar los rigores de la crisis— contribuyó a que un considerable número de trabajadores, como ocurrió tras la fracasada huelga de



1926, abandonaron los sindicatos y retiraron su apoyo al laborismo. El descontento con los laboristas estaba relacionado también con su pasividad ante la política oficial de contemporización en relación con la Alemania hitleriana y sus aliados.

La política del Estado durante la crisis contribuyó a desarrollar y fortalecer los monopolios industriales y financieros. Por ejemplo, la British Iron and Steel Federation llegó a controlar dos tercios del mercado del hierro y el acero. Algo similar sucedió con otros trusts como la Imperial Chemical Industries, Unilever, el Imperial Tobacco Co., así como con los que controlaban la industria automotriz. Estos grandes monopolios, que absorbieron una buena parte de los pequeños y medianos productores, regulaban la producción y fijaban los precios, lo que suprimía de hecho la competencia o libre concurrencia, característica fundamental del liberalismo económico clásico.

Las medidas gubernamentales para combatir la crisis surtieron ciertos efectos positivos, pero no pudieron sentar las bases para un crecimiento sostenido de la economía. A la crisis siguió una depresión y luego una nueva crisis, la de 1937-1938, que pudo superarse parcialmente gracias a la producción de armamentos. De tal manera, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, la economía inglesa no se había restablecido. La industria experimentó algunos progresos con la aparición de

nuevas ramas, pero, en su conjunto, la producción del sector no alcanzó el nivel de 1913. La participación de Inglaterra en la producción industrial del mundo descendió de un 12 % en 1913 a un 9 % en 1939. La actividad comercial registró algunos avances, se recuperaron algunos mercados y aumentó el volumen de las exportaciones, pero tampoco se alcanzaron los índices de preguerra y la participación inglesa en el comercio mundial disminuyó notablemente.

Sin lugar a dudas, Inglaterra atravesó una difícil situación en los 20 años de entreguerras. Algunos de sus problemas parecían endémicos. El desempleo, por ejemplo, no pudo eliminarse o reducirse a cifras aceptables en ningún momento. En el período nunca hubo menos de un millón de parados. Con todo, el imperialismo británico demostró ser aún lo suficientemente fuerte como para remontar las consecuencias de la guerra y las crisis subsiguientes, sin tener que apelar a métodos extraordinarios de dominación, como ocurrió en los casos de Alemania e Italia. En ello influyó de manera considerable el hecho de que en Inglaterra estaban profundamente arraigadas las tradiciones democrático-parlamentarias y que el movimiento obrero estaba dominado por el reformismo y no sólo no representaba una amenaza para el capitalismo, sino que colaboraba con él. A ello hay que adicionar la posesión de un inmenso y rico imperio colonial.

FRANCIA

Con el fin de la guerra llegó la hora de contabilizar las pérdidas en la nación solar de las grandes batallas. Francia resultó, sin dudas, el país más afectado entre todos los beligerantes. El capítulo más dramático fue el de las bajas humanas: 1 300 000 muertos o desaparecidos y una cifra similar de heridos, muchos de ellos con incapacidad permanente. Las pérdidas materiales fueron de colosal magnitud; sobre todo, en las regiones ocupadas por



Huelguistas en París.



Primera línea de montaje francesa en la planta Citroën.

los alemanes, que quedaron virtualmente arrasadas. Como Inglaterra, Francia perdió una buena parte de sus mercados en el exterior y la mayoría de las inversiones extranjeras, al tiempo que quedó sumamente endeudada con Estados Unidos.

Al anterior panorama hay que añadir la inestabilidad que vivió el país hasta 1921. Como ocurrió en otros muchos países, al terminar la guerra, Francia fue estremecida por profundas convulsiones sociales, generadas por las consecuencias del conflicto y por la influencia de la Revolución de Octubre. Allí sucedió una masiva cadena de huelgas, que no sólo enarbolaron reivindicaciones económicas y gremiales, sino también de carácter político (la retirada de las tropas francesas de la Rusia soviética, entre otras) y se asistió a una progresiva radicalización del creciente movimiento obrero, lo que condujo a la creación de nuevos sindicatos opuestos a los reformistas y al surgimiento del Partido Comunista, hacia fines de 1920, como resultado de la escisión en las filas socialistas.

En este difícil contexto, los representantes de la burguesía lograron, sin embargo, reagrupar sus fuerzas y crearon el llamado Bloque Nacional, que triunfó en las elecciones de 1919 y gobernó hasta 1924. El conservador gobierno del bloque reprimió con dureza a los trabajadores, pero sólo pudo vencerlos con la ayuda de la reformista Confederación General del Trabajo, que como el Partido Socialista había renunciado a la lucha revolucionaria. No obstante, los obreros obtuvieron algunos aumentos de salarios, el reconocimiento

de la jornada de 8 horas, la posibilidad de firmar acuerdos colectivos con la patronal, entre otras ventajas. En estas circunstancias, hacia fines de 1921 y principios de 1922, el país comenzó a salir de la crisis de posguerra e inició la tarea de la recuperación económica.

El proceso de recuperación de la economía francesa empezó tempranamente y estuvo muy vinculado a la favorable coyuntura propiciada por el Tratado de Versalles. De acuerdo con los términos de éste, además de ensanchar su imperio colonial con una parte de las posesiones alemanas en África (porciones de Togo y Camerún) y los mandatos de Siria y Líbano, Francia recuperó los ricos e industrializados territorios de Alsacia y Lorena, obtuvo el derecho (hasta 1936) de explotar la cuenca hullera del Sarre y recibió una indemnización (hasta 1930) de más de 8 000 millones de marcos oro, la mayor parte pagada con materias primas. Todo ello permitió un acelerado crecimiento de la economía, que hacia 1929 había sobrepasado con creces los índices de preguerra.

Entre 1923 y 1929 se desarrolló rápidamente la industria pesada, que dispuso de una abundante base energética y de materias primas suministradas por el Estado a bajo costo, lo cual aumentó la capacidad de competencia de sus producciones. Surgieron nuevas ramas industriales: automovilística, aeronáutica, electrotécnica, química y petrolera, entre otras. La industrialización acentuó el proceso de concentración de la producción y del capital, dando origen a gigantescos consorcios industriales y bancarios. A fines de los años 20, tres grandes empresas: Renault, Peugeot y Citroën controlaban todo el sector automotor, mientras que el trust Kuhlman monopolizaba el 80 % de la industria química, por sólo citar algunos ejemplos.

Un factor estimulante del auge industrial fueron las obras de restauración en las zonas que ocuparon los alemanes, en el norte y el noreste de Francia. Fue necesario construir miles de fábricas y reconstruir las que existían, en ambos casos



con la tecnología más moderna. Se edificaron viviendas, puentes, carreteras, vías férreas, puertos, edificios públicos, centrales eléctricas, etc. Todo ello demandó gran cantidad de materiales de construcción, maquinarias, herramientas y diferentes tipos de insumos, lo cual reactivó diversas ramas. De tal modo, la restauración de las regiones devastadas ensanchó la capacidad del mercado interno y contribuyó a la renovación tecnológica del país.

Durante el período del auge industrial se acrecentó el papel de las colonias como suministradoras de materias primas y alimentos, y como mercado para los productos terminados de la metrópoli. Las exportaciones hacia las colonias se incrementaron en más de un 25 % en la década del 20. El intercambio con ellas, en 1929, representaba el 37 % del comercio exterior francés. También el imperio colonial se constituyó en un creciente mercado para las inversiones de capital, a diferencia de lo que ocurría con anterioridad. Estas inversiones estaban dirigidas, en lo fundamental, a mejorar las condiciones para una mayor explotación de los recursos coloniales mediante la creación de ciertas obras de infraestructura imprescindibles.

La economía de Francia avanzó de manera acelerada durante los años posteriores a la guerra, pero su desarrollo resultó desigual. El auge se observó principalmente en la industria pesada, mientras que la industria ligera permanecía estancada. Asimismo, la industrialización no fue acompañada por el correspondiente desarrollo de la agricultura. Francia continuaba siendo un país de agricultura parcelaria, lo que dificultaba el empleo de la técnica moderna y contribuía a mantener altos costos de producción y a reducir la capacidad de competencia en los mercados extranjeros.

Por otra parte, el proceso de recuperación de la economía no benefició de manera notable a los trabajadores. Ciertamente disminuyó en gran medida el desempleo, pero también se redujeron los salarios. Al mismo tiempo, los recursos

empleados por el Estado para financiar una parte de las obras de reconstrucción y para los subsidios a los monopolios, se recaudaban, ante todo, a través del sistema tributario, a expensas de los obreros, campesinos y pequeños propietarios. En 10 años, los impuestos se incrementaron en casi un 100 %. Además, el país vivía una fuerte inflación que hacía crecer el costo de la vida. Estas circunstancias determinaron que el período de auge no estuviera exento de luchas sociales, si bien éstas transcurrieron bajo el predominio de los reformistas, cuyas posiciones en el movimiento obrero se vieron considerablemente fortalecidas. Por esta época, el Partido Comunista enfrentaba una aguda lucha interna entre extremistas de izquierda y derecha y mantenía una actitud sectaria en relación con otras fuerzas, lo que le restó posibilidades en los planos político y sindical. En 1921, recién creado el partido, los comunistas totalizaban algo más de 120 000 efectivos, pero cinco años después esta cifra se había reducido a menos de 40 000.

Desde el punto de vista político, los gobiernos del Bloque Nacional, que aplicaron mano dura en el orden interno y extrema severidad en el trato a Alemania —argumentando que resultaba la mejor manera de garantizar la seguridad del país—, fue-



La maquinaria descompuesta, obra de Jean Aujume (1931).



ron seguidos por una coalición reformista moderada de radicales y socialistas (1924-1926). La coalición suavizó la política francesa hacia los alemanes a cambio del apoyo británico para repeler una posible agresión, lo cual contribuyó a distender el clima internacional. Pero fracasó en el empeño por detener la inflación y fortalecer el franco, según las exigencias de la gran burguesía, y tuvo que ceder su lugar a los conservadores. Éstos se mantuvieron en el poder hasta 1929 y enfrentaron la solución de los problemas económicos y financieros, sacrificando al máximo los intereses populares.

La crisis económica mundial llegó a Francia algo más tarde, hacia 1930, pero sus efectos fueron muy fuertes y se prolongaron hasta 1934. La crisis afectó a todos los sectores de la economía. En su conjunto, la producción y el comercio exterior se contrajeron a los niveles anteriores a la guerra, incluso un poco más en 1932, el año más difícil. El país perdió la mayor parte de sus inversiones en el extranjero, debido a la quiebra de los deudores. Al mismo tiempo, se dejaron de recibir los pagos de Alemania por reparaciones de guerra. La contracción económica provocó el crecimiento vertiginoso del desempleo y la ruina masiva de los pequeños negocios. En estas circunstancias, se fortaleció con rapidez el movimiento de protestas y Francia fue sacudida nuevamente por agudas luchas sociales.

Para tratar de remontar la crisis, los gobiernos que se sucedieron en el poder hasta 1935 —como resultado de varias combinaciones políticas— aplicaron drásticas medidas. Se redujeron los salarios a niveles de subsistencia y prácticamente se eliminaron los subsidios a los parados y otras ventajas conquistadas por la clase obrera con anterioridad. El Estado reforzó su intervención en la economía, con la adopción de políticas proteccionistas y otras regulaciones, para ayudar a las grandes empresas industriales y bancarias. Por ejemplo, con la ayuda financiera del gobierno se salvó de la ruina el Banco

de Alsacia-Lorena y el Banco Nacional del Crédito y se propició la recuperación de la Compañía General Trasatlántica y de la Compañía Aeropostal. El Estado francés apeló también a una mayor movilización de los recursos coloniales. En este período, el precio de las materias primas y otros productos de las colonias se redujo en un 70 %, mientras las mercancías exportadas a ellas mantuvieron o aumentaron sus precios. Pero estas y otras medidas no arrojaron los resultados esperados, por lo que fueron agudizándose de manera progresiva los antagonismos políticos y sociales, al mismo tiempo que se fortaleció el sentimiento anticolonial; sobre todo, en la zona del Magreb y en los mandatos de Siria y Líbano.

En este complejo contexto, alzó su cabeza el fascismo. Entre las organizaciones fascistas o cercanas al fascismo que entonces surgieron o se fortalecieron, se distinguió Cruces de Fuego, dirigida por el coronel La Rocque y apoyada por algunos grandes monopolios, la oficialidad reaccionaria del ejército y una parte del clero católico. El 6 de febrero de 1934, las violentas milicias de La Rocque intentaron un golpe de fuerza en la capital, pero esta acción desencadenó la respuesta unánime de los trabajadores y de otros elementos democráticos. En la movilización antifascista desempeñó un destacado papel el Partido Comunista, que se había desprendido ya de las posiciones sectarias y dogmáticas de izquierda y derecha, y estaba en el camino de convertirse en el gran partido de masas que sería más tarde.

Los comunistas franceses habían comprendido que la tarea del momento era detener el fascismo y por eso llamaron a la más amplia unidad para salvar la democracia. La victoria sobre la intentona ultraderechista sirvió de punto de partida para la formación de un Frente Popular, al cual se integraron comunistas, socialistas y radicales de izquierda, sobre la base de un programa de transformaciones políticas, económicas y sociales de carácter democrático general. La expe-



Huelga obrera en París, en 1935.

riencia francesa se tomó en cuenta por la Internacional Comunista, la que en su VII Congreso, celebrado en julio de 1935, adoptó la línea de trabajar por la unidad de los trabajadores y de todas las fuerzas interesadas en la lucha contra el fascismo y la guerra, como paso obligado para alcanzar después objetivos superiores. La nueva orientación de los comunistas estaba en correspondencia con la política practicada entonces por la URSS.

El Frente Popular francés, como el de España, llegó al poder por la vía electoral. Pero el gobierno del Frente Popular (1936-1937), presidido por el líder socialista León Blum, cedió ante las presiones de la burguesía y no aplicó todo el programa acordado, cuyas medidas no representaban un peligro para el capitalismo, si bien satisfacían importantes demandas de los trabajadores y otros sectores. Ello, unido a la traición cometida por Blum contra la causa de la República española, al adoptar la postura de “no intervención” en el conflicto, con el pretexto de la posibilidad de una guerra civil en el país, condujo a la ruptura entre comunistas y socialistas y, de hecho, al fracaso del gobierno popular, pues el Partido Radical, principal expo-

nente de las clases medias, le retiró el apoyo a Blum. A partir de ese momento, el poder quedó en manos de los radicales, los cuales se apresuraron a abandonar la política reformista y se aliaron con la derecha. Ello condujo, en el plano interno, a un acercamiento con la patronal y, en el orden externo, a un mayor compromiso con la política inglesa de “apaciguar” a Hitler mediante las concesiones, lo cual resultaría funesto para los intereses de la nación, que no fue preparada adecuadamente para enfrentar y resistir la agresión germana. Sin embargo, la política del Frente Popular demostró ser correcta, pues detuvo el avance del fascismo en Francia, donde existía un amplio soporte a los planteamientos nacionalistas, xenófobos y antiparlamentarios, y sentó un precedente que sería de gran utilidad para organizar la lucha antifascista durante el período de la guerra.

Para presionar al gobierno del Frente Popular, la gran burguesía había organizado la fuga de capitales. Durante 1936, miles de millones de francos fueron a parar al extranjero; en particular, a los bancos suizos. La fuga masiva de capitales y una nueva crisis económica, en 1937-



Una barricada durante los disturbios de 1934.

1938, afectaron sensiblemente el proceso de recuperación, iniciado a principios de 1935. De tal manera, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, la economía de Francia se encontraba apenas al nivel de 1913. Se habían logrado progresos en la industrialización del país, al modificarse su estructura económica, pero el equipamiento técnico de la industria envejecía. En esa cuestión, Francia marchaba a la zaga de Estados Unidos, Alemania e Inglaterra. Los males de la agricultura se habían hecho crónicos y demandaban profundas transformaciones. La participación francesa en la producción industrial del mundo disminuyó de un 7 % a un 4 %, entre 1913 y 1939. En ese mismo período, la participación en el comercio mundial descendió de un 8 % a un 5 %.

Como puede apreciarse con lo expresado, durante los 20 años de entreguerras, el imperialismo francés, como el inglés, conservó la suficiente capacidad de maniobra para remontar las negativas consecuencias de la guerra y de las crisis subsiguientes, sin renunciar al régimen democrático-parlamentario. A ello contribuyeron varios factores, entre los cuales pueden destacarse el arraigo de las tradiciones democrático-liberales y la fuerza que aún conservaba el país debido, sobre todo, a la existencia de un gran imperio colonial. Mas, como ocurrió en Inglaterra, el liberalismo francés se vio considerablemente limitado en las

esferas política y económica. Asimismo, durante aquel período, Francia no pudo resolver problemas de fondo y su peso y papel a escala internacional se redujeron de manera notable.

En otros países europeos, donde la democracia liberal sobrevivió sin grandes alteraciones, la situación, en forma sucinta, fue la siguiente. Las monarquías constitucionales de Suecia, Dinamarca y Noruega, situadas en la zona nórdica del llamado Viejo Continente, no participaron en la guerra y sintieron en menor medida sus consecuencias y las de las crisis económicas que siguieron al conflicto, lo que permitió la aplicación de la jornada de 8 horas y de un amplio programa de seguridad social; sobre todo, antes de 1929. Ello contribuyó a la existencia allí de una estabilidad política y social envidiable para el resto de Europa. En Suecia y Dinamarca, la socialdemocracia participó en el gobierno desde 1920 y 1924, respectivamente; mientras en Noruega predominaron fuerzas más o menos conservadoras hasta 1935, cuando los socialistas lograron llegar al gobierno. Con todo, en estos países aparecieron agrupaciones de extrema derecha o abiertamente fascistas, como fue el caso del partido de Vidkun Quisling en Noruega, el cual desempeñaría un papel protagónico a partir de 1940, tras la ocupación alemana.

Finlandia, el nuevo país surgido en la región nórdica en la coyuntura de la guerra, se ha considerado por algunos historiadores como una de las democracias parlamentarias del período. Sin embargo, esta apreciación resulta muy discutible.



Léon Blum, líder socialista, en un mitin del Frente Popular.



Cierto es que allí existió la institución parlamentaria, pero en la práctica el poder real estuvo todo el tiempo concentrado en la figura del militar y político Carlos Gustavo Mannerheim. Después que Finlandia se separó de Rusia, tras el triunfo de la Revolución de Octubre, Mannerheim encabezó las fuerzas conservadoras y con la ayuda de las tropas alemanas sofocó el intento de establecer el poder soviético en el país, a inicios de 1918. Desde entonces y hasta la Segunda Guerra Mundial, su fuerte personalidad decidió los destinos de la joven y relativamente atrasada república, que, como veremos más adelante, terminó aliada con Hitler.

Suiza, con la conservación de su tradicional federalismo republicano, se benefició de su neutralidad permanente y de su condición de centro financiero, así como de su potencial turístico, logrando también una notable estabilidad. Holanda no participó en la guerra, pero su economía fue muy dañada por sus efectos (en particular, por el bloqueo continental), así como por la crisis de posguerra y la de 1929. Estas mismas circunstancias también afectaron a Bélgica, que además sufrió la ocupación alemana durante toda la contienda. A pesar de recibir una compensación y los mandatos africanos de Ruanda y Burundi, Bélgica atravesó una difícil situación en el período. No obstante, tanto Bélgica como Holanda lograron mantener el sistema democrático-parlamentario, enmarcado en sus respectivas monarquías constitucionales, aunque con un claro predominio de las fuerzas conservadoras en sus gobiernos de coalición. En los dos casos surgieron pequeños partidos fascistas o fuertemente influidos por esa ideología, destacándose su influencia en la zona belga de Flandes, lo que no estuvo ajeno a la secular disputa entre flamencos y valones, los dos grupos étnicos del país. En todos los países democráticos mencionados, el liberalismo económico se vio considerablemente limitado; sobre todo, a partir de la crisis de 1929, la cual condujo a una mayor intervención de los Estados en la vida económica.

Programa del Frente Popular

(Resumen)

En materia económica y social:

- Salario mínimo.
- Reglamentación del horario de trabajo.
- Reforma de los seguros sociales.
- Protección de la infancia.
- Protección de la pequeña propiedad rural.
- Medidas contra los excesos del capitalismo.

En materia política:

- Poderes de derecho de mensaje y de disolución para el presidente de la república.
- Primer ministro designado por el presidente de la república.
- Representación proporcional.
- Reducción del número de diputados.
- Sanciones contra partidos, grupos y diarios que hagan campaña contra “el deber militar, el deber cívico, la lealtad al país y sus instituciones”.

“Manifiesto para las elecciones del 26 de abril”, en E. Díaz: *Breve historia de Europa contemporánea*.

En cuanto a Europa central y oriental, las experiencias democráticas de Austria y Alemania resultaron efímeras y sumamente precarias. Hasta el intento de golpe fascista de 1934, prelude de la anexión del país por los alemanes, Austria atravesó por una situación de inestabilidad política y social debido a sus dificultades económicas y a la pugna entre socialistas y conservadores demócrata-cristianos, que en ocasiones causó sangrientos conflictos, como el que tuvo lugar en Viena, en 1927, que provocó más de 100 muertos. Los socialistas dominaban en la capital, mientras los demócrata-cristianos eran fuertes en el campo. El asunto de la unión con Alemania, prohibida por los tratados de paz y rechazada por Italia, contribuía a profundizar el clima de inestabilidad debido a la división de la población al respecto. En cuanto a Alemania, la precariedad de la democracia fue un hecho válido; incluso, para la mejor etapa de la república de Weimar, entre 1924 y 1928,



Paul von Hindenburg (1847-1934), presidente de la República de Weimar.

período caracterizado por el florecimiento económico. En rigor, el régimen de Weimar fue siempre cuestionado por varias fuerzas políticas y amplios sectores de la población, y estuvo regido por el conservadurismo y por el rechazo a cualquier avance democrático; en especial, a partir de 1925, bajo la presidencia del viejo y reaccionario mariscal Hindenburg.



El general Carmona, protagonista del golpe de 1926, seguido por Salazar, fundador del régimen fascista en 1932.

Otra resultó la situación de Checoslovaquia, donde se mantuvo, entre 1918-1938, la democracia parlamentaria al estilo occidental, a pesar de los problemas derivados de la artificial unión entre checos y eslovacos y de la existencia de varias minorías nacionales (alemanes, rutenios y húngaros), que no se conformaban con su destino. La democracia checoslovaca se basó en el juego electoral de los partidos de la derecha tradicional y del centro; en lo fundamental, de la parte checa de la república, la más avanzada económicamente. En la práctica se excluían los partidos eslovacos, así como los comunistas, con una creciente presencia en todo el país. Allí también existió un partido fascista, aunque pequeño y de poca significación política.

En los demás países de la región centro-oriental (atrasados económicamente), la violencia política, en sus más diversas formas (golpes de Estado, represión sistemática, persecución de las minorías, etc.), constituyó una especie de rasgo permanente, predominando en ellos las dictaduras civiles y militares, declaradamente fascistas o cercanas al fascismo, ya bajo la forma de repúblicas o de monarquías, como las de Rumania, Bulgaria, Yugoslavia, Albania y Grecia. Algo similar ocurrió en una parte de Europa occidental, en los casos de España y Portugal. De España hablaremos en extenso más adelante. En cuanto a Portugal (entonces, un país pobre y dependiente de Inglaterra, no obstante su condición de potencia colonial), el derrocamiento de la podrida monarquía de los Braganza, como resultado de la Revolución de Octubre de 1910, fue seguido por un muy débil e inestable régimen republicano (en 15 años se sucedieron ocho presidentes y 40 gobiernos), liquidado por el golpe de Estado militar de 1926. Este golpe allanó el camino para el establecimiento de la dictadura del llamado Estado Novo, inspirado en el clericalismo y en las ideas totalitarias del fascismo. El nuevo régimen fue fundado y encabezado durante casi 40 años por el ex profesor universitario Antonio de Oliveira Salazar, confeso simpatizante de Benito Mussolini.

El fascismo



Como hemos visto con anterioridad, en los 20 años que transcurrieron entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial ocurrió un retroceso, cada vez mayor, de los valores y las instituciones del liberalismo europeo, que parecían haberse consolidado durante el siglo XIX. Sólo en unos pocos países de Europa funcionaron las instituciones políticas democráticas liberales durante todo el período de entreguerras, de forma más o menos continua. Ésta fue también la tendencia en otras regiones del mundo “avanzado”; o sea, las áreas no colonizadas, que entonces sólo representaban la tercera parte de la humanidad.

El retroceso del liberalismo constituyó, en gran medida, obra de la derecha nucleada alrededor del fascismo, que surgió como movimiento político debido a la inestabilidad política y social generada por la Primera Guerra Mundial y por la influencia de la Revolución de Octubre, y se convirtió en una importante fuerza política a escala europea y, quizás, internacional con la crisis económica mundial de 1929, cuyas severas consecuencias sobrepasaron las posibilidades de muchos gobiernos democrático-parlamentarios. El fascismo tuvo su expresión más acabada en Italia y Alemania, pero en este período existieron regímenes civiles y militares profascistas o influidos por el fascismo en diversos países de Europa

(España, Portugal, Austria, Polonia, Hungría, Rumania, Bulgaria, entre otros) y fuera de ella, como en el caso de Japón. Como movimiento político, el fascismo estuvo presente, incluso, en Inglaterra y Francia y conquistó seguidores en Estados Unidos y América Latina. Con el inicio de la Segunda Guerra Mundial y la ocupación de vastos territorios por Alemania y sus aliados, muchos de estos movimientos alcanzaron cierto poder en Francia, Bélgica, Noruega, Eslovaquia, Croacia y Serbia, entre otros países y regiones.

Las doctrinas fascistas se nutrieron de las ideas de políticos y pensadores reaccionarios, como el italiano Gabriele D’Annunzio y los franceses Georges Sorel, Maurice Barrés, Charles Maurras y el conde Joseph de Gobineau, que se oponían a los valores del liberalismo, preconizados por la Ilustración y la Revolución francesa. El fascismo contraponía la dictadura totalitaria al régimen democrático-liberal. Los ideales revolucionarios de “libertad, igualdad y fraternidad” se sustituyeron por los fascistas con la exhortación a “creer, obedecer, combatir”. Veneraban la heroica voluntad del gran líder, la fuerza vital del Estado, la mística de los uniformes y las formaciones paramilitares, y la utilización de la violencia para obtener y consolidar el poder político. La filosofía del alemán Friedrich Nietzsche, manipulada por los



Los fascistas veneraban la heroica voluntad del gran líder, la fuerza vital del Estado. Manifestación por el *Führer* en 1939.

teóricos fascistas, facilitó ideas y consignas sobre el “triunfo de la voluntad” y el papel del “líder o superhombre”. El fascismo recurrió al cristianismo como fuerza conservadora. En Italia, por ejemplo, se propugnó un catolicismo pragmático, teniendo en cuenta el papel de la religión como realidad histórica y como factor político. Los fascistas extendieron el darwinismo al plano social para fundamentar sus tesis sobre la lucha competitiva entre los hombres y entre los Estados y sobre la obligación evolutiva que tiene el fuerte de aplastar al débil; ideas que utilizaron para fundamentar sus teorías racistas y sus planes de expansión territorial. El fascismo acudió al nacionalismo extremo, recurso que les permitió —sobre todo, en los casos de Alemania e Italia— atraerse las simpatías de importantes sectores de la población, debido a la humillación sufrida en la guerra o la insatisfacción por una victoria incompleta.

A diferencia de los movimientos conservadores tradicionales, el fascismo se esforzó por conquistar las masas, desde abajo. Fueron una especie de revolucionarios de la contrarrevolución. Exploando los sentimientos nacionalistas de la población y utilizando ampliamente la demagogia social, entre otros métodos, el fascismo logró estructurar un fuerte movimiento de masas; en particular, en Alemania y también en Italia, aunque allí en menor medida. Su base social estuvo integrada, en lo fundamental, por los grandes empresarios y terratenientes que temían a la revolución social; la llamada clase media (pequeña burguesía), arruinada por la guerra y las crisis subsiguientes y con igual temor a una explosión revolucionaria; una parte de los militares licenciados que no conseguían adaptarse a la vida civil —en especial, la oficialidad reaccionaria—, así como elementos desclasados y aventureros, provenientes, sobre todo, de la juventud desempleada.

El fascismo representó una tragedia no sólo para aquellos países que lo padecieron, sino para toda la humanidad. En primer lugar, porque desencadenó una guerra devastadora. También en el plano ideológico, porque sedujo a muchas personas; en particular, a una parte considerable de la juventud, hipnotizada con sus estandartes y sus canciones guerreras. Por eso y porque el suicidio de Adolfo Hitler, el 30 de abril de 1945, no significó el entierro de sus ideas, su estudio no sólo es conveniente, como el de cualquier tema histórico, sino imprescindible.

EL FASCISMO ITALIANO

Italia terminó la Primera Guerra Mundial en el campo de los vencedores, pero su situación era similar a la de los vencidos. El país sufrió grandes pérdidas humanas y materiales, y quedó endeudado con Inglaterra y Estados Unidos. Italia no obtuvo todos los territorios que la Entente le había prometido para que cambiara de bando y

se sumara a la guerra (Tratado de Londres de 1915), lo que propició un sentimiento de insatisfacción bastante generalizado. Por otra parte, la adaptación de su economía a los tiempos de paz se vio entorpecida por los efectos de la crisis económica de posguerra. El cierre de fábricas, la ruina de los pequeños negocios y la depresión



de la agricultura, generaron el desempleo masivo y el hambre. Ello condujo a grandes huelgas y a la ocupación de las industrias por los obreros y de las tierras por los campesinos, todo lo cual originó una profunda desestabilización del país y la crisis progresiva de un régimen democrático de débil tradición, encuadrado en la monarquía liberal del rey Víctor Manuel III.

Frente a esta situación, los sectores más poderosos de la burguesía industrial y los terratenientes sintieron sus intereses amenazados. También había preocupación entre las llamadas clases medias: profesionales, empleados públicos, pequeños y medianos propietarios. Sus ingresos disminuían o se arruinaban, al tiempo que los obreros conseguían reivindicaciones salariales. El temor a que se eliminaran las distancias en la jerarquía social con los obreros, avivó en este sector un sentimiento antisocialista y antisindical. Tanto la alta burguesía como las clases medias aspiraban a mantener el orden social capitalista. En ambos casos, añoraban los años de expansión y progreso anteriores a la guerra.

Precisamente en este contexto emergió a un primer plano la figura de Benito Mussolini (1883-1945). Mussolini era el clásico hijo del pueblo, de familia humilde (hijo de un herrero socialista, que lo llamó Benito en honor a Juárez), educado por los salesianos, maestro y periodista. Su cultura tenía todas las lagunas del autodidacta, pero poseía instinto para arrastrar a las masas y una oratoria avasalladora. Su carrera política se inició como redactor-jefe del periódico socialista *Avanti*, pero fue expulsado del partido cuando defendió la entrada de Italia en la guerra. A partir de entonces cambió radicalmente su postura ideológica hasta transformarse en el *Duce* —del latín *dux*: jefe militar— de un movimiento antisocialista: el fascismo.

En marzo de 1919, en la ciudad de Milán, Mussolini fundó la organización Fascio di Combattimento (Unión de Lucha), la cual se propuso combatir el desorden social y

servir de barrera ante el avance político y sindical de la izquierda. La organización, que poco después se convertiría en el Partido Fascista Italiano, adoptó como emblema un antiguo símbolo del poder romano: los *fasci* (haz de bastones o varillas y un hacha). De aquí proviene el nombre de fascismo, calificativo genérico que identifica a todas las expresiones de igual o parecido signo ideológico. El primer programa de los fascios era todavía democrático; defendía las libertades de prensa y asociación y la participación de los obreros en las utilidades de las empresas. Pero la versatilidad de Mussolini transformó, en poco tiempo, el programa de 1919 en todo lo contrario, al poner el movimiento al servicio de los empresarios conservadores y los grandes propietarios de tierras que, junto a la Iglesia católica y el ejército, querían detener la “oleada roja”.

Mussolini dotó con rapidez al movimiento de un aparato de fuerza. En el mismo año 1919 se crearon los Fascios Italianos de Combate, cuerpo de milicias que recibió el nombre de “camisas negras” en un demagógico intento por recordar las famosas “camisas rojas”, organizadas por Giuseppe Garibaldi, líder de la unificación italiana. Estas milicias estaban integradas



Fasci, símbolo del nazismo italiano.



Marcha sobre Roma en la que participó Mussolini y las camisas negras en octubre de 1922.



Violencia y expansionismo

“Se habla mucho de la actividad violenta de los fascistas. Nos arrogamos para nosotros sólo el derecho de controlarla y, si el caso llega, de eliminarla. Que cese primeramente la campaña de descrédito y odio que se ha desencadenado contra nosotros y, luego, depondremos nuestras armas. Entretanto y mientras lo consideraremos necesario, seguiremos golpeando con mayor o menor intensidad los cráneos de nuestros enemigos, es decir, hasta que la verdad haya penetrado en ellos... El programa de la política exterior del fascismo comprende una sola palabra: expansionismo. Estamos hartos de una política de zapatillas. Allá donde concierna a los intereses de la humanidad tiene que estar Italia presente”.

B. Mussolini: *Obras completas*.

mayoritariamente por jóvenes ex combatientes y aventureros, que no encontraban un lugar en la sociedad civil. El fascismo se sirvió de estos grupos armados para sembrar el terror en ciudades y aldeas, y para debilitar progresivamente la autoridad del Estado. Entre 1919 y 1922, en todo el país se desarrolló una enconada lucha entre las fuerzas fascistas y las antifascistas, que dejó miles de víctimas. Las acciones de las bandas fascistas, acompañadas por una feroz y persistente propaganda antisocialista, fueron toleradas y en muchos casos apoyadas con disimulo por una gran parte de la policía y el ejército, que veían en estos elementos a colaboradores espontáneos para combatir el comunismo.

Mussolini acudió también a la lucha política legal. A fines de 1921, el Partido Fascista participó en las elecciones parlamentarias, pero sólo obtuvo 35 bancas (de un total de 450), lo cual demostró que el fascismo no constituía una fuerza política determinante en el contexto de la sociedad italiana, como después afirmarían sus apologistas, y que por la vía parlamentaria no podía conquistar el poder. Por ello, a partir de mediados de 1922, los fascistas lanzaron una ofensiva en el centro y el norte del país. Miles de camisetas negras ocuparon edificios públicos y centros de comunicaciones. Mussolini acusaba al gobierno

de su incapacidad para establecer el orden, mientras las bandas fascistas profundizaban el desorden. A principios de octubre, Mussolini anunció la “marcha sobre Roma”. La guarnición de la capital contaba con fuerzas suficientes (28 000 hombres) para oponerse, pero su lealtad al gobierno no era segura, por lo que éste dimitió. El día 28, el rey Víctor Manuel, aconsejado por representantes de poderosos intereses, designó a Mussolini como primer ministro, con el pretexto de evitar derramamientos de sangre.

Al llegar al poder, Mussolini formó un gobierno de coalición, integrado por su partido, el de los populares (católico) y el nacionalista (derecha tradicional). Quería, hábilmente, hacer creer que respetaría el orden liberal. Declaró que gobernaría con el Parlamento, con el rey y con Dios, y convocó a elecciones parlamentarias para abril de 1924. Sin embargo, su voluntad totalitaria se puso de manifiesto de inmediato. Entre octubre de 1922 y abril de 1924, haciendo uso de los plenos poderes concedidos por el rey, legalizó las milicias fascistas como órgano de la seguridad del Estado, oficializó el Gran Consejo Fascista (mecanismo coordinador entre gobierno y partido), expulsó a los populares del gabinete —lo que le creó temporalmente dificultades con la Iglesia— y forzó la fusión de los nacionalistas con su partido. Al mismo tiempo, desplegó una campaña de terror e intimidación en todo el país, lo que le permitió obtener una mayoría en los comicios parlamentarios.

Al abrirse las sesiones del nuevo parlamento, el diputado y secretario del Partido Socialista, Giacomo Matteotti, denunció los crímenes y arbitrariedades del fascismo durante la campaña electoral. En represalia fue raptado y asesinado por las bandas fascistas. La denuncia de Matteotti y su asesinato levantaron una ola de protestas en toda Italia. Mussolini lo tenía todo en contra: la prensa, la Iglesia, la oposición e, incluso, una parte de los fascistas, que temían las consecuencias de una posible derrota. Pero las fuerzas de la oposición, integradas fundamentalmente por socia-



El fascismo, pasión orgullosa

“¡Si el fascismo no es más que aceite de ricino y mano dura y no la pasión orgullosa de lo que la juventud italiana tiene de mejor, la culpa es mía! (aplausos). ¡Si el fascismo ha sido una asociación criminal, yo soy el jefe de esa asociación criminal! Si todas las violencias han sido el resultado de un determinado clima histórico, político y moral, pues bien, la responsabilidad es mía porque este clima histórico, político y moral soy yo quien lo ha creado por medio de un programa que va desde la intervención hasta hoy.

”Ahora, me atrevería a decir que el problema será resuelto. El fascismo —gobierno y partido— ha alcanzado una plena eficacia. ¡Señores, ustedes se han hecho ilusiones! Ustedes se han creído que el fascismo estaba acabado, porque yo lo retenía, que estaba muerto porque yo lo corregía y, sobre todo han tenido ustedes la crueldad de decirlo. Pero si yo emplease en desencadenarlo la centésima parte de la energía que he tenido que emplear en retenerlo, entonces veríais lo que es bueno (aplausos)”.

(Mussolini, 30 de enero de 1925.)

B. Mussolini: *Obras completas*.

listas y liberales (los comunistas recién surgidos como partido independiente eran aún débiles), se mostraron indecisas por temor a una explosión revolucionaria y sólo pidieron que se despidiera al dictador. El monarca dudó temiendo una vuelta a la anarquía del período 1919-1922. Estas vacilaciones salvaron a Mussolini, quien logró reponerse y reagrupar sus fuerzas.

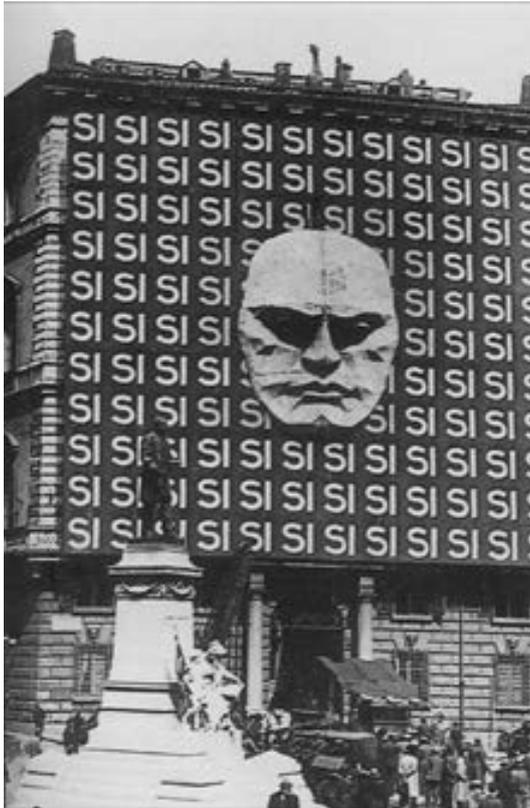
A principios de 1925, el *Duce* asumió públicamente la responsabilidad por el asesinato de Matteoti, y anunció la voluntad totalitaria del fascismo, así como la necesidad de fascistizar a Italia. Entre 1925 y 1926, se suspendieron los partidos políticos opositores, se controló rígidamente la prensa, se prohibieron los sindicatos y se desató una brutal represión contra los enemigos del régimen. Miles de antifascistas fueron asesinados, enviados a las cárceles o tuvieron que marchar al exilio. Solamente en Francia se refugiaron más de 300 000 italianos. Mientras tanto, se desarrolló un culto desmedido a la personalidad de Mussolini, considerado como un estadista genial, la encarnación heroica de la nación. El palacio de la Plaza Venecia, en Roma se convirtió en su cuartel general; de su despacho salían nombramientos, destituciones, condenas; algunos funcionarios se suicidaban al ser convocados por el *Duce*.

En ese período se destruyeron las instituciones de la democracia liberal y se

estableció la dictadura totalitaria, que en su organización adoptó los principios del corporativismo. El Estado corporativo estableció por ley la colaboración de todas las clases sociales en función de un supuesto interés nacional y creó la ilusión de la participación popular en los asuntos públicos. Se suprimieron las elecciones y la nueva forma de representación fue a través de las



Mussolini saluda en un desfile conmemorativo de la “marcha sobre Roma”. En estos desfiles se exhibía la potencia militar y se juraba fidelidad incondicional al *Duce*.



Ejemplo de propaganda electoral, combinada con la intimidación y la violencia contra los opositores.

corporaciones. Según la actividad que cada persona realizaba —obrero, empresario, militar, campesino, etc.— pertenecía a una corporación distinta. Estas corporaciones, organizadas verticalmente, tenían representantes (los jefes) en la Cámara de los Fascios y las Corporaciones, órgano supremo del Estado. La organización política corporativa facilitó el ejercicio autoritario del poder, complementado con la persecución y represión de los opositores.

Sobre el Estado corporativo

“Estamos enterrando el liberalismo económico. El corporativismo desempeña en el terreno económico el mismo papel que el Gran Consejo y la milicia han desempeñado en el plano político (aplausos).

”El corporativismo es la economía disciplinada y, por consiguiente, controlada, porque no es posible una disciplina sin control.

”El corporativismo supera al socialismo y al liberalismo, creando una síntesis nueva...”. (Mussolini, 28 de octubre de 1933.)

B. Mussolini: *Obras completas*.

En el plano económico, el corporativismo representó una supuesta tercera vía. Frente al liberalismo, que propugna el libre juego de las fuerzas del mercado, como había postulado Adam Smith, y frente al socialismo soviético, que suponía la absorción de la vida económica por el Estado, el fascismo basó su política económica en la prevalencia de la empresa privada con una intervención estatal para armonizar los intereses de patronos y trabajadores, por medios de instituciones comunes: las corporaciones. En la práctica, el intervencionismo estatal favoreció siempre a los empresarios; sobre todo, a los más grandes, cuyo protagonismo aumentó con el desarrollo del régimen.

Hacia fines de los años 20, Mussolini logró neutralizar temporalmente la resistencia y consolidar el régimen fascista. En ello influyó la recuperación económica por encima de los niveles de preguerra, lograda con la ayuda financiera de Inglaterra y Estados Unidos, así como algunos éxitos en política exterior, obtenidos con el apoyo británico; en particular, la incorporación del puerto de Fiume, en la costa dálmata, tras un acuerdo con Yugoslavia, y la conversión de Albania en una especie de protectorado italiano, luego de suscribir con ese país un “tratado de amistad”. Pero mayor influencia tuvo en la consolidación del régimen el *concordato* (acuerdo), firmado con la Iglesia en 1929, que puso fin a una etapa inicial de incomprensiones, provocadas por la prohibición del partido de los populares, de filiación católica.

En el llamado Tratado de Letrán (firmado en el Palacio de San Juan de Letrán), Mussolini reconoció la independencia de la Santa Sede y su soberanía sobre el territorio de la ciudad del Vaticano, lo que dejó resuelta una vieja disputa entre la Iglesia y el Estado italiano. El *concordato* también estableció el pago de una compensación monetaria a la Iglesia y le otorgó el derecho de impartir enseñanza religiosa en las escuelas, así como controlar los matrimonios entre católicos. Estas concesiones le permitieron a Mussolini presentarse como



una “bendición de Dios” y granjearse las simpatías y el apoyo de la alta jerarquía eclesiástica. Después de estos acuerdos, el mismo papa Pío XI calificó públicamente a Mussolini como un enviado de Dios para salvar a Italia. Desde luego, no todos los católicos tuvieron la misma actitud, pero no cabe dudas de que en un país profundamente religioso como Italia, el respaldo de la Iglesia fue de extraordinaria importancia para el régimen.

La estabilidad lograda por el régimen fascista contribuyó a que éste pudiera rebasar los rigores de la crisis económica mundial de 1929-1933. La también llamada Gran Depresión causó severas afectaciones en Italia, si bien menores que en Estados Unidos, Francia o Alemania, donde la crisis estuvo precedida por un aumento vertiginoso de la producción. En el caso de Italia, el volumen de la producción industrial y de las exportaciones se redujo en un tercio, aproximadamente, debido a la depresión del mercado internacional; se arruinaron muchos pequeños y medianos negocios y varios importantes bancos se declararon en quiebra. El desempleo creció con rapidez hasta llegar a un millón de parados en 1932, al mismo tiempo que se redujeron de manera considerable los salarios de obreros y empleados.

Para enfrentar la crisis, el Estado fascista incrementó su intervención en la economía nacional. A tal efecto, se creó una institución gubernamental especial: el Instituto de Reconstrucción Industrial (IRI), que financió a los grandes monopolios, estimuló la fusión de las medianas y pequeñas empresas con los consorcios y reglamentó la producción. Con estas y otras medidas se fortalecieron los monopolios y creció en gran medida el papel del sector estatal-monopolista en la vida económica italiana. El intervencionismo estatal y una política económica orientada, cada vez más, a las necesidades de la guerra, constituyeron los factores decisivos para remontar las consecuencias de la crisis. A ello hay que agregar la docilidad de una población sometida a



El cooperativismo italiano, proyecto de mosaico de Mario Sironi.

un riguroso control político e ideológico y a una aplastante propaganda, que la llamaba demagógicamente a soportar todo tipo de sacrificios en aras de los intereses supremos de la nación, simbolizados en el fascismo y su *Duce*.

Durante los años 20, la política exterior del fascismo fue moderada. El régimen tuvo que concentrar su atención, fundamentalmente, en su propia consolidación y en el restablecimiento económico. Pero a partir de los primeros años de la década del 30, en la medida en que se sentía más fuerte y seguro, Mussolini comenzó a insistir en la realización del programa expansionista del fascismo. Entonces eran frecuentes los discursos en los que el *Duce* se refería a la victoria mutilada en la Primera Guerra Mundial (el hecho de



Firma del Tratado de Letrán.



Muestra de la Revolución fascista abierta en Roma en 1933. Deslumbrante tributo al ascenso de Mussolini al poder.

que Italia no recibiera lo que se le había prometido) y a la necesidad de convertir el Mediterráneo en un “lago italiano”, en el antiguo *mare nostrum* de los romanos. En 1933, Mussolini asumió directamente



El fascismo militarizó a la juventud. Niños haciendo guardia.

el Ministerio de la Guerra y proclamó su objetivo de militarizar al país.

A partir de aquel momento, se estableció el servicio militar obligatorio (incluso, los niños recibían preparación militar) y se emprendió febrilmente el fortalecimiento del ejército, la marina de guerra y la aviación de combate, para lo cual durante varios años se destinó el 50 % del presupuesto nacional. Empezó así una época de grandes maniobras militares, gigantescas y vistosas paradas, y otras manifestaciones de la fuerza militar de Italia, que muchas veces sirvieron de escenografía política para los discursos belicistas de Mussolini. Fue una época que ha deslumbrado a muchos historiadores reaccionarios y añorada por los actuales fascistas. En el plano económico, la militarización implicó la adopción de la política de autarquía, que se propuso lograr el autoabastecimiento mediante el máximo aprovechamiento de los recursos naturales. A la postre, la autarquía demandó grandes sacrificios y no aportó todos los resultados esperados; entre otras razones, porque no pudieron realizarse las grandes inversiones que ella requería. De cualquier forma, Italia fue convirtiéndose en una potencia militar de primer orden.

La militarización fascista también se manifestó en la cultura. Según Mussolini, la cultura y el arte tenían que proporcionar a los italianos “dinamismo, agresividad, fuerza y deseos de expansionarse y crecer como nación”. El teatro y el cine exaltaban la grandeza de la antigua Roma y la de sus directos y legítimos herederos: los fascistas. Igualmente ocurrió con la literatura, aunque ésta fue de poca monta, pues los intelectuales más destacados se encontraban en el exilio, salvo algunos casos como los de Eugenio Montale y Quasimodo Salvatore —futuros premios Nobel—, que permanecieron en el país y acudieron a formas veladas para expresar su repulsa al fascismo. La literatura pacifista fue prohibida. Surgió una nueva arquitectura. Las construcciones voluminosas y monumentales (como el museo romano), típicas también en la Alemania

de estos años, fueron decoradas con armas y escenas de guerras, como para recordar a cada habitante la necesidad e inminencia de la lucha.

Una vez sometido el interior de Libia, donde se había desarrollado una gran rebelión, se produjo la primera acción militar expansionista del fascismo italiano, en 1935. Con el objetivo de fortalecer sus posiciones en África, Mussolini ordenó la invasión de Etiopía —entonces llamada Abisinia—, el 3 de octubre de 1935. Mussolini había organizado uno de los más poderosos ejércitos del mundo y se disponía a poner en marcha un proyecto imperial equiparable al de los días gloriosos de la antigua Roma. Conquistar Abisinia era una aventura que ni pintada para comenzar la gesta soñada por el *Duce*. Sólo tenía enfrente un ejército de desarrapados dirigido por un rey primitivo. Y había una vergüenza histórica que vengar: la derrota de Adua en 1896. Al respecto, escribía el poeta fascista D'Annunzio: “todavía siento en mis espaldas la vergonzosa cicatriz de Adua”.

A pesar de su aplastante superioridad y de los brutales métodos empleados en la guerra y contra la población, los italianos no pudieron ocupar totalmente el país hasta la primavera de 1936. El 9 de mayo de ese año, desde el balcón del Palacio Venecia, el *Duce* anunció la victoria y proclamó el nacimiento del Imperio italiano. Esta agresión quedó impune, como ocurrió con otras realizadas por la misma Italia y por Alemania en los años 30. Las tímidas sanciones económicas acordadas en la Liga de las Naciones fueron observadas por muy pocos países. En particular, las grandes potencias occidentales, que con anterioridad a la guerra habían cedido ante el *Duce*, siguieron comerciando con Italia. Sin lugar a dudas, éste fue el mejor momento del fascismo italiano, cuando disfrutó de un mayor apoyo de masas. Pero esta situación de apogeo resultó efímera.

Apenas dos meses después de terminada la guerra contra Etiopía (en realidad, la resistencia no cesó), el fascismo italiano acudió en ayuda de los militares



Mussolini pasa revista a una unidad de jóvenes fascistas.

reaccionarios españoles, que se alzaron contra el gobierno republicano del Frente Popular, elegido democráticamente en febrero de 1936. Mussolini le proporcionó al reaccionario general Francisco Franco más de 100 000 soldados y una considerable cantidad de armas de todo tipo. Muy apreciable fue también la ayuda prestada a la reacción española por la Alemania hitleriana. En el curso de los primeros



El facismo fue capaz de involucrar hasta a los más pequeños.



El imperio italiano en 1936.

meses de la guerra de España, sucedió la aproximación entre Italia y Alemania.



El gran escritor italiano Gabriele D'Annunzio (1863-1938), fervoroso partidario del fascismo.



Hitler y Mussolini en 1935.

Atrás quedaron las diferencias que separaban a ambos países fascistas, debido a sus comunes pretensiones sobre Austria, que habían provocado agudas fricciones en 1934, cuando Alemania propició una tentativa de golpe fascista en Austria e Italia movilizó tropas hacia el Brennero en señal de advertencia. En octubre de 1936, Hitler y Mussolini firmaron un acuerdo de colaboración política en el cual se determinaron los papeles a desarrollar por los dos regímenes en el establecimiento del nuevo orden. Así nació el llamado Eje Berlín-Roma, al cual luego se uniría Japón. El acuerdo con Alemania modificó la orientación exterior de Italia, la cual hasta 1935 había girado en torno a Inglaterra.

En abril de 1939, recién concluida la guerra en España y coincidiendo con la ocupación de Checoslovaquia por Hitler, Mussolini invadió y ocupó Albania, ya un protectorado italiano. Pero las guerras de Etiopía, España y Albania sometieron al imperialismo italiano a un prolongado esfuerzo para el cual no estaba suficientemente preparado. El país quedó extenuado. Las victorias obtenidas no compensaron el esfuerzo realizado ni pudieron utilizarse como factor político para el fortalecimiento del régimen. Por el contrario, desde 1938 se avivó el movimiento



de resistencia antifascista, alentado por el acuerdo de unidad alcanzado con anterioridad entre comunistas y socialistas. Por otra parte, surgieron serias dificultades en las relaciones de Mussolini con la corte y con la Iglesia, debido en lo fundamental a la creciente supeditación de Italia a la política alemana. Desde 1938, Mussolini llegó, incluso, a adoptar el antisemitismo, algo ajeno a su movimiento y a la historia de Italia desde la unificación. Esta situación incapacitó a Italia para incorporarse a la Segunda Guerra Mundial, cuando ésta comenzó en septiembre de 1939.



Las débiles tropas etíopes preparan la resistencia.

EL NACIONALSOCIALISMO (NAZISMO) ALEMÁN

Independientemente de la esencia común del fascismo, en cada país, éste presenta ciertas características y rasgos propios, determinados por las particularidades del desarrollo histórico. El nacionalsocialismo tenía muchos puntos en común con el fascismo italiano, pero sus raíces eran típicamente alemanas: el autoritarismo y la expansión militar propios de la herencia prusiana; la tradición romántica

alemana que se oponía al racionalismo, el liberalismo y la democracia; diversas doctrinas racistas según las cuales los pueblos nórdicos —los llamados arios puros— no sólo eran físicamente superiores a otras razas, sino también su cultura y su moral, así como determinadas doctrinas filosóficas —en especial, la de Friedrich Nietzsche—, que idealizaban el Estado o exaltaban el culto a los individuos supe-

La filosofía de Nietzsche

“Veo muchos soldados. ¡Muchos guerreros, es lo que querría ver ‘Uniforme’ se llama lo que llevan puesto. ¡Ojalá no sea uniformidad lo que encubre!

”Debéis ser de aquellos cuyos ojos buscan constantemente un enemigo, su enemigo. Y en algunos se descubre el odio a primera vista.

”Debéis buscar vuestro enemigo, debéis hacer vuestra guerra, y hacerla por vuestros pensamientos. Y si vuestro pensamiento sucumbe, vuestra honradez debe cantar victoria por ello.

”Debéis amar la paz como medio para nuevas guerras, y la paz breve mejor que la larga.

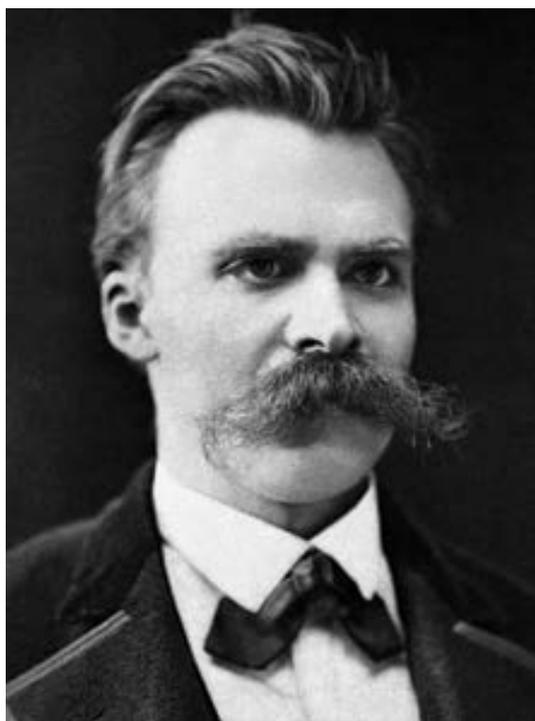
”No os aconsejo el trabajo, sino la lucha. No os aconsejo la paz, sino la victoria. ¡Sea vuestro trabajo una lucha, sea vuestra paz una victoria!

”Solamente se puede callar o descansar cuando se dispone de una flecha y un arco. En caso contrario no se hace sino charlar y disputar. ¡Sea vuestra paz una victoria!

”¿Cómo es que decís que una buena causa santifica incluso una guerra? Yo os digo: ¡la buena guerra santifica toda causa!

”La guerra y el valor han hecho cosas más espléndidas que el amor al prójimo. No vuestra piedad sino vuestra valentía es lo que ha salvado hasta ahora a los naufragos y periclitantes”.

Friedrich Nietzsche: *Así habló Zaratustra*.



Friedrich Nietzsche (1844-1900).

riores, a quienes se eximía de acatar las limitaciones convencionales.

Los teóricos fascistas alemanes retomaron toda esta herencia y la adaptaron a sus necesidades. Alfred Rosenberg, editor y líder del partido nazi, formuló las teorías raciales del fascismo, basándose en la obra del escritor anglo-alemán Houston Stewart Chamberlain, quien consideró a la raza aria como la única creadora. Para fundamentar el papel de los judíos como corruptores de la pureza cultural y biológica de los germanos, Rosenberg acudió también a Karl Eugen Dühring; en particular, a su trabajo *La cuestión judía*, en el cual se sostiene que la depravación es nota definitoria del pueblo judío, libro que había merecido la réplica de Federico Engels, en el *Antidühring*. Los postulados de Rosenberg sobre el Estado totalitario, el superhombre y el culto a la guerra como condición suprema de la especie humana, se argumentaron a partir de la filosofía de Nietzsche; sobre todo, de su obra *Así habló Zaratustra*, ampliamente propagada por el nazismo. Otro de los teóricos del fascismo, el general Karl Ernst Haushofer, creador de la doctrina de la geopolítica,

que justificaba la supuesta necesidad de expansión alemana a partir de consideraciones geográficas, se sirvió del legado pangermanista tradicional, alimentado por escritores del siglo xx como Oswald Spengler, quien en su difundida obra *La decadencia de Occidente* reivindicaba un espacio vital para Alemania y ensalzaba la guerra de conquista como “forma eterna de vida superior”.

Las repercusiones de la guerra

Las consecuencias de la derrota en la Primera Guerra Mundial y la influencia de la Revolución de Octubre, provocaron una situación sumamente compleja en Alemania. Por un lado, la revolución de noviembre de 1918 fue capitalizada por la socialdemocracia de derecha, que la condujo a un régimen republicano, el de Weimar, apenas tolerado por la derecha tradicional (sólo en la medida en que salvó al sistema) y criticado tanto por la extrema derecha, que lo creía responsable de la situación del país, como por la izquierda (agrupada en el Partido Comunista desde enero de 1919), que lo veía como el resultado de la frustración de la revolución y como responsable del asesinato de los líderes Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Por otro lado, la imposición del Tratado de Versalles representó una pesada carga para el pueblo alemán e hirió profundamente su sentimiento nacional. Todo ello condujo a un clima de inestabilidad económica, política y social, que con altas y bajas se prolongó hasta 1923.

En este ambiente emergió la figura de Adolf Hitler (1889-1945). Hitler nació en el poblado austriaco de Braunau, cercano a la frontera con Alemania. Hijo de un modesto funcionario de aduanas y de una campesina. Fue un estudiante mediocre y nunca llegó a terminar la secundaria. Sus pretensiones artísticas terminaron al ser rechazado por la Academia de Bellas Artes de Viena, por considerarlo carente de talento. Se aficionó a las lecturas de contenido antidemocrático y racista. Al comenzar la guerra se encontraba en Baviera y allí



se alistó como voluntario. En el ejército alemán sólo alcanzó el grado de cabo y durante todo el tiempo tuvo la misión de combatir las ideas pacifistas y democráticas que se difundían entre los soldados, lo que ejerció sus conocidas dotes oratorias. Al terminar la guerra regresó a Baviera, por entonces convertido en refugio de muchos elementos reaccionarios.

En 1919 se fundó en Munich, capital de Baviera, el Partido Obrero Alemán. Ese mismo año, Hitler se incorporó a este partido y muy pronto desplazó a sus fundadores, convirtiéndose en el líder de la agrupación. Durante el primer mitin del Partido Obrero Alemán, celebrado el 24 de febrero de 1920, Hitler dio a conocer el programa de la organización, el cual constaba de 25 puntos, en los que se combinaban desmesuradas demandas nacionalistas y doctrinas racistas y antisemitas, así como algunas reivindicaciones anticapitalistas. En el punto vigesimoquinto se establecía, como condición indispensable para el cumplimiento de los objetivos previstos, el establecimiento de un sistema centralizado sin precedentes, en el cual todos los poderes quedarán en manos del Estado, así como la aplicación de una constitución jerárquica, que regiría de forma mecánica todos los movimientos de los individuos.

Poco después del mitin de febrero de 1920, el Partido Obrero Alemán pasó a denominarse Partido Obrero Nacional-socialista Alemán (nazi). La nueva agrupación fue desarrollándose poco a poco; en especial, en Baviera, donde recibió el apoyo de importantes empresarios y terratenientes. Convencidos del valor de la violencia como medio para alcanzar sus fines, los nazis no tardaron en crear las SA (Secciones de Asalto), fuerza paramilitar encargada de proteger las reuniones del partido, provocar disturbios en los mítines de los demócratas liberales, socialistas, comunistas y sindicalistas, y perseguir a los judíos; sobre todo, a los comerciantes. Las SA, también conocidas como milicias pardas, fueron apoyadas por algunos oficiales del ejército, parti-



Estandarte correspondiente a la Vieja Guardia del Partido Nazi.

cularmente Ernst Rohm, quien pronto se convertiría en su jefe, y el general Erich Ludendorff, jefe del estado mayor alemán durante la guerra.

Hitler fue elegido presidente del partido, con plenos poderes, en 1921. Ese mismo año, la organización adoptó como emblema la bandera roja de los trabajadores, modificada con un círculo blanco en el centro y una cruz esvástica negra. Tanto la bandera roja como la alusión al socialismo en el nombre del partido formaban parte de la retórica demagógica del nazismo. En diciembre de 1920 se había fundado el periódico del partido. A medida que aumentaba la influencia del partido comunista, el objetivo principal de la propaganda nacionalsocialista fue la denuncia del bolchevismo, al cual presentaban como una conspiración internacional de financieros judíos. También proclamaban su desprecio por la democracia y reclamaban un régimen dictatorial y revanchista.

Del *putsch* de Munich a la crisis del 29

La situación de Alemania se complicó en extremo en 1923. El 11 de enero de ese año, el gobierno francés ordenó a sus tropas la ocupación del Ruhr, corazón industrial de Alemania, con el pretexto de que ésta no cumplía puntualmente las obligaciones contraídas en el Tratado



de Versalles. Como respuesta, el gobierno germano de turno aplicó “la resistencia pasiva”; o sea, el cese de las actividades productivas en minas e industrias, con el objetivo de obligar al invasor a retirarse con las manos vacías. Tal política fue costeadada por el gobierno, que durante varios meses indemnizó a empresarios y obreros. Pero ello desató una ola inflacionaria sin precedentes, al imprimirse billetes sin respaldo alguno. La moneda perdió prácticamente su valor, lo que deterioró la economía y afectó severamente a los trabajadores y a los pequeños y medios negocios. Surgió entonces una profunda crisis política y social, sólo comparable con la generada por la guerra. Creció con rapidez la influencia de los comunistas, que se convirtieron en un partido de masas. El país fue estremecido por numerosas y masivas huelgas. En Sajonia y Turingia se crearon gobiernos obreros, a partir de la unidad de comunistas y socialdemócratas de izquierda. En algunos sitios estallaron insurrecciones, como ocurrió en Hamburgo, donde se destacó la figura de Ernest Thaelmann, futuro secretario del Partido Comunista. Paralelamente creció la ola ultranacionalista.

En estas difíciles circunstancias, algunos sectores económicos, políticos y militares reaccionarios pensaron en un golpe de Estado, utilizando para ello al partido de Hitler. Como centro del golpe se escogió el estado de Baviera, donde el nacionalsocialismo se había convertido en una fuerza de cierta influencia. Alentado



Ejemplar de *Mein Kampf*, libro escrito por Hitler en 1923.

por el general Ludendorff, el 8 de noviembre, Hitler escenificó el *putsch* de Munich. Pero la acción fracasó. Para entonces, el gobierno central, asumiendo poderes extraordinarios, lograba aplastar las principales manifestaciones del movimiento revolucionario —al cual en el momento decisivo le faltó unidad, cometió errores y tuvo vacilaciones— y empezaba a ordenar el país. El grueso del ejército apoyó al gobierno, que también

recibió el respaldo de Inglaterra y Estados Unidos. Hitler fue arrestado y condenado a cinco años de prisión, de los cuales sólo cumplió 11 meses. Durante su encarcelamiento, dictó *Mein Kampf* (Mi lucha) a su compañero de partido Rudolf Hess. En esta obra, que luego se convirtió en la *Biblia* del nazismo, las ideas expuestas se repiten obsesivamente, recurriendo a los resortes emocionales más primarios de las personas. Su desprecio por la democracia solamente es comparable con el que muestra por las razas inferiores y por el odio irracional hacia los judíos. El mundo se concibe regido por la fuerza: “Lo primero de todo, el combate; luego tal vez, el pacifismo”.

Entre 1924 y 1928, la situación de Alemania cambió radicalmente. Con la ayuda de Inglaterra y Estados Unidos, a través del Plan Dawes (que representó un aporte financiero cercano a los 20 000 millones de dólares en créditos blandos), se ordenó el pago de las reparaciones de guerra y se impulsó el desarrollo de la economía, que creció de manera vertiginosa hasta superar en más de un 50 % los índices de 1913. Al mismo tiempo, cesó el aislamiento internacional del país con el Tratado de Locarno (1925), el cual posibilitó las relaciones con los vencedores y el ingreso a la Liga de las Naciones. Todo ello originó una atmósfera política y social más propicia para el protagonismo de las fuerzas políticas moderadas. Durante este período, el nacionalsocialismo recibió poca ayuda

Crisis republicana

A partir de 1929, la institucionalidad de la república comenzó a colapsar. Los tres gabinetes anteriores a Hitler no tenían base parlamentaria y gobernaban por decreto.



Hitler con otros acusados por el *putsch* de Munich.

financiera. Sin embargo, Hitler logró reorganizar el partido, que había quedado desarticulado después del *putsch* de Munich. En 1926 se autoproclamó *Führer* (jefe) del partido y comenzó a organizar las *Schutz-Staffel* o SS, cuerpo armado para controlar al partido y su rama paramilitar, las SA. A pesar de estos esfuerzos, hacia fines de la década, el nacionalsocialismo no era una fuerza política influyente. En las elecciones parlamentarias de 1928, los nazis sólo obtuvieron 800 000 votos, un 2,5 % del total emitido.

La oportunidad para los nazis llegó con la crisis económica mundial de 1929-1933, cuyos efectos resultaron catastróficos para Alemania. A partir de 1929 dejaron de recibirse los préstamos extranjeros que habían propiciado el crecimiento económico. Disminuyó en un 40-50 % el volumen de la producción industrial y del comercio exterior. Se originó la ruina masiva de los pequeños y medianos empresarios. Se redujo considerablemente la producción agrícola. El desempleo aumentó de manera vertiginosa hasta llegar a los 6 millones de parados. A medida que se profundizaba la depresión, crecía el descontento y la situación se mostraba cada vez más inestable y propicia para un estallido revolucionario. En estas condiciones, grandes grupos de poder

económico decidieron acudir a Hitler, a quien entregaron importantes recursos financieros, que permitieron a los nazis desplegar una intensa actividad en la prensa y por otros medios.

La posibilidad de emplear al fascismo aumentó por el hecho de que una parte de la población, en particular, los pequeño-burgueses en ruina, desengañados por la política oficial y sin ver otra salida, comenzaron a escuchar gustosos la hipócrita propaganda nazi contra los “tiburones capitalistas”, la competencia desleal de los grandes comerciantes y otras consignas por el estilo, propias de la demagogia nacionalsocialista. Mucha gente desesperada, entre ellos una multitud de jóvenes frustrados y resentidos, se sintió atraída por la retórica chovinista del fascismo; según la cual, todas las desgracias de Alemania residían en su falta de “espacio vital”. Todo esto, insistentemente propagado y acompañado del terror y la intimidación contra los opositores, ayudó a los fascistas a crearse una base de masas, tal y como lo refleja el siguiente cuadro:

La crisis originó la polarización de las fuerzas políticas hacia la extrema derecha y la izquierda comunista. El nacionalsocialismo se benefició a costa de los partidos del centro y de la derecha tradicional (Nacional Alemán), luego se le



Elecciones al *Reichstag* (parlamento) entre 1928-1932(en millones)

	5-1928	9-1930	7-1932	11-1932
Partido Comunista	3 285	4 590	5 283	5 980
Partido Socialdemócrata	9 153	8 576	7 960	7 248
Centro Católico y Partido Popular Bavaro	4 658	5 186	5 782	5 325
Partido del Centro	1 479	1 322	373	336
Nacional-Alemán	4 382	2 454	2 197	2 959
Nacional-Socialista (nazi)	810	6 407	13 769	11 737

Fuente: Gilbert Badía: *Historia Contemporánea de Alemania*, Editora Política, La Habana, 1966.

uniría, mientras los comunistas se vieron favorecidos con una parte de los votantes de la socialdemocracia y en menor medida del centro. El avance de los nazis resultó enorme. A mediados de 1932, eran el partido más fuerte de Alemania con 230 escaños de un total de 670. Confiando en que las cosas seguirían de igual for-

ma, Hitler rechazó en aquel momento la oferta del presidente Hindenburg para formar un gobierno de coalición, lo que obligó a disolver el parlamento y convocar nuevos comicios. No obstante, los nazis habían llegado al máximo de sus posibilidades y desde entonces su influencia empezó a decrecer, debido al cansancio y la decepción que comenzaban a experimentar muchos de sus partidarios. En las elecciones celebradas en noviembre perdieron 2 millones de votos y 34 asientos en el legislativo. Quedó evidenciado que Hitler no conseguiría una correlación de fuerzas en el parlamento para formar su propio gobierno, y que el tiempo favorecía a la izquierda.

En estas circunstancias, los sectores empresariales y militares que respaldaban a Hitler, con la mediación de Franz von Papen, ex canciller y hombre muy influyente en los círculos políticos, convencieron a Hitler y a los representantes de otros partidos para formar un gabinete de coalición, y presionaron a Hindenburg para que aceptara esta fórmula. Para tranquilizar a unos y a otros, Von Papen aseguraba que él, desde una posición de segundo al mando, podría controlar al líder nazi y a sus partidarios. De tal manera, el 30 de enero de 1933, el anciano presidente destituyó al general independiente y promonárquico Kurt von Schleicher, que se había propuesto frenar a las camisas pardas (las SA), y designó a Hitler como canciller (primer ministro) de Alemania. Se iniciaba así la horrenda noche del fascismo para los alemanes.

¿Fue ello, acaso, una necesidad fatal? Resulta difícil ofrecer una respuesta categórica a esta pregunta. Pero un análisis

Decreto-ley para la protección de la nación y el Estado

“A tenor del Artículo 48, párrafo segundo de la Constitución del *Reich*, y con objeto de impedir los actos de violencia comunistas que ponen en peligro la existencia del Estado, se decreta con carácter de ley lo siguiente:

”1. Quedan derogados hasta nueva orden los artículos 114, 115, 117, 118, 123, 124 y 153 de la Constitución alemana. Por consiguiente se puede coartar la libertad personal, el derecho de libre expresión del pensamiento, incluida la libertad de prensa, de reunión y asociación; intervenir las comunicaciones postales, telegráficas y telefónicas; disponer registros domiciliarios y confiscaciones, así como limitaciones de la propiedad, también más allá de los límites fijados en estos artículos (...)

”5. Incurrirán en la pena de muerte los reos de los delitos castigados con cadena perpetua por el Código Penal en sus artículos 181 (alta traición), 229 (envenenamiento), 307 (incendios), 311 (explosión), 312 (inundación), 315 (descarrilamiento) y 324 (epidemia). Con la pena de muerte, con la de cadena perpetua o de presidio hasta 15 años, será castigado:

”Quien intentare dar muerte al Presidente del *Reich* o a un miembro o un funcionario del gobierno del *Reich* o de cualquier gobierno de los estados alemanes; quien instigara la comisión de tal muerte; quien aceptara ejecutarla o quien se pusiera de acuerdo con otra persona para cometer el delito. (28 de febrero de 1933.)

E. Díaz: *Breve historia de Europa contemporánea*.

de los hechos nos conduce a la afirmación de que la muerte de la democracia, a partir del 30 de enero de 1933, no hubiera sido posible —o al menos hubiera sido más difícil— sin el abandono suicida de muchos de sus defensores naturales. La responsabilidad del presidente Hindenburg en este sentido es clara y no sólo porque designó a Hitler; sino porque, desde 1930, nombró gobiernos al margen del parlamento, contribuyendo con ello a su asfixia y descrédito. No menor resultó la responsabilidad de los partidos burgueses que se autotitulaban democráticos, los cuales cedieron ante Hitler; sobre todo, por temor al avance de la izquierda. La socialdemocracia y los comunistas tuvieron también una alta cuota de culpa. Ambos partidos representaban, a fines de 1932, la mayor fuerza política del país. Unidos los dos partidos hubieran significado un obstáculo prácticamente insalvable ante las aspiraciones de la reacción, pero permanecían enfrentados, sin encontrar un lenguaje común. En ello fue determinante el feroz anticomunismo de la socialdemocracia, que prefirió a Hitler antes que una salida revolucionaria, aunque también influyó la actitud rígida y sectaria de los comunistas, cuya pretensión de establecer el socialismo, como única opción, no resultaba viable en aquellos momentos y sólo contribuía a profundizar la división.

El nacionalsocialismo en el poder

En el gabinete creado el 30 de enero, los nazis sólo ocupaban la jefatura del gobierno y dos carteras ministeriales. Pero el control del Ministerio del Interior, al frente del cual se encontraba German Goering, y la conversión de las bandas fascistas en fuerzas parapoliciales, le permitieron a Hitler hacerse con todos los resortes del poder en un brevísimo plazo y evolucionar hacia un Estado totalitario, en el cual quedaron suprimidas todas las garantías de los ciudadanos y en el cual sólo prevalecía la voluntad del *Führer*.

El 1º de febrero, Hindenburg disolvió el parlamento y convocó a elecciones para el



El primer gabinete de Hitler. Sentados (de izquierda a derecha): Hermann Göring, Adolf Hitler y Franz von Papen.

5 de marzo. Pero antes de su realización, un hecho decisivo alteró sus resultados. El 27 de febrero, poco antes de finalizar la campaña electoral, un comando nazi incendió el edificio del *Reichstag*, acción que enseguida se atribuyó a los comunistas. Este acto provocador sirvió de pretexto para desatar una brutal represión contra el Partido Comunista. En una sola noche fueron detenidos o asesinados cerca de 10 000 militantes y la cacería continuó posteriormente al amparo del Decreto sobre la Protección de la Nación y el Estado, emitido por el canciller el día 28, que legalizó todo tipo de arbitrariedades. En este ambiente de terror desenfrenado se celebraron las elecciones. Con todo, los comunistas obtuvieron unos 5 millones de votos. Entonces se procedió a ilegalizar el partido y a secuestrar sus escaños. Thaelmann, para entonces líder de los comunistas, fue internado en un campo de concentración, donde murió 10 años después.



Llegada de Hitler a un congreso de las SA.



Persecución de los judíos

“La detención de judíos y judías que gozan de una situación privilegiada ha producido una terrible conmoción, especialmente en los círculos artísticos, ya que tales matrimonios son muy frecuentes entre los artistas. Pero no voy a detenerme por nada. Si un alemán cree posible vivir con una judía como su legítima esposa, ya demuestra su baja catadura moral y no podemos mostrarnos sentimentales con él”.

J. Goebbels: “Memorias”, en E. Díaz: *Breve Historia de Europa contemporánea*.

El nuevo parlamento quedó rápidamente bajo el control de los nazis. Por la Ley de Poderes Especiales, del 23 de marzo, éste transfirió todas sus facultades legislativas al ejecutivo. Esta ley otorgó a Hitler poderes dictatoriales y representó el final de la República de Weimar. En los tres meses posteriores se ilegalizaron todos los partidos políticos y las organizaciones sociales, así como suprimida la libertad de expresión y de prensa. El culto al *Führer* se convirtió en la nota social dominante, con la obligatoriedad del saludo *Heil, Hitler* en la vida cotidiana y en todo tipo de escritos. La policía secreta del Estado, la *Gestapo*,

dirigida por Heinrich Himmler, se encargó de hacer desaparecer a cuantos pudieran suponer una amenaza para el régimen. En el mismo año 1933 surgieron los primeros campos de concentración, a donde fueron a parar miles de personas de las más diversas profesiones, credos e ideologías.

Los campos de concentración constituyeron la nota más siniestra del fascismo alemán. El primero, el de Dachau, próximo a Munich, se abrió en marzo de 1933 en las primeras semanas del régimen. Aunque el exterminio programado de grupos humanos constituyó un objetivo que no se definió hasta la Segunda Guerra Mundial, ya antes la posibilidad de conducir a un campo a cualquier ciudadano, al margen de que existiera algún delito o acusación, convirtió este sistema de detención y tortura en un instrumento básico del Estado, en un medio para garantizar la sumisión de toda la población.

Los judíos, “parásitos dentro de la nación” —según Hitler—, fueron sometidos a una persecución sistemática, en la cual se sucedían los malos tratos, el acoso, el boicot a sus negocios, el despido de las funciones públicas, la prohibición de entrar en piscinas, terrenos deportivos, etc. Varios decretos se orientaron hacia la creación de ghettos. Se prohibieron los matrimonios entre arios y judíos. El punto culminante de esta persecución tuvo lugar la noche del 10 de noviembre de 1938, la llamada “noche de los cristales rotos”, en la cual para castigar la muerte de un agregado de la embajada alemana en París, la *Gestapo* ordenó el incendio de 2 000 sinagogas y la detención y asesinato de 20 000 judíos.

Desde el principio, el Estado fascista controló rigurosamente y puso a su servicio la creación artística en todas sus manifestaciones, así como la investigación científica. Los centros de enseñanza fueron depurados. Se trató de eliminar del mundo de la cultura lo que universalmente se reconocía como creaciones admirables del espíritu humano. Los libros considerados subversivos fueron quemados. Los escrito-



Una niña judía es examinada (Berlín, 1936).



res que habían llevado la lengua alemana a niveles de expresividad y belleza pocas veces alcanzados, Thomas y Heinrich Mann, Bertold Brecht, Erich Maria Remarque, entre otros, tuvieron que abandonar Alemania. Igual camino debieron seguir los cineastas expresionistas y los creadores plásticos vanguardistas, cuyo arte fue considerado decadente y perverso. A Albert Einstein, por su condición de judío y demócrata, se le privó de su cátedra universitaria y tuvo que marchar al extranjero.

Pero, a pesar del terror, las depuraciones y la propaganda, Hitler no lograba consolidar su dictadura. La situación económica no mejoraba y el descontento crecía, incluso dentro del partido. Los sectores que habían constituido la base social del fascismo, comenzaron a reclamar una “segunda revolución”, que aplicara las promesas anti-capitalistas expuestas por los nazis antes de llegar al poder. Un sector de las SA se hizo eco de esta demanda. Hitler tuvo que elegir entre un régimen nacionalsocialista sustentado por las masas o una alianza definitiva con los industriales y el ejército, y eligió la segunda opción. El 30 de junio de 1934, en la posteriormente llamada “noche de los cuchillos largos”, el *Führer* ordenó a las SS terminar con el asunto. Fueron asesinados varios líderes de las SA y del partido; entre ellos, Rohm y varios centenares de sus seguidores. En la purga también se incluyeron a muchos enemigos del régimen, como el general Schieicher, y a algunos monárquicos que defendían la restauración de la dinastía Hohenzollern. El descontento fue ahogado en sangre y de esta forma se inició la consolidación de la dictadura hitleriana. En agosto de aquel año murió Hindenburg y de un plumazo Hitler asumió también la presidencia, proclamando el nacimiento del Tercer Reich.

Empezó entonces la edificación del lla-



Casco de los temidos SS.

Einstein al abandonar Alemania (marzo de 1933)

“Mientras se me permita elegir, solo viviré en un país en que haya libertades políticas, tolerancia e igualdad de todos los ciudadanos ante la ley (...)

”Estas condiciones no existen en Alemania hoy. Quienes más han hecho por la comprensión internacional, entre quienes se encuentran muchos artistas, sufren, en ella, persecución.

”Todo organismo social puede desequilibrarse psicológicamente tal como ocurre con los individuos, en especial en tiempos difíciles. Las naciones, por lo común, sobreviven a esas enfermedades. Tengo la esperanza a que bien pronto la normalidad vuelva a imponerse en Alemania y de que en el futuro sus grandes hombres, como Kant y Goethe, no sean recordados de cuando en cuando sino que los principios que ellos defendieron y enseñaron se tomen en cuenta en la vida pública y penetren en la conciencia general”.

A. Einstein: *Mis ideas y opiniones*, en E. Díaz: *Breve historia de Europa contemporánea*.

mado “nuevo orden”, el cual supuso la reorganización de la economía a partir de las necesidades de guerra, con vistas a poner en práctica el programa revanchista y expansionista del nacionalsocialismo. En pocos años, Alemania debía alcanzar una completa autosuficiencia en lo referente a las materias primas estratégicas, creando sustitutos sintéticos de aquellos materiales de los que carecía y no podría adquirir en el extranjero. El suministro de alimentos debía garantizarse por medio del desarrollo controlado de la agricultura. Para restablecer la economía y lograr aceleradamente el rearme, se eliminó por decreto la lucha de clases, apelando a un supuesto interés nacional común. Se suprimieron los sindicatos y cooperativas obreras. Las huelgas se prohibieron. Se estableció la obligación de los trabajadores de pertenecer al Frente Alemán del Trabajo, organización sindical nacionalsocialista controlada por el Estado. El Ministerio de Economía, a través de los denominados síndicos laborales, se encargó de todo lo relativo a



Pintura oficial en la cual se idealiza la figura de Hitler.

los salarios, la jornada y las condiciones laborales.

El Ministerio de Economía también controlaba las organizaciones creadas para agrupar a los empresarios. Éste favoreció la expansión de los monopolios a ramas enteras y reprivatizó muchas empresas nacionalizadas con anterioridad. El nuevo orden implantó el dominio económico de cuatro grandes bancos y de

un número reducido de grandes grupos de empresas, entre los cuales se destacaron el gran imperio de la familia Krupp, dedicado a la producción de acero y armamentos, y la I.G. Farben, que producía colorantes, caucho sintético y petróleo. Estos y otros monopolios emplearon a miles de prisioneros como mano de obra forzosa durante la Segunda Guerra Mundial, y suministraron materiales para el exterminio sistemático y masivo de millones de judíos, polacos, rusos y otros pueblos.

La militarización de la economía permitió a los nacionalsocialistas resolver el problema del desempleo y proporcionar un nivel de vida aceptable a los trabajadores y campesinos alemanes, así como enriquecer de forma extraordinaria a la elite del Estado, la industria y las finanzas, y crear una espectacular maquinaria de guerra. En 1930, Alemania contaba con 100 000 soldados, cifra establecida en el Tratado de Versalles; pero en 1936, después de romper unilateralmente las regulaciones de ese convenio, pasó a 550 000 efectivos, llegando a los 900 000 hacia finales de 1938. Para esta última fecha contaba, además, con unos 850 000 reservistas. Este colosal ejército disponía de una avanzada técnica que incluía la más numerosa y mejor fuerza motomecanizada del continente, así como una moderna aviación de combate y una importante flota de guerra, especialmente submarina. Entre 1934 y 1939, los gastos en la esfera militar crecieron más de 30 veces; de 1 900 millones de marcos en 1933 a 32 300 millones en 1939.

A medida que se erigía el nuevo orden en el país, los nazis avanzaban política y diplomáticamente en la creación de la Gran Alemania. La política exterior de Hitler representó un oscuro capítulo de la historia, cuyos acontecimientos más relevantes fueron el abandono de la Liga de las Naciones (1934); la ruptura de las cláusulas militares del Tratado de Versalles (1935); la remilitarización de la Renania (1936); la formación del Eje Berlín-Roma-Tokio (1936-1937); la intervención en la guerra civil española apoyando a Franco

Nacionalsocialismo y el capital

Las siguientes palabras de un ejecutivo del grupo Krupp reflejan con elocuencia la alianza entre el nacionalsocialismo y los grades empresarios del país:

“La economía tiene necesidad de un desarrollo sano y progresivo. Los que integramos la firma Krupp no somos idealistas sino realistas. Teníamos la impresión de que Hitler nos ofrecería la posibilidad de un desarrollo auténtico. Por lo demás lo ha llevado a cabo. Tras los años transcurridos nos encontramos satisfechos. Deseábamos un sistema eficiente y que nos proporcionara los medios de trabajar tranquilamente”.

Documents d'histoire vivante.

(1936-1939); la *Anschluss* (“unión”) forzada de Austria (1938), y la desintegración del Estado checoslovaco (1939) tras ocupar los Sudetes, región con numerosa población alemana.

Todas estas acciones, que finalmente causaron un conflicto generalizado, se realizaron con casi total impunidad. Las grandes potencias occidentales europeas y Estados Unidos, no enfrentaron con energía la agresividad alemana y la ruptura del *status* creado por los acuerdos de Versalles, sino, por el contrario, con el pretexto de evitar una guerra, para la cual decían no estar preparados, trataron de “apaciguar” a Hitler haciendo concesión tras concesión. En gran medida, esta política de Occidente ocultaba el cálculo, hábilmente alimentado por la propaganda nazi, de que a la postre las pretensiones territoriales de Alemania podrían resolverse a costa del Este europeo, lo que conduciría de manera inevitable a un enfrentamiento con la Unión Soviética, que destruiría o debilitaría al máximo a ambos contendientes. De tal manera, “apaciguando” a Hitler no se trataba de evitar la guerra, sino de encauzarla en otra dirección. Esta miope política tendría después fatales consecuencias para sus propios progenitores y para todo el mundo.

Hitler se jactaba de que el nacionalsocialismo había resuelto los problemas de la sociedad alemana y perduraría durante miles de años. El nacionalso-



Concentración nazi en Nuremberg.

cialismo solucionó algunos problemas ante los cuales la República de Weimar se mostró impotente y transformó el país en un Estado industrial poderoso, dotando al fascismo de un respaldo que lo convirtió en movimiento internacional. Pero ello condujo a la Segunda Guerra Mundial, el enfrentamiento bélico más cruento y destructivo de la historia de la humanidad, del cual Alemania salió derrotada, dividida y empobrecida. A este alto precio hay que añadir el sufrimiento del pueblo alemán durante el período fascista y en los años inmediatos posteriores.



Freud marcha al exilio tras la anexión de Austria, como habían hecho muchos científicos e intelectuales alemanes.

EL FALANGISMO ESPAÑOL

A diferencia del fascismo italiano y del nacionalsocialismo alemán, el falangismo nunca logró estructurar un movimiento de masas en torno a sus objetivos. Fue siempre una fuerza política débil y poco influyente.

Su ascenso al poder, como ideología que sirvió de base al régimen franquista, fue el resultado de una prolongada y sangrienta guerra, con la cual culminó la enconada lucha librada por la reacción española contra



El rey Alfonso XIII y la reina Victoria Eugenia en 1929.

los sectores democráticos del país, a partir del establecimiento de la Segunda República en abril de 1931.

El 30 de enero de 1930 cayó la dictadura del general Miguel Primo de Rivera, establecida en septiembre de 1923, que ocupó un período que el pueblo calificó como “los siete años indignos”. Entre ese momento y la instauración de la república transcurrieron 14 meses, en los cuales se demostró la inviabilidad de la fórmula dictatorial y se trató de salvar a la monarquía, retomando gradualmente la senda constitucional. Con ese objetivo se elaboró un calendario electoral en el cual se contemplaba, como primer paso, la convocatoria a elecciones municipales para el 12 de abril de 1931. Pero la creciente oposición popular determinó que la consulta del día 12 se convirtiera en un auténtico plebiscito, el cual concluyó con un aplastante triunfo republicano y

supuso el fin de la monarquía borbónica, la salida del país del rey Alfonso XIII y el advenimiento pacífico de la Segunda República.

El nuevo régimen tenía ante sí la tarea de enfrentar y solucionar los problemas políticos, económicos y sociales, durante mucho tiempo acumulados en el país y agravados por los efectos de la crisis económica mundial de 1929. Ello se traducía en la necesidad de limitar los privilegios de los grupos oligárquicos, mejorar el nivel de vida de los trabajadores y campesinos, democratizar la estructura del Estado —en especial, el ejército— y reconocer los derechos nacionales de Cataluña, Euzkadi y Galicia. Esas transformaciones eran reclamadas por la mayoría de la población, que recibió con júbilo y esperanza el cambio ocurrido en España. Pero los gobiernos que condujeron a la república hasta 1933, integrados por representantes de los partidos burgueses republicanos y del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), firmantes del llamado Pacto de San Sebastián (agosto de 1930), no justificaron estas esperanzas, porque no quisieron ir tan lejos.

Tanto el gobierno provisional, constituido el 14 de abril, como el surgido de las elecciones a las Cortes (parlamento) del 28 de junio, estuvieron dominados por una obsesión legalista. En ambos casos se contentaron con la aprobación de una ley de amnistía y varias reformas tímidas en diferentes esferas, centrando su atención en la convocatoria a una asamblea constituyente y en la redacción de un texto constitucional, aprobado finalmente el 9 de diciembre de 1931, después de enconados debates y peleas en las Cortes. La nueva constitución era progresista, pues establecía la defensa de la democracia, la soberanía popular, el sufragio universal, la separación de la Iglesia y el Estado, el reconocimiento de los derechos individuales y sociales, etc., pero no tocaba en lo más mínimo la base económica del antiguo régimen.

Después de aprobada la constitución, del gobierno salieron algunos elementos conservadores y éste pasó a ser presidido por Manuel Azaña, de la izquierda repu-

Pacto de San Sebastián

Acuerdos de políticos opuestos a la monarquía —entre ellos, algunos ex monárquicos como Niceto Alcalá y Miguel Maura— para coordinar acciones de los grupos republicanos. El pacto desempeñó un papel importante en la movilización de las masas contra la monarquía y sirvió de base para la constitución del gobierno provisional.



blicana, pero en lo adelante tampoco se aplicaron medidas radicales. El problema agrario, fundamental en el caso de España, donde no se habían producido transformaciones democrático-burguesas y donde prevalecían relaciones semifeudales, se discutió durante 17 meses en las Cortes. La reforma agraria, finalmente aprobada, resultaba limitada y casi no pudo aplicarse, debido a la excesiva burocratización y a la oposición a ultranza de los terratenientes. La timidez y las vacilaciones del gobierno se manifestaron también en lo referente a la democratización del aparato del Estado. Los cambios aplicados, aunque necesarios, eran insuficientes. En el ejército, por ejemplo, las reformas fueron de carácter técnico-administrativo y dejaron prácticamente intacto su reaccionario cuadro de mandos. Lo mismo puede decirse con relación al problema nacional. Después de prolongados debates sólo fue aprobado el Estatuto de Autonomía de Cataluña, en



El 14 de abril de 1931 se constituyó el primer gobierno de la Segunda República, que aquí aparece reunido.

septiembre de 1932. La situación de Euskadi y Galicia quedó pospuesta.

En el orden exterior, la política del gobierno republicano-socialista apenas modificó la aplicada por la monarquía. España siguió supeditada a Inglaterra y Francia, que mantenían importantes intereses en el país, al tiempo que se fortalecían sus lazos con Estados Unidos. El establecimiento de relaciones con la URSS se discutió durante dos años y cuando por fin se aprobó quedó en el papel, pues no se concretó en el intercambio diplomático correspon-



Escenas del pueblo en Madrid y en Barcelona, al asumir el poder la izquierda.



Imagen alegórica de la Segunda República española.

diente. Por otra parte, se mantuvo la política imperialista con relación al llamado Marruecos español y a la colonia africana de Guinea Ecuatorial.

Como consecuencia de todo ello, la situación del país se tornaba cada vez más compleja. Los trabajadores y campesinos se impacientaban, mientras las fuerzas de la reacción —incluida la poderosa Iglesia católica— arreciaban su lucha contra la república. Desde principio de 1932, se incrementó la fuga de capitales al extranjero, lo que afectó seriamente el restablecimiento de la economía, y se orquestó una vasta campaña contra el régimen, al cual se calificaba de anticlerical, antinacional y revanchista. En agosto de ese año se intentó un golpe de fuerza, con la participación del general José Sanjurjo, jefe de la Guardia Civil, y de otros oficiales reaccionarios.



Mascarilla de José Antonio Primo de Rivera.

Después de la Sanjurjada, paralizada por la movilización de las masas, el gobierno tuvo la posibilidad de radicalizar su posición, pero siguió aplicando una política muy moderada, lo cual condujo a un progresivo enfriamiento del apoyo popular.

Tras el fracaso de Sanjurjo, la reacción española emprendió el reagrupamiento de sus fuerzas y constituyó nuevos partidos, con el propósito de hacerse de una base de masas. A fines de 1932 se creó la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), encabezada por el abogado José María Gil-Robles, líder del Partido Acción Popular, de clara orientación fascistoide. En octubre de 1933, José Antonio Primo de Rivera (hijo del dictador), que como Gil-Robles mantenía contactos con Hitler y Mussolini, fundó Falange Española, a la cual muy pronto se le unió otra organización creada con anterioridad: Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista. Desde la unificación, el partido fundado por José Antonio pasó a llamarse Falange Española de las JONS.

El falangismo tenía muchos puntos en común con el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán, pero a diferencia de aquéllos exhibía un marcado carácter clerical. Se inspiraba en una mezcla de los postulados hitlerianos y de los dogmas de la Iglesia católica. Ello se reflejó en su propio símbolo: el yugo y las flechas de los reyes católicos. El partido falangista, que según su fundador “no reconocía más dialéctica que la de las pistolas”, se dotó de una organización paramilitar, las llamadas “camisas azules”, que se dedicaron a sembrar el terror entre las fuerzas de izquierda. También contó con una insignificante agrupación sindical, la Central Obrera Nacional-Sindicalista (CONS), y con una más activa organización estudiantil, el Sindicato Español Universitario (SEU). Los falangistas fueron financiados por las embajadas de Alemania e



Cartel *Ayuden a España* de Joan Miró. Lo pintó en Francia durante la República.

Italia, así como por el Banco de Vizcaya, controlado en parte por los jesuitas, y por grandes empresarios como Juan March y José Félix Lequerica, entre otros. Una muy relevante ayuda económica le brindó también el partido monárquico Renovación Española (1933), con el cual firmó un pacto en 1934. Con todo, el falangismo no llegó a ser una fuerza política influyente en el plano nacional.

Mientras las derechas estrechaban sus filas, el gabinete republicano-socialista se desmoronaba bajo el peso de sus vacilaciones y errores. El 12 de septiembre de 1933, Azaña presentó la dimisión. Las Cortes fueron disueltas y se convocó a elecciones generales en noviembre de ese mismo año. Los partidos de izquierda acudieron a ellas separados y acusándose mutuamente por el fracaso del período anterior. Los anarquistas de la FAI (Federación de Anarcosindicalistas Ibéricos) y su Confederación Nacional de Trabajadores (CNT), como de costumbre, boicotearon los comicios en nombre de una supuesta “revolución comunitaria”. La derecha se presentó en bloque compacto y con los grandes recursos puestos a su disposición por la oligarquía financiera y terrateniente. El resultado fue la victoria de la reacción y

la derrota de las fuerzas democráticas. Se inició así una etapa en que la república fue gobernada por la derecha.

El bienio negro (1933-1935)

Después de las elecciones de noviembre, la formación del gobierno se encargó al Partido Radical, que gobernaría en solitario hasta octubre de 1934, con el imprescindible apoyo de la CEDA, que había obtenido el mayor número de diputados, pero no había logrado mayoría absoluta. En ese momento, los cedistas no entraron en el gabinete, pues su aspiración era la formación de un gobierno propio, que les permitiera establecer una dictadura clerical-fascista por vía legal; es decir, a través del control parlamentario. La línea de la CEDA había quedado claramente expuesta por su líder, Gil-Robles, el 15 de octubre de 1933 (poco después de regresar de Nuremberg, donde asistió al congreso del partido nazi y se entrevistó con Hitler), cuando declaró públicamente que su organización necesitaba el poder íntegro, señalando que la democracia no era para ellos un fin, sino un medio para conquistar un Estado nuevo.

Al mismo tiempo, las otras fuerzas profascistas del país: los falangistas de Primo de Rivera y Renovación Española, encabezada por José Calvo Sotelo y Antonio Goicochea, partidarias de un golpe de Estado, incrementaron su actividad y sus contactos con Alemania e Italia. A principios de 1934, representantes de estos partidos y algunos militares concertaron un acuerdo con Mussolini, en virtud del cual éste se comprometía a respaldar una sublevación, entregando una apreciable cantidad de armas y de dinero. Sobre la base de este acuerdo, 400 hombres fueron a Italia, donde recibieron entrenamiento militar. La cotidiana utilización de la violencia por estas fuerzas contribuía a enrarecer cada vez más el clima político del país.

Pero el avance de la derecha y la labor restauradora del gobierno radical, que procedió enseguida a liquidar todo cuanto se había logrado en el primer bienio republicano, reactivaron las fuerzas de izquierda y



En octubre de 1934, los ministros de Obras Públicas, Justicia y Guerra en una visita a la ciudad de Oviedo.

estimularon el proceso de unidad de éstas. En este sentido, un notable papel le correspondió al Partido Comunista, encabezado entonces por José Díaz y Dolores Ibarruri (*La Pasionaria*). En correspondencia con la línea que por aquel tiempo tomaba cuerpo en la Internacional Comunista, el partido se enfrascó en la lucha por la unidad de todas las fuerzas antifascistas para salvar la democracia. Con este objetivo, los comunistas propusieron la creación de un frente popular antifascista, con un programa que incluyera reivindicaciones políticas, económicas y sociales, aceptables para republicanos de izquierda, socialistas y comunistas. La propuesta del partido fue bien recibida por las masas, pero el logro de la unidad requirió de un trabajo paciente y prolongado debido a las posiciones, en muchos aspectos divergentes, de los diferentes partidos.

Los acontecimientos que tuvieron lugar en octubre de 1934, representaron una significativa contribución al esfuerzo unitario. Ante la reanimación del movimiento popular en todo el país, los cedistas decidieron cambiar de táctica. A principios del mes, Gil-Robles exigió la dimisión del gobierno y la creación de un nuevo gabinete con presencia de la CEDA, lo que se concretó el día 24 con la inclusión de tres ministros de esa agrupación. Era un paso considerable hacia el fascismo. El Partido Socialista, por su propia cuenta, ordenó la sublevación popular bajo su exclusiva dirección. Pero ésta sólo logró desarrollarse con efectividad en aquellos lugares

donde se había alcanzado la unidad de acción entre las diferentes fuerzas, como ocurrió en Asturias, donde los sublevados tomaron y mantuvieron el poder por más de 10 días. Aislados los principales focos, la insurrección fue aplastada brutalmente en todo el país. Solamente en Asturias, el ejército y las bandas fascistas asesinaron a más de 2 000 trabajadores, a pesar de que los insurrectos se habían retirado ordenadamente. En estas jornadas se destacó el general Francisco Franco, quien desde el estado mayor planificó la represión del movimiento de protesta.

La llamada revolución de octubre fracasó, pero la lucha no resultó estéril. Las experiencias que se derivaron de aquellos acontecimientos demostraron la decisiva importancia de la unidad frente a la reacción y estimularon el acercamiento de las fuerzas democráticas. A este acercamiento contribuyó el prestigio ganado por los comunistas y el decrecimiento de la influencia de los socialistas, que finalmente tuvieron que abandonar su actitud de autosuficiencia y aislacionismo. También impulsó el proceso unitario la designación de Gil-Robles al frente del Ministerio de la Guerra, en mayo de 1935, lo que supuso el nombramiento de los oficiales más reaccionarios en la jefatura del ejército y con ello el peligro de una sublevación militar.

Durante 1935 se dieron importantes pasos para conseguir la unidad de acción de comunistas y socialistas. En ese contexto, ocurrió la unificación de las dos grandes centrales sindicales influidas por esos partidos: la Confederación General del Trabajo Unitaria y la Unión General de Trabajadores, y se sentaron las bases para la unión de las organizaciones juveniles de ambos partidos. Al mismo tiempo, se avanzó en las negociaciones para la creación del Frente Popular. A estas negociaciones se sumaron los partidos republicanos y otras fuerzas democráticas. Finalmente, se logró la elaboración de un programa común, que incluía una amnistía para los más de 30 000 presos políticos, el restablecimiento de la Constitución de 1931 y de las normas democráticas, medidas para



impulsar el desarrollo económico del país y para mejorar la situación de los trabajadores y campesinos, restablecimiento del régimen autonómico en Cataluña, etc. Sobre esta base, se proclamó la constitución del Frente Popular, a principios de 1936.

Del triunfo del Frente Popular a la guerra

A fines de 1935, la presión de las masas obligó a disolver las Cortes y convocar a elecciones para el 16 de febrero del siguiente año. En ellas, el Frente Popular obtuvo una victoria decisiva, a pesar de las presiones de todo género puestas en juego por la reacción y de las intromisiones de los órganos gubernamentales, que trataron de impedir el éxito de la izquierda. El clima unitario y combativo quebrantó, incluso, la tradicional actitud abstencionista de los anarquistas. El Frente Popular obtuvo 269 puestos parlamentarios (17 de ellos comunistas), los partidos de derecha 213 y los de centro 48. Estas cifras destruyen elocuentemente los infundios propagados después por los franquistas, que presentaban el triunfo del bloque popular como el prólogo de una inminente revolución comunista. La victoria de la democracia era indiscutible, pero resultaba igualmente claro que tal parlamento no representaba una amenaza para el régimen capitalista.

Apenas conocidos los resultados de las elecciones, la reacción trató de escamotear el triunfo popular. En la noche del 17 y durante todo el día 18, Gil-Roble y Calvo Sotelo trataron de obtener del presidente Alcalá Zamora la declaración del estado de guerra, mientras el general Franco hacía gestiones con los mandos militares para un pronunciamiento castrense. Sin embargo, la maniobra subversiva fracasó. A este desenlace, que alejó la amenaza de golpe de Estado, contribuyó la actitud firme del presidente y la impresionante movilización de las masas a raíz del triunfo electoral. El día 19, quedó constituido el primer gobierno del Frente Popular, presidido por Manuel Azaña. Era un gobierno

integrado solamente por los partidos republicanos burgueses, que así lo habían exigido, lo cual se aceptó por las demás fuerzas en aras de mantener la unidad.

Demostrando que no habían aprendido las lecciones del pasado, los republicanos no destituyeron y procesaron a Franco, cabeza visible de la conjura, sino que se conformaron con removerlo de su cargo al frente del estado mayor, confiándole la comandancia militar de las Canarias. Con actitudes de este tipo pensaban que podrían apaciguar la reacción. Mas, ésta había definido ya su postura. Ante los fracasados intentos por crear en España un partido fascista de masas, la oligarquía decidió utilizar el ejército como principal instrumento para el establecimiento de la dictadura totalitaria. Los partidos de derecha, desde la CEDA hasta la Falange, aceptaron, de una u otra forma, supeditarse a los generales que encabezaban la conspiración.

En el mismo mes de febrero, quedó constituida la junta de generales encargada de dirigir la sublevación. Franco estuvo entre los llamados generales africanistas que la integraron. La dirección recayó pro-



Los generales Francisco Franco y Emilio Mola, principales jefes militares del alzamiento después de la muerte del general Sanjurjo.



visionalmente en el general Emilio Mola (por cierto, nacido en Placetas, Cuba), hasta tanto el general Sanjurjo, designado jefe del movimiento, regresara de su exilio en Portugal. Dos planes iniciales, para ejecutar en abril y mayo, fueron abandonados por falta de coordinación y otros motivos, pero a inicios de junio ya estaba elaborado el plan definitivo, en el cual a Franco se le asignó el comando de las tropas africanas. Los trajines conspirativos fueron acompañados por desórdenes de las bandas fascistas en Madrid y en otras ciudades, para promover un ambiente de inestabilidad y tratar de justificar la acción militar. La inminencia de la sublevación se denunció por el Partido Comunista y por algunos dirigentes socialistas, pero el gobierno prefería guiarse por los hipócritas juramentos de lealtad de los altos oficiales, como el formulado por el mismo Franco, el 23 de junio, cuando aseguró que faltaban a la verdad quienes acusaban al ejército de fraguar un complot contra las autoridades e instituciones de la república. Similar actitud asumiría Augusto Pinochet, 37 años después, al negar sus planes contra el gobierno de la Unidad Popular en Chile. Si, en aquellos momentos, el gobierno republicano hubiera actuado con resolución y firmeza, es muy probable que se hubiera evitado la guerra.

Varios historiadores han sostenido, hasta el día de hoy, que el alzamiento militar fue la respuesta al asesinato del político derechista José Calvo Sotelo, ocurrido en Madrid el 13



El político monárquico José Calvo Sotelo (1893-1936), fundador y líder del partido ultraconservador Renovación Española.

de julio, suscribiendo así la tesis difundida por los franquistas. En realidad, cuando sucedió este hecho todo estaba preparado y fijada una fecha probable para la rebelión. El día 12, Franco esperaba en Canarias el avión que lo conduciría a Marruecos, para ponerse al frente del Ejército Expedicionario de África, que ese mismo día concluía las maniobras preparatorias. Entre el 11 y el 12, Mola recibía la notificación de los principales jefes complotados, asegurando estar listos para comenzar la operación. Por esa misma fecha, desde Lisboa, Sanjurjo impartía las últimas instrucciones. El asesinato de Calvo Sotelo, condenado enseguida por el gobierno y por todos los partidos del Frente Popular, sólo fue el pretexto empleado para cometer un crimen minuciosamente preparado con anterioridad.

Entre las causas que provocaron la sangrienta guerra que estaba por comenzar, deben destacarse las siguientes:

- La intransigencia de la oligarquía financiera y terrateniente española, que rechazó el camino de las transformaciones democráticas y se opuso violentamente a la consolidación de un régimen que garantizase a los ciudadanos los derechos y las libertades fundamentales.
- La actitud vacilante y timorata de los gobiernos repúblico-socialistas y republicanos —ocuparon el poder de 1931 a 1933 y en 1936—, que no emprendieron con resolución y firmeza las transformaciones democráticas imprescindibles, dejaron intacto el poderío económico de

Carlistas

Movimiento surgido en 1833, enemigos del liberalismo y defensores de la monarquía católica autoritaria. Con fuertes bases en zonas rurales atrasadas, los carlistas llegaron a poseer un considerable dispositivo militar, los llamados requetés. Se destacaron por su vehemente oposición al régimen republicano.

la reacción y no la desplazaron de posiciones clave; sobre todo, en el ejército.

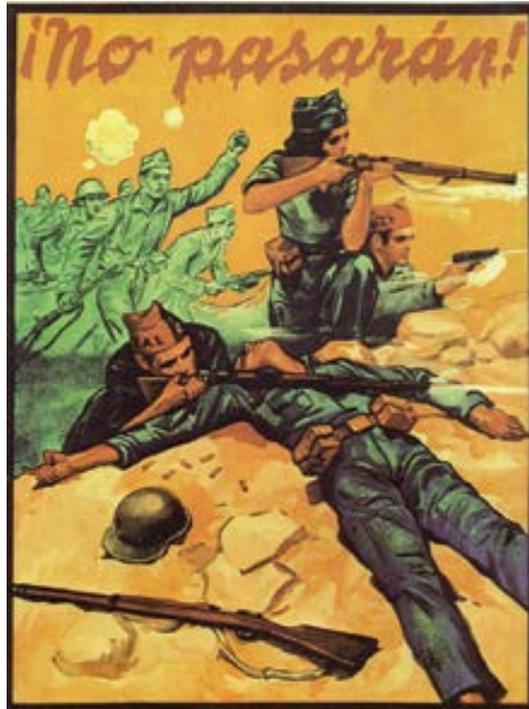
- El estímulo brindado a las fuerzas reaccionarias españolas por Alemania e Italia, que perseguían el objetivo de crear un nuevo Estado fascista, llamado a desempeñar un importante papel en sus planes agresivos.

La guerra civil

El día 17 de julio, en horas de la mañana, con la contraseña “el cielo de España está despejado” se cursó la orden que puso en marcha la sublevación. Se iniciaba así un conflicto que ensangrentó al país durante casi tres años y que tuvo una extraordinaria repercusión internacional. Nadie en el mundo quedó indiferente ante lo que ocurría allí, porque la guerra de España se convirtió en un símbolo de la batalla universal entre las oscuras fuerzas de la reacción fascista y las que representaban la libertad y la dignidad humanas.

El alzamiento empezó el 17 en el Marruecos español y al siguiente día se extendió al territorio peninsular. Los sublevados contaban con la mayoría del ejército, que secundó el levantamiento, así como con las fuerzas de los falangistas, carlistas y otros destacamentos de la reacción. Sin embargo, la sublevación fracasó en Madrid y en el resto de las grandes ciudades. Dos días después de iniciada la rebelión, los alzados solamente controlaban poco menos de un tercio del país: parte de Castilla la Vieja, León, Galicia, Cáceres, poblaciones de Andalucía, oeste de Aragón, Navarra, Canarias, Baleares y Marruecos, en su mayoría regiones atrasadas, donde la reacción tenía mayor influencia. Las tropas rebeldes estaban aisladas entre sí y su destacamento más importante, el ejército expedicionario de África, se encontraba en Marruecos sin los medios necesarios para llegar a la península, pues la marina y la aviación permanecieron fieles al gobierno.

El balance para los sublevados hubiera sido aún más desfavorable, si el pueblo, principal defensor de la República, hubiese contado con las armas desde el principio.



Cartel de las fuerzas republicanas, “No pasarán”.

Pero el gobierno, con sus acostumbradas vacilaciones, tardó 48 horas en decidirse a dar este paso. Solamente al amanecer del día 19, luego de la formación del gabinete de José Giral, líder de los republicanos de izquierda, se ordenó entregar las armas a la población, como lo venían reclamando los comunistas, los socialistas y otras fuerzas integradas al Frente Popular, que desde el comienzo movilizaron a las masas para combatir a los alzados. Miles de hombres y mujeres se lanzaron a las calles de Madrid y otras ciudades, al conocerse la rebelión y sin armas habían hecho realidad la consigna heroica de “¡No pasarán!”, enarbolada por La Pasionaria.

De hecho, tras las primeras jornadas de lucha, el plan de los conspiradores había fracasado. Para entonces, el mismo general Mola —principal figura del movimiento, luego de la muerte de Sanjurjo, cuando volaba desde Portugal— y otros altos jefes insurrectos daban por perdida la contienda. Pero Franco insistió en la resistencia, confiando en la ayuda proveniente del exterior y ésta se concretó muy pronto. Empezó a fines de julio, con el establecimiento de un puente aéreo italo-alemán



Dolores Ibarruri junto a un grupo de combatientes del V Cuerpo de Ejército.

sobre el estrecho de Gibraltar, para trasladar el ejército de África hacia la península, y rápidamente fue extendiéndose hasta llegar a 50 000 soldados alemanes, integrados en la Legión Cóndor, y unos 150 000 italianos. La participación extranjera incluyó, asimismo, al Portugal salazarista, que facilitó su territorio para el traslado de armas y aportó alrededor de 20 000 hombres a los rebeldes. A estas cifras hay que añadir cerca de 100 000 legionarios africanos, provenientes del Marruecos español y del francés. La intervención extranjera, voluminosa además en el aporte de aviones, barcos y armas de todo tipo, salvó a la sublevación de una derrota segura y la transformó en una guerra larga y cruel.

El respaldo exterior — en particular, el de Hitler y Mussolini— fortaleció el liderazgo de Franco. El 1º de octubre de 1936, al crearse la titulada Junta Técnica, fue designado jefe de Estado y concentró en sus manos el mando militar y político. Unos meses más tarde, en abril de 1937, Franco promul-



Una parte de las mujeres españolas se sumó a la defensa de la República.

Política occidental

“Convirtieron la ‘no intervención’ en un instrumento de la victoria fascista... Franco solo, nunca tuvo una oportunidad de ganar en España. La guerra fue ganada por los alemanes e italianos, por la política de ‘no intervención’, y por la política americana de negar armas a la República”.

John F. Whitaker, escritor norteamericano.

gó el Decreto de Unificación, por el cual se fundió a los carlistas con la falange, dando lugar a la Falange Española Tradicionalista de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET de las JONS). El nuevo partido asumía la ideología falangista, según consta en el preámbulo del referido decreto, en el cual se proclamaba que su plataforma programática estaba constituida por los 26 puntos de Falange Española.

No menos criminal fue la política aplicada por las llamadas democracias occidentales al conflicto español. La “no intervención” promovida por Inglaterra y Francia y la “neutralidad” aplicada por Estados Unidos, con el pretexto de evitar la extensión de la guerra a otros países, contribuyó a prolongar la contienda española y representó un duro golpe para la causa republicana. Mientras Alemania e Italia intervenían, cada vez más descaradamente, apoyando el bando franquista, al gobierno legítimo de España se le prohibía la adquisición de armas e, incluso, de alimentos y medicinas, sometiéndolo a un riguroso bloqueo. Es más, en algunos de los países que se sumaron a esta política —en especial, en el caso de



Estados Unidos—, se permitió la venta de armamentos, vehículos y combustible con destino a los franquistas, bien directamente o a través de Alemania e Italia. Así lo reconoció el mismo presidente Franklin D. Roosevelt, cuando, el 21 de abril de 1938, admitió que las bombas lanzadas sobre Barcelona se habían vendido a Alemania y reexportado por ésta a Franco. La Casa Blanca presionó también a varios gobiernos; en particular, al de México—encabezado entonces por el general Lázaro Cárdenas, sincero amigo de la causa republicana— para que secundara la posición estadounidense.

La actitud hostil de Inglaterra y de Estados Unidos hacia la causa republicana resultaba comprensible, si se tiene en cuenta sus intereses en España y la tradicional oposición de esos países a cualquier proyecto transformador. Pero el caso de Francia era diferente. Allí existía, desde mayo, un gobierno de frente popular, encabezado por el socialista León Blum. En estas circunstancias, el apoyo francés a la República se daba por descontado. Sin embargo, Blum capituló ante el gabinete conservador británico y ante las presiones de la burguesía francesa y se convirtió en abanderado de la “no intervención”, con el pretexto de que la ayuda al gobierno español podría acarrear graves consecuencias internas e internacionales. Con esta actitud traidora, el reformista León Blum no sólo contribuía a estrangular la República, sino que le asestó un golpe definitivo al movimiento en defensa de la democracia y la paz en su propio país. Muy pronto se produjo allí la ruptura entre socialistas y comunistas, principales fuerzas del frente popular, y el gobierno de Francia quedó en manos de partidarios de la política de concesiones al fascismo italo-alemán, lo que en lugar de alejar, acercó el peligro de guerra y con ella la catástrofe nacional.

La Unión Soviética también fue invitada a participar en el acuerdo de “no intervención”. Ésta simpatizaba con la causa republicana y estimaba que la política correcta era la de ayudar al legítimo

Papel de la Iglesia

“Cuantos años, quizás siglos necesitará la Iglesia española para liberarse del aterrador equívoco, y para que los hijos de las mujeres asesinadas en Guernica, en Barcelona, en toda España, aprendan a no confundir la causa de su Dios crucificado, con la del General Franco”.

François Mauriac.

gobierno de España. No obstante, aceptó suscribir este acuerdo a condición de que se garantizara el cese inmediato de la ayuda a Franco por parte de las potencias fascistas. En ese caso, pensaban los soviéticos, el pueblo español se bastaría para derrotar a los militares facciosos. Pero a medida que transcurría el tiempo, el “Comité para la aplicación del acuerdo de no intervención” (Comité de Londres) —engendro anglo-francés para evitar la discusión del problema en la Liga de las Naciones y con ello impedir al gobierno español la defensa de sus intereses— se revelaba como una trágica farsa. Alemania, Italia y Portugal, miembros también de éste, continuaban abiertamente su colaboración con Franco, mientras Inglaterra y Francia sólo se preocupaban por cercar y asfixiar la República. Después de denunciar reiteradamente esta situación, la Unión Soviética declaró, en



Unión de sable y sotana: alianza de la Iglesia y el franquismo.



Intelectualidad antifascista

“La única cosa que a la vista de la circunstancias que enmarcan nuestra época, puede conservar viva en nosotros la esperanza de tiempos mejores, es la lucha heroica del pueblo español por la libertad y la dignidad humanas”.

Albert Einstein.

“Hay que unirse en torno a la heroica España. Es el corazón del mundo y encarna lo que hay en la humanidad de amor a la libertad, de elevado y noble”.

Alexei Tolstoi.

octubre de 1936, que no podía sentirse obligada a cumplir el acuerdo de no intervención en mayor medida que los demás firmantes y proclamó su decisión de ayudar al gobierno español.

En los días más aciagos para la República, cuando su pueblo rechazaba prácticamente a puños los ataques furiosos de los franquistas sobre la capital y otras importantes ciudades, la técnica militar soviética —sobre todo, los aviones cedidos al gobierno español— resultó de vital alcance. Además de armas, la Unión Soviética envió a España unos 2 000 asesores militares, los cuales contribuyeron a organizar y entrenar al ejército popular, integrado en su inmensa mayoría por hombres y mujeres del pue-

blo. Al mismo tiempo, la población soviética, con sus propios recursos, adquirió y envió a España ciertas cantidades de alimentos, ropas y medicinas. Estas mercancías no siempre llegaron a su destino, al ser interceptados y a veces hundidos los barcos que las transportaban, acciones que ejecutaban las flotas de Italia y Alemania, encargadas de impedir el auxilio a los republicanos.

Una brillante manifestación de solidaridad con la causa republicana fue la organización de las Brigadas Internacionales. En agosto de 1936, la Internacional Comunista organizó en París el Comité Internacional de Coordinación de la Ayuda a la República Española, el cual contó con la participación de Palmiro Togliatti y Josip Broz Tito, entre otros prestigiosos dirigentes comunistas. Las secciones de este comité, surgidas hasta en los más remotos rincones del planeta, tuvieron a su cargo el reclutamiento de combatientes voluntarios. Venciendo grandes dificultades para salir de sus propios países y llegar a España, aproximadamente 35 000 personas de 54 nacionalidades y de las más diversas convicciones políticas y religiosas, se incorporaron a la lucha, aceptando el desafío que el fascismo lanzaba a los pueblos amantes de la libertad. Los cubanos estuvimos representados allí por



Cementerio de internacionalistas en Fuencarral, presidido por la inscripción “¡Gloria a los voluntarios de la libertad caídos en España!”



Tristán Tzará durante la celebración del Congreso.

Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. El doctor Juan Negrín pronuncia el discurso de apertura.

un grupo de casi mil valerosos combatientes, muchos de los cuales ofrendaron sus vidas generosas; entre ellos, hombres del calibre y la dimensión humana de Pablo de la Torriente Brau.

Otra muy significativa manifestación de apoyo a la causa antifascista la protagonizaron los escritores de diversas partes

del mundo, quienes celebraron el Segundo Congreso Internacional de Escritores en la ciudad de Valencia. Allí se reunieron, desafiando los bombardeos de los franquistas y sus aliados, intelectuales de la talla de Ernest Hemingway, John Dos Pasos, Pablo Neruda, César Vallejo, Antonio Machado, Octavio Paz, Tristán Tzará, Ilia Ehrenburg, entre otros muchos. Por Cuba asistieron Juan Marinello y Nicolás



Así reflejó la prensa este importante Congreso de Intelectuales.



El fascismo

*“No un manojo, una manada
Es el fajo del fascismo,
Detrás del saludo, nada
Detrás de la nada abismo...”.*

Don Miguel de Unamuno.

Guillén. El congreso aprobó una contundente declaración de solidaridad con la causa republicana, que en opinión de los escritores representaba la esperanza de los pueblos frente a la reacción fascista. Esta declaración recibió el apoyo de otros escritores que por diferentes razones no pudieron estar presentes en el congreso.

A pesar de la ayuda soviética y la de las brigadas internacionales, la guerra era desigual. La España republicana, bloqueada por la “no intervención” y por la “neutralidad”, tenía que enfrentarse a las fuerzas reaccionarias del país, respaldadas por más de 300 000 soldados extranjeros y toda la potencia militar de Alemania e Italia, que utilizaron el conflicto como un polígono donde se probaron sus más modernas armas. Solamente una superioridad de esa magnitud podía vencer a un pueblo que protagonizó hazañas, como la legendaria defensa de Madrid, la derrota de las seleccionadas tropas italianas en Guadalajara, la valerosa ofensiva sobre Teruel y la batalla del Ebro, entre otras.

No pasarán

“¡El fascismo no pasará, no pasarán los verdugos de octubre! Comunistas, socialistas, anarquistas y republicanos, unidos a los soldados y a todas aquellas fuerzas armadas fieles a la voluntad del pueblo, van destrozando a los sublevados que han arrastrados por el fango de la traición el honor militar de que tantas veces han hecho alarde. Vibra de indignación el país ante estos desalmados que quieren, por el fuego y la violencia, sumir la España democrática y popular en un infierno de terror. Pero no pasarán. España entera está en pie de lucha”.

Dolores Ibarruri, *La Pasionaria*.



Soldados italianos durante la batalla de Guadalajara.

Al fatal desenlace de la guerra contribuyó, además, la falta de unidad en el campo republicano, motivada por los localismos, la diversidad de criterios de los partidos políticos, la actividad disgregadora de los anarquistas, etc. Esta situación se profundizó con la pérdida de Cataluña, en febrero de 1939, un doloroso golpe para la República. La caída de Cataluña y el reconocimiento del gobierno de Franco por Inglaterra y Francia unos días después, debilitaron el espíritu de resistencia de varios políticos y militares, y precipitaron los acontecimientos. El 3 de marzo, el coronel Segismundo Casado, jefe del Ejército del Centro, opuesto a la voluntad del gobierno de seguir resistiendo, se sublevó y tras asumir el control de la capital proclamó, junto al dirigente socialista Julián Besteiro, la formación del Consejo Nacional de Defensa, el cual trató infructuosamente de llegar a un acuerdo con Franco. El pueblo calificó aquel consejo como “junta de la traición”. El 28 de marzo, las tropas franquistas entraron en Madrid. En los tres días posteriores cayeron las plazas que aún se mantenían fieles al gobierno republicano. El 1º de abril de 1939, la guerra había terminado y se iniciaba el largo período del régimen falangista.

La guerra provocada por la reacción española ocasionó más de un millón de muertos, muchos de ellos víctimas de la brutal represalia de los franquistas o de los salvajes bombardeos a las ciudades, como el de Guernica, en abril de 1937, inmortalizado en la famosa pintura de Pablo



Un grupo de republicanos españoles llegan a México a bordo del vapor *Sinaia*.

Picasso. Cerca de un millón de personas tuvo que abandonar el país; entre ellos, muchos científicos, escritores, artistas y profesores. Más de 200 000 españoles fueron a parar a las cárceles, donde infinidad de ellos encontraron la muerte. El terror y el oscurantismo clerical se cernieron sobre el país. Todas las conquistas alcanzadas por el pueblo, en particular las transformaciones propiciadas por los gabinetes de coalición que gobernaron la República a partir de



Francisco Franco asiste en Madrid al desfile de la victoria.



Así quedó la otrora hermosa ciudad de Guernica, tras los bombardeos fascistas.

septiembre de 1936, fueron liquidadas. La oligarquía financiera y terrateniente se adueñó de nuevo de España.

Los combatientes internacionalistas que sobrevivieron a la contienda no tuvieron mejor suerte que los republicanos españoles. La mayoría de ellos logró pasar al territorio francés, donde fueron maltratados por las autoridades en los mal llamados campos de refugiados. Una parte pudo salir de allí con diferentes destinos, antes de que el país fuera ocupado por Hitler, pero el resto fue a parar a los campos de concentración nazi en la propia Francia o en Alemania. Un escalofriante testimonio del sufrimiento de estos hombres nos brinda el libro inédito "El desfile de los espectros", del cubano Aurelio Ballenilla Portuondo, quien junto a otros compatriotas antifascistas estuvo internado en el tristemente célebre campo de "castigo y eliminación" de Dachau, en Baviera. Ballenilla Portuondo fue uno de los pocos que logró salir con vida de aquel infierno.



Cuadro de Picasso que inmortaliza el crimen de Guernica.

La derrota de la República fortaleció el movimiento fascista internacional y representó un importante paso en el camino hacia la Segunda Guerra Mundial. Pero la heroica lucha del pueblo español no fue infructuosa. Ella desempeñó un enorme papel en la movilización de los hombres y mujeres progresistas de todo

el mundo contra el peligro fascista. En el curso de aquella desigual batalla comenzó a forjarse la fuerza que generaría más tarde el movimiento de resistencia en la Europa ocupada por Hitler y Mussolini, el cual desempeñaría un significativo papel, no siempre reconocido, en el conflicto que se avecinaba.



La evolución del socialismo soviético



Al haber logrado sobrevivir al fracaso de la oleada revolucionaria de posguerra y a la dura prueba que representó la guerra civil y la intervención extranjera, el nuevo régimen inaugurado por la Revolución de Octubre experimentó, desde principios de los años 20, profundas transformaciones institucionales, económicas, políticas, sociales y culturales, que modificaron de manera sustancial la situación del país, así como su lugar y papel en el plano internacional.

Resulta difícil describir con palabras el grado de miseria y de ruina que padecía Rusia al terminar la guerra civil. Siete años continuos de guerra (cuatro de guerra mundial y tres de contienda civil), con su secuela de muerte, hambre y enfermedades, habían reducido la población en casi 20 millones de personas. El país estaba semidestruido y prácticamente paralizado de un confín a otro confín. En 1920, la producción industrial representó el 14 % de la obtenida en 1913, mientras que la agricultura se redujo en más de un 50 % en el mismo período. El transporte no funcionaba. No existía intercambio comercial con el extranjero. Se experimentaba una aguda escasez de alimentos y de artículos imprescindibles. El dinero no tenía valor alguno. Alguien dijo, con toda razón, que el país en su conjunto tenía frío y hambre, estaba enfermo, exhausto y exacerbado.

A las dificultades económicas se añadían las políticas. Terminada la guerra civil y con ella el peligro de retorno de los latifundistas, los campesinos empezaron a expresar su descontento con la contingencia forzosa de víveres. Exigían la derogación de esta medida y la posibilidad de vender sus excedentes para adquirir artículos industriales. El malestar abarcó también a la clase obrera, que se encontraba dispersa debido a la paralización de las fábricas. Una parte considerable de los obreros marcharon al campo o se dedicaban a la artesanía. Esta situación se aprovechó por los elementos opositores, que organizaron huelgas y sublevaciones campesinas en diversos lugares del país. La más importante de estas acciones fue el amotinamiento de una parte de los marinos de la base de Kronstadt, perteneciente a la flota del Báltico, en febrero de 1921, sofocado a un alto costo.



El primer tractor, Vladimir Gavrilovich.



Dos figuras de la Revolución rusa: V. I. Lenin y L. Trotski. Con posiciones discrepantes en relación con la NEP.

El contexto internacional resultaba también adverso para el poder soviético. Las grandes potencias tuvieron que abandonar la confrontación directa, pero mantuvieron el país sometido a un férreo bloqueo y al aislamiento político, al mismo tiempo que lograron frustrar el esperado triunfo revolucionario en Europa, pese a los esfuerzos de la Internacional Comunista. Las experiencias soviéticas en Hungría, Eslovaquia y Baviera, que tuvieron lugar en 1919, fueron destruidas en poco tiempo, y la revolución alemana desembocó en una república parlamentaria dominada por la derecha socialdemócrata. En Italia se vislumbraba una salida fascista frente al auge popular, mientras que en Inglaterra y Francia se lograba neutralizar la crisis, al combinar la fuerza y las concesiones. La ola revolucionaria vinculada a la guerra y a la influencia de la Revolución de Octubre, comenzaba a descender. Rusia sólo podía contar con la solidaridad de una parte del proletariado internacional.

En estas difíciles condiciones se enfrentó la reconstrucción del país. Para encarar esta tarea, Lenin propuso la adopción de una Nueva Política Económica (NEP) en sustitución del comunismo de guerra. La posición de Lenin encontró en un inicio resistencia en el seno del partido. Algunos dirigentes bolcheviques —en particular, Trotski y sus seguidores— eran partidarios

de mantener el comunismo de guerra, ensalzando la igualdad en la miseria como transición directa a la sociedad comunista, lo que Lenin consideraba una locura teórica y política. Tras una enconada y difícil lucha, las tesis de Lenin se aprobaron finalmente por el X Congreso del Partido Comunista (bolchevique) de Rusia, en marzo de 1921.

El primer paso de la NEP fue sustituir el sistema de contingentación forzosa por el impuesto en especie (a partir de 1924 en metálico). En lo adelante, los campesinos podían vender libremente en el mercado los productos que les quedaban después de entregar al Estado una parte de ellos en concepto de impuesto. El impuesto se fijaba en correspondencia con el volumen de la propiedad y la producción. A los campesinos más pequeños y empobrecidos se les eximía de la contribución. El comercio pasó a ser la forma básica de los nexos económicos entre la ciudad y el campo. Se autorizó el comercio privado y se impulsó el comercio con las cooperativas, apoyadas por el Estado en la medida de sus posibilidades. La introducción de esta medida estimuló la producción en el campo y reportó beneficios para los campesinos y para toda la sociedad.

Con el fin de restablecer cuanto antes la industria y aumentar la producción de mercancías, el Estado concentró sus esfuerzos y menguados recursos en la

reconstrucción de la industria pesada y entregó en arriendo a cooperativas y particulares muchas empresas pequeñas y medianas. Algunas grandes fábricas fueron administradas conjuntamente con capitalistas extranjeros o entregadas directamente a éstos en calidad de arriendos. Al mismo tiempo, se eliminó la excesiva centralización en la administración de la industria y se estableció el principio de retribución de acuerdo con la cantidad y calidad del trabajo, lo que estimuló la productividad de los trabajadores. Por otra parte, en 1922 se logró poner en circulación un nuevo rublo respaldado por oro, lo cual resultaba imprescindible para el desarrollo de la actividad económica.

Las medidas de la NEP implicaron cierto desarrollo de los elementos capitalistas en la economía del país y sus correspondientes consecuencias sociales; en particular, una irritante diferenciación tanto en el campo como en la ciudad y la reaparición de actitudes y vicios ajenos a la nueva sociedad. Surgió entonces la interrogante de quién vencería a quién,

Las repúblicas de la URSS

Con el paso del tiempo, la composición y estructura de la URSS se modificaría hasta llegar a integrar 15 repúblicas y varias regiones autónomas.

generándose una polémica que abarcó no sólo las estructuras del partido y del Estado, sino también una parte considerable de la población. Los detractores de la NEP estimaban que ésta conduciría a la restauración del capitalismo. Pero Lenin y la mayoría que lo respaldaba consideraban que, si el Estado lograba mantener el control sobre los medios fundamentales de producción, la banca, el transporte y el comercio exterior, y si los comunistas aprendían de los capitalistas y demostraban ser no solamente honestos, sino también eficientes, las relaciones socialistas se impondrían de manera inevitable. Para Lenin era decisivo, además, el trabajo de



Del antiguo Imperio ruso se desprendieron Finlandia, Estonia, Lituania, Letonia, Polonia y la región de Besarabia, pero la Unión Soviética seguía siendo el país más extenso del mundo.



educación política e ideológica por parte del partido y de las organizaciones sociales.

Mucho se ha discutido, desde entonces y hasta la actualidad, acerca de si la NEP constituyó una consecuencia obligada de las condiciones generadas por la guerra o si, por el contrario, era una política de largo alcance. Ciertamente es que algunas de sus medidas, como el caso del impuesto en especie, eran transitorias y obedecían a la situación del momento, cuando el Estado necesitaba disponer de un fondo de alimentos y materias primas para reanimar la economía. Pero todo parece indicar que, en su esencia, la NEP no tenía un carácter coyuntural y respondía a la estrategia leninista para la construcción del socialismo, esbozada ya en 1918, antes de iniciarse la guerra civil y la intervención extranjera en el país, situación que obligó a tomar medidas extraordinarias, como ya hemos visto.

De cualquier forma, los resultados de la NEP no se hicieron esperar. En varios años de duro trabajo y todavía de grandes privaciones, la economía fue reanimándose y para 1926 había alcanzado y en algunos sectores superado los niveles de 1913. Resultó una gran proeza. Rusia alcanzó los niveles de preguerra antes que Inglaterra, Francia y Alemania. Desapareció en gran medida el hambre, disminuyó de manera notable el desempleo, aumentaron los salarios y mejoraron las condiciones sanitarias. Simultáneamente, fue reanimándose la vida cultural y científica del país. Se retomó el programa de alfabetización, interrumpido por la guerra civil.

El “cordón sanitario”

Desde 1919, las grandes potencias occidentales organizaron una red de gobiernos hostiles a la Rusia soviética. Con este “cordón sanitario”, así bautizado por Churchill, se pretendía evitar la expansión del bolchevismo hacia el resto de Europa.

Se incrementó la investigación científica, obteniéndose importantes resultados en la prospección de las riquezas naturales y en otros campos, como la física, la química y la radiología.

En la recuperación económica desempeñó un importante papel la creación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), en diciembre de 1922. La Unión Soviética surgió como un Estado federal multinacional, que unió voluntariamente y en pie de igualdad a las cuatro repúblicas socialistas surgidas después de la revolución: las de Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Transcaucasia (Georgia, Armenia y Azerbaiján). Durante la intervención extranjera, estas repúblicas coordinaron estrechamente sus esfuerzos y al terminar la guerra, tras un complejo proceso de negociaciones, decidieron unirse. La Unión Soviética fue proclamada oficialmente por el I Congreso de los Soviets de la Unión, el 30 de diciembre de 1922, y su primera carta magna se aprobó en enero de 1924 por el II Congreso de los Soviets de la URSS. Esta constitución mantuvo aún las restricciones electorales contempladas en la de 1918. La creación de la Unión Soviética fue la última gran obra de Lenin, quien murió prematuramente el día 21 de enero de 1924, víctima de una larga enfermedad ocasionada por las secuelas del atentado de 1918 y por el intenso trabajo a que estuvo sometido.

El restablecimiento de la economía y la formación de la Unión Soviética modificaron la situación exterior del país. Desde 1922 se restablecieron las relaciones con Alemania (Tratado de Rapallo) y a partir de 1924 comenzó un período de reconocimiento internacional del Estado soviético, el cual incluyó todas las demás grandes potencias, excepto a Estados Unidos, que no lo haría hasta 1934. Ello no implicó el cese de la hostilidad, que continuó manifestándose de variadas formas, pero representó la aceptación oficial de la nueva realidad. En la actitud de los gobiernos occidentales influyó también el movimiento de solidaridad con el poder soviético y la



necesidad de reorganizar las relaciones económicas internacionales. Por entonces, la Unión Soviética suscribió acuerdos de buena vecindad con varios Estados limí-

trofes o cercanos, lo que inició la ruptura del “cordón sanitario” organizado para aislar al régimen socialista, y reinició los intercambios comerciales con el exterior.

LA ERA DE STALIN

A partir de 1927, Iosiv V. Stalin, quien había quedado al frente del partido después de la muerte de Lenin (en la práctica ejercía esa función desde 1922), reafirmó su liderazgo frente a las corrientes opositoras lideradas por Trotski y otros dirigentes bolcheviques, que habían sacudido la estructura partidaria tras la ausencia de Lenin. Entre 1924 y 1927, se enfrentaron básicamente dos tesis. Stalin defendía la idea del socialismo en un solo país; es decir, una revolución exclusivamente nacional, como punto de partida de la mundial. Según Stalin, se trataba de la lucha entre un centro de la revolución comunista, con sus posibles aliados, y un centro del capitalismo. Del éxito de la revolución en Rusia dependería el de la mundial. Trotski, por el contrario, estimaba que la revolución no podría triunfar en Rusia, sino era apoyada por movimientos similares en todo el mundo (teoría de la revolución permanente) y condicionaba la política interna y exterior del país al logro

de un estallido revolucionario global. El carácter extremista de esta tesis y la escasa flexibilidad de su defensor, determinaron el alejamiento de aliados coyunturales y facilitaron la imposición de Stalin, quien finalmente logró la expulsión del partido y el castigo de todos los opositoras, incluidos quienes sólo sostenían opiniones diferentes a las suyas en determinadas cuestiones y que en algunos momentos lo habían apoyado en la lucha contra el trotskismo. En cuanto a Trotski, fue desterrado a Alma Ata en 1927 y en 1929 tuvo que abandonar el país. Poco después fundó la llamada IV Internacional, inspirada en su ideario. Fue asesinado en México, en 1940, presumiblemente por orden de Stalin.

Se inició entonces una nueva etapa en el desarrollo de la Unión Soviética. En el orden político empezó la estructuración de un régimen basado, cada vez más, en el poder personal de Stalin, mientras que en el plano económico se emprendió un ambicioso programa de industrialización y

Iosiv Visariovich Dzhugachvili (*Stalin*) 1879-1953

Nació en Georgia en el seno de una familia humilde. Hijo de un zapatero. Se educó en un seminario religioso, del cual fue expulsado a los 20 años por sus ideas revolucionarias. En 1899 ingresó en el Partido Socialdemócrata y se hizo revolucionario profesional. Fue detenido ocho veces por el zarismo y en la última ocasión guardó prisión por cuatro años, hasta 1917. Participó en la revolución de 1905-1907, incorporado al grupo bolchevique. En 1910 adoptó el seudónimo de Stalin (acero en español). Se destacó en el proceso que condujo a la Revolución de Octubre. Fue Comisario del Pueblo de las Nacionalidades durante el primer gobierno soviético y Comisario del Pueblo para el Control del Estado entre 1919 y 1923. Participó en la guerra civil como comandante de varios frentes. Desde 1922, debido a la enfermedad de Lenin, se convirtió en secretario general del partido, cargo en el cual fue confirmado en 1924 y que ocuparía hasta su muerte en marzo de 1953. Durante su largo período al frente del país concentró el poder en sus manos e hizo gala de su seudónimo.



León Trotski en el exilio.

colectivización de la agricultura, a través de planes quinquenales fijados por el Estado, lo que supuso un mayor control de éste y el desmontaje paulatino de la NEP. Este programa se desarrolló básicamente con recursos internos, en gran medida provenientes de mayores e impopulares impuestos a los campesinos —sobre todo, a los grandes y medios— y mediante una severa política de austeridad.

Los planes quinquenales comenzaron en 1928 y cuando la agresión de Alemania interrumpió la ejecución del tercero de ellos, en 1941, la Unión Soviética se había convertido en una gran potencia industrial, que producía siete veces más que en 1913. Su volumen de producción



Campeños solicitan su inscripción en un koljós durante la política de colectivización de la agricultura aplicada por Stalin.

era sólo superado por Estados Unidos, aunque en producción per cápita y calidad no alcanzaba a ninguna de las potencias occidentales. Las realizaciones en este terreno resultaron colosales. En ese breve período, se construyeron más de 3 500 grandes empresas y se modernizaron las ya existentes. El país quedó totalmente electrificado con la construcción de enormes plantas generadoras a partir del petróleo, cuya producción se incrementó vertiginosamente, y del empleo del agua. Surgieron nuevas industrias como la de maquinaria automotriz, la aeronáutica, la de maquinarias-herramienta, la química y otras. La Unión Soviética estaba ya en condiciones de producir sus propios medios de producción y sus armamentos con total independencia del mundo exterior. Los planes quinquenales modificaron la geografía económica del extenso territorio soviético, al iniciar la industrialización de las zonas periféricas de Rusia, donde fueron surgiendo grandes centros urbanos y económicos de todo tipo, destacándose, en este sentido, los espectaculares cambios de la región asiática.

Las transformaciones se extendieron a las vías de comunicaciones y a otros sectores de la infraestructura. En todo el país se construyeron miles de kilómetros de vías férreas (incluido el ferrocarril transiberiano de doble vía) y carreteras, así como decenas de universidades, institutos tecnológicos, centros de investigaciones e instalaciones sanitarias. Se inició la modernización de las mayores ciudades, principalmente de Leningrado y de la capital. Durante los años del primer plan quinquenal se construyó el famoso metro de Moscú, así como el canal Volga-Moscú, y se levantaron numerosas edificaciones para uso oficial y de la población, como los monumentales edificios para el Palacio de los Soviets y la Universidad Lomonosov, entre otros. La educación recibió una atención priorizada. Se puso término al programa de alfabetización y se estableció la enseñanza obligatoria de siete grados, estimulándose el acceso de los trabajadores a los estu-



Grandes industrias de los planes quinquenales.

dios superiores; sobre todo, en las ramas técnicas.

Al mismo tiempo, ocurrió la colectivización de la agricultura, promoviéndose el establecimiento de grandes haciendas cooperativas y estatales (*koljoses* y *sovjoses*, respectivamente), los cuales agruparon a los productores individuales. En el proceso de colectivización no siempre se tuvo en cuenta la voluntariedad de los campesinos, cuestión que Lenin consideraba inviolable. Ello condujo a graves arbitrariedades y abusos; en especial, con los campesinos medios y ricos, quienes fueron objeto de duras represalias, lo que provocó sangrientas sublevaciones en varias partes del país. Precisamente en este período, dos años antes de las represiones masivas del stalinismo, aparecieron los primeros campamentos de trabajos forzados, a donde fueron a parar muchos campesinos descontentos. Sin embargo, en *Campos roturados*, no precisamente una novela crítica, Mijail Sholajov dejó un crudo testimonio de la eliminación de los llamados *kulaks*. Aunque la colectivización se suavizó desde fines de 1931, cuando se permitió a los campesinos que ingresaban a los *koljoses* poseer un área de autoconsumo y algunos animales, los errores cometidos durante aquel proceso determinaron

que la producción agrícola no avanzara lo esperado, a pesar del esfuerzo para dotar al campo de tractores y otros medios mecanizados. Ello afectó el suministro de materias primas a la industria y, sobre todo, de alimentos a la población; en particular, en los primeros años de la década.

A estos problemas se sumaron otros, aún más graves y trascendentes, vinculados a lo que los mismos soviéticos calificarían después —al parecer, muy generosamente— como el culto a la personalidad de Stalin. Falta todavía un estudio definitivo de esta importante figura. No obstante, no cabe dudas de que Stalin había acumulado grandes méritos dentro del partido y de que fue un hombre de gran voluntad y un formidable organizador. Así lo demostró durante los planes quinquenales y, con



Viejas y nuevas construcciones en Moscú.



Carta al Congreso

Stalin logró que la Carta de Lenin sólo se conociera por el Buró Político, que no obstante lo propuso al Congreso, luego que aquél reconoció sus defectos y se comprometió a corregirlos. En esta decisión resultó determinante, al parecer, el temor a que Trotski, la otra personalidad relevante del partido, se hiciera de la dirección. La carta fue conocida íntegramente en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS).

posterioridad, en la lucha contra la Alemania fascista. Pero poseía, al mismo tiempo, rasgos muy negativos en su personalidad, sobre los cuales Lenin había advertido tempranamente, cuando en su conocida carta al XIII Congreso del Partido, en 1922, señaló su preocupación acerca de que Stalin no pudiera utilizar con la adecuada prudencia el enorme poder que se depositaba en sus manos, al ocupar la Secretaría General del partido. Méritos aparte, Lenin lo consideraba un hombre autoritario, intolerante y grosero en el trato con los compañeros y recomendaba su sustitución por un compañero con igual aval, pero sin estos defectos. Los hechos confirmarían más tarde la apreciación del fundador del Estado soviético.

Desde principios de los años 30, Stalin comenzó a abandonar progresivamente

las normas de dirección colectiva en el partido. Atribuyéndose los éxitos que obtenía el país, llegó a creer en su propia infalibilidad. Para asentar su poder personal fue rodeándose de personas incondicionales, al mismo tiempo que desató una represión brutal contra la vieja guardia bolchevique. Las purgas en el partido, el Estado y el ejército, desarrolladas a partir de 1934, alcanzaron a miles de cuadros, acusados de traición y de colaboración con el enemigo, los llamados “enemigos del pueblo”. Para justificar estas medidas, Stalin acudió a la tesis de que a la par que avanzaba el socialismo, se fortalecía la lucha de clases, aunque desde mediados de la década se proclamó la inexistencia de clases explotadoras. Esta perniciosa tesis le sirvió también de fundamento para introducir severas limitaciones a la democracia socialista, la cual paradójicamente se había ampliado con la Constitución de 1936, y para reprimir supuestas manifestaciones de oposición de la intelectualidad y otros sectores de la sociedad soviética, así como para maltratar de diversas formas a las nacionalidades no rusas.

La conocida novela *Los hijos del Arbat*, de Nicolai Rybakov, uno de los escritores proscritos por Stalin, ofrece un extraordinario fresco histórico, en la línea de la gran novelística rusa, sobre los orígenes del estalinismo y el inicio de las persecuciones so pretexto de castigar el asesinato de Serguei M. Kirov, miembro del Buró Político del PCUS y su secretario gene-



Concentración en la Plaza Roja en los años 30.

ral en la ciudad de Leningrado (nombre que adoptó Petrogrado tras la muerte de Lenin). Además de un detallado y sombrío retrato del gobernante soviético, el novelista proporciona claves para deducir que el asesinato del popular dirigente leningradense fue ordenado por el mismo Stalin. El autor de estas líneas, en varias y relativamente prolongadas estancias en la bella ciudad del Neva, escuchó decir a muchos contemporáneos de aquellos acontecimientos, que Kirov fue asesinado no porque se opusiera a la línea de Stalin, sino porque éste lo consideró un potencial rival, debido a su carisma y popularidad. De acuerdo con el testimonio de viejos militantes, Stalin no pudo admitir que Kirov lo superara en la votación para integrar el Comité Central y el Buró Político, en el XVI Congreso del PCUS.

Según se supo después del XX Congreso del PCUS celebrado en 1956, entre 1934 y 1938, dos tercios de los miembros del Comité Central del partido sufrieron represalias, la mayoría de ellos ejecutados. Los casos más conocidos, por su relevancia, fueron los de Nicolai Bujarin, Grigori Zinoviev y Alexei Rikov, acusados por Stalin de traición al país. En ese mismo período, fueron purgados más de la mitad de los oficiales superiores del ejército; entre ellos, los mariscales Mijail Tujachevski, Egorov y Blujer, populares héroes de la guerra civil. De acuerdo con lo dicho más tarde por el mismo mariscal Voroshilov, por aquel entonces ministro de Defensa, hacia 1939 se habían represaliado a unos 120 000 militares y a sus familiares. Las masivas purgas de militares desorganizaron y debilitaron las fuerzas armadas, lo que tendría muy negativas consecuencias cuando aconteció la agresión de la Alemania fascista, en junio de 1941.

El llamado culto a la personalidad de Stalin fue responsable también de muchas deformaciones, las cuales acompañarían luego al Estado soviético durante casi toda su historia. La estructura partidaria prácticamente se fundió con la estatal. El partido abandonó de manera paulatina su verdadero

La Constitución de 1936

Estableció el sufragio universal, directo y secreto para todos los órganos de poder, eliminando las restricciones para los antiguos propietarios, el clero y los policías del zarismo, que no podían elegir ni ser elegidos. Amplió los derechos de las repúblicas y de todos los ciudadanos y reforzó los mecanismos para garantizar el cumplimiento de la legalidad socialista. Pero todo ello tuvo, en gran medida, un carácter formal.

papel y adquirió funciones administrativas de grandes dimensiones. En la práctica, se anuló la indispensable independencia de las organizaciones políticas y sociales y la efectiva participación popular en la toma de decisiones. La economía asumió un modelo caracterizado por una rígida centralización que, entre otros males, propició el desarrollo de una frondosa burocracia, a cuya sombra empezaron a proliferar disímiles vicios, entre los cuales se destaca el surgimiento de una verdadera casta de funcionarios, la cual acumularía gran poder e innumerables privilegios.

Nada de esto se correspondía con las concepciones de Lenin sobre la construcción



Nicolai Bujarin y Mijail Tujachevski, víctimas de la represión stalinista.





Cartel soviético en el que se tributa culto a Stalin. Vestido de militar parece instruir a dos representantes del pueblo trabajador. La escena idealizada es típica de la propaganda apologética estalinista.

del socialismo, algo en lo que el máximo líder bolchevique había insistido mucho en los últimos años de su vida. Ilustrativos en este sentido resultan sus discursos, artículos y cartas del período 1921-1923, en los cuales, entre otras cosas, advirtió sobre la

Del Informe al XX Congreso del PCUS

“Cuando analizamos las prácticas de Stalin en cuanto a la conducción del partido y la nación, cuando nos detenemos a considerar cualquier acto de Stalin, debemos convencernos de que los temores de Lenin estaban justificados. Las características negativas de Stalin, que en época de Lenin eran sólo incipientes, se transformaron en un grave abuso de poder que causó un increíble daño a nuestro partido. Stalin no actuó mediante la persuasión, la explicación y la cooperación paciente con las personas, sino imponiendo sus conceptos y exigiendo obediencia absoluta a su opinión. Quien se oponía a ello, o procuraba imponer su punto de vista y la exactitud de su posición, quedaba sentenciado a la exclusión del mando colectivo y a la correspondiente aniquilación moral y física.

Colectivo de autores: *Historia del mundo actual*.

necesidad de combatir con sistematicidad y rigor todo tipo de deformaciones, estimulando un mayor control popular en todos los ordenes, así como fortalecer, cada día más, la alianza obrero-campesina, la unidad del partido y la democracia socialista. Para Lenin, la democracia, entendida como la participación real y efectiva de las masas en la vida del país, era consustancial al socialismo. En estos trabajos, le concedió gran importancia al problema nacional, insistiendo en la necesidad de garantizar una efectiva igualdad para todas las nacionalidades y de combatir sin contemplaciones el chovinismo ruso.

Hasta la actualidad, la historiografía occidental no marxista suele identificar el stalinismo con el leninismo, estableciendo una relación de continuidad en la valoración del proceso soviético. Así las cosas, el régimen de Stalin se concibe no como una obra personal, sino como consecuencia y desarrollo lógico de la revolución y el pensamiento leninista. Pero el examen objetivo de los hechos permite establecer una clara oposición entre Lenin y Stalin. El primero subordinó todo su interés personal al partido y a la revolución, mientras que el segundo utilizó a uno y otra para cumplir sus ambiciones y desarrollar sus retorcidos instintos. Por otra parte, a diferencia de Lenin, Stalin reflejó en su actuación falta de confianza en su capacidad para analizar y enfrentar las más diversas situaciones, lo que explica, en buena medida, la aplicación del terror como una forma para evitar riesgos y afirmar su poder. Stalin, aunque persistente y laborioso, careció de la competencia y las cualidades necesarias para desempeñar su compleja responsabilidad y por ello actuó con gran desconfianza hacia su entorno y con enorme crueldad frente a sus enemigos, reales o supuestos. En rigor, el stalinismo constituyó la negación del leninismo y, en general, del bolchevismo, aunque Stalin se proclamara continuador de Lenin.

No obstante lo anterior, las realizaciones de los planes quinquenales repre-

sentaron un incuestionable avance para la Unión Soviética y para su pueblo, si bien se alcanzaron a un alto costo. A pesar de las aberraciones del estalinismo, los éxitos de la Unión Soviética mejoraron notablemente las condiciones de vida de la población y despertaron grandes simpatías entre los trabajadores y la intelectualidad de los países occidentales, que entonces atravesaban las difíciles consecuencias de la crisis de 1929. Entre otras formas, ello se reflejó en el crecimiento de los partidos comunistas y en un mayor protagonismo de éstos, así como en el fortalecimiento de las organizaciones sindicales vinculadas a ellos. Por otra parte, sus avances determinaron que muchos gobiernos capitalistas adoptaran, en cierta medida, los métodos de planificación soviética para salir de la crisis y conducir posteriormente sus economías. El prestigioso historiador inglés Eric Hobsbawm, en su conocido libro *Historia del siglo XX*, llega a señalar que la planificación soviética no sólo sirvió de referencia al capitalismo de aquel período, sino que contribuyó a salvarlo de una hecatombe segura.

Los progresos de los años 30 fortalecieron la situación exterior de la Unión Soviética y le permitieron desempeñar un relevante papel en el plano internacional. Aunque la problemática de las relaciones internacionales se abordará más adelante, en otro capítulo de esta obra, es necesario señalar que, durante aquellos complejos años, la Unión Soviética se

El PCUS y la Komintern

El Partido Comunista de la Unión Soviética tenía una influencia determinante en la orientación de la Internacional Comunista que, por lo general, subordinaba su actuación a las posiciones de la URSS, con el argumento de que su primer deber era defender el Estado Soviético.



Dibujo alegórico a la industrialización de la URSS (1934).

destacó por su incesante lucha contra el fascismo y por evitar el desencadenamiento de una nueva guerra mundial, por lo menos hasta principios de 1939, antes de la firma del pacto germano-soviético, el cual representó un giro total en su política. La Unión Soviética batalló entonces intensamente por la unidad de las grandes potencias para enfrentar y detener la agresividad de Alemania, Italia y Japón, al mismo tiempo que les prestó una gran ayuda a los pueblos víctimas de los agresores, destacándose en este sentido su participación política y militar en la defensa del régimen republicano español, entre 1936 y 1939.



Planta metalúrgica de la URSS de 1927.



El cartel destaca la escolarización, como uno de los indiscutibles logros de la etapa.

La actitud de la Unión Soviética influyó de manera decisiva en la orientación del movimiento comunista internacional, el cual también desempeñó un destacado papel en el combate contra el fascismo y la guerra; en particular, en Europa.

Resulta indiscutible que los comunistas fueron la fuerza que más decidida y enérgicamente se enfrentó al fascismo, desde que éste apareció en el escenario político. Muchos de ellos ofrendaron sus vidas o fueron a parar a las cárceles, pero no siempre actuaron con una línea acertada. Durante los años 20 y todavía a principios de la década del 30, los comunistas vincularon su lucha antifascista con el establecimiento del socialismo, lo que condujo a acrecentar sus diferencias con otras fuerzas contrarias al fascismo, principalmente con la socialdemocracia, que tenía una influencia mayoritaria en el movimiento obrero y no quería una salida revolucionaria. Con esta posición sectaria, los comunistas se alejaban de masas que podían atraer para enfrentar la reacción y contribuían a profundizar la escisión de la clase obrera. Esta postura se abandonaría después de la llegada de Hitler al poder y de los intentos de golpe fascista en Austria y Francia, en 1934, adoptándose una política de unidad antifascista y en defensa de la democracia, como paso obligado para mayores empeños. Tal política fue asumida oficialmente por el VII Congreso de la Tercera Internacional, en agosto de 1935, lo que contribuyó a fortalecer el papel de los comunistas en los años posteriores.



Cultura y vida cotidiana en el período



La Primera Guerra Mundial también dejó, como otro de sus saldos dramáticos, profundas huellas en la vida espiritual de la humanidad.

Desde luego, la guerra supuso una quiebra en el desarrollo de la literatura y el arte —sobre todo, dentro del continente europeo—, aunque ello no significa que la voluntad creadora de escritores y artistas, al verse así obstaculizada, se apagara por completo. Esto lo vino a probar, en 1916, la fundación por el poeta rumano Tristán Tzará y sus seguidores del Movimiento Dadá, en la neutral Suiza. Otros signos indicadores de cómo se venía desarrollando el mundo literario en medio de tales circunstancias, los aporta el hecho de que un poco antes, en 1915, apareciera publicada *39 escalones*, novela del escritor y político británico John Buchan, una obra cuyo contenido tendencioso marcaba la revitalización de la novela de asunto de espionaje, género este que tendrá continuidad y desarrollo como instrumento en la lucha ideológica hasta la actualidad, o que, en pleno desarrollo del conflicto, apareciera *El fuego*, novela que, con el tema de la guerra, le hiciera ganar notoriedad a su autor, el francés Henri Barbusse.

No obstante, en Rusia, los acontecimientos revolucionarios de 1917 pusieron en crisis la vida artística y literaria preexistente, al punto de generar adhesiones, di-

sidencias y enfrentamientos en los medios en que se desenvolvía hasta ese momento la vida cultural. Por ejemplo, si bien resulta explicable que Máximo Gorki manifestara su compromiso con el proyecto que cobraba cuerpo en la que fuera la Rusia imperialista, resultó sorprendente que Alexander Blok, un autor de la corriente simbolista, permeado de misticismo-filosófico en *Cantos a la bella dama*, escribiera, al calor de la revolución naciente, *Los doce*, obra reveladora de cuán profundamente pueden calar cambios de esta índole en la intelectualidad creadora. Influjo semejante encontró receptividad en el ánimo de otros autores reconocidos como Vladimir Mayakovski, venido del futurismo; el simbolista, Valeri Briusov, luego funcionario del nuevo Estado, y Andrei Bieli, cuya conciencia poética lo llevó a describir a Octubre como “*Trueno de alegría nacido de la luz... año de fuego indescriptible*”.

La cultura y el arte en los primeros años de la Revolución de Octubre

Escritores como Máximo Gorki, Mijail Sholojov, Vladimir Mayakovsky y Alexei Tolstoi, que decidió regresar al país, alentaron la creación literaria que, naturalmente, estuvo influida por la impronta de la revolución, así como las demás manifestaciones artísticas, aunque prevaleciendo la libertad creativa. Las artes plásticas con varias figuras de talla internacional, la música con Prokofiev y el teatro con Stanislavski brillaron en este período.



John Buchan (1875-1940).



Henri Barbusse (1873-1935).



Alexander Blok (1880-1921).



Mijail Sholohov (1905-1984).

Por el contrario, otros artistas de la palabra no necesariamente simbolistas, como Demetrio Meretzkovsky, su esposa Zenaida Guippius o Konstantin Valmont, y autores realistas, como Ivan Bunin y E. Chirikov manifestaron su rechazo al hecho revolucionario e, incluso, se encontraron entre quienes decidieron, erigidos en representantes de la cultura rusa, expulsar de la sociedad de autores Sreda a Alexander Serafimovich, autor de *Torrente de hierro*, bajo el cargo de defender el poder soviético. De más está decir que estos escritores abandonaron rápidamente el país y dedicaron desde entonces sus esfuerzos a lanzar ataques contra éste.

Por supuesto, el fin de la Primera Guerra Mundial vino a demostrar hasta qué punto la vida había cambiado y, con ella, las mentalidades. Así, desde ese momento,

ante la intelectualidad creadora quedará planteado el problema relacionado con el deber ser y actuar ante las realidades política, sociales y, desde luego, humanas en el tiempo por venir. Como era de esperar, la guerra se erigió en la temática del momento, como lo ponen de relieve en la literatura, apenas terminado el conflicto, el francés Roland Dorgelés con su novela *La cruz de boj* y el alemán Erich María Remarque con *Sin novedad en el frente*, un tanto tardía, pues la publica en 1926.

En 1919, en el seno de una Alemania de posguerra, derrotada, sumida en crisis económica y enfrentada a una situación sociopolítica sumamente inestable, Walter Gropius funda la Bauhaus, escuela de arquitectura de la cual saldrán proyectos notables y en la cual laboraron arquitectos y artistas de gran prestigio. En esos mismos años, al dadá berlinés se vincularán



La Bauhaus, en Dessau.

Escultura y pintura

Ambas artes se caracterizan por la variedad de movimientos que se suceden: cubismo, futurismo, purismo, expresionismo, surrealismo. Representante de esta variación fue Pablo Ruiz Picasso (1881-1973), quien evolucionó desde el impresionismo, en que se inició, hasta el surrealismo a través de obras como *El arlequín*, *Guitarra y uva*, y *Guernica*.

George Grosz y Otto Dix, exponente de un arte de fuerte carga ideológica de izquierda, que dejará sentir su peso en los espacios de la pintura como también lo hará Kate Kollowitz, como exponente del realismo expresionista.

La década del 20 ofrecerá mucho más en lo tocante a transformaciones de orden artístico-literario. Ello se puso de manifiesto en 1922, año en el cual, James Joyce estremeció los ámbitos de la literatura con la publicación de *Ulises*, novela que, si bien tuvo como precursora aquella de Eduard Dujardín titulada *Han talado los laureles*, logró integrar magistralmente en su amplio contenido los componentes de una narración introspectiva (monólogo interior-flujo de la conciencia) para, de ahí en adelante, convertirse en referencia obligada y generar una influencia evidente en mucha de la creación posterior dentro del género.

Cuando en Italia había ocurrido la “marcha sobre Roma” (28 de octubre de 1922), que puso a los fascistas en el poder, y algunos representantes de la cultura,

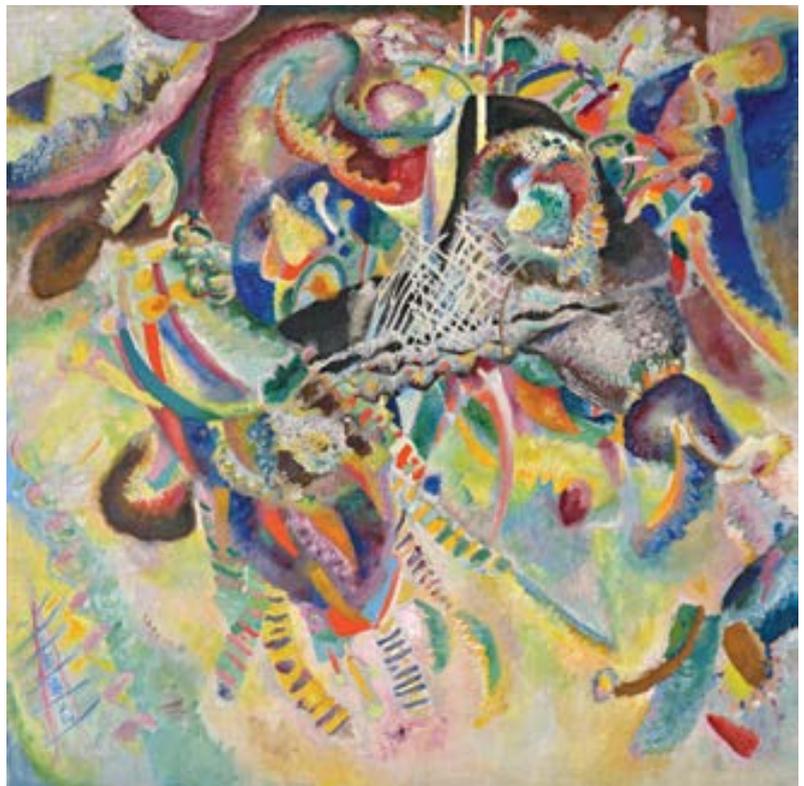
Cultura de la época: las vanguardias artísticas

El movimiento vanguardista, que se propagó por Europa y América después de la guerra, se propuso revolucionar las formas de expresión del arte, atacando las convenciones de épocas anteriores. Uno de sus rasgos característicos fue la diversidad: cubismo, expresionismo, dadismo, surrealismo, etc. El surrealismo resultó el movimiento que cobró mayor impulso desde principios de la década del 20. Los surrealistas fueron muy influidos por las teorías freudianas del inconsciente y en sus obras intentaban representar ese mundo.

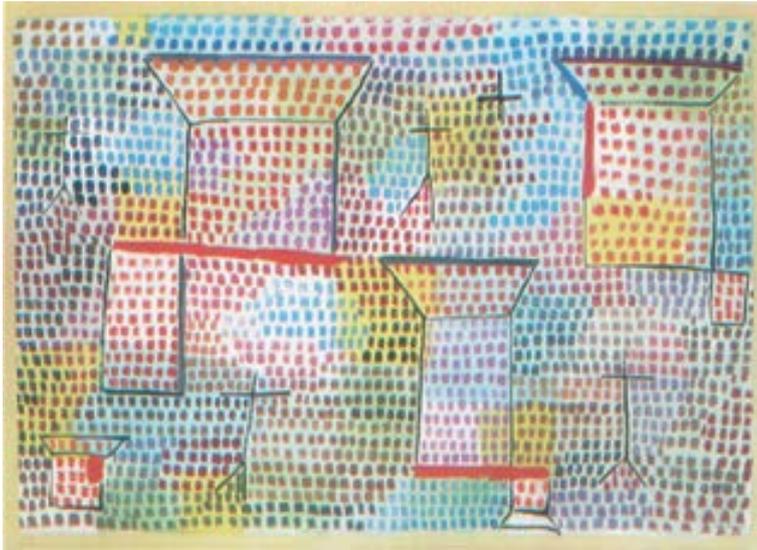
como Antonio Gramsci, enfrentaban la represión y otros, el ostracismo o el exilio, el dadá ya no tenía nada que ofrecer y se desintegra ese mismo año. Así, un desprendimiento de sus filas dará vida, en el París de 1924, al movimiento surrealista. Su primer manifiesto redactado por André Bretón, quien sería considerado su jefe indiscutido y a quien acompañaron poetas como Paul Eluard y Robert Desnos, Louis Aragón, y pintores como Max Ernst y Salvador Dalí, entre muchos otros de



Mujer sentada,
José Victoriano González (Juan Gris, 1887-1927).



Fuge (Fuga),
Vassily Kandinsky(1866-1944).



Cruces y columnas, Paul Klee (1879-1940).

una larga lista, definía este movimiento como “automatismo psíquico con el cual se pretende expresar en el lenguaje del arte la actividad real del pensamiento con independencia del control de la razón”, línea teórica asumida por sus seguidores en la literatura y en la plástica, alimentada con la fundación de la revista *El Minotauro* y



Cuadro de Salvador Dalí, expresión de la corriente surrealista, surgida en 1924 e inspirada en las teorías de Freud.

la Oficina de Investigaciones Surrealistas y, en 1925, con la primera exposición de pintores del movimiento. Queda así fuera de toda duda cuánta influencia estuvo en condiciones de irradiar esta nueva corriente hacia la vida artístico-literaria de un mundo influido por los cambios sociopolíticos e ideológico-espirituales como consecuencia de la posguerra.

Otro ejemplo de la influencia inequívoca que este nuevo *ismo* fue derramando por Europa, salta a la vista en España en la obra de aquellos que, a la sazón, trataban de encontrar un nuevo lenguaje poético mediante la búsqueda en la metáfora del contenido poético más allá de toda ligazón lógica con las estructuras gramaticales, según los postulados del ultraísmo. En 1925, en la exposición que dio lugar a la creación de la Sociedad de Artistas Ibéricos, el influyente pensador José Ortega y Gasset expuso su conferencia *La deshumanización del arte*, también publicada. Allí, la que se conocería como Generación del 27, no ajena a los impactos espirituales del dadá y el surrealismo, emprendía una tarea creadora que involucrará, sobre todo, a la poesía con nombres emblemáticos, como los de Rafael Alberti, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, también ensayista, Federico García Lorca, quien, además, vistió con ropa nueva la desgastada escena teatral de su país, con piezas de grata memoria donde en ocasiones se advierte la influencia surrealista, y Miguel Hernández. Todos ellos dentro de un conjunto creador numeroso y reconocido, cuya obra encontró eco en América Latina.

Con todo, y a despecho de cuánto pudieron influir en tales circunstancias estos experimentos renovadores, salvo la excepción de *Nadja*, novela surrealista de André Bretón, cuando el pensamiento existencialista de Martin Heidegger encuentra salida, en 1927, con *El ser y el tiempo*, la narrativa siguió transitando por caminos interesantes, no exenta de transformaciones, como se manifiesta en la obra de los ingleses Virginia Wolf: *Orlando* (1928), lo cual acusa influencia de Proust y Joy-



Federico García Lorca (1898-1936).



Marcel Proust (1871-1922).



José Ortega y Gasset (1883-1955).

ce, o William Somerset Maugham, quien, curiosamente, durante la guerra estuvo involucrado en los servicios especiales de su país, labor que encontrará reflejo en su novela *El traidor* y a quien pertenecen los cuentos *El archipiélago malayo*. También éstos son los años cuando David Herbert Lawrence escandaliza a la conservadora sociedad inglesa con *El amante de Lady Chatterley*, en tanto Aldous Huxley ofrece muestra de nuevas técnicas en el arte de novelar con *Contrapunto* (1928). Son años cuando una nueva música se deja oír en las obras del suizo Erich Honegger (ballet *Antígona*), y la escena teatral se ve enriquecida con los aportes nada tradicionales de Bertold Brecht y Robert

Vitral, cuando el político y poeta Alexis María René Léger transita hacia una nueva expresión bajo el seudónimo de *Saint John Perse: Para festejar una infancia, Anábasis*.

Tema ampliamente debatido desde los años 20 ha sido el relacionado con la literatura y el arte rusos, en los cuales encontró expresión la lucha de clases, en medio del reordenamiento de la vida del país. Viejos y nuevos actores pugnarán en una palestra literaria y artística compleja dentro de la cual si bien cobran vida nuevos movimientos, como el de los imaginistas, con Serguei Esenin, Vadim Marienhof e Igor Shershenevich, venido de los ego-futuristas, o los Hermanos Serapio, con



Aldous Huxley (1894-1964).



David Herbert Lawrence (1885-1930).



William Somerset Maugham (1874-1965).



Cultura y realismo socialista

La revolución tuvo un notable impacto en el terreno de la cultura, provocando, sobre todo, un rompimiento con la cultura elitista del pasado. La mayoría de los mejores creadores que ya existían y otros que entonces surgieron, se sumaron a la obra de crear una cultura de masas. Pero ello no fue obstáculo para que el país asumiera, durante los años 20, las nuevas tendencias que se desarrollaban en Europa y América, como fue el caso del movimiento vanguardista, que llegó a tener en la URSS brillantes exponentes. Sin embargo, a principios de la década del 30, Stalin puso fin a todo tipo de flexibilidad en este ámbito y estableció el llamado realismo socialista, rígida política cultural que limitó la actividad de los creadores y los subordinó a los intereses oficiales. Ello generó el oportunismo o condujo al silencio, al exilio o al suicidio de muchos buenos escritores y artistas. En general, el realismo socialista promovió una cultura apologética y altamente politizada, si bien algunos talentosos intelectuales, como fue el caso de Sholojov, lograron producir importantes obras en aquel período.

Eugenio Zamiatin, autor de la antiutopía *Nosotros* (1922), a la cabeza. Y mientras languidecía el simbolismo con la partida hacia los países de Europa occidental de muchos de sus exponentes, otros de diferentes filiaciones y cuerdas creadoras regresaron posteriormente. Tales fueron los casos de Alexei Tolstoi, V. Korolenko, V. Kuprin y el notable músico Serguei Prokofiev. A la vez resulta no menos interesante la paulatina irrupción en estas circunstancias de actitudes y voces nuevas, empeñadas en encontrar espacio a través de revistas: *El arte de la comuna*,

por ejemplo, y creaciones dentro de una dinámica cultural en plena ebullición renovadora y muy compleja, en medio de la cual algunos reclaman la exclusividad de representar la revolución en terrenos de tanta importancia. Entre éstos se ha de citar el Proletcult, liderado por A. Bogdanov, cuyos postulados se asientan en la creación de una nueva cultura proletaria, haciendo *tabula rasa* de toda herencia cultural anterior y criticado duramente por V. I. Lenin. También el grupo La Fragua, la RAAP (Asociación de Escritores Proletarios), la VAAP (Asociación de Escritores



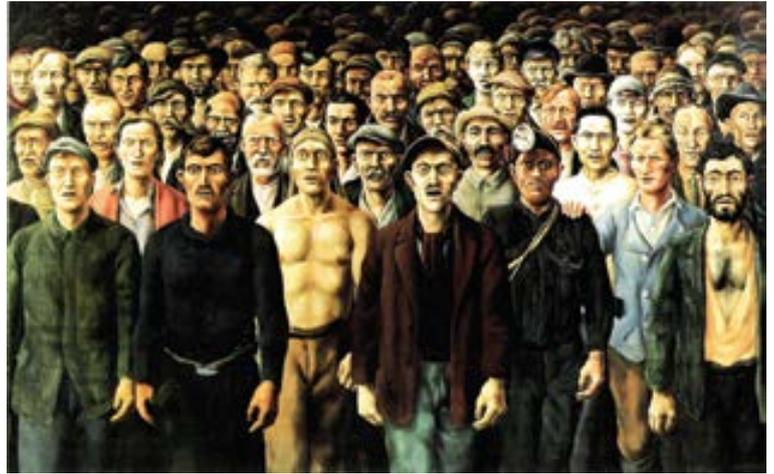
Serguei Prokofiev (1891-1953).



Alexei Tolstoi (1882-1945).

Campeños) y los agrupados en LEF, fundado por V. Mayakovski y el artista Osip Brik, que coexistirán con los llamados Popuchikii (sin partido), entre quienes cabría citar, a modo de ejemplo, a Ana Ajmatova y Boris Pasternak en la poesía y a Mijail Bulgakov y Mijail Zoszenko en la prosa o el drama.

No menos compleja resultará la década del 30, cuando cobró vigor en la arquitectura el *art déco*. La difícil situación política y social del período hallará reflejo en la literatura y otras manifestaciones artísticas y, a la vez, éstas ejercerán, de uno u otro modo, influencia a través de su mensaje en las mentes de amplios grupos humanos. Si bien dentro de esta dinámica tiene lugar la publicación del Segundo Manifiesto del Surrealismo y la separación del grupo de algunos de sus componentes que, incluso, se integraron al Partido Comunista francés como Louis Aragón, lo cual da una idea de hasta dónde calaba la influencia de la Revolución de Octubre entre la intelectualidad, el desarrollo político y económico en el país soviético, al calor de los planes quinquenales, hará desplazar la literatura y el arte hacia la expresión realista (el ejemplo y paradigma será Máximo Gorki) con la adopción del realismo socialista, definido por Stalin, en 1934, como “Plasmación de la realidad en su desarrollo revolucionario” y oficializado, con algunos matices respecto de cuestiones de forma, como método crea-



La internacional, pintura expresión del realismo socialista de Otto Griebel (1928-1930).

tor excluyente en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos.

El enrarecimiento en el panorama de las relaciones internacionales con el ascenso, en 1933, del nacional-socialismo en Alemania, con todos sus efectos en la vida de ese país, la invasión colonialista italiana a Abisinia (Etiopía) y el desplazamiento bélico del Japón militarista en China o la guerra civil en España, no dejarán de impactar en la cultura y en ésta encuentran amplio reflejo. No importa que el diplomático y dramaturgo A. Giraudoux ponga en escena, en 1935, *La guerra de Troya no tendrá lugar*. Otra lectura diferente plantean las obras de los franceses Georges Bernanos: *Cementerios bajo la luna*, y André Malraux: *La esperanza*. En España tuvo lugar, como ya se ha dicho, el Congreso en Defensa de la Cultura, en el



Cuadros *Femme se poudrant* y *Pintura*, ambas de Juan Miró.



Glorificación de la electricidad, obra de Raoul Dufy para la Exposición Internacional de París de 1937.

cual participan intelectuales progresistas de todo el mundo; allí, la guerra marca fuertemente a dos generaciones literarias: las del 98 y el 27 y, de paso, origina una polarización política dentro de una y otra que pasa por el asesinato, a manos de los franquistas, de Federico García Lorca y las posturas adoptadas por quienes alinean en uno u otro bando: Antonio Machado, Rafael Alberti, Miguel Hernández, junto al pueblo; Gerardo Diego y Manuel Machado, cantándole loas a Francisco Franco. La



El Palacio Chaillot.

plástica no se mantuvo al margen en tales circunstancias, como lo demuestra Pablo Ruiz Picasso con su *Guernica* o Miró con el cartel *Aidez L' Espagne*. Por ello no es extraño encontrar entonces obras como *La ciudadela*, de Antoine Saint Exúpery, portadoras de una ética que permita al ser humano enfrentar el conflicto que se avecina o que Jean Paul Sartre diera a conocer su postura existencialista en *La náusea* y *El muro*; tampoco que muchos escritores alemanes, como Thomas Mann o Bertold Brecht, se vean obligados a emigrar o que un escritor de novelas de aventuras de ficción política como Eric Ambler escribiera *Epitafio para un espía* y que su emblemática novela *La máscara de Demetrios* apareciera apenas una semana antes del 1º de septiembre de 1939.

La guerra también contribuyó a trastocar, de forma más acelerada, las costumbres, los hábitos de la vida cotidiana. Los cambios que venían sucediendo desde inicios de siglo, avanzarían más aceleradamente y aparecerían nuevas manifestaciones en los diversos ámbitos de la vida y cambios en la mentalidad.

Durante la contienda se produjo una mayor incorporación de las mujeres a diferentes labores en la industria de guerra, en la retaguardia o como enfermeras. Su participación en la producción contribuyó a que en el período de entreguerras fuera superior su participación en la industria,

Arquitectura

En los años 20, debido al mismo desarrollo, se impuso el estilo arquitectónico funcional, caracterizado por el predominio de la línea recta y la ausencia de adornos. Pese a ello, no se perdió totalmente la tradición de lo clásico, como lo muestra el Palacio de las Naciones de Ginebra y el Palacio de Chaillot de París. El *art decó*, surgido hacia 1925, alcanzó notable difusión en Europa y fuera de ella. La Habana cuenta con varios exponentes de este estilo.



La incorporación de la mujer a la industria durante el conflicto bélico, contribuyó a su mayor liberación en el período de entreguerras.

en oficinas, telégrafos, en el comercio o como maestras, lo cual facilitó la liberación femenina; sobre todo, en la clase media urbana. Un número cada vez mayor ingresó a la universidad y se dedicaron a labores intelectuales. Se dio paso a nuevos reclamos y a la organización y avance de los movimientos feministas, que conquistaron el derecho al sufragio en muchos países. En Inglaterra, en 1918, el Parlamento concedió el derecho al voto de todas las mujeres cabeza de familia, esposas del cabeza de familia y graduadas universitarias de más de 30 años, pero en 1928 alcanzaron la plena igualdad política con los hombres; en la Unión Soviética fue en 1917, con la revolución. En los países de menor desarrollo, de formación más conservadora o donde la religión tenía mucha fuerza, éste llegó mucho más tarde.

La incorporación de la mujer al trabajo repercutió en la dinámica de la vida familiar, aunque no la liberó



Clase de mecanografía de la época.

totalmente de las responsabilidades del hogar. En muchas ciudades se hizo necesaria la creación de hogares infantiles u otras instituciones, donde dejar a los niños por el día o darlos al cuidado de alguna vecina por un módico pago. Los hijos asistían a la escuela durante el horario diurno, mientras los padres estaban en el trabajo. En las familias de menores recursos económicos, éstos debían convertirse en trabajadores desde edades tempranas para ayudar a la economía familiar. En muchos casos comenzaban como aprendices de algún oficio.

El desarrollo tecnológico trajo la comercialización de nuevos equipos, como el refrigerador, las cocinas de gas o eléctricas, la plancha, entre otros, que contribuyeron a humanizar la vida del ama de casa. Nuevas industrias alimenticias fueron abasteciendo los mercados con productos en conservas, haciendo posible

consumir muchos de ellos fuera de estación. También la posibilidad de conservar los alimentos congelados contribuyó a cambios en la dieta y en los hábitos alimentarios. Esos factores aligeraron las labores en la cocina. Los progresos no beneficiaron al conjunto de la sociedad, pues sólo se favorecieron los países más avanzados y dentro de ellos, no todos los sectores modificaron de manera sustancial la vida cotidiana.



Mujer votando. Inglaterra aprobó el voto universal femenino en 1928.



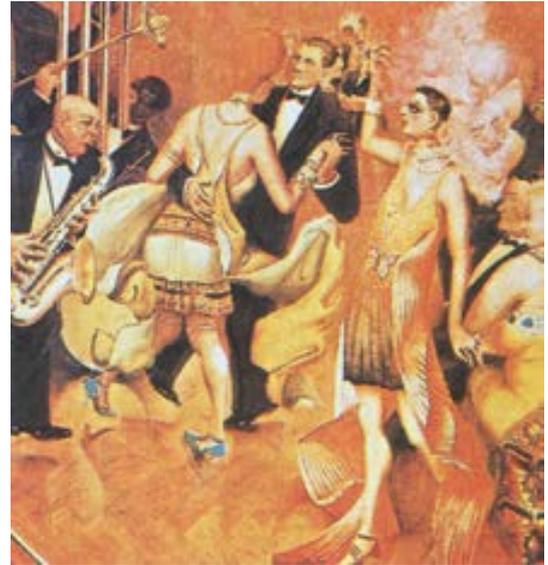
En la vida cotidiana del período de entreguerras, la radio desempeñó un relevante papel. Desde inicios de los años 20, su uso se masificó, con la difusión de receptores y una mejor programación.

Aunque en esencia la estructura familiar varió poco durante años, en ella ocurriendo cambios en la medida en que la sociedad se transformaba. El predominio del padre como cabeza de familia se mantuvo, y en muchos casos siguió imponiendo las normas; sin embargo, esto fue flexibilizándose debido a la nueva dinámica del hogar. Éstos no podían determinar ya, de forma tan absoluta, en el matrimonio de los hijos. El matrimonio de conveniencia impuesto por el padre, por lo general aceptado en los siglos precedentes en todos los países del mundo, prácticamente fue desapareciendo con mayor celeridad a partir del período de entreguerras, aunque en las familias de la aristocracia se mantuvo por más tiempo.

En aquellos tiempos, en que se experimentaba la decadencia de la *belle époque*, se continuó incrementando el consumo de los más diversos productos, incluidos los de lujo, y se difundieron también nuevas modas. Aunque Francia siguió siendo el centro del gusto en el vestir, el incremento de la producción fabril de vestidos y el abaratamiento de este tipo de ropa, así como la propaganda, contribuyeron a que en



La moda femenina de 1930 presentó más variedad y mayor sobriedad.



Reflejo pictórico de una supuesta época feliz.

la moda tomara cada vez más fuerza la influencia norteamericana.

Entre las mujeres se generalizó el acortamiento del vestido y el abandono del sombrero, mientras los hombres adoptaron la más práctica chaqueta americana y el flexible sombrero de paño. Se impuso con más fuerza la melena corta. La mujer con ciertos recursos, influenciada por la diseñadora francesa Coco Chanel, comenzó a usar el pantalón como prenda para actividades deportivas y también se incorporó la saya pantalón. Los trajes de baño se hicieron más prácticos, generalmente de una sola pieza, dejando al descubierto gran parte del cuerpo, lo cual era criticado por la Iglesia católica.

La radio cobró cada vez mayor aceptación entre las familias, a inicios de los años 20. Permitía a la mujer que quedaba en casa oír música o las novelas seriadas

con sus románticos argumentos. Ello influiría en el desarrollo de una publicidad especializada, que en esos programas anunciaba los productos que consumía, como jabones, artículos de perfumería, y variados alimentos, entre otros; todo lo cual iba

marcando la mentalidad femenina. Más tarde se agregarían las primeras programaciones de televisión, como en el caso de Inglaterra, en 1936, aunque todavía de forma muy limitada, prácticamente experimental.

Las grandes ciudades europeas, donde numerosos y modernos edificios aparecieron para vivienda, ofrecieron todo género de diversiones, proliferaron las reuniones en sociedades, se importaron de América nuevos bailes (el tango, el charlestón, el *fox-trot*), se abrieron lujosos restaurantes y salas de fiesta, se incrementó y modernizó la red ferroviaria con vistas al traslado de turistas, creció el número de automóviles en las carreteras, se desarrolló de manera prodigiosa el cine, ofreciendo mundos y ambientes de ensueño; sobre todo, cuando los programas y películas procedían de Estados Unidos, lo más frecuente.

Con la aparición del cine sonoro, a fines de 1920, y el surgimiento de nuevos géneros cinematográficos: los musicales, los filmes de gánsteres, las comedias, los de terror y los de argumentos que trataban temas de actualidad como la guerra, el llamado séptimo arte se convirtió en el mayor entretenimiento y una de las actividades que, junto con el deporte, movilizaba a la población en las tardes y las noches. En Alemania, la producción cinematográfica logró importante desarrollo y se hicieron obras como *El ángel azul*, en 1930, de Josef von Sternberg; *M, el vampiro de Düsseldorf*, de Fritz Lan, en 1931, y documentales anti-semitas como *El judío eterno* de 1940. La industria francesa produjo entre otros *La pequeña Lisa*, de Jean Grémillon, en 1930; *Los bajos fondos*, en 1936, y *La gran ilusión*, en 1937, ambas de Jean Renoir. En Inglaterra, el cine no logró similar desarrollo ni alcanzó grandes dividendos, aunque no faltaron producciones, entre

El cine

El cine se transformó en el arte característico de la época. Las imágenes en movimiento que proyectaba el aparato creado por los hermanos Lumière (1895) y la invención del cine sonoro (1927), permitieron conformar un hecho artístico único, integrando elementos de las demás artes como la pintura, la literatura, la música, el teatro. Como sucede en otras manifestaciones artísticas, en el cine fueron conformándose diferentes corrientes, que reflejaban las distintas maneras de vivir y pensar de los artistas y de sus sociedades. Algunas de esas corrientes fueron el surrealismo, el expresionismo alemán (prohibido por Hitler), el realismo soviético y el neorealismo italiano.

las cuales se encuentran *La vida privada de Enrique VIII*, de 1933, y *La vida privada de don Juan*, de 1934, ambas de Alexander Korda; Alfred Hitchcock, que luego pasaría a trabajar en Hollywood, dirigió *El hombre que sabía demasiado*, en 1934, y *Alarma en el expreso*, en 1938, entre otras. En España, durante estos convulsos años, la producción se vio muy limitada y su primera película fue *Carceleras* (1932), de José Buchs; mientras el gran director español Luis Buñuel se traslada a Francia y produce *Un perro andaluz*, en 1929, y *La edad de oro*, en 1930. En la Unión Soviética, el cine vivió una auténtica



Marlene Dietrich y Erich Remarque.



La vida privada de Enrique VIII de Korda.



El ángel azul de J. von Sternberg.



Josephine Baker bailando en París.

edad de oro con los filmes de Eisenstein, autor de obras maestras como *La huelga*, *El acorazado Potemkin* y *Octubre*.

En general, en este período se inició una progresiva ruptura con las viejas costumbres y los valores establecidos, reflejado en sus obras por los escritores y artistas. Entre otras muchas, novelas como *El alma encantada*, del francés Romain Rolland, y *Contrapunto* y *Un mundo feliz*, del escritor inglés Aldous

Huxley, describen con detalles, cada uno a su manera, el ambiente de la época.

En Rusia, después de los tormentos de la guerra civil y de los aún difíciles años de la recuperación, la etapa que se inició a finales de la década de 1920, representó un paulatino mejoramiento en la situación de la población, distante aún de la de los países desarrollados, pero sin sus irritantes diferencias. En aquellos años desapareció el desempleo e, incluso, se recortó la jornada laboral, al mismo tiempo que fueron aumentando los salarios y las medidas de protección social. La situación de los abastecimientos y del alojamiento mejoró sensiblemente, a pesar del grave problema creado por el éxodo del campo hacia las grandes urbes que iban surgiendo o desarrollándose con rapidez. También se incrementaron y ganaron en calidad los servicios de salud, que como los de educación eran gratuitos para todos. Mientras tanto, se desarrolló la práctica masiva de los deportes y de formas sanas de recreación y creció la afición por la cultura, que dejó de ser privativa de reducidos grupos, en lo que influyó el creciente nivel educacional.

El teatro, el ballet y la música, entre otras manifestaciones artísticas, que antes disfrutaban sólo selectas minorías, atraían cada vez a más ciudadanos. En general, se vivía austeramente, pero los progresos materiales y de todo tipo con relación a la época del zarismo y a la de los primeros años de la revolución eran muy significativos.

El cine de Eisenstein

Su cine se caracterizó por su gran fuerza expresiva, las escenas de gran dramatismo y los temas sociales. Fue un pionero en la técnica del montaje. Gracias a su capacidad para utilizar esta técnica, lograba que sus películas tuvieran un gran dinamismo e intensidad dramática, aun cuando se trataba de películas mudas.



El Acorazado Potemkin, de Eisenstein.



Entre las nuevas costumbres estuvieron las excursiones y concentraciones de pioneros en la URSS.



En la URSS se desarrolló la práctica masiva de los deportes y tuvieron representaciones en eventos internacionales.

Los incuestionables avances experimentados por la Unión Soviética en aquellos tiempos (si bien un tanto exagerados por la propaganda oficial), condicionaron profundos cambios en la conducta y en la mentalidad de la población. Fenómenos singulares en este sentido fueron la desaparición total de la prostitución, a lo que contribuyó el reconocimiento en la práctica de los derechos de las mujeres, la disminución en flecha de los delitos y el fortalecimiento de la disciplina social, al mismo tiempo que fueron



Fokine y Fokina, ballet con Anna Pavlova.

imponiéndose poco a poco nuevos valores relacionados con el trabajo y la superación personal, así como con el orgullo por los progresos del país. Sin embargo, hay que apuntar que la sociedad soviética de entonces vivía, en gran medida, desconectada del mundo exterior y sometida a un riguroso control político e ideológico, lo que a la postre tendría consecuencias muy negativas, como veremos en otro momento, cuando examinemos la evolución del país en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial.

PRINCIPALES APORTES DE LA CIENCIA Y LA TÉCNICA EN EL PERÍODO DE ENTREGUERRAS

No puede pasarse por alto que la Primera Guerra Mundial no sólo generó efectos devastadores —sobre todo, en el orden de las pérdidas humanas y materiales— que alcanzaron, como hemos dicho, cifras sin precedentes; sino que, paradójicamente, también propició avances en el terreno

de la ciencia y la técnica, que en los años posteriores alcanzarían un desarrollo espectacular en muchos casos.

En la física, a los formidables trabajos anteriores de los alemanes Albert Einstein y Max Planck, que dieron origen a la teoría de la relatividad y a la teoría cuántica, hay



Einstein y otros reconocidos científicos reunidos con un grupo de intelectuales franceses en 1922.

que adicionar en este período, entre otros, los descubrimientos del neozelandés Ernest Rutherford sobre la desintegración atómica, del francés Luis Victor de Broglie sobre la mecánica ondulatoria, del alemán Werner Heisenberg sobre la mecánica cuántica, del británico Paul Dirac sobre la síntesis de la mecánica cuántica y la relatividad, así como la actividad de los franceses Marie y Frederic Joliot-Curie, quienes produjeron el primer núcleo radioactivo artificial. Estos y otros aportes de la física tendrían una extraordinaria influencia en el desarrollo de la ciencia y la técnica en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

En una ciencia siempre tan importante como la matemática se destacó el profesor e investigador alemán David Hilbert, quien estableció una “teoría de los conjuntos” que abrió el camino a la nueva lógica matemática, por completo revolucionaria con respecto a la tradicionalmente aceptada.

En el espacio entre las dos guerras se consiguieron, entre otros, significativos avances en la química respiratoria, la química macromolecular y la química inorgánica. Como resultado de ello, aparecieron nuevos fármacos (surgió el

primer hipnótico) y se realizó la síntesis de productos orgánicos a partir del acetileno. Los científicos alemanes se destacaron en el desarrollo de esta ciencia. Mientras tanto, en la biología se pasó de la tesis darwiniana de la evolución lenta a la revolucionaria de las mutaciones, expuesta por el botánico anglo-holandés Hugo de Vries. La mutación consiste en una variación súbita de carácter hereditario, que permite la aparición de nuevas razas y especies en los mundos vegetal y animal. Esta tesis fue enriquecida por los biólogos norteamericanos Thomas Hunt Morgan y Herman Muller, quienes realizaron importantes estudios sobre los cromosomas y las glándulas endocrinas.

Los progresos en la medicina contribuyeron al mejoramiento de la salud. Al descubrimiento de la penicilina por el inglés Alexander Fleming (1928), que inició la serie de los llamados antibióticos y representó una verdadera revolución en la medicina contemporánea, hay que adicionar el de las sulfamidas, el de una eficaz vacuna contra la fiebre amarilla, una vacuna antituberculosa, el suero contra el veneno de las serpientes, así como la creación del pulmón artificial, las técnicas para el sondeo del corazón, la creación del microscopio electrónico y el hallazgo de la cortisona, entre otros avances. También fue objeto de preocupación la salud psíquica. A partir de los trabajos del médico vienés Sigmund Freud,



El físico Ernest Rutherford, al centro, con sus ayudantes Ernest Thomas S. Walton (izquierda) y John Douglas Cockcroft (derecha). Todos premios Nobel.

Lindbergh en Cuba

El famoso piloto llegó a La Habana el 8 de febrero de 1928, declarado Día de Lindbergh. Tuvo un agasajo popular y fue recibido por el presidente Gerardo Machado, quien se convirtió en un fanático de la aviación.

creador de la teoría del psicoanálisis, la psicología avanzó en la comprensión de la personalidad humana, al demostrar la existencia y poder de lo inconsciente, y formuló procedimientos terapéuticos que, más o menos modificados, aún se aplican en varias patologías.

El desarrollo acelerado de la ciencia y la tecnología contribuyó a los avances en el transporte y las comunicaciones. Con la aplicación del motor de explosión, el petróleo desplazó prácticamente al carbón como fuente de energía en la navegación y creció de manera vertiginosa el número de barcos de todo tipo. Se perfeccionó y tomó un auge prodigioso la aviación. En 1927, Charles Lindbergh atravesó el Atlántico desde París a Nueva York. El triunfo y la consolidación de la aviación militar y comercial constituía un hecho. En 1935, numerosas líneas aéreas unían las principales capitales del mundo. A fines de los años 30 se logró el despegue vertical, lo que daría lugar al surgimiento del helicóptero. Por esta misma época, se descubrió la propulsión a chorro, lo cual permitiría un fabuloso desarrollo de la navegación aérea. Debe incluirse aquí el descubrimiento del radar, en 1935, que desempeñaría un significativo papel en la Segunda Guerra Mundial. Por otra parte, se aplicó la electricidad al transporte y aparecieron los metropolitanos, entre los cuales se destacó por su complejidad y belleza el de Moscú.



Charles Lindbergh, luego de atravesar el Atlántico.

Las comunicaciones recibieron un vigoroso impulso. En 1926, el escocés John L. Baird descubrió la televisión, que se perfeccionaría posteriormente, y tres años después ocurrió el descubrimiento de la frecuencia modulada, que mejoraba las condiciones de recepción de las emisiones de radio. En 1927 apareció el cine sonoro, que comenzó a difundirse comercialmente en 1928. Ese mismo año surgió el magnetófono, que posibilitó la grabación y reproducción del sonido. Se perfeccionó el teléfono y se incrementó en gran medida su uso.



El avance tecnológico posibilitó el desarrollo de la aviación y, en general, de los medios de comunicación.



Estados Unidos y América Latina entre las dos guerras mundiales. El caso de Canadá



Estados Unidos en la década del 20



América Latina en la década del 20



El caso de Canadá



Cultura y vida cotidiana en la región



Estados Unidos en la década del 20



Los años entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial tuvieron un profundo significado en el continente, pues en aquel período se ahondaron las diferencias entre los intereses de las grandes potencias imperialistas y los de los países explotados del área, al mismo tiempo que se agudizaron las pugnas interimperialistas por la dominación de la región, lo cual tendría importantes repercusiones económicas, políticas y sociales. Un papel destacado en este proceso le correspondió a Estados Unidos, poseedor de una potente economía y devenido el centro financiero de todo el planeta, situación que le permitió intensificar su penetración en América Latina.

El 25 de septiembre de 1919, el presidente Woodrow Wilson, debilitado físicamente por las negociaciones de paz y las presiones gubernamentales de los años de la Gran Guerra, sufrió un ataque que lo dejó incapacitado, mientras el Senado norteamericano echaba por tierra sus planes dirigidos a apoyar el pacto de la Liga de las Naciones e, incluso, rechazaba el Tratado de Versalles. A partir de ese momento, Estados Unidos asumió una denominada política aislacionista, que se fortaleció con el sucesor de Wilson en la presidencia, el republicano Warren G. Harding, electo en 1920, en unos comicios en los cuales las mujeres participaron por primera vez. Este mandatario formuló la frase que resumía

la nueva filosofía política del país: *America first*; esto es, primero Estados Unidos.

En consonancia con la relativa prosperidad que imperaba en las zonas urbanas de Estados Unidos durante los años 20 —los granjeros no se beneficiaron de este bienestar—, la política gubernamental fue marcadamente conservadora y dirigida a promover un mayor desarrollo de la gran industria, aprovechando que la balanza comercial se había vuelto ampliamente excedentaria. En 20 años, de 1900 a 1920, la población estadounidense había pasado de 76 millones a 106 millones de habitantes, el presupuesto federal de 698 millones a 6 454 millones de dólares y la renta nacional de 28 000 millones a 61 000 millones de dólares, mientras las inversiones en el extranjero se acercaban a los 10 000 millones de dólares, la mayor parte en América Latina y Canadá. En los diez años siguientes, la producción prácticamente

Nuevos paradigmas

En aquellos años, el paradigma del robusto granjero y de los pequeños comerciantes e industriales felices, se reemplazó por el del industrial emprendedor y el banquero agresivo, por el gran negocio y las agitadas ciudades.



Warren G. Harding, presidente de Estados Unidos, electo en 1920.

se duplicó, alcanzando un valor de 240 billones de dólares y el *Big Business* (gran negocio) resultó la nota señalada del país.

Las leyes arancelarias de 1922 a 1930 —entre ellas, la ley Smoot-Hawley— subieron las tarifas aduaneras a niveles sin precedentes, con el objetivo de garantizar a la burguesía norteamericana el monopolio del mercado en una rama tras otra. Al mismo tiempo, se ponía en vigor un vasto programa de reducción de impuestos, presentado por el secretario del Tesoro Andrew

Mellon, que favorecía a los capitalistas más ricos. De este modo, el Congreso, a través de leyes promulgadas entre 1921 y 1929, abolió los gravámenes sobre la renta establecidos durante la contienda bélica, a la par que los implantados a las utilidades excesivas y los impuestos a las empresas se abolieron o redujeron radicalmente. Al mismo tiempo, se estimulaba a los grandes negociantes con préstamos, subsidios y jugosos contratos, como los que permitieron el traspaso al capital privado del sistema ferroviario y la marina mercante, hasta entonces en manos gubernamentales.

Un importante acelerador del desarrollo del país en aquellos años lo constituyó el sector del automóvil. Hacia 1928, empleaba a medio millón de trabajadores, el 7 % de la fuerza laboral, y consumía el 15 % de la producción de acero, el 80 % del caucho y enormes cantidades de otros productos (vidrio, níquel, cuero, pintura, etc.). Fue, además, el impulsor de la construcción de carreteras a gran escala y de otro sector industrial decisivo: el petrolero. La generalización del automóvil (en 1929 existía un coche por cada cinco norteamericanos) tuvo gran incidencia, asimismo, en la expansión de las ciudades con el consiguiente auge de la construcción y de las ramas vinculadas a ella.

Durante la década del 20, la política norteamericana en relación con la inmigración sufrió un cambio de 180 grados. En los primeros 15 años del siglo xx en Estados Unidos habían entrado más de 13



Mineros en huelga y medidas represivas.



Sacco y Vanzetti fueron ejecutados, sin que se probara delito alguno, el 23 de agosto de 1927.

millones de personas. Pero entre 1924 y 1929 se dictaron leyes para disminuir ese flujo mediante cuotas, que limitaban a 150 000 el número anual de inmigrantes. Las plazas se otorgarían selectivamente, en correspondencia con la proporción de ciudadanos de cada país residentes en la Unión. La medida detuvo en forma drástica uno de los grandes movimientos de población de toda la historia de la humanidad.

En ese clima de xenofobia fueron arrestados, el 5 de mayo de 1920, dos emigrantes italianos recién llegados a Estados Unidos: Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti. Condenados injustamente por cargos de robo y asesinato en Massachusetts, atribuidos a los anarquistas, fueron ejecutados en la silla eléctrica siete años después, a pesar de una intensa campaña internacional en su favor. A la cruzada contra los inmigrantes se sumó un Ku-Klux-Klan renovado, que defendía un “americanismo al 100 %” — además de las persecuciones y linchamientos de negros, extendió su acoso a judíos y católicos—, y líderes fundamentalistas religiosos al estilo de William Jennings, quienes cimentaban su proselitismo en una interpretación literal de la *Biblia*. Este personaje llegó al extremo de abogar por leyes que prohibieran la enseñanza del evolucionismo de Charles Darwin, disposición que llegó a aprobarse en Tennessee, en 1925.

Otra característica significativa de la vida norteamericana en los 20, fue la com-

Nuevo orden migratorio

Las regulaciones migratorias se aplicaron con un criterio profundamente discriminatorio y perjudicaron a negros, asiáticos, judíos y musulmanes.

binación de la cultura pragmática y materialista con el puritanismo, cuyo símbolo en esta agitada década fue la prohibición de la fabricación y venta de bebidas alcohólicas, impuesta por medio de la enmienda decimoctava a la constitución (1919). En lugar de eliminar bares y borrachos, la disposición originó el surgimiento de miles de tabernas clandestinas, que estimularon los negocios ilícitos, el contrabando y el gangsterismo. El representante más renombrado del crimen organizado en estos años turbulentos, fue Alphonse Capone, quien sólo en 1927 obtuvo ganancias por 60 millones de dólares, procedentes de su imperio de contrabando de licores, juego y prostitución.

En última instancia, la prohibición estaba en correspondencia con la moral hipócrita del presidente Harding, con cuyo gobierno —interrumpido bruscamente en 1923 al caer víctima de un ataque cardíaco que elevó a su vicepresidente, Calvin Coolidge, a la primera magistratura— la corrupción política alcanzó niveles sin precedentes.

El período de posguerra registró nuevos avances en la expansión económica

Ku-Klux-Klan

Fundado el 24 de diciembre de 1865, en Tennessee. Renovado en 1915, actuó con suma violencia en la década del 20, cuando llegó a contar con más de 5 millones de miembros. Actuó no sólo contra los negros, sino también contra católicos, liberales y sindicalistas. Durante la guerra colaboró con la Liga Germano-Estadounidense, financiada por Alemania. Desapareció oficialmente tras la contienda, pero en la práctica seguiría actuando con posterioridad.



Auge de la mafia

Al Capone llegó a contar con un ejército de más de 1 000 hombres para proteger sus negocios ilícitos, al mismo tiempo que estableció fuertes vínculos con la policía y los políticos. La mafia se desarrolló a ritmo acelerado en todo el país, así como las guerras entre diferentes familias.

de Estados Unidos hacia América Latina. La apertura del canal de Panamá en 1914 favoreció la invasión del capital y las manufacturas norteamericanas sobre los países del Pacífico: Colombia, Ecuador, Bolivia, Perú y Chile. Los capitalistas norteamericanos iniciaron entonces sus operaciones en gran escala en la América del Sur y en unos pocos años (1919-1929) duplicaron sus inversiones, que pasaron de 2 000 millones a 5 000 millones de dólares. Este descomunal desarrollo de la presencia estadounidense en la región fue otra de las consecuencias de la Primera Guerra Mundial. Si el predominio del capital inglés resultó casi absoluto en la etapa anterior — en particular, en la América del Sur—, en este período, los infortunios de Alemania y Francia, y el desplazamiento de Inglaterra como eje financiero y comercial del mundo, sentaron las bases de la futura hegemonía norteamericana en todo el continente.

Estas circunstancias le permitieron a Estados Unidos meter una cuña en la



Las grandes empresas norteamericanas se establecieron en las capitales latinoamericanas, donde levantaron sus edificios e instalaron sus compañías. Vista de Santiago de Chile.

tradicional zona de predominio británico (el Cono Sur), afectada por las crecientes modalidades parasitarias de las inversiones inglesas. Ese proceso estaba también asociado al fin de la llamada “era del ferrocarril”, cuando la emergente industria automotriz norteamericana (General Motors, Ford Motors, etc.) fue capaz de hacerles una competencia ruinosa a los viejos sistemas británicos de transportación. De esta manera, entre 1918 y 1929, se produjo una rápida expansión de varios tipos novedosos de empresas estadounidenses —cine, radio, teléfonos, aviación y automóviles, entre otras—, especialmente interesadas en los servicios públicos y las manufacturas como la American and Foreign Power Comp., la International Telephone and Telegraph Comp., la Radio Corporation of American y la United Fruit Company.

En consecuencia, entre 1914 y 1929, los ritmos de crecimiento de las inversiones norteamericanas en América Latina, superaron considerablemente a las inglesas, pues mientras éstas pasaban en ese lapso de 5 589 millones a 4 983 millones de dólares, las de Estados Unidos lo hacían de 1 242 millones a 5 587 millones de dólares. Además, la tercera parte de todas las inversiones norteamericanas en el extranjero se concentraba en este hemisferio. Otra prueba de superioridad eran los empréstitos. En los años 20, los estadounidenses los concedieron a las repúblicas latinoamericanas por un monto de 2 175 millones de dólares, mientras los ingleses se limitaban a 650 millones. También en el comercio, Estados Unidos aventajaba a Inglaterra, pues, en 1929, el 34 % de las exportaciones y el 39 % de las importaciones de América Latina se realizaban con los norteamericanos, mientras la proporción inglesa era del 19 % y el 15 %, respectivamente.

La creciente influencia de Estados Unidos en la región, también puede medirse por la fuerza que cobraba el panamericanismo. Sus viejos planes de institucionalizar la alianza con los países latinoamericanos, para dejar fuera del juego a las otras potencias imperialistas, rindieron

sus primeros frutos durante la década del 20 en las conferencias de Santiago de Chile (1923) y, sobre todo, de La Habana (1928), donde se aprobó una convención diseñada para regularizar el funcionamiento de la Unión Panamericana, devenida un verdadero ministerio de colonias yanquis, según la acertada expresión de Manuel Ugarte, destacado intelectual y político argentino.

No obstante, los años entre las dos conflagraciones mundiales fueron también de agudización de las rivalidades interimperialistas, como se puso de relieve dramáticamente en la lucha de los monopolios petroleros ingleses y norteamericanos por la región de El Chaco. Como ya había ocurrido a fines del siglo XIX, las pugnas entre las potencias imperialistas llevaron a un conflicto sangriento entre naciones latinoamericanas. Ahora se trató de una guerra entre Paraguay y Bolivia. Las compañías petroleras norteamericanas e inglesas, empeñadas en consolidar sus respectivas zonas de influencia en América del Sur, lanzaron a Bolivia a una lucha fratricida con el vecino Paraguay, aprovechando la situación desesperada de la república del altiplano y la disposición de su oligarquía a “pisar fuerte en El Chaco”, región donde se suponía existían fabulosos yacimientos petrolíferos. Para ello, la banca de Estados Unidos concedió, en 1927, un total de 23 millones de dólares a Bolivia para la compra de armamentos.

El problema de El Chaco era ya viejo cuando, en 1928, ocurrieron los primeros incidentes graves en la frontera común de los dos países. Aunque los dos Estados vecinos aspiraban a asegurar su soberanía sobre toda la zona en disputa, tratados sucesivos, firmados en 1879, 1887 y 1894, establecieron la división del territorio entre ambas repúblicas. El conflicto alcanzó su clímax a fines de la década del 20, unos años después que la Standard Oil Company se apoderara (1922) de grandes concesiones otorgadas allí por el gobierno boliviano. La expansión de la empresa estadounidense, necesitada de hallar una vía de salida para los hidrocarburos de Tarija y Santa Cruz,

Rectificación necesaria

Erróneamente se atribuye al doctor Raúl Roa el calificar el organismo panamericano como ministerio de colonias yanquis, pues éste lo hizo de manera reiterada para denunciar su papel de instrumento de Estados Unidos. Ugarte, el autor de la frase, vivió y trabajó en Cuba durante varios años de principios del siglo XX.

no tardó en suscitar la firme resistencia de los intereses petroleros ingleses, representados por la Royal Dutch Shell, con base en Argentina y Paraguay. Ello explica la negativa paraguaya —en 1928, Inglaterra rebajó la suma de la deuda de este país para facilitar la compra de armas— a autorizar el libre paso del petróleo boliviano a través de su territorio con destino a un puerto del Atlántico y la decisión del gobierno de La Paz de responder con la guerra a su vecino, confiado en la supuesta superioridad militar de su país.

Las grandes operaciones militares en El Chaco comenzaron en 1932. La primera ofensiva del ejército boliviano, equipado con armas y uniformes alemanes y dirigido por el oficial prusiano Hans Kund, pronto



De izquierda a derecha, Luis A. Riart, el general José Félix Estigarribia y Cecilio Báez, miembros de la delegación paraguaya enviada a Buenos Aires para negociar el tratado que finalizaría la guerra de El Chaco.



se estancó y el conflicto se transformaría en una agotadora guerra de posiciones —caracterizada por el general paraguayo José Félix Estigarribia como la guerra del agua— dentro del inhóspito territorio en disputa. Las batallas, que se prolongaron por tres años, se libraron en condiciones cada vez más desventajosas para los soldados del altiplano, hasta que el sostenido avance paraguayo los forzó a retirarse más allá de las actuales fronteras del suroeste boliviano. En ese momento empezó a dar frutos la mediación internacional. Los poderosos “padrinos” de Bolivia propiciaron un acuerdo, confirmado en 1938 con la fir-

ma del tratado de paz, que salvaba el petróleo de la Standard Oil y satisfacía, al mismo tiempo, el orgullo nacional paraguayo: las dos terceras partes de El Chaco quedaban en manos del tácito vencedor, mientras Bolivia mantenía los territorios donde se hallaban los yacimientos petrolíferos explorados y obtenía, además, una salida al río Paraguay: Puerto Suárez. La guerra del petróleo, formalmente una guerra de fronteras, dejaba un saldo calculado en 120 000 víctimas, 70 000 bolivianos y 50 000 paraguayos, y un clima de efervescencia nacionalista de profundas implicaciones para las dos naciones.



América Latina en la década del 20



DESPERTAR DE LA CONCIENCIA ANTIMPERIALISTA LATINOAMERICANA

La ocupación militar norteamericana de varias repúblicas de Centroamérica y el Caribe alimentó, desde la segunda década del siglo xx, los sentimientos de rebeldía en vastos sectores populares de América Latina, lo cual terminaría obligando a la retirada de sus efectivos. Ejemplo de ellos fueron la espontánea reacción armada de campesinos pobres en Haití, los llamados *les cacos*, encabezados por Charlemagne Peralté, enfrentados a los marines estadounidenses que invadieron el país desde 1915 y los “gavilleros” en República Dominicana. También la estoica resistencia a las agresiones de Estados Unidos de ciertos sectores gubernamentales, nacionalistas-liberales, simbolizados por el venezolano Cipriano Castro (1908), el nicaragüense José Santos Zelaya (1909), el dominicano Federico Henríquez y Carvajal —expulsado de la presidencia en 1916 por las tropas norteamericanas, que ocuparon el país hasta 1924— y los mexicanos Francisco I. Madero (1911) y Venustiano Carranza (1914 y 1917).

Una expresión más radical del despertar de la conciencia antimperialista se registró con el auge de las luchas obreras y la formación de partidos comunistas, bajo el impulso que representó la Revolución rusa, así como a través del estallido de airadas revueltas campesinas y populares; entre ellas, la violenta Revolución mexicana.

Otras manifestaciones de ese fenómeno las constituyeron la creciente radicalización de las capas medias, evidenciada en la Reforma de Córdoba (1918) y extendida después por casi toda América Latina, anunciando la incorporación del estudiantado a la lucha antimperialista y antioligárquica al lado de los trabajadores; el surgimiento del tenentismo brasileño (1922), coronado por la legendaria marcha de la columna de Luis Carlos Prestes (1924-1927); la vertebración de movimientos patrióticos, como el de Augusto César Sandino en Nicaragua y la fundación de la Liga Antimperialista de las Américas. Los representantes de estas ligas, el cubano Julio Antonio Mella, el argentino Vitorio Codovilla, el mexicano José Vasconcelos y el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, participaron activamente

José Carlos Mariátegui (1895-1930)

Político y periodista. Fundó varios órganos de prensa; entre ellos, la revista *Amauta*, en la cual expresó su profundo pensamiento y sus inquietudes revolucionarias. Fundador del Partido Comunista y de la Confederación General de Trabajadores. Portador de un enfoque marxista caracterizado por la flexibilidad y la lucidez. Su obra, recopilada póstumamente, llena varios volúmenes. Una buena parte de su actividad la realizó desde una silla de ruedas, debido a un accidente que sufrió en 1924.



En las fotos por orden, Augusto César Sandino, Julio Antonio Mella, José Vasconcelos y Víctor Raúl Haya de la Torre.

en los trabajos del Congreso Internacional de Bruselas contra el Imperialismo y la Opresión Colonial (1927). Haya fue también el creador, en 1924, de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), a la cual perteneció el destacado pensador marxista peruano José Carlos Mariátegui, aunque en 1928 se separó de ésta y condenó su rumbo reformista y claudicante. Precisamente en 1928, Mariátegui publicó sus conocidos *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, primera obra que se propuso aplicar las ideas de Marx a las peculiares condiciones de América Latina y dos años después fundó el Partido Comunista de Perú.

En este contexto merece destacarse el tenentismo, movimiento revolucionario que se generó en Brasil en el turbulento período de la llamada República *Velha* (1889-1929). A fines del siglo XIX, la inestabilidad en el gigante sudamericano provino de las pugnas entre los partidarios de la defenestrada monarquía, los jefes militares artífices de la caída de Pedro II y las distintas tendencias republicanas, ejemplo de lo cual fue la rebelión federalista de Río Grande do Sul (1892-1897). Al margen de esos conflictos de las clases dominantes, sucedieron brotes de violencia campesina e intensas luchas obreras, expresión de las reivindicaciones insatisfechas de la mayoría del pueblo brasileño. Entre ellas pueden citarse la actividad de las bandas de asaltantes conocidas como *cangaceiros* —el más famoso fue Lampeao—, que lo mismo robaban en las haciendas que servían de guardia de *corps* de

los “coroneles”. La lucha campesina que mayor conmoción causó fue la de Canudos (Bahía), un movimiento de carácter místico religioso, en ebullición de 1893 a 1897, y que serviría al escritor peruano Mario Vargas Llosa como tema de su novela *La guerra del fin del mundo*.

Brasil tampoco estuvo ajeno a las profundas consecuencias derivadas de la Primera Guerra Mundial. Ello se expresó en la eclosión de grandes huelgas obreras en los años de 1917 a 1920, dirigidas por el anarcosindicalismo local en Río de Janeiro y Sao Paulo; la fundación del Partido Comunista (1922) por un grupo de intelectuales y dirigentes obreros como Astrogildo Pereira; el estallido de revueltas campesinas, como las del Contestado (1912-1915) en Santa Catarina, así como a través de la radicalización de sectores de las capas medias que pretendían superar el obsoleto régimen de la oligarquía cafetalera con ciertas reformas nacionalistas y democráticas. Eso fue precisamente el tenentismo, un movimiento militar que dejaría profunda huella en la historia contemporánea de Brasil.

El 5 de julio de 1922, un grupo de jóvenes oficiales que deseaban impedir el acceso al poder de un nuevo representante de la oligarquía mediante el sistema del “café con leche”; o sea, la hegemonía de los cafetaleros de Sao Paulo y los ganaderos de Minas Gerais, se apoderó del fuerte de Copacabana, en Río de Janeiro, y la escuela militar del Realengo. La rebelión se extendió a otras unidades del ejército, aunque pronto fueron aplastados por efectivos leales al gobierno. La última resistencia la escenificó un grupo de 17 oficiales inmolados en la playa de Copacabana, llevando pedazos de la bandera nacional prendidos en sus guerreras.

Al conmemorarse el segundo aniversario de estos sucesos, el 5 de julio de 1924 brotó la segunda sublevación tenentista, mucho mejor organizada que la anterior, la cual logró el control total de Sao Paulo. Cuando resultó imposible continuar en la ciudad, las fuerzas tenentistas se

retiraron, el 27 de julio, a las zonas boscosas del occidente del Paraná, donde resistieron atrincherados por siete meses, rodeados por tropas gubernamentales varias veces superiores en número. Entonces se impuso la tesis de la guerra móvil, sustentada por el joven capitán Luis Carlos Prestes, quien propuso recorrer el *sertao* en espera de la sublevación de las supuestas guarniciones comprometidas. A fines de abril de 1925, con poco más de 1 000 hombres, se puso en movimiento la legendaria columna Prestes. La marcha de este destacamento terminó en marzo de 1927, tras recorrer a caballo o a pie 13



Luis Carlos Prestes, legendaria figura del movimiento revolucionario brasileño.

estados, más de 26 000 kilómetros y de librar decenas de combates victoriosos contra fuerzas regulares y bandas de *cangaceiros* guiadas por 18 generales. Incapacitados por sus prejuicios de casta y clase para incorporar a las masas a un movimiento exclusivamente militar, sin inscribir en sus objetivos las demandas económicas y sociales de las clases oprimidas, la columna Prestes quedó aislada con sus abstractos objetivos de democratización. No obstante, muchos tenentistas, como el mismo Prestes, terminarían

radicalizándose y todos, de una u otra manera, desempeñarían un papel destacado en la futura política brasileña.

LAS REVOLUCIONES FRUSTRADAS LATINOAMERICANAS DE LOS AÑOS 30

La crisis capitalista de 1929-1933 marcó un punto de viraje en la economía y la sociedad de América Latina. Lo más notable resultó la prolongada pérdida de dinamismo en la demanda de los productos primarios, la cual acompañó a la pronunciada disminución de la producción industrial en Estados Unidos (46 %), Alemania (40 %), Francia (33 %), Inglaterra (24 %) y otras metrópolis. Sus efectos se hicieron sentir en forma directamente proporcional a las deformaciones sufridas por los distintos países latinoamericanos en el proceso de su integración a la división internacional del trabajo. El desempleo, la ruina y el hambre afectaron a las masas populares, mientras los golpes de Estado y la proliferación de situaciones revolucionarias ponían de manifiesto la crisis de las estructuras establecidas por los mecanismos de la dominación imperialista. El descalabro económico reveló en toda su crudeza los límites del régimen de *laissez faire*, adoptado por las repúblicas latinoamericanas desde la segunda mitad del siglo XIX.

Las repúblicas latinoamericanas orientadas a la exportación, monoproductoras, fueron las más duramente golpeadas por la brutal contracción del mercado. La caída del precio y del volumen de las exportaciones tradicionales, la aguda disminución en la capacidad de importar y la consiguiente bancarrota fiscal, conmovieron los ci-



La exportación del petróleo también se vio afectada. Refinería de petróleo en el lago Maracaibo, Venezuela.



Agustín Farabundo Martí (1883-1932)

Abogado de profesión. En 1928 se integró a las fuerzas de Sandino, llegó a ser coronel y hombre de confianza del general. En 1930 regresó a su país, donde resultó elegido secretario general del Socorro Rojo Internacional y del Partido Comunista. Organizó la insurrección popular de 1932, luego de cuya derrota fue fusilado. Se convirtió en un símbolo de las luchas populares.



Farabundo Martí.

mientos de un orden socioeconómico basado en los privilegios de las oligarquías agroexportadoras. Por añadidura, el flujo de capital extranjero hacia América Latina se detuvo casi por completo. En consecuencia, las exportaciones latinoamericanas se redujeron en un 65 % y su capacidad de importar en un 37 % durante los años más duros de la crisis, lo cual no sólo obligó a reducir los presupuestos estatales, sino a suspender el pago de la deuda externa en 1934, con sólo dos o tres excepciones.

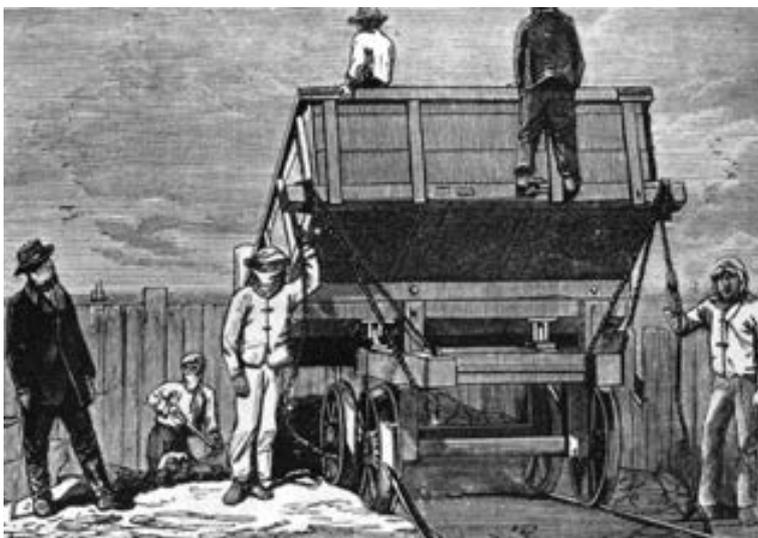
En esta adversa coyuntura, los sectores burgueses exportadores trataron de retener el poder estatal con el recrudecimiento de la represión y el patrocinio de una serie de manio-



Pintura de Guayasamín.

bras golpistas, destinadas a liquidar experiencias reformistas y detener la democratización emprendida por determinados exponentes de la burguesía nacional en algunos países (Argentina, Uruguay) o recomponer, con la ayuda del ejército, la alianza entre las oligarquías nacionales y el capital extranjero (Perú, Cuba, Colombia y parte de Centroamérica). El colapso del sector exportador y el abrupto retroceso en los ingresos del Estado golpearon, en particular, a la clase obrera, al campesinado y las capas medias. Se generalizó el desempleo y la disminución salarial de la población económicamente activa.

Al calor de los efectos de la depresión y de determinados factores internos casuísticos, en América Latina florecieron una serie de movimientos nacionalistas, sublevaciones populares, revueltas campesinas y fallidos intentos revolucionarios que estremecieron al continente de un extremo al otro. Entre ellos pueden mencionarse la sublevación de los trabajadores salvadoreños en 1932, encabezados por el Partido Comunista y



Los obreros, el campesinado y los mineros fueron los sectores más afectados con el colapso de las exportaciones. Trabajadores en la extracción y exportación del guano en Perú.

su secretario general Agustín Farabundo Martí; los experimentos revolucionarios de Chile, bajo la égida del coronel Marmaduke Grove, los cuales condujeron a la implantación de la efímera “República Socialista”; la huelga general obrera que derribó en Cuba la dictadura de Gerardo Machado y desencadenó una revolución de estudiantes y sargentos que llevó al poder al doctor Ramón Grau San Martín, cuyo gobierno, derribado en enero de 1934, estaba



Antonio Guiteras Holmes (1906-1935),
antimperialista cubano.

compulsado por la actuación del ala de izquierda radical encabezada por Antonio Guiteras; las victorias del movimiento liberador en Nicaragua contra la ocupación norteamericana, lo cual se desarrolló hasta la muerte de Augusto César Sandino (1934); las luchas por la independencia de Puerto Rico, dirigidas por don Pedro Albizu Campos, y la revuelta armada de la Alianza Nacional Libertadora de Brasil (1935), organizada por Prestes y el Partido Comunista.

La lucha de los nicaragüenses contra la intervención de Estados Unidos fue una de

las grandes epopeyas de esta década.

En 1926, las tropas norteamericanas habían ocupado Nicaragua con el pretexto de detener los enfrentamientos armados entre liberales y conservadores, para lo cual impusieron el Tratado de Tipitapa. Este acuerdo puso al descubierto la traición de los liberales a los intereses nacionales y despertó el descontento entre la mayoría de la población.

Uno de los generales liberales más prestigiosos, Augusto César Sandino, entonces con 32 años de edad, se negó a aceptar el tratado y con su ejército inició la resistencia en las zonas boscosas de las Segovias, al norte de Nicaragua. Ya el 19 de mayo de 1927, Sandino daba a conocer un manifiesto en el cual llamaba a la lucha contra el ocupante extranjero y por el pleno restablecimiento de la soberanía nacional.

En respuesta al llamamiento de Sandino comenzó a formarse rápidamente un verdadero ejército popular. El 2 de septiembre del mismo año 1927 se aprobaron los Estatutos del Ejército Defensor de la Soberanía de Nicaragua. Esta fuerza se convirtió muy pronto en todo un símbolo para los pueblos latinoamericanos amenazados por el imperialismo norteamericano, que levantó una ola de solidaridad que abarcó a todo el hemisferio. En casi todos los países de América Latina se organiza-



Sandino se convirtió en símbolo del antimperialismo latinoamericano.

Augusto César Sandino (1893-1934)

Nació en Niquinohomo, en un hogar humilde. Trabajó como minero en varios países centroamericanos y a partir de 1926 se convirtió en un prestigioso jefe militar. Simbolizó la resistencia popular frente a la ocupación norteamericana de su país. El pueblo lo bautizó como *General de Hombres Libres*. Su epopeya tuvo honda repercusión en el continente e inspiró a muchos luchadores antimperialistas. Su legado fue recogido por el Frente Sandinista de Liberación Nacional, que derrotó la dictadura somocista en 1979.



Credencial manuscrita y firmada por Augusto César Sandino que certifica el licenciamiento de las filas del Ejército de Hombre Libres del coronel Aponte.

ron comités “¡Manos fuera de Nicaragua!”, al mismo tiempo que las filas sandinistas se nutrían de combatientes de las más diversas procedencias.

En respuesta a los avances del Ejército



Augusto César Sandino junto a Anastasio Somoza, principal responsable de su asesinato.

Defensor de la Soberanía de Nicaragua, el gobierno títere de Adolfo Díaz declaró el estado de sitio, mientras el arzobispo de Managua excomulgaba a todos los seguidores de Sandino y las tropas norteamericanas incrementaban su capacidad combativa con el empleo de artillería y aviación. Estas y otras medidas represivas no pudieron impedir el aumento de las acciones armadas de los sandinistas y el crecimiento de sus fuerzas en 1928. Al año siguiente, como resultado

de la maniobra electoral fraguada por los norteamericanos, Sandino se vio obligado a abandonar Nicaragua por un tiempo, trasladándose a México, cuyo gobierno había condenado la intervención de Estados Unidos.

En la primavera de 1930, Sandino regresó a su patria y reinició la lucha de liberación nacional. La segunda etapa que se abrió entonces, se caracterizó por operaciones militares de mayor envergadura. Los sandinistas extendieron pronto su control a zonas de los departamentos de León y Chinandega, y libraron importantes acciones en la costa atlántica del país. En octubre de 1932 llegaron, incluso, a las puertas de Managua, la capital. El desarrollo de los acontecimientos en Nicaragua, la propia evolución de la situación interna de Estados Unidos, así como las crecientes protestas internacionales, obligaron al gobierno norteamericano a buscar fórmulas más sofisticadas para acabar con la lucha de los sandinistas. Con ese propósito crearon una guardia nacional, anunciaron la retirada de sus fuerzas del país y realizaron elecciones que llevaron al poder a un liberal respetado: Juan Bautista Sacasa. De inmediato, el nuevo mandatario propuso a Sandino iniciar conversaciones para poner fin a la guerra. El 8 de enero de 1933, seis días después de la retirada del último marine norteamericano, se iniciaron las negociaciones entre Sandino y los representantes de los partidos tradicionales. En ellas, el General de Hombres Libres aceptó desarmar a su ejército y retirarse con sus hombres a las tierras que se les ofrecían junto al río Coco. Traicionado por sus interlocutores, Sandino fue emboscado y asesinado en la noche del 21 de febrero de 1934, por órdenes expresas del jefe de la Guardia Nacional, Anastasio Somoza, y del embajador estadounidense en Nicaragua, Arthur Bliss Lane. Al fusilamiento de Sandino siguió, pocas horas después, la masacre de sus hombres acantonados, sin armas, junto al río Coco. A pesar de su trágica desaparición, el nombre del General de Hombres Libres devino bandera del movi-

miento de liberación nacional en América Latina y obligó a Estados Unidos, entonces gobernado por el presidente Franklyn D. Roosevelt, a reexaminar las formas y métodos de su dominio en la región. Mas, ello no impediría al mismo Roosevelt recibir en Washington, cinco años después, con todos los honores, al principal responsable del asesinato de Sandino, Anastasio Somoza, convertido ya en dictador de Nicaragua.



Pedro Albizu Campos (1893-1965).

En la década del 30, en Puerto Rico también se radicalizaron las luchas populares, en este caso dirigidas a la obtención de la independencia de Estados Unidos, el cual se había apoderado de la isla como botín de su guerra contra España en 1898. Al frente de este proceso se encontraba ahora don Pedro Albizu Campos, fundador en 1922 del Partido Nacionalista de Puerto Rico. En la coyuntura de los años 30, bajo los efectos de la crisis económica de 1929, las luchas por la independencia de la isla se redoblaron. En 1930, Albizu Campos, después de peregrinar durante cinco años por países de América Latina abogando por la liberación de su patria, pasó a presidir el Partido Nacionalista, al cual imprimió una línea revolucionaria, de resistencia al colonialismo norteamericano y de no colaboración con el régimen político impuesto a su país. Para ello proclamó la necesidad de la lucha armada para alcanzar la emancipación y organizó, desde el 1º de enero de 1936, el ejército libertador de la república de Puerto Rico.

Desde su misma aparición pública, el Partido Nacionalista fue víctima de las represalias del gobierno colonial norteamericano. El 16 de abril de 1932, más de 20 000 puertorriqueños enarbolaron en las calles de San Juan la bandera de Puerto Rico, en protesta por la ofensa de la legislación colonial que pretendía convertirla en enseña

colonial. Otra manifestación cívica fue brutalmente reprimida por la policía en las inmediaciones de la ciudad universitaria, el 24 de febrero de 1936. Este día, las fuerzas represivas del régimen colonial, encabezadas por el coronel norteamericano Elisha Francis Riggs, perpetraron una sangrienta matanza en la localidad de Río Piedras, que dejó un saldo de cuatro nacionalistas muertos y más de 40 heridos.

Al año siguiente, el 26 de febrero, dos jóvenes militantes del Partido Nacionalista ejecutaron en las calles de San Juan al asesino coronel Riggs, en represalia por la masacre de Río Piedras. Capturados, estos militantes fueron fusilados, sin juicio previo, en un cuartel policial de la capital, y unas semanas después serían arrestados varios dirigentes del Partido Nacionalista; entre ellos, el mismo Albizu Campos, acusado de conspirar para derrocar por la fuerza y la violencia al gobierno norteamericano y condenado a 14 años de prisión y destierro, con trabajos forzados, en la prisión federal de Atlanta, en Georgia. La ola represiva de las autoridades coloniales norteamericanas no se detuvo y el 21 de marzo de 1937, por orden del gobernador colonial, Blanton D. Winship, fue brutalmente reprimida en Ponce otra manifestación pacífica del Partido Nacionalista, que reportó más de 20 muertos y dos centenares de heridos.

Chile fue uno de los países latinoamericanos más afectados por la gran crisis de 1929. La caída vertical de sus exportaciones, que disminuyeron en un 85 %, afectó la balanza de pagos y anuló prácticamente su capacidad para importar. Los artículos más esenciales como azúcar y combustible, entre otros, comenzaron a escasear y fue necesario utilizar las reservas del Banco Central para adquirirlos en el exterior. Las ventas



General Carlos Ibáñez (1877-1960).

del salitre, que en 1929 habían alcanzado 3 200 000 toneladas, se redujeron a unas 700 000 y a sólo 400 000 en 1933. El descenso del cobre no fue tan acentuado, pero este rubro no ocupaba en aquella época el lugar privilegiado que le correspondería después en el comercio exterior chileno.

En estas circunstancias se extendió un amplio movimiento de repulsa al régimen del general Carlos Ibáñez, establecido en 1927 con el apoyo de la banca norteamericana, la cual le había facilitado unos

250 millones de dólares en préstamos, endeudando al país. El 26 de julio de 1931, en medio de grandes tensiones sociales, Ibáñez debió renunciar. Pero el 23 de agosto, a pesar de las maniobras electoreras urdidas desde el gobierno, empezó una huelga general convocada por la Federación Obrera de Chile (FOCH), organización que entonces dirigía el comunista Elías Lafferté. Unos días más tarde, al paro se sumó la imprevista sublevación de la marina de guerra. La escuadra chilena anclada en el puerto de Coquimbo se rebeló el 1º de septiembre y el movimiento pronto se extendió al resto de la flota estacionada en Talcahuano y Valparaíso. Reprimida la revuelta por efectivos gubernamentales, los marinos capitularon el 5 del mismo mes. No obstante, durante la primera mitad de 1932, la nación se vio conmocionada por las continuas huelgas obreras, los motines y conspiraciones militares, así como por los movimientos de ocupación de tierras protagonizados en el sur por los hambreados campesinos expulsados de las haciendas.

A mediados de este año 1932 cobró fuerza un complot militar encabezado por el comodoro del aire coronel Marmaduke Grove, nombrado jefe de la aviación después de los sucesos de Coquimbo. Su objetivo consistía en instaurar un sistema de gobierno que permitiera al Estado dirigir la anarquizada economía nacional y mejorar la terrible situación de los trabajadores. Por ello, Grove estableció contactos con los nacientes grupos socialistas. Enterado de la conspiración, el gobierno destituyó a Grove el 3 de junio, lo cual precipitó el estallido del movimiento revolucionario. Al día siguiente se constituyó una junta que decretó el establecimiento de la "República Socialista" de Chile. Entre sus primeras medidas estuvo la prohibición de desalojar a los vecinos que tuvieran una renta inferior a 200 pesos y se ordenó la devolución a los empeñantes en la caja de crédito de objetos y utensilios indispensables para la vida y el trabajo. También se repuso a los maestros cesanteados y se permitió



El palacio de La Moneda, residencia presidencial de Chile.

el regreso de los alumnos a sus aulas, así como se promulgó una amplia amnistía.

Decidida a acabar con el experimento de la “República Socialista”, que ya perfilaba nuevas medidas para crear un área estatal en la economía y establecer el control gubernamental sobre el comercio, la reacción interna, encabezada por el vetusto partido conservador, llegó a pedir públicamente la intervención de Estados Unidos. Atacado por la derecha y la izquierda —pues el poderoso Partido Comunista desconocía al gobierno y llamaba a la formación de soviets de obreros, soldados y campesinos, asumiendo con ello una línea sectaria—, el 16 de junio ocurrió el contragolpe militar encabezado por Carlos Dávila. Grove y otros líderes de la efímera “República Socialista” fueron apresados en La Moneca, cuando dirigían una alocución radial al pueblo, y enviados al campo de prisioneros establecido en la isla de Pascua. El reaccionario gobierno de Dávila persiguió con saña a los dirigentes populares y tomó severas medidas represivas contra la población. La ciudad de Santiago fue puesta bajo la ley marcial y se implantó el toque de queda. Se dictó una rígida censura de prensa y quedaron derogadas las libertades sindicales y políticas.

Consecuencia directa de la gran crisis capitalista de 1929, la cual llegó a El Salvador ampliada por las conexiones del comercio internacional, fue la insurrección popular de 1932 en aquel país. Estados Unidos dominaba la economía y la mayor parte de la producción cafetalera de este pequeño Estado centroamericano. La caída del poder adquisitivo del mercado estadounidense golpeó duramente la endeble economía salvadoreña. En medio de estos graves problemas se produjo el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1931, que llevó al poder al general Maximiliano Hernández Martínez, con un represivo programa dirigido a acallar las crecientes protestas y demandas de las hambreadas masas de trabajadores y campesinos. Pero el 22 de enero de 1932 estalló, de manera imprevista y casi espontáneamente, una incontrolada



La isla de Pascua, lugar famoso por reliquias arqueológicas y sus cabezas *moai*. También lugar de reclusión de los líderes de la “República Socialista”.

sublevación popular que tenía al frente al recién fundado Partido Comunista, encabezado por Agustín Farabundo Martí —quien acababa de regresar a El Salvador, luego de combatir a los norteamericanos en el ejército sandinista— y por Miguel Mármol. Aunque los principales dirigentes fueron arrestados y fusilados, la revolución se extendió a un tercio del país, abarcando pueblos completos de la región occidental, donde se fundaron soviets populares. Alarmados ante el curso de los acontecimientos, barcos ingleses y norteamericanos se presentaron en el puerto de Acajutla, para ayudar al dictador a controlar la situación. La represión del ejército fue brutal y más de 30 000 personas resultaron asesinadas.

Otra consecuencia de la crisis capitalista de los años 30 fue el desarrollo de movimientos nacionalistas de corte burgués, en algunos países latinoamericanos que habían logrado vertebrar cierta industria. En estos casos, los sectores emergentes, que representaban los intereses de la naciente burguesía nacional, alcanzaron o compartieron el poder e impusieron nuevas políticas orientadas a promover el desarrollo interno sobre la base de una serie de medidas proteccionistas y nacionalistas, típicas del capitalismo de Estado.



El crac de 1929 también tuvo repercusiones económicas y políticas en América Latina.

Para las repúblicas de América Latina que contaban con índices relativamente altos de urbanización y crecimiento industrial, donde la burguesía nacional era más o menos fuerte —Brasil, Argentina, México y, en menor medida, Colombia, Chile y Uruguay—, ese proceso se inició con la crisis capitalista de 1929-1933.

Al contrario de lo ocurrido con el resto de las repúblicas al sur del río Bravo —donde la depresión económica se trató de resolver mediante la recuperación de los mercados perdidos y con una mayor entrega al capital foráneo—, en aquel grupo



General Porfirio Díaz (1830-1915), presidente de México en 1876, de 1877 a 1880 y de 1884 a 1911.

de países, los efectos del crac bancario de 1929 se combatieron mediante los mecanismos inflacionarios, el levantamiento de tarifas proteccionistas, el establecimiento de controles cambiarios para equilibrar la balanza comercial y de pagos, el aumento de políticas de expansión monetaria e inflación, la devaluación de la moneda, y con una mayor intervención estatal en la infraestructura, la esfera productiva y los gastos sociales.

La política de “crecimiento hacia adentro” y “sustitución de importaciones”, puesta en práctica en América Latina por los gobiernos nacionalistas para beneficio de la burguesía industrial, terminó por alterar la tradicional división internacional del trabajo impuesta a finales del siglo XIX por las grandes potencias. Sin embargo, ello no impidió que, en la mayoría de estos países, los sectores industriales llegaran a un compromiso con la oligarquía agrario-exportadora, para no afectar su principal fuente de recursos en divisas. Ejemplo de ello fue el gobierno de Getulio Vargas en Brasil, el cual a fines de los años 30 implantó un régimen nacionalista burgués de corte fascista. En cambio, México constituyó el paradigma de un nacionalismo burgués de un signo completamente diferente. Nos referimos al gobierno del general Lázaro Cárdenas, 1934-1940, el cual adoptó un carácter abiertamente revolucionario y popular, poniendo en práctica, en cierta medida, los postulados de la Revolución mexicana.

El enfrentamiento anglo-norteamericano por el predominio en México, fue uno de los factores desencadenantes de la Revolución mexicana de 1910 a 1917. A diferencia de la tendencia que había prevalecido en el resto de América Latina en los inicios de la penetración imperialista, en México fue Estados Unidos y no Inglaterra el que primero dominó sus recursos naturales, la esfera productiva y los medios de transporte, con una inversión que casi alcanzaba los 900 millones de dólares; en lo fundamental, en ferrocarriles y minas de cobre y plata. Esa cifra representaba casi la mitad de todo el

capital norteamericano invertido entonces fuera de sus fronteras.

Mas, en los primeros años del siglo xx, el gobierno de Porfirio Díaz, quizá para balancear la enorme influencia norteamericana en la economía y el comercio de México, otorgó cierta preferencia a los ingleses en la emergente producción petrolera, que le permitió al Reino Unido controlar la extracción de hidrocarburos en más del 65 % hacia 1910, con lo cual el volumen del capital británico en México ascendió a los 650 millones de dólares. En consecuencia, se agudizaron las rivalidades interimperialistas entre Inglaterra y Estados Unidos por el control de las enormes y variadas riquezas mexicanas, lo cual se expresó en un aumento de las presiones de diversa índole que se hicieron sentir en México durante la última etapa del gobierno de Díaz.

Las causas de la Revolución mexicana de 1910 también se relacionan con otros procesos desatados por la larga dictadura de Porfirio Díaz, iniciada en 1876 tras la muerte de Benito Juárez (1872) y el derrocamiento por la fuerza del presidente Sebastián Lerdo de Tejada (1876), que desvió el proceso de reformas liberales en provecho exclusivo de la oligarquía terrateniente exportadora y el capital extranjero.

Durante su largo mandato, Porfirio Díaz no sólo estableció un régimen represivo que acallaba a sangre y fuego cualquier brote opositor, como sucedió con las huelgas obreras de Cananea y Río Blanco, en 1906, sino que también permitió que la propiedad latifundista, tanto nacional como foránea, se ampliara a costa del campesinado y las empobrecidas masas indígenas y mestizas. De tal manera, en 1910, de 15 millones de mexicanos, el 77 % vivía en el campo y el 96,6 % de ellos carecía de tierras.

El gran descontento que el régimen porfirista generó en los más disímiles sectores de la sociedad mexicana con su política entreguista y antipopular, estallaría en 1910. La revolución comenzó cuando Francisco I. Madero, un terrateniente ligado a la relegada burguesía nacional y derrotado en la última reelección fraudulenta de Díaz



Francisco I. Madero (1873-1913). Sustituyó en la presidencia a Porfirio Díaz, quien murió exiliado en Francia el 2 de julio de 1915.

en junio de ese año, proclamó el Plan San Luis Potosí, el cual llamaba a la insurrección nacional. Este programa desconocía al presidente Díaz, esgrimía la “no reelección” presidencial, ofrecía la igualdad de derechos de mexicanos y extranjeros e incluía vagas promesas de devolución de tierras a los campesinos e indígenas, los cuales terminaron por desencadenar el levantamiento armado el 20 de noviembre.

Entre los principales jefes surgidos en esta fase inicial de la Revolución mexicana se encontraban Emiliano Zapata en Morelos y Pascual Orozco y Francisco Villa en Chihuahua. Para intentar mellar el filo social de la insurrección, que rápidamente se extendía por todo el país, la oligarquía porfirista —conocida como “científica” por su apego a la filosofía positivista entonces en boga— y los intereses extranjeros obligaron al viejo caudillo a firmar con los representantes de Madero los acuerdos de Ciudad Juárez, en mayo de 1911. Este pacto entre los contendientes allanó el camino para entregar el gobierno al líder opositor

La transición

Madero había sido apresado en plena campaña para las elecciones de 1910, pero logró escapar y organizar la sublevación. Díaz renunció en mayo de 1911, dejando en el poder interinamente a Francisco León de la Barra, su último canciller, quien negoció con la oposición y convocó a las elecciones de octubre, ganadas por Madero.



Varias de las principales figuras del período inicial de la revolución.

a cambio de desmovilizar sus ejércitos campesinos y de mantener intactos el aparato burocrático y las fuerzas represivas porfiristas. Sobre la base de esta transacción interburguesa, Madero pudo ocupar la presidencia el 6 de noviembre de 1911, luego de unos comicios electorales en los cuales no tuvo oposición.

La promesa incumplida de devolver las tierras usurpadas a los campesinos, contenida en el Plan San Luis Potosí, pronto le enajenó a Madero el apoyo de Zapata —al cual siguió el de Orozco, vuelto a sublevar en Chihuahua en marzo de 1912—, quien terminó por enarbolar en Morelos su conocido Plan de Ayala del 25 de noviembre, que exigía una inmediata reforma agraria. Casi simultáneamente, Ricardo Flores Magón dio a conocer un manifiesto anarquista en el cual se pronunciaba contra el capital, la autoridad, el clero y la propiedad privada.

Contra Madero no tardaron en situarse también los antiguos porfiristas, debido a las medidas nacionalistas y democráticas tomadas por su gobierno —que permitie-



Intervención norteamericana en Veracruz.

ron la fundación en la capital de la Casa del Obrero Mundial— y, sobre todo, por su manifiesta incapacidad para acallar las protestas obreras y campesinas que sacudían el país. Todo esto fue lo que condujo, el 9 de febrero de 1913, a la “decena trágica” —como se denominaron los enfrentamientos armados en la capital entre las tropas gubernamentales, divididas en leales y contrarias a Madero—, la cual culminó con el sangriento golpe de Estado del general Victoriano Huerta, resultado de una descarnada conspiración fraguada en la misma sede de la embajada de Estados Unidos en Ciudad de México.

La dictadura de Huerta, erigida sobre los cadáveres de Madero y su vicepresidente José María Pino Suárez —asesinados impunemente el 25 de febrero—, resultó una reedición, corregida y aumentada, de la dictadura de Porfirio Díaz, quien murió exiliado en Francia, en 1915, a los 85 años de edad. Contra ella se levantaron en armas Zapata en Morelos, donde operaba su denominado Ejército Libertador del Sur, y los “constitucionalistas” de Venustiano Carranza, ex ministro de Madero y gobernador del estado de Coahuila, que enarbó el Plan de Guadalupe, en el cual se proclamaba continuador del ideario maderista. Carranza fue secundado por las fuerzas rebeldes organizadas por los generales Álvaro Obregón, Pablo González y Pancho Villa, este último situado al frente de la poderosa División del Norte.

La caída de Huerta en julio de 1914, acelerada por la intervención norteamericana en Veracruz en abril de ese año, con la cual el poderoso vecino se inclinaba ahora a favor de los opositores, enfrentó a los dos sectores de las fuerzas constitucionalistas: el ala campesina, representada por Villa, quien terminó aliándose con Zapata, y el ala burguesa de la revolución, dirigida por Venustiano Carranza y Álvaro Obregón. La división se concretó en la Convención Militar de Aguascalientes, efectuada en octubre-noviembre, en la cual los líderes de las distintas fuerzas no pudieron ponerse de acuerdo.



Emiliano Zapata (1879-1919) y Francisco Villa (1878-1923). Líderes campesinos y protagonistas fundamentales de la revolución.

Mientras Villa y Zapata se adueñaban de la capital a fines de 1914 y demostraban su incapacidad para gobernar el país, los constitucionales fijaban en Veracruz la sede de un poder alternativo encabezado por Carranza, quien apresuradamente dictó numerosas leyes sociales, adicionadas a su Plan de Guadalupe, así como la importante ley agraria del 6 de enero de 1915, todo lo cual dejaba, de hecho, sin programa a sus contrincantes.

El triunfo definitivo de los carrancistas se confirmó con la constitución de 1917 —la cual recogió un avanzado articulado de corte social y antimperialista que incluía la proscripción del latifundio y la nacionalización del subsuelo— y la derrota militar de los ejércitos campesinos de Zapata y Villa por las fuerzas militares de Obregón. A este final contribuyó la llamada invasión punitiva norteamericana por la frontera norte, en marzo de 1916, contra los restos de las otroras temibles fuerzas de Pancho Villa.

A pesar de sus limitaciones y de la trágica desaparición del sector más avanzado del campesinado —representado por Zapata y Villa, asesinados en 1919 y 1923, respectivamente—, la Revolución mexicana de 1910-1917 constituyó el movimiento político-social más radical que hasta ese momento había ocurrido en el continente americano. Por el carácter de las fuerzas que la promovieron, las grandes transfor-

Lázaro Cárdenas (1895-1970)

De origen humilde, se incorporó a la revolución en 1913, ganando el grado de teniente coronel. En 1920 fue ascendido a general. De 1928 a 1932 fue gobernador de su natal Michoacán, simultaneando con breves períodos al frente de los ministerios de Gobernación y de Guerra y Marina. Fue presidente entre 1934-1940; se caracterizó por una política de beneficio a los sectores marginados. Hasta su muerte fue decidido defensor de las causas populares, lo que demostró con su apoyo a la Revolución cubana.



maciones introducidas en México y las reivindicaciones que la inspiraron, puede definirse como una revolución democrático-burguesa, agraria y antimperialista, a pesar de que no fue capaz de conquistar las ambiciosas metas propuestas por sus sectores más avanzados.

Con el ascenso del general Cárdenas a la presidencia de México, en 1934, terminó el período caudillista de la Revolución mexicana, y se pusieron a la orden del día los principales objetivos de esa epopeya, que hasta entonces habían quedado prácticamente en la letra muerta de la constitución de Querétaro. Para poder desarrollar un gobierno verdaderamente independiente, libre de ataduras y de compromisos con el pasado reciente, Cárdenas debió comenzar su gestión expulsando del país a la camarilla del ex presidente Plutarco Elías Calles, titulado “jefe máximo de la revolución”, quien dominaba el escenario político en el período de 1928 a 1934, que la historia mexicana conoce como el “maximato”, incubado tras el asesinato de Álvaro Obregón, a fines de los años 20.

Para afianzarse en el poder, Cárdenas también tuvo que propiciar la reorgani-



En 1929, un año después de abandonar la presidencia, Plutarco E. Calles funda el Partido Nacional Revolucionario.

zación del movimiento obrero, lo que se consiguió con la creación, en 1936, de la unitaria Confederación de Trabajadores de México (CTM), encabezada por Vicente Lombardo Toledano. Además, sometió a una notable reestructuración al mismo partido de gobierno, transformándolo en uno nuevo, que pasó a denominarse Partido de la Revolución mexicana. Este partido fue dotado de un programa nacionalista,

con un acentuado contenido de justicia social en sus postulados. Al mismo tiempo, se procuró un mayor vínculo con las masas, para reforzar el apoyo a la agrupación y su legitimidad.

Pero los grandes hitos del gobierno de Cárdenas estarían relacionados con su postura soberana e independiente, que alcanzó su cenit, en materia de política exterior, con el comprometido respaldo de México a la causa de la República española, a pesar de las presiones norteamericanas y de varios gobiernos europeos. Durante su mandato también se dio un gran impulso a la educación popular, que por su sentido colectivista había sido denominada, desde la reforma realizada en diciembre de 1934 al Artículo Tercero constitucional, como “socialista” para, entre otras cosas, subrayar la exclusión de toda doctrina religiosa y su objetivo de combatir el fanatismo y los prejuicios. La “educación socialista” enseguida se convirtió en piedra angular del gobierno de Cárdenas.

Una de las medidas revolucionarias de mayor significación en este período fue la reforma agraria, destinada a resolver lo que Cárdenas consideraba el problema social más grave del país. Para ello fue necesario expropiar a los latifundistas nacionales y extranjeros, abriendo el camino para la colectivización en el campo mediante ejidos y revitalizando las ancestrales co-



El general Lázaro Cárdenas, tercero de derecha a izquierda, en un acto político.

munidades aborígenes. Preocupado por el secular abandono de estos pueblos originarios, el presidente mexicano fundó, en enero de 1936, el Departamento de Asuntos Indígenas.

De 1935 a 1938, el presidente Cárdenas promulgó una amplia legislación para proteger la industria nacional en desarrollo de la competencia extranjera. Especial significación tuvo la ley de 1938, la cual establecía aranceles proteccionistas para la importación de todas aquellas mercancías que se produjeran en México. La aplicación de esta disposición, junto con los créditos y el apoyo brindado a la inversión privada y estatal, que creció de 377 millones a 773 millones de pesos, permitieron que la manufactura pasara de representar el 13,7 % del ingreso nacional en 1935 al 24,2 % en 1940. En el mismo lapso, las empresas industriales aumentaron de 6 916 a 13 510, incrementándose el valor de la producción en las 24 ramas fabriles más importantes. También entonces empezó a fomentarse la producción cinematográfica, que creó las bases para la llamada época dorada del cine mexicano, que se alcanzaría en los años 40 y que entre sus principales figuras tendría a Jorge Negrete, Pedro Infante, Mario Moreno (*Cantinflas*) y María Félix.

En la legislación nacionalista adoptada en este período ocupó un lugar destacado la ley sobre la expropiación en beneficio de la nación, firmada por Cárdenas en 1936, según la cual el Estado tenía pleno derecho a expropiar bienes de particulares en beneficio de la sociedad y que iba mucho más lejos de lo establecido en el Artículo 27 de la constitución. Gracias a disposiciones como ésta se recuperaron los ferrocarriles que estaban en manos del capital extranjero desde los tiempos de Porfirio Díaz. A las profundas transformaciones realizadas durante su gobierno, que coronaron la Revolución mexicana iniciada en 1910, se sumó la valiente expropiación petrolera efectuada el 18 de marzo de 1938; sin duda, la más radical medida antimperialista adoptada hasta entonces en toda la atribulada historia de América Latina. Para adoptar esta



Lázaro Cárdenas (1895-1970), presidente de México de 1934 a 1940.

histórica decisión, el presidente mexicano, demostrando una audacia muy superior a todos sus predecesores, aprovechó la existencia de un insoluble conflicto obrero con los monopolios petroleros y la compleja correlación de fuerzas a escala internacional, creada con el ascenso del fascismo en Alemania e Italia.

Sin lugar a dudas, las leyes revolucionarias del gobierno de Cárdenas constituyeron el punto más alto alcanzado por la Revolución mexicana. Después de más de un siglo de independencia, constituyó el primer intento serio de transformación radical de las relaciones económicas de un país de América Latina. Sus medidas sacudieron hasta sus raíces las arcaicas estructuras agrarias y desafiaron al cada día más agresivo imperialismo estadounidense, todo lo cual convirtió al régimen cardenista en un profundo movimiento antimperialista, que inauguró toda una nueva época de luchas populares contra las oligarquías y la dominación extranjera, no sólo en la tierra azteca, sino en todo el continente.



EL ESTADO NOVO VARGUISTA EN BRASIL

La otra cara de la moneda fue Brasil. El Estado Novo (1937) de Getulio Vargas —que siguió al breve ensayo corporativo establecido por la constitución de 1934— se inspiró en el modelo fascista y se erigió sobre las cenizas de la insurrección comunista de 1935. Éste era un nacionalismo de corte conservador y antidemocrático, totalmente diferente al mexicano, cuyos rasgos autoritarios fueron atemperándose en los años de la Segunda Guerra Mundial. Detrás de ese esquema también se ocultaba una estrategia de desarrollo integral y la búsqueda de independencia económica y política. La estabilidad del sistema no sólo se fundamentaba en la alianza de la oligarquía exportadora y la emergente burguesía industrial, sino en un nuevo tipo de relaciones con el proletariado, el cual se encuadraba en organizaciones sindicales manejadas por el Estado por medio de líderes corruptos, a cambio de ciertas concesiones derivadas de una legislación social bastante avanzada.

En el coloso sudamericano, las insurrecciones tenentistas contribuyeron a resquebrajar la vieja república oligárquica, proceso que se conjugó con los efectos de la gran crisis económica capitalista de 1929, que contribuyó a crear una situación revolucionaria. En esas condiciones había sucedido la llamada revolución de 1930. Dirigida por

Getulio Vargas, un pragmático hacendado y gobernador de Río Grande do Sul, la revolución de 1930 triunfó con el apoyo de importantes grupos de la emergente burguesía industrial y de la pequeña burguesía, descontentos con el régimen oligárquico y decididos a encontrar una solución nacional a la crisis capitalista de 1929. Invitado Luis Carlos Prestes a adherirse al movimiento, que contaba con el respaldo de los tenentistas y la mayor parte del ejército, se negó con el argumento de que era una revuelta burguesa que no resolvería los problemas del proletariado y del pueblo. Ya para entonces, Prestes había sido captado por el dirigente comunista Astrogildo Pereira y viajado a la Unión Soviética. Condicionado por las consignas sectarias de la época, el Caballero de la Esperanza, como lo denominó el famoso escritor brasileño Jorge Amado, rompió con sus antiguos compañeros de armas, perdiendo la posibilidad de influir en el movimiento de 1930.

Gracias a la revolución de ese año se hicieron del poder un sector marginado de la misma oligarquía y la emergente burguesía industrial, representados por Getulio Vargas, quien de forma ininterrumpida mantuvo el control del gobierno hasta 1945. Los primeros años de su mandato resultaron muy convulsos, no sólo como resultado de las agitadas luchas políticas, sino también por la sublevación del estado de Sao Paulo en 1932, sometido finalmente *manu militari*. Hasta 1937, Vargas introdujo ciertas reformas democráticas y sociales, que quedaron recogidas en la constitución de 1934, una especie de compromiso entre las viejas fuerzas oligárquicas y los núcleos burgueses en ascenso.

En esa coyuntura, los grupos profascistas brasileños empezaron a ganar fuerza —como los integralistas—, para detener el auge del movimiento de masas, estimulados por el clima internacional propiciado por el ascenso de Hitler al poder en Alemania. Simultáneamente, crecieron los vínculos económicos y comerciales



El presidente Getulio Vargas visita un submarino.

entre la Alemania nazi y el gobierno de Vargas. Para luchar contra la arrolladora influencia fascista, en marzo de 1935 surgió la Alianza Nacional Libertadora (ANL), dirigida por el Partido Comunista, del cual Luis Carlos Prestes era ahora su secretario general. Perseguida por el gobierno, la ANL promovió la sublevación de algunas guarniciones militares (Río Grande do Norte, Recife, Río de Janeiro) en noviembre de ese año, para crear soviets de obreros, soldados y campesinos, pero fueron aplastados a sangre y fuego. El fracaso del levantamiento comunista facilitó los planes de Vargas para acentuar los rasgos autoritarios y represivos de su gobierno, proceso que culminó en 1937 con la instalación del Estado Novo.

El Estado Novo, sustituto de la constitución corporativa de 1934, se inspiró en el modelo fascista. El idilio de Vargas con esta ideología reaccionaria no duraría mucho tiempo, pues terminó en los años de la Segunda Guerra Mundial. A partir de 1942, Vargas alineó Brasil junto a Estados Unidos, a cambio de obtener ayuda norteamericana para la industria y las fuerzas armadas, así como un acuerdo favorable para el café brasileño. Como parte de ese proceso, Vargas maniobró desmontando el Estado Novo. Se dictaron leyes democráticas y los presos políticos fueron liberados —entre ellos, Prestes—, pero el dictador no pudo impedir su derrocamiento en 1945.

ASCENSO DEL FASCISMO EN AMÉRICA LATINA

La llamada década de las revoluciones frustradas favoreció, como se ha visto en el caso de Brasil, la eclosión de las más diversas y encontradas tendencias políticas e ideologías; entre ellas, las impulsadas por el apogeo del falangismo y el nazismo. El fascismo europeo ejerció una gran influencia en los países latinoamericanos en los años que antecedieron a la Segunda Guerra Mundial. Ya desde finales de los años 20 se hizo sentir en todo el continente el influjo del régimen de Mussolini; sobre todo, por la actuación de algunos asesores contratados por gobiernos conservadores y oligárquicos de América del Sur. Sin duda, la mayor resonancia de esta corriente ultraderechista europea se alcanzó en los años 30, luego del profundo impacto de la crisis capitalista de 1929 y del ascenso de Hitler al poder.

Tributarias de la versión hispana del fascismo fueron aquellas agrupaciones como la Falange Nacional de Chile (1937) y la Falange Socialista Boliviana (1938), surgidas en el contexto de la guerra civil que estremecía a España y que, en

cierta medida, se nutrieron de emigrados españoles. Mientras tanto, las apegadas al hitlerismo aparecieron asociadas, por lo general, a los avances de la penetración nazi en América Latina.

Uno de los elementos a tomar en consideración para valorar la influencia de estas corrientes, fue la atracción ejercida, en muchos sectores de la sociedad latinoamericana, por la revalorización ultranacionalista del fascismo. La defensa y exaltación de los valores nacionales levantó, sin duda, simpatías en países sometidos históricamente por las grandes potencias, como ocurrió, por ejemplo, en Bolivia, traumatizada por su aplastante derrota en la guerra de El Chaco. Bajo los gobiernos militares bolivianos de los coroneles José Toro y Germán Busch, iniciados en 1936, la defensa de los intereses patrios apareció envuelta en proyectos e ideas de cierta matriz fascista, lo que explica las medidas adoptadas por esos regímenes y la fundación del llamado partido socialista de gobierno. Lo mismo puede decirse para algunas



Falange Nacional de Chile.



Arturo Alessandri Palma (1868-1950), varias veces presidente de Chile entre 1929 y 1938.

otras experiencias militares de ese período en América Latina.

Otro aspecto a tener en cuenta es que en el cono sur fue donde mayor arraigo alcanzaron las agrupaciones de corte fascista; en particular, en Chile y Brasil, debido a la existencia allí de numerosas colonias de emigrados alemanes. También en esto influyó el hecho de que los países de esa región estaban todavía fuera de la órbita de influencia de Estados Unidos, lo cual favoreció la gran penetración económica, comercial e ideológica de la Alemania nazi, que no ocultó su interés por la región.

Sin duda alguna, la mayor amenaza a la preponderancia norteamericana en este continente, en los años que antecedieron

a la Segunda Guerra Mundial, provino de la expansión del comercio y las inversiones del *Reich* hitleriano. En 1938, esta potencia ocupaba el segundo lugar en el mercado latinoamericano, detrás de Estados Unidos. En ese año, Alemania exportó el 16,9 % de todos los artículos consumidos por América Latina e importó el 17,9 % de materias primas y productos agropecuarios de este hemisferio. En algunos países, este intercambio comercial resultó aún mayor, pues Brasil llegó a consumir el 37 % de mercancías alemanas y Chile, un 26 %, mientras Guatemala, donde existía desde principios de siglo una activa colonia de alemanes dedicados a la exportación de café, registró el 32,4 %, cifras alcanzadas en gran medida gracias al comercio de trueque (marcos *aski*). Incluso, el capital alemán llegó a controlar todo el transporte aéreo en América del Sur.

Para su actividad conspirativa y propagandística en América Latina, los alemanes se apoyaron en grupos declaradamente profascistas, como la Unión Nacional Sinarquista de México, el Movimiento Nacional Socialista de Chile o el Partido Integralista de Brasil. Quizás, el punto culminante de la actuación de los simpatizantes del nazismo en los países al sur del río Bravo, se alcanzó en 1938, cuando los grupos fascistas intentaron hacerse del poder en Brasil y Chile, lugares donde estas fuerzas actuaban amparadas por los gobiernos derechistas de Getulio Vargas y Arturo Alessandri. En el primero de ellos, el Partido Integralista de Plinio Salgado —cuyos seguidores usaban, incluso, camisa verde y un brazalete con la letra sigma—, que había servido de fuerza de choque al presidente Vargas en noviembre de 1937 para la instalación del Estado Novo, intentó sin éxito su propio *putsch* en mayo de 1938. En consecuencia, el embajador del *Reich* en Río de Janeiro fue declarado *persona non grata* y expulsado del país. En el caso de Chile, los acontecimientos fueron muy parecidos. El Partido Nacional Socialista chileno, dirigido por un descendiente de alemanes, Jorge González von Marees,



Influencia alemana en la arquitectura de Blumenau, colonia de alemanes en Brasil.

se lanzó con sus adeptos al asalto del gobierno, sin ningún éxito, en septiembre de 1938, causaron con ello la muerte de 75 jóvenes fascistas, masacrados en el edificio de la Caja del Seguro Obrero.

Estas peligrosas circunstancias condujeron a las fuerzas progresistas a tratar de alcanzar la unidad del movimiento obrero, para detener los avances del fascismo. El camino en esta dirección se había abonado por los acuerdos de la II Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina, celebrada en Montevideo en octubre de 1934, así como por las decisiones del VII Congreso de la III Internacional, reunido en Moscú en julio de 1935, que exhortaron a la formación de frentes amplios antifascistas. En ese contexto, a raíz de la sublevación falangista en España, los trabajadores y partidos democráticos latinoamericanos se pronunciaron resueltamente en defensa de la República española, con la recaudación de fondos, el envío de medicinas y alimentos y la organización de brigadas de voluntarios que marcharon a la península ibérica para enfrentar el fascismo, como hicieron casi 1 000 cubanos, más de 100 mexicanos y decenas de personas de otros países del hemisferio, así como un nutrido grupo de norteamericanos, agrupados en la Brigada Abraham Lincoln. Allí combatieron y en muchos casos ofrendaron sus vidas hombres de gran valía, como el poeta y periodista cubano Pablo de la Torriente Brau.

Como parte de este extendido movimiento antifascista, en varios países de América Latina surgieron entonces centrales sindicales unitarias, como ocurrió en Cuba con la creación de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC). Trece de estas agrupaciones se integraron en México, en septiembre de 1938, en la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL). Al mismo tiempo, en diferentes partes del hemisferio se intentó organizar frentes populares antifascistas, aunque el de Chile resultó el único verdaderamente exitoso.



Pablo de la Torriente Brau, revolucionario cubano que combatió en la Brigada Abraham Lincoln.

En la tierra austral, el frente popular se vertebró en 1937, al incorporarse el Partido Radical al bloque de izquierda, integrado por comunistas y socialistas, con vistas a los comicios presidenciales del año siguiente. Su candidato, el radical Pedro Aguirre Cerda, ganó las elecciones con el 50,3 % de los votos, lo cual le permitió hacerse cargo del gobierno a fines de 1938, con un gabinete integrado por ministros de su partido y socialistas; entre estos últimos, el doctor Salvador Allende. Durante el mandato de Aguirre Cerda, extendido hasta su inesperada



El socialista Salvador Allende, miembro del gabinete de Pedro Aguirre Cerda.



Pedro Aguirre Cerda, presidente de Chile entre 1938 y 1941.



muerte en 1941, las libertades públicas alcanzaron plena vigencia y se incrementó el control estatal de la economía. Lo más significativo del gobierno del frente popular en Chile, además de los progresos

en el campo de la asistencia social, fue el desarrollo de industrias nacionales con la aparición de fábricas de neumáticos, manufacturas de cobre, talleres textiles y de otros rubros.

EL *NEW DEAL* DE FRANKLIN D. ROOSEVELT Y SU POLÍTICA DEL “BUEN VECINO”

Ante el desarrollo de los movimientos fascistas, la vertiginosa penetración económica y comercial de la Alemania nazi, las crecientes protestas antimperialistas, el auge antifascista y los movimientos nacionalistas que sacudían a América Latina, al calor de las secuelas de la crisis capitalista, Estados Unidos intensificó sus esfuerzos políticos, económicos y militares para contrarrestarlos. Ahora bien, las repercusiones de la profunda crisis económica de 1929-1933, los cambios ocurridos en Estados Unidos, así como en la correlación de fuerzas a escala internacional, unido a la tenaz resistencia de Sandino —la cual había desatado como nunca antes los sentimientos antimperialistas de un extremo a otro del hemisferio—, precipitaron una modificación de la tradicional política de Estados Unidos hacia América Latina. Esbozada por el presidente Herbert Hoover, a principios de los años 30, al proponer la retirada de los marines que ocupaban Nicaragua y Haití, el anuncio de la nueva

política correspondió en rigor a su sucesor, Franklin D. Roosevelt, quien ocupó la primera magistratura norteamericana desde el 4 de marzo de 1933.

Nacido en Nueva York en 1882, en el seno de una familia acaudalada, Roosevelt estudio en los mejores colegios de Estados Unidos; entre ellos, la Universidad de Harvard. Desde muy temprano, gracias a su origen social, pudo ocupar importantes cargos en el gobierno estadounidense. Ya en 1912 fue secretario adjunto de la armada norteamericana y, en 1920, aspirante a la vicepresidencia de la nación por el Partido Demócrata, aunque resultó derrotado en los comicios. Este revés y la poliomielitis que lo atacó al año siguiente y lo dejó lisiado de por vida, lo sumieron en una profunda crisis personal de la cual salió con la ayuda de su esposa, Anna Eleanor, para luchar en 1928 por la gobernación del estado de Nueva York. En este cargo ganó gran popularidad, gracias a su eficiente gestión durante el crac bancario de 1929.



La Bolsa de Comercio de Wall Street y un nutrido grupo de personas en espera para tomar una sopa popular.

La elección de Roosevelt, del Partido Demócrata, a la primera magistratura de Estados Unidos —en unos comicios en los cuales los republicanos llevaron como candidato al mismo presidente Herbert Hoover; los socialistas, a Norman Thomas, y los comunistas, a William Z. Foster, alcanzando estos dos últimos casi un millón de votos— ocurrió en medio de los desastrosos efectos de la crisis económica que había perjudicado el desempeño de su predecesor. Para desgracia de los republicanos, Hoover había ingresado en la Casa Blanca sólo ocho meses antes del desplome de la bolsa de valores de Nueva York. La victoria de Roosevelt sobre su principal oponente se afianzó con el argumento de que la depresión se había agravado por la errada política republicana en los años 20.

Desde el principio, el nuevo presidente propuso una serie de reformas conocidas como *New Deal* —esto es, Nuevo Trato—, extraída de su frase de campaña: “Me comprometo a un nuevo trato para el pueblo estadouni-

El *New Deal*

El plan no era en absoluto hostil a los empresarios. Resultó el salvador y no el destructor del capitalismo. No se originó ningún tipo de planificación colectivista ni de ideología socialista. Incluso, el término *New Deal* sugería que el individuo era quien jugaba sus propias cartas. Su efecto más perdurable fue aumentar el poder del gobierno y del presidente en particular.

dense”, basada en una mayor intervención estatal en la economía, al estilo de las ya adoptadas en algunos países europeos, teniendo en cuenta las teorías keynesianas. Al alejarse de la política del *laissez faire*, el gobierno demócrata regresaba en cierta forma al flujo de disposiciones legislativas estatales y nacionales, como la reglamentación de los ferrocarriles de la década de 1880, dispuesta por su primo lejano Theodore Roosevelt.

Entre las medidas promulgadas desde 1933 por el presi-



El presidente Franklin D. Roosevelt y su primer gabinete.



Arriba, grandes huelgas de parados en Nueva York y en la foto de abajo, en Washington.

dente Franklin D. Roosevelt, merecen mencionarse la adopción de una política de inflación monetaria, para permitir un ascenso en los precios de los artículos de consumo, con el consiguiente estímulo a su producción, el aseguramiento de los depósitos bancarios hasta 5 000 dólares y la imposición de severas reglas para la venta de valores en la bolsa, la ayuda a los desempleados, seguro social, aumento de los impuestos a los ingresos superiores a los 50 000 dólares, la promoción de numerosas obras públicas; entre ellas, la electrificación de las granjas, la construcción estatal de más de 5 000 edificios públicos y 7 000 puentes, aunque quizá las de mayor significación fueron las realizadas por la Autoridad del Valle del Tennessee (TVA), un verdadero prototipo para la experimentación social y económica, y en la conservación y desarrollo de los recursos nacionales.

También debe señalarse la ley de asistencia a los agricultores que otorgaba subsidios y prestamos a los granjeros arruinados, cuya tragedia recogió magistralmente John Steinbeck en su novela *The Grapes of Wrath* (1939).

Además, el gobierno garantizó a los trabajadores el derecho al contrato colectivo y a la libre sindicalización, lo cual propició la relativa pérdida de influencia de la vieja Federación Americana del Trabajo (AFL), fundada por Samuel Gompers ante el empuje de una nueva organización creada en 1938: el Congreso de Organizaciones Industriales (CIO). Como resultado de ello, mientras en 1929 en Estados Unidos sólo había 4 millones de trabajadores organizados, en 1939 la cifra ascendía a poco más de 11 millones.

Cuando Roosevelt llegó al poder en 1933, los sentimientos antimperialistas en América Latina habían alcanzado magnitudes sin precedentes. En ello influían considerablemente las reiteradas intervenciones de Estados Unidos en el subcontinente.

El descontento no se limitaba a los sectores populares y elementos nacionalistas, sino se había extendido también a amplios círculos de la propia burguesía latinoamericana, afectada en gran medida por la ley Smoot-Hawley, la cual estableció una de las más altas tarifas arancelarias de la historia norteamericana.

Para hacer frente a este repudio generalizado y a la creciente penetración alemana, así como para estimular las relaciones económicas y comerciales con los países del hemisferio, deterioradas por los efectos de la crisis de 1929, la Casa Blanca decidió impulsar la llamada política del “buen vecino”, que sustituía la descarada intervención por métodos más sutiles de dominación.

En este contexto, a fines de 1933 se celebró en Montevideo, Uruguay, la VII Conferencia Panamericana, donde los países de América Latina propusieron una moratoria de las deudas y la reducción de las tasas de interés. Allí, Estados Unidos se vio obligado, ante la formidable presión de las repúblicas

latinoamericanas, encabezadas por México, Haití, Nicaragua —presidida por Juan B. Sacasa— y Cuba —con el gobierno revolucionario de Grau-Guiteras—, a aceptar “con reservas” la convención sobre los derechos y deberes de los Estados, que incluía el principio de la igualdad jurídica entre ellos, el de no intervención en los asuntos internos o externos de otros países, la inviolabilidad territorial y la necesidad de proscribir el uso de la fuerza en las relaciones internacionales.

Otro hito en la política panamericana del período fue la celebración en Buenos Aires (1936), auspiciada por Estados Unidos, de una conferencia especial para el mantenimiento de la paz, encaminada a la creación de un bloque político-militar con los países latinoamericanos, con el fin de asegurarse la retaguardia ante la peligrosa situación que se configuraba a escala internacional. Estados Unidos introdujo en la Convención para el Mantenimiento, Preservación y Restablecimiento de la Paz el principio de consulta, elemento vital a la hora de agilizar la participación de América Latina en la estrategia internacional de la Casa Blanca. Para hacer operativo el nuevo mecanismo se reunió en Lima, en diciembre de 1938, la VIII Conferencia Panamericana, en la cual se propuso la formación de una alianza defensiva de las naciones hemisféricas contra la agresión externa, en virtud de que el gobierno de Roosevelt ya vislumbraba la posibilidad de un enfrentamiento armado con Alemania y Japón.

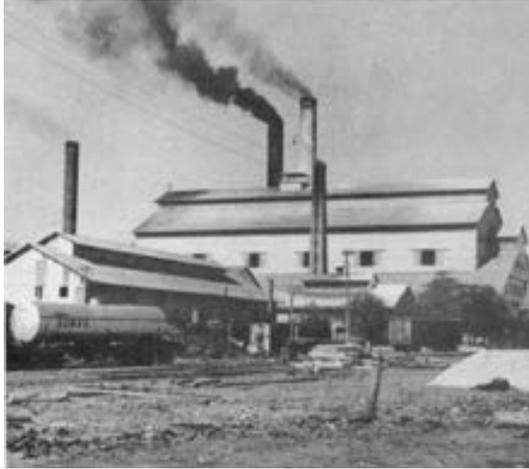
En correspondencia con la política del “buen vecino”, y ante los constantes reclamos del pueblo cubano, en 1934 se eliminó la llamada Enmienda Platt, impuesta a la constitución de Cuba en 1901, que daba derecho a Estados Unidos a intervenir en la Isla, y se retiraron las tropas estadounidenses de Haití. En 1936, el gobierno de Roosevelt se vio obligado a abstenerse de derechos semejantes a los de la mencionada enmienda en relación con Panamá, que databan de principios de siglo. Para ello, el Tratado Arias-Roosevelt reinterpretaba el espíritu de las relaciones entre las dos



El presidente Roosevelt pronuncia un meloso discurso en la Conferencia Panamericana de Buenos Aires, en diciembre de 1936.

naciones y se derogaban dos oprobiosos artículos, que durante años habían lacerado la vida de la república istmeña. Se suprimía la cláusula en virtud de la cual Estados Unidos se comprometía a garantizar la independencia de Panamá como Estado soberano y se eliminaba el artículo que permitía a los norteamericanos intervenir en la vida interna de la nación, cuando lo creyeran necesario. Aunque no resolvía la cuestión de los derechos panameños sobre la zona del canal, que fraccionaba el territorio panameño en dos mitades, con una virtual colonia norteamericana en medio de ellas, el tratado de 1936 constituyó, sin dudas, un paso adelante en el camino de la recuperación de la total soberanía de Panamá.

Para entender la nueva política en sus aspectos económicos, al margen de sus implicaciones diplomáticas y políticas (no intervención), hay que tomar en consideración la relativa disminución de la influencia estadounidense en la región, como resultado de la crisis económica. En 1935, el capital norteamericano invertido en América Latina había descendido a 4 555 millones de dólares, en comparación con los 5 429 millones que tenía en 1929. Al mismo tiempo, la participación de Estados Unidos en el comercio exterior del continente descendió, entre 1929 y 1937, del 38,5 % al 33,9 %. Un porcentaje similar afectó a los ingleses, cuyo comercio con



Las inversiones estadounidenses abarcaron distintas empresas e industrias, como la azucarera.

América Latina bajó del 15 % al 13,2 %, mientras que el de la Alemania nazi pasaba en el mismo lapso del 10,8 % al 15,4 %. La creciente competencia de los alemanes, así como la de los japoneses, que aumentaron en esos años 2,5 veces su comercio con los países latinoamericanos —en especial, con Perú—, hizo que Roosevelt adoptara una serie de iniciativas en el terreno económico, como parte de su política de la “buena vecindad”.

Entre las medidas adoptadas se destacaron: el establecimiento de un sistema de cuotas para las exportaciones de América Latina; firmas de “tratados de reciprocidad” —11 en total sólo de 1934 a 1940, los cuales conllevaban la renuncia a todo desarrollo industrial independiente por la contraparte—; estímulos a las inversiones del capital norteamericano y la fundación, en febrero de 1934, de una entidad crediticia: el Banco de Exportación e Importación (EXIMBANK). Los verdaderos objetivos

de este banco consistían en reactivar la economía de Estados Unidos. Los países latinoamericanos, seriamente afectados por la crisis, carecían de recursos para importar las mercancías norteamericanas. Los créditos del banco, que sólo en sus primeros cinco años fueron del orden de los 306 millones de dólares, al restaurar en parte su capacidad de importar, le prestaban una ayuda indispensable a la industria estadounidense, tan necesitada de reactivación. De este modo, el EXIMBANK se convirtió en un decisivo instrumento de la dominación norteamericana en este hemisferio. Por otra parte, con la promoción de las inversiones mixtas, Estados Unidos buscaba neutralizar los intentos de los gobiernos latinoamericanos para desarrollar su industria, como eran los casos de México, Chile y Brasil, y asegurar sus inversiones contra posibles medidas nacionalistas o expropiaciones.

Basado en esta política del “buen vecino”, aplicada a fines del período de entreguerras, que Estados Unidos creó las premisas para el desplazamiento definitivo de Inglaterra y demás competidores europeos de América Latina, al mismo tiempo que se acentuaba la dependencia neocolonial de los países situados al sur del río Bravo. Ello conduciría, tras la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, al absoluto predominio norteamericano en lo económico, político, militar e institucional en la región, lo que le permitiría crear contractualmente un verdadero y sumiso bloque latinoamericano y ponerlo al servicio de sus planes de dominación mundial.



El caso de Canadá



Con el *status* de dominio desde 1867, Canadá arribó al siglo xx con un notable desarrollo económico, a pesar de su gran extensión territorial y de su poca población (menos de dos habitantes por kilómetro cuadrado) y de los problemas derivados de su composición étnica, lingüística y religiosa. Además de la pequeña población indígena subsistente, la mayoría de la población se divide en dos grupos bien diferenciados: el de procedencia anglosajona y fe protestante, con una ligera mayoría, y el descendiente de la primera población francesa que habitaba el país cuando, en 1763, fue incorporado a Gran Bretaña, el cual profesa el catolicismo. Los primeros no han podido asimilar a los segundos y de ello se derivan consecuencias políticas que, en buena medida, todavía hoy se mantienen.

Canadá participó en la Primera Guerra Mundial al lado de su metrópoli, con el aporte de un contingente de 425 000 soldados, que combatieron en el frente occidental europeo. La guerra costó a los canadienses 60 000 bajas y unos 1 600 millones de dólares. El país suscribió el Tratado de Versalles y entró a formar parte de la Liga de las Naciones. Pero una consecuencia inesperada para Gran Bretaña fue que Canadá empezó desde entonces a girar en la órbita de su poderoso vecino meridional, Estados Unidos, que se convirtió rápidamente en su principal inversionista y socio comercial.

La guerra benefició a la economía canadiense, que participó activamente en el abastecimiento de los aliados occidentales. El *boom* propiciado por el conflicto evitó la crisis de 1920-1921 y su consiguiente depresión. Sin embargo, la inquietud reinante en el mundo en los años de posguerra se hizo sentir en el país. Ello se reflejó en el surgimiento de nuevos sindicatos y en el incremento de la filiación sindical. Se produjo también un fuerte movimiento reivindicativo expresado a través de huelgas y protestas de los trabajadores, particu-



Ciudad de Ottawa en 1940, Canadá.



La política liberalizadora aplicada en la segunda mitad de los años 20, propició un incremento de la producción de granos.

larmente numerosas en 1919. Aunque el movimiento obrero estaba entonces muy influido por el anarquismo, en 1922 se fundó el Partido Comunista.

Como en Inglaterra, dos partidos políticos se disputaban el poder: el Conservador y el Liberal. Un nuevo partido, el Progresista, con una fuerte implantación en el campo, se dividió posteriormente y en la práctica desapareció hacia 1925. Apenas terminada la guerra, en 1921, triunfó el Partido Liberal y durante casi 10 años gobernó el país Mackenzie King, apoyado por los progresistas. Durante ese período se aplicó una política liberalizadora, que condujo a una prosperidad sin precedentes; en particular, en la segunda mitad de los años 20. Ello se tradujo en el aumento de la producción de granos, la construcción de modernos ferrocarriles, el desarrollo de la industria eléctrica y de otras ramas, la explotación de nuevas minas y el crecimiento de la inmigración. En aquellos años, crecieron vertiginosamente y se modernizaron las grandes ciudades como Montreal, Toronto y Québec; al mismo tiempo, se incrementaban los centros de diversión y los lujos para



William Lyon Mackenzie King (1874-1950).

una parte de la población. En general, se vivía un ambiente caracterizado por la confianza en el futuro.

Pero la grave crisis de 1929, que repercutió con fuerza en Canadá, puso fin a aquellos años felices. De 1929 a 1933, el producto nacional bruto cayó desde los 6 100 millones a los 3 000 millones de dólares. La agricultura se vio muy afectada, la producción industrial se redujo a la mitad, los precios sufrieron una espectacular baja, la desocupación alcanzó a más del 20 % de la población laboralmente activa y se redujo de manera drástica la entrada de emigrantes. Debido a los efectos de la crisis, se fortalecieron los antagonismos sociales y se intensificó el particularismo del gobierno de las provincias, fomentado sobre todo por las diferencias étnicas apuntadas con anterioridad, lo que representó un duro golpe en el camino de la unificación nacional.

La crisis llevó al poder a los conservadores, dirigidos ahora por Richard Bedford Bannett, quien gobernó con mano fuerte de 1930 a 1935. El gabinete conservador adoptó una dura política intervencionista en materia económica, para mitigar los efectos de la crisis. Negoció una serie de pactos bilaterales con otros países de la Commonwealth para poder colocar el excedente de sus productos agrícolas, estableció una elevada barrera aduanera para impedir la competencia extranjera a sus productos

industriales y trazó un plan de obras públicas con el objetivo de combatir el desempleo, entre otras medidas. Al mismo tiempo, reprimió el movimiento de protestas e ilegalizó al Partido Comunista. Durante la crisis surgieron en varias provincias partidos de corte fascista, siendo el más importante la Unión Nacionalista de Québec.

Mientras tanto, en 1931, en la Conferencia de Westminster, Canadá quedó

libre de los últimos lazos que la vinculaban a la Commonwealth, convirtiéndose en un país independiente, aunque regido por la forma monárquica, su soberano era el de la Gran Bretaña, representado por un gobernador general, con una presencia prácticamente simbólica en la vida de la nación. Este *status*, que se mantiene hasta la actualidad, fue reclamado insistentemente después de la guerra. Incluso, a partir de 1923, Canadá comenzó a actuar de forma independiente. Ese año firmó un tratado con Estados Unidos sobre el mantenimiento de la situación prevaleciente en el Pacífico septentrional y en 1927 nombró un embajador en aquel país, a lo que siguió el establecimiento de relaciones diplomáticas con otros Estados.

La situación económica empezó a mejorar lentamente a partir de 1934, en coincidencia con la coyuntura de recu-

peración internacional, pero la situación política interna se mantenía tensa, pues los gobiernos de las provincias opusieron gran resistencia a las medidas restrictivas del poder central. En ese contexto, en 1935, unas nuevas elecciones devolvieron el poder al Partido Liberal, y Mackenzie King tomó en sus manos el gobierno del país, manteniéndose en él durante 13 años. Mackenzie mantuvo una política económica de corte keynesiano y propició un acuerdo con Estados Unidos y Gran Bretaña, el North Atlantic Triangle, que contribuyó a rehabilitar en parte la economía nacional, aunque en vísperas de la guerra no se alcanzaban todavía los índices anteriores a 1929. La otra tarea priorizada y desarrollada con cierto éxito por los liberales fue armonizar las relaciones entre el gobierno central y los provinciales, los cuales aspiraban a recuperar su autonomía en los asuntos internos.



Cultura y vida cotidiana en la región



Sin duda alguna, la novela fue la expresión cultural que reflejó, con mayor fuerza y hondura, las características de Estados Unidos en el período entre las dos guerras mundiales. Ella nos muestra las contradicciones y conflictos generados por el impetuoso desarrollo material de los años 20 y por la devastadora crisis de 1929.

Precisamente dentro de estos ámbitos, la novelística de Theodore Dreiser despierta



Theodore Dreiser (1871-1945).

interés. Una creación que, marcada por el naturalismo del francés Émile Zola, se ajusta a las realidades concretas de ese momento histórico en la vida norteamericana. Ello salta a la vista en *Una tragedia americana* (1925), acaso su obra más conocida. Otro de los escritores notables de esta época fue Upton Sinclair, vinculado a las ideas socialistas. Estos autores reflejaron en sus obras varias facetas de la realidad social. Algo diferente sucedió en el campo de la creación poética desde la aparición de *Poesía. Revista de Versos*, Chicago, 1912, en cuyas páginas dejarán huella renovadora de esta expresión escrita quienes serían, entre otros, celebridades literarias de ese siglo como T. S. Eliot, autor de *Profrock y otras observaciones* (1917) y de *Tierra baldía* (1922). También el teatro encontrará nuevos desenvolvimientos dentro de este contexto épocal, cuando grupos independientes —dentro de los cuales figuró Eugene O'Neill— enfrentaron las normas del teatro comercial y trataron de dar al drama una mayor calidad artística. Estas compañías impusieron una mirada renovadora marcada por el ademán vanguardista y llevaron a escena obras como *Más allá del horizonte* (1920) del mismo O'Neill, dando vida así a una representación dramática que seguirá un proceso ascensional en las décadas siguientes.

Mas, no sólo la vida y la actividad en los grandes centros urbanos de Estados Unidos



Literatura y crítica

La crítica más implacable a la falsedad del sistema y la venalidad norteamericana de los “alegres veinte”, apareció recreada en las novelas de Sinclair Lewis *Main Street* (1920) y *Babbitt* (1922), verdaderas sátiras de la vida banal de las capas medias, mientras F. Scott Fitzgerald recreaba en *This Side of Paradise* (1920) las nuevas modas estudiantiles, las fiestas desenfundadas y las tabernas ilícitas, a la cual siguió su gran novela *The Great Gatsby* (1925).

hallarían espacio y reflejo en la literatura, pues en tanto los escritores procedentes de todas las partes del país aportaron conocimiento sobre sus distintas regiones. Esto se hace presente en la obra de Willa Catre, quien suele tocar el tema de la situación de los inmigrantes y su proceso de adaptación a una nueva realidad. La vida material y espiritual de quienes habitaban en zonas menos desarrolladas de la Unión, encontraron lugar en la producción de poetas y narradores. Tal es el caso de Sherwood Anderson, autor de *Winnesburg: Ohio*, una interesante colección de cuentos dada a conocer en 1917, año cuando su país entraba en la guerra. El conflicto marcará profundamente a una nueva generación de escritores, algunos de los cuales ya estaban involucrados en él. Éstos son los casos de Ernest Hemingway y John Dos Passos, en el ejército italiano; William Faulkner, en la fuerza aérea canadiense, y Raymond Chandler, en los fusileros navales de su Majestad británica. Sus primeras obras, como resulta explicable, reflejarán sus experiencias de la guerra. Así, John Dos Passos publicará, en 1919, *Iniciación de un hombre* y, más tarde, *Tres soldados* (1921); por su parte, William Faulkner dará vida a *La paga del soldado* (1926), mientras Ernest Hemingway lo hará a través de su cuentística y de la relativamente tardía *Adiós a las armas* (1929), pues en 1927 había publicado *Fiesta*, crónica novelada

de aquellos norteamericanos que regresaban o visitaban Europa después de finalizada la contienda.

La llamada “generación perdida” adoptó una postura crítica ante las realidades de la sociedad norteamericana de posguerra. Unos regresarán a Europa, otros como William Faulkner, por ejemplo, abordará la vida en el sur por medio de novelas y cuentos, en cuya ejecución literaria hará uso de recursos novedosos aportados por la vanguardia como es el monólogo interior; Dos Passos dará a conocer, en 1925, su novela *Manhattan Transfer*, visión sorprendente de la vida en la ciudad de Nueva York, con una técnica narrativa que cabe asociar a la influencia del cubismo pictórico; Francis Scott Fitzgerald, por su parte, entregará *El gran Gatsby* (1925), expresión de la crisis de valores de la sociedad en la posguerra, en plena vigencia de la Ley Seca, y Hemingway escribirá su interesante cuento *Los asesinos* (1927) y también empleará recursos de la vanguardia. Mas, si eso fuera poco, puede aludirse a la novela escrita por Upton Sinclair, perteneciente a la anterior generación de autores que, con el título de *Boston*, reflejó el proceso judicial que estremeció a la sociedad norteamericana en esta década y que culminaría con la ejecución, en 1927, de los emigrantes italianos Sacco y Vanzetti.

En estas décadas de entreguerra se renovaba la música estadounidense con la aparición de nuevos ritmos (*jazz*) o bailes (*charleston*). En particular, el jazz, procedente de Nueva Orleans, Memphis y Chicago, fundió tradiciones musicales africanas y occidentales, género en el cual brillaron intérpretes como



Ernest Hemingway (1899-1961).



John Dos Passos (1896-1970).



William Faulkner (1897-1962).



Raymond Chandler (1888-1953).



Duke Ellington en el Hurricane Club (1943).

King Oliver, Bessie Smith, Duke Ellington y el joven Louis Armstrong.

En estos años también cobraba fuerza el espíritu de protesta entre la discriminada población negra, que se desplazaba de las plantaciones sureñas a las industrias de las grandes ciudades del norte y se organizaba en movimientos nacionalistas como el "Back to Africa" de Marcus Garvey o de defensa de los derechos de los afroamericanos, al estilo del creado por E.W.B Du Bois,



Joseph Nathan Oliver (King Oliver) con su banda.



Elizabeth Smith (Bessie), conocida como la emperatriz del blues.

de los cuales fueron expresiones literarias y artísticas la corriente conocida como "Renacimiento de Harlem" y en las obras de Langston Hughes, Zora.

Éstos serán los años en los cuales autores, por lo general preteridos por la historiografía literaria, entran en escena con un ademán creador de enfoque indiscutiblemente diferente. Entre éstos destaca la mirada propuesta por escritores afronorteamericanos como James Weldon Johnson o de hombres como Samuel Dashiell Hammett y Raymond Chandler, representantes del relato policíaco, con gran calidad literaria. Hammett escribe algunas de sus mejores novelas entre 1929 y 1932, *Cosecha roja*, *La llave de cristal*; esta última permite apreciar en su factura la influencia de la escuela psicológica conductista (behaviorismo) en boga en los medios intelectuales de Estados Unidos.

Sin embargo, será en el año inicial de la década del 30, bajo el impacto social que significara el desplome de la bolsa de Nueva York, en 1929, que John Dos Passos entre-



Louis Daniel Armstrong (1901-1971).

gará *Paralelo 42* (1930), primer libro de su trilogía *U.S:A*, integrada, además, por *1919* (1932) y *El gran dinero* (1936), le sirve al escritor para arremeter, críticamente, contra el capitalismo y en cuyas páginas deja ver la huella de la vanguardia. También en esta década, William Faulkner abraza y también choca con las tradiciones del sur en: *Absalón, Absalón* (1936) y *Los invictos* (1938)).

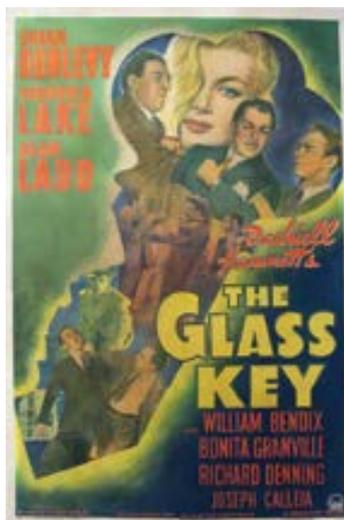
Desde luego, en un período tan complejo en la historia de Estados Unidos no podía faltar el reflejo de incidentes políticos en la literatura. Muestra de ello fue el abordaje ficcional del intento de golpe de Estado contra la política del *New Deal* llevada adelante por el demócrata Franklin Delano Roosevelt, conjura urdida por políticos de derecha, cuyo propósito era instaurar en Estados Unidos un gobierno de corte fascista. Ante ello, Sinclair Lewis publica, en 1935, *No puede suceder aquí*, hecho literario reflejo de cómo se desarrollaba la muy difícil vida política interna del país en un momento histórico de extraordinaria complejidad en las relaciones internacionales. Por lo demás, en el teatro, junto a la figura prominente de Eugene O'Neill, Maxwell Anderson ofrecía *Winterset* (1935), basada en el caso Sacco-Vanzetti; Jack Kirkland, en 1933, dramatizaba *El camino del tabaco*, novela de Erskine Caldwell y Clifford Odets, en 1935, *Esperando al zurdo*. Al año siguiente, Raymond Chandler encontrará reconocimiento de la crítica tras la publicación de *El sueño eterno* y Ernest Hemingway, quien había reflejado en *Tener y no tener* (1937) el contrabando entre Cuba y Estados Unidos durante la Ley Seca, vive en España y participa en el drama de la guerra civil; prolegómeno de la Segunda Guerra Mundial, proceso que le aportará material para su novela titulada *Por quién doblan las campanas*, dada a conocer en 1940.



Samuel Dashiell Hammett (1894-1961).

En cuanto a América Latina, la literatura y otras manifestaciones artísticas, todavía en gran medida bajo la influencia del modernismo y de su principal exponente: Rubén Darío, reflejaron el complejo, contradictorio y relativamente prolongado proceso de la Revolución mexicana.

Lo anterior se constata en títulos como *Los de abajo*, (1916) de Mariano Azuela, o *El Águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán, también autor de *La sombra del caudillo* (1929), inspirada en la época conocida como “el maximato”. A estos nombres y títulos, quizá los más representativos, se deben añadir los de José Rubén Romero, Francisco Urquiza, José Mancisidor y de un dramaturgo como Rodolfo Usigli, quienes a su vez entregaron novelas como *Tropa vieja* y *Ciudad roja*, y dramas con un claro componente de crítica política, lo que también ocurrió en la plástica, tanto en los grabados de José Guadalupe



Cartel del film, *La llave de cristal*, basado en la obra homónima de Dashiell Hammett.



Renacimiento cultural mexicano

Durante el gobierno de Obregón, extendido de 1920 a 1924, se había iniciado en México un gran renacimiento cultural promovido por José Vasconcelos —entre sus colaboradores figuraba la joven poetisa chilena Gabriela Mistral, quien ya había dado a conocer sus *Sonetos de la muerte* (1915)— desde la Secretaría de Educación Pública, el cual tuvo importantes expresiones en la novelística, como los casos de las obras de Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán sobre la revolución y cuyo punto culminante se alcanzó con el muralismo mexicano. Esta reconocida corriente pictórica, que llenó de inmensos y sugerentes murales los principales edificios públicos de la capital, rescataba el papel de las masas populares, y especialmente a los indígenas, como factor decisivo en la historia y tuvo entre sus figuras descolantes a David Alfaro Siqueiros, Diego Rivera y José Clemente Orozco.



Ejemplo de pintura muralista mexicana que, según Siqueiros, es "un arte capaz de hablar, con la potencia de las imágenes a las masas".



Lucila Godoy Alcayaga (1889-1957), conocida como Gabriela Mistral.

Posada y los trabajos fotográficos del alemán nacionalizado mexicano Paul Brener, como en la muralística y la pintura de caballete representada por Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco, quienes, con lenguaje propio y acendrado espíritu nacional, reflejaron a través de su técnica temas estrechamente inspirados en las raíces e identidad de su pueblo.

En otros puntos de la geografía americana, la vida encontró en la novelística

Otros exponentes de la muralística mexicana, a la izquierda, *Hidalgo y la libertad* de José Clemente Orozco y a la derecha *La civilización zapoteca* de Diego Rivera.



reflejo acaso menos violento, aunque no por ello menos dramático. Sus autores, con enfoque realista e intención crítica, supieron reflejar la problemática imperante en la región desde la entrada de la década del 20, como se pone de manifiesto en *Raza de bronce* (1919), del boliviano Alcides Arguedas, que aborda la explotación de los sectores desposeídos de ese país. Lo mismo ocurre en *La vorágine* (1924), del colombiano José Eustasio Rivera; en *Don Segundo Sombra* (1926), del argentino Ricardo Güiraldes, y en *Doña Bárbara* (1929) y *Barrabás y otros relatos*, de los venezolanos Rómulo Gallegos y Arturo Uslar Pietri, respectivamente. Estas obras constituyen una avanzada de otras que aparecerán en la década siguiente dentro de un contexto signado por la radicalización del pensamiento y la acción política de amplios sectores sociales, incluidas las capas medias, de fuerte contenido antimperialista, cuya expresión ideológica hallaría cauce en las obras de los argentinos José Ingenieros y Aníbal Ponce, así como en las del peruano José Carlos Mariategui.

En este período, en América Latina irrumpen las vanguardias artísticas y literarias gestadas en el llamado Viejo Continente. El dadá, el surrealismo, el ultraísmo, entre otras de estas corrientes, ya venían influyendo en el ánimo o en la obra creadora

Una literatura latinoamericana de hondas preocupaciones sociales

En la novela *La vorágine*, el colombiano José Eustasio Rivera incursiona con profundidad en el tema de la explotación que soportan los trabajadores de las grandes plantaciones de caucho situadas en la selva. Por su parte, el venezolano Rómulo Gallegos, en *Doña Bárbara* (1929), recoge la vida en una hacienda patriarcal de los llanos de Venezuela, mientras el argentino Ricardo Güiraldes, en *Don Segundo Sombra*, recrea la vida del humilde gaucho. *Mamita Yunai* de Carlos Luis Fallas o *Metal del diablo* de Augusto Céspedes, dejan ver que la explotación económica de los trabajadores era la causa fundamental de los problemas sociales del continente, de lo que son exponentes. Mientras José Revueltas, en su novela *El luto humano*, se vale del monólogo interior para expresar los sentimientos de los campesinos. Paralelamente, la antropología conocía de las primeras aportaciones del brasileño Gilberto Freyre y del cubano Fernando Ortiz.

de escritores y artistas latinoamericanos, quienes, en muchos casos, habían residido en Europa y entrado en contacto con la efervescencia transformadora de estos movimientos. Por ejemplo, Jorge Luis Borges, en 1921, trajo a su natal Argentina desde España, donde había residido y estrechado vínculos con los ultraístas españoles, los cánones estéticos de esta corriente. Mas, no sólo Borges, en Chile, Pablo Neruda



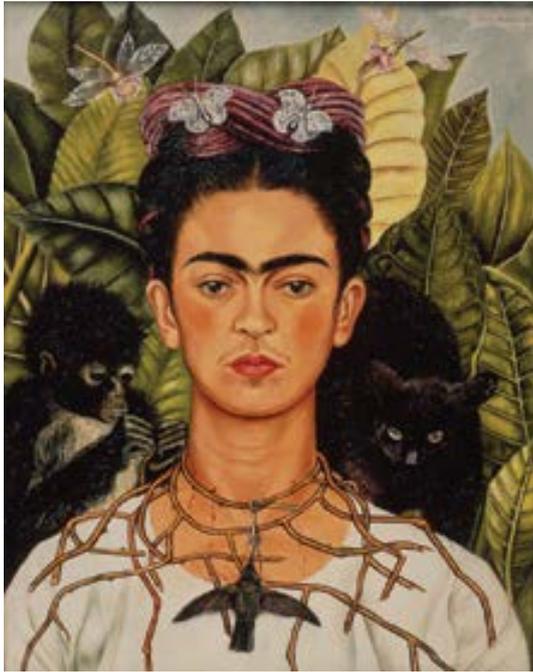
Ricardo Eliécer Neftalí Reyes Basoalto, nombrado como Pablo Neruda (1904-1973).



Rómulo Gallegos (1884-1969), importante novelista venezolano, autor de *Doña Bárbara*.



Ricardo Güiraldes (1886-1927), novelista y poeta argentino, autor de *Don Segundo Sombra*.



Collar de espinas, obra de Frida Kahlo.

daba a conocer sus *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* (1924) y *Tentativa del hombre infinito* (1926), y Vicente Huidobro, al regreso de Europa, enarbolaba

los principios del creacionismo. En México, también en el mismo año en que Borges importaba el ultraísmo a América del Sur, Manuel Maplez Arce firmaba el Primer Manifiesto Estridentista, y un poco después la expresión surrealista encontraría cauce en la obra pictórica de Frida Kahlo; mientras que, en Perú, Alberto Hidalgo daría vida al simplismo.

En países de América Central, el guatemalteco Luis Cardoza y Aragón trae de Europa el surrealismo: *Luna park* (1923); así también José Coronel Urtecho introduce en la región los ismos europeos: letrismo, futurismo, neo-objetivismo, surrealismo, al tiempo que con su *Oda a Rubén Darío* (1927) hacía revisión de la retórica en que cayera el movimiento fundado por su compatriota. Mientras, en la prosa, Miguel Ángel Asturias hacía conocer *Leyendas de Guatemala* (1930) y escribía ensayos medulares bajo los títulos *El problema social del indio* (1923) y *Arquitectura de la vida nueva* (1928).

En Brasil, desde 1921, el Movimiento Renovación se hacía sentir a través de la plástica de Emiliano Cavalcanti, quien había expuesto su colección de dibujos titulada *Fantoches de medianoche* y realizado su emblemático cuadro *Las cinco muchachas de Guaratinguetá*, mientras Emilio Pettoruti daba entrada al cubismo y Enio Iommi desarrollaba su quehacer escultórico. En la literatura, Mario de Andrade mostraba en su obra influencia vanguardista y Oswald de Andrade no quedaba atrás, por cuanto planteó una renovación de forma y lenguaje en el terreno de la creación escrita. Por supuesto, tales actitudes encontrarán vías de expresión doctrinaria en el Manifiesto Antropófago, al cual no sería ajena Tarsilia de Andrade, discípula del cubista francés Ferdinand Léger, quien va a desarrollar en la pintura una línea surrealista impregnada del componente nativo de esa realidad social y racial que es característica del gigante del sur, apresada en su música popular y también en la compuesta por los maestros Héctor Villalobos y Francisco Magnone.



Obra de Tarsilia de Andrade.



Nicolás Guillén (1902-1989).

También entre finales de la década del 20 e inicios de la del 30, la literatura del Caribe insular recogerá el legado de las vanguardias con voluntad de superar los viejos moldes creadores y estos empeños hallarán materialización en la obra de poetas y prosistas de esta área de América. En Cuba, la mayor de las Antillas, la vanguardia haría irrupción y encontraría adeptos entre la intelectualidad joven un tanto tardíamente, cuando en Argentina y México ya estas expresiones habían cobrado vida y desarrollo. En 1927 comenzó a publicarse la *Revista de Avance* (1927-1930), en cuyas páginas aparecen los ensayos de Jorge Mañach a propósito del vanguardismo, y aunque algunos poetas integran a sus obras las nuevas formas de expresión, la actitud creadora tendrá, en lo fundamental, una connotación político-ideológica, como sucede con la poesía negrista de Ramón Guirao, y con la escrita por Nicolás



Jorge Mañach (1898-1961).

Guillén y Regino Pedroso. En cuanto toca al ámbito musical, el movimiento renovador encontrará exponentes como Amadeo Roldán, quien introdujo los tambores batá, de origen africano, en la orquesta sinfónica: *La Rebambaramba* (1927-1928) y en Alejandro García Caturla: *Bembé* (1929), *Yamba-ó* (1928-1931).

En República Dominicana, el movimiento renovador llegará de la mano de la *Antología del Movimiento Postumista* (1922), representado por Domingo Moreno, Rafael Augusto Zorrilla y tendrá su figura de mayor relieve en el poeta Manuel del Cabral; mientras que en el vecino Haití, Jean Price-Mars, considerado padre de la literatura haitiana, se une, en 1920, al poeta martiniqueño Aimé Césaire en el movimiento de la negritud y va a plantear una reivindicación del folclor haitiano y también la defensa del vudú frente a quienes lo estimaban como una “magia negra”, en su notable trabajo titulado *Así habló el tío*, de 1928. En el caso de Puerto Rico, la arribada vanguardista se manifestó ya entrados los 30 con una interesante proliferación de movimientos,

entre los cuales se destaca el diepalismo, que respondía al uso de sonidos onomatopéyicos en la construcción del poema y que tuvo como exponente de mayor relieve a Luis Palés Matos, uno de los cultivadores de la poesía afroantillana o negrista junto a otros del área



Amadeo Roldán (1900-1939).



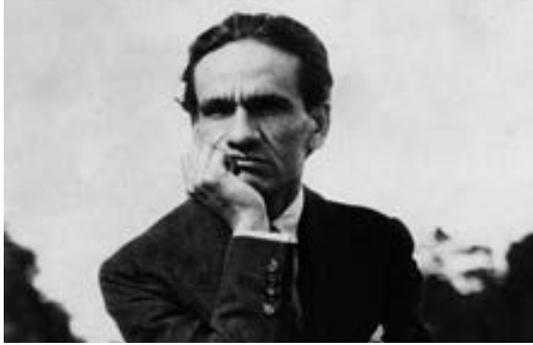
Alejandro G. Caturla (1906-1940).



Jean Price-Mars (1876-1969).



Aimé Césaire (1913- 2008).



César Vallejo Mendoza (1892-1938).

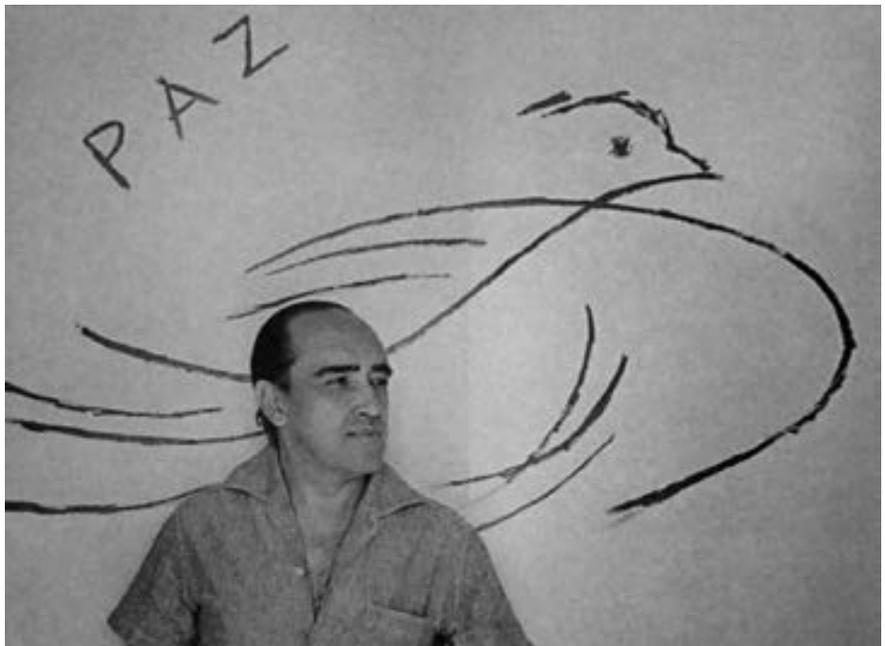
blemas sociales, políticos y humanos que agitaban a las naciones situadas en esta área del mundo, como eran los casos de la explotación a que era sometida una parte considerable de la población —en primer lugar, la indígena— y la existencia de las dictaduras militares. Ello se percibe en las obras de M. C. Reyes, en América Central, y más al sur con César Vallejo, Emilio Pareja, Jorge Icaza, José Lins Rego, Jorge Amado, Enrique Amorín y Graciliano Ramos, entre otros. En este período, el arquitecto Oscar Niemeyer junto a Lucio Costa introducen el modernismo arquitectónico y conjuntamente construyen, en 1936, el Ministerio de Educación, en Río de Janeiro, y, ya para 1937, Niemeyer emprenderá *Obra do Berco*.

En tanto, dentro del área caribeña, en República Dominicana se desarrolla la literatura criollista con la obra de Miguel Ángel Jiménez y Francisco Moscoso. Un tanto más tarde, el político, ensayista y narrador, Juan Bosch, ofrecerá una obra cargada de humanismo y de crítica social militante con los cuentos de *Camino real* (1933) y su novela *La mañosa* (1936), dentro de un contexto sociopolítico y cultural en el cual no pueden pasarse por alto las aportaciones



caribeña, como los cubanos ya citados, a quienes debe añadirse el nombre del colombiano Jorge Artel.

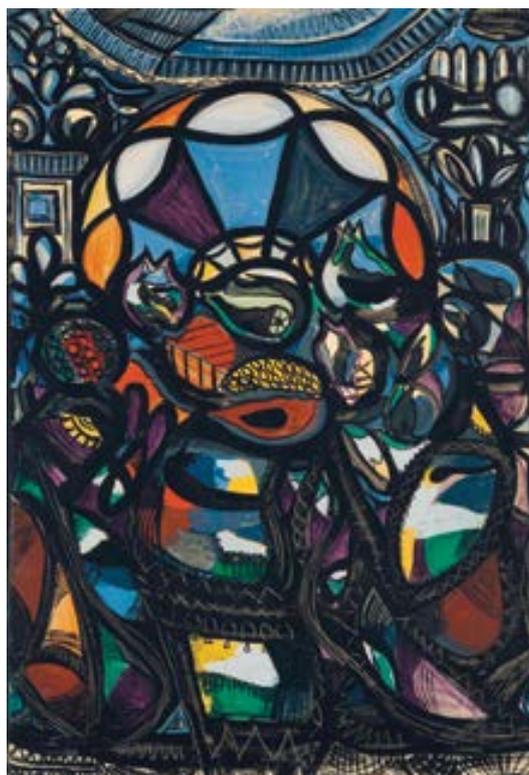
Debe destacarse que durante la década tercera del siglo xx, la literatura y otras expresiones artísticas en América Latina y el Caribe continuarán por sólidos derroteros en cuanto a calidad, asumiendo un contenido en el cual primará el enfoque relacionado con los pro-



Oscar Niemeyer (1907). Parte de su obra de arriba a abajo, Congreso Nacional, Brasilia, Museo de Arte Contemporáneo de Niterói, Catedral de Brasilia y Palacio Alvorada.



Obras de Amelia Peláez (1896-1968).

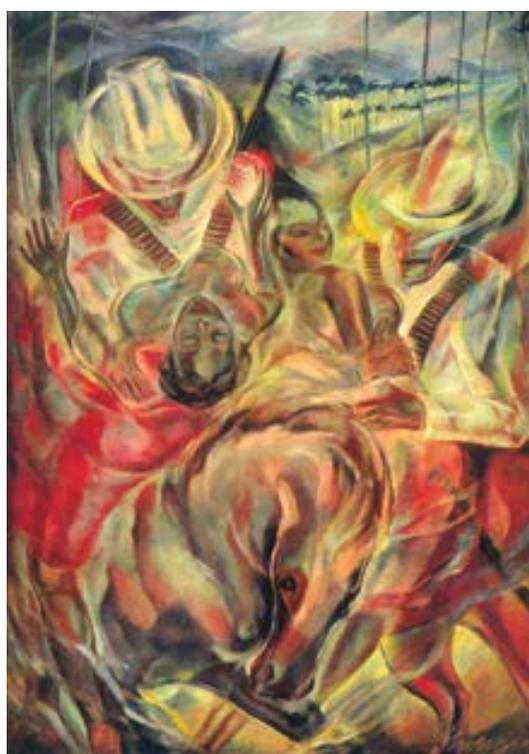


ya ensayísticas o ficcionales de los hermanos Henríquez Ureña. También en Haití, Jaques Roumain publica, en el bienio 1930 y 1931, el volumen de cuentos *La presa y la sombra* y las novelas *Los fantoches* y *La montaña embrujada*, cuando en Cuba cobran cuerpo la cuentística de Enrique Serpa y la de Félix Pita Rodríguez. No

quedan atrás José Antonio Ramos y el gran Alejo Carpentier, mientras en la plástica sobresalían Amelia Peláez, Carlos Enríquez, Fidelio Ponce, Víctor Manuel, y en Puerto Rico cobraban espacio las novelas de Zeno Gandía, escritas años atrás.



Obra de Fidelio Ponce de León (1896-1949).



Obra de Carlos Enríquez (1900-1957).



Los grandes magnates construyeron enormes edificios como muestra de su poder. El edificio Chrysler, el Empire State y el Centro Rockefeller, todos de estilo *art decó*, popular en aquella época.

La vida cotidiana en Estados Unidos fue adquiriendo una dinámica más acelerada en estos años con el gran desarrollo industrial, del comercio y de las finanzas.

Los cambios en la vida cotidiana de la nación del norte se fueron extendiendo con rapidez hacia América Latina; en lo fundamental, a las principales ciudades. Ello era el resultado de la creciente presencia económica norteamericana en la región y del importante papel que, ya por entonces, desempeñaba la propaganda de los medios de comunicación.



Edificio construido para la firma de ron Bacardí en 1930. El más alto de Cuba en esos años.

Las ciudades crecían y la vida urbana comenzó a sufrir sustanciales transformaciones en la arquitectura y la urbanización, donde predominaba la cuadrícula, las calles asfaltadas, las anchas avenidas, así como el incremento de parques y áreas verdes. Se continuó la construcción de importantes rascacielos en Estados Unidos, como el Chrysler (1930), el Empire State (1931) y los que formaron el Centro Rockefeller, iniciados en 1931. Igualmente, en las grandes urbes de los países de América Latina se levantaron altas e importantes torres. Por ejemplo, en La Habana, el edificio Bacardí, de estilo *art decó*, en forma de pirámide escalonada con 12 pisos, de los arquitectos Esteban Rodríguez Castells, Rafael Fernández Ruenes y José Menéndez Menéndez, se

terminó en 1930 y el más alto de Cuba para esa época. En Buenos Aires se construyó, en 1935, el edificio Kanagh, con 28 pisos dedicados a viviendas. Esta edificación fue el rascacielos más grande de Latinoamérica. El crecimiento de la población obligó a prestar mayor atención a la vivienda. Si bien desde el punto de vista del desarrollo artístico y experimental había una menor lucidez y espíritu creador, los edificios de apartamentos cobraron mayor importancia ante las nuevas condiciones sociales.

La incorporación de la mujer al trabajo imponía la necesidad de una casa más funcional. El apartamento —hábitat por lo general de la llamada clase media, de profesionales y hasta de los obreros calificados— prescindía de los grandes espacios dedicados antes para las reuniones sociales. Constarán de una sala, dos o tres habitaciones, baño y cocina equipada por lo general con los adelantos de cocina eléctrica o de gas y el refrigerador. Estos apartamentos resultaban prácticos, higiénicos y brindaban las comodidades de la modernidad.

Los sectores más acaudalados y aristócratas seguirían construyendo sus grandes y lujosas mansiones en barrios apartados del bullicio de la gran urbe. En esos momentos se impuso el movimiento orgánico, del cual fue un exponente el arquitecto Frank Lloyd Wright, quien inspirándose en la naturaleza buscaba vincular o insertar la vivienda en el entorno y dar mayor significación a la funcionalidad, ejemplos son la Millard House en Pasadena, California (1923), y la Kaufmann House o casa de la Cascada en Bear Run, Pennsylvania (1937). El desarrollo del automóvil y en general del transporte facilitarían ese alejamiento hacia zonas más tranquilas, rodeadas de un apacible medio de bucólica vegetación.

Las casas de los obreros eran más modestas, con menor número de dependencias y por lo general ubicadas cerca de las fábricas o en determinadas zonas de la periferia de la ciudad. En las urbes crecían las viviendas colectivas, llamadas ciudadelas, casas de inquilinato, casas de vecindad, conventillos o solares. Estas moradas

poseían una sola puerta por la cual se ingresa al conjunto del local. Era el hábitat de inmigrantes pobres y de familias llegadas del campo en busca de mejor fortuna. No faltaban tampoco los barrios marginales donde confluyen los sectores más empobrecidos de las ciudades.

En las zonas rurales comenzaron a modernizarse las condiciones de vida mediante la incorporación de la maquinaria agrícola. En Estados Unidos, este proceso fue más rápido y más amplio, mientras en los países latinoamericanos

siguieron imperando los métodos tradicionales y solamente los grandes hacendados pudieron introducir algunas de esas nuevas técnicas. La vivienda de madera se mantuvo, pero también se empezó a utilizar el ladrillo en la edificación de las casas, a las cuales se les incorporaron algunos de los descubrimientos y adelantos que facilitaban la vida. Crecieron los pueblos que fueron integrando los servicios que impulsaba la modernidad.

Durante estos años, el radio se extendió y se convirtió en la gran distracción hoga-



Juego de sala de un apartamento de la época. Su estilo es más funcional y ligero.



Vivienda de pequeño propietario campesino.



Imagen de un solar habanero o casa de vecindad de la época que muestra las pésimas condiciones de vida.



Anuncio de Chan Li Po.

Los seriales y novelas radiales adquirieron gran popularidad.

reña. Ahora podía escucharse la música en la casa. La mujer, mientras realizaba las labores habituales, estaba al tanto de las noticias y de los seriales dramatizados, que pronto conquistaron el gusto de amplias mayorías con las historias románticas. También tuvieron éxito los episodios de aventuras. Las radiodifusoras contribuyeron a divulgar la música de moda como el blue, el jazz, la canción popular, con autores como Jerome Kern, Col Porter e Irving Berlin y con cantantes como Bing Crosby y Frank Sinatra. También se divulgó la música *country*, dirigida a las familias



A la izquierda Carlos Gardel (1890-1935), en uno de sus filmes.

rurales del sur de Estados Unidos. Un nuevo invento, la televisión, hizo su debut en Estados Unidos en 1939, aunque todavía en fase experimental.

En América Latina, la radio también ocupó la atención de muchas familias que seguían una programación similar, aunque se comenzaron a realizar adaptaciones más propias a la idiosincrasia de los pobladores de estas regiones y su cultura. En la música se escuchó el tango, el son, la zamba, el joropo venezolano, los mariachis y el bolero. Se destacaron músicos como el cubano Alejandro García Caturla, autor de *Tres danzas cubanas* y *Yamba O*; Ernesto Lecuona, autor de *Siboney* y *Siempre en mi corazón*, entre otras importantes piezas; Francisco Canaro (*Pirincho*) y Julio de Caro, dieron vida al tango, cuyo máximo exponente, Carlos Gardel, se convirtió en el ídolo de América. El bolero, oriundo de Cuba, creado por Pepe Sánchez, se difundió y contó en la década del 30 con grandes interpretes cubanos como los Hermanos Rigual, Antonio Machín y René Cabel, entre otros, y se generalizó por América Latina con compositores y cantantes de la talla de los mexicanos Jorge Negrete, Agustín Lara, autor de la famosa *Granada*, que popularizaría otro grande, Pedro Vargas. La música del brasileño Héctor Villalobos se continuó difundiendo en estas décadas y alcanzó gran reputación.

Entre los más significativos cambios ocurridos en la vida cotidiana y familiar, estuvo, como hemos dicho, la mayor incorporación de la mujer al trabajo. Se les podía ver en las más diversas actividades. No faltaron las que recibieron estudios universitarios y adquirieron una profesión. Si en Estados Unidos hubo menos prejuicios, en Latinoamérica se aceptaba con mayores reservas esa situación y hasta en la prensa no faltaron las críticas. Sin embargo, el movimiento feminista fue alcanzando más fuerza y reclamando nuevos derechos para la mujer. Éste fue el caso del sufragio femenino, que en Estados Unidos se alcanzó en 1920, y más tarde en los países latinoamericanos: Uruguay fue el primero donde se

La prensa y la moral femenina

“Cuando contemplamos impasibles la vertiginosa carrera en que se precipita nuestra juventud femenina, cuando vemos la enormidad de muchachas que concurren solas a reuniones sociales, beben, fuman, bailan en forma sensualmente llamativa, flirtean descaradamente con cualquiera que lleva pantalones y regresan después, en semiconciencia a todas horas de la madrugada a sus hogares, comprendemos por qué el matrimonio contemporáneo lleva envuelto el germen de la infidelidad”.

W. E. Curtis: “El adulterio. Evolución de la mujer a través de las civilizaciones y períodos de la historia, en la relación con su situación social y legal frente al concepto biológico del delito”, en *Revista de Criminología, Psiquiátrica y Medicina Legal*.

ejerció en 1927, le siguió Ecuador en 1929, Brasil en 1933, Cuba en 1934, Argentina en 1947; en otras naciones posteriormente. Otros reclamos fueron el derecho al trabajo con igualdad de salarios que los hombres, el derecho al aborto y no faltaron algunas demandas sobre cierta liberación sexual.

En Estados Unidos, los matrimonios por conveniencia perderían fuerza, principalmente entre las familias más acaudaladas, en las cuales esta práctica podía aún observarse, pero ya no resultaba tan frecuente. En América Latina, donde el predominio de una mentalidad patriarcal era más fuerte, la intervención de los padres en la determinación o aceptación de la relación entre las parejas, se mantuvo por más tiempo. Cuando en Estados Unidos, y luego en América Latina, algunas muchachas trabajadoras decidieron salir solas o con compañeras de trabajo a reuniones, fiestas u otras actividades, sobre ellas se ejerció una fuerte crítica y se ponía en duda su moral.

Con el incremento de la inmigración de hombres solos desde otros países o de



Mujeres atendiendo pizarras telefónicas.

las zonas rurales a las ciudades, en estos años tendieron a crecer los prostíbulos, los teatros de variedades y el *burlesque show* en Estados Unidos, traducido en América Latina como el bataclán, con sus coristas muy ligeras de ropa. Los burdeles quedaron enclaustrados en algunos barrios y calles. Dos figuras muy combatidas por los moralistas fueron el chulo o proxeneta y la prostituta. En la época eran famosas las meretrices traídas desde Francia y otros países de Europa. La prensa y los higienistas decían que la prostitución amenazaba los pueblos y ciudades por la



Grupo de coristas o bataclanas.



Compañía de teatro de revista.

relajación de la moral y la propagación de enfermedades. Fuertes campañas se hicieron por higienistas, reformadores, religiosos y representantes del conservadurismo para el confinamiento de las rameras a los prostíbulos y su segregación. Tampoco faltaron quienes abogaban por la erradicación de esas “casas de deseo”, consideradas como una necesidad por los hombres solteros.

Las nuevas condiciones también influirían en la moda, que debió volverse más práctica y funcional. El vestido femenino

tiende a llevar la falda subida hasta la rodilla, eran más sueltos e insinuaban la figura de forma más nítida. Se llevaba la melena corta y el maquillaje fue haciéndose más audaz. El hombre vestía por lo general de traje y dentro de las altas esferas se llevó el esmoquin para las fiestas. El traje de baño se hizo más descubierto y ajustado. Si hasta esos momentos la moda la determinaban los grandes salones de Europa, con la producción fabril, el desarrollo de los grandes almacenes y el auge y expansión que cobró el cine de Hollywood, Estados Unidos influiría mayormente en el vestir de la mujer y el hombre de este continente. Sólo los sectores más aristocráticos de la nación del Norte y de los países latinoamericanos se mantuvieron con mayor fidelidad a los dictados de la moda europea; sobre todo, de la parisina e italiana.

El obrero seguía llevando una vestimenta más modesta; para el trabajo, el overol o mono, prenda que también empezaron a usar las mujeres. Otra combinación era el pantalón y la camisa con las mangas remangadas. Para las salidas, su ropa era también modesta, generalmente manufacturada en los grandes almacenes de producción al por mayor o hechos por una modista del barrio. Se dispo-



Grupo de muchachas en un andén, nótese la moda y peinados de la época.



nía, por lo regular, de un traje o vestido de mejor calidad, el cual se guardaba para ocasiones especiales, como ciertos paseos, fiestas importantes y bodas.

La aparición del cine sonoro, a fines de la década de 1920, representó una gran atracción. Pronto proliferaron las salas cinematográficas en Estados Unidos y América Latina. La asistencia al cine devino una de las principales distracciones, pues resultaba más económico que el teatro. La industria de Hollywood creció con gran rapidez y las películas norteamericanas empezaron a copar el mercado. El nuevo descubrimiento dio paso a los filmes musicales, pero también a las películas de terror, sobre el hampa, las comedias, las de guerra o las de crítica social y los oestes. Fueron famosas *Sin novedad en el frente* de Lewis Milestone, de 1930; *El doctor Frankenstein* y *Drácula*, ambas de 1931. El sistema de estrellas se impuso y brillaron figuras como Marlene Dietrich, Greta Garbo, Bette Davis, Humphrey Bogart o Clark Gable y la niña Shirley Temple. Todos se convirtieron en modelos para la sociedad que trataba de imitar sus gustos, el estilo de sus casas, sus vestuarios. El cine popularizaba la música y los bailes.

En Latinoamérica, con grandes limitaciones ante la competencia del cine norteamericano, también se produjeron filmes sonoros. Los principales productores fueron México y Argentina. Brasil y Cuba tuvieron una industria menos desarrollada y de poca calidad en esos años. Un aspecto sobresaliente de estas producciones fue que tendieron a resaltar aspectos de la identidad y la cultura de esos pueblos y se produjeron melodramas costumbristas y los musicales. Facilitó la distribución de estas películas de habla hispana que una gran parte de la población que las consumían poseía un bajo nivel cultural y no podía leer los letreros que subtitulaban las producciones de Hollywood. Por eso años se hicieron famosos los mexicanos el Indio Fernández, Jorge Negrete, Sara González y Dolores del Río, pero el verdadero avance de este cine sucedió en 1940 con actores como Pedro



El traje de baño se hizo más ajustado y corto.

Infante, Luis Aguilar y María Félix, entre otros. La primera película del cine sonoro en Cuba fue *La serpiente roja* (1937), filme policiaco basado en un episodio de la serie Chan Li Po de Félix B. Caignet y dirigida por Ernesto Caparrós. Contó con populares actores cubanos como Aníbal de Mar y Carlos Badía junto a la mexicana Pituka de Fronda. En 1938 se produjo *Romance del Palmar* con la participación de Carlos



Bette Davis (1908-1989) en el film *Hell's House* de 1932.



Pedro Infante (1917-1957).

Badía, Alicia Rico y la popular actriz y cantante Rita Montaner, película basada en el folclor y las tradiciones del país.

La lectura, con el incremento de las editoriales y de la prensa, devino una importante atracción de la época. Lo mismo ocurrió con el deporte, con un número cada vez mayor de aficionados, incluidas las mujeres. Crecieron los clubes y sociedades privadas junto al mar, muchas con áreas verdes para la práctica de otros deportes. En Estados Unidos, el interés por el beisbol se incrementó nuevamente a partir de la década de 1920, debido a nuevas reglas, el alumbrado de los estadios y la difusión de los juegos por la radio. En varios países de Latinoamérica, el beisbol también era uno

de los deportes que arrastraba más aficionados. En Cuba se transformó en deporte nacional. En La Habana se efectuaron los II Juegos Centroamericanos de 1930, para los cuales se construyó el Estadio de la Tropical. En 1939 se celebró allí una Serie Mundial Amateur. En México, la pelota era igualmente muy apreciada, aunque el deporte más popular era el fútbol, que también disfrutaba de gran afición en varios países de América Latina; en particular, los del sur.



Grupo de peloteros.



Asia, África y Medio Oriente en el período entreguerras



Asia en este período



El Medio Oriente



El África subsahariana



Asia en este período



El período histórico que transcurre entre las dos guerras mundiales registra en estas grandes regiones, en su mayor parte colonizadas o dependientes, numerosos e importantes

acontecimientos, cuyo conocimiento es de extraordinaria importancia no sólo para comprender el complejo momento que entonces transitaron, sino también para explicarnos el curso posterior de su historia.

EL CASO PARTICULAR DE JAPÓN

Poco más de medio siglo hacía que Japón se pusiera en contacto con la cultura occidental, cuando advino al trono el hijo del llamado gran reformador Mutsuhito (1868-1912), el emperador Yoshihito, que adoptó el sobrenombre de Taisho Tenno, pues los soberanos japoneses suelen dar un nombre a la época en que reinan y le añaden la palabra Tenno, título honorífico del soberano de Japón que significa “Hijo del Cielo”. Comenzó entonces la era Taisho, que se extendería hasta 1926.

A pesar de haber llegado tarde al reparto del mundo, Japón contaba ya, en 1914, con un pequeño imperio territorial, que comprendía las islas Bonin, Riu-Kiu, las Pescadores, Formosa, la parte sur de Sajalín y Corea. Además, poseía una importante esfera de influencia en China, que abarcaba el sur de Manchuria hasta la península de Liaotung y la provincia de Fukien. Asimismo, la ratificación de la alianza de 1902 con Gran Bretaña, en 1911, siguió consolidando su posición en el concierto de las grandes potencias.

Japón se incorporó a la guerra en agosto de 1914, enarbolando la alianza con los ingleses y su supuesto interés de garantizar la paz en el Lejano Oriente. En muy poco tiempo, los japoneses expulsaron a los alemanes de la zona, ocupando la posición germana de Shangtung en China y las islas Marshall, Carolinas y Marianas en el Pacífico, que luego le serían reclamadas en calidad de mandatos a la Liga de las Naciones. La guerra, que no afectó su territorio y fortaleció su economía como resultado del abastecimiento a los aliados y del posicionamiento en los desprovistos mercados asiáticos, estimuló el apetito expansionista de Japón.

En consecuencia, cuando en 1915 China pidió a Japón que restituyera a su soberanía el territorio de Shangtung, el gobierno nipón respondió con las “veintiuna demandas”, que exigían a los chinos reconocer a Shangtung, el sur de Manchuria y Mongolia Interior como zona de influencia japonesa con el derecho a construir ferrocarriles y explotar los recursos naturales.



Además, China debía comprometerse a no ceder parte alguna de su litoral sin el consentimiento nipón y a utilizar ciudadanos de ese país como consejeros de la policía, el ejército, la educación y otras esferas. La imposición de las “veintiuna demandas” significaba la ruptura del *statu quo* en China y su transformación en una virtual semicolonias de Japón. Poco más tarde, en el contexto de la guerra civil en Rusia, los japoneses penetraron en el extremo oriente ruso y simultáneamente ocuparon la parte septentrional de Sajalin, dividida entre los dos países después de la guerra de 1904-1905.

De tal manera, recién llegado al campo de la rivalidad imperialista, Japón trataba todavía de expansionarse; pero, terminada la guerra, las potencias occidentales se sentían inclinadas a la aceptación de un *statu quo* duradero. Admitido en los altos consejos internacionales con Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia, el imperio japonés se hallaba cada vez más comprometido en un contexto de acción internacional determinado por estas grandes potencias y por las nuevas regulaciones emanadas de los acuerdos de posguerra, si bien ello se percibía como una realidad cada vez más restrictiva e, incluso, hostil. Durante un tiempo, Japón se esforzó por ajustarse a la nueva situación internacional, tanto en lo interno como en su proyección exterior, aunque sus supuestas necesidades defensivas y sus pretensiones expansionistas entrarían progresivamente en conflicto con los intereses de las potencias occidentales, como se pondría de manifiesto al iniciarse la década del 30.

En correspondencia con lo anterior, Japón debió enfrentar una situación muy compleja durante los años 20 que lo llevaría a procurar una actitud de contemporización con sus aliados occidentales. En el plano interno, ello se tradujo en el inicio de una relativa apertura democrática, mientras que en lo externo significó determinadas restricciones, una especie de detente en sus aspiraciones expansionistas con relación a China y al resto de la región.

El Partido Comunista

Se fundó el 15 de junio de 1922. Ganó cierta influencia en los años 20, a pesar de la discriminación de que fue víctima. Pero con el ascenso del militarismo, en la década del 30, se redujo casi a la nada su presencia en la vida política y social del país, situación que se modificaría después de 1945.

El experimento democratizador comenzó en 1918, cuando accedieron al gobierno los partidos políticos surgidos poco antes de la guerra. Pero la llegada de los políticos profesionales al poder no representó precisamente el triunfo de las ideas liberales al estilo occidental. En realidad, se trataba más bien de partidos en proceso de organización, sin consistencia programática y que expresaban la nueva fusión de intereses entre sectores de la burocracia y la oligarquía financiera, los cuales dirigían a los monopolios o *zaibatsus*. Por otra parte, el emperador continuaba ostentando un poder absoluto, mientras los terratenientes y los militares, que siempre habían controlado la vida política, no cedían en su tradicional prepotencia, llegando al extremo del asesinato ante una medida que no fuera de su agrado. Se trató, en suma, de una precaria experiencia parlamentaria, que enfrentaría, simultáneamente, el desafío del creciente movimiento social, que reclamaba nuevos espacios de participación política, y la amenaza del ultranacionalismo, cada día más decepcionado por la debilidad de los gobiernos civiles.

Con todo, en 1919 se aprobó una ley que duplicaba el número de votantes y en 1925 se estableció el sufragio universal masculino, al mismo tiempo que terminó aceptándose oficialmente los sindicatos, aunque se procuró que no cayeran en manos de los comunistas, surgidos como partido en 1922. Asimismo, se aplicaron algunas regulaciones laborales que, aunque tímidas y limitadas, representaban un paso adelante. Desde luego, estas y algunas otras



medidas estuvieron asociadas al fuerte movimiento reivindicativo protagonizado por el creciente proletariado y otros sectores sociales con posterioridad a la guerra, agudizado por la crisis económica de aquel período, por las consecuencias del fuerte terremoto que azoló a Tokio en 1923 y por las limitaciones impuestas por el Senado norteamericano a la inmigración japonesa a partir de 1924.

En el orden exterior, durante los primeros años de posguerra, Japón debió aceptar los tratados acordados en la Conferencia de Washington (1921-1922), celebrada por petición estadounidense para modificar el Tratado de Versalles en lo referente al Extremo Oriente, zona que había cobrado gran importancia para Estados Unidos desde finales del siglo XIX. Por estos tratados, Japón tuvo que abandonar el territorio chino de Shangtung y comprometerse a respetar la integridad y la soberanía de aquel país, lo cual equivalía a aceptar el principio de puertas abiertas impulsado por Estados Unidos, que se hizo extensivo a las demás potencias. Al mismo tiempo, la alianza anglo-japonesa de 1902 (renovada en 1911) quedó sustituida por un acuerdo con Inglaterra, Francia y Estados Unidos, que obligaba a los signatarios a respetar el *statu quo* en el Pacífico. Por último, por decisión de la conferencia, la flota de guerra japonesa quedó limitada a 315 000 toneladas, mientras la de Inglaterra y de Estados Unidos podían llegar a 525 000 toneladas, liquidando la aspiración nipona de una paridad en este campo. Esta restricción se recibió como una humillación por los mandos del ejército y la marina imperial. Por otra parte, los japoneses salieron de Siberia y en 1925 abandonaron el norte de la isla de Sajalin y reconocieron al Estado soviético, mientras éste aceptó la paz de Portsmouth, que había puesto fin a la Guerra ruso-japonesa en 1905.

Pero la actitud de Japón comenzó a cambiar a partir de 1926. Ese año subió al trono el emperador Hirohito, que inició la era Showa. Pronto se volvieron a agitar los militaristas y el influyente grupo Yamagata

El terremoto de 1923

El terremoto del 1º de septiembre de 1923 ha sido el más catastrófico de la historia nipona. Su epicentro se localizó en la bahía de Sagami y afectó las ciudades de Tokio y Yokohama, provocando más de 150 000 muertes y cuantiosas pérdidas.

consiguió llevar al poder al general retirado y ex jefe del ejército Tanaka Giuichi, quien gobernó el bienio 1927-1929. Aunque Tanaka encabezó el gobierno como presidente de un partido político y sus medidas no fueron aún muy radicales, con él se fortaleció la influencia del clan militarista y se profundizó la crisis de los gabinetes civiles, que a duras penas se prolongaron hasta 1931. A Tanaka se debió el esquema (memorándum Tanaka al emperador) de la política de predominio japonés en China que, en gran medida, guiaría las acciones del país con posterioridad.

La crisis económica de 1929, que contrajo las exportaciones en más de un 40 %, agudizó la pobreza de amplios sectores, provocó hondas repercusiones sociales y complicó aún más la situación del país. Los militares arreciaron sus críticas a la política de los partidos y las sociedades secretas ultranacionalistas incrementaron sus acciones terroristas contra los representantes del gobierno. Hasta la clase dirigente de los *zaibatsus*, alarmada por las pérdidas económicas, comenzó a cuestio-



Efectos del terremoto de 1923.



El emperador japonés Hirohito saludando en un acto público.

nar la gestión de los partidos políticos y su capacidad para resolver la profunda crisis nacional. Por diversas razones e intereses, en varios sectores de la sociedad se generalizaba la sensación de que el país estaba al borde del caos y que era necesario hacer algo para evitarlo.

En los años 30, un nuevo elemento apareció en el pensamiento de los grupos

derechistas. A medida que los problemas internos se agudizaban y se debilitaba la posición internacional de Japón, crecía la convicción, especialmente en los círculos próximos al ejército, de que se necesitaba una reorganización nacional, según lo que entonces se dio en llamar la línea del socialismo de Estado, para asegurar la prosperidad y grandeza del país. Ello se convirtió en el pilar ideológico del ultranacionalismo, el cual se abriría paso con rapidez en la sociedad japonesa.

En el orden exterior, la corriente ultranacionalista, a través de las sociedades secretas que proliferaban dentro y fuera del ejército, defendía la necesidad de un reordenamiento mundial en correspondencia con el destino histórico de Japón como nación elegida, mito que se iría socializando gracias a las prédicas del shintoísmo oficial.

En ese contexto, el ejército de Kwantung, en complicidad con los altos mandos militares, se adelantó una vez más al gobierno en la formulación de la política exterior. El 18 de septiembre de 1931, este ejército invadió Manchuria, lo que originaría un trascendental giro en la evolución interna de la nación japonesa y en la dinámica de las relaciones internacionales en torno a China y al Pacífico asiático.

Tras la ocupación de las tres provincias de Manchuria, se proclamó, el 1º de marzo de 1932, el Estado satélite del Manchukuo, reconocido enseguida por el gobierno japonés y a cuyo frente se situó a Pu Yi, último emperador chino destronado por la revolución de



Un torii es una puerta que conduce a un jinja o capilla shinto. Es considerado el símbolo oficial del shintoísmo. Éste se encuentra en Ota, Tokio.

Shintoísmo

Religión surgida y profesada mayoritariamente en Japón, en cuya cultura e historia desempeña un papel fundamental. Religión politeísta, cuyo panteón está integrado por numerosos Kami (dioses o espíritus), que personifican fuerzas de la naturaleza. También se rinde culto a los antepasados y a determinados hombres notables, que pueden llegar a ser Kami.



1911. Era ésta una formalidad que encubría los poderes absolutos de los japoneses sobre el Estado artificialmente creado. De hecho, toda la región fue controlada por el comandante en jefe del ejército de Kwantung, quien desempeñaba nominalmente funciones de embajador de Japón en el territorio. Al ser, en apariencia, un Estado independiente, el Manchukuo se convirtió en un importante banco de prueba, en el cual el ejército japonés podía aplicar sus conceptos de una economía planificada.

En los años siguientes, no se omitió esfuerzo alguno para hacer de Manchuria una región económica autosuficiente y una base industrial que sirviese de apoyo a la presencia del ejército en el continente.

Evidentemente, el ataque contra Manchuria constituyó un desafío a los acuerdos internacionales con las potencias occidentales; en especial, con Gran Bretaña y Estados Unidos, que se inquietaron ante la acción nipona, pero no se decidieron a adoptar ninguna medida, salvo la de señalar a Japón con una censura moral por medio de la Liga de las Naciones. La Comisión Lytton, encargada de la investigación por esa organización, declaró a Japón como agresor y señaló la ilegalidad de un Estado creado por la fuerza. Mas, la Liga de las Naciones no pudo aprobar sanciones; únicamente impuso a sus miembros la obligación de no reconocer el Manchukuo. A principios de 1933, en respuesta a este acuerdo, Japón se retiró de esa organización y, al año siguiente, su ministro de Negocios Extranjeros hizo pública la declaración Amau (Doctrina Monroe asiática), la cual sustituía la política de puertas abiertas por la afirmación de que Japón asumiría la plena responsabilidad de la paz en el Asia oriental y ejercería una especie de protectorado sobre las relaciones de China con las potencias occidentales. Ese mismo año 1934, se denunciaron los acuerdos de Washington (ratificados en Londres en 1930) sobre la reducción de arma-



La foto muestra un grupo de soldados japoneses ante víctimas chinas durante la ocupación de Manchuria.

mentos navales y los astilleros japoneses se enfrascaron de nuevo en una frenética carrera armamentista.

Japón se distanciaba de Occidente, lo que conduciría a un acercamiento, cada vez mayor, a las potencias fascistas europeas. En efecto, el 25 de noviembre de 1936, Japón dio un nuevo paso en la reorientación de su política exterior, al suscribir con Alemania el Pacto Anticomintern, al cual Italia se sumaría al año siguiente. En 1937, mientras se desarrollaba impunemente la agresividad nazi-fascista en Europa, los japoneses extendieron la guerra a toda China, con el pretexto de una agresión a sus tropas en las cercanías de Pekín (el llamado incidente del puente de Marco Polo). La actitud de Japón no concitó medidas enérgicas por parte de Occidente, que de hecho extendió su política de apaciguamiento al competidor japonés



Tropas del Ejército Revolucionario Nacional defienden el puente de Marco Polo, 1937.



Tropas chinas atrincheradas, los combates se fueron expandiendo más allá del puente.



en la creencia de que su conducta conduciría a un enfrentamiento con la Unión Soviética. Efectivamente, la ayuda militar y diplomática de este país al gobierno chino a partir de 1937, así como las pretensiones japonesas sobre territorio soviético y Mongol, habían tensado las relaciones entre ambos países. En 1938, el ejército soviético tuvo que expulsar a los nipones en la zona del lago Jasán y unos meses más tarde, en mayo de 1939, se produjeron violentos combates en la región del río Jaljyn-Gol, en la República Popular de Mongolia, aliada de la Unión Soviética. Sin embargo, el curso posterior de los acontecimientos llevaría a un progresivo deterioro de las relaciones de Japón con las potencias occidentales, haciendo inevitable el enfrentamiento.

Después del estallido de la guerra en Europa, aleccionados por las derrotas sufridas ante los soviéticos y aprovechando el peligro que se cernía sobre las potencias occidentales, los japoneses retomaron sus viejos planes de expansión hacia el sur, que empezaron a materializarse tras la ocupación de Francia por los nazis (junio de 1940) y la firma del Pacto Tripartido con Alemania e Italia (septiembre de 1940), lo cual permitió el avance nipón hacia Indochina. Según los cálculos de los círculos militaristas japoneses, el dominio del Asia Sudoriental garantizaría la independencia

estratégica del imperio en cuanto a materias primas y mercados y resultaba imprescindible para lograr y consolidar la dominación en China. Occidente respondió a las acciones en Indochina con la suspensión de su comercio con Japón, que prácticamente dejaba al país sin suministros de petróleo y hierro a partir de mediados de 1941. En estas circunstancias, Japón decidió ir a la guerra contra los occidentales, la cual se inició con el ataque a la base norteamericana de Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941. De esta forma, la región se integró de lleno a la conflagración mundial.

El militarismo japonés, que condujo al país a la guerra y a la catástrofe nacional, presentó puntos de contacto con el nazi-fascismo europeo, como fueron, por ejemplo, el totalitarismo, las tesis relacionadas con la superioridad racial y las políticas expansionistas. Pero el régimen nipón tuvo características propias, relacionadas con sus particularidades históricas, culturales y religiosas. El militarismo trató de estructurar un movimiento de masas, enarbolando un supuesto interés nacional y apelando a dogmas tradicionales y mitos históricos. Asimismo, dejó intacta la estructura política centrada en el emperador, propia de la constitución Meiji, para proteger los intereses creados de las minorías dominantes.

LA COMPLEJA REALIDAD DE CHINA

El militarismo japonés logró constituir un aparato estatal que se apoyaba en los santuarios del Shinto, base ritual para el retorno a la creencia semi-religiosa en la historia mitológica de Japón, así como en cierto número de sociedades secretas y “patrióticas” que facilitaban los cauces para la difusión de ideas ultranacionalistas y japonistas, y los nuevos conceptos del llamado socialismo de Estado.

Al comenzar la Primera Guerra Mundial, en la China republicana existía formalmente un gobierno central, encabezado por Yuan Shi-Kai, quien había desplazado

por la fuerza a Sun Yat-Sen, líder de la revolución antimonárquica de 1911-1912. Pero, en la práctica, el país estaba dividido. En muchas provincias, el poder estaba en manos de jefes militares, los llamados señores de la guerra, que actuaban con el estímulo de las potencias imperialistas con esferas de influencias en China. Por otra parte, a partir de 1917, Sun Yat-Sen logró establecer en Cantón el gobierno del Guomindang (Kuomintang) o Partido Nacionalista, el cual se proponía extender su dominio a todo el territorio nacional, aunque sus fuerzas eran entonces débiles.



Como se ha dicho antes, al principio de la Primera Guerra Mundial, Japón sustituyó a Alemania en el control de la provincia china de Shangtung. Durante la contienda y aprovechándose de la eliminación provisional de los competidores europeos, Japón fortaleció sus posesiones territoriales, hasta el punto de imponerse como el nuevo enemigo nacional. La independencia política china se vio seriamente amenazada por las “veintiuna demandas” presentadas a Yuan Shi-Kai, en enero de 1915, que fueron en su mayor parte aceptadas ante el ultimátum de Tokio, del 7 de mayo del



El médico y político Sun Yat-Sen, promotor del movimiento que instauró la república en 1911.

mismo año. La entrada en guerra de China al lado de la Entente, en 1917, obedeció a la esperanza de poner fin a esta situación. China esperaba que Estados Unidos, en correspondencia con su tradicional política de puertas abiertas, le brindaría su apoyo. Pero los negociadores de los tratados de paz, ligados a Japón por compromisos secretos, hicieron oídos sordos a las peticiones chinas.

La manifestación de los estudiantes de Pekín, el 4 de mayo de 1919, en protesta contra la transferencia a Japón de los derechos alemanes en Shangtung, fue, en principio, una reacción del nacionalismo chino, un movimiento nacional que representó la voluntad de supervivencia de una nación. Los intelectuales chinos —entre ellos, algunos tan destacados como Lu Hsun—, que antes habían buscado en Occidente modelos e ideales para la reforma en China, se sintieron traicionados por el cínico interés del imperialismo occidental y adoptarían, cada vez en mayor medida, una actitud dirigida a deshacerse de la dominación imperialista y conseguir el res-

tablecimiento de la unidad nacional.

El inicio de la década del 20 constituyó un momento decisivo en el desarrollo del nacionalismo chino. El relativo desarrollo del capitalismo en China a partir de 1914, creó las condiciones necesarias para un cambio radical de las concepciones políticas del Guomindang (GMD). Hasta ese momento, éste se había comportado como un partido elitista que representaba, sobre todo, los intereses de los emigrados chinos, que no tenían ningún poder real ni comprendían las condiciones históricas de la nación. Sus concepciones nacionalistas resultaban

bastante estrechas, pues sólo contemplaban la instauración de una república abstracta con la ayuda de caudillos militares y del imperialismo internacional, y en esta plataforma tan ingenua estaba reflejada la debilidad política de la incipiente burguesía china. Pero el surgimiento de una burguesía industrial interesada en el progreso nacional, la proliferación de la pequeña y mediana burguesía vinculada a empresas menores y a los servicios y el crecimiento de la clase obrera, crearon una coyuntura más propicia para el desarrollo del nacionalismo y la ampliación de su base social.

Lu Hsun (1881-1936)

Fundador de la nueva literatura realista de China y el iniciador de la literatura realista socialista. *El Diario de un loco* es su primera novela de este tipo y constituyó una declaración de guerra a la caduca sociedad feudal. Constituye, además, la primera entrega de la Colección Grito de Llamada, que cuenta con 18 novelas cortas. Se publicó por la Editorial Arte y Literatura en La Habana, en 1974.



Revista Nueva Juventud, fundada en 1915 y que tuvo mucha aceptación entre la juventud china.

La influencia de la revolución rusa también contribuyó a fortalecer el sentimiento nacionalista y a radicalizar la posición del Guomindang. Esta influencia se acrecentó con la derrota de la intervención de las potencias imperialistas en la Rusia soviética. La actitud de los países imperialistas en la posguerra les permitió a los nacionalistas chinos comprender la verdadera esencia del imperialismo y promovió el acercamiento a Rusia, interesada en ayudar al movimiento revolucionario chino. Los contactos de Rusia y de la Internacional Comunista con el Guomindang y con el Partido Comunista chino, surgido a mediados de 1921, contri-

buyeron a encauzar el nacionalismo chino y a darle una orientación antimperialista y antifeudal. Estos contactos condujeron finalmente a la unidad de ambas fuerzas y a la reformulación del programa del Guomindang.

El 20 de enero de 1924 se celebró el Primer Congreso del Guomindang, en el cual se fijó oficialmente la nueva línea del partido basada en los Tres Principios (nacionalismo, democracia y bienestar popular), formulados por Sun Yat-Sen 20 años antes. A estos principios, el congreso añadió las Tres Políticas: apoyo al movimiento obrero y campesino, colaboración con la Unión Soviética y unión con el partido comunista. Al mismo tiempo, se originó una interpretación más amplia de los tres principios populares, entendiendo por *nacionalismo* la lucha contra el imperialismo y sus aliados internos y la igualdad de condiciones para todas las nacionalidades; por *democracia*, la instauración de una república popular, mientras en el concepto del *bienestar del pueblo* se incluyó la nacionalización de las grandes empresas chinas o extranjeras, el desarrollo de un capitalismo de Estado, la realización de la reforma agraria y la promulgación de una legislación obrera. El congreso aprobó, además, un programa mínimo en política exterior en el cual se contemplaba la abolición de los tratados desiguales, la devolución de las concesiones extranjeras y de las aduanas y la conclusión de nuevos tratados sobre la base de una plena igualdad.

Poco después del congreso, en mayo de 1924 se creó, con ayuda soviética, la Academia Militar de Huangpu (Whampoa), en la provincia de Guangzhou (Cantón), destinada a formar los cuadros del ejército revolucionario. Jiang Jieshi (Chiang Kai-Shek) fue designado su director o comandante en jefe, mientras el comunista Zhou En-Lai se convirtió en su comisario político. En octubre de 1924, alumnos de esa escuela, apoyados por los obreros, destruyeron un motín contrarrevolucionario en Cantón, el llamado motín de los “tigres de papel”, organizado y armado con la ayuda de las

El Partido Comunista de China

El 1º de julio de 1921, como resultado de la unión de varios grupos marxistas —entre ellos, el dirigido por Mao Zedong—, se constituyó el Partido Comunista de China (PCCH). Su primer dirigente fue Cheng Duxiu, quien había tenido una destacada participación en el movimiento 4 de mayo. Durante varios años, el PCCH se vio afectado por posiciones sectarias de izquierda y derecha, lo que perjudicó su papel en la lucha. En enero de 1935, como presidente fue elegido Mao Zedong, quien encabezaría el partido hasta su muerte.

autoridades inglesas de Hong Kong. La unidad comenzaba a rendir sus frutos. No obstante, esta unidad se vería pronto afectada por la muerte de Sun Yat-Sen, en marzo de 1925, que propiciaría el control del Guomindang por un sector derechista encabezado por Jiang Jieshi.

En julio de 1926, aprovechando la efervescencia creada en el país por las protestas del llamado movimiento del 30 de mayo, el recién creado ejército revolucionario (unos 60 000 hombres) empezó, desde su base en Cantón, la expedición o campaña hacia el norte, calificada por la historiografía china como la primera guerra civil revolucionaria. Con el apoyo de los trabajadores y de los campesinos, que protagonizaron importantes acciones en ciudades y aldeas, el ejército revolucionario avanzó victorioso por varias regiones. Como resultado de la campaña del norte, fue liberado un amplio territorio con una población de 250 millones de habitantes, antes controlado por jefes militares que contaban con apoyo extranjero.

Pero, en abril de 1927, Jiang Jieshi traicionó y se volvió contra los comunistas. La traición fue el resultado del auge del Partido Comunista y la presión de las potencias imperialistas, preocupadas por el carácter cada vez más radical del nacionalismo chino. Fuerzas navales inglesas y norteamericanas fueron situadas en el puerto de Shanghai y bombardearon la ciudad de Nankín, nueva sede del gobierno nacionalista. A ello siguió, el 24 de marzo de 1927, un ultimátum de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia e Italia. Para los comunistas fue una derrota en el seno de la victoria y no tuvieron otra alternativa que refugiarse en la clandestinidad, luego de



A la derecha, Cheng Duxiu, primer dirigente del Partido Comunista Chino, junto a Hu Shi.

una efímera e infructuosa alianza con el ala izquierda del Guomindang, el cual terminó uniéndose a los traidores. Desde entonces, Jiang emergió como el principal representante del nacionalismo chino, a la par que líder militar más influyente del sur de China. El gobierno de Nankín fue reconocido por las grandes potencias y después por la Liga de las Naciones.

Desde el primer momento del fracaso, el Partido Comunista intentó prolongar la revolución, lanzándose a una reorientación radical de la acción

revolucionaria hacia las zonas rurales, iniciándose lo que la historiografía china califica como la segunda guerra civil revolucionaria (1927-1937). El 1º de agosto de 1927 (después se instituyó como la fecha del nacimiento del ejército rojo) se



Jiang Jieshi (Chiang Kai-Shek), después de la muerte de Sun Yat-Sen, de quien se autoproclamó sucesor.



El ambicioso Jiang y sus planes

Jiang se había proclamado heredero de Sun Yat-Sen, incluso contraería matrimonio con su cuñada Soong Meiling en 1927. Representaría el centro del GMD, pero de una manera muy peculiar. Interesado en crear una dictadura, trata de golpear alternativamente a la izquierda y a la derecha, según convenga a su interés de poder unipersonal. No obstante, como su objetivo central era frenar la revolución, la derecha era su aliada natural y, por tanto, la debilita sólo cuando amenaza sus ambiciones.

sublevaron en Nanchang dos unidades del ejército del Guomindang dirigidas por el comunista Chu Teh. Mientras tanto, Mao Zedong estableció la primera base revolucionaria rural (guerrilla) en los montes Ching kang (provincias de Hunan y Kiangsi). Mao hizo verdaderamente de la acción en el medio campesino la experiencia decisiva de la revolución china. Luego de resistir en la fortaleza natural de los montes de Ching kang, Mao recibió, en la primavera de 1928, el refuerzo militar de soldados revolucionarios dirigidos por Chu Teh, futuro comandante en jefe del ejército rojo y vencedor en la guerra civil. Con estas



Pu Yi (1906-1967), el último emperador de la dinastía manchú en China. En 1945, al caer en manos de los soviéticos, fue entregado a los comunistas chinos y tras un proceso de reeducación se desempeñó en tareas burocráticas hasta su muerte.

fuerzas pudo instalarse menos precariamente en el sur de la provincia de Kiangsi, estableció allí una administración rebelde y fundó, en 1931, la República Soviética China, con capital en Juichin, desde donde resistió cuatro campañas de exterminio montadas por Jiang y sus generales.

La quinta ofensiva, desatada entre 1933-1934 con más de un millón de soldados, derrotó las fuerzas de Mao, que escaparon del aniquilamiento, evacuaron el terreno e iniciaron la Larga Marcha (octubre de 1934-octubre de 1935), que condujo a los sobrevivientes del sureste al noroeste del país, de Kiangsi a Shensi. Yunan se convirtió en la nueva capital de los comunistas. La Larga Marcha, la cual constituyó una retirada estratégica, significó el cruce por 11 provincias y un recorrido de más de 12 000 kilómetros, combatiendo casi todo el tiempo.

Mientras tanto, ocurrió la agresión japonesa a Manchuria, en septiembre de 1931, que transformó las provincias del noroeste en protectorado japonés y el establecimiento del Manchukuo, en 1932, así como la



Mao Zedong (al centro) durante la Larga Marcha. A su derecha, Chu Teh, jefe del ejército rojo desde 1931.



ocupación de Jehol por el ejército nipón, en 1933. Jiang decidió contemporizar con Japón. En 1933 firmó la tregua de Tangku, que equivalía a un reconocimiento tácito del hecho consumado y dos años después, en 1935, llegó al extremo de aceptar el acuerdo Ho-Umetzu, según el cual se obligaba a reprimir la agitación antijaponesa y a retirar sus tropas de China del norte, donde los japoneses intentaban crear el segundo Manchukuo. Por su parte, los comunistas denunciaron la actitud traidora del gobierno de Nankín y declararon a Japón como invasor y principal enemigo del país, lo que les proporcionó amplia simpatía.

La política entreguista de Jiang fue repudiada por la mayoría de la población y creó una fuerte corriente de oposición en su propio ejército. De tal manera, cuando en diciembre de 1936, Jiang se trasladó a Sian, capital de Shenshi, para proclamar el

inicio de una nueva campaña de aniquilamiento de los comunistas, fue detenido por un general de su ejército, quien le impuso el cese de las hostilidades con los comunistas y la sustitución de la guerra civil por guerra nacional antijaponesa. Este hecho fue recogido históricamente como el Incidente de Sian, que terminó con un acuerdo de Jiang y Zhou Enlai para el establecimiento de una política común contra Japón. Después de ser liberado, Jiang moderó su actitud anticomunista y en 1937, tras la extensión de la invasión nipona a toda China, se formó un frente unido del Guomindang y los comunistas contra los japoneses, el cual venía siendo estimulado por la Unión Soviética, preocupada por las pretensiones de Japón en la zona. Se inició así la guerra chino-japonesa, considerada por muchos como el comienzo de la Segunda Guerra Mundial en Asia.

EL AUGE DEL MOVIMIENTO INDEPENDENTISTA EN LA INDIA

Durante la Primera Guerra Mundial se experimentó un crecimiento numérico y cualitativo de la burguesía nacional india, que mostró interés explícito por el autogobierno. A esta solicitud, Gran Bretaña reaccionó, en 1917, orientando su política hacia una participación india en cada una de las ramas de la administración y hacia la gradual implantación de instituciones que prepararan la futura autonomía y permitieran dotar gradualmente a la India de un gobierno responsable, con lo cual anunciaba un cambio radical de su posición. La nueva política británica dio lugar a las Reformas Montagu-Chelmsford (se aludía a los nombres del secretario de Estado y del virrey lord Chelmsford), proclamadas en 1919. Estas reformas limitaban la autonomía india a los gobiernos provinciales, dejando sin resolver las demandas en relación con el gobierno central.

Dentro del Congreso Nacional Indio (CNI) o Partido del Congreso (1885) se dudó, hasta 1920, acerca de si era preferible colaborar dentro de la nueva constitución o

formular nuevas reivindicaciones. El clima político empeoró y el recelo prevalecía en el ánimo de los nacionalistas. Ante ello, el gobierno colonial pidió poderes extraordinarios para un período transitorio, a través de dos proyectos de ley elaborados por el juez Rowlatt, los cuales preveían juicios sumarios y otras limitaciones de las libertades individuales para los terroristas y agitadores políticos. Ello desató una fuerte oleada nacionalista dirigida por Mahatma Gandhi.

Mohandas Karamchand Gandhi (1869-1948) proclamó la búsqueda de una actitud moderada capaz de sustituir la violencia.

Gandhi en Cuba

Los cubanos le rendimos permanente homenaje a Gandhi con el busto erigido en su honor en el capitalino parque de Quinta Avenida y calle 24, en Miramar.



Procedente de una casta de comerciantes y de una familia de clase media constituye, sin duda alguna, la figura india más conocida universalmente. Abogado, graduado en Londres, se desempeñó por 20 años como asesor jurídico de una firma india en Sudáfrica, donde conoció el odio racial y la experiencia de la segregación. En la lucha por los derechos de sus compatriotas se convirtió en político. De la experiencia personal y de la lectura de textos religiosos indios, de la *Biblia*, de Tolstoi, Thoreau y Luskin, extrajo los principios de su concepción religiosa, que le proporcionaron sus métodos de acción política, difundidos tras su regreso al país, en 1914. El pueblo lo veneraba como un santo y lo llamaba *Mahatma* (en sacrito "alma grande"), título reservado para los más grandes sabios

El mérito histórico de Gandhi radica en haber llevado el movimiento nacionalista desde las salas de debates de los intelectuales de clase media y desde las sociedades secretas regionales a la gran masa del pueblo indio. Sólo en sus doctrinas y métodos se dieron a las masas las posibilidades de enrolarse en la lucha por la libertad, además de que la elevación de sus ideales y su lenguaje popular sacudieron a los indiferentes, despertando el sentimiento de dignidad y la disposición al sufrimiento y al



Gandhi durante uno de sus múltiples encarcelamientos.



Nehru y Jinnah antes de la división de la India.

sacrificio. Atrajo como un imán al pueblo, que pronto lo siguió masivamente.

En 1919, la protesta contra la Ley Rowlatt le ofreció la posibilidad a Gandhi de una invitación a la huelga general (*Hartal*), que se convirtió en disturbios no violentos y en ayunos expiatorios. Pero en el Punjab, en la ciudad de Amritsar, se multiplicaban los actos de violencia con la imposición de un gobierno militar y se produjo un gran saldo de víctimas. Ante la matanza

de los manifestantes, Gandhi decidió negar las Reformas Montagu-Chelmsford, rechazar la nueva constitución y propagar la no colaboración con el gobierno colonial. Muchos negociantes empezaron a apoyar financieramente a Gandhi. A esto se unió el fomento de la unión entre hindúes y musulmanes, debido a la irritación de los musulmanes indios ante el trato dado al califa turco por los británicos y la amenazante mutilación del Imperio otomano.

El programa de Gandhi fue aprobado por el Congreso Nacional Indio en 1920, dejando libre el camino para la primera campaña del *satyagraha* (otoño de 1920-febrero de 1922). En 1922, Gandhi fue detenido y condenado a seis años de prisión, de los cuales sólo cumplió dos por razones de salud. Quedó demostrado que el movimiento carecía de organización general, pero se avanzó notablemente. En lo adelante, la vida política no quedaría restringida a los medios intelectuales angloparlantes de las ciudades.

Los ocho años siguientes, hasta la segunda campaña de la *satyagraha* (1930-1934), se caracterizaron por la intensificación del problema comunal, los enfrentamientos internos en el Congreso Nacional Indio o Partido del Congreso y el aumento de las tensiones sociales. La unidad hindú-musulmana se mostró como un engañoso señuelo; si bien la idea de



Gandhi de apoyar el patriotismo sin fronteras de los musulmanes en el problema del califato resultó prudente, en el fondo, con ello se fomentó el deseo panislámico que favoreció las exigencias posteriores de un Estado musulmán. El apoyo al califato cesó cuando la nueva república turca, bajo Atatürk, abolió el califato en 1924.

En aquellos años, los desórdenes religiosos aumentaron y la Liga Musulmana (1906) consiguió una gran influencia bajo la dirección de Mohamed Alí Jinnah (1876-1948), abogado de Bombay y vocero del separatismo musulmán. Mientras tanto, era perceptible una crítica situación dentro de las filas del Congreso Nacional Indio, en el cual afloraron varias tendencias en pugna: la de los ortodoxos, grupo comunalista esforzado en convertir a los musulmanes indios al hinduismo; la *Hindu Mahasabha*, de la cual saldría en 1948 el asesino de Gandhi; los *No-Changers*, que querían presentar candidatos a las elecciones parlamentarias y en los consejos legislativos para combatir desde adentro, mediante la obstrucción, al sistema vigente; los Fieles a Gandhi y, por último, los *Pro-Changers*, que fundaron el Partido Swaraj dentro del Congreso (Chittaranjan Das y Motilal Nehru, padre de Jawaharlal), a quienes Gandhi consideraba los “intelectuales intelectualizados”. En 1926, el destacado dirigente nacionalista Jawaharlal Nehru propuso que el Congreso promoviera un movimiento de liberación nacional y social y reivindicara la independencia total, dando origen al surgimiento de un ala radical y a una nueva escisión dentro del partido.

En 1927 se inició un nuevo capítulo de la historia constitucional y de la lucha de liberación nacional. Las reformas de 1919 preveían una revisión de la constitución en un plazo de 10 años y, eventualmente, el estudio de una nueva reforma, por lo que dos años antes (el plazo vencía en 1929) se creó una comisión del Parlamento británico, presidida por sir John Simon, que tenía la misión de inspeccionar la práctica constitucional india y presentar nuevas propuestas. El hecho de que no pertenecie-



Una firme unidad vinculó siempre a Jawaharlal Nehru y a Mohandas Karamchand Gandhi. Éste lo consideró siempre como su sucesor.

ra a la comisión ningún indio y de que los intereses indios se examinaron y juzgaron por ingleses exclusivamente, se interpretó, incluso por los moderados, como una ofensa nacional. Nehru no aceptó el *status* de dominio previsto en una futura constitución india y exigió la independencia total, la *purna swaraj*. El proyecto inglés tampoco se aprobó por la Liga Musulmana, que estimaba insuficientes los derechos previstos para las minorías.

Durante los años comprendidos entre 1927 y 1929, se produjo en el país una oleada de huelgas masivas, en las cuales por primera vez desempeñaron un importante papel los agitadores comunistas. Hasta ese momento, los comunistas, que como grupo eran débiles, no habían logrado integrarse al movimiento nacionalista. Entre 1929 y 1934 serían reprimidos con dureza y finalmente ilegalizados, pero aun en esas difíciles circunstancias lograrían mantener una significativa colaboración con el ala izquierda del Congreso y sus sindicatos.

En 1929, el Congreso Nacional Indio, presidido por primera vez por J. Nehru, inició una nueva campaña de desobediencia civil, impulsada por Gandhi. El 26 de enero de 1930, fecha que desde entonces conmemora el Día de la Independencia, Gandhi difundió un manifiesto de 11 puntos, en el cual se concedía un lugar importante a la



lucha contra el monopolio de la sal. El 12 de marzo de 1930, tras el rechazo británico de las demandas formuladas por Gandhi, éste anunció que encabezaría una masiva violación del monopolio de la sal del gobierno. Esto se logró al hervir agua del mar para producir sal, tras una larga marcha al golfo de Khambht. La Marcha de la Sal —a pie durante 24 días por la costa del mar Árabe, predicando el mensaje de la no-violencia y dando instrucciones para la lucha por iniciarse— convirtió en mágica la palabra sal, provocando acciones similares a lo largo de todo el país. El 5 de mayo, Gandhi fue apresado y con él se encarcelaron a más de 60 000 personas. De inmediato se desataron tumultos y manifestaciones en Calcuta, Delhi y otras ciudades, se apedrearon trenes, se cortaron cables del telégrafo y varios oficiales del gobierno resultaron muertos.

Muy a su pesar, el gobierno británico intentó llegar a acuerdos con el Congreso, toda vez que reconocía que el futuro político de la India no podía discutirse razonablemente sin la voz autorizada de esta organización. A inicios de 1931, fueron puestos en libertad, sin condiciones, Gandhi y los principales líderes políticos del Congreso. El 5 de marzo de ese año, en Delhi, Gandhi firmó con el virrey, lord Irving, el Pacto Irving-Gandhi, al cual siguió el signado con lord Halifax, conocido como Pacto de Delhi, que significó una tregua para ambas

partes. El gobierno colonial se vio obligado a hacer algunas concesiones en el problema de la sal y prometió revocar las medidas de emergencia dictadas en el curso de la agitación. El Mahatma renunció a exigir una investigación sobre los abusos de la policía y se declaró dispuesto a suspender el movimiento de desobediencia civil. Entre los radicales del Congreso, el Pacto de Delhi no fue bien acogido y para los conservadores ingleses, entre los cuales se encontraba Winston Churchill, se consideró como una humillación del representante británico el tratar de igual a igual con Gandhi, definido por Churchill como “ese faquir intrigante y semidesnudo”. Pero precisamente esto reconcilió al final a los radicales indios con el Pacto de Delhi; el virrey había tenido que reconocer *de facto* al Congreso como representante máximo del pueblo indio e interlocutor de la misma categoría.

Ello abrió el camino para las negociaciones de Londres, en agosto de 1931. A ellas acudió Gandhi como máximo representante del Partido del Congreso, vestido con su tradicional atuendo: túnica blanca y sandalias. También estuvieron presentes delegados de las minorías; en particular de la Liga Musulmana, que gozaban de evidente apoyo británico por aquello de *divide y vencerás*. La Liga Musulmana exigía elecciones separadas en las provincias con mayoría de musulmanes. Las diferencias de opinión acerca de la representación comunal y en otros puntos, impidieron que durante la conferencia de Londres se llegara a un proyecto común de constitución para la India.

Cuatro años más tarde, presionado por los acontecimientos, Londres aprobó la ley de gobierno de la India. La *Government of India Act* preveía el establecimiento de cuerpos legislativos autónomos en las provincias de la India británica, la creación de un gobierno central representativo de las provincias y Estados principescos y la protección de las minorías musulmanas. Además, la ley contemplaba una legislatura nacional bicameral y un brazo ejecutivo bajo el control del gobierno colonial.



Gandhi salió de uno de sus encierros en 1931 para asistir a las negociaciones en Londres, que terminaron sin resultados prácticos.



En gran medida influido por Gandhi, el pueblo indio aprobó tales medidas, que pasaron a ser efectivas el 1º de abril de 1937. Sin embargo, muchos miembros del Congreso Nacional Indio siguieron insistiendo en la independencia completa para la nación; entre ellos, Nehru, quien calificó la constitución de 1935 como servil. Debe señalarse que la discusión en torno a la nueva ley de gobierno de la India había puesto de manifiesto las diferentes tendencias existentes en el seno del Partido del Congreso, lo que llevó a Gandhi a salir de la agrupación y refugiarse en sus tareas sociales. Con todo, los dirigentes del Congreso no podían ni querían renunciar al consejo de Gandhi, quien en lo adelante permanecería invisible a la cabeza del movimiento nacionalista.

En el ámbito provincial hubo pocas dificultades en la aplicación de la ley del gobierno de la India. No obstante, el plan para la federación demostró ser inviable por varias razones; entre ellas, la posición radical de un sector del congreso, que no se conformaba con lo concedido, y las protestas de los musulmanes, quienes consideraban que los hindúes tendrían una influencia excesiva en la legislatura nacional. Como alternativa, la Liga Musulmana abogaba por la creación de un Estado musulmán independiente, que ya se identificaba con el nombre de Paquistán. Pero esta propuesta encontró una violenta oposición hindú. Por otra parte, la idea de un gobierno indio halló poderosos enemigos en Inglaterra. A la postre, el proyecto federativo para un gobierno central no pudo instrumentarse y la India sería gobernada centralmente por la constitución de 1919 hasta la independencia.

La teoría de las dos naciones

Entre los musulmanes se extendió la convicción de que su idiosincrasia religiosa y cultural estaba en peligro, de que un gobierno del Partido del Congreso significaba dominio hindú y de que en una India independiente, el régimen colonial británico sería sustituido por un imperialismo hindú. Por tanto, sólo quedaría la solución de crear dos Estados de religión diferente. Alrededor de 1930, el juez musulmán Muhammad Iqbal planteó que la India albergaba dos naciones que debían tener dos patrias diferentes. Esta teoría de las *dos naciones* fue expuesta en 1940 en el programa oficial de la Liga Musulmana y defendida desde entonces con creciente decisión contra los postulados unitarios del Partido del Congreso, el cual se concebía como organización nacional, no comunal, e insistía en la presencia musulmana en sus filas.

La parte relativa a las provincias británicas se puso en vigor en 1937. En poco tiempo, se rectificaron las fronteras de ciertas provincias y de la India se separaron Adén y Birmania. La innovación decisiva fue la introducción de la autonomía provincial. En las elecciones para los nuevos parlamentos provinciales, en 1937, el Congreso fue el único partido indio que presentó candidatura en todas las provincias y obtuvo grandes éxitos. Los musulmanes sólo accedieron al poder en Bengala y en el Punjab, gracias al Partido de la Unión, predominantemente musulmán. El Congreso Nacional Indio se convirtió, por primera vez en su historia, en partido gobernante, aunque sólo fuera en el ámbito provincial. Aquél fue un relevante paso de avance, pero el camino hacia la definitiva independencia, que no llegaría hasta después de la Segunda Guerra Mundial, estaría caracterizado por grandes dificultades y arduas batallas.

ASIA SUDORIENTAL.

EL DESARROLLO DE LOS MOVIMIENTOS NACIONALISTAS

La Primera Guerra Mundial tuvo grandes repercusiones en esta importantísima zona de Asia; en particular, en las ideas emancipadoras. El ideal proclamado por las

democracias occidentales sobre la lucha en pos de la justicia y la civilización, así como la afirmación del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos, expresada en los



Achmed Sukarno (1901-1970)

Encabezó la lucha por la independencia contra holandeses y japoneses y fue el primer presidente del país. Se destacó por su política exterior anticolonial y tercermundista. Fue participante activo en la Conferencia de Bandung y en el proceso que condujo a la creación del Movimiento de Países no Alineados.

famosos 14 puntos de Wilson, contribuyeron a suscitar las esperanzas de los países coloniales de la región.

En consecuencia, el rasgo predominante en la evolución del Asia Sudoriental durante las décadas del 20 y el 30, lo constituyó el avance experimentado por las organizaciones nacionalistas, en un principio encabezadas solamente por una burguesía o unas clases medias, cuyo común denominador era conseguir mayor participación en el poder dentro del contexto del régimen establecido y un desarrollo de las actividades económicas locales. Tales fueron los casos, por ejemplo, del Partido Nacionalista Filipino, fundado en 1907 y dirigido por Osmeña y Quezón, y del Partido Constitu-



Achmed Sukarno (1901-1970).

cionalista Cochinchino, creado en Saigón en 1923 (la colonia de Cochinchina tenía un régimen político más liberal que los protectorados de Anam y Tonkín), que pedía las libertades democráticas, la ampliación de la representación vietnamita y su acceso a los cargos públicos. Pero, con el paso del tiempo, estas agrupaciones se transformaron, y surgieron y se desarrollaron nuevos partidos, integrados por los intelectuales y otros sectores, que mostraban una mayor combatividad y radicalismo, al reivindicar objetivos más ambiciosos, incluida la independencia. Durante aquel período, estas nuevas fuerzas tendrían un protagonismo cada día más notable.

Hasta 1914, en Birmania, las aspiraciones se habían limitado al terreno de la instrucción. Pero en 1920, la Asociación de la Juventud Budista, existente desde 1906, se transformó en Consejo General de las asociaciones birmanas, después de proclamar abiertamente su objetivo de obtener el *Home Rule*, lanzándose a la agitación política. En Viet Nam apareció el (Nuevo Viet Nam) (*Tan Viet*) y, sobre todo, el Partido Nacional de Viet Nam (*Viet-Nam quoc dan dang o VNQDD*), fundado en Hanoi, en 1927, por el joven maestro Nguyen Thai-Hoc, de acuerdo con el modelo del Guomindang chino. En 1923, los estudiantes indonesios en Holanda crearon la Unión Indonesia (*Perhimpunan Indonesia*). Algunos de ellos, como Hatta, Sjahrir y Sastromidjojo desempeñarían con posterioridad un papel político importante. En la misma Indonesia, Sukarno creó, el 4 de junio de 1927, el Partido Nacional de Indonesia (*Partai Nasional Indonesia*), con un programa cuyos objetivos finales eran la unidad nacional y la independencia. La fundación del partido de Sukarno estuvo precedida por las insurrecciones de Java y Sumatra, en 1926 y 1927, respectivamente.

Como respuesta al auge de los nacionalismos, los gobiernos coloniales, seguros de su fuerza militar, sólo consideraron ejecutar tímidas reformas. Los filipinos contaban con un régimen más liberal, toda vez que Estados Unidos no se interesaba tanto en la



política como en la explotación económica. Ello explica que, en 1907, el archipiélago obtuviera una asamblea legislativa, aunque con poderes estrictamente limitados y elegida sólo por el 4 % de la población. En 1916, el *Jones Act* prometió la independencia y amplió la representación filipina, la autonomía interna resultaba casi completa: Estados Unidos se reservó sólo el control de la moneda y del comercio exterior, así como un derecho de veto sobre los actos del Parlamento filipino. En Birmania, el *Government of Burma Act* de 1921 introdujo un sistema de diarquía similar al establecido en la India por las reformas Montagu-Chelmsford en 1919. En las Indias Neerlandesas se creó, en 1918, un *Volksraad* o Consejo del Pueblo, con un papel puramente consultivo y, aunque en 1927 este consejo recibió ciertos poderes deliberativos, el gobernador general conservó el derecho del veto. Indochina también “gozaba” de las asambleas denominadas representativas: el Consejo Colonial de Cochinchina, el gran consejo de los intereses económicos y financieros y las cámaras de los representantes del pueblo de Tonkín y Anam, pero en todos los casos sus posibilidades eran limitadas, bien porque sus facultades eran consultivas o por otras razones.

Las decepciones ante los tímidos cambios y la represión de las actividades nacionalistas en la región, explican la cada vez mayor penetración y asimilación de las ideas comunistas. Las ideas socialistas habían llegado al Asia Sudoriental antes de la Primera Guerra Mundial. En Filipinas se fundaron los primeros sindicatos a principios del siglo, así como en Indonesia, donde en 1914 se creó la Asociación Socialdemócrata de las Indias Orientales, la cual difundió la teoría marxista y experimentó, a partir del triunfo de la Revolución de Octubre, rápidos progresos. La Internacional Comunista tuvo un especial interés por Indonesia e Indochina, países que consideraba cumplían las condiciones prerrevolucionarias por contar con regímenes autoritarios y las poblaciones más empobrecidas y numerosas.

Indonesia, puente entre Asia y Australia —según expresión de Bujarin—, parecía un terreno abonado para la revolución por contar con las más antiguas tradiciones socialistas y poseer una clase obrera numerosa y organizada. El Partido Comunista Indonesio (PKI), fundado el 23 de mayo de 1920, fue el primer partido comunista de la región. Indochina transitó por otros derroteros. El Partido Comunista Indochino, fundado en 1930 por Ho Chi Minh, utilizó diferentes medios y métodos de lucha. En la Indochina francesa, especialmente en Viet Nam, la atracción por el marxismo no sufrió el freno espiritual que constituía el budismo en Birmania o el Islam en Indonesia, pues el *budismo mahayana* vietnamita, extremadamente tolerante, no ejercía ninguna influencia profunda sobre el espíritu positivo de la población y sólo el 10 % de ésta, de filiación católica, se opuso al marxismo. El Partido Comunista Indochino —incluidos Viet Nam, Laos y Cambodia— se propuso el derrocamiento del imperialismo y la abolición de los vestigios feudales mediante una revolución democrático-burguesa, liderada por la clase obrera y los campesinos. En este período, en Malasia y Filipinas también aparecieron los partidos comunistas.

El año 1930 constituyó un punto de partida para el estallido de revueltas, las cuales se desataron en toda el Asia Sudoriental como una reacción en cadena. En Viet Nam, con la extensión del movimiento y la creación del *Nghe-Tinh* —los soviets de

Ho Chi Minh (1890-1969)

Su verdadero nombre era Nguyen That Thant. Nació el 19 de mayo de 1890 en el pueblo de Kimlien, en Anam. Hijo de un oficial que dimitió en protesta contra la dominación francesa. Llevó a su país a la independencia, en 1945, y lideró la lucha contra los colonialistas franceses y contra la intervención norteamericana.



obreros y campesinos—, con un carácter netamente revolucionario, la nación dejó de ser un concepto para convertirse en algo real. En 1931, en Filipinas se desató el levantamiento de Tayug, en cuya represión se ilegalizó el partido de los comunistas. Pero el descontento persistió y condujo a la insurrección de Sakdal, en 1935, la cual se convirtió en un movimiento por la independencia y con el saldo positivo de haber saltado la barrera

del parlamentarismo y el caciquismo, para comprender la lección política del empleo de diversos métodos de lucha combinados. En Malasia, el partido comunista, fundado en 1930, consiguió el control de la Federación de Estudiantes y de la Federación General del Trabajo, ambas de Singapur, y de la Liga Antimperialista y, aunque la mayoría de los miembros de estas organizaciones eran chinos, también se contaba con una buena representación porcentual de malayos e indios, eliminando cualquier discriminación racial dentro del territorio y concertando huelgas en las plantaciones de caucho y de conservas de piña.

Los gobiernos coloniales respondieron al auge del movimiento popular con las reformas, tratando no sólo de acallarlos sino también de lograr el apoyo de las burguesías locales. La expresión de esta nueva etapa de reformas puede encontrarse prácticamente en todos y cada uno de los países de la región. En Filipinas, por el *Tydings-Mc Duffie Act* de 1934, Estados Unidos organizó un gobierno con mayor autonomía, prometiendo la independencia para 1946, lo que tendría que cumplir. Mientras tanto, las leyes que aprobara el Parlamento filipino quedaban sometidas a la ratificación del gobernador general y del Senado norteamericano. Birmania, definitivamente separada de



Ho Chi Minh (1890-1969).

la India, obtuvo del gobierno británico una semiautonomía, que entró en vigor el 1º de abril de 1937. Holanda y Francia, más autoritarios y paternalistas, se contentaron con medidas menores sin verdadero alcance real. En las posesiones francesas y holandesas, el gobernador general seguía disponiendo de poderes casi absolutos.

Sin embargo, el movimiento nacionalista no fue frenado por los intentos y promesas de

reformas. Ante la amenaza real de una nueva guerra mundial tomó la forma de frentes amplios o frentes unidos para reivindicar las libertades elementales en las nuevas condiciones históricas. Es curioso señalar que incluso en Siam, único país de la región que no había sufrido la colonización (aunque sí la influencia extranjera), durante este período una revolución transfirió el poder de la realeza a un pequeño grupo de oficiales e intelectuales, influidos por la acción de los revolucionarios indios, chinos y vietnamitas refugiados en Bangkok. La oleada nacionalista en Siam se acentuó con la llegada al poder de Pibu Songgram, en diciembre de 1938. Él lanzó la doctrina *Pan Thai* y cambió el nombre de Siam por Tailandia, la tierra de los thai, que reuniría bajo la égida de Bangkok a todos los pueblos thai de la península.

En resumen, resulta evidente que en la región del Sudeste Asiático había germinado el fermento de la insurrección nacionalista, abonada por las condiciones que generó la crisis causada por la Gran Guerra y por la influencia de la Revolución de Octubre. Se crearon así las condiciones que posibilitarían el desencadenamiento de la lucha por la definitiva independencia, una vez concluida la Segunda Guerra Mundial.

CULTURA Y VIDA COTIDIANA EN ASIA EN EL PERÍODO DE ENTREGUERRAS

Para Asia, el período que media entre las dos guerras mundiales, tuvo una especial significación en lo concerniente a los cambios de mentalidad y actitud de su heterogénea población. Si bien es cierto que se mantuvo vigente un alto porcentaje de los modos y formas de conducta y vida cotidiana que exaltaban los valores tradicionales de sociedades ancestrales de arraigada civilización —como los casos de la India y China o de las sólidas culturas establecidas en el Sudeste Asiático y el particular caso nipón—, la impronta europea y la necesaria modernización de sus sociedades condujeron a transformar el accionar de esos pueblos.

El vertiginoso desarrollo de las corrientes nacionalistas en el caso continental, aceleró el crecimiento de las universidades locales, como sucedió en China, con un consiguiente cambio de pensamiento en las juventudes y una aproximación cada vez mayor a la simplificación de los preceptos tradicionales —sin perderlos totalmente— hacia formas modernas de interpretación,



Aspecto cosmopolita de la ciudad de Ginza (1925)
en Tokio, reconstruida después del terremoto de 1923.

muy visibles en los casos de la escritura, la literatura, la filosofía y la demanda de la introducción de estudios científicos. Uno de los máximos exponentes de esta corriente nueva y transformadora lo fue Lu Hsun, el más célebre escritor chino del período,



Edificio de la Dieta japonesa, construido entre 1920 y 1936.



autor de la novela *El diario de un loco*, en la cual muestra la causa-efecto que existe entre los ideales confucianos y la inquietud del nuevo orden social. La Universidad de Bei Dai es una muestra de estos cambios, al convertirse en un centro formador donde se confrontaban todas las ideas, escuelas y tendencias nacionales o extranjeras. De las profundas transformaciones operadas en China en el terreno de las mentalidades y, sobre todo, políticas, da fe la novela de André Malraux *La condición humana*, considerada como un testimonio de la acción del pueblo chino y, a la vez, una larga reflexión sobre la condición humana en el torbellino revolucionario.

En la India, las figuras de Gandhi y Nehru expresaron la tendencia de las nacientes clases sociales de enviar a sus hijos a estudiar en Inglaterra y la capacidad de éstos de absorber las ideologías de la época, trasladándolas al accionar revolucionario del nacionalismo en sus países. En Gandhi se manifestó el empleo de la tradición a los fines políticos y su pensamiento redefinió los conceptos de renovación cultural prevaletentes en la sociedad india. Para estos años, Rabindranath Tagore, quien había alcanzado en 1913 el Premio Nobel



El *Kaligath*, pintura tradicional popular de la India, su utilización se extendió más por los años 20 al 40 del siglo xx.



La obra del pintor indio Jamini Roy (1887-1972), inspirada en el arte popular de los pueblos santhal.

de Literatura, radicaliza su posición política profundamente nacionalista, llegando a formar, a finales de 1921, en Satiniketan, la Universidad Internacional de Visva Bharati, donde junto a la escuela de Arte de Calcuta se reconciliaban las tradiciones indias y las occidentales. Entre los pintores indios se destacan Nandolol Bose y Jamini Roy.

Mientras los ingleses trasladaron muchas de sus costumbres occidentales a la India y se mantuvieron en comunidades aisladas del resto de la población, los pueblos nativos conservaron muchas de sus costumbres, como la de las peregrinaciones para los baños sagrados en los estanques de los templos en busca de la purificación de sus pecados.

En ambos países, así como en la mayoría de los territorios menos desarrollados del continente, las costumbres ancestrales que imponía la tradición no se habían alterado de una manera profunda. Los hábitos alimentarios de los pueblos chino e indio, filipino e indonesio, vietnamita, laosiano y japonés, por sólo citar algunos, permanecían inquebrantables por cuestiones religiosas, por la fuerza de la herencia cultural y por los gustos diametralmente



Una de las tradiciones que se mantuvo fue el consumo del té. En la imagen, japoneses en su cosecha.

opuestos a los de los colonizadores. Lo mismo puede decirse de los vestidos tradicionales de hombre y mujer, que en lo fundamental se conservaron en aquellos años.

Durante este período, muy complejo por la militarización que sucedió en Japón y la consiguiente afectación a la mentalidad del pueblo, los nuevos gobernantes se esforzaron por mantener los más arraigados valores de la tradición.

Por ello, a pesar de la occidentalización y de la modernidad que asumía el país, los japoneses siguieron conservando sus costumbres, lo cual se percibe, por ejemplo, en la vivienda, donde se mezcla lo antiguo con lo más moderno. La mayoría de las casas cuentan con diversos espacios tanto tradicionales como de tipo occidental. Generalmente se componen de la puerta principal (*Genkan*), donde hay que descalzarse, un



Mujeres japonesas en la década del 30 con su vestuario a la usanza tradicional.



Diseños de vestuario y mujeres japonesas occidentalizadas.

corredor (*Rouka*) con piso de madera que da acceso a las habitaciones alfombradas de *tatamis* o esteras de paja. Normalmente, debido al reducido espacio, las habitaciones cumplen diversas funciones y bien pueden emplearse como comedor, sala de estar o lugar de trabajo.

Al período de entreguerras pertenece el novelista japonés Kawagata Yasunari, quien en la década de los años 20 integró un grupo literario conocido como de neosensacionistas, partidarios del lirismo y del impresionismo. Fue el primer japonés que alcanzó el Premio Nobel. El militarismo prácticamente ahogó la literatura, por lo que otros escritores se refugiaron en el



Los japoneses reconstruyeron importantes edificaciones, vinculando modernidad y tradición, entre las más destacadas están la Estación Imperial y la Universidad de Tokio.



esteticismo. Otro de los grandes valores literarios fue el legado por Ryonosuke Akutagawa, autor de *Rashomon*, que fuera en 1950 llevada al cine por Akira Kurosawa. Este último, a la altura de los años 30, intentó estudiar, pero atraído por el cine pasó a convertirse en guionista y ayudante de dirección de los estudios Toho, creados en 1936, aunque la censura cinematográfica

llevada a cabo por el militarismo aplacó los intereses de la nueva generación, entre los que figuraban también Hiroshi Shimizu, Ozu Yasuhiro y Kinugaza.

La pintura japonesa que tanto influyó en los artistas de Occidente, principalmente en los europeos y con más intensidad en el cartel, también experimentó cambios en estos años.



Pintura de Seiji Togo.



Pintura de mujer por Yasui Sotaro.



Obra de Kwakami Sumio.

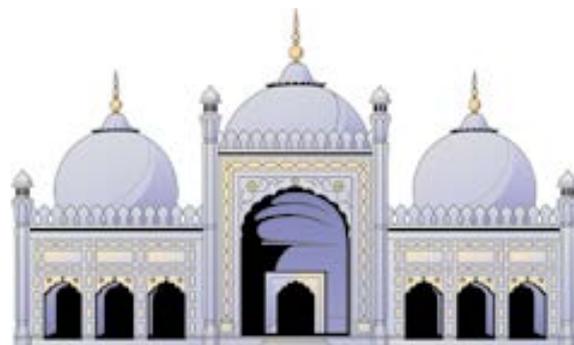


Paisaje de Umehara Ryuzaburo.

La pintura japonesa, aun conservando mucho de su estilo, también experimentó cambios en la época.



El Medio Oriente



La disolución del Imperio otomano como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, les permitió a Inglaterra y Francia —en mayo de 1916 habían suscrito un acuerdo al respecto— completar el reparto de la extensa región que hoy llamamos Medio Oriente, integrada por tierras asiáticas y norafricanas, cuya población tiene en común la mayoritaria profesión de la religión islámica en sus dos vertientes: chiíta y sunnita. Mientras turcos, persas y, luego, afganos retenían sus Estados, las nuevas fronteras añadieron varias entidades al conjunto árabo-parlante, que quedaría dividido en más de 20 unidades políticas. De ellas, sólo la Arabia, que en breve sería Saudí, y Yemén (norte) emergieron independientes.

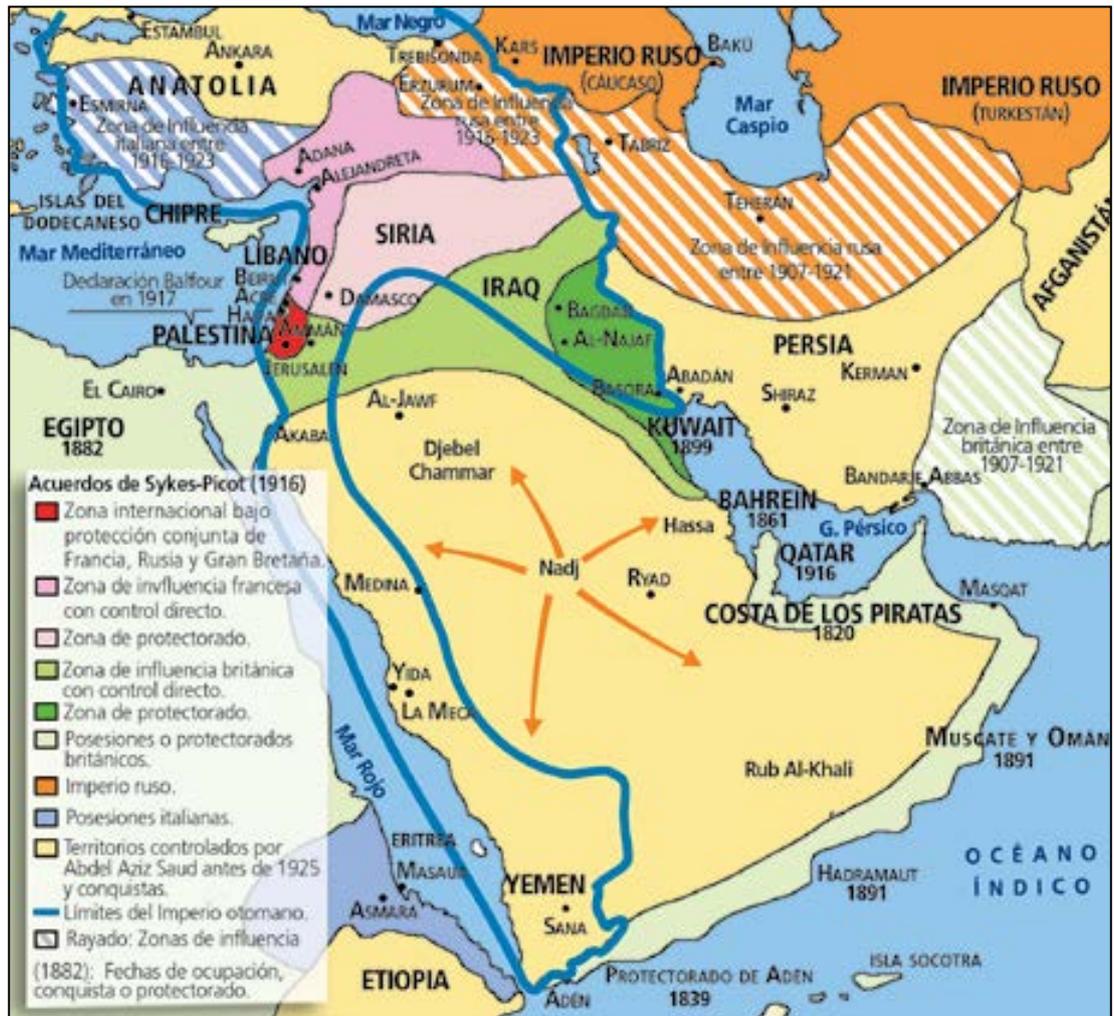
Mediante el sistema de mandatos de la Liga de las Naciones, Inglaterra se quedaría con Iraq, Palestina y Jordania; Francia recibiría Siria y crearía el Gran Líbano. Este reparto, que traicionaba la promesa británica de independencia que lanzó a los árabes contra los turcos en 1916, fue resistido mediante rebeliones abiertas, como la de Siria, convertida en un reino de esperanzadas aspiraciones panárabes desde la entrada de Feisal en Damasco en 1918, y la de Iraq, ahogadas las dos en sangre por las tropas de sus respectivas potencias mandatarias en 1920. Esta serie de estallidos de violencia demostró que la política de dominación directa ya resultaba inapli-

cable, por lo que los cerebros coloniales de París y Londres decidieron actuar a través de una fachada de gobiernos árabes, en la clásica forma indirecta de dominación.

Los mandatos —apenas encubrían su esencia colonial con una mención, sin fecha fija, de evolución controlada hacia la independencia— asumieron formas republicanas en el caso francés y monárquicas en el inglés. La excepción fue Palestina —prometida al movimiento sionista por la Declaración Balfour de 1917 para el establecimiento de un hogar nacional judío en contra de la voluntad de su población árabe mayoritaria—, donde sólo se establecieron instituciones consultivas. El artículo reglamentario que prometía la elección de un consejo legislativo para Palestina se sustituyó por otro que revertía las facultades legislativas en el alto comisionado inglés, que resultó ser sir Herbert Samuel, judío.

Declaración Balfour

Emitida el 2 de noviembre de 1917 por el ministro de Asuntos Exteriores del Reino Unido, Arthur James Balfour, consignaba el apoyo al establecimiento de un hogar para el pueblo judío en Palestina. Esa declaración se incorporó al mandato de la Liga de las Naciones para Palestina.



El Medio Oriente después de la primera Guerra Mundial.

La clara hegemonía británica en el área fue desafiada por los afganos que, aprovechando la ebullición política en la India, se liberaron de un no consumado protectorado en 1919; año en el cual el nacionalismo egipcio empezó una sublevación que obligaría a Londres a una declaración unilateral de independencia para Egipto en 1922. Burgueses y feudales capitalizaron esa lucha popular urbana y campesina, que estremeció a los 16 millones de habitantes del país del Nilo en una intensa rebelión conducida por Saad Za-

glul, el juez reformista convertido en admirado líder del Wafd. Este partido de los independentistas egipcios es un buen ejemplo de las contradictorias características de las organizaciones políticas de la región por entonces, con su maquinaria de notables, caciques locales y clientelas.

La inconsulta decisión británica le permitía a Londres mantener sus tropas



Fuad I, rey de un Egipto "independiente".

Movimiento wafdist

A fines de 1918, líderes burgueses, encabezados por Saad Zaghlul, crearon una delegación (*wafd*) para negociar con los británicos, pero fracasaron en su empeño. El movimiento llegó a tener un apoyo mayoritario. En 1923 se convirtió en el Partido Wafd.

El rey que habló demasiado

Había una vez en Iraq un joven príncipe llamado Ghazi, que en 1933 se convirtió en rey, pero que tenía una debilidad: decía lo que pensaba. El rey instaló en palacio una estación de radio y comenzó a contar al pueblo las arbitrariedades francesas en Siria, a condenar la usurpación sionista en Palestina y a decir que su vecino y protegido británico, el emir de Kuwait, era un atrasado déspota feudal, en comparación con su régimen constitucional, el cual podía disfrutarse por los kuwaitíes, si se unían a Iraq. Ante el eco que esa “irresponsabilidad” tuvo en los nacionalistas, Londres decidió actuar. En la noche del 4 de abril de 1939, el rey murió cuando su auto se descontroló, y las sospechas recayeron en los ingleses, al punto de que su cónsul en Mosul fue muerto por una multitud. Pero el silencio había vuelto a reinar en palacio.

en el país para la custodia de su canal de Suez, la supuesta defensa de Egipto contra agresiones e interferencias, la protección de los intereses extranjeros y de las minorías —la europea poseía más de la mitad de la economía del país—, así como el control del Sudán. El sultán Fuad tomó el título de rey, se proclamó una constitución en 1923 y Zaglul retornó de su exilio forzado para ganar masivamente las elecciones, pero no logró la revocación de las limitaciones de soberanía impuestas por Gran Bretaña y murió en 1927. El carisma del líder sobrevivió un tiempo en el Wafd y, a pesar de las luchas en la cúpula de ese partido, de la corrupción y de secesiones como la del Partido Saadista, la organización siguió liderando la vida política hasta que sus contradicciones con el monarca culminaron en la suspensión de la constitución en 1930 y en su salida del poder.

A estos primeros retrocesos del dominio pleno hacia lo que luego se identificaría como formas neocoloniales de control,



La Kaaba, casa de Adán y de Abrahán en La Meca, según la tradición islámica.

se sumó Iraq. Allí, ante el temor de nuevas rebeliones, los ingleses habían instalado como rey a su aliado, el simbólico Feisal. Miembro de la familia hachemita descendiente del profeta, hijo del jerife de La Meca, cabeza de las columnas árabes que desalojaron a los otomanos de Damasco, este hombre había reunido una asamblea general en la mítica capital Omeya que lo proclamó rey de los árabes. Su lucha por mantener esa unidad contra las ambiciones y la traición de las potencias en el bienio 1918-1920, se identificó entonces como el primer conflicto del Cercano Oriente de posguerra. Expulsado de Siria por los franceses, el rey sin trono se instaló en el de la Mesopotamia, recreada por los británicos con los vilayatos o provincias otomanas de Bagdad, Basora y Mosul. Después de sucesivos tratados desiguales



Ibn Saud con Franklin Delano Roosevelt.



El rey Feisal (1883-1933), hijo del jerife Hussein de La Meca, junto a Lawrence de Arabia.

con Inglaterra, se dijo que el nuevo Estado gozaba del mínimo de soberanía suficiente para ser admitido como miembro de la Liga de las Naciones en 1932.

En ese mismo año, la *Ikhwan* o hermandad de los guerreros wahabitas, de Ibn Saud, completó la unificación de todas las tribus de la península Arábiga que no estaban bajo protectorado inglés, surgió así Arabia Saudita. Únicamente el Yemén del imán Yahya, jefe de la secta zaidita (rama moderada de la chía), logró resistir este avance y mantenerse libre. El líder wahabita otorgó una concesión petrolera al capitalismo norteamericano, que comenzó a formar en Arabia Saudita la Arabian



Dos vistas de Jerusalén.

American Oil Company (ARAMCO). Los estadounidenses se las arreglaron para mantener a los británicos fuera de toda participación en el petróleo saudita. Inglaterra controlaba totalmente el petróleo de Irán, incluso mediante una inversión directa (1914) del almirantazgo en la Anglo Persian Oil Company, pero debió aceptar el reparto de los yacimientos de Iraq con norteamericanos y franceses.

El nacionalismo árabe, en pleno ascenso, definía sus posiciones en lucha contra la dominación colonial extranjera. Bajo la conducción de sus jerarquías tradicionales y de algunos elementos burgueses se exploraban todas las posibles vías de oposición, desde los partidos más o menos legales y tolerados hasta la lucha armada. En toda el África del Norte o Magreb, el poderoso sector de los colonos europeos —mayoritariamente urbano, aunque en posesión de productivos latifundios— se había constituido en un obstáculo antinacional adicional. Nada semejante existía en el Asia Occidental, al oriente de Egipto, en el llamado Machrek Árabe, salvo en el caso del Yishuv, la comunidad de europeos judíos, que iba excluyendo y sustituyendo de manera progresiva a los palestinos en su tierra hasta provocar su indignada respuesta mediante una oleada de protestas y sublevaciones, que culminaron en la gran rebelión antisionista de 1936-1939.

En este caso tan especial, la llegada de otros 60 000 judíos en 1935 hizo patente para los árabes que el “hogar nacional judío” tenía ya un poder y unas proporciones que lo convertían en un desafiante embrión de Estado. Los partidos políticos palestinos decidieron integrarse en un alto comité árabe a modo de frente común que sorteara las contradicciones de su dirección oligárquica; las violentas manifestaciones en Jaffa, en abril de 1936, resultaron el detonante para una huelga general árabe que desencadenó una revolución nacional palestina contra la usurpación sionista y las autoridades británicas, y por un gobierno propio. Las monarquías del área (Egipto, Arabia Saudita, Iraq, Yemén) no prestaron



Jerusalén, Santo Sepulcro de Jesús, según la tradición cristiana.



Jerusalén, Cúpula de la Roca, salto al cielo de Mahoma.

apoyo militar efectivo a la lucha y, mediante su reaccionaria infiltración en la dirección del movimiento, ejercieron una presión claudicante que puso fin a seis meses de huelga, pero no a la rebelión.

La Comisión Peel enviada por los británicos propuso ya en 1937 la partición territorial de Palestina entre las dos comunidades, la cual fue rechazada por los árabes, mientras el Congreso Sionista de agosto de ese año, celebrado en Zurich, la apoyó como posibilidad para lograr el Estado judío. La rebelión árabe tomó entonces fuerza y las guerrillas llegaron a controlar amplias zonas, incluida la Ciudad Vieja de Jerusalén, hacia octubre de 1938. En febrero y marzo de 1939, en esas circunstancias, Inglaterra llamó a una conferencia en Londres, a la cual acudieron por separado sionistas y palestinos. Ante la falta de acuerdo, en mayo, el gobierno inglés emitió el Libro Blanco, el cual rechazaba la partición, limitaba la inmigración judía y proponía la independencia en diez años. Este giro fue violentamente repudiado por los sionistas y considerado insuficiente por los árabes, pero la lucha menguó y el estallido de la Segunda Guerra Mundial pareció subordinar el ya sangriento diferendo al resultado final de la contienda.

Al analizar todas estas situaciones de la costa árabe del Mediterráneo, se con-



Grupo de uzbekos en Bujara, ciudad al oeste de Uzbequistán.



Jerusalén, Muro de las Lamentaciones, restos del templo de Salomón, según la tradición hebrea.

cluye que en su devenir atravesaron cinco etapas sucesivas: conquista y ocupación europea inicial; aplastamiento y extin-



Arriba, la ciudad árabe; abajo, la ciudad europea de Túnez.

ción de las sublevaciones anticoloniales que vinieron después, en guerras focales; una incierta paz colonial que permitió el robo de las mejores tierras para el colonato que, no obstante, se concentró en la seguridad de Casablanca, Argel, Túnez, Trípoli, Alejandría o Tel Aviv, y formación de partidos nacionalistas que, como regla, postularon una macronación árabe común e ideal por encima de las fronteras trazadas por el colonialismo, pero que desarrollaron su ideología, métodos y formas de lucha particulares en el ámbito de cada país real y en con-

La prensa en el Medio Oriente

Las primeras imprentas llegaron a Estambul y a los monasterios de Monte Líbano desde el siglo XVIII y a principios del XIX se ubicaron otras en Tabriz (1812), Teherán y Bagdad (1823). El siglo XX permitió la expansión de la prensa escrita. Entre 1904 y 1919, los periódicos aumentaron en Líbano de 29 a 168, en Siria de tres a 87, en Palestina de uno a 31, en Iraq de dos a 70 y en Hedjaz de 0 a seis.

traposición dialéctica con las respectivas autoridades europeas.

En Túnez podemos ver la expresión moderada de esta tendencia nacionalista, asociada allí a la clase media que se había formado bajo el protectorado francés. El núcleo inicial fueron los Jóvenes Tunecinos que tomaban al residente galo y al protectorado en sí como un hecho consumado y solicitaban una mayor participación propia en esa estructura, que restara posiciones a los colonos. Se pidió una constitución que limitara los poderes del bey y ése fue el nombre del partido surgido en la posguerra —*Destour* o constitución— con un programa que, publicado en Francia (*La Tunisia Mártir*, 1920), solicitaba un consejo supremo de 60 miembros electos y designados, pero todos tunecinos. Su líder, el conservador Abdelaziz Taalib, de formación islámica tradicional, había colaborado con los Jóvenes Tunecinos. A su regreso del exilio, en 1937, se encontró desplazado por una nueva generación de nacionalistas que aspiraban a la independencia desde las filas del Neo-Destour, surgido en 1934.

El Neo-Destour era dirigido por el joven abogado Habib Bourguiba, graduado en París, quien, no obstante sus tesis dialoguistas —expresadas en el manifiesto “El Destour y Francia”, en 1937—, fue encarcelado por la metrópoli en 1934-1936 y 1938. Si bien esta agrupación se relacionó con la huelga general de 1938, en realidad su acción no fue más allá de las campañas de desobediencia civil de ese año, a pesar de la represión colonial, que incluyó el estado de sitio, y de las interesadas declaraciones de apoyo de Mussolini, formuladas desde Libia e Italia.

Hasta 1919, en Argelia se manifestó una confusa tendencia que buscaba la igualdad con los colonos mediante el reclamo de la plena ciudadanía francesa. Ferhat Abbas, asimilado entonces a la tradición liberal burguesa, era uno de sus exponentes, mientras el Congreso Musulmán y, en especial, Abd Al-Hamud trataban de alentar un despertar islámico mediante la difusión del ideario reformista del egipcio

Mohamed Abdú. Pero entre los emigrados económicos en Francia en 1923 se formó la Estrella Nor Africana (ENA), raíz de un nacionalismo magrebí independentista y descolonizador en el sentido del colonato y su poder. Messali Hadj, su dirigente, pidió libertad y reforma agraria en el Congreso Antimperialista de Bruselas de 1927. La ENA ha sido descrita por el argelino Mustafá Lacheraf como superficialmente marxista, sentimentalmente argelina y resumidamente islámica. En 1937, Messali Hadj fundó el Partido Popular Argelino, menos radical, pero encaminado a la búsqueda de la independencia de Argelia.

El espectro político del Medio Oriente también incluyó incipientes partidos marxistas a partir del pionero, el palestino (1919-1921), otros comunales o bien confesionales —como la extremista Hermandad Musulmana (Egipto, 1928)— e, incluso, filofascistas, como la Falange libanesa (1936). Algunos grupos etno-nacionales, como kurdos y armenios, no lograron tanto. A estos pueblos en el Tratado de Sévres (1920) se les había prometido la posibilidad de formar Estados, pero tal promesa se esfumó, por omisión, en el Tratado de Lausana (1923), que revisó lo acordado en Sévres.

En este período, las sublevaciones armadas contra la usurpación del poder por Occidente fueron frecuentes en el área. Entre los ejemplos más relevantes están los del Rif marroquí, Siria y Libia. El apetecido sultanato de Marruecos resultó finalmente repartido entre Francia y España en 1912, mediante dos protectorados y el establecimiento de Tánger como ciudad internacional. La mayor parte del país (cerca de 420 000 km²) quedó en el área francesa, mientras el gobierno de Madrid recibía la franja mediterránea en torno a Ceuta y Melilla, sus tropas se internaron en esos 28 000 km² para tratar de ocuparlos por la fuerza. Allí, a partir del verano de 1921, los bereberes del líder rifeño Abd-el-Krim pusieron en crisis a España, eliminando a miles de sus soldados al cercar y aniquilar sucesivamente las posiciones de Igueriben,



Capitulación de Abd-el-Krim ante las autoridades galas.

Monte Arruit y, sobre todo, Annual, escalonadas entre el corazón de las montañas del Rif y la propia Melilla, también amenazada.

En estas circunstancias, en septiembre de 1921 se proclamó la República Rifeña, cuyos escasos recursos se pusieron en función de la lucha. Solamente la intervención francesa, pactada con España en junio de 1925, ante el temor de un desbordamiento de la contienda en dirección a su zona, pudo aniquilar a la incipiente república, que resistió hasta mayo de 1926, pese a la superioridad técnica y numérica de sus enemigos. Durante varios meses, 50 000 rifeños mal armados combatieron en dos frentes contra 300 000 soldados franceses y españoles, dotados de una técnica militar avanzada. El conflicto del Rif precipitó la emigración a Cuba y a otras partes de América de muchos españoles; sobre todo, jóvenes, que no querían participar en esa guerra colonial.

Un año antes, la misma Francia se vio retada por una rebelión en pro de “una Siria independiente y unida” que, iniciada en el Yebel (monte) Druso contra los excesos del alto comisionado, general Sarrail, se extendió rápidamente a las principales ciudades de Siria. Por encima de las diferencias comunales que los franceses alentaban, el movimiento unió a todos los sirios en una liga nacional bajo la conducción insurreccional del druso sultán El-Atrash, mientras el profesor Faris Bey El-Khuri asumía el liderazgo intelectual y el doctor Shahbandar controlaba Damasco. La histórica capital volvió a ser bombardeada en más de una



ocasión y la destrucción y las masacres mostraron la manera en que París entendía su gestión mandataria.

Pero una vez terminado el conflicto del Rif, los franceses trasladaron más de 80 000 hombres desde Marruecos y, abandonando las poses conciliatorias, exigieron la rendición incondicional. Esa actitud atemorizó a algunos sectores de la elite feudal-burguesa, los cuales abandonaron la lucha, mientras otros la continuaron en forma de guerrilla hasta la segunda mitad de 1927, cuando los sobrevivientes fueron obligados a cruzar la frontera meridional. En mayo de ese año, el sultán El-Atrash fue apresado con varios centenares de hombres por los británicos en Transjordania (actual Jordania) y entregado a Francia. Estas dos contiendas levantaron una campaña de solidaridad internacional, la cual incluyó también las izquierdas de los propios países metropolitanos.

Aunque los italianos habían ocupado Libia en 1911, en realidad no habían pasado del litoral. En la zona oriental, el jefe de la cofradía islámica sunni, conocida como senusiya, Said Idris, había sido tolerado como líder de la Cirenaica interior e, incluso, el gobierno italiano había firmado el acuerdo de Regina, en octubre de 1920, reconociéndole un estatuto de autonomía allí. Pero cuando éste se proclamó emir de todo el país, en 1922, tuvo que pasar al exilio en Egipto. En ese año, Mussolini había ocupado el poder al marchar sobre Roma y su programa incluía el aplastamiento de toda resistencia hasta lograr el completo control en las colonias. Sus brutales campañas militares, iniciadas en marzo de 1923 en Cirenaica, incluyeron la represión masiva y la destrucción de pozos, lo que provocó la muerte por hambre de miles de beduinos. Todos los acuerdos con la cofradía se anularon y un tercio de los 800 000 habitantes del país fueron internados en campos de concentración, mientras una rectificación de fronteras pactada con Inglaterra en 1926, a expensas de Egipto, privó a los rebeldes de su retaguardia.

De esta manera, los italianos capturaron Tripolitania en 1928 y Fezzan en 1930, y al año siguiente apresaron y ejecutaron a Omar Al-Mukhtar, jefe de la rebelión. Sin embargo, sólo en 1932 cesó la lucha armada organizada en Cirenaica; en tanto, los oasis del desierto, que habían concentrado la resistencia, fueron alcanzados por los fascistas sólo dos años más tarde. Una vez “pacificada” Libia, el colonato italiano se apropió del área de tierras útiles de Cirenaica y creció hasta un estimado de 110 000 personas en 1939.

Lo irónico de todo lo anterior es que la diplomacia italiana en la Liga de las Naciones y la propaganda fascista hacia el Medio Oriente, radiada desde Bari, en la costa adriática, presentaban a Italia como amiga y defensora de las causas árabes. Mientras se masacraba a los libios, se incrementaba el comercio, se daban becas y se propiciaban los intercambios culturales o deportivos con esa región y se cortejaba al cine egipcio en el Festival de Venecia. Con la misma política, pero a mayor escala, la Alemania nazi obtuvo numerosas alianzas y émulos por su eficacia en imponerse sobre los otros poderes de Occidente.

Los Estados islámicos, pero no árabes de la franja septentrional del Medio Oriente, experimentaron en estos años transformaciones de diferente profundidad y vigencia. El Estado turco logró evitar su despedazamiento a manos de la Entente, gracias al movimiento nacionalista nucleado en torno a Mustafá Kemal, un general que había ganado batallas en la recién perdida guerra y que recibió el apoyo de varios congresos de representación popular en esos sombríos momentos. La conducción de aquel hombre resultó vital para desalentar los apetitos de las potencias y, sobre todo, para librar con éxito la guerra de independencia de 1919 a 1922 que, desde el corazón de Anatolia, expulsó a los griegos hasta el mar. Un año después, como ya hemos visto, el nuevo gobierno de Ankara les impuso a los aliados en la Conferencia de Lausana una rectificación de las onerosas condiciones dictadas en Sévres, que preservó para

Turquía el territorio propiamente turco y parte del kurdo. Contra toda oposición, Atatürk (Padre de los turcos) como apellidó a Mustafá Kemal la Asamblea Nacional —que también lo elevó a mariscal y le dio el título de Gazi o Victorioso—, implantó un inusitado conjunto de reformas que barrieron con muchas tradiciones y frenos.

Abolidos el sultanato en noviembre de 1922 y el califato en marzo de 1924 y proclamada la república en octubre de 1923, la misma Asamblea suprimió los tribunales religiosos y adaptó códigos europeos: civil suizo, penal italiano, comercial de La Haya, marítimo alemán. Así, entre 1926 y 1930, se creó un nuevo panorama jurídico que eliminó los últimos obstáculos para la implantación de las estructuras capitalistas. De Occidente se tomó casi todo: técnicas, Estado laico, hora, calendario, numeración, vestimenta, domingo y no viernes festivo, derechos de la mujer y todo lo que al Gazi, a Kemal, le parecía aplicable y modernizador. Pero Occidente tardó un poco en apoyar ese proceso, a diferencia de la Rusia soviética que le brindó enseguida colaboración, reconocimiento y facilidades. El Partido del Pueblo llenó todo el espacio político y proclamó sus seis pilares: republicanismo, secularismo, populismo, nacionalismo, estatismo y reformismo.

El nuevo rostro asumido por Turquía y sus logros internacionales, al imponerse como el más independiente de los Estados del Medio Oriente, hicieron que el modelo kemalista inspirara a muchos otros procesos nacionalistas que soñaban con lograr lo mismo. Por otra parte, en la larga marcha de Turquía hacia esa Europa donde estuvo casi desde sus inicios, el impulso dado por las reformas de Kemal Atatürk ha resultado decisivo e irreversible.

En la vecina Persia —divida por británicos y rusos en esferas de influencia en 1907—, el año 1919 significó la imposición de un tratado anglo-persa que garantizaba una influencia preponderante para esa potencia en la política y la economía del país. Este cuasi protectorado fue rechazado



Mustafá Kemal (1881-1938), el creador de la Turquía moderna.

por el Majlis (parlamento) en los mismos días de febrero de 1921, cuando la firma de un tratado soviético-persa refrendaba la independencia y soberanía del gobierno de Teherán. Poco antes, el comandante de un regimiento de la brigada cosaca, Reza Khan, había marchado sobre la capital para derrocar el gobierno y resultar luego ministro de Guerra y jefe del ejército. Devino primer ministro en 1923, dos años más tarde depuso la dinastía Qajar e inició otra propia, la Pahlavi, con el nombre de Reza Sha.

Aunque admirador del kemalismo, la gestión de Reza fue más pragmática que programática y su nacionalismo no generó el tipo de discurso que ca-

Mustafá Kemal en Cuba

En la avenida del puerto, junto al anfiteatro de La Habana Vieja, se encuentra un busto de Mustafá Kemal, con el cual los cubanos le rendimos un permanente y merecido homenaje.



Reza Sha Pahlavi.
De oficial de cosacos a sha de Irán.

racterizó a su vecino. La administración se reorganizó, se ejerció un severo control sobre las tribus nómadas y se emprendió una reforma judicial, pero su ejecutoria no fue tampoco tan radical. Durante una breve crisis, en 1933, se canceló el contrato con la Anglo-Persian Oil Company, acordándose otro algo más ventajoso para los intereses nacionales. Aunque en este país eje del Islam chií se mantuvo el vínculo entre Estado y religión, el sha no toleró al clero ninguna postura contraria a sus políticas. Mientras tanto, los ingleses debieron atemperar sus ambiciones sobre el país, al establecer los soviéticos una nueva relación



Con independencia de los cambios, en Irán se mantuvieron los grupos nómadas.

y un activo comercio con Irán, como pasó a llamarse ese Estado en 1935.

En Afganistán, el joven emir Ammanullah —una vez logrado el ya mencionado reconocimiento británico a la independencia del montañoso país en 1919— también intentó sumarse a la ola regional de cambios. Pero sus planes de reforma y apertura de la cerrada, fragmentada y belicosa sociedad afgana, apenas esbozados, chocaron con una fuerte oposición tribal-tradicionista, que terminó por derrocarlo al inicio de 1929. Después de un breve intervalo de control tadyiko, se restauró la etnocracia pashtú con Nadir Sha (1929-1933), quien estableció una nueva dinastía continuada por su hijo Mohamed Zahir Sha, y todo siguió igual. Mientras tanto, entre 1924 y 1929, del otro lado del río Amu Daria se establecía el poder soviético en las nuevas repúblicas de Turkmenistán, Uzbekistán y Tadyikistán, que compartían etnias con el norte afgano.

Las relaciones interregionales del período partían de un conflictivo pasado, agravado por la intervención europea. Turquía, que había aspirado sin éxito al vilayato de Mosul, incorporado por Inglaterra a Iraq, reclamó y obtuvo de Francia el distrito de Alejandreta, al cual llamó Iskenderun. Mediante una escalada de tres pasos: autonomía, independencia y luego anexión, ese estratégico golfo y su entorno quedaron en manos turcas en 1938, generando un agudo diferendo con Damasco. En Iraq se hablaba de reclamar Kuwait, poco después que Irán cesó de pretender todo Iraq, hacia 1929, aunque se mantuvo la disputa entre Bagdad y Teherán por la región fluvial del Shatt El-Arab. Por su parte, el gobierno persa alegaba derechos sobre Bahrein y discutía con Afganistán por la cuestión de las aguas del río Helmand.

Por eso resultó notable la concertación de un pacto firmado en el palacio de Saadabad, Teherán, en 1937, por los cancilleres de Irán, Afganistán, Iraq y Turquía, el cual establecía la cooperación mutua, el respeto de las fronteras, la no intervención en los asuntos internos y la no agresión entre



Puerta de la muralla en Kabul, Afganistán.

los signatarios. Como antecedente puede citarse el tratado de amistad firmado por Turquía, Irán y Afganistán en abril de 1926, a instancias de la Unión Soviética, que naufragó ante la respectiva manipulación de la cuestión kurda, y también las visitas oficiales del rey Feisal de Iraq a Irán en 1932 y de Reza Sha a Turquía en 1934. Por

último, la invasión italiana a Etiopía sirvió de pretexto a Gran Bretaña para imponer a Egipto, en 1936, un tratado de alianza perpetua mediante el cual determinaba su política exterior, lo obligaba a secundar a Londres en caso de guerra y a permitir la ocupación militar del canal de Suez por otros 20 años.

CULTURA Y VIDA COTIDIANA EN EL MEDIO ORIENTE DE ENTREGUERRAS

El contacto intercultural derivado de las profundas transformaciones sociopolíticas y económicas que impuso el período de dominación colonial y la hegemonía occidental, originó una ruptura en las artes propias con algunas tradiciones artísticas muy añejas. La fuerte influencia del modelo del arte y la cultura de Europa sobre los artistas del Medio Oriente, presentado como único canon de la modernidad, determinó en ellos búsquedas estilísticas y formales que, sin embargo, produjeron en muchos casos la reafirmación de lo mejor de esas tradiciones a través de enfoques diferentes y novedosos.

Los estilos arquitectónicos pre-valetientes en París y Londres en el tránsito al siglo xx, por ejemplo, se adoptaron o reconcieron como una posibilidad de abrir caminos renovadores, a partir de la pauta impuesta antes por el jedive Ismail al edificar nuevos barrios al oeste de El Cairo

medieval. Éstos siguieron el modelo de planificación urbanística de Haussman, como el caso de Ezbekiya, con los jardines homónimos y la calle Mohamed Alí, imitando el parque Monceau y la Rue Rivoli de París. Una especie de pasión por la geometría inspiró a las autoridades y obsesionó a los burócratas municipales del área a partir de



Calles de El Cairo, metrópoli del mundo musulmán.



Plano de El Cairo, 1920.

ese ejemplo, mediante invasivos intentos de transformar las típicas ciudades laberínticas medievales en planificadas y más “racionales” tableros de damas.

Formados por bulevares y mansiones seudoorientales, neoclásicas o hasta neogóticas para los colonos europeos —como los *khawaga* de El Cairo y Alejandría— y las oligarquías locales que los imitaban y seguían de punta en blanco las temporadas en la Ópera, estos oasis privilegiados destacaban en el entorno ruinoso de miseria y abandono en que sobrevivían las grandes mayorías excluidas. En estos años, cuando El Cairo se consolidó como foco cultural y como metrópoli regional, al llegar primera al millón de habitantes (1927, 1 064 567), ese centro exclusivo incorporó rápidamente junto a tardías manifestaciones del *art nouveau* —al cual se le reconoce alguna influencia egipcia— edificaciones *art déco*, que llegaron a predominar allí lo mismo que en la Rue Fuad, gran arteria de Alejandría (1937, 685 736 habitantes), y en su Corniche o malecón.

Cabe aquí hacer un paréntesis para destacar, en contraste, que, a principios del siglo xx, los estilos de construcción y los elementos formales del mundo islámico inspiraron, en parte, el desarrollo arquitectónico en Europa y América del Norte. Por ejemplo, Walter Gropius y Le Corbusier aplicaron a la arquitectura moderna “el encanto de la reducción de formas oriental”, como en las obras del otomano Sinan o en el arte constructivo medieval del Magreb.

Por las calles pasa la *Zaffa*, el cortejo que conduce a la novia al son de flautas y a la luz de las antorchas hacia su seguro destino matrimonial puertas adentro, pues



Escena callejera de Bagdad, Iraq.



Típico mercader de Afganistán.



Mercado de Belén, Palestina.

En estas vistas de ciudades del Medio Oriente se aprecia la resistencia cultural de costumbres y tradiciones.

la mujer que trabaja fuera es motivo de escándalo y murmuración, y aún más si se ve obligada a hacerlo en el *hamma* o baño público. En esos barrios, donde los niños asisten a la *kuttab*, la escuela coránica, para aprender de memoria el texto sagrado y el alifato o alfabeto, y donde los comerciantes suelen pagar su protección mediante el *itawa* o tributo a los *futuwwa*, las bandas del vecindario, mientras las comadres recitan la *sura* coránica samadiyya contra el mal, la tradición está viva como los cuentos del profesor Musailama, personaje popular que inventa fábulas y leyendas.

Más, en la literatura de la época se registra un eclipse de las ricas formas tradicionales de expresión, y la ficción, el drama e, incluso, un género con tanta historia regional como la poesía, se van adecuando a los modelos más en boga en el Occidente moderno. En esta posguerra, los autores egipcios pasan al primer plano de la cultura árabe. Por eso concentraremos en ellos la atención, no obstante la vida cultural de otras ciudades como Beirut y su repertorio de autores contemporáneos, por no hablar de la cosmopolita Estambul, caída en desgracia. *Zeinab*, la primera novela moderna en esta lengua árabe, de Hussein Heykal, se edita en 1914 y abre la vía al afianzamiento de la propia identidad en estos años cruciales, apareciendo hacia los años 20 los primeros cuentos de los hermanos Ebeid y Tajer Lachin, quienes, conjuntamente con Muhammad Taymur (*El silbato de la fiesta*), son los forjadores del cuento naturalista árabe.

Pero fue con su hermano Mahmud Taymur, su más fiel continuador y discípulo, que el relato alcanzó un nivel depurado. Partiendo de las realidades cotidianas logró desligarse de los moldes establecidos y dar un tono particular a la novela árabe, publicando además 20 volúmenes de cuentos, piezas de teatro y ensayos. En estos años también brillaron Ibrahim El-Masri (*Literatura viviente*, 1930; *El pensamiento y el mundo*, 1933, y *La inspiración del siglo*, 1935) y el renombrado novelista y dramaturgo Tawfiq El-Hakim, uno de los más grandes escritores árabes contemporáneos

Población de las ciudades

Sólo El Cairo pasó del millón de habitantes en la región durante la entreguerra, alcanzando 1 307 400 en 1937. Por entonces, Estambul tenía 789 316 (1940), incluidos los suburbios; Teherán, 540 000 (1940); Bagdad, 400 000 (1938); Casablanca, 257 000 (1936); Argel, 252, 300 (1936); Damasco, 193 900 (1935), y Beirut, 134 655 (1935).

(piezas *Los durmientes de la caverna*, 1933, y *Scherezada*, 1934), con gran éxito de público dentro y fuera de Egipto.

Junto con El-Hakim, en las décadas del 20 y del 30 se destacó igualmente un grupo de talentosos escritores que compartían con él similares preocupaciones políticas y sociales (no todos ligados al Wafd), como Ahmad Amin, Abbas Mahmud Al-Aqqad, Aabd Al-Qadir Al-Mazini y, sobre todo, Taha Huseyn. Maestros del estilo árabe, el hecho de haber recibido una educación europea (en inglés o francés) no los había privado de sus raíces, a las cuales permanecían



Mezquita de Mohamed Ali (a inicios del siglo xx), en la Ciudadela, El Cairo.



La cosmopolita Estambul, importante centro cultural.

firmemente asidos. Hombres de letras ante todo, sus ideas habían aparecido, en gran parte, en artículos de revistas, novelas, cuentos u obras de teatro, completando cimeramente el grupo de los primeros novelistas en árabe moderno.

El pensador más sistemático entre ellos y, tal vez, el más artista, fue Taha Huseym (1880-1973), ciego desde edad temprana. Lo mejor de su obra coincide con el período 1919-1939 y se tradujo en novelas (*Los días*, 1929), ensayos sobre literatura, estudios de historia islámica, dos volúmenes autobiográficos y un relevante tratado de pensamiento social sobre el futuro de la cultura en Egipto. Publicada en 1938, esta última obra, *Mustaqbal Al-Thaqafa*, destacaba el



Beirut fue el puerto de salida de la población libanesa hacia América, incluida Cuba. *L'Orient de Beirut* daba cuenta de esa emigración.

aporte del país del Nilo a la civilización mediterránea, a la cual, en su opinión, pertenecía como unidad territorial.

La prensa implicó un nuevo y poderoso canal de socialización, ilustración, concientización y politización de las masas, a partir de la minoría alfabetizada que actuaba como puente difusor con respecto a los demás. Periódicos como el veterano *Al Ahram* de El Cairo (1875) o *L'Orient de Beirut*, entre muchos otros, contribuyeron a crear y sostener corrientes de opinión, y su multiplicación llevó a la formación de “barrios de la prensa” como el Babiali estambulí. El desarrollo intelectual favoreció la expansión cultural y, en particular, la de las ideas nacionalistas en toda el área. En Irán, la segunda fase de la revista *Kaveh*, que Sayyed Hasan Taqizadeh publicaba en Berlín —como el periódico nacionalista *Iranshahr* (1922-1927)—, pero muy leída en todo el país, incluía investigaciones de alto nivel sobre Irán y temas de carácter reformista, patriótico y secular, proponiéndose promover la lengua persa, la educación, la igualdad para la mujer y el control de las tribus mediante un gobierno central fuerte.

En el Medio Oriente, la radiodifusión apareció en Turquía en 1925, sólo tres años después que en Londres. En Egipto, las emisiones comenzaron en 1934 y se expan-

dieron por la región, pero bajo el control de los gobiernos coloniales o autóctonos. Por ejemplo, en Iraq, el joven rey Ghazi (1933-1939) hizo un amplio uso de la radiodifusión para criticar las arbitrariedades de las potencias coloniales en el Medio Oriente, en comparación con su régimen constitucional que el monarca ofrecía compartir con los kuwaitíes si se unían a Iraq.

Sobre cine habría que decir que las películas de Lumière llegaron a Alejandría en 1896 y que ya en 1917 se produjeron algunas breves películas locales. Pero la primera realmente egipcia fue el mediodmetraje de ficción *El funcionario* (1922) de Mohamed Bayroumi. El éxito del largometraje *Leila* en 1927 señaló el establecimiento de la industria cinematográfica nacional que contó, desde 1935, con los estudios Misr o Egipto. *Wedad*, primer filme realizado allí, con la actuación de la ya citada cantante Um Kalzum y fue visto en el Festival de Venecia de 1936, consolidando el predominio regional del cine egipcio.

En el género de las artes plásticas monumentales con sus objetos tridimensionales, los escultores debieron obviar la prohibición de las imágenes por los rigoristas del Islam, el cual ya había cedido un



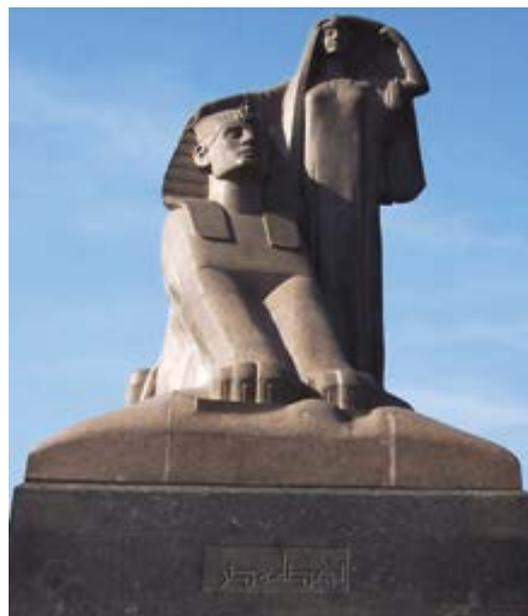
El desarrollo alcanzado en Turquía puede verse en las imágenes, cuando Ankara sustituyó a la cosmopolita Estambul como capital estaba lejos de ser la gran ciudad que es hoy.

poco ante la proliferación de la fotografía. Pero la ubicación permanente de sus obras al aire libre y en lugares públicos fue, de todas formas, un reto del cual salieron admitidos y consagrados por la aceptación popular. En estos años, en muchos países del área predominaban las influencias de la cultura monumental europea, expresadas a través de las formas del modernismo y del muy seguido *art déco*.

Un ejemplo que devino clásico aparte de simbólico fue la escultura de granito creada por Mahmud Mujtar Tawfiq (1891-1934), *El despertar de Egipto*, erigida frente



Los ríos, razón de ser de la Mesopotamia, forman parte de la cultura de sus pueblos, lo que se refleja en sus manifestaciones. Navegando por el Tigris.



El despertar de Egipto, escultura de Mahmud Mujtar Tawfiq.



a la estación de ferrocarriles de El Cairo e inaugurada el 20 de mayo de 1928, en una ceremonia presidida por el rey Fuad. Alegoría de la lucha emancipadora del pueblo egipcio, combina la raíz faraónica que representa el pasado mediante la Esfinge postrada, con la imagen contigua de una mujer de pie que se aparta el velo y descubre su rostro, como expresión de los cambios en el Egipto moderno. Así fue desarrollándose e imponiéndose un arte plástico novedoso para el Medio Oriente, enfocado al reforzamiento de la identidad nacional, también notable en la Turquía kemalista.

En ese país, la Asociación de Pintores y Artistas Libres, formada en la década del 20, luchaba contra el predominio del estilo impresionista tardío, contraponiéndole un ideal artístico abstracto. Uno de los principales representante de este nuevo desarrollo fue Sabri Berkel, cuyas composiciones muestran una fuerte influencia del cubismo europeo. Su obra combina estos elementos de forma cubista con las tradicionales superficies de dos dimensiones y fuerte intensidad de colores de la pintura miniaturista otomana, logrando una síntesis única. Con ello, Berkel es responsable, a modo de ejemplo, de una serie de obras que intentan encontrar, mediante una confrontación con el cubismo europeo, una abstracta composición de orientación caligráfica.

Junto a esta pintura marcada con fuerza por la enseñanza académica euro-occidental del arte se desarrolló —sobre todo, en los países árabes del norte de África— una pintura propia basada en el arte popular regional y sus motivos, a veces con acento naif o de arte primitivo. Sus manifestaciones resultaron múltiples e incorporaron recreaciones del arte de la miniatura, como en el caso de Mohamed Racim. Inspirándose en la técnica de la antigua escuela persa y en el rico legado árabe-musulmán que caracteriza a la cultura argelina, Racim supo recrear escenas de la historia

del Magreb, de las fiestas tradicionales, de la vida diaria en la Medina de antaño y de siempre. Galardonado en 1924 con la Medalla de los Orientalistas, pasó los ocho años siguientes enfrascado en la gigantesca obra de ilustrar minuciosamente *Las mil y una noches* de Mardrus, encargo al cual siguieron otros igualmente delicados. En 1933, Racim obtuvo el Gran Premio Artístico de Argelia, integrando el claustro de la Escuela de Bellas Artes de Argel.

La música del Medio Oriente, con su fuerza característica, resultó ser la menos influida de las artes por su cercanía a la expresión de los sentimientos del alma popular a través de sus manifestaciones más tradicionales que la preservaron. Sus apologistas destacan la disparidad que dicen percibir entre el ritmo interno de la música occidental, su menor melodía, y el ritmo que late en toda la música oriental, manifestado a través de instrumentos típicos como, en el caso turco, la *tiorba* o especie de laúd, el *ut*, y también la zampoña, instrumento rústico pastoril compuesto de varias flautas juntas; en particular, cuando se acompaña del tamboril, con castañuelas adosadas.

Un aspecto delicado y sensitivo en las temáticas del Medio Oriente es el contraste que los occidentales acostumbran a señalar entre la condición femenina en sus países y en los del área. Por eso, muchos reaccionaron contra el inicio de movimientos feministas, considerándolos como otra forma de penetración y debilitamiento de sus tradiciones, pero otros estimaron que efectivamente podían efectuarse cambios en beneficio de esa mitad de la sociedad. En Egipto, Hudá Sarawi (1879-1947), según sus seguidoras, inició el renacimiento femenino egipcio, tras el desencadenamiento de la revolución de 1919, al alentar y participar del movimiento político y las manifestaciones. La Unión Feminista Egipcia, formada bajo su liderazgo en 1923, destacó con tacto y habilidad los problemas sociales a que se enfrentaban las mujeres; en especial, el divorcio, la poligamia y las bodas en edad muy temprana. En Irán, Mohtaram Eskandari, esposa del



Dentro de la música, el laúd era un instrumento básico de la cultura egipcia.

líder socialista Soliman Eskandari y directora de una escuela para niñas, creó la Sociedad de Mujeres Patrióticas, con la cual promovió campañas a favor de nuevas leyes y clases de alfabetización, aparte de publicar una revista y montar obras de teatro. Pero la activista más conocida fue Sadeqeh Ddaulatabadi, activa pedagoga y periodista, quien debió dejar Isfahan cuando se clausuró su revista en 1921 y obtuvo en París el primer título universitario de una mujer iraní.

En Turquía, las leyes kemalistas dotaron a las mujeres de los mismos dere-



En los años de entreguerras, en el Medio Oriente, la mujer también buscó mejorar su *status*.

chos que las occidentales, al adoptarse en 1926 el código civil suizo con leves adaptaciones, lo que creó una situación muy diferente al pasar a ser un elemento activo en la evolución de la república y en la vida nacional, votando y siendo elegibles desde 1930. En esas

circunstancias favorables pudo Halidé Edib (1883-1964), hoy considerada la mejor escritora turca de todos los tiempos, escribir obras como *La camisa de fuego* (1922), *El hijo de Zino* (1928) y otras como *El almacén de las moscas*, publicada en Cuba en 1987.





El África subsahariana

La Primera Guerra Mundial puso en evidencia las debilidades e ineficiencias en infraestructura y rendimiento de los sistemas de explotación económica impuestos por Europa sobre sus territorios en África, las cuales no lograron satisfacer las necesidades de una “economía de guerra”. Los planes de la posguerra se encaminaron a tratar de eliminar esas



El ferrocarril de Kenia. Medio básico en la explotación de las colonias.

deficiencias en la explotación de la base económica. Pero las economías coloniales eran abrumadoramente agrícolas —entre el 80 % y el 90 % de la población vivía de la agricultura— y en esas sociedades rurales se mantenía en toda su vitalidad la estructura tribal y de las etnias. Allí coexistían las formas colectivas tradicionales de propiedad de la tierra con la pequeña, mediana y gran propiedad privada, surgidas bajo el colonialismo en las regiones como África Occidental, donde no había robos de tierras para el asentamiento de colonos, tipo Sudáfrica, ni predominaban las compañías concesionarias como en la cuenca del Congo. Otro rasgo era el predominio del monocultivo de aquellos renglones que imponían los intereses coloniales, los llamados cultivos comerciales, como el caso del maní en Senegal o el azúcar en las islas Mascareñas. Costa de Marfil y Uganda constituirían ejemplos de la importancia del papel de los propietarios de tierras africanos, los campesinos ricos, en la vida social y en las nuevas jerarquías.

Una característica de estas estructuras sociales era la debilidad del incipiente proletariado, surgido en función de la extracción de materias primas a lo largo de las llamadas “economías en línea”, que conectaban los yacimientos minerales, las plantaciones del cultivo comercial privilegiado o las áreas de recursos forestales con los puertos de exportación hacia Europa, mediante las



África de entreguerras.

líneas ferroviarias que, a modo de venas abiertas, daban cauce al desangre de las riquezas naturales. Los estibadores y por-

tuarios, los trabajadores ferroviarios y los mineros que laboraban respectivamente en esos tres puntos, formaban el núcleo,



Mineros africanos en Kimberley.

junto a los empleados del comercio y los asalariados agrícolas, de este proletariado de primera generación, en su mayoría reversible al agro, que en consecuencia no llegaba en muchos casos a cuajar como clase y a desarrollar la correspondiente conciencia de tal. Por eso, a veces predominaba la identidad etno-tribal sobre la diferencia clasista y el objetivo buscado por el trabajador era un contrato temporal que le permitiera después una reinserción de vuelta en el mundo rural, ahora regido por las relaciones monetarias, pero promovido a una situación económica superior como propietario o arrendatario.

Otros muchos se quedaban en el nuevo contexto, y se formaban las corrientes migratorias hacia estas economías en línea o a través de ellas, concentrando la población en su trayecto, y así llegaron los voltaicos a las plantaciones de Costa de Marfil, los sudaneses de la cuenca del Níger al valle del Senegal o el gran flujo de todos los territorios del África meridional hacia las minas de la Unión Sudafricana.



Ciudad de Luanda, capital de Angola.

Allí se desarrolló un fuerte movimiento sindical y, pese a la represión, resultaron frecuentes las huelgas hasta culminar en la gloriosa y contradictoria revuelta del Rand, en 1922, ahogada en sangre. En el resto del África subsahariana, pese a manifestaciones tempranas —como la lucha portuaria en Sierra Leona, en 1874—, las condiciones coloniales impidieron generalmente la actividad sindical y huelguística, con algunas excepciones en la década del 20 y más adelante en la zona francesa durante el gobierno del frente popular en la metrópoli, en 1936-1937. Ese mundo de los trabajadores portuarios y ferroviarios será protagónico en las novelas del senegalés Usman Sembén; especialmente, *El estibador negro* y *Los trozos de madera de Dios*.

Los puertos de exportación y las estaciones a lo largo de la línea impulsaron un fenómeno apenas presente en el África precolonial, salvo en el país yoruba o en algunos puntos sedes de jefaturas o de reyes —como Abdis Abeba, Oagadougou o Tananarive—, el surgimiento de la vida urbana en las ciudades coloniales, que hacia 1900 agrupaban a menos del 1 % de la población africana (un millón en 120 millones de habitantes del continente). La poca relevancia cuantitativa contrasta con la enorme importancia cualitativa que alcanzarían estos nuevos núcleos de población creados por y para los europeos, devenidos sus centros comerciales, políticos y militares. Serán sus capitales coloniales que en África Occidental orlarían toda la costa, territorio por territorio, de Dakar a Lagos, pero podían surgir también de una estación del tren como Nairobi en Kenya. Esos conglomerados, ajenos de inicio, simbolizarán todo lo que deberán conquistar y asimilar, poco a poco, los africanos en la situación creada por la dominación europea, en la cual, al decir del camerunés Mongo Beti, el hombre es abandonado a sí mismo en un mundo que no le pertenece, que no creó y que no comprende.

En torno a la más o menos planificada ciudad europea se aglomeraron los inmigrantes en barrios de cada etnia, por sepa-

rado, que integraron la ciudad africana con su rápido crecimiento y nombres sonoros, que prevalecerán tras la descolonización sobre los importados (Kinshasa en vez de Leopoldville, Harare y no Salisbury). Esta población de jóvenes que ha dejado a sus mayores en la aldea también puede en parte fundirse y destrribalizarse, en ciertos y determinados casos, para formar una comunidad africana supratribal, que por eso mismo puede ser potencialmente pre-nacional. Allí se asentará también un tercer segmento integrado por libaneses en la costa atlántica e indios o griegos en la del Índico, quienes se harán lugar en el comercio. La “barrera del color”, más que evidente al sur del Ecuador, mantendrá, mientras se pueda, las discriminatorias distancias de clases entre el polo de los europeos ricos, su cultura, su lengua y su religión, y el polo de los africanos pobres con las suyas correspondientes; polo que se diversificará en esos mismos aspectos, y ganará terreno al anterior, penetrándolo e incorporando ciertos rasgos del contrario.

De tal manera, muchos estiman que el fenómeno de mayor potencialidad política en el período lo constituye el surgimiento de una elite en la nueva generación de africanos que, a partir de las escuelas misioneras de base y llegando, incluso, un puñado a colegios superiores —como el William Pontí de Dakar, el Fourah Bay College de Sierra Leona o el Makarere College de Uganda—, adquirirán diversos niveles de educación occidental. En este sentido y segregado de las universidades blancas, en Sudáfrica funcionó el pequeño colegio universitario de Fort Hare para unos pocos africanos angloparlantes, fundado en 1916. Esta minoría integra las capas medias formadas por maestros, sacerdotes, profesionales, comerciantes, contratistas, negociantes, transportistas, burócratas de la administración, propietarios de bienes o tierras y rentistas. Ellos son casi todos los alfabetizados por lo que la incipiente prensa va dirigida a este grupo, en gran parte cristianizado, que conoce la lengua del colonizador, goza de ingresos y se mueve



La autoridad de los viejos tribales empezó a ser cuestionada por la elite de la nueva generación de africanos. En la foto dignatarios abisinios.

entre dos tendencias contrapuestas: o bien la asimilación apologética de los valores del colonizador —como el caso del diputado Blaise Diagné, quien se decía primero francés—, o bien la utilización de esos valores para cuestionar, dentro de lo posible, la gestión colonial con vistas a una reforma que tuviera en cuenta sus intereses como grupo. De ahí su creciente pugna con los jefes tribales, “lo viejo”, cuya autoridad y representatividad ya no aceptan y reclaman sustituir, postulándose como los nuevos portavoces de las grandes mayorías rurales y también urbanas que siguen analfabetas, pobres, explotadas y marginadas.

La represión de las autoridades coloniales, la vigencia de códigos del indigenado que negaban todos los derechos a esas mayorías africanas, la insuficiente definición y desarrollo en estas sociedades de una madura segmentación clasista y la falta de una autoconciencia comunal de nivel nacional prevaleciente sobre las diversas etnias y tribus agrupadas sólo muy poco antes por la arbitraria frontera trazada por los colonialistas —a menudo, el único vínculo que las forzaba a permanecer unidas y formar conjunto, a veces con grupos tradicionalmente rivales u hostiles, mientras la separaba de sus similares que habían quedado del otro lado—, limitaban las posibilidades de acción, definición y organización de los posibles movimientos anticoloniales.

Por eso, los especialistas optan por denominarlos protonacionales, como embrión que fueron de los futuros movi-



El abogado Casely Haiford, fundador del Congreso Nacional de África Occidental Británica.

mientos que tras la Segunda Guerra Mundial buscarán lo que entonces resultaba inalcanzable: la independencia y un proyecto nacional integrador de la diversidad. Eso no era aún objetivamente posible y esta gama de organizaciones también se considera protonacional, en la medida en que se reveló contra el liderazgo de las jerarquías tradicionales, gastadas por su colaboracionismo e integración a la maquinaria colonial que las tenía a sueldo, según el llamado modelo de administración indirecta. Con un lenguaje medido se pronunciaron por reformas posibles que abrieran un resquecillo de la administración a la participación de los nuevos segmentos sin cuestionar el sistema, pero hablando en nombre de los africanos y solicitando mejoras para todos, lo cual también puede valorarse como pre-nacional. Es preciso destacar el papel que desempeñaron en la vida africana de este período los veteranos de la Primera Guerra Mundial, calculados en un millón de africanos, lanzados a la vorágine de un conflicto que les era ajeno, del cual regresaron con una imagen desmitificada y complejizada del mundo europeo, y con más preguntas que respuestas sobre su propia realidad.

Las especiales condiciones de las colonias británicas del África Occidental permitieron el surgimiento de una peculiar organización que, si bien resulta casi

excepcional para el período, constituye un ejemplo de entidad protonacional que prácticamente alcanzó el límite de lo posible entonces. Tras un nutrido intercambio de criterios y campañas de prensa que databan de 1916, lograron reunirse en el Club Nativo de Accra unos 45 delegados, en marzo de 1920. Allí, un conocido abogado de Costa de Oro, Casely Haiford, cuyo pensamiento quedaría expuesto en una obra de simbólico título, *Etiopia sin cadenas*, fundó el Congreso Nacional del África Occidental Británica, el cual unía a grupos ilustrados de esos cuatro territorios para presionar a favor del tipo de cambios que, de hecho, no podrían empezar a surgir hasta la siguiente generación. Sus antecedentes habían sido la Asociación Protectora de los Derechos de los Aborígenes, establecida allí mismo por los también abogados Mensah Sarba y W. E. Sekyi, en la temprana fecha de 1897 y, a nivel continental, el mucho más trascendente Congreso Nativo Nacional de África del Sur, fundado en 1912, en Sudáfrica, y conocido desde 1925 hasta hoy como Congreso Nacional Africano. En la zona de dominación francesa, sólo en las comunas de Senegal resultó posible luego, en 1920, la fundación por otro abogado, Lamine Gueyé, del Partido Socialista Senegalés como rama del Partido Socialista metropolitano.

Pero estas organizaciones, que algunos han estimado como partidos arcaicos o prehistóricos formados por un grupo de seguidores de algún personaje local, eran más bien asociaciones políticas que partidos. Se crearon por esa elite educada que incluía algunos graduados en universidades europeas, cuya capacitación excedía en mucho la de las masas iletradas y explotadas. Su modo de pensar no podía tener mucho eco ni mover a gentes que vivían realidades bien distintas y por eso no tuvieron un claro apoyo popular. Por otra parte, se enfrentaban al hecho de que los gobiernos coloniales se limitaron a tolerarlos o a manipularlos contra los jefes tradicionales, a quienes mantenían y preferían como interlocutores domesticados, impidiendo así su alianza.



Estas primeras asociaciones políticas fueron más bien sociedades de debate intelectual entre las personalidades de esa minoría; sus llamamientos buscaban, ante todo, influir sobre los jefes africanos o los gobiernos coloniales, o sobre los políticos y la opinión pública metropolitana más que sobre las masas africanas. Esto se evidencia cuando constatamos que la denominación “nacional” del referido Congreso no iba más allá, en la práctica, de la pretensión de unir e integrar sólo a las minorías pudientes y educadas de las ciudades costaneras de las cuatro colonias de Costa de Oro, Nigeria, Sierra Leona y Gambia “en una África Occidental unida”, más que a cada una de ellas con las poblaciones respectivas que vivían al modo tradicional tierra adentro.

La definición de sus demandas políticas quedó plasmada en las resoluciones que aprobó en las sesiones de inicios de 1923, en Sierra Leona, en las cuales, según el gambiano Ayodele Langley, se estipulaba que la política del Congreso sería mantener, de manera estricta e inviolable, la conexión de las dependencias del África Occidental británica con el imperio británico e, igualmente, mantener sin reservas los derechos de libre ciudadanía de ese imperio y el principio fundamental de que el pago de los impuestos debe ir aparejado con la representación efectiva. Para ello se planteaba ayudar en el desarrollo de las instituciones políticas del África Occidental británica bajo la bandera inglesa y, a su tiempo, asegurar dentro de sus límites el gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo. Ya dos años antes habían enviado una delegación al rey de Inglaterra con la solicitud del derecho al voto, al autogobierno local y a otras demandas, pero no se obtuvo nada.

Estas reformas moderadas y realizables dentro de la legalidad colonial se fijaban como tope máximo la obtención de un *status* imperial similar al de Sudáfrica o Canadá, pero que, ceñido a su realidad, llamaban “de dominio negro”, con la aspiración de elegir hasta la mitad de los miembros del consejo legislativo, y como

mínimo la posibilidad misma de entrar en la administración por elección. En concreto, solicitaron derechos para quienes tuvieran propiedades por 100 libras esterlinas, una cultura occidental (lengua, religión) y pagaran impuestos. Esto no significaba derechos para el pueblo, sino para su clase o sector; pero también es cierto que en la historia de los procesos electorales el voto casi siempre comenzó por ser censatario.

Coincidentemente, Inglaterra decretó ligeros cambios en estas colonias entre 1922 y 1925, los cuales permitieron la elección de algunos miembros de los consejos legislativos por un reducido número de africanos. Así, en 1924, en Freetown, capital de Sierra Leona, 1 866 de sus 25 000 habitantes pudieron votar para elegir a tres de los 22 miembros del Legco (Consejo Legislativo) y en Costa de Oro, donde desde 1916 el Legco de 21 miembros contaba con una minoría de nueve “no oficiales” designados por el gobernador e integrada por tres europeos, tres jefes tribales y tres representantes de la nueva elite, se pasó a la elección de los tres últimos por 7 063 de los 114 000 habitantes de las ciudades, según cifras de 1939. En su autobiografía, el prestigioso intelectual afronorteamericano y líder panafricano William E. B. Du Bois, plantea que el Congreso Nacional del África Occidental británica obtuvo para esas colonias una representación popular en los consejos de los gobernadores, en la década del 20. Poco podían hacer y poco hicieron esas tríadas de africanos elegidos en esos legcos, en los cuales los funcionarios coloniales constituían mayoría. Pero lo potencialmente significativo era la introducción del principio electivo. De 1925 en adelante, esta organización declinó y murió con Casely Hayford en la siguiente década.

Sin embargo, para la gran mayoría de las colonias africanas de la época resultó imposible contar con organizaciones de similar nivel, pues, aunque hoy sus demandas nos parezcan tímidas e insuficientes, implicaban un deseo de participación política que las autoridades coloniales



Africanista mayor

El doctor Armando Entralgo González, profesor e investigador universitario y diplomático en varios países africanos, realizó una destacadísima labor para revelar y difundir, en Cuba y más allá, la verdadera y dramática historia del mal llamado continente negro.

no toleraron en las ciudades de los otros territorios. Lo típico y más generalizado fue el surgimiento en ellas de asociaciones de muy diverso tipo, de integración espontánea o voluntaria, con las cuales los africanos buscaron defender sus intereses agrupados en representación de toda una gama de segmentos sociales propios.

Así las cosas, se formaron asociaciones de inmigrantes de una etnia o aldea, de promociones de antiguos alumnos (Sudán), culturales (Nigeria, Angola), juveniles (Kenya, Uganda), de profesionales (Costa de Oro), femeninas, deportivas, religiosas, de ayuda mutua (África Ecuatorial francesa), gremiales, de recreación, fraternidades, musicales y otras muchas dirigidas por la minoría ilustrada. Aunque atenuadas a los procedimientos impuestos por la situación colonial y adaptadas a fines contemporáneos, estas organizaciones fueron esencialmente africanas y se fundaron o estuvieron inspiradas en las ideas tradicionales africanas de cooperación.

Estos grupos institucionalizados, a los cuales se pertenecía por simple ingreso voluntario, tuvieron un significado funcional en los cometidos desempeñados en la nueva economía urbana por los inmigrantes, los jóvenes, las mujeres y el grupo más educado, y fueron expresión de una emergente estructura de clases. También actuaron a modo de puente entre el medio rural y el ciudadano. Su evolución tuvo un inicio signado por asociaciones determinadas por el origen genealógico, etno-tribal y de estirpe, y un momento ulterior en el cual predominaron aquellas en que la interac-

ción de los individuos se dio sobre la base de un interés común en las cuestiones de educación, religión, cultura, salarios y, finalmente, política. Esto sucedió a la par que se completaba el ciclo de sustitución de una economía de subsistencia por una economía de mercado.

En ciertos casos, este asociacionismo se orientó casi instintivamente hacia una lógica de comenzar por promover movimientos de renacimiento cultural a partir de los valores autóctonos y del reconocimiento de la identidad, las lenguas y la historia local, que de hecho negaban los colonialistas, con lo cual cubrió una primera etapa de autorreafirmación, que después constituyó el punto de partida de los futuros nacionalismos de posguerra.

Sin salirse del ámbito tribal, muchos grupos de inmigrantes preservaron en las ciudades su solidaridad o vínculo de origen gracias a estas asociaciones, las cuales les permitían mantener en ellas el ser colectivo o "sentido del destino común". Articuladas con las aldeas de nacimiento, conformaban una red comunicativa africana interactuante campo-ciudad, que escapaba al control europeo y conseguía neutralizar la occidentalización, al conservar y desarrollar los valores que conforman la identidad. Al cumplir con la necesidad individual de autorreconocerse y afirmarse como miembro de su grupo, el asociado adquiría, a la vez, experiencia organizativa en la conducción de su destino y asuntos. Esta capacidad de autogestión resultaría de utilidad política potencial, al producirse una coyuntura propicia y, llegado el momento, muchas de estas asociaciones fueron embriones o parte de las organizaciones políticas que hicieron las independencias.

Las asociaciones voluntarias de las capas medias se movieron en el micro-mundo urbano creado por los europeos, pero se valieron de las reglas de su juego para frenar una europeización alienante, asimilando lo asimilable sin dejar de ser. Esta actitud llevó al africanista Armando Entralgo a realizar un símil con la del poeta mulato cubano asesinado por los españoles



en el siglo XIX, al plantear que desarrollaron “un cimarronaje cultural, tipo Plácido”. Por eso se ha considerado que su importancia también radica en la lucha que libraron por mantener la vitalidad de lo africano en un medio nuevo, ajeno y opresivo, cuya conquista iniciaron.

Interesante resulta señalar la formación, por diversas razones, de pequeñas comunidades de africanos en las mismas capitales metropolitanas. Aún menor sería en ellas el número de quienes lograban estudiar en sus centros superiores. De tal manera, en la Francia de 1932 se calcula que sólo había 21 estudiantes provenientes del África tropical, cifra apenas inferior a la suma de quienes se estima lo hacían en Gran Bretaña, mientras que sólo un puñado había logrado tal posibilidad en Portugal e Italia, y ninguno en Bélgica. Pero aún siendo pocos, a veces conseguían abrirse un espacio y hacerse oír, como el caso de la Asociación de Estudiantes del África Occidental (West African Students Union), fundada en Londres por el nigeriano Ladipo Solanke (1884-1958), en 1925, con la ayuda de Bankole-Bright, de Sierra Leona. Esta Asociación de Estudiantes del África Occidental también contaba con el apoyo moral del ya citado dirigente de la Costa de Oro, Casely Hayford, y aunque se le atribuían relaciones con la izquierda del Partido Laborista inglés, se asegura que se encontraba bajo supervisión colonial, por lo cual se le impedía actuar directamente. No obstante, su albergue estudiantil fue sede de interesantes discusiones sobre el futuro del continente.

Otra faceta de la evolución social de estos años es la desarrollada a partir de la actividad previa de los misioneros cristianos —tanto católicos como protestantes—, quienes habían determinado la formación de importantes comunidades de creyentes en Uganda, Madagascar, Sudáfrica y otros territorios. El surgimiento de sacerdotes y, sobre todo, reverendos protestantes africanos, conocido como la “etiopianización” del clero, dio paso, en ocasiones, a la aparición de iglesias cristianas separatistas, llamadas

“etíopes” para identificarse bíblicamente como “negras”. Regidas por africanos, las nuevas sectas predicaban una interpretación afrocéntrica de los textos sagrados, que podía chocar con los intereses coloniales, como ya había sucedido en 1915 con la revuelta de John Chilembwe en Niasalandia. Al querer fundar una Iglesia africana independiente a partir de su formación bautista, este predicador fue precursor, en plena guerra mundial, de otros movimientos similares en el período de entreguerras. Por entonces también se dio un segundo momento en este proceso transculturador de distanciamiento del sacerdocio colonial, consistente en el surgimiento de profetas africanos que realizaban una simbiosis del cristianismo con determinadas creencias y rituales de la tradición religiosa africana, creando sus propias iglesias. La prédica de Simón Kimbangu, de la cual hablaremos más adelante, resulta el ejemplo clásico.

En este sentido cabe destacar la labor de los misioneros negros venidos desde Estados Unidos, donde proliferaban las sectas cristianas ya desde fines del siglo XIX, con un discurso propio tan diferente que el Estado Libre del Congo, la colonia personal del rey Leopoldo de Bélgica, les prohibió la entrada en 1903. Ya en 1924, el gobierno de minoría blanca de la Unión Sudafricana suspendió estos contactos cristianos pan-negros por considerarlos subversivos y, según Pierre Bertaux, dos años más tarde una conferencia internacional de misiones cristianas condenó a las sectas independientes “etíopes” —o sea, negras—, acusándolas de cismáticas.

Se ha señalado que para evitar estos efectos colaterales no deseados, la dirección de las misiones optaba por traducir primero el Nuevo Testamento o Evangelio a las lenguas africanas y, sólo después de obtenida así la domesticación de la población, se traducían el Antiguo Testamento. Esto se hacía porque los relatos de este texto legendario, mucho más cercanos al estadio de desarrollo social del continente, despertaban similitudes políticamente peligrosas entre el irredentismo de las tribus de



Israel y el que despuntaba en las colonias. Mas, ese proceso comparativo y activador de conciencias resultó inevitable al punto de que, según D. Barret, este tipo de iglesias africanas independientes se multiplicaron hasta sumar unas 6 000. Entre las más conocidas están la secta Harris en Liberia y Costa de Marfil, Spartas en Uganda y la Iglesia Nacional de Nigeria.

Indudablemente, la cuenca del Congo fue escenario de algunos de los casos más conocidos e importantes, como la Iglesia de Jesucristo sobre la Tierra, del ngunzi (profeta) o mvuluzzi (salvador) Simón Kimbangu (1887-1921). Nacido en Nkamba, en el Bajo Congo, se convirtió en catequista de una misión protestante británica en 1915 y tres años más tarde declaró tener visiones en las que Dios lo llamaba para una obra de evangelización y curación. Para 1921, sus milagros reunían multitudes de 10 000 personas en su villa natal, provocando, según las autoridades, una parálisis temporal de la economía en la zona aledaña de los dos Congos y Angola. Su calvario personal se definió cuando en sus sermones reclamó la liberación política del pueblo negro, “el más sufrido de la Tierra” por culpa del colonialismo. Su popularidad no cesaba de crecer, pero también aumentó la hostilidad de las autoridades y el 6 de junio de 1921 se le acusó de querer derrocar el poder colonial, por lo cual se ordenó su arresto. Seis días después, la región de Nkamba fue puesta bajo control militar y se prohibió el culto kimbanguista. El 12 de septiembre, el Profeta se rindió a los belgas, que lo procesaron el día 21, en un consejo de guerra

que lo condenó, el 30 de octubre de 1921, a la pena de muerte, castigo cambiado luego por cadena perpetua, que cumplió durante 29 años, hasta su muerte en prisión en el otro extremo del país, en Elisabethville (Lubumbashi), el 12 de octubre de 1951.

Su esfera de acción se concentró en el área de la desembocadura del río Congo, principalmente entre los bakongos, pero el ngunzismo (profetismo), como también se le llamaba al kimbanguismo, no reconocía los particularismos tribales y, al favorecer los lazos interétnicos, cimentaba una conciencia común prenatal. En esos años, el movimiento vivió dos etapas tumultuosas bajo la represión colonial, de 1921 a 1925, y al producirse uno de sus renacimientos más notables en Kingoyi, entre 1934 y 1935. Pese a tener que pasar a la clandestinidad por sus postulados anticoloniales, su feligresía se extendió al Congo medio y no sólo comprendió las ciudades sino las áreas rurales. El sincretismo de sus creencias unía elementos sustanciales del cristianismo protestante con algunas creencias africanas. De tal manera, incorporaba el monoteísmo, la monogamia, el bautizo y la *Biblia*, plenamente aceptada y proclamada, pero según la interpretación del ngunzi. De la tradición africana tomaba el culto a los antepasados, que resultaba esencial en los planos social y religioso, pero rechazaba el fetichismo y las prácticas mágicas, aunque introducía ritos de origen africano.

El kimbanguismo no murió sino que continuó evolucionando en confrontación directa con la realidad colonial. Algunos de los apóstoles desarrollaron la cuestión política, sumándola a la doctrina religiosa del ngunzi en un todo coherente, el cual resultó, a la vez, interpretación y prolongación de su pensamiento. El núcleo era la reivindicación política que se manifestaba en diferentes pronunciamientos anticoloniales. Kimbangu era el salvador (mvuluzzi) o Mesías de los congolese al frente de una nueva religión africana ya sin vínculos con los cristianismos de los belgas. La aspiración a la libertad, expresada



Imagen del culto profesado por Simón Kimbangu.

en esas ideas políticas, debía materializarse con la intervención de Kimbangu, dotado por Dios de una fuerza sobrenatural que le permitía complementar a Jesús y su cristianismo. El ngunzismo salió de la clandestinidad en 1956, logró un ministerio en 1960 en el gabinete independentista de Lumumba y a fines del siglo xx contaba con 5 millones de seguidores guiados por unos 1 000 pastores en esa zona vital del Congo. Allí también surgieron otros movimientos más o menos similares como el de André Matswa, que algunos relacionan con los efectos locales de la depresión o crisis económica mundial, o la Iglesia de los Negros de Simón Mpadi, también conocida por kakismo o mpadismo, aparecida justo al estallar la Segunda Guerra Mundial, en 1939.

Pero no sólo los predicadores de las iglesias cristianas negras fijaron su atención en el África subsahariana desde las comunidades afroamericanas del otro lado del Atlántico. Tanto en Estados Unidos como en las islas del Caribe o en Brasil, muchos dirigentes e intelectuales negros y mulatos miraban con un creciente interés hacia la tierra de sus ancestros y se preocupaban por la suerte de sus pueblos. Entre ellos destacan dos grandes figuras que lideraron movimientos que lograron influir desde el exterior, de una u otra forma, en las elites africanas, al asumir en su voz la denuncia de su situación colonial. Ellos fueron el norteamericano William E. B. Du Bois y el jamaicano Marcus Garvey, propulsores de dos movimientos diferentes, pero similares en su panafricanismo. El primero lo entendía como la comprensión intelectual y la cooperación entre todos los grupos negros para producir lo antes posible la emancipación laboral y espiritual del pueblo negro.

William Du Bois (1868-1963), que reunía en sus venas sangre negra, blanca e india, en su época fue el más brillante intelectual de la comunidad negra de Estados Unidos. Graduado en Harvard con una tesis sobre la trata de esclavos y profesor universitario en Wilberforce y Atlanta, publicó obras capitales como *La reconstrucción negra*, *Las almas del pueblo negro* y *El Negro*



William E. B. Du Bois (1868-1963).

en *Filadelfia*, y se destacó como miembro prominente del Partido Socialista (1904), el Movimiento Niágara (1905) y la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color (NAACP, por sus siglas en inglés, 1910), en cuyo órgano *Crisis* publicó numerosos trabajos. Vinculado a la Asociación Africana de Londres, que había celebrado un congreso panafricano fundacional en la capital británica en 1900, en el cual desempeñó un importante papel, Du Bois volvió a la carga al término de la Primera Guerra Mundial. Comisionado por la NAACP para investigar la situación de los soldados norteamericanos negros en el ejército de su país en Francia, Du Bois se propuso revivir la idea y dar una expresión institucional a la lucha por los intereses comunes de los africanos y de sus descendientes en América, utilizando sus contactos y relaciones para lograr la celebración de un Congreso Panafricano en París, en febrero de 1919, considerado generalmente como el primero. Resultó fundamental el apoyo de Blaise Diagné, diputado negro a la Asamblea Nacional Francesa por las cuatro comunas de Senegal, pero esto anuló todo posible cuestionamiento del colonialismo galo.



Una de las resoluciones aprobadas en el congreso demandaba que, en lo adelante, los nativos de África y los pueblos de origen africano fueran gobernados de acuerdo con los siguientes principios: la tierra debía reservarse, con sus recursos naturales, para los nativos; las condiciones de trabajo debían ser reguladas por la ley, y abolirse la esclavitud y los castigos corporales, así como el trabajo forzado, excepto para los criminales. Con respecto al Estado se acordó que los nativos de África debían tener el derecho a participar en el gobierno tan rápidamente como su desarrollo lo permitiera, con el fin de que a su tiempo el continente fuera gobernado con el consentimiento de los africanos.

Paralelamente, el caribeño Marcus Garvey (1887-1940) organizaba un poderoso movimiento de masas entre los negros de Estados Unidos, adonde había emigrado en 1917. De origen humilde, Garvey se había destacado en su nativa Jamaica y entre sus coterráneos emigrados a Centroamérica como dirigente sindical y, tras una estancia en Londres, entre 1912 y 1914, que lo fogueó en todos los sentidos, había regresado a su isla. Allí había fundado, en agosto de 1914, la Universal Negro Improvement Association (UNIA) o Asociación Universal para el Mejoramiento del Negro, proyecto que trasplantó a Nueva York tres años después con notable éxito. Asumió primero el liderazgo de la comunidad afrocaribeña allí radicada, y pronto pasó a captar numerosos adeptos entre los negros de Estados Unidos, organizándolos en divisiones que cubrieron el país, a quienes arengaba desde sus sedes, los Liberty Halls. Luchando contra los estereotipos blancos proclamó la belleza del Negro, palabra que impuso escribir con mayúscula, así como el orgullo racial. También se propuso rescatar los valores culturales y la historia propios y condenó la mezcla con los blancos como suicidio racial. Lamentablemente, estos criterios lo alejaron del movimiento de Du Bois, contribuyendo a desarrollar una rivalidad inútil.

Después del éxito de una primera y multitudinaria convención de su movimiento



Marcus Mosiah Garvey (1887-1940).

en el Madison Square Garden de Nueva York, que fue un éxito, aprobó la Declaración de los Derechos de los Pueblos Negros del Mundo. Ésta pedía la autodeterminación racial y la igualdad política y jurídica, demandaba respeto a la dignidad del Negro y solicitaba la independencia africana. Garvey, proclamado presidente del Gobierno Africano en el Exilio, decidió repetir la experiencia en 1921. Según Armando Entralgo, lo hacía para desafiar al movimiento de los congresos de Du Bois, y éste, a su vez, empezó a organizar cuidadosamente un segundo congreso panafricano en ese mismo año, más planificado y con mayor asistencia que el parisino. El resultado fue una reunión que sesionó por turnos en tres capitales coloniales, Londres, París y Lisboa, en septiembre de 1921.

Sin duda, su momento más radical ocurrió durante las deliberaciones en la ciudad junto al Támesis, cuando se aprobó la Declaración de Londres o Manifiesto al Mundo, en que se hablaba de una organización mundial caduca, de la contradicción entre capital y trabajo, y de la injusta



distribución de las riquezas, mientras se exhortaba a los proletarios blancos a no ser cómplices de sus burguesías en la explotación de las colonias. Algunos han señalado la relación entre este documento y la declaración aprobada por Garvey, un año antes en Nueva York, pero lo cierto es que tal lenguaje irritó a Blaise Diagné, quien se apartó del movimiento tras la siguiente sesión en París, debilitándolo notablemente.

Perseverante, Du Bois buscó la financiación de la Asociación Nacional de Mujeres de Color de Estados Unidos, en especial de su Comité por la Paz y las Relaciones Exteriores, para celebrar un Tercer Congreso Panafricano en Londres y Lisboa, en noviembre y diciembre de 1923. Las principales demandas giraron en torno al derecho a tener voz propia ante los gobiernos, y el derecho a la tierra; sus recursos y las sesiones de la capital lusitana contaron con la participación de la Liga Africana y de los diputados negros de las colonias portuguesas. El cuarto congreso no pudo celebrarse en 1925, por no contar ni con sede ni con apoyo, así que hubo que esperar a 1927 para efectuarlo en Nueva York, lo que, según el mismo Du Bois, fue más bien un gesto para mantener viva la idea. Los esfuerzos posteriores no fructificaron, por lo que, no hubo un quinto congreso hasta 1945, en condiciones muy diferentes al ocurrir la africanización del panafricanismo.

En cuanto a Marcus Garvey, hay que destacar que su contradictorio movimiento provocó un cambio cualitativo en la actitud mental y la autoestima de la mayor parte de los millones de negros norteamericanos, al concientizarlos. Entre 1919 y 1925, en pleno esplendor de su influencia, los miembros activos de la UNIA se han calculado en unas 200 000 personas, los cotizantes en 750 000 y los simpatizantes en 2 millones o 3 millones. Éstos eran los lectores de su periódico, *The Negro World* (El Mundo Negro), que se publicaba en varias lenguas —incluido el español— y se movían en un mundo paralelo pero aparte, que pretendía repetir la sociedad sin salirse de lo que algunos han llamado un capitalismo negro. La

Negro Factories Corporation (Corporación de Fábricas Negras) agrupaba a toda una serie de empresas del movimiento, sobre todo en la esfera de los servicios, desde la disquera Cisne Negro hasta los servicios de atención médica de la Cruz Negra.

La directiva de la UNIA, integrada por 24 dirigentes —caribeños principalmente— llegó a contar con ocho africanos y coordinaba las acciones de las 400 divisiones que, a modo de “provincias”, se repartían el mapa del país y se extendían por el Caribe (Garvey visitó Cuba en marzo de 1921) e, incluso, a Sudáfrica, Namibia (secciones de Windhoek y Luderitz), Liberia y otros puntos del África Occidental, donde se les perseguía. Poseer un periódico garveyista podía llevar a la cárcel en muchas colonias africanas, pero la plataforma económica del Congreso Nacional del África Occidental británica incluía la posibilidad de hacer negocios con el movimiento de Garvey que, según estimados tal vez optimistas, contaba con 30 000 seguidores africanos.

Una de las cuestiones fundamentales del garveysmo fue su toma de posición a favor de la emigración de los negros norteamericanos a África, como solución a sus problemas, a modo de sionismo negro. El Movimiento de Regreso a África estuvo presente desde el inicio como proyecto que culminaría las luchas de la UNIA y para eso se enviaron misiones a Liberia, como la de Elie García, que elaboró un célebre informe sobre las condiciones reinantes en ese territorio fundado por afroamericanos en la primera mitad del siglo XIX. El alcalde de Monrovia, Gabriel Johnson, se vinculó a la UNIA en calidad de “potentado” y Milton Marshall fue el fundador de la División de Liberia, pero la actitud inicialmente favorable del gobierno liberiano se tornó hostil más tarde, cuando la empresa Firestone concretó sus inversiones en ese país, convirtiéndolo en su plantación de caucho.

Para llevar a cabo el masivo retorno con el que soñaba, Garvey creó la Black Star Line (Línea Estrella Negra), una empresa naviera que compraba y rebautizaba barcos —como el que llamó *Antonio Maceo*— y



Kwame Nkrumah (1909-1972)

Maestro de profesión, realizó estudios superiores en Inglaterra y Estados Unidos. Fue uno de los principales exponentes del nacionalismo africano en el Congreso Panafricano de Manchester (1945). Firme creyente de la independencia africana y de la unidad continental, lideró la lucha anticolonial en su país e influyó en la de otros países, hasta su derrocamiento en 1966. Desempeñó un papel fundamental en la creación de la Organización para la Unidad Africana (OUA), surgida en 1963.

que resultó el elefante blanco que se tragó la mayor parte de los fondos garveyistas. Los enemigos de Garvey en el gobierno de Estados Unidos tomaron como pretexto las dificultades financieras de la Black Star Line para acusarlo de fraude postal en 1925, por haberse valido del correo para recaudar fondos para esa empresa. Condenado a la cárcel, fue expulsado dos años más tarde hacia Jamaica, donde desempeñó un activo papel político, pero ya no se le permitió volver a Estados Unidos y su descabezado movimiento se dividió en diversas facciones y tendencias. Desilusionado y pobre, Marcus Garvey murió en Londres, en 1940.

Las masas activadas por Garvey en sus convenciones y las elites participantes en los congresos de Du Bois,



Kwame Nkrumah (1909-1972).

dieron cauce a un discurso panafricanista que sirvió de inspiración a muchos africanos en su continente, pero también marcó a quienes vivieron ese nuevo ambiente surgido entre los negros de Estados Unidos, como reconoció el ghanés Kwame Nkrumah, forjador de la independencia de Costa de Oro y entonces estudiante en ese país. En esos años, los afroamericanos protagonizaban dos olas migratorias simultáneas, del sur al norte y del campo a la ciudad, que impulsaron un brote de manifestaciones culturales entre los 300 000 negros de Nueva York, conocido como el Harlem Renaissance (Renacimiento de Harlem). Este variopinto movimiento cultural fue contemporáneo del garveysmo y produjo una honda huella en la literatura y la ideología panafricanas, al emanar o identificarse con el reducto de Harlem que, pese a la discriminación y la pobreza, se veía también como un símbolo de lo que los negros podían lograr luchando. Grandes figuras de la música como Mariam Anderson y Paul Robeson (su *Oldman River* podía representar igualmente al Congo o al Níger), Fletcher Henderson, Louis Armstrong o Duke Ellington; escritores como Langston Hughes, Claude McKay o Nella Larsen, corporizaron ese renacimiento cultural y alentaron también a los africanos que supieron de sus éxitos y se inspiraron en ellos.

Algo similar ocurrió en París en las comunidades negras provenientes de los departamentos insulares del Caribe o de las colonias africanas de Francia, las cuales se aspiraba a neutralizar mediante la asimilación, en marcado contraste con el descubrimiento por parte de los artistas europeos de los valores del arte africano que impactaban sus obras. Esta moda afro-orientalista se ha considerado por Clay Lancaster como un subproducto del nuevo orgullo imperialista por las posesiones coloniales e iba de la literatura a las artes plásticas y más allá. Por ejemplo, en sus obras de estilo *art nouveau*, el joyero belga Wolfers introdujo el marfil traído del Congo belga como material de



Paul Robeson (1898-1976).

moda, inspirado en las colecciones que la rapiña de Leopoldo II había trasladado desde ese país a su palacio-museo de Tervueren.

No extraña que, en vez de asimilarse, muchos de estos africanos y caribeños residentes en las capitales coloniales se reafirmaran en su vocación natural por redescubrir culturalmente África. Ése fue el caso de Leopold Sédar Senghor, de Senegal: de Aimé Césaire, de Martinica, y de Léon Gontran Damas, de la Guayana francesa; de sus empeños y búsquedas surgió, en 1934, el movimiento que se identificaría por una palabra creada por Césaire, Negritud. Esa corriente racializante devino otra manifestación de panafricanismo o pan-negrismo, pero que destacaba la suma de los valores espirituales y culturales que consideraba propiamente negros y reclamaba una conciencia de pertenencia a una cultura racialmente delimitada y diferente. En opinión de Ayodele Langley, esta tendencia se enquistó al paso del tiempo en la versión senghoriana, resultante de determinada posición social y opción política en el contexto de las luchas de estudiantes y trabajadores negros de las metrópolis en este período.

Para Frantz Fanon, a la afirmación incondicional de la cultura europea se respondió con la afirmación incondicional de la cultura africana. Los cantores de la Negritud opusieron la vieja Europa a la

joven África, la razón fatigosa a la poesía, la lógica opresiva a la naturaleza piafante. Por un lado, rigidez, ceremonia, protocolo, escepticismo; por el otro, ingenuidad, petulancia, libertad, hasta exuberancia. Fanon enumeró los autores que en Senegal, Sudán o Chicago no vacilaron en afirmar la existencia de lazos comunes, de líneas de fuerza idénticas, de un “mundo negro”. Pero no hay una definición única y unánime de la Negritud que, además de demarcar una cultura negra común, significó diferentes cosas para diferentes personas en diferentes lugares. Su influencia fue tal que, como dice Nancy Morejón, sin la existencia del polémico movimiento no podría escribirse la historia moderna de África y su diáspora mundial; en especial, en sus áreas francófonas.

En este sentido, merece tenerse en cuenta el análisis formulado por Amílcar Cabral, poco antes de morir. En opinión de este líder africano, ciertas afinidades genético-somáticas y culturales existentes entre diversos grupos humanos de uno o varios continentes, así como una situación más o menos semejante de dominio colonial y racista, desembocaron en la formulación de teorías y en la creación de “movimientos” inspirados en la hipótesis de la existencia de culturas raciales o continentales. Sin pretender minimizar la importancia de ta-

Amílcar Cabral (1924-1973)

Nació en Cabo Verde y se educó en Lisboa. Joven inquieto y talentoso, fue fundador del Centro de Estudios Africanos (1948). Uno de los más brillantes luchadores contra el colonialismo portugués. Participó con Neto en la fundación del Movimiento Para la Liberación de Angola (MPLA) y creó el Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde (PAIG), que lideró hasta su asesinato, ocurrido en Conakry, presumiblemente por mercenarios pagados por Portugal.



Amílcar Cabral (1924-1973).

les teorías y “movimientos” que, continúa diciendo Cabral, fructificaran o no, hay que aceptar como tentativas de búsqueda de una identidad y como medios de impugnación de la dominación extranjera, podemos afirmar, sin embargo, que un análisis objetivo de la realidad cultural conduce a negar la existencia de culturas raciales o continentales. Cabral concluye que lo que importa no es demostrar la especificidad o no especificidad de la cultura de un pueblo sino situarla, sin complejos de superioridad o de inferioridad, en la civilización universal, como una parcela del patrimonio común de la humanidad.

Con relación al papel de la Revolución de Octubre y a la actividad de la Internacional Comunista en el continente, el juicio de Yves Benot de que se hace difícil medir



Ferrocarril en el Sudán anglo-egipcio.

su influencia real por el aislamiento del mundo africano con respecto al exterior por los diferentes colonialismos, puede ir acompañado de ciertas precisiones. Jean Suret Canale habla de ecos llegados a África por la presencia de soldados senegaleses entre las unidades estacionadas en Rumania, que se negaron a avanzar contra los soviéticos, y de marineros negros en las unidades navales amotinadas en el Mediterráneo. Pero, sobre todo, por la participación de africanos en los motines de 1917, o por quienes vivieron o secundaron el movimiento revolucionario de los años finales de la guerra y la inmediata posguerra en Francia.

Ya en 1921 se fundó el Partido Comunista de Sudáfrica por obreros blancos radicales. Se afirma que hubo comunistas entre quienes llevaron a cabo la huelga ferroviaria en la línea que une a Senegal con Sudán en el África Occidental francesa, en 1925, y que también los hubo cuando los excesos durante la construcción del ferrocarril Congo-Océano, originaron una rebelión, en 1928, en el África Ecuatorial francesa, o en el estallido nacionalista *malgache* de 1929. Se asegura que los pocos sindicatos africanos permitidos en esta etapa recibían una atención creciente de la Organización Internacional de Sindicatos Rojos, formada en el III Congreso de la Internacional Comunista, efectuado en Moscú, en junio-julio de 1921. El auge de los movimientos anticoloniales determinó la celebración en Bruselas, en febrero de 1927, del Congreso Internacional contra el Yugo Colonial y el Imperialismo, que reunió a más de 150 delegados de 37 países y se pronunció a favor de la independencia para todos los países colonizados y contra los créditos destinados a reprimir a sus pueblos. Allí nació la Liga Antimperialista de Bruselas, la cual contó con la presencia de los africanos Lamine Senghor y Mamie Kouyaté, y con la del cubano Julio Antonio Mella.

Explotar económicamente las colonias en beneficio de sus respectivas potencias, constituía la razón de la propia existencia



de éstas, pero la práctica determinó una necesaria adecuación de la intención general a las condiciones particulares. De tal manera, en la relación centro-periferia fueron conformándose, en el continente, diversas zonas con características productivas comunes, pero diferentes entre sí. Los especialistas coinciden en señalar tres macroáreas o “tres Áfricas”: el *África de las compañías monopolizadoras del comercio colonial*, que primó en África Occidental, el centro de Sudán y Uganda; el *África de las reservas de fuerza de trabajo* al estilo de Sudáfrica, y el *África de las compañías concesionarias*, que se corresponde con la zona ecuatorial y la cuenca del Congo.

En el primer caso, el África de las compañías monopolizadoras del comercio colonial, hay que señalar que la ausencia de colonos europeos y la poca inversión en el sector minero les dejaron la escena a las grandes casas monopolizadoras del comercio de exportación e importación, y de la compra y comercialización de los llamados cultivos comerciales. Es el caso de la Unilever, de la Compañía Francesa del África Occidental (CFAO) y de la Sociedad Comercial del Oeste Africano (SCOA), las tres grandes del comercio de tráfico, pero también de otras menores como la Uniao Fabril, de los Mello, en la colonia portuguesa de Guinea Bissau. Estas empresas imponían los cultivos de su preferencia a los productores africanos, que conservaban la tierra, pero debían abandonar los cultivos tradicionales o de subsistencia por imperativos de la nueva economía de mercado, pero de un mercado “cautivo”, pues se trataba de reales monopolios que fijaban los precios. Éstos eran los ya citados cultivos comerciales: el maní de Senegal, el cacao de Costa de Oro, el café de Costa de Marfil, el caucho de Liberia o el algodón de Uganda y de la zona del Gezira o “isla”, en la confluencia del Nilo Blanco con el Azul, en Sudán, y así se generalizó el monocultivo.

En su lógica imperial, a las compañías les resultaba más rentable



Animada vida en la calle Fox en Johannesburg, donde se aprecia la influencia occidental y la segregación.

obtener lo producido por los métodos tradicionales autóctonos que invertir en su sustitución por plantaciones propias. Al comprar barata la cosecha y venderla cara en Europa, como materia prima o producto elaborado, las compañías garantizaban la ganancia. Esta versión particular del comercio desigual hacía innecesario el robo de tierras a los africanos que, como pequeños o medianos productores, pasaron a la propiedad privada de la tierra casi siempre en beneficio de los jefes tradicionales, devenidos hacendados de la nueva economía agrícola. Mención aparte merece la secta islámica múrida en Senegal que, en su aspecto terrenal, enfatizó el carácter santificador del trabajo de sus seguidores en las



Aldea sudanesa. Su producción estaba sometida a los intereses de las empresas extranjeras.



Cultivo
del cacao.



Abriendo la fruta para
extraer la semilla.



Sorteo de
las semillas.

Combinación fotográfica que muestra diferentes facetas del cultivo y procesamiento del cacao.

tierras maniseras del país Oulof, para encanto de la compañía compradora francesa. Todo esto tuvo su reflejo político, pues un poder implica el otro, y los jefes-latifundistas disputaron la representación africana a las elites urbanas en toda la franja forestal de la Guinea, lo mismo que en los reinos interlacustres de Uganda. La infraestructura y el financiamiento estaban en manos de las compañías, las "houses", que orientaban los sistemas de comunicación sólo a la exportación, a los puertos de salida, en el ya mencionado esquema de la *economía en línea*. Recordemos también la presencia de sirios y libaneses en los puertos del África Occidental, quienes practicaban el comercio minorista en los resquicios que dejaban las poderosas compañías.

En el segundo caso, el África de las reservas de fuerza de trabajo, lo que dictó las prioridades fue, precisamente, lo contrario



Las minas de diamantes, como éstas de Kimberley, fue otro de los grandes negocios que explotaban la fuerza de trabajo de las tribus africanas.

del caso anterior; es decir, aquí reinaron los colonos europeos y sus intereses, así como las grandes inversiones mineras. Los boers y los ingleses robaron sus tierras a las diversas tribus de Sudáfrica, que quedaron confinadas en el 13 % del país, en las tierras más estériles y superpobladas, como las "reservas" indias en Estados Unidos. De allí, de esas reservas tribales debían salir a vender su fuerza de trabajo en las granjas blancas y en las minas de oro y diamantes, como única manera de sobrevivir. Pero su oferta no cubrió la demanda y se originaron grandes corrientes de trabajadores migratorios desde las colonias más al norte, incluidas las portuguesas, hacia la economía sudafricana.

Proletarizados temporalmente, todos los africanos en edad laboral entraron en esos períodos de contratación, alternando ciclos de destribalización por la coexistencia integradora en las minas y haciendas, con otros de retribalización al regresar a la reserva étnica. El despojo determinó un antagonismo social que, en el plano político, engendró un nacionalismo negro, representado por el Congreso Nacional Africano, decano de los partidos nacionalistas de África y que aspiraba a dirigir la síntesis nacional. En contra de este proyecto se formó un nacionalismo blanco reaccionario y racista, el cual monopolizó la vida política y excluyó a las mayorías africanas. Los colonatos blancos asentados en África se convirtieron en el



Granjero o colono boer de Sudáfrica.

principal obstáculo para los movimientos nacionalistas que, más tarde, impusieron la descolonización, pues sus intereses eran, sobre todo, locales —sus mal habidos bienes estaban en África— y no mundiales o principalmente europeos, como los de sus potencias colonizadoras. Londres o París podrían ceder, pero ellos decían que no. El argumento de que, como Hernán Cortes, “habían quemado las naves”, les sirvió como chantaje moral a sus metrópolis, para retrasar el momento del ajuste de cuentas con los pueblos robados.

Este esquema se reprodujo en menor escala en Rhodesia del Sur, donde, hacia 1920, el 32 % de la tierra había sido entregado a los granjeros europeos o a sus compañías, el 45 % se guardó para futuras adjudicaciones y el restante 23 % quedó como reservas para los africanos. También en Kenya, los granjeros europeos se apropiaron de las *white highlands* (blancas tierras altas), las cuales constituían la quinta parte más fértil del país. En Namibia, en la primera década de administración sudafricana, la sexta parte de las tierras —por supuesto, las más fértiles en las llanuras del centro y sur— se adjudicaron a 1 519 propietarios blancos, y para 1938 ya había en ellas 3 300 granjas blancas que comprendían 25 millones de hectáreas.

En el tercer caso, el África de las compañías concesionarias, el otorgamiento en la Conferencia de Berlín de 1884-1885 del llamado Estado Libre del Congo al rey de los belgas, como propiedad personal, marcó la pauta de la impunidad con que podrían operar los colonialistas en la zona ecuatorial africana. Ese Congo belga y el África Ecuatorial francesa se repartieron en enormes pedazos entre las compañías concesionarias que dispusieron —por períodos que se pretendió fueran de 30 hasta 99 años— de verdaderos derechos de soberanía sobre esos vastos territorios. Los frutos de la tierra, del subsuelo, de la caza, de la pesca, de los forestales, todo les perteneció por simple adjudicación, gratuitamente. Pudieron cubrir hasta 140 000 km² —más grande que Grecia— como la Sociedad de los Sultanatos del Alto Ubangui, de inicio la más vasta, y tuvieron bajo su control los derechos jurídicos y policiales, la facultad de imponer impuestos e irrestricto poder sobre sus habitantes, quienes quedaron a merced de las compañías. No sorprende que los africanos fueran sometidos allí a condiciones de trabajo precapitalistas de semiesclavitud y que el trabajo forzado se estableciera como norma habitual hasta su abolición legal en la otra posguerra.

Se pasó de la explotación al exterminio, en lo que Jean Suret Canale llamó el martirio del Congo, y que quedó registrado en cifras por el despoblamiento del África Ecuatorial francesa (AEF). Si, a inicios del siglo xx, la población se estimaba en 15 millones, la estadística general de Francia



Minero negro sudafricano.



Hacienda de colonos europeos en Kenya.

la calculaba en 9 millones en 1913 y el censo de 1921 la fijaba en 2 860 868 habitantes, el mismo año en que el diputado senegalés Blaise Diagné renegaba del panafricanismo y pretendía presentar a Francia como la mujer del César, “por encima de toda sospecha” en su gestión colonial. Ése también fue el año en que el caribeño René Maran ganó en París el Premio Goncourt con su novela *Batuala*, desarrollada en el territorio de Ubangui-Chari, en lo más hondo del África Ecuatorial francesa, en cuyo prefacio afirma que “el hambre y la miseria se apoderan de todo en ese país”. Pero el testimonio más conocido y citado será resultado del viaje, en 1925-1926, del intelectual francés André Gide (Nobel de Literatura, 1947) por toda esa zona, encargado por el gobierno francés de realizar un informe sobre las grandes concesiones forestales. Su libro *Viaje al Congo*, publicado en junio de 1927, denunció los abusos de la administración colonial, de las compañías concesionarias y del colonialismo en general.

Recientemente, en Cuba se ha publicado un trabajo en el cual el economista egipcio Samir Amin ha retomado este tema de las tipologías y creo que, con la que propone, podemos resumir y cerrar esta parte del análisis histórico del período de entreguerras. Al describir la segunda etapa de la integración de África al sistema global —o sea, la del período colonial que enmarca entre 1880 y 1960—, la ha planteado según tres modelos económicos de colonización, que define de la siguiente manera:

La economía del comercio, que incorporó un pequeño campesinado al mercado internacional de productos tropicales, al someterlo a un mercado de oligopolios controlados e hizo posible que las retribuciones a los campesinos se redujeran a un mínimo y a tierras baldías.

Las reservas económicas de África del Sur, organizadas alrededor de la minería, implementada por una mano de obra barata procedente de la emigración forzada, cuya causa estaba precisamente en las “reservas” inadecuadas para la consolidación de una subsistencia rural tradicional.

La economía de pillaje por parte de las compañías concesionarias, que cobraban impuestos sin la contraparte de productos de escaso valor que pudieran producirse en alguna otra área, donde las condiciones sociales locales no permitieran el establecimiento del “comercio”, ni los recursos minerales justificaran la organización de reservas destinadas a conformar abundantes recursos humanos. La Cuenca del Congo, precisa Samir Amin, pertenecía en lo fundamental a esta tercera categoría.

La dominación colonial constituyó, en lo político, la confiscación de la esfera del poder por parte de los europeos. En el período previo se establecieron las bases y los modelos, que respondieron a dos actitudes posibles de los conquistadores ante las jerarquías que gobernaban a los conquistados: o su aniquilamiento o su satelización, pero en ambos casos el resultado fue el mismo: la monopolización del poder por el Estado colonial. El aniquilamiento de las jefaturas dio paso al modelo directo de administración, el más generalizado, el cual fue el típico de los franceses, aunque los ingleses partieron de él, al aplicarlo en sus colonias de la Corona. La satelización mantuvo a los jefarcas, pero los privó de poder real, al convertirlos en una pieza del engranaje de dominación, como sucedió con la mayor parte de los territorios dominados por Londres.

Los dos grandes conjuntos de territorios administrados por Francia, el África Occidental francesa (AOF, creada en 1904)

y el África Ecuatorial francesa (AEF, surgida en 1910), gobernados desde París a través de las dos capitales coloniales respectivas, Dakar y Brazzaville, respondían a la estructura del modelo colonial. Ésta, en cada territorio, se componía, en orden descendente, de círculos, cantones y aldeas y había conocido un solo caso de forma indirecta, el del Moro Naba, sobre los mossi de Alto Volta, pero su poder fue perdiendo el perfil político hasta quedar sólo en religioso. También en África Occidental francesa se había dado un ejemplo extremo de administración directa, dentro de la política de asimilación pregonada por Francia, el excepcional caso de las cuatro comunas de Senegal.

Pretender que la finalidad de la política de asimilación consistía en afrancesar a las colonias y a sus habitantes hasta convertirlos en una prolongación del exágon galo es negar los hechos. La ciudadanía francesa fue sólo para una minoría, mientras que para los millones de habitantes de ambos conjuntos lo que regía era el Código del Indigenado, que negaba todos los derechos básicos. Incluso, para ese puñado de ciudadanos, la asimilación revestía sólo una significación negativa, pues eliminaba e ignoraba las estructuras políticas propiamente africanas, la cultura autóctona, sustituyéndolas por las estructuras coloniales, la educación colonial, la cual los hacía aprender sobre “nuestros antepasados los galos”. Esto era, sin duda, francés, pero raigalmente diferente de lo que, en esos mismos planos, existía en los departamentos metropolitanos.

La historia de las famosas cuatro comunas de Senegal le debe mucho a los momentos más revolucionarios de la vida política metropolitana. Surgidos como enclaves de la trata de esclavos en el siglo XVI, la ciudad de San Luis, en la desembocadura del río Senegal, y la isla fortaleza de Gorée, más abajo del Cabo Verde, fueron seguidas por Rufisque, al este del Cabo y por Dakar, casi en su misma punta, fundada en 1857. Se convirtieron en comunas o municipios de pleno ejercicio, los dos primeros en 1872,

Rufisque en 1880 y Dakar en 1889, lo que desde 1879 significó la recuperación del derecho, obtenido en 1848 y quitado por Napoleón III, de enviar un diputado a la Asamblea Nacional. Esto les daba una ciudadanía francesa muy cuestionada hasta que, en 1916, el primer diputado negro, Blaise Diagné, electo dos años antes, logró una ley que la reconocía plenamente.

En 1924, Dakar, con unos 30 000 habitantes, absorbió a Rufisque y en 1927 a Gorée, pasando a integrar la circunscripción autónoma de “Dakar y dependencias” con 92 000 habitantes en 1936, que duró diez años más hasta desaparecer con los cambios de la IV República. El fetiche de la asimilación y la ciudadanía se utilizó mucho por la propaganda francesa, pero en 1936 sólo había 78 000 ciudadanos contra 1 800 000 habitantes en todo el Senegal y unos 15 millones en África Occidental francesa. Para entonces ya se hablaba más de “asociación”, pero manteniendo los pretendidos derechos de dominación que, bajo el pretexto del respeto a las costumbres indígenas, llevaba a la administración colonial centralizadora de Francia a oponer una barrera a toda reivindicación democrática.

En estos años, el gobierno de París terminó de delimitar sus colonias, internamente. En África Ecuatorial francesa, se creó un cuarto territorio, Chad, en 1920, mientras que, en África Occidental fran-



Vista de la isla de Gorée.



cesa, el territorio de Alto Senegal y Níger fue dividido en Sudán francés (hoy, Mali) y Alto Volta (Burkina Faso) en 1919, pero este último fue repartido en 1932 entre Costa de Marfil y Sudán, no reapareciendo hasta 1947. Mauritania surgió en los mapas administrativos en 1920, al norte de Senegal, y Níger en 1922, en el extremo oriental de África Occidental francesa. Al término de la Gran Guerra, las colonias alemanas habían pasado a los vencedores en forma de mandatos de la Liga de las Naciones; Francia e Inglaterra se dividieron Camerún y Togo en sendas administraciones respectivas, Ruanda y Burundi pasaron a Bélgica, el África Sudoccidental (Namibia) a la Unión Sudafricana y Tangañica a Gran Bretaña.

Inglaterra siguió manejando su imperio en África de manera descentralizada y pragmática, operando en cada área y en cada territorio de acuerdo con las circunstancias dentro del esquema general de sus colonias de la Corona y sus protectorados. En el gigantesco Sudán, las provincias meridionales fueron tratadas como una región separada del norte árabe y sus gobernadores consultaban regularmente con sus colegas de las colonias británicas del África Oriental antes que con Jartum, marcando esa división. En estos años, sólo en África Occidental se permitió la entrada a los consejos legislativos de algunos africanos por elección, como ya vimos. Esto resultaba impensable entonces en las demás dependencias británicas en África, donde esos órganos consultivos estaban integrados por europeos designados. Rhodesia del Sur fue la excepción, al dotarse los colonos blancos de un consejo legislativo electo por ellos, mientras que la Unión Sudafricana gozaba del estatuto de dominio, que le concedía iguales libertades que sus similares Canadá o Australia, pero sólo para los boers e ingleses.

En el caso portugués, las colonias de Angola, Mozambique, Guinea Bissau, las islas de Cabo Verde y de Sao Tomé y Príncipe, fueron objeto de una política fluctuante, siempre determinada por los acontecimientos en la metrópoli, devenida república en

1910. El liberalismo de los años iniciales de la década del 20 marcaba el paso de un reformismo urbano protonacional de *assimilados y mistos* presente en Luanda y Lourenço Marques (hoy, Maputo) y, sobre todo, en Lisboa, con organizaciones como la Liga Angolana (1912), la Liga Africana (1919) y el Partido Nacional Angolano (1922), sólo posibles en la lejana capital imperial. En Angola, los colonos no eran una fuerza determinante, sumando 20 000 en 1920 y no más de 44 000 hacia 1940. Los inestables gobiernos liberales portugueses tipo Norton de Matos y la representación parlamentaria, cesaron, cuando, tras el golpe del general Carmona, en 1926, el poder fue pasando a los fascistas de Antonio Oliveira Salazar y a su represivo Estado Novo, que hizo languidecer el reformismo de los núcleos urbanos. En lo económico, el capital inglés prevalecía en estas colonias, al controlar empresas como el ferrocarril Lobito-Benguela, por el cual fluían las riquezas de África Central.

En la década del 20 ocurrió una serie de rectificaciones de fronteras a favor de las colonias del gobierno igualmente fascista, pero mucho más peligroso de Italia. Egipto, sólo formalmente independiente, cedió bajo la presión británica el oasis de Cufra a la colonia de Libia, y aconteció un reajuste de la frontera entre Sudán y ese territorio. También la Somalia italiana aumentó su área, al retirar Inglaterra hacia el oeste su frontera keniana, cediéndole el distrito de Trans Juba, mientras Francia entregaba un pequeño territorio estratégicamente importante a Eritrea, la otra dependencia de Roma en la costa del mar Rojo. Así fortalecidos, los fascistas italianos se lanzaron, después de aplastar la gran rebelión de los libios, sobre Etiopía.

En 1934 y 1935, los italianos provocaron varios incidentes fronterizos con el país que los había derrotado 40 años antes en la batalla de Adua. El más sonado ocurrió en el oasis de Walwal, el 5 de diciembre de 1934, y en la noche del 2 de octubre de 1935, las tropas italianas estacionadas en Eritrea y Somalia invadieron Etiopía. El emperador



Oficiales italianos en Etiopía.



Soldados italianos muertos durante la invasión a Etiopía.

Haile Selassie apeló a la Liga de las Naciones, a la cual pertenecía desde 1923, y obtuvo un apoyo mayoritario pero sólo de palabra. Poco antes, en enero, Etiopía había pedido ayuda a Inglaterra y Francia para preservar su independencia, pero Londres y París se rindieron bochornosamente a las exigencias del *Duce*. En mayo de 1936, los fascistas ocuparon Abdis Abeba, la capital, proclamando la incorporación del país al virreinato del África Oriental italiana. Para entonces ya había más colonos en Eritrea, proporcionalmente, que en Rhodesia del Sur, y en Roma soñaban con dirigir la emigración italiana hacia su nueva conquista, pero la resistencia de los pueblos de Abisinia, como se llamó Etiopía hasta 1935, se mantuvo latente, pese a la brutal represión de los ocupantes contra los guerrilleros y la población civil, como sucedió en los

primeros meses de 1937 cuando, con el pretexto de castigar un atentado al general en jefe de las tropas italianas Rodolfo Graziani, decenas de miles de personas fueron fusiladas o aniquiladas de manera bárbara en las calles y aldeas.

La agresión a Etiopía desencadenó un amplio movimiento de solidaridad, particularmente en África, donde las condenas a la barbarie fascista contra el Estado símbolo, cuyo gobierno era internacionalmente reconocido, servían de manera indirecta para cuestionar las razones del propio hecho colonial en todas partes. De nuevo se hacía obvio que, cualquiera que fueran las circunstancias, la dominación colonial



Coronación de Haile Selassie como emperador de Etiopía, donde reinó hasta 1973.

Soldados en Abisinia (fragmento)

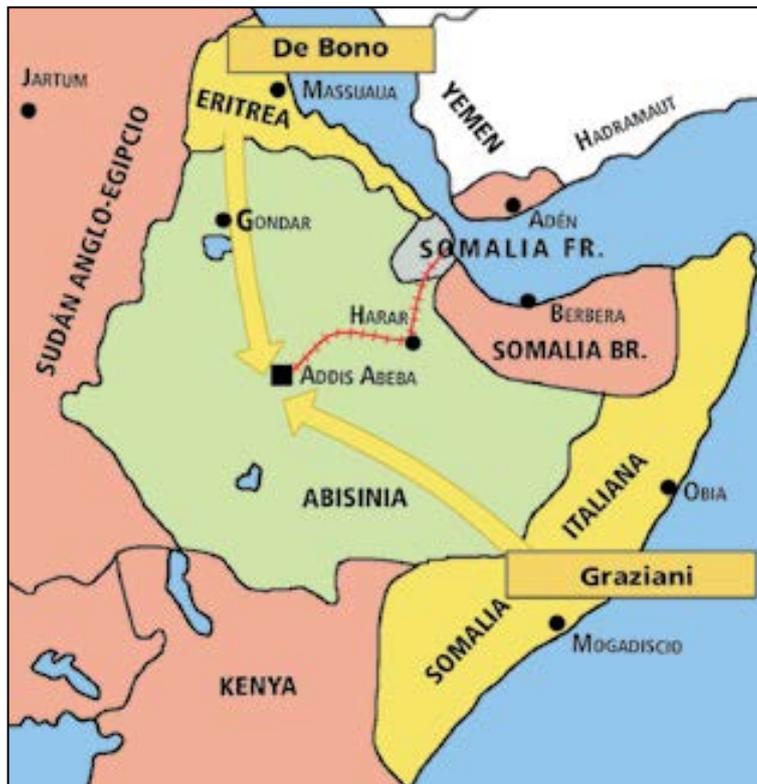
*Que diablo de pirata, Mussolini,
con la cara tan dura
y la mano tan larga
Abisinia se encrespa,
se enarca, grita, rabia, protesta
Ah, pero los soldados
irán cayendo y tropezando.
Los soldados
no harán su viaje sobre un mapa
sino sobre el suelo de África,
bajo el sol de África.
Se abrasarán en el desierto
irán secándose después
lentamente al sol,
los soldados devueltos
en el excremento de los buitres.*

Nicolás Guillén.



El emperador etíope Menelik II, protagonista de la vergonzosa derrota propinada a los italianos en la batalla de Adua.

se basaba igualmente en la fuerza. Para el historiador ghanés S. K. B. Asante, la cuestión etíope desempeñó un papel fundamental en el despertar al nacionalismo de otra generación de afro-occidentales, pues ayudó a crear una nueva conciencia sobre el creciente poder europeo en el continente y sembró las semillas del nacionalismo.



La guerra de Etiopía (1935-1936)

Actitud del pueblo

La única ventaja de Etiopía en aquella desigual guerra fue que su pueblo estuvo dispuesto a impedir que el país, nunca conquistado por los extranjeros en más de 3 000 años de historia, fuera incorporado como colonia al imperio que soñaba Mussolini.

Para los historiadores, las campañas de solidaridad con Etiopía marcan la transición del protonacionalismo a las definiciones nacionalistas, pero ello se hizo más patente en el África Occidental, donde, como ya hemos visto, existían mejores condiciones organizativas, un espacio menos restringido y alguna prensa capaz de desarrollar campañas. Ése fue el caso del *West African Pilot* del nigeriano Namdi Azikiwe, *Zik* y también de los artículos de Duse Mohamed Alí (1867-1944). En Costa de Oro, Wallace Johnson estableció un activo Comité de Defensa de Etiopía. Al ser expulsado en 1937, marchó a Londres y junto con los activistas caribeños C. L. R. James, T. R. Makonen y, principalmente, el ex marxista trinitario George Padmore, organizaron el Buró Internacional de Servicios Africanos, (IASB, por sus siglas en inglés). Esa organización desarrolló un brillante papel en este empeño concientizador y solidario, en el cual participaron igualmente Kwame Nkrumah, Zik, Wallace Johnson, Jomo Kenyatta y otros africanos. La IASB se sumó un septenio más tarde a la Federación Panafricana, que agrupaba a 20 organizaciones, y que hizo historia al convocar al V Congreso Panafricano de Manchester, en 1945.

Entre los grupos conscientes de toda África se sintió la agresión a Etiopía como un ultraje. Según Basil Davidson, los estudiantes del Fourah Bay College, de Sierra Leona, convocaron a un día de duelo y mucha gente común acudió a los actos de protesta más o menos tolerados por las autoridades. Hasta en las colonias



portuguesas, sometidas ya a una de las manifestaciones más reaccionarias del colonialismo, hubo rechazo a lo acontecido en el país del Cuerno africano. El movimiento de apoyo a Etiopía alentó a los nacionalistas que despuntaban y ése fue el ambiente en que el ideal panafricano alcanzó un nuevo y más profundo impulso. Según H. O. Davies, jefe del Movimiento Juvenil Nigeriano,

fundado en 1933, no estaban sólo contra los italianos sino contra todo el sistema del imperialismo y el colonialismo. Por su parte, Kwame Nkrumah, uno de los grandes nombres en el proceso de las independencias africanas, al conocer en Londres de la invasión italiana, oró, según dijo más tarde, porque llegara el día en que pudiera desempeñar un papel que provocara la caída de tal sistema.

CULTURA Y VIDA COTIDIANA EN ÁFRICA DE ENTREGUERRAS

Con más de 50 países ya delimitados, cada uno portador de diversas realidades y contrastes, el África de la primera posguerra mundial ofrecía un variado panorama signado, no obstante, por denominadores comunes impuestos desde el exterior. Entre éstos estaban la dominación colonial, la barrera del color, las débiles economías agrícola-mineras de periferia en vías de subdesarrollo en beneficio de los centros de poder occidentales y un hegemonismo cultural europeo que negaba o subvaloraba los valores históricos, artísticos, lingüístico-orales, religiosos y tradicionales, que se articulaban en las culturas autóctonas, último refugio de la identidad. Retomando lo ya dicho sobre la novedosa vida urbana que comenzó a ganar espacio en estas sociedades mayoritariamente rurales y tribales, al ir surgiendo las ciudades coloniales como escenarios del contacto multifacético entre dominadores y dominados, hay que señalar cuáles fueron los factores esenciales en ese proceso de urbanización.

La era precolonial conoció algunos brillantes ejemplos de civilización urbana, pero limitados al África mediterránea y las regiones tropicales en estrecho contacto comercial con ella en el borde sur del Sahara o en las costas del océano Índico. Mas, en lo hondo del cinturón boscoso de Guinea, en la zona de Benin y específicamente en el país yoruba hubo ciudades de significación que nada debían a influencias exteriores. Más allá de estos focos excepcionales, el hecho colonial hizo necesarios otros nuevos

como centros de administración, comercio y comunicaciones.

A los puertos marítimos para la exportación de las materias primas y recepción de las importaciones metropolitanas, sedes de los almacenes, las tiendas y las compañías comerciales, se les sumó a menudo la función política. Así, de 34 países africanos con costa al mar, 24 llegarán a tener puertos-capitales y atraerán la inmigración campesina, creciendo aceleradamente. Dakar pasó de 19 800 habitantes en 1914 a 92 000 en 1935 y a 132 000 en 1945, y Lagos de 74 000 en 1914 a 230 000 en 1950. En el interior del continente, los puertos fluviales o lacustres nacieron en los extremos de las rutas navegables, lugares obligatorios de trasbordo, como las también capitales



Palacio del sultán de Tassaua, en el Sudán francés. Muestra una arquitectura que rechaza la subvaloración de los aportes artísticos de África por los europeos.



Mezquita de estilo saheliano en el África profunda.

Bamako, Bangui, Brazzaville o Kinshasa (Leopoldville). En los entronques o encrucijadas de rutas crecieron ciudades como Kano, “puerto” del desierto en el norte de Nigeria, o Bulawayo en Zimbabwe (Rhodesia), pero también ése es el caso de la capital de Kenya. Fundada en 1896 como estación-depósito del ferrocarril a Uganda, Nairobi contaba 13 145 habitantes en

1927 y 25 000 en 1940. Otro factor resultó la proximidad a los ricos yacimientos mineros en explotación, como Johannesburg en África del Sur o Kitwe y Lubumbashi (Elizabethville) en el cinturón de cobre Congo-Zambia. Los colonos europeos prefirieron las zonas altas de clima más favorable para establecer sus asentamientos y así se desarrollaron Harare (Salisbury), Bukavu (Costermansille), Huambo (Nova Lisboa) o la misma Nairobi.

Casi todas las grandes ciudades y, en especial, las más dinámicas nacieron a fines del XIX o principios del XX de este proceso de colonización y las que no, cambiaron tanto que poco tenían ya que ver con la anterior. En 1900, sólo un millón de africanos vivían en ciudades de más de 100 000 habitantes, cifra que creció a 11 millones en 1950, pero en estos años la mayoría eran aún pequeñas poblaciones. Abidjan sumaba 1 400 habitantes en 1902, dos años antes de pasar a ser el puerto terminal del ferrocarril de Alto Volta, pero ya contaba 15 000 en 1934, cuando desplazó a Bingerville como sede del gobierno de Costa de Marfil, pasando a 22 000 en 1940. Un caso curioso fue la migración de los zabra de Níger a Costa de Oro (hoy, Ghana), donde permanecieron aislados sin confundirse con la población local, en un caso extremo de “supertribalismo”. Un ejemplo menos radical resultó el de los ibos que hacia 1934 iniciaron su migración al norte y oeste de Nigeria, donde, para protegerse de la hostilidad con que los recibieron, se asociaron estrechamente



Aunque las ciudades crecían al interior seguían predominando las antiguas construcciones. 1. Casa africana en la isla de Fernando Poo. 2. Levantamiento de una choza. 3. Choza nativa en Angola.

y terminaron reproduciendo en sus asambleas en Lagos las unidades básicas de su tierra nativa a nivel de clan, aldea y grupo de aldeas. La atracción de la ciudad sobre el campesinado radica en el espejismo de una vida mejor, pues las funciones de gobierno, gestión, comunicaciones, transporte y comercio crean un mercado de trabajo retribuido menos abusivo y se espera un equipamiento médico y de educación no tan rudimentario.

¿De dónde vienen? De las mayoritarias sociedades rurales tradicionales, de las regiones agrícolas de las sabanas o de las tupidas selvas pluviales. No sólo son cultivadores, también están los ganaderos, así como los cazadores, los recolectores y pescadores, con formas de hábitat muy variadas, todos enfrentados a la imposición y generalización de la propiedad privada en sustitución de la propiedad colectiva y en el paso de la agricultura de subsistencia a la de cultivos comerciales para la exportación. Las compañías europeas, los colonos o los jefes tribales, que se apropiaban el patrimonio común bajo la nueva “legalidad”, eran los beneficiarios, mientras la extensión de los impuestos y su multiplicación (por capitación, árboles productivos, chozas y hasta ventanas) obligaba el paso a la economía monetaria, a vender la fuerza de trabajo para poder pagarlos. En las regiones secas, en las estepas y los desiertos, el nomadismo imponía sus reglas, aunque iba desplazándose hacia las áreas menos controladas por el colonialismo. Pero ese género de vida independiente iba declinando en beneficio de la sedentarización en los oasis o junto a los ríos y pozos.

La vida cotidiana fue experimentando cambios en la medida en que el hecho colonial, en pleno apogeo, se iba consumando y alcanzando los puntos más recónditos, entrando en los microcosmos étnicos y tribo-patriarcales. Éstos eran la única realidad que conocían las mayorías, su pequeño mundo inmediato, incluido por los colonialistas junto a otros tantos más o menos similares dentro de unas fronteras que les eran ajenas. Pero la tradición, las



Vida en una aldea agrícola.

costumbres, la música y las danzas, los tambores sagrados del África de los lagos orientales, las sagas legendarias como la gesta mandinga de Sundiata Keita, la épica de Da Monzón o el Chaka zulú repetidas a viva voz y las creencias ancestrales con su diversidad de cosmogonías cruzadas con el reino del folclor —como el “Anansesem” o ciclo de fábulas acerca de la araña Anansi creadora del hombre según el pueblo akan—, y los ritos y ceremonias de iniciación ofrecían un poderoso refugio a la identidad.

Principal sistema de gestión sociopolítica en el África tradicional, la “palabra” designaba a la asamblea de hombres libres que debatían diversas cuestiones y adoptaban al aire libre decisiones que afectaban a la comunidad. El principio



Jefe galla u oromo de Etiopía, vistiendo sus galas.



La asamblea se efectuaba a la sombra del baobab, “árbol de la palabra”.



Guerreros zulú, África del Sur, conservan sus armamentos y tradicional forma de lucha.

era el mismo, pero las modalidades variaban desde la Fokonolona malgache al Debo etíope, siendo su objetivo resolver conflictos latentes o surgidos en ciertas coyunturas. Reunidos generalmente bajo determinado “árbol de la palabra” que los cobijaba de generación en generación a modo de ágora verde, todos los hombres de la comunidad tenían derecho a intervenir y a exponer públicamente las quejas y demandas particulares o grupales. El “demandante” podía hacerse representar por un portavoz o, incluso, por un griot, ese poeta, narrador y cantor tradicional que, por transmitir la memoria social de la comunidad mediante la tradición oral, sabía hacer buen uso de la palabra. Las mujeres eran admitidas a participar en

algunas regiones, pero eran los ancianos quienes procuraban llegar a algún tipo de consenso para dirimir el conflicto. Estas democráticas y ecológicas instituciones del África profunda, que en algunos casos podían llegar a neutralizar el poder de los jefes o hasta destituirlos, fueron ignoradas por los colonialistas y por los historiadores a su servicio, pero sobrevivieron en la gestión de base, arbitrando el día a día aldeano.

La situación de la mujer como mano de obra agrícola y la extendida práctica de la poligamia, tenían entonces una estrecha relación. En África Central, ellas eran las encargadas de labrar la tierra, de transportar los frutos, de hacer las comidas y velar por los niños, y los matrimonios múltiples significaban un aumento del patrimonio, un capital para el marido, mientras que una sola esposa resultaba un humillante estigma. Por ejemplo, en la sociedad tradicional Frang, la tenencia de numerosas esposas era el principal signo de la riqueza. Sin embargo, eso no siempre significaba mayor fecundidad, porque mientras las esposas monógamas recibían la constante atención del marido, las polígamas debían esperar por su turno en esa rotación que muchas veces no coincidía con su ciclo reproductivo. Esto es lo que en Senegal se conocía como *moomé* o *ayé*, el número de días que un polígamo pasaba con cada una de sus esposas (*awa*, la primera mujer, y *wejë* o *vedié*, las coesposas), según un



Mujer hausa.



Mujer kikuyo.



Joven malgache asimilada.



orden establecido por la tradición islámica. Muchos grandes hombres nacieron en familias polígamas que multiplicaban los vínculos de consanguinidad ampliando el radio de parentesco y la seguridad. Tal fue el caso del sudafricano Nelson Rolihlahla Mandela nacido en 1918, cuyo padre tuvo cuatro esposas dentro de la familia real de los thembus del Transkei.

La dote se definía de una manera unánime como una tradición indispensable testimoniaba el “debido respeto” a la mujer, pues distinguía a la esposa de las concubinas. En esos años, la acción de los misioneros cristianos empeñados en imponer el modelo monógamo de familia, conoció una fuerte resistencia en la cual pronto fueron un argumento las referencias a la poligamia que pueden encontrarse en el Antiguo Testamento. Pero esa evangelización fue imponiendo progresivamente el nuevo patrón y así, para 1938, entre los fang de Gabón el 63,1 % de los matrimonios eran monógamos, el 22,2 % contaban con una segunda esposa, el 9,6 % con una tercera, el 2,4 % con una cuarta y el 2,7 % con más de cuatro. Mas, esa tendencia a la monogamia era, en cierta medida, “aparente”, porque la multiplicación de los divorcios y el “re-empelo” de la mujer divorciada, impuesto por la necesidad y la falta de opciones en estas sociedades agrarias, mantenían la poligamia disimulada. En los círculos de las elites occidentalizadas, la poligamia pasó a ser un elemento descalificante y excluyente.

Las confesiones autóctonas del continente han desempeñado siempre un papel de primera línea en la vida de sus muchas comunidades, normándolas, estructurándolas e integrándolas desde el principio en la primera fila de la resistencia cultural contra unas administraciones europeas que llamaban a su extinción. El rico conjunto de las religiones tradicionales africanas desvalorizadas por el colonialismo a favor de una cristianización domesticadora, fue clasificado bajo el concepto de animismo a partir de la introducción del término por el inglés Edward Burnett Taylor (1832-1917). Los colonialistas entendían que bastaba esa

Animismo, una definición africana

Según el senegalés Ahmadu M. M'Bow se agrupan habitualmente bajo el nombre de animismo las múltiples variantes de las religiones locales africanas. Esas religiones tradicionales siguen siendo las de la mayoría de los negros africanos; principalmente, en las regiones guineanas, ecuatoriales y australes. El animismo descansa sobre la creencia en fuerzas invisibles, “los espíritus”, que animan al mundo, y sobre la necesidad de respetar y de mantener la armonía de esas fuerzas. El culto consiste, en esencia, en apaciguar a los espíritus para evitar una ruptura del equilibrio o, cuando ésta sucede, buscar la fuerza que la ha provocado para impedirle que continúe perjudicándolo. Las prácticas religiosas consisten en ritos totémicos, en los honores rendidos a los ancestros, en mitos y en ritos agrarios.

denominación común para las religiones africanas, agrupándolas de manera indiscriminada en la categoría de animismo, en la cual almas y espíritus son los entes o sustancias sobrenaturales que la concepción religiosa ve dentro de todos los objetos y fenómenos sensoriales perceptibles de la naturaleza animada e inanimada. Surgida en la aurora de la civilización humana, esa religión inicial se veía como la más primitiva y rudi-



Las creencias sobre las hechicerías se mantenían. En la foto, una hechicera del Congo.



mentaria, aunque, en realidad, estaba en la base de todas las religiones.

En su verdadero sentido, el animismo atribuye una fuerza vital o espíritu a todos los elementos naturales, pero coexiste con el fetichismo, la magia y otros fenómenos similares de implicaciones supuestamente sobrenaturales. A veces, sus variantes son múltiples con carácter esencialmente local, pero dotadas de los mismos rasgos generales que comparten todas las formas de animismo, aunque sus prácticas se abren también en un abanico de diversos ritos, cultos, ceremonias e instituciones. Puede contener curiosas especificidades como la multiplicación de las almas que se observa entre los akan de África Occidental, que creen que cada hombre posee multitud de almas, o concepciones más generalmente compartidas, como la afirmación de que la otra mitad del individuo, su doble, su ánima, continúa viviendo después de la muerte en una vida de ultratumba tan corpórea como la vida real. Por eso, el animismo africano varía tremendamente y en sus manifestaciones concretas el de los *khoi khoi* y *namas* del sur del continente resulta bien diferente del de los baganda de África Oriental o del de los yoruba.

Precisamente, algunos especialistas clasifican a las religiones del reino de Benin, los Estados Yoruba y Dahomey —ya para este momento divididos entre la Nigeria inglesa y el Dahomey francés— como politeístas y a la misma altura de



Los pueblos autóctonos conservaron sus creencias y tradiciones, como esta ceremonia religiosa en Nigeria.

las religiones de la antigüedad clásica o el hinduismo contemporáneo. Otros extienden esa denominación de politeístas también a los akan y mandinga de África Occidental, los baganda y banyoro de la región interlacustre del oriente del continente y a los bakongo, baluba y balunda del África Central. Al lado de una multitud de mizimus, vidiyes y bakishis (espíritus de la naturaleza o ánimas de los antepasados de los bantú centroafricanos) sin fisionomía, y de los orishas de los yoruba y sus vecinos de Nigeria, aparecieron dioses, figuras sobrenaturales más poderosas que los espíritus usuales, individualizados, con funciones más exactas asignadas, así como una esfera de actividad más ampliada y definida y, por tanto, nombres personales.

Este panteón de dioses estaban emparentados por lazos de consanguinidad y extensas genealogías y sobre ellos se alzaban los dioses grandes o supremos más o menos identificados como dioses del cielo, o con la entera esfera celestial y su sol, luna y estrellas, o algún otro elemento, como tierra, agua, trueno, mar, arcoiris. Todos estos dioses estaban asociados a los elementos y eran a la vez el antecesor primordial u origen de los antepasados. Muchas de las formas de resistencia armada contra las guerras de conquista y luego de “pacificación” de los colonialistas, se vincularon a ritos mágicos de iniciación que se relacionaban con estas deidades a través del agua que, convenientemente preparada, debía proporcionar inmunidad ante las balas. El sincretismo con las iglesias cristianas no se hizo esperar y en estos años aparecieron por todo el continente numerosos movimientos religiosos que combinaban elementos de ambas vertientes religiosas. Menos estudiadas han sido estas interacciones con el Islam, aunque se conocen las prácticas de maleficios como la xala, que entre los creyentes criptoanimistas de Senegal se asegura es causa de impotencia sexual.

Otro elemento de importancia en las sociedades del período resultaron las asociaciones rituales secretas, en parte relacionadas con el aspecto religioso an-

tes tratado y que tenían hondas raíces en la tradición africana. Ahora, en muchos casos asumieron un carácter clasista, incorporando a ricos y poderosos mediante el pago de altas cuotas de ingreso y devinieron instrumentos de poder. En ciertas circunstancias se ha dicho que llegaron a constituirse en una amenaza para la gente común de la cual demandaban pagos y gravámenes. También solían intervenir en los conflictos por bienes, en los asuntos de familia y en cualquier otro aspecto de la vida de la colectividad en que operaran y se atribuían la facultad de juzgar y condenar a sus oponentes. Pero en otros muchos casos derivaron en organizaciones de ayuda mutua, beneficencia y de resistencia popular, que en la posguerra participaron en los movimientos de liberación nacional. Pero al hacerlo mantuvieron rasgos de las sociedades rituales secretas, como la conspiración protegida por juramento a la incorporación, la creencia en algunas formas de magia y la adopción de nombres y signos especiales.

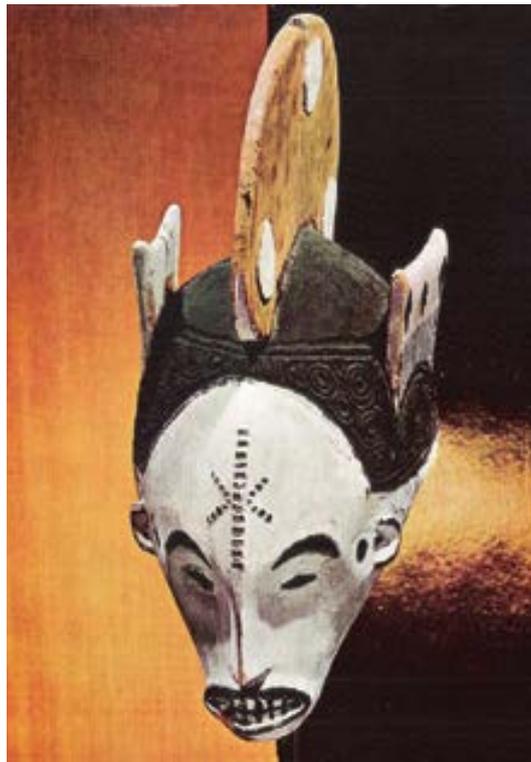
Entre las sociedades secretas de los yoruba de Nigeria se destacarán la Ogboni, la Egungun y la Oro. La Fraternidad Reformada Ogboni será una derivación que resultaría de la combinación de ideas de los masones libres y los grupos de culto yoruba más importantes políticamente, los Ognobi. Sus jefes usaban títulos tradicionales y los atuendos se confeccionaban con telas de colores con los símbolos de la sociedad, tres líneas verticales rectas y un triángulo con dos ojos. En cada distrito, el jefe de la sociedad local era llamado “padre de lo culto” y los miembros se llaman hermanos entre sí. Pertenecer a la organización resultaría una buena referencia para actuar en el comercio, los negocios y la política, pues sus componentes pertenecían a la clase acomodada y culta.



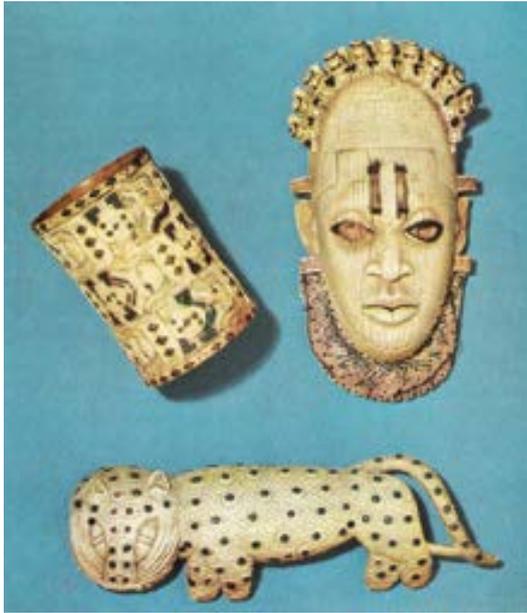
La máscara Shene Malula de la sociedad Babende. Todos los iniciados tenían que demostrar el valor al asistir a la aparición nocturna del espíritu de la máscara y someterse a duras pruebas físicas.

Una asociación que tenía objetivos más amplios era la Egbe Omo Oduduwa, lo que traducido significa Sociedad de los Descendientes de Omo Oduduwa que, según el mito, fue el fundador del pueblo yoruba. Además de fomentar el estudio del lenguaje, cultura e historia yoruba, se proponía dar educación secundaria y becas universitarias a jóvenes yoruba e intentaba proteger las tradicionales instituciones monárquicas bajo protectorado, con el sueño de restaurar el Estado yoruba dentro de Nigeria. También en ese país, constituido en 1914, se fundó otro tipo de instituciones de promoción cultural, como la sociedad

Unser-Ud-Dean, que nació en 1923, para llevar a cabo un plan de educación de los musulmanes, que más tarde creó ramas en las ciudades mayores, y la Sociedad Islámica de Nigeria, fundada en Lagos, en 1924, con fines similares.



Rostro de muerto. Máscara portada por los miembros de la sociedad secreta Mmwo en los actos del culto o en los entierros de un miembro.



El europeo no supo apreciar la rica cultura ancestral africana, capaz de producir obras como esta máscara, brazalete y leopardo de marfil con incrustaciones de cobre, procedentes del antiguo Benin, portadas como símbolos de realeza.

La limitada vida cultural a la europea del período, concentrada en las elites alfabetizadas y prósperas de las ciudades, se orientaba hacia la asimilación o aculturación occidentalizada de sus componentes. Al aceptar parcialmente a algunos africanos así asimilados, los colonialistas no hacían otra cosa que recuperar al europeo que les habían inoculado. En otras palabras, se aceptaban a sí mismos, no a los africanos. Contra esto comenzaban a pronunciarse ya las mentes más lúcidas por todo el continente, pero de manera discreta ante la represión colonial. En África del Sur, aparte de la literatura de la minoría blanca, las tres grandes lenguas bantú, xhosa, zulú y sotho, portadoras de una vibrante literatura oral, gestaron un impresionante grupo de escritores en torno a las imprentas evangelistas de Morija y Lovedale. De este movimiento se destacaron, entre otros,

Zakea Mangoela, Everitt Lechesa Segoete, Motsamoi, Henry Ndawo, Samuel Edward Krune Mqhayi y Tshekisho Ploatje, este último con la novela *Mhudi*. En ellos se expresaba una nítida lucha de contrarios entre dos elementos tan contrapuestos como el fundamentalismo moral cristiano y el “impudor pagano” libremente expresado por la tradición oral. Este impulso vivificador fue cercenado por el ascenso al poder del Partido Nacionalista boer del general Hertzog, quien con exaltada energía prohibió la difusión de cualquier obra africana. Pero en ese mismo año se había publicado la epopeya *Chaka el zulú*, de Thomas Mofolo, por su mecenas Alfred Casilis, a espaldas de los misioneros, que muy pronto fue traducida al inglés, francés, alemán e italiano.

En otro punto del mapa del África colonial, en la afroasiática isla de Madagascar, Jean Joseph Rabearivelo (1901-1937), editó en 1924 su primer libro, *La coupe des cendres*, al que siguieron otros muchos libros de poemas (*Sylves*, 1927; *Volumes*, 1928, *Vientos de la mañana*, 1934, *kPres-que-songes*, 1934, *Traduit de la Nuit*, 1935, *Imaitsoanala*, 1935, *Viejas canciones del País de Imerina*, 1939 y otras), crónicas literarias, su revista *Capricorne* y piezas teatrales, que lo convirtieron en el escritor más popular de Madagascar y más allá de sus fronteras. Exiliado en la cultura francesa sin dejar de resultar un intruso en ella, Rabearivelo fue el más desdichado, el más trágico de los poetas surgidos de esa primera generación de africanos crecidos bajo el dominio y la arrogancia europeos. Su muerte fue considerada el primer suicidio de un intelectual imputable al colonialismo y un mentís a la muy propagandizada política de asimilación francesa.



La Segunda Guerra Mundial



Principales características



Principales características



LAS CAUSAS DE LA GUERRA

Los tratados que pusieron fin a la Primera Guerra Mundial no sentaron las bases para una paz firme y duradera. Cuando aún no se había secado la tinta con la cual se firmaron aquellos acuerdos, comenzó una lucha que conduciría, 20 años después, a otra contienda de mayor envergadura. Por tanto, el estudio de las relaciones internacionales del período de entreguerras resulta de extraordinaria importancia para conocer las causas que condujeron a tan fatal desenlace. En conjunto, las relaciones internacionales en estos años pasaron por cuatro fases o momentos:

1. 1919-1924: Tensiones derivadas de la aplicación de los diferentes tratados de paz.
2. 1924-1929: Época de aparente concordia con una nueva política hacia Alemania la cual alivió su situación y promovió su incorporación al contexto internacional.
3. 1929-1933: El impacto de la crisis económica mundial provocó los recelos y profundizó las contradicciones entre las grandes potencias. Se fortaleció el fascismo y se inició el derrumbe del sistema de tratados y del *statu quo* de posguerra.
4. 1933-1939: Grandes tensiones motivadas por el fortalecimiento de los nacionalismos y la política exterior agresiva

de los Estados fascistas, así como por la postura conciliadora de las potencias occidentales.

Los primeros años siguientes a la aplicación de los acuerdos de paz estuvieron caracterizados por agudos conflictos, no sólo entre vencidos y vencedores, sino también entre éstos. Así las cosas, Estados Unidos no aceptó las ventajas recibidas por Japón en la zona del Lejano Oriente y el Pacífico. El pretendido “aislacionismo” de los norteamericanos no les impidió exigir y finalmente obtener (Conferencia de Washington, 1921-1922) una revisión de lo acordado en Versalles para aquella región e inclinar la balanza a su favor, lo que Japón tuvo que aceptar de mala gana. En efecto, por los acuerdos de esa conferencia, Japón tuvo que abandonar sus posiciones en China, para la cual se acordó el principio de “puertas abiertas”, que establecía la libre concurrencia de todas las potencias al mercado chino, lo cual favorecía evidentemente a los estadounidenses, con un mayor potencial económico. Al mismo tiempo, se acordó una correlación de fuerzas navales en la zona, según la cual, en el futuro, Japón sólo podría construir tres barcos por cada cinco que botaban al agua Inglaterra y Estados Unidos. Con el paso del tiempo, ello agudizaría las contradicciones interim-



La Pequeña Entente

Constituyó una alianza entre Rumania, Yugoslavia y Checoslovaquia para garantizar las fronteras fijadas en 1919. Se creó por Francia en previsión de una nueva guerra.

perialistas en la región; en particular, entre Estados Unidos y Japón.

En el Medio Oriente chocaron durante un tiempo los intereses de Inglaterra y de Francia, los cuales no lograban ponerse de acuerdo en la versión final de su pactado reparto del otrora Imperio otomano. Esto motivó fuertes tensiones y algunos enfrentamientos. La ocupación de tierras turcas y el estatuto acordado para los estrechos del mar Negro originaron otro foco de tensión, resuelto sólo parcialmente en la Conferencia de Lausana, en 1922-1923. A ella se llegó debido, en gran medida, a la presión política y militar ejercida por el masivo movimiento nacionalista turco de Mustafá Kemal. La referida conferencia debió reconocer a Turquía la pertenencia de la Tracia oriental, las islas de Imbros y Tenedos y los territorios de Smirna y Armenia, al mismo tiempo que se modificó el estatuto de los estrechos (parcialmente desmilitarizados) y se liberó al país de pagar la indemnización fijada en el Tratado de Sevres.

Las manifiestas aspiraciones de Italia sobre territorios de Francia (Niza, Córcega y Túnez), de Austria (varias regiones fronterizas con Italia) y de Yugoslavia (costa dálmata), representaron también otros motivos de tensión y de choques ocasionales. A todo ello deben añadirse las contradicciones entre los pequeños países de Europa central y del este, derivadas del arbitrario trazado de fronteras; disputas estimuladas por las grandes potencias en función de sus intereses (por ejemplo, Italia apoyaba las pretensiones revisionistas de Hungría y Albania y alentaba a los elementos ultranacionalistas en Austria, mientras Francia defendía lo establecido), así como

las fricciones causadas por las frecuentes disputas entre la Unión Soviética y las potencias de Occidente, obsesionadas por evitar la posible expansión del bolchevismo.

Pero el asunto central de la política internacional de estos años radicó en el llamado problema alemán, permanente foco de tensión en el corazón de Europa. Con relación al tratamiento de Alemania había serias discrepancias entre los vencedores. Francia era partidaria de la máxima severidad, al considerar que una Alemania débil constituía la mejor garantía para su seguridad. Por eso, exigía el estricto cumplimiento de lo estipulado en Versalles, mientras fortalecía sus lazos con la llamada "pequeña Entente", para atemorizar a los alemanes con una guerra en dos frentes, si se decidían a la revancha. Por el contrario, Inglaterra abogaba por suavizar el trato a los alemanes. Concentrados en la consolidación de su imperio colonial, los ingleses querían mantener el equilibrio europeo, impidiendo una Francia excesivamente fuerte a costa de su derrotada vecina. Al mismo tiempo, al gobierno británico le preocupaba que el deterioro de la situación en Alemania pudiera conducir a una salida revolucionaria al estilo ruso. Estados Unidos apoyaba a los ingleses, debido al interés de aumentar su penetración económica en Europa a través de Alemania, aunque sin inmiscuirse mucho en un principio. Washington también estaba interesado en reordenar el problema de las reparaciones, al cual los europeos vinculaban el pago de su deuda con los norteamericanos. Sin embargo, hasta 1923 prevaleció la posición sostenida por Francia. La acción más grave que se derivó de la postura francesa fue la ocupación militar franco-belga de la zona del Ruhr, en enero de 1923, para obligar a Alemania a pagar con puntualidad las deudas de guerra.

La ocupación del Ruhr, realizada a espaldas de los gobernantes ingleses y norteamericanos, señaló uno de los momentos críticos de la Europa de entreguerras. El gobierno alemán respondió a esa medida con la resistencia pasiva, la cual paralizó

minas e industrias. Para ello tuvo que subvencionar a empresarios y obreros, lo que implicó poner en circulación una gran cantidad de dinero sin respaldo, que desató una colosal inflación y con ella la ruina y la miseria de una gran parte de la población. La situación política y social del país se complicó en extremo, debido a las protestas masivas y a las acciones revolucionarias de los trabajadores, así como a la actividad de la ultraderecha, la cual trató de pescar en río revuelto, utilizando como principal destacamento al recién surgido movimiento fascista de Adolfo Hitler. En estas circunstancias, Inglaterra y Estados Unidos intervinieron en el asunto y Francia tuvo que ceder. Las tropas foráneas tendrían que comenzar a retirarse del Ruhr, con las manos vacías, a partir de fines de 1923.

La crisis de 1923 determinó un cambio radical en la política de los vencedores hacia Alemania. Entre julio y agosto de 1924, con el patrocinio anglo-norteamericano, en Londres se celebró una conferencia internacional sobre el problema de las reparaciones de guerra, bajo la presidencia del banquero estadounidense Charles W. Dawes, en la cual se aprobó el Plan Dawes. Ese plan contemplaba una reducción sustancial de las cantidades a pagar por los alemanes, el establecimiento de plazos más cómodos y el otorgamiento de créditos, especialmente estadounidenses, para liquidar la deuda de guerra y rehabilitar la economía. Por su parte, Alemania debía aceptar el control internacional (estadounidense) de su sistema financiero. Al suscribir este plan, Francia se comprometió a respetar la integridad territorial de su vecina, recibiendo a cambio la promesa de apoyo inglés en caso de una revancha alemana.

Durante la vigencia del Plan Dawes (en 1929 se reemplazó por el Plan Young, que redujo



Tropas francesas ocupan el Ruhr.

aún más el monto de las reparaciones), Alemania recibió el equivalente a poco más de 30 000 millones de marcos en calidad de préstamos e inversión de capital, provenientes básicamente de Estados Unidos e Inglaterra. Esta inyección financiera de Occidente no sólo les permitió a los germanos cumplir sus obligaciones en cuanto al pago de reparaciones de guerra (alrededor de 10 000 millones en el período), sino recuperar su economía, que en aquellos años experimentó un ritmo vertiginoso de crecimiento (más del 50 % con relación a 1913), estabilizar sus finanzas y recobrar una gran parte de los mercados extranjeros; sobre todo, en Europa.

El Plan Dawes fue seguido por un acuerdo político, formalizado en octubre de 1925 en la ciudad suiza de Locarno. El Tratado de Locarno, firmado por Francia, Alemania, Inglaterra, Italia y Bélgica (Estados Unidos participó como observador), estableció el compromiso alemán de respetar el *status* fijado por el acuerdo de Versalles en rela-



Para adquirir unas libras de papas se requería una canasta de marcos.

ción con sus vecinos occidentales; o sea, Francia y Bélgica. Por su parte, Francia se comprometió a retirar sus tropas de la orilla izquierda del Rin hacia 1929, antes del plazo de 15 años establecido en 1919. Con posterioridad, todos los involucrados de-



Imagen de Charles G. Dawes, presidente de la comisión encargada de reexaminar las reparaciones de guerra del Tratado de Versalles y por cuyos trabajos le otorgaron en 1925, el premio Nobel de la Paz.

bían respetar la desmilitarización de la zona de la Renania; es decir, ambas orillas del Rin. Por este tratado, Alemania recibió el derecho de ingresar a la Liga de las Naciones, con lo cual obtenía igualdad jurídica en relación con las demás potencias. Inglaterra e Italia se convirtieron en garantes de aquellos controvertidos acuerdos, adquiriendo así la obligación de exigir por todos los medios su estricto cumplimiento.



Los ministros de Asuntos Exteriores alemán (Gustav Stresemann), francés (Aristide Briand) y británico (Joseph Austen Chamberlain) en Locarno.

El Plan Dawes y el Tratado de Locarno tuvieron fuertes opositores tanto en Alemania, como en Francia. En la primera, los sectores de la derecha estimaron su aceptación como una traición a los intereses de la nación. Para ellos, la única salida era la preparación de la revancha. Pero prevaleció la política realista o pragmática de Gustav Stresemann, primero canciller y luego ministro del Exterior (hasta 1929), para quien aquellos acuerdos representaban la posibilidad de remontar el momento difícil y recuperar el poderío alemán. Los conservadores franceses los interpretaron como una concesión innecesaria y peligrosa, pues, a su entender, debilitaba la situación del país, cuya seguridad futura dependería del posible respaldo extranjero. Pero finalmente se impuso la posición liderada por Aristides Briand (político moderado que ocupó importantes cargos en la década del 20), quien postulaba una política conciliatoria, como único medio de evitar una revancha o de contar con el apoyo británico en caso de que sucediera. En ambos países, los comunistas y también algunos socialistas denunciaron aquellos acuerdos como un importante paso hacia el resurgimiento del militarismo alemán y la guerra.

La nueva postura de Occidente en relación con Alemania despertó inquietud en la dirección soviética, al considerar que esa política procuraba rehabilitarla para enfilarla contra la Unión Soviética. No les faltaban razones a los soviéticos para tal sospecha, pues en Locarno no se exigió a los alemanes la inviolabilidad de sus fronteras orientales, lo cual dejaba abierta la posibilidad de que Alemania resolviera en el futuro sus pretensiones territoriales a costa del centro y el este europeos. La Unión Soviética reaccionó proponiendo al gobierno alemán un pacto de neutralidad, suscrito en abril de 1926. Este pacto se basaba en las tradiciones de Rapallo (acuerdo de 1922, por el cual se establecieron las relaciones entre los dos países en pie de igualdad y respeto mutuo) y establecía la obligación de no agredirse mutuamente ni participar en

coaliciones hostiles a cualquiera de las dos partes. Alemania se comprometió, además, a no sumarse a la actividad antisoviética que se desarrollaba en la Liga de las Naciones bajo el liderazgo inglés.

Al suscribir el Plan Dawes y el Tratado de Locarno, Alemania se aprovechaba de las contradicciones anglo-francesas y obtenía importantes concesiones económicas y políticas. Con la firma del acuerdo de neutralidad con la Unión Soviética preservaba el creciente y ventajoso comercio (y la colaboración militar secreta) que existía entre ambas naciones, al mismo tiempo que le infundía temor a Occidente con una mayor aproximación a los soviéticos, lo que se convertía en un elemento de presión para conseguir más concesiones. Esta hábil política de doble juego practicada por Stresemann le permitió a Alemania remontar su crítica situación, recuperar y superar su poderío económico anterior y retomar su puesto en el concierto de las grandes potencias.

A pesar de que en la segunda mitad de los años 20 hubo momentos de tensión, derivados en lo fundamental de acciones provocativas antisoviéticas, como las que llevaron a la ruptura de las relaciones entre Inglaterra y la Unión Soviética en 1927, y de que no cesó la lucha contra la rebeldía de los pueblos coloniales y dependientes, cuya explotación se intensificó, en gran medida, en la llamada “era Briand-Stresemann” prevaleció un ambiente de relativa paz y estabilidad. Ello no supuso que desaparecieran las contradicciones entre las grandes potencias capitalistas, sino que estas discrepancias pasaron temporalmente a un segundo plano en función de la recuperación económica. Un acontecimiento revelador de los nuevos tiempos lo constituyó el Pacto Briand-Kellog, impulsado por Francia y Estados Unidos entre 1928-1929, que si bien no pasó de ser una declaración de intenciones, estableció la renuncia a la guerra en las relaciones internacionales y se suscribió por un numeroso grupo de países, incluida la Unión Soviética, a la cual se trató de excluir en un principio.

Nobel cuestionado

La política de Briand y de Stresemann —sobre todo, el Pacto de Locarno— les hizo acreedores del Premio Nobel de la Paz de 1926, lo cual provocó grandes polémicas entre las fuerzas políticas de la época.

Por entonces, hubo políticos como Aristides Briand que llegaron, incluso, a pensar en la posibilidad de un proyecto de unión europea.

Pero estos años de ilusiones se vieron ensombrecidos por la crisis económica que, como ya hemos visto, se inició en 1929 en Estados Unidos y se extendió con rapidez al resto del planeta. La crisis agudizó todas las contradicciones latentes en la política mundial y se asistió a un progresivo derrumbe del sistema internacional de posguerra. La primera manifestación en este sentido estuvo relacionada con el problema de las reparaciones. En efecto, a partir de 1930, Alemania dejó de pagar sus cuotas, pese a que éstas se habían reducido mediante el Plan Young, y pidió una moratoria que se le concedió. En junio de 1932, en la Conferencia de Lausana, no obstante la resistencia de Francia, se decidió anular en la práctica el sistema de reparaciones de guerra, con lo cual se eliminó una importante regulación del Tratado de Versalles.

En septiembre de 1931, Japón invadió y ocupó la región china de la Manchuria, acción considerada como el primer eslabón de la cadena de agresiones expansionistas que desembocó en una nueva guerra mundial. A pesar de que la agresión nipona violó los acuerdos de la Conferencia de Washington (1921-1922) y perjudicó los intereses de las potencias occidentales, en especial, los de Estados Unidos, no se produjo una reacción enérgica, inaugurándose así una época de impunidad para los agresores. El gobierno norteamericano prefirió pensar que la presencia japonesa resultaría útil para sofocar la revolución en China y contener la influencia soviética en la zona, limitándose



A mediados de 1933, Hitler (insólitamente vestido de etiqueta) y su lugarteniente Hermann Goering junto al anciano presidente Hindenburg, quien moriría al siguiente año.

a una protesta y tomar débiles medidas económicas. La ocupación de la Manchuria demostró la inoperancia de la Liga de las Naciones, la que después de prolongados debates sobre el asunto, por solicitud de China, sólo pudo aprobar la simbólica sanción de no reconocer el Estado títere del Manchukuo, creado por los japoneses en 1932. En marzo de 1933, Japón se retiró de la Liga de las Naciones, dejando en claro su intención de no atenerse a ningún tipo de regulación internacional.

Pero el acontecimiento más grave para la paz y para el orden establecido resultó el ascenso de Hitler al poder en enero de 1933. El rechazo total de los nazis al Tratado de Versalles y su programa de revancha y de expansión territorial, ampliamente divulgados en la propaganda nacional-socialista, definieron una nueva fase en las relaciones internacionales; fase de tensión

Acuerdo naval

Como parte de su política de concesiones, en junio de 1935, Inglaterra accedió, incluso, a firmar un acuerdo que autorizaba a los alemanes poseer una flota naval equivalente a un 35 % del tonelaje de la inglesa en la superficie y a un 45 % de la submarina.

creciente y de conflictos que preludieron el enfrentamiento armado generalizado. Para no dejar lugar a las dudas acerca de las intenciones del régimen nazi, en octubre de 1933, Hitler se retiró de la Conferencia sobre Desarme —que sin resultado alguno se desarrollaba en Ginebra desde principios de 1932— y a continuación abandonó la Liga de las Naciones.

Ante la amenaza que planteaba el fascismo, las grandes potencias reaccionaron de forma diferente. La Unión Soviética, cuyos vínculos con Alemania se deterioraron con rapidez, propuso la firma de pactos de seguridad colectiva regionales, con la participación de todos los países amantes de la paz; principalmente, las grandes potencias. Para facilitar la negociación de estos acuerdos, la Unión Soviética aceptó ingresar en la Liga de las Naciones por petición francesa, en septiembre de 1934. Pero sus propuestas para formalizar pactos de este tipo en la zona del Lejano Oriente y en Europa, chocaron con la resistencia abierta de Estados Unidos e Inglaterra, que no querían asumir compromisos de este tipo, aduciendo desconfianza sobre la capacidad militar y las intenciones de la Unión Soviética. Solamente Francia, también con una posición antisoviética pero más expuesta al peligro de agresión nazi, se hizo eco (hasta 1935) de la iniciativa soviética e, incluso, firmó con la Unión Soviética un compromiso de ayuda mutua, el cual tendría poco valor práctico, pues su contenido se redujo a una simple declaración política, al no estar acompañado por un acuerdo que fijara las obligaciones de carácter militar. Un tratado similar se firmó entre la Unión Soviética y Checoslovaquia, pero se estableció la condición, por petición checo-francesa, de que en caso de agresión a uno de los firmantes, el otro no podría acudir en su ayuda, si Francia no lo hacía también.

Inglaterra y Estados Unidos rechazaron, desde el principio, la formación de un frente común para detener el fascismo y frenar sus intenciones de dominio mundial, porque confiaban en que por su propia



Reunión londinense, en la cual se rubricó el acuerdo naval anglo-alemán de 1935.

cuenta podrían controlar a Hitler y encauzar su agresividad de acuerdo con los intereses de Occidente. Esta actitud se tradujo en una política de contemporización y tolerancia bautizada por sus progenitores ingleses con el nombre de “apaciguamiento”, pues se presentaba como la única forma de “apaciguar” a Hitler y de evitar la guerra. En consecuencia, se mantuvo un activo comercio con Alemania y se le permitió la aplicación de medidas unilaterales violatorias de los tratados de Versalles y Locarno, como la introducción del servicio militar obligatorio, la fabricación de armas y aviones, la creación de una flota de guerra (en buena medida estimulada por el acuerdo naval anglo-alemán de 1935) y la militarización de la Renania; todo ello, entre mediados de 1935 y principios de 1936.

En cuanto a Estados Unidos, es necesario advertir que, durante los años 20 y una buena parte de los 30, la problemática europea no constituía un asunto central de su política exterior. Su atención se concentraba más bien en la región del Pacífico y el Lejano Oriente y, sobre todo, en América Latina y el Caribe, zona esta última donde fortaleció su influencia con la política del

“buen vecino” del presidente Roosevelt; política que renunció a la grosera y repudiada intervención en los asuntos del subcontinente, pero generó métodos más sutiles y efectivos de dominación. Baste sólo señalar al respecto que, a partir de mediados de la década, Estados Unidos sentaría las bases jurídicas y políticas para transformar el sistema interamericano, promovido por ese país desde finales del siglo anterior, en un bloque político-militar a su servicio. En lo concerniente a Europa, la orientación de los norteamericanos coincidía, en lo fundamental, con las posiciones sostenidas por Inglaterra.

Así las cosas, el “apaciguamiento” permitió el rearme de Alemania y estimuló su agresividad, así como la de Italia y Japón, lo cual originó una etapa de agresiones abiertas de las tres potencias. El 3 de octubre de 1935, Italia invadió la Etiopía independiente con el objetivo de iniciar su expansión en el norte de África. Estados Unidos declaró su neutralidad en el conflicto, mientras Inglaterra y Francia (arrastrada progresivamente a la posición inglesa) protestaron, pero a la postre se pusieron de acuerdo con Mussolini, según los términos del pacto



Hoore-Laval, el cual reconocía un reajuste territorial en el África del nordeste a favor de Italia. La agresión a Etiopía sólo provocó la aprobación de algunas sanciones económicas (limitación del comercio con Italia en varios rubros) en la Liga de las Naciones; sanciones cumplidas por muy pocos países. Italia respondió a estas tímidas medidas abandonando la organización.

A partir de la segunda mitad de 1936, Alemania e Italia ayudaron con grandes cantidades de armas, aviones y soldados al general Franco, quien se había alzado contra el gobierno republicano del Frente Popular, democráticamente elegido por el pueblo español. Como ya hemos visto con anterioridad, las potencias occidentales no sólo permitieron la intervención italo-alemana en España, sino que contribuyeron a estrangular la república mediante la política de “neutralidad” estadounidense y la “no intervención” anglo-francesa, las cuales impidieron a los republicanos la adquisición de armas y otros recursos. Estimuladas por esta actitud, Italia y Alemania dejaron a un lado sus históricas discrepancias por las pretensiones comunes sobre Austria y formalizaron, en octubre de 1936, un acuerdo de alianza, al cual se sumaría Japón, un poco después, dando origen al llamado Eje Berlín-Roma-Tokio, aparentemente dirigido en exclusiva contra el movimiento comunista internacional, aunque en realidad se trataba del reparto de papeles para el establecimiento del llamado nuevo orden. Después de suscribir esta alianza, Japón extendió su agresión a todo el territorio de China, acción que sólo fue condenada fuertemente por la Unión Soviética, que además proporcionó ayuda militar al gobierno chino, como hacía, desde fines de 1936, en defensa de la España republicana.

A pesar de sus negativos frutos, la política de “apaciguamiento” se fortaleció desde mayo de 1937, cuando fue designado primer ministro de Inglaterra el conservador Neville Chamberlain, partidario acérrimo del entendimiento con Hitler a costa de otros países. En Francia también se hicie-

Planes del *Anschluss*

“La historia entera de Austria —manifestó Hitler— constituye un acto ininterrumpido de alta traición. Eso fue en el pasado y no ha mejorado en el presente. Esta paradoja histórica tiene forzosamente que llegar a un final que debió haber llegado hace mucho tiempo. Y puedo decirle, aquí y ahora, Herr Schuschnigg, que estoy absolutamente resuelto a que termine todo esto. El *Reich* alemán es una de las grandes potencias y nadie levantará su voz si él arregla a su modo sus problemas fronterizos”.

Bullock: *Hitler*, en E. Diaz: *Breve historia de Europa contemporánea*.

ron del poder los partidarios de esa línea de conducta, tras el fracaso del gobierno del Frente Popular, triunfador en las elecciones de febrero de 1936. Desde entonces, con el gobierno del Partido Radical, la política francesa se encadenó a la inglesa, perdiendo su independencia de actuación. Poco después de llegar a su cargo, Chamberlain le hizo saber a Hitler que Inglaterra y Francia no pondrían reparos a una revisión del Tratado de Versalles respecto de Austria, Checoslovaquia y Polonia, siempre que se hiciera de forma negociada y con la garantía alemana de respetar en el futuro los intereses de las potencias occidentales. Hitler no respondió a la proposición de Chamberlain, pero comprendió que tenía las manos libres para actuar por su cuenta, pues, en el peor de los casos, Francia e Inglaterra sólo se limitarían a protestar.

El 11 de marzo de 1938, Hitler reiteró públicamente su decisión de anexarse Austria y de unir “bajo un solo techo” a los alemanes dispersos en otros países. En la madrugada del siguiente día fue ocupada Austria y convertida en provincia alemana. Esta grave acción, que violaba el Tratado de Versalles y sentaba un funesto precedente, apenas se censuró por Londres, París y Washington. Tampoco ocurrió

una actuación enérgica de la Liga de las Naciones, la que de acuerdo con el tratado impuesto a Alemania debía garantizar la independencia austriaca. Una declaración soviética, que alertaba acerca del peligro que se cernía sobre Europa a partir de ese momento y llamaba con urgencia a actuar colectivamente frente a los agresores, no encontró eco en los gobiernos de las potencias occidentales, atemorizados por el rearme alemán.

Poco después de la anexión de Austria, Hitler exigió la incorporación de los Sudetes, región occidental de Checoslovaquia con una parte sustancial de población alemana. El gobierno inglés trató, enseguida, de utilizar los Sudetes para llegar al tan ansiado entendimiento con Alemania. Con ese objetivo, Chamberlain se entrevistó con Hitler el 15 de septiembre de 1938. En aquella reunión se decidió el futuro de Checoslovaquia. Allí se acordó que Inglaterra y Francia “convencerían” al gobierno checo para que cediera a los alemanes el territorio de los Sudetes. A cambio, Hitler se comprometió a respetar la integridad del resto de Checoslovaquia y a firmar tratados de no agresión con Inglaterra y Francia; o sea, a no formular en el futuro reivindicaciones que afectaran los intereses de ambas potencias. Sin el más mínimo pudor, Inglaterra y Francia sacrificaron a Checoslovaquia —aliada de los franceses y cercana amiga de los ingleses— para lograr sus objetivos. Por su parte, los temerosos gobernantes checoslovacos cedieron cobardemente a la presión anglo-francesa, desestimando el ofrecimiento de ayuda soviética y la opinión de su propio pueblo.

La monstruosa conspiración se consumó oficialmente en el Tratado de Munich, rubricado el 29 de septiembre en la capital de Baviera, en una conferencia en la cual participaron Inglaterra, Francia, Alemania e Italia, que actuó como mediadora. El acuerdo de Munich representó el momento culminante de la política de “apaciguamiento”. Los dirigentes

Planes sobre Checoslovaquia

“El generalísimo de la Wehrmacht, 24 de junio de 1937.

”Importante asunto secreto del mando.

”(…) La meta final es un ataque estratégico preparado sistemáticamente contra Checoslovaquia en tiempo de paz, que elimine al instante sus fortificaciones, coja a su ejército todavía en período de movilización y lo destruya y, aprovechando la división existente en el país, fuerce su rendición en breve tiempo”.

Proceso de Nuremberg. Documento 175-C, en E. Díaz: *Breve historia de Europa contemporánea*.

de las potencias occidentales habían logrado, finalmente, un entendimiento con Alemania y estaban convencidos de que en lo adelante Hitler trataría de satisfacer sus apetitos expansionistas con el vasto espacio del este europeo. Dicho de otra manera, se empujaba a Alemania a una casi inevitable guerra con la Unión Soviética, la cual sólo podría concluir con la destrucción o el debilitamiento extremo de ambos contendientes, según los cálculos de los “apaciguadores”, aunque éstos presentaron públicamente el acuerdo como un triunfo de la paz. Sin embargo, Churchill censuró en duros términos aquel acuerdo, al intervenir en la Cámara de los Comunes unos días después de la conferencia.



La Conferencia de Munich. Sus acuerdos no frenaron los planes expansionistas de Hitler, a pesar de los compromisos contraídos con las potencias occidentales.



Expansión de Alemania hasta marzo de 1939.

Pero los planes de Hitler eran otros y muy pronto demostró que no estaba dispuesto a respetar los compromisos contraídos en Munich. El 15 de marzo de 1939, las tropas alemanas ocuparon toda Checoslovaquia y la desintegraron. La parte occidental se incorporó al territorio alemán como un protectorado. Una parte de Eslovaquia se entregó a Hungría, aliada de Alemania, y en el resto se creó un Estado títere con los profascistas del patio. El día 22 fue ocupado el puerto lituano de Klaipeda, en el Báltico. El día 24, Hitler exigió a Polonia la entrega de Danzing y de todo el territorio del llamado pasillo polaco. Ese mismo día, Alemania proclamó el derecho a recuperar sus antiguas colonias. Por su parte, Mussolini reclamó a Francia varios territorios en disputa y a principios de abril

ocupó Albania, que desde hacía varios años era una especie de protectorado italiano.

El fracaso de Munich tuvo honda repercusión en los países occidentales. El rechazo a la política muniquense fue generalizándose rápidamente en la población. Se hizo evidente que la continuación de ésta representaría el suicidio político de sus sostenedores. En esas circunstancias, el 31 de marzo, Chamberlain declaró que Inglaterra garantizaría la independencia de Polonia y estaba dispuesta a prestarle ayuda, si era objeto de agresión y oponía resistencia. El primer ministro francés, Edouard Daladier, hizo una declaración análoga. Esta garantía se hizo extensiva después a Rumania, Turquía y Grecia. Al mismo tiempo, ambos gobiernos aceptaron, por fin, iniciar conversaciones con la

Unión Soviética, encaminadas a elaborar un pacto de ayuda mutua para garantizar la seguridad colectiva de Europa, algo que, como ya hemos visto, habían rechazado durante varios años.

Pero los hechos demostraron enseguida que esta actitud de las potencias occidentales no era sincera. En realidad se trató de una maniobra para engañar a la opinión pública y para tratar de conseguir por otros medios los objetivos de siempre. Por eso, precisamente, las conversaciones en Moscú se prolongaron de manera innecesaria y condujeron al fracaso. Hoy se conoce con precisión, a través de las actas taquigráficas de las reuniones del gabinete inglés, que a Moscú se enviaron delegaciones de bajo nivel con instrucciones de proceder con lentitud. Para dilatar las negociaciones, los delegados occidentales —en especial, los británicos—, rechazaban asumir cualquier compromiso concreto y acudían a reiteradas consultas con sus respectivos gobiernos.

Mientras tanto, en Londres y en Berlín se desarrollaban conversaciones secretas, en las cuales participaban funcionarios de alto nivel de los respectivos gobiernos. Se evidenciaba así que Inglaterra no había renunciado a sus planes de entendimiento con Hitler, a pesar del fracaso de Munich. Para lograr su propósito, Inglaterra llegó a proponer al régimen nazi “planes de colaboración anglo-germana de largo alcance” en Europa y en otras regiones, los cuales se traducían en un reparto de esferas de influencia, según el cual, Alemania sería la potencia dominante en el continente con derechos preferenciales sobre la Europa sudoriental, en tanto Inglaterra y Francia seguirían como dueñas, en lo fundamental, de sus respectivos imperios coloniales.

No obstante, Hitler no se animaba a entenderse con Inglaterra. Alemania quería más de lo que se le ofrecía, pretendía el dominio mundial. Poco después de la ocupación de Checoslovaquia, el *Führer* había decidido que la guerra comenzaría por Polonia y luego se extendería a Occidente. Sólo tras la consolidación del dominio ger-

Churchill y el acuerdo con la Unión Soviética

“No puede caber dudas, incluso a la luz de la perspectiva histórica, de que la Gran Bretaña y Francia deberían haber aceptado las propuestas rusas. Pero Mr. Chamberlain parecía encantado por el enigma de la esfinge. Cuando los acontecimientos se desarrollaron con tal rapidez y abundancia como ocurrió en aquel tiempo, lo más acertado es dar consecuentemente un paso tras otro. La alianza de Inglaterra, Francia y Rusia en 1939 habría despertado la más profunda alarma en el corazón de Alemania, y nadie puede probar que la guerra no habría sido evitada entonces. El paso siguiente podría haber sido emprendido existiendo superioridad de fuerzas de los aliados. La diplomacia habría reconquistado la iniciativa. Hitler no podría haberse permitido ni embarcarse en una guerra en dos frentes, que con tanta fuerza condenó siempre él mismo, ni permitir un fracaso. Es una lástima que no fuera colocado en tan difícil situación...”

I. Maiski: *¿Quién ayudó a Hitler?*

mano en las zonas occidentales se atacaría a la Unión Soviética. Alemania no quería combatir en dos frentes simultáneamente, como había ocurrido en la guerra de 1914, y para evitarlo, desde principios de 1939, Hitler insinuaba a la dirección soviética su deseo de mejorar las relaciones bilaterales y firmar un acuerdo de no agresión. Alemania propuso acuerdos similares a Noruega y Suecia, que los rechazaron, y a Dinamarca, Estonia y Letonia, que los firmaron entre mayo y junio. El gobierno soviético, según posteriores comentarios de Stalin, sabía perfectamente que un arreglo con Alemania significaría el inicio de la guerra. Por eso actuaba con cautela y dejaba sin respuestas las reiteradas proposiciones de Berlín para mejorar las relaciones, formuladas con más insistencia a partir de mayo. Acerca de la posición de la Unión Soviética en este sentido, resultan reveladoras las siguientes palabras contenidas en una nota enviada por el embajador alemán en Moscú a su cancillería el día 4 de agosto, según consta en la página 390 de la recopilación de documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania, publicada por la Editorial Progreso: “Tengo la impresión de que, actualmente, el gobierno soviético está decidido a concertar un tratado con



El papa Pío XI (Achille Ratti) —murió poco antes del inicio de la guerra—, fervoroso anticomunista. En ocasiones condenó el nacionalsocialismo, pero coqueteó con Mussolini a partir de 1929.

Inglaterra y Francia si éstas cumplen con los deseos soviéticos”.

Todo parece indicar que durante cuatro meses, la Unión Soviética hizo notables esfuerzos para evitar el fracaso de las negociaciones con Inglaterra y Francia, aunque conocía la existencia de los contactos secretos anglo-germanos y suponía que las conversaciones en Moscú se utilizaban por los gobernantes ingleses para presionar a Hitler y llevarlo a un entendimiento, a un nuevo Munich, que tendría necesariamente una orientación antisoviética, para lo cual estaban dispuestos, incluso, a posibilitar el tránsito de los alemanes a través de Polonia, abandonando su compromiso con aquel país. Los gobernantes soviéticos estaban persuadidos acerca de que un acuerdo político-militar de ayuda mutua de la Unión Soviética con aquellas potencias era la última posibilidad para salvar la paz y lo que más convenía a todas las partes involucradas en las conversaciones. Pero, al final, los ingleses, tras múltiples pretextos y maniobras dilatorias, se negaron a firmar un acuerdo militar, escudándose en la postura del gobierno polaco de no permitir el uso por los soviéticos de su espacio aéreo y

terrestre; lo cual resultaba imprescindible, pues la Unión Soviética no tenía fronteras con Alemania. En el período final de las negociaciones, los franceses, asustados por el curso de los acontecimientos internacionales, adoptaron una posición más flexible, pero ellos solos poco podían hacer para cambiar las cosas.

En general, las fuerzas conservadoras europeas, incluida la Iglesia católica, apoyaron la actitud de Inglaterra y Francia. En el caso de la Iglesia, el papa Pío XI temía que una alianza con las dos democracias occidentales diera a la Unión Soviética la oportunidad de ocupar un lugar más importante en la diplomacia europea. Pero hubo políticos —incluso, inveterados anticomunistas como Winston Churchill— que adoptaron una posición realista y respaldaron la concertación de un acuerdo con los soviéticos.

En el verano de 1939, la situación de la Unión Soviética resultaba en extremo complicada, estaba expuesta a un grave peligro. Si continuaba indefinidamente y sin resultado alguno las conversaciones con Occidente, corría el riesgo de que Hitler se entendiera al final con Inglaterra y Francia y comenzara la guerra contra ella, tras liquidar a Polonia; guerra a la cual se sumaría con toda seguridad Japón, que durante 1938 y en los primeros meses de 1939, con el beneplácito de los ingleses, había combatido contra los soviéticos en el Lejano Oriente, zona ambicionada por los nipones. En esas circunstancias, el 21 de agosto de 1939, asumiendo que las negociaciones con las potencias occidentales habían llegado a un callejón sin salida, la Unión Soviética decidió cancelarlas y aceptar el ofrecimiento alemán. Dos días después se firmó el Tratado Germano-Soviético de no Agresión, por el cual ambas partes se comprometían a mantenerse al margen ante un conflicto con terceros países. En las conversaciones correspondientes, Alemania se comprometió, además, a influir sobre Japón para que cesara su actitud de hostilidad hacia la Unión Soviética, lo que ocurrió en efecto.

Pacto germano-soviético

“Artículo I. Las dos partes contratantes se comprometen a abstenerse de realizar una contra otra todo acto de violencia, toda acción agresiva y todo ataque, tanto individualmente como en unión de otras potencias.

”Artículo II. Caso de que una de las partes contratantes fuera objeto de agresión por una tercera potencia, la otra parte contratante no apoyará en forma alguna a esta potencia.

”Artículo III. Los gobiernos de ambas partes contratantes mantendrán en el futuro un contacto continuo a efectos de consulta, con objeto de informarse recíprocamente de cuestiones que afecten a sus intereses comunes.

”Artículo IV. Ninguna de las dos partes contratantes se adherirá a ninguna agrupación de potencias contrarias directa o indirectamente, a la otra parte”.

Protocolo adicional secreto

“La cuestión de si a ambas partes les parece apetecible la continuación de Polonia como Estado independiente y los límites que habrían de ser fijados a este Estado, podrá ser dilucidada definitivamente en el transcurso de la ulterior evolución política. De todos modos, ambos gobiernos solucionarán esta cuestión por la vía de un entendimiento amistoso(...)

”3. Con respecto al sudeste de Europa, la parte soviética manifiesta claramente su interés por Besarabia. Alemania declara desinteresarse políticamente de este territorio.

”4. Este protocolo será considerado absolutamente secreto por ambas partes.

(23 de agosto de 1939)

E. Díaz: *Breve historia de Europa contemporánea.*

Este acuerdo, que indiscutiblemente representó un giro de 180 grados en la política soviética con relación a Alemania y sus aliados, alejó la guerra durante casi dos años y les permitió a los soviéticos fortalecer su capacidad militar, de vital importancia a partir de mediados de 1941, cuando finalmente ocurrió la agresión germana. Si todo hubiera quedado ahí —es decir, si sólo se hubiese tratado de un compromiso de no agresión—, aquel paso tendría una justificación histórica. Pero la inclusión en ese tratado —al parecer, a petición de la Unión Soviética— de un protocolo adicional secreto (se conocería en detalles muchos años después, aunque se sabía de su existencia), según el cual ambas potencias se repartirían a Polonia y otras regiones del sudeste europeo, no puede justificarse en modo alguno.

Aquél fue un acto indecente, normal en el caso de la Alemania fascista, pero totalmente inadmisibile en correspondencia con la ética y los principios del socialismo. Ese acuerdo dañó mucho el prestigio de la Unión Soviética, de la causa que ella representaba y del movimiento comunista internacional, y les proporcionó argumentos a sus enemigos para presentar a los soviéticos como responsables del estallido de un conflicto, que fue



Stalin (centro), Ribbentrop (derecha) y Molotov (izquierda), tras la firma del pacto germano-soviético.



El 1º de septiembre de 1939, Hitler anunciaba desde el *Reichtag* el inicio de la invasión a Polonia.

el resultado, en gran medida, de la política de tolerancia y concesiones practicada por las potencias occidentales en relación con Alemania y sus aliados.

En los últimos días de agosto, todo el mundo estaba seguro de que la guerra estallaría de un momento a otro. No obstante, entre el 28 y el 31 de ese mes, se ensayaron sendos intentos para evitar la inmediata conflagración. Por una parte, Mussolini intentó en vano la convocatoria de una conferencia internacional para posponer el inicio de las hostilidades; actitud que respondía al hecho de que Italia no se sentía aún suficientemente preparada para sumarse al conflicto y, por otra, el Reino Unido trató de propiciar una reunión de los gobiernos polaco y alemán con el objetivo de resolver las diferencias mutuas y superar los incidentes fronterizos, a los cuales Alemania aludía constantemente para justificar sus amenazas contra Polonia. Por su parte, el 31 de agosto, el papa Pío XII hizo un llamamiento a Ita-

lia, Alemania, Francia e Inglaterra para solucionar pacíficamente los problemas de Europa. Pero todo ello resultó inútil ante la firme decisión de Hitler de comenzar la guerra, y en la madrugada del 1º de septiembre, las tropas germanas penetraron en el territorio polaco. Así empezó la Segunda Guerra Mundial, cuyo desarrollo y desenlace originarían profundas transformaciones en los países que participaron en ella y en el conjunto del escenario internacional.

En esencia, la Segunda Guerra Mundial constituyó el punto más alto de la crisis interimperialista que estalló en 1914 y que no se había resuelto completamente por los tratados de paz de 1919. Los acuerdos políticos logrados en la Conferencia de París y la Liga de las Naciones eran muy frágiles, por lo cual los conflictos de intereses que había provocado la primera guerra seguían vigentes. Fue una guerra total debido a que los beligerantes emplearon no sólo todo su potencial militar, sino también sus recursos económicos y políticos. La lucha comenzó como europea y terminó en un conflicto mundial en el cual participaron, de uno u otro modo, 61 naciones de todos los continentes, los cuales representaban las tres cuartas partes de la población del orbe. Durante la contienda se movilizaron como combatientes algo más de 110 millones de personas, más de la mitad procedentes de la Unión Soviética, Alemania, Estados Unidos e Inglaterra.

ARMAS Y TÁCTICAS

En la Primera Guerra Mundial se impusieron las armas defensivas: fusiles, ametralladoras, minas, que explican la estabilización de los frentes, las trincheras. En la Segunda, el predominio fue de armas ofensivas, con lo cual las campañas se caracterizaron por su extraordinaria movilidad. El protagonismo lo desempeñaron el avión, que permitía la utilización de tropas aerotransportadas y podía destruir

la retaguardia o las ciudades enemigas, y el tanque, dotado de cañones cada vez más poderosos y ante cuyo empuje se hundían todos los sistemas defensivos estáticos. Todas las demás armas se transformaron para hacer frente a estas dos fundamentales; se dotó a la infantería de secciones de ametralladoras antiaéreas, transportadas en camiones, y se instalaron minas —un campo continuo de 14 kilómetros se ex-



Cañón de 210 mm alemán.

tendió frente a Moscú— y otros procedimientos antitanques. Por otra parte, se señaló cierta supremacía de las armas de tiro curvo, como los morteros.

El submarino constituyó un elemento importante de la guerra naval, pero su actuación no resultó tan definitiva como en 1914, porque se encontraron sistemas de lucha contra él, como las minas submarinas y las cargas de profundidad. Un papel más significativo en el mar lo desempeñaron los portaaviones, que permitían la combinación de la aviación y la marina. Mas, Hitler subestimó la importancia de los portaaviones, considerándolos inservibles



Flotilla de submarinos alemanes. Estas naves hundieron 2 603 barcos aliados de todo tipo entre 1939 y 1945.

ante los ataques de los submarinos. La aviación se destacó como el arma decisiva en todos los escenarios, incluso en la guerra oceánica. Los aviones no sólo eran bombarderos que podían destruir las líneas de comunicaciones adversarias, sino que en muchos momentos los paracaidistas transportados por ellos eran capaces de cambiar la suerte de una batalla.

En una fase avanzada de la contienda, cuando el tanque había perdido gran parte



A la izquierda, un grabado de aviones Stuka atacando un convoy naval británico. A la derecha, las *Panzerdivisionen* germanas avanzan vertiginosamente a través de las Ardenas belgas, hacia la capital francesa, en una maniobra sorprendente.



El arma más espectacular de los soviéticos en la Segunda Guerra Mundial, el lanzaminas propulsadas a reacción, más conocido por Katiuska.

de su supremacía y se había establecido cierto equilibrio en el aire, aparecieron armas autopropulsadas como las bombas volantes V-1 y V-2 que, catapultadas desde rampas de lanzamiento en la costa meridional del canal de la Mancha y en Holanda, cayeron sobre Londres desde mediados de 1944. Poco antes habían entrado en acción



Vista interior de la "línea Maginot", formada por túneles, campos de minas y bunkers, y que resultó inútil ante la maniobra envolvente de la Wehrmacht.

las famosas Katiuskas soviéticas, que al principio sembraron el pánico en el campo enemigo. En agosto de 1945 apareció la poderosa arma atómica, arrojada de manera innecesaria y criminal sobre Japón por parte de Estados Unidos, con el pretexto de promover la rendición de aquel país, ya prácticamente vencido.

La guerra adquirió dimensiones nuevas. Con el uso masivo de la aviación, los civiles alejados del frente estaban expuestos a los rigores del conflicto como si estuvieran en primera línea. Dirigir la guerra se hizo algo muy complicado. Las divisiones se contaban por centenares, las líneas de comunicación con el frente adquirieron una mayor complejidad, era necesario calcularlo todo con exactitud, organizar los abastecimientos, mantener el ritmo de producción imprescindible, etc. Así nació una rama de la ciencia militar llamada logística. Por otra parte, la renovación del armamento implicó la de las tácticas. La guerra mecanizada permitió nuevas posibilidades de cerco, de bolsas, de maniobras envolventes, mientras hizo inútiles las fortificaciones lineales de trincheras, como el caso de la conocida línea francesa Maginot, durante la guerra de 1914. Según cuenta en sus memorias el general Charles De Gaulle, la confianza en la "línea Maginot" influyó negativamente en la estrategia militar del país y contribuyó a hacer de la pasividad el primer principio de la defensa nacional.

LA PRIMERA FASE: LA SUPREMACÍA DEL EJE

El viernes 1º de septiembre de 1939, a las 4 horas y 45 minutos, el ejército alemán se lanzó sobre Polonia, poniendo en práctica el llamado Plan Blanco. El número de tropas alemanas y polacas era prácticamente similar. Hitler envió un millón y medio de soldados y los polacos esperaban reunir alrededor de esa cifra. Sin embargo, los alemanes contaban con diez divisiones

acorazadas, cuatro motorizadas y tres de montaña, mientras los polacos sólo disponían de una brigada acorazada, una motorizada y algunos batallones de carros de combate. En el aire, la superioridad germana era aplastante: 2 600 aviones modernos contra unos 900 aparatos, en su mayoría obsoletos. La estrategia polaca consistía en una rígida defensa de toda la frontera

Parte de guerra alemán no. 1

“Berlín, 1º de septiembre de 1939.

”Por orden del *Führer*, comandante supremo de las fuerzas armadas, la Wehrmacht ha asumido la protección activa del *Reich*. En cumplimiento de la misión encomendada, para poner freno a la potencia polaca, esta mañana unidades del ejército alemán han pasado al contraataque en las fronteras entre Alemania y Polonia. Grupos de la Luftwaffe han emprendido el vuelo para atacar objetivos militares en Polonia. La marina de guerra ha asumido la protección activa del mar Báltico”.

Tomado de Enciclopedia Encarta de 2006.

y preveía varias semanas de escaramuzas preliminares. Pero ambos cálculos resultaron incorrectos. En la madrugada del día primero, oleadas de bombarderos alemanes atacaron las líneas férreas y bloquearon la movilización polaca, la cual apenas pudo agrupar seis divisiones de infantería y ocho brigadas de caballería. En los cuatro días siguientes, los alemanes desplegaron (desde Prusia Oriental y Silesia), de forma simultánea, fuerzas acorazadas, aviación e infantería, y mediante un movimiento

en forma de pinza envolvieron al enemigo. En ello consistió la *Blitzkrieg* (guerra relámpago).

Los alemanes rodearon Varsovia entre el 8 y el 10 de septiembre, bloqueando las fuerzas polacas al oeste de la capital. El día 17, un segundo y más profundo movimiento envolvente se cerró cerca de Brest. Polonia estaba prácticamente vencida. Ese mismo día, el Ejército Rojo penetró en las fronteras polacas y ocupó los territorios de Ucrania y Bielorrusia occidental. Rusos y alemanes se encontraron en Brest-Litovsk, en el mismo lugar donde 21 años antes se firmara la capitulación rusa ante Alemania. Stalin justificó la acción, señalando que no podía dejar a merced de los ocupantes a los pueblos de estas regiones, pertenecientes a Rusia hasta 1920. En realidad, ello resultaba previsible en virtud del inmoral e injustificable protocolo secreto del pacto germano-soviético, firmado en agosto de 1939, que prácticamente permitía a la Unión Soviética alcanzar las fronteras del antiguo Imperio zarista. El 28 de septiembre, Polonia se rindió formalmente. Ese mismo día se firmó en Moscú el tratado “germano-soviético de amistad y de fronteras”, que consagró la desaparición del Estado polaco y delimitó las zonas de ambos ocupantes, ahora convertidos en

La guerra relámpago

“La máquina de guerra de Hitler había evidenciado en sólo una semana de la campaña de Polonia el retraso de la concepción bélica de las potencias occidentales. Habíamos asistido a una exhibición perfecta de la *Blitzkrieg* —guerra relámpago— moderna, basada en la estrecha cooperación del ejército y la aviación, el violento bombardeo de todas las comunicaciones y, sobre todo, el irresistible empuje de grandes columnas blindadas. No habrían de ser los polacos los últimos en conocer semejante experiencia”.

Winston Churchill: *Memorias*.



Primero de septiembre de 1939. Los soldados alemanes rompen las señales y las barreras de la frontera polaca. Así comenzó la Segunda Guerra Mundial.



Repartos de Polonia

Polonia fue repartida entre Rusia, Austria y Prusia en 1772, 1793 y 1795, ocasión esta última en que fue disuelta para permanecer 125 años bajo dominio extranjero hasta su renacimiento en 1918.

Importancia del Ruhr

En varias ocasiones, Hitler dijo a sus generales que el éxito de la campaña de Polonia y el curso posterior de la guerra, dependían de la seguridad del Ruhr, donde se concentraba el grueso de la producción militar alemana.

aliados. De esta manera aconteció el cuarto y último reparto de la nación polaca, a la cual aún le estaban reservados grandes sufrimientos, incluido el exterminio en masa de una parte considerable de su población; en particular, la de origen judío.

¿Cuál fue la actitud de las potencias occidentales ante la guerra contra Polonia? Estados Unidos se declaró neutral, en espera de sacar provecho del conflicto, según se deduce de los comentarios oficiales y de la prensa norteamericana, las cuales no ocultaban su júbilo por los beneficios que la guerra reportaría a la economía. Al respecto resultan ilustrativas las declaraciones de políticos, analistas y empresarios, recogidas en el periódico *The New York Times* durante septiembre y octubre. Henry Ford, por ejemplo, consideraba que el país debía proporcionar a ambos bandos los medios para seguir combatiendo hasta que se destruyeran, y esta opinión era compartida por personas influyentes. Pero la situación de Inglaterra y Francia

resultaba más comprometida, ellas habían “garantizado” la independencia polaca. Durante dos días, las dos potencias realizaron gestiones —directamente y a través de Franco y de Mussolini— para llegar a un acuerdo con Hitler, pero la intransigencia del *Führer* las obligó a declararle la guerra el día 3 de septiembre. No obstante, se trató de un acto formal, más bien encaminado a presionar a los alemanes para conseguir un entendimiento, pues no tenían intenciones de combatir y no lo hicieron.

Si los franceses y británicos hubieran lanzado una ofensiva en la Renania, corazón industrial de Alemania y su talón de Aquiles —según expresión del mismo Hitler—, éste hubiese tenido que combatir en dos frentes —para lo que no estaba preparado— y Polonia habría podido resistir. Pero, hasta abril del siguiente año, las tropas francesas permanecieron inactivas detrás de la “línea Maginot” y tampoco combatió la fuerza expedicionaria británica enviada al continente. Salvo en el mar, donde los submarinos alemanes asediaban las naves mercantes y la marina inglesa había impuesto el bloqueo a Alemania, resultaba tan escasa la actividad militar en este período que ha pasado a la historia con el calificativo de “guerra extraña” o “guerra boba”, como la llamaron los franceses. Con su pasividad, los aliados occidentales evitaban provocar a Hitler, con la esperanza de que éste extendiera el conflicto a otros escenarios. Por aquellos tiempos llegó, incluso, a limitarse o suspenderse la propaganda antinazi



Tropas alemanas en las ruinas de Varsovia, esperando la llegada de Hitler.

en Inglaterra y Francia, y en el caso de esta última se reprimió las fuerzas que exigían un cambio de actitud de las autoridades. Sin embargo, el mando alemán aprovechó aquellos meses para organizar la invasión a Occidente.

Con el evidente objetivo de ganar tiempo para los preparativos y para intentar presentar a las potencias occidentales como responsables de la continuación del estado de guerra, el 6 de octubre, Hitler formuló una propuesta de paz, a sabiendas de que sería inaceptable. Alemania exigía la devolución de las colonias y el reconocimiento a su hegemonía en Europa. Inglaterra y Francia rechazaron las condiciones germanas, pero trataron de llegar a un acuerdo, mediante la mediación de los reyes de Bélgica y Holanda, cuyas gestiones fueron finalmente desestimadas por el dictador alemán.

Mientras tanto, estalló la guerra entre Rusia y Finlandia. Por exigencias de Moscú, durante casi dos meses, los dos países habían realizado negociaciones en las cuales la Unión Soviética pretendía un trueque de territorios y el arriendo de otros, argumentando la necesidad de fortalecer la seguridad de Leningrado (actual San Peterburgo), muy próxima a la frontera finesa. Pero, ante la firme decisión finlandesa de no sacrificar su integridad territorial en función de la seguridad preventiva de su gran vecino, la Unión Soviética desencadenó la confrontación el 30 de noviembre. En verdad, Finlandia tenía entonces un gobierno antisoviético y también que la Unión Soviética temía por su debilidad en aquella zona, pero estas razones no justificaban este paso de un país de más de 150 millones de habitantes contra otro, igualmente independiente y soberano, de apenas 4 millones.

Al margen de la polémica actuación de la Unión Soviética, es necesario señalar que el conflicto se utilizó intensamente por Occidente para alejar la guerra hacia otro escenario y para buscar una conciliación de intereses con Alemania sobre una base antisoviética. Inglaterra y Francia, con el apoyo de Estados Unidos, se propusieron

Primer atentado a Hitler

El 8 de noviembre de 1939, Georg Elser, carpintero comunista de Munich, colocó una bomba que estalló poco después de que Hitler abandonara el lugar donde habló para conmemorar el *putsch* de 1923. Elser fue internado en un campo de concentración, pero el régimen atribuyó esta acción de la resistencia a los servicios de inteligencia extranjeros.

enviar ayuda militar a Finlandia y prepararon, incluso, planes de intervención militar por el norte y el sur de la Unión Soviética. Según cuenta en sus memorias el general De Gaulle, por aquellos días en los círculos políticos y militares franceses se pensaba más en una guerra contra la Unión Soviética que en combatir a los alemanes. Mas, no pudo enviarse una fuerza expedicionaria a Finlandia, porque Suecia y Noruega se negaron a permitirle el paso. A principios de febrero de 1940, después de una errática actuación, las tropas soviéticas, no sin grandes esfuerzos, forzaron la famosa línea Mannerheim y el gobierno finés tuvo que aceptar las demandas de la Unión Soviética, según el tratado firmado el 12 de marzo de aquel año. La cuestionable guerra contra Finlandia les costó a los soviéticos más de 200 000 bajas: 48 745 muertos y 158 000 heridos.

Por su parte, en febrero de 1940, Alemania tenía listo el plan de invasión a Francia, el cual recibió el nombre de Plan Amarillo. Pero, aconsejado por sus generales, Hitler decidió ocupar primero Dinamarca y Noruega, importantes por sus riquezas



Campo de concentración de Buchenwald.



La línea Mannerheim

Era un conjunto de fortificaciones militares situadas en el istmo de Carelia, en la frontera con la Unión Soviética, apenas a 40 kilómetros de la ciudad de Leningrado.

minerales y como bases para la aviación y la marina alemanas en el Mar del Norte. La llamada operación Weser comenzó el 12 de abril. Dinamarca no ofreció resistencia y la que opuso Noruega, con una tardía y simbólica ayuda anglo-francesa, fue quebrada con rapidez. En el escenario noruego sucedió el primer verdadero choque entre las fuerzas terrestres de Alemania y las de Inglaterra y Francia, después de siete meses de guerra, aunque ese enfrentamiento resultó breve por la pronta retirada de los aliados. En la ocupación de Noruega, los nazis contaron con la ayuda del mayor Vidkun Quisling, quien había sido ministro de Defensa del país y suministró importantes informaciones. Quisling era líder del National Samling, un pequeño partido de inspiración fascista, y mantenía estrechas relaciones con Hitler. Tras la ocupación, encabezó un gobierno pelele. Desde entonces, se acuñó internacionalmente el calificativo de *quisling* para designar a los gobernantes títeres nombrados por una potencia extranjera y a su servicio.

El 10 de mayo, después de terminada la breve campaña de Noruega, se inició la invasión de Occidente. Ambos bandos disponían aproximadamente del mismo número de tropas (136 divisiones germa-



Winston Churchill en su despacho del no. 10 de Downing Street.

nas contra 133 aliadas) y carros de combate, con cierta superioridad alemana en la aviación. No obstante, la ventaja decisiva de los alemanes consistía en que habían preparado sus movimientos detalladamente, mientras que los aliados anglo-franceses tuvieron que improvisar su estrategia, carecían además de un mando unificado. Esta falta de preparación fue el resultado de la miope política de apaciguamiento seguida por estos gobiernos, que al final se volvió contra ellos. El fracaso de esa política provocó la sustitución de Chamberlain y el nombramiento de Churchill, partidario decidido de la lucha contra Alemania, al frente del gobierno inglés recién iniciada la invasión de Alemania.

En la madrugada del 10 de mayo, las tropas aerotransportadas alemanas llegaron a Bélgica y Holanda para apoderarse de aeropuertos, puentes y fortalezas. El ejército holandés se rindió cuatro días después. Ese mismo día, el grueso de las fuerzas germanas partió de las Ardenas (en una operación inesperada) por la retaguardia de los ejércitos británico y francés que apoyaban a las tropas belgas en dirección a la costa. En poco tiempo fue ocupada Bélgica, mientras las tropas alemanas avanzaban profundamente en territorio francés. Hacia el 26 de mayo, franceses e ingleses fueron empujados hacia la costa, cerca de la playa de Dunkerque, por donde pudieron embarcarse precipitadamente más de 330 000 hombres; entre ellos, cerca de 90 000 franceses. Ello fue posible porque el general Gerd von Rundstedt



Barcos franceses e ingleses en la playa Dunkerque.

trasmitió la orden dada en Berlín de mantenerse a distancia. ¿Por qué Hitler impartió esa orden? Según cuenta en su diario el general Halder, jefe de su estado mayor, en esos días el *Führer* estaba muy nervioso y quizá sufrió un titubeo, una depresión típica de su carácter inestable. Pero también es probable y mucho más verosímil, como sostuvieron algunos de sus cercanos colaboradores, que Hitler quisiera tener un gesto con los ingleses para inclinarlos a abandonar la lucha.

De todas formas, después del desastre de Dunkerque, la derrota de Francia resultaba un hecho. En esas circunstancias, el 10 de junio, Mussolini no quiso esperar más (aunque Italia no estaba aún suficientemente preparada) y les declaró la guerra a los aliados para poder participar en el reparto del botín, invadiendo a Francia por la frontera de Saboya. Ese día, el gobierno francés huyó de la capital y 48 horas después la proclamó ciudad abierta, ordenando pasar por las armas a quien ofreciera resistencia a los invasores; inaudito acto que se justificó con el supuesto deseo de evitar destrucciones. El 17 de junio, el anciano y profascista mariscal Petain, nombrado el día anterior como jefe de gobierno, solicitó un armisticio firmado el día 22 con Alemania y el 24 con Italia. Los mediadores fueron España y el Vaticano, respectivamente. La capitulación francesa ante Alemania se rubricó en el bosque de Compiègne y en el mismo vagón ferroviario donde el mariscal Foch impuso la rendición a los alemanes en noviembre de 1918. Ésta fue una vengativa humillación ideada por Hitler, quien presenció jubiloso la ceremonia.

De acuerdo con las condiciones del armisticio impuesto a los vencidos, Alemania ocupó directamente todo el norte y la franja atlántica de Francia, la zona más industrializada del país, mientras en el resto se creó un gobierno pelele encabezado por el



Firma del armisticio franco-alemán.

mariscal Petain, con capital en la ciudad-balneario de Vichy. Mediante este gobierno, supuestamente representaba los intereses de Francia, Hitler pensaba mantener el control de la dispersa flota y de las colonias francesas. Sin embargo, más adelante, la flota fue destruida o cayó

en manos de los aliados occidentales, al tiempo que una parte de las colonias fue conquistada por los japoneses (Indochina) y la otra caería paulatinamente bajo el control de los aliados. En estas circunstancias, en noviembre de 1942, las tropas alemanas ocuparon toda Francia. A partir de ese momento, el gobierno colaboracionista de Vichy sería una ficción, pues en realidad mandaban los ocupantes.

Por su parte, Italia obtuvo menos de lo que pretendía. El *Duce* había insistido ante Hitler para que Francia firmara con ambos países simultáneamente; pero éste no aceptó y rechazó al mismo tiempo las desmesuradas reclamaciones de su aliado. En realidad, Italia había entrado en combate el día 20, después de la rendición francesa, y aun así encontró fuerte resistencia en el llamado frente alpino. De acuerdo con el armisticio rubricado en Roma, los italianos ocuparon la reducida franja de territorio que habían conquistado y consiguieron la desmilitarización de los puertos de Tolón, Ajaccio y Orán, así como el derecho para la utilización del puerto de Djibuti en la Somalia francesa y del ferrocarril que lo unía con Addis Abeba.

Francia había sido vencida y ocupada, pero frente a la incapacidad y la traición de sus principales líderes militares y de sus gobernantes, se alzaron



El 23 de junio, después de presenciar la capitulación francesa, Hitler hace turismo en París.



hombres como el general De Gaulle, quien desde Londres, el día 18 de junio, llamó a los franceses a continuar la lucha dentro y fuera del país por una Francia libre. Y, sobre todo, se alzó una buena parte del pueblo, que muy pronto se organizó en un pujante movimiento de resistencia en el campo y en las ciudades. Este movimiento, en el cual se destacaron las fuerzas de izquierda y, en particular, los comunistas, desempeñó un importantísimo papel en el combate contra los ocupantes y contribuyó notablemente a la liberación del país, a pesar de que, por razones políticas —es decir, por temor a un excesivo protagonismo de la izquierda en la posguerra—, Inglaterra y Estados Unidos trataron de marginar a la resistencia en la etapa final de la contienda.

Tras la derrota de Francia, la situación de Inglaterra se tornó muy difícil. El país tuvo que enfrentar la inminente posibilidad de una invasión alemana. Pero finalmente, a pesar de la insistencia de Goering, quien auguraba una victoria segura, Hitler no quiso arriesgarse con una gran operación a través del canal de la Mancha que evidentemente resultaría muy costosa, mientras esperaba la tarea de extender la

guerra a la Unión Soviética. Las acciones contra Inglaterra se concretaron a varios meses de intensos y masivos bombardeos sobre ciudades e instalaciones militares y productivas, los cuales causaron cuantiosas pérdidas materiales y humanas, aunque fueron repelidas con éxito por los británicos, en lo cual influyó la utilización del radar, recientemente inventado. En ello consistió la llamada batalla de Inglaterra, en la cual Alemania perdió más de 2 000 aviones. Para asegurar su superioridad naval, el 4 de septiembre, Inglaterra firmó con Estados Unidos un pacto mediante el cual, a cambio de 50 torpederos, cedía por 99 años diferentes bases en sus posiciones de América.

Aunque, durante la batalla de Inglaterra, el mando alemán había pensado en la ocupación de las colonias francesas del norte africano e, incluso, se hicieron gestiones con España para utilizar su territorio con ese fin; en realidad, Hitler había comunicado a sus generales, desde finales de julio, que la próxima ofensiva de gran envergadura sería contra la Unión Soviética. El *Führer* no quería darle más tiempo a Stalin en la preparación de la defensa. Por eso, el plan de invasión a las islas británicas, cifrado con el nombre de León Marino, se pospuso indefinidamente a partir de septiembre. No obstante, los bombardeos sobre Londres y otras ciudades se mantuvieron durante algún tiempo, aunque con menos intensidad, con el fin de enmascarar el objetivo fundamental.

A Hitler le preocupaban mucho las medidas adoptadas por la Unión Soviética en el verano de 1940. Entre junio y julio, los soviéticos se anexaron las repúblicas de Lituania, Letonia y Estonia (antiguos territorios del Imperio ruso, independientes desde 1918), con el pretexto de la actividad antisoviética de sus gobiernos y el supuesto deseo de la mayoría de sus habitantes. En junio, algo similar ocurrió con las regiones de Besarabia y Bucovina, pobladas mayoritariamente por rumanos y desde 1918 en poder de Rumania. A pesar de las difíciles circunstancias de entonces



Alemania trató de quebrar la resistencia inglesa con terribles ataques aéreos. Esta foto muestra el derrumbe de un edificio londinense cerca de la catedral de San Pablo.

y de los pretendidos derechos históricos de los soviéticos, argumentados sobre todo en los casos de Besarabia y Bucovina, resulta imposible admitir tal proceder por parte de un Estado que se proclamaba socialista. De cualquier forma, la apropiación de estos territorios unidos a los obtenidos en Polonia y Finlandia avanzaban de manera notable las fronteras soviéticas hacia Occidente y representaban un factor de gran importancia para el fortalecimiento de la capacidad defensiva del país. Y Hitler no quería dar a Stalin el tiempo suficiente para organizar debidamente la defensa en las nuevas fronteras.

Y mientras Alemania comenzaba los preparativos para invadir a la Unión Soviética, la guerra se extendió al norte de África y a los Balcanes. Mussolini, tratando de hacer su propia guerra, se apoderó de la Somalia británica y penetró en Kenya y Sudán. En septiembre de 1940 lanzó una ofensiva sobre Egipto, partiendo desde Libia. A principios de 1941, los ingleses expulsaron a los italianos de Egipto; penetraron profundamente en Libia, apoderándose de Bardía y Benghasi, hicieron más de 100 000 prisioneros y ocuparon unos 400 tanques. Los ingleses también penetraron en Etiopía y el 10 de abril de 1941 repusieron en el trono a Haile Selassie. La incapacidad italiana fue aún más patente en el caso de Grecia, invadida desde Albania por fuerzas italianas en octubre de 1940. Con la ayuda de los ingleses, los griegos propinaron una contundente derrota a Mussolini. En noviembre de 1940 y marzo de 1941, los ingleses también golpearon duramente a los italianos en el mar en las batallas de Tarento y el cabo de Matapán, respectivamente, en las cuales fueron hundidas o dañadas severamente numerosas naves. Durante algún tiempo, Hitler se mantuvo al margen de lo que allí ocurría, como forma de castigo al inconsulto proceder de Mussolini, pero en el mes de febrero de 1941 envió al general Erwin Rommel, al mando del *Africa korps*, para ayudar a sus aliados italianos, quienes se encontraban en una situación muy difícil. Ello prolongó

Besarabia y Bucovina

Estos territorios fueron anexados por el Imperio ruso a principios del siglo XIX y recuperados por Rumania durante la guerra civil que siguió al triunfo de la revolución en Rusia en 1917. Su pertenencia a los rumanos fue reconocida en los tratados que pusieron fin a la Primera Guerra Mundial.

la guerra en el escenario africano durante dos años más.

Al mismo tiempo que la llegada de Rommel provocaba la intensificación de la lucha en el norte de África, los ingleses tuvieron que enfrentar en Iraq el peligroso alzamiento de un sector militar germanófilo el cual demandó la movilización de un fuerte contingente de fuerzas y técnica para lograr la victoria. En el mismo verano de 1941, prácticamente coincidiendo con las acciones en territorio iraquí, las tropas inglesas y las de la Francia Libre penetraron en Siria y derrotaron las fuerzas francesas del gobierno de Vichy que controlaban el país. Una parte de los vencidos se integró a las tropas del general De Gaulle.



En esta otra toma aérea, desde un avión alemán, se ven instantes del bombardeo a Londres.



Torpedero italiano en el Mediterráneo, custodiando el convoy que marcha a África septentrional.

Mientras tanto, como parte de sus planes contra la Unión Soviética, los alemanes incluyeron en la alianza del Eje —fortale-



Rommel pasando revista a las tropas italianas destinadas a África.

cida con el acuerdo tripartito (Alemania, Italia y Japón) o Pacto de Acero, del 27 de septiembre de 1940— a las progermanas Hungría y Rumania y al Estado pelele de Eslovaquia, en noviembre de 1940. En marzo de 1941 se les unió Bulgaria, también muy cercana a Alemania. A principios de abril, Hitler ordenó invadir Yugoslavia, cuyo pueblo había destronado al rey por aceptar sumarse al Eje, así como a Grecia, próxima a los ingleses. La invasión de estos países ocurrió de manera simultánea el 6 de abril. En Grecia, los ingleses sufrieron una humillante derrota, dejando abandonados 12 000 hombres de su cuerpo expedicionario. Una parte de los ingleses se refugió en la isla de Creta, de donde poco después fueron desalojados por los alemanes. A finales del mes de abril, Grecia y Yugoslavia estaban ocupadas. Yugoslavia fue desintegrada y desapareció como Estado. La zona de Eslovenia fue anexada a Alemania; en Croacia se creó un reino donde en la práctica mandaba el fascista Ante Pavelic, cuyas fuerzas *ustachis* (insurrectos) serían responsables de monstruosos crímenes contra los serbios. Kosovo se integró a la Albania ocupada por Italia. Algunas regiones serbias y macedonias fueron entregadas a Hungría y Bulgaria, y en el resto se formó el Estado fantoche de Serbia, integrado por profascistas traidores a su pueblo.

Prácticamente desde el principio de la invasión, en la región yugoslava se estructuró un movimiento de resistencia



Las tropas alemanas se cruzan con las fuerzas yugoslavas destruidas por los bombardeos de la Luftwafe.



La Europa de Hitler en 1941. La situación de Europa en vísperas de la invasión alemana a la Unión Soviética.

que, con el paso del tiempo, se convirtió en un verdadero dolor de cabeza para los ocupantes fascistas y sus satélites. Aquel movimiento contó con dos agrupaciones, una integrada por elementos serbios conservadores y promonárquicos, dirigida por el coronel Mihailovich, y otra con una proyección federalista encabezada por el comunista croata Josip Broz (*Tito*), que desempeñó el papel fundamental en la lucha. Las fuerzas de Mihailovich se ocuparon más de combatir a Tito que a los ocupantes y sus aliados.

La ocupación de los Balcanes tenía una extraordinaria importancia militar, pues debido a su proximidad a la Unión Soviética era el necesario punto de partida para la agresión que se preparaba contra aquel país. Pero, al mismo tiempo, su significación económica resultaba decisiva para los planes de Hitler. La región poseía combustible (petróleo rumano) y era rica en materias primas y alimentos. Todo ello era imprescindible para la maquinaria de guerra alemana, que se disponía a enfrentar su más grande desafío desde que empezó la contienda.

LA SEGUNDA FASE: LA EXPANSIÓN DE LA GUERRA

Cuando se dispuso a invadir la Unión Soviética, la Alemania fascista controlaba, de manera directa o indirecta, los recursos de casi toda Europa, lo que le

permitió organizar una poderosa maquinaria de guerra. El dispositivo militar, que se puso en marcha en la madrugada del 22 de junio de 1941, sin previa decla-



ración de guerra, estaba integrado por 190 divisiones con más de 5 millones de soldados de Alemania, Italia, Finlandia, Hungría y Rumania, así como por unos 4 170 tanques, 4 950 aviones y más de 50 000 cañones y otras piezas de artillería. A estas fuerzas se sumaron posteriormente, entre otras, una brigada de eslovacos y la División Azul española, supuestamente integrada por voluntarios falangistas. De acuerdo con el plan “Barba Roja”, nombre que recibió el programa de invasión, estas fuerzas se organizaron en tres grupos de ejércitos, los cuales debían avanzar por el sur, centro y norte en dirección a Kiev, Moscú y Leningrado, respectivamente. Según los cálculos de Hitler, la ocupación de las regiones occidentales y de estos tres centros vitales conduciría a la rendición de la Unión Soviética en ocho o diez semanas, antes de la llegada del invierno. La experiencia de la primera fase de la guerra avalaba este optimista pronóstico.

El desarrollo de los acontecimientos en los tres primeros meses de lucha, pareció confirmar el plan de Hitler. Las tropas de Alemania y sus aliados penetraron rápida y profundamente en el territorio soviético y hacia septiembre habían ocupado las regiones occidentales del país, incluidas toda Bielorrusia y la mayor parte de Ucrania, y puesto sitio a la ciudad de Lenin-

grado. Las fuerzas enemigas del centro se aproximaron peligrosamente a Moscú. Hasta ese momento, los alemanes habían eliminado o hecho prisioneros a unos 3 200 000 soldados, destruido o capturado 19 000 tanques, 28 000 cañones y 14 600 aviones, según estimados de los mismos soviéticos. Este desastroso cuadro fue el resultado de la falta de preparación para enfrentar la agresión en el momento en que se produjo (a pesar de que se conocía con exactitud la fecha fijada por los nazis por informaciones del servicio secreto), lo cual estaba relacionado con la errónea opinión de Stalin acerca de que Hitler no se lanzaría contra la Unión Soviética en aquel momento, a menos de ser provocado. Y para no provocarlo, las tropas de la frontera se mantenían como en tiempos de paz (la mayor parte de la aviación fue destruida en tierra) y marchaba lentamente el rearme con nuevas técnicas (tanques T-34 y recientes tipos de aviones). También influyó la disminución de cuadros de mando experimentados, debido a las purgas realizadas en las fuerzas armadas entre 1936-1938 y con motivo de la errática actuación del ejército en la guerra contra Finlandia.

Pero, a pesar de la falta de preparación y de las grandes pérdidas sufridas, el Ejército Rojo y la mayoría de la población ofrecieron una tenaz resistencia a los invasores. Se repitieron a todo lo largo del frente ejemplos como el de Leningrado, que nunca sería tomada por el enemigo, a pesar de casi tres años de férreo bloqueo, el cual ocasionó más de un millón de muertes (ver *El bloqueo*, obra en tres tomos de Alexandr



Las ciudades, pueblos y aldeas soviéticos quedaron, en su mayoría, reducidos a escombros y cenizas al paso de las tropas alemanas.

La ayuda de Franco

Con el envío de los 20 000 “voluntarios” de la “División Azul”, que combatieron en el frente de Leningrado, Franco eludía participar oficialmente en el conflicto, y al mismo tiempo, devolvía el favor prestado por Hitler y Mussolini durante la guerra civil en España.

Chakovski), o como el protagonizado por los defensores de la fortaleza de Brest, quienes no cedieron su posición hasta que murió el último hombre, o el de la fortaleza de Sebastopol, que resistió más de 200 días de masivo asedio. Esta actitud de firme resistencia evitó el avance aún más rápido del adversario y posibilitó la colosal hazaña del desmontaje y traslado hacia el interior del país de la mayor parte de las industrias ubicadas en las zonas occidentales. La producción militar de esas industrias tendría luego una influencia decisiva en el curso de la guerra.

A mediados de septiembre, en el contexto de una gran euforia triunfalista, Hitler decidió asestar el golpe definitivo para ocupar Moscú. El *Führer* estaba tan seguro del triunfo de la llamada Operación Tifón que ordenó a su Ministerio de Asuntos Exteriores buscar por Europa los restos dispersos de la aristocracia rusa para formar un gobierno pelele en el Kremlin. Por su parte, Stalin estaba resuelto a no entregar la capital y permaneció en ella todo el tiempo junto a los principales dirigentes, aunque ante el inminente peligro el aparato gubernamental y el partidista fueron trasladados a un lugar seguro en la ciudad de Kuibyshev, sobre la orilla izquierda del Volga. Al mismo tiempo, se movilizó la población moscovita para fortalecer las obras defensivas en los accesos de la ciudad.

La ofensiva alemana comenzó el 2 de octubre, después de concluida exitosamente la batalla de Kiev, pero, durante dos meses, las tropas comandadas por el mariscal Fedor von Bock no lograron su objetivo, si bien avanzaron considerablemente. La ofensiva fue detenida a fines de noviembre en las cercanías de la ciudad, y a principios del siguiente mes, con refuerzos de la reserva movilizados desde Siberia, los soviéticos, encabezados por el entonces general Gueorgui K. Zhukov, trasladado desde Leningrado por Stalin, pasaron a la contraofensiva y en pocos días ocasionaron grandes pérdidas a los alemanes y los hicieron retroceder hasta el punto de partida y más atrás en algunos sectores del frente. La victoria soviética en

No hubo SORPRESA

El agente soviético Richard Sorge, quien se encontraba en Japón, ya el 5 de marzo de 1941 había hecho y enviado a la Unión Soviética copias fotográficas de documentos secretos: telegramas de Ribentrop a Otto —embajador alemán en Tokio— sobre la invasión alemana planificada para la segunda quincena de junio. El 19 de mayo, este agente comunicó datos exactos sobre la concentración de 150 divisiones alemanas en las fronteras occidentales de la Unión Soviética, y el 15 de junio, una semana antes del ataque, poniendo en riesgo su vida, logró transmitir a Moscú una información breve pero extraordinariamente importante: “la guerra comenzará el 22 de junio”.

la batalla de Moscú destruyó el mito de la invencibilidad alemana y los planes de guerra relámpago, al tiempo que fortaleció el espíritu de lucha de los soviéticos y de los demás pueblos que se enfrentaban al fascismo. Por otra parte, desestimuló definitivamente la incorporación del Japón militarista a la guerra contra la Unión Soviética, así como la de la vecina Turquía, cortejada cada día con mayor insistencia por Alemania. Al invadir la Unión Soviética, Hitler había cometido el mismo error que Napoleón en 1812: subestimar a los rusos. Por cierto, ambos escogieron la fecha del 22 de junio para iniciar sus funestas aventuras.

Los generales alemanes justificaron la derrota sufrida por el intenso invierno ruso y la falta de preparación de las tropas germanas para tal contingencia. Lo mismo harían en ocasiones posteriores. Ciertamente es que los soviéticos estaban en mejores condiciones que los alemanes para combatir en aquel



Alrededor de medio millón de moscovitas —sobre todo, ancianos, mujeres y niños— trabajaron sin descanso para establecer una barrera anticarros en los alrededores de la ciudad.



Georgui Konstantínovich Zhukov (1896-1974).

medio, pero lo decisivo resultó la superioridad mostrada por el Ejército Rojo, el cual supo imponerse después en cualquier época del año. El argumento del “general frío” se ha utilizado hasta nuestros días por cierta historiografía occidental, evidentemente para restar importancia a la extraordinaria hazaña del pueblo soviético durante la contienda.

Y mientras en el frente oriental se desarrollaba exitosamente la contraofensiva soviética, o dicho con las palabras de Churchill, mientras los “soviéticos le retorcían el cuello a Hitler”, la guerra se extendió al



El acorazado *USS Arizona* antes de hundirse tras el ataque de Pearl Harbor.

Pacífico. Las contradicciones entre Japón y Estados Unidos por el predominio en la región habían llegado a un grado extremo. Frente a la determinación norteamericana de detener el expansionismo japonés, intensificado tras la derrota de Europa occidental (luego de la derrota de Holanda y Francia, los japoneses se apoderaron de Indochina e Indonesia), el alto mando nipón decidió neutralizar a su gran rival, tomando la iniciativa y asestándole un golpe inesperado. Ésa era la esencia del Plan Zeta elaborado por el almirante Isoruko Yamamoto, jefe de la flota combinada japonesa, el cual consistía en un ataque masivo a la base estadounidense de Pearl Harbor, en las islas Hawaii. El asalto ocurrió en la mañana del domingo 7 de diciembre y, al parecer, la sorpresa fue total. Más de 300 aviones nipones, que partieron de portaaviones situados convenientemente, realizaron dos oleadas sucesivas de bombardeos y prácticamente destruyeron la flota norteamericana del Pacífico y aniquilaron miles de hombres. Una magnífica reproducción de lo ocurrido en aquel escenario ha sido recogida en la película *¡Tora, Tora, Tora!* (1970), coproducida por ambos ex contendientes. El ataque a Pearl Harbor condujo a la entrada oficial de Estados Unidos en la guerra.

Después de la incorporación de Estados Unidos a la contienda, la mayoría de los países latinoamericanos, que mantenían una posición de neutralidad hasta ese momento, se sumaron a la lucha contra el Eje. Desde luego, la actitud latinoamericana se debió a sus fuertes nexos de dependencia con el poderoso vecino del Norte. Pero todos estos países cooperaron, de una u otra forma, con la causa aliada, aunque sólo en el caso de Brasil se produjo una intervención militar. El gigante sudamericano envió un cuerpo expedicionario al frente italiano, donde tuvo un buen desempeño, aunque sufrió cuantiosas bajas. Por otra parte, la única acción militar propiamente dicha en la región sucedió en las inmediaciones de Uruguay, la llamada batalla naval del Río de la Plata, donde varios cruceros ingleses se enfrentaron al acorazado ale-

Cuba y la guerra

El 9 de diciembre, Cuba declaró la guerra al Eje. En un pequeño parque de La Habana Vieja, muy cerca del Templete, se levanta un modesto monumento que recuerda permanentemente a las casi 100 víctimas de los hundimientos de siete barcos cubanos.

mán *Graf Spee* finalmente destruido por su tripulación. Por lo demás, se trató de ataques de submarinos alemanes a barcos mercantes, como el caso de los vapores cubanos *Santiago de Cuba* y *Manzanillo*, hundidos el 14 de agosto de 1942 en las aguas del golfo de México.

La victoria soviética en Moscú y la entrada de Estados Unidos en la contienda, el mismo día 7 de diciembre de 1941, fueron los factores determinantes para la formación de la alianza antifascista, liderada por estas dos potencias e Inglaterra. De hecho, Estados Unidos e Inglaterra colaboraban desde la ocupación de Francia. A finales de 1941, ambos países crearon un estado mayor conjunto, con sede en Washington, encargado de elaborar y ejecutar un plan de guerra común. Pero la alianza se formalizó a partir del 1º de enero de 1942, cuando fue firmada por las tres potencias y otros 23 países la Declaración de las Naciones Unidas, en la cual los signatarios se comprometieron a cooperar para lograr la derrota incondicional de Alemania y sus aliados. Si bien no estuvo exenta de contradicciones, debido a los recelos mutuos y, sobre todo, a la actitud antisoviética de las potencias occidentales, la coalición antifascista desempeñó un importante papel en el victorioso desenlace de la contienda.

El año 1942 resultó todavía exitoso para los integrantes del Eje. En el frente oriental, que se había constituido en el principal de la guerra, Hitler decidió posponer una nueva marcha hacia Moscú y concentrar sus esfuerzos para ocupar una extensa y rica región del sur del país y conseguir el acce-



El buque *Graf Spee* arde ante el Río de la Plata.

so al petróleo y los minerales del Cáucaso. La ofensiva alemana en dirección al Volga se inició a finales de junio y hacia octubre las tropas fascistas llegaron hasta la ciudad de Stalingrado (actual Volgogrado), desde donde se pensaba organizar un nuevo ataque a Moscú, siguiendo la cuenca del Volga. Mientras tanto, las fuerzas de Rommel avanzaban en el norte de África, pese a la resistencia de los ingleses y de las tropas estadounidenses que acudieron en su ayuda, y los japoneses seguían expandiéndose en Asia y el Pacífico (Tailandia, Malasia, Singapur, Filipinas, Hong-Kong y las islas de Guam y Wake), aunque debieron enfrentar una oposición cada vez mayor del ejército y la marina norteamericanos, comandados por el general Douglas MacArthur. En resumen, a pesar de la derrota sufrida en Moscú, en todos los escenarios, la marcha de la guerra seguía favorable para Alemania y sus aliados.



Cementerio de brasileños en las cercanías de Montecasino, Italia.



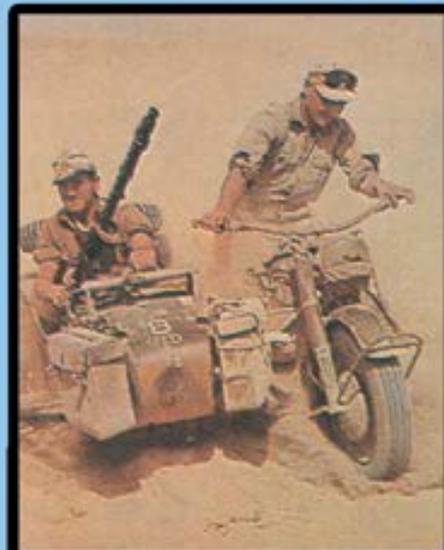
PARIS
El 14 de junio de 1940 Paris es ocupada.
"Alemania vence en todos los frentes".



VARSOVIA
El 1º de septiembre de 1939. Alemania cruza la frontera polaca. Dos días después cae Varsovia.



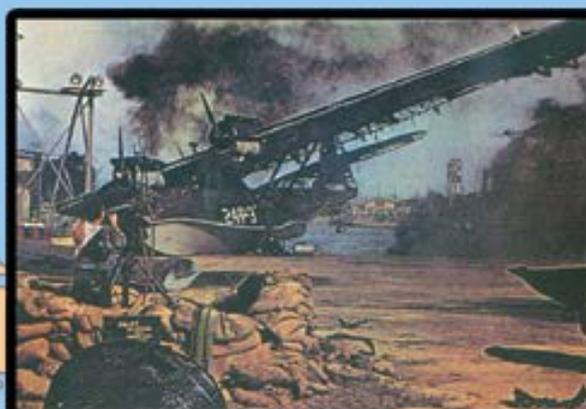
LOS BALCANES
Los Panzer imparables en su avance por los Balcanes en la primavera de 1941.



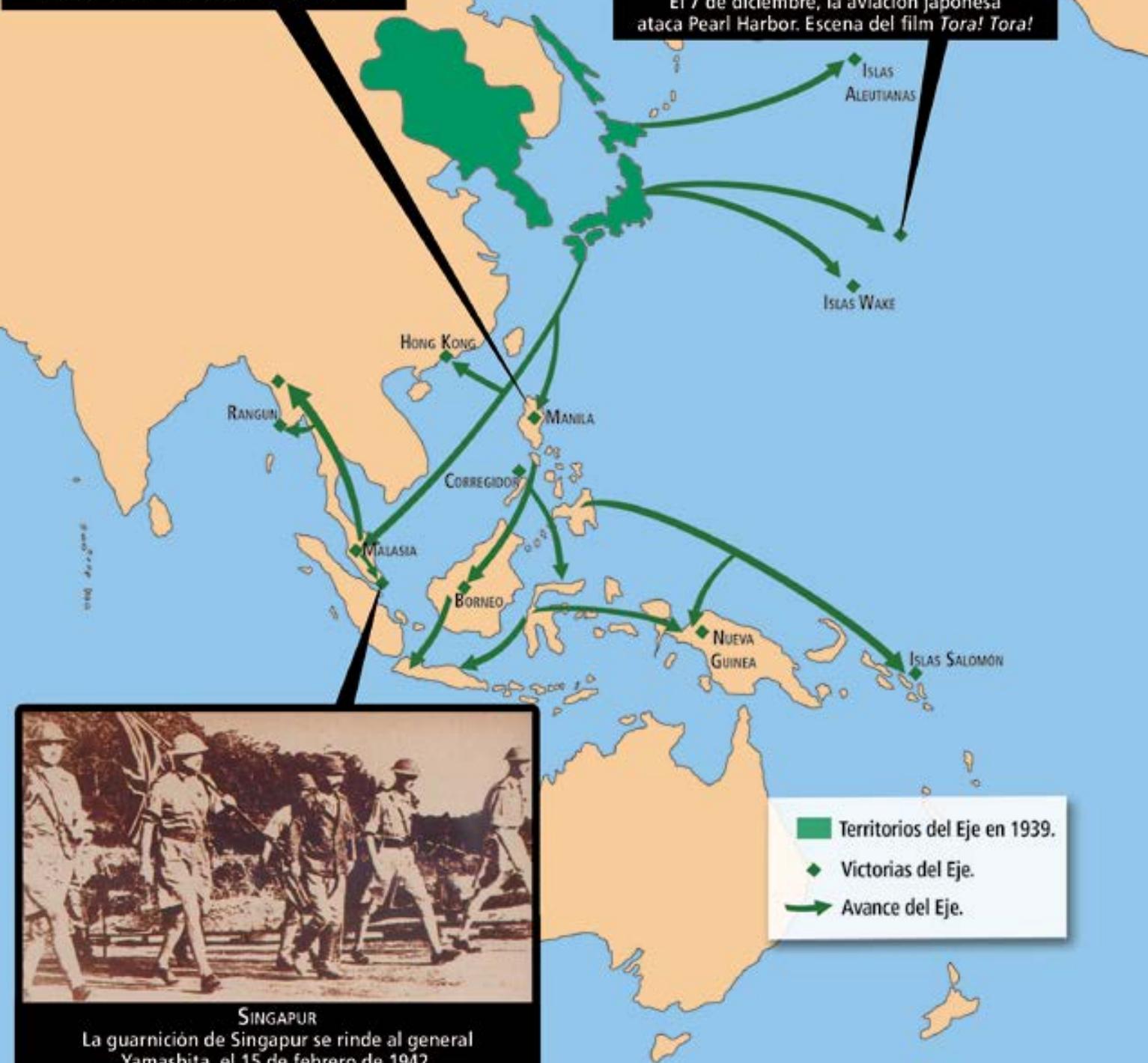
AFRIKA KORPS
Rommel llegaba a Trípoli el 12 de febrero de 1941.



FILIPINAS
El 11 de marzo de 1942, Mac Arthur abandonaba Luzón. Dijo: "Volveré"



PEARL HARBOR
El 7 de diciembre, la aviación japonesa ataca Pearl Harbor. Escena del film *Tora! Tora! Tora!*



- Territorios del Eje en 1939.
- Victorias del Eje.
- Avance del Eje.



SINGAPUR
La guarnición de Singapur se rinde al general Yamashita, el 15 de febrero de 1942.



LA TERCERA FASE: EL CAMBIO DE RUMBO DE LA GUERRA

Sin embargo, a principios de 1943, la situación del Eje se modificó de forma radical. Para entonces, Alemania y sus aliados comenzaron a retroceder en todos los teatros de operaciones. El giro de los acontecimientos se determinó, en lo fundamental, por la victoria soviética en Stalingrado. En noviembre de 1942, el mando soviético reunió una poderosa fuerza, organizada en tres grandes frentes y bajo la dirección general del ya entonces mariscal Zhukov, el vencedor de Moscú. Con estas fuerzas, los soviéticos desencadenaron dos ofensivas sucesivas en las inmediaciones de Stalingrado, una en noviembre y la otra en diciembre, que concluyeron con una aplastante derrota de las tropas de Alemania y las de los aliados que la acompañaban. Las tropas del mariscal Von Manstein, trasladadas por Hitler de la dirección del Cáucaso hacia Stalingrado, no pudieron salvar a sus compañeros y tuvieron que retirarse con grandes pérdidas.

En la batalla de Stalingrado, de la cual se ha dicho con razón que cambió el destino de la guerra, combatieron de ambas partes alrededor de 2 millones de soldados, más de 2 000 tanques y cerca de 3 000 aviones. Los soviéticos aniquilaron total

o parcialmente a dos ejércitos enemigos y capturaron más de 90 000 prisioneros, incluido el jefe del VI Ejército germano, el mariscal Friedrich von Paulus, ascendido por el *Führer* el 30 de enero de 1943, un día antes de rendirse, aunque tenía la orden de suicidarse. Además de la enorme cantidad de material bélico destruido, los soviéticos le ocuparon al enemigo 750 aviones, 1 550 carros de combate, casi 500 coches blindados, 8 000 cañones y cerca de 60 000 camiones. Fue un golpe del cual Alemania nunca pudo reponerse material y psicológicamente. A partir de ese momento, el Ejército Rojo pasó a la ofensiva en todo el frente. Un magnífico cuadro de esta decisiva batalla, incluida la larga y dramática pesadilla vivida por la población, la ofrece el escritor soviético Konstantin Simonov, contemporáneo de los acontecimientos, en su conocida novela *Días y noches*.

Como Alemania tuvo que concentrar la atención y los principales recursos en la batalla de Stalingrado, las tropas anglo-norteamericanas pudieron desplegar amplias operaciones en el norte de África desde noviembre de 1942. Con superioridad en hombres y material bélico, los aliados occidentales fueron aplastando la resistencia de las fuerzas italo-alemanas, integradas por unos 250 000 efectivos, hasta vencerlas de-



Así quedó Stalingrado. Este edificio, que aún se mantiene en pie, simboliza lo ocurrido en la ciudad.

Días y noches (fragmento)

“Todo el que haya estado aquí, jamás olvidará esto. Cuando dentro de muchos años empecemos a recordar y nuestros labios pronuncien la palabra ‘guerra’, ante nuestros ojos se alzará Stalingrado, aparecerán los fognazos de los cohetes y el resplandor de los incendios; en los oídos retumbará de nuevo el continuo estruendo de los bombardeos. Aspiraremos el olor a quemado y oiremos la fragosa estridencia del recalentado palastro”.

E. Díaz: *Breve historia de Europa contemporánea*.

El general Montgomery

Tocado con su eterna boina negra australiana —no reglamentaria— y un uniforme diseñado por el mismo, Montgomery llamaba la atención por su aire extravagante.



Mariscal de Campo Bernard Law Montgomery (1887-1976).

finitivamente en mayo de 1943. La batalla más importante en aquel teatro fue la de El Alamein en el territorio de Egipto, en la cual el excéntrico mariscal inglés Bernard Law Montgomery venció al llamado “Zorro del desierto” —el mariscal Rommel, jefe del *Africa Korps*—, obligándolo a retroceder. Y mientras terminaba la guerra en el escenario africano, en el Pacífico la balanza se inclinaba progresivamente contra Japón; en particular, en el mar, donde empezó a declinar su poderío frente a los ataques de la escuadra estadounidense, lo cual se manifestó con claridad tras la derrota japonesa en la batalla de Guadalcanal, concluida en febrero de 1943; batalla en la cual participó el joven John F. Kennedy, futuro presidente de Estados Unidos.

El nuevo rumbo que tomaba la guerra se consolidó de forma irreversible con la victoria soviética en Kursk. En el verano de 1943, Hitler decidió hacer un esfuerzo supremo para tomar desquite por la derrota de Stalingrado y tratar de detener la crisis que atravesaban sus satélites; en especial, Mussolini, que enfrentaba una fuerte oposición interna. El 5 de julio, las fuerzas alemanas emprendieron una ofensiva en el arco de Kursk (saliente formado alrededor de Kursk por el avance soviético hacia el oeste), pero dos semanas más tarde habían sido derrotadas. Allí se desarrolló la mayor batalla de carros de combate de toda la guerra. En ella participaron alrededor de 6 500 tanques, además de 4 000 aviones y poco más de 2 millones de soldados. Los alemanes perdieron 30 divisiones, de las cuales siete eran acorazadas. Estas gravísimas pérdidas eran el fruto amargo de la “última batalla por la victoria”, como se calificó por los

generales alemanes. A partir de Kursk, los soviéticos tomaron la iniciativa estratégica en todo el frente oriental. Los alemanes eran empujados cada vez más hacia el oeste. A finales de 1943, el Ejército Rojo, convertido en un “rodillo compresor”, y los guerrilleros (que operaban en el campo enemigo) habían liberado dos tercios del territorio ocupado por las tropas fascistas.

Cuando estaba por concluir la batalla de Kursk, siete divisiones aliadas (tres estadounidenses, tres inglesas y una canadiense) desembarcaron en la isla italiana de Sicilia, ejecutándose así la “operación Husky”. Aunque los aliados tardaron cinco semanas en tomar la isla y pasar a la Italia continental, la acción precipitó el derrumbe del régimen de Mussolini, quien el 25 de julio fue sustituido por el gobierno del

Los kamikazes

Su declive en el mar llevó a los japoneses a crear el cuerpo de aviadores suicidas llamado kamikazes, quienes proyectaban sus aviones contra los barcos norteamericanos. En unos 3 000 ataques hundieron 81 naves y dañaron 195, provocando la muerte de unos 5 000 marinos y un número mayor de heridos.



Batalla de Kursk.

mariscal Pietro Badoglio. Éste se rindió en septiembre y poco después, presionado por los aliados y para evitar una revuelta popular, le declaró la guerra a Alemania, la cual había invadido la parte norte del país, debido al lento avance de los aliados. En el territorio ocupado por los alemanes se formó la llamada República Social, encabezada por Mussolini, quien se había evadido espectacularmente de la cárcel (estaba confinado en un hotel de montaña) con ayuda de los hitlerianos. El *Duce* sería ajusticiado por los guerrilleros el 28 de abril de 1945, cuando intentaba huir hacia Suiza junto a su amante Clara Petacci.

Muchos historiadores occidentales han atribuido, evidentemente por razones políti-

La “operación Husky”

Estaba concebida para ocupar Sicilia, que en opinión de Churchill debía utilizarse para futuras acciones en los Balcanes, antes de que los soviéticos pudieran llegar a la zona. Pero la caída del régimen de Mussolini modificó los planes y la lucha se extendió al territorio continental de Italia.

cas, un peso decisivo a las exitosas operaciones de los aliados en África del Norte e Italia, en las cuales apenas participaron un millón de hombres, considerando los dos bandos contendientes. Ciertamente, los combates que se desarrollaron en Stalingrado y Kursk, entre finales de 1942 y mediados de 1943, facilitaron las victorias de los aliados en los escenarios africano e italiano. La cruenta lucha que se libraba en el frente oriental, retenía a más del 70 % de las fuerzas alemanas y no permitió el traslado de tropas hacia otros teatros. Por su enorme envergadura y significación, las victorias soviéticas en Stalingrado y Kursk propiciaron un viraje radical en el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial. A partir de entonces, Hitler perdió para siempre la iniciativa estratégica; al tiempo que se debilitó la alianza fascista y se fortaleció el espíritu de resistencia y la fe en la victoria de todos los pueblos. Prestigiosas personalidades —entre ellas, el presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt— señalaron la extraordinaria significación de aquellas batallas.

En este ambiente de victorias aliadas se desarrolló, del 29 de noviembre al 3 de diciembre de 1943, la Conferencia de Teherán, primera reunión cumbre de las tres grandes potencias de la coalición antifascista. Roosevelt y Churchill se habían reunido en dos ocasiones anteriores (Casa Blanca y Québec, en enero y agosto de 1943, respectivamente) al margen de la Unión Soviética. Pero el papel determinante desempeñado por ésta y el que podría desempeñar en el futuro, los obligó a elaborar planes conjuntos con Stalin. El problema más importante discutido por los tres líderes se relacionaba con la manera de acelerar el fin de la guerra. Con ese objetivo, la Unión Soviética propuso la apertura inmediata de un frente anglo-estadounidense para liberar a Francia y penetrar en el territorio alemán. Pero sobre ello se pusieron de manifiesto serias divergencias debido a la oposición de Churchill.

La apertura de un segundo frente en Europa había constituido una demanda soviética desde principios de 1942. Los



De izquierda a derecha, Churchill, Stalin y Roosevelt en Teherán.

militares norteamericanos concordaron siempre con los argumentos de la Unión Soviética, pero a petición de Churchill (y, naturalmente, en función de sus propios intereses), el presidente Roosevelt había pospuesto en dos ocasiones tal acción, reemplazándola por operaciones militares secundarias. Primero, la sustituyó por el desembarco en el norte de África, efectuado en noviembre de 1942, y después por la invasión a Sicilia de mediados de 1943. En Teherán, Churchill defendió la tesis de sustituir el frente de Francia con un desembarco anglo-norteamericano en los Balcanes, lo cual perseguía el objetivo de fortalecer los intereses británicos en esta zona, anticipándose a una posible presencia soviética. Pero Roosevelt, que tampoco deseaba una Inglaterra excesivamente fuerte al final de la guerra, apoyó a Stalin y Churchill tuvo que ceder.

De tal manera, en la capital iraní se acordó abrir el segundo frente (mediante un masivo desembarco en el norte de Francia) a principios de 1944. También a propuesta de la Unión Soviética, muy preocupada por ciertas gestiones secretas en curso para lograr una paz por separado entre Alemania y Occidente, los tres grandes reiteraron que la guerra continuaría hasta la capitulación incondicional de los alemanes. Por otra parte, la conferencia prestó atención a los problemas relacionados con la organización del mundo de posguerra. En este sentido, se acordó que los tres gobiernos iniciarían negociaciones en los próximos meses (reunión de expertos

Conversaciones en Suiza

El servicio de inteligencia soviético estaba al tanto de los contactos que tenían lugar en Suiza entre representantes de Alemania y de las potencias occidentales; entre ellos, el norteamericano Allen Dulles, futuro primer director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA según sus siglas en inglés), creada por Estados Unidos recién terminada la contienda.

en Washington) con vistas a la creación de la Organización de las Naciones Unidas, cuya misión sería garantizar la paz y la seguridad internacional.

Durante 1944 se incrementó el ritmo de las operaciones militares, tanto en Europa como en el Pacífico. En el frente oriental, tras sucesivas ofensivas, el Ejército Rojo liberó los territorios soviéticos que permanecían ocupados (regiones de Leningrado, Bielorrusia y Crimea, fundamentalmente) y comenzó su penetración en Europa oriental y en los Balcanes. En agosto se rindió Rumania; en septiembre lo hicieron Bulgaria y Finlandia; en octubre fue ocupada Belgrado con la ayuda de los guerrilleros de Tito, que para entonces habían liberado casi todo el país. En Hungría, los fascistas opusieron una furiosa resistencia, pero la mayor parte del país tuvo que rendirse en el mes de diciembre. Una parte considerable de Polonia estaba liberada a mediados de año, pero el caso de Polonia merece un comentario adicional.

La poderosa ofensiva soviética del verano de 1944 había llevado al Ejército

Opinión de Roosevelt

“El ejército rojo y el pueblo ruso han obligado sin duda alguna a las fuerzas armadas de Hitler a marchar por la senda de la derrota definitiva, y se han ganado para largo tiempo la admiración del pueblo de los Estados Unidos”.

Correspondencia entre los jefes de las grandes potencias aliadas 1941-1945.



El cuadro del artista soviético Krovonogov plasma una batalla cerca de Jarkov, Ucrania, durante la ofensiva de 1944. La magnitud del desastre reflejado anuncia el hundimiento militar del III Reich.

Rojo hasta la margen derecha del Vístula, al norte de Varsovia. Coincidiendo con el avance soviético, en la capital se produjo una insurrección ordenada por el gobierno polaco en el exilio, de marcada orientación antisoviética. La insurrección comenzó el 31 de julio y en pocas semanas fue aplastada por los alemanes. El trágico fin de la insurrección de Varsovia ocasionó una polémica que llega hasta nuestros días. Occidente acusó a Stalin de permitir el hecho por motivos políticos, argumento que ha suscrito una parte mayoritaria de la historiografía occidental. Por su parte, los soviéticos sostuvieron siempre que la

insurrección, realizada a sus espaldas por temor a la proximidad del Ejército Rojo, no pudo socorrerse debido a que las fuerzas soviéticas, extenuadas después de la ofensiva y sin el aprovisionamiento necesario, no estaban en condiciones de atravesar el Vístula y llegar hasta la capital polaca. De cualquier forma, el sacrificio de Varsovia mostró las contradicciones que existían entre los aliados, más patentes en la medida en que se acercaba el fin del conflicto.

Durante 1944, las fuerzas norteamericanas también continuaron su avance en el Pacífico. El dominio del mar había pasado definitivamente a los estadounidenses. A principios del año fueron ocupadas las islas Marianas y desde ellas, en particular desde Guam y Saipán, empezaron los bombardeos a la metrópoli japonesa. La situación condujo a la dimisión del gobierno y a la constitución de un consejo de emergencia presidido por el mismo emperador. En septiembre se ocuparon las Palaus, Carolinas y las Molucas, preámbulo del desembarco en Filipinas, el cual concluiría con la entrada en Manila a principios de 1945.

Mientras tanto, el 6 de junio (el Día D), los aliados occidentales habían procedido por fin a la apertura del segundo frente mediante un desembarco en la región francesa de Normandía, comandado por el general norteamericano Dwight David Eisenhower. Fue una operación de gran envergadura en la cual participaron 76 divisiones (casi 900



Desembarco de Normandía. Cabeza de playa conquistada por los norteamericanos el 6 de junio de 1944.

El atentado a Hitler

Por querer evitar la catástrofe que se avecinaba, un grupo de oficiales del ejército alemán organizó un complot para eliminar a Hitler. El atentado ocurrió el 20 de julio de 1944, pero el *Führer* sólo fue herido levemente. En represalia, la Gestapo ejecutó un alto número de sospechosos. El más importante de los implicados fue el mariscal Rommel, quien fue forzado al suicidio.

000 hombres), más de 10 000 aviones y varios miles de tanques. Las fuerzas aliadas eran 10 veces superiores a las que les opuso Alemania. Mas, el avance de Eisenhower fue lento y tardó más de lo previsto para rebasar las fronteras de Francia, lo cual se ha tratado de justificar apelando a las dificultades que se presentaron para el abastecimiento de combustible y municiones, el cual era preciso transportar desde los puertos franceses del canal de la Mancha a través de carreteras y vías férreas en mal estado. Para liberar el territorio francés, los aliados necesitaron más de tres meses, a pesar de que contaron con la ayuda de la resistencia interior, la cual liberó alrededor de 40 poblados y ciudades. Con todo, la apertura de este nuevo frente de combate representó una importantísima contribución para acelerar el fin de la guerra en Europa.

Después del desembarco en Francia se intensificó la guerra aérea contra el territorio alemán. Millares de aviones estadounidenses e ingleses bombardeaban de día las instalaciones fabriles y de noche las ciudades más importantes del país. Sin embargo, los efectos de la estrategia aliada resultaron menos evidentes de lo esperado. Los bombardeos no minaron, en la medida calculada, la moral de la población civil alemana, a pesar de sus dantescos efectos, y la producción de cazas y vehículos acorazados germanos no disminuyó; por el contrario, alcanzó la cota más elevada de la guerra durante la segunda mitad de 1944. Más daño le ocasionó a Hitler la destrucción de una

parte de las plantas de combustible sintético y la pérdida de los campos petroleros de Rumania. Alemania replicó con el ataque a Inglaterra, —en particular, a Londres— con las bombas volantes V-1 y V-2 que transportaban una y 12 toneladas de explosivos, respectivamente, y se trasladaban a unos 5 500 kilómetros por hora. El bombardeo a las ciudades por ambas partes, durante toda la guerra, constituyó un acto de terror que no puede justificarse en modo alguno.

A finales de 1944, la guerra en Europa entró en su etapa final. Resultaba evidente que Alemania sería derrotada, pero seguía combatiendo. A mediados de diciembre, aprovechando una momentánea interrupción de la lucha en los frentes, Hitler organizó una ofensiva en la zona de las Ardenas. La táctica consistía en atravesar Bélgica hasta llegar a Amberes y arrasarse esta zona, una acción similar a la que provocó, en mayo de 1940, el desastre de Dunkerque. Los aliados occidentales se vieron en serios apuros y acudieron a la Unión Soviética para que adelantara su ofensiva de invierno prevista para el 20 de



Rampa de lanzamiento de bombas V-1 y V-2, en la costa del norte de Holanda.



En la Conferencia de Yalta, los "tres grandes": Churchill, Roosevelt y Stalin —de izquierda a derecha—, acuerdan las bases de lo que será el mundo después de la guerra.

enero de 1945. La anticipación en 10 días de esta ofensiva, así como la mejoría del tiempo en la zona del frente occidental, que permitió una mayor utilización de la aviación aliada, salvaron a las tropas anglo-estadounidenses de una derrota segura. No obstante, esas tropas no pudieron reanudar su avance en territorio alemán hasta finales de febrero.

La poderosa ofensiva emprendida por los soviéticos en enero fue prácticamente



Entrada de los rusos en Berlín, según un cuadro del pintor Krignonov.

decisiva en el futuro curso de los acontecimientos. El Ejército Rojo atacó con fuerza en un frente superior a los 1 000 kilómetros, desde el mar Báltico hasta los Cárpatos. Muy pronto ocuparon toda Polonia y penetraron profundamente en Alemania y Checoslovaquia. En ese ambiente, que preludiaba el fin victorioso de la contienda, aconteció la Conferencia de Yalta, en Crimea, que reunió de nuevo a los jefes de las tres grandes potencias aliadas. La conferencia se desarrolló desde el 4 hasta el 11 de febrero de 1945, y en ella se coordinaron las operaciones de la fase final del conflicto y se examinaron relevantes problemas relacionados con la conformación del mundo en la posguerra. El hecho de que el encuentro se efectuara en el territorio de la Unión Soviética, era un explícito reconocimiento a su extraordinario papel en la lucha.

La reunión de Yalta decidió que, luego de su derrota, Alemania sería ocupada y administrada temporalmente por las potencias aliadas. Se crearían cuatro zonas de ocupación (se incluyó una para Francia) y se instituyó una comisión interaliada con sede en Berlín, que a su vez quedaría también dividida en cuatro porciones. Esta comisión tendría la misión de garantizar el cumplimiento uniforme de las medidas acordadas para desmilitarizar y democratizar el país, tras lo cual Alemania volvería a ser un Estado independiente, conservando su unidad nacional. Los acontecimientos seguirían con posterioridad un curso muy diferente, el cual determinaría que los alemanes se mantuvieran divididos por más de 50 años. Para Austria se acordó un sistema similar de ocupación y división, pero éste cesaría en 1955.

En Yalta, los occidentales accedieron reconocer a la Unión Soviética ciertas preferencias en relación con la zona sudoriental de Europa, lo que aquella exigía con el pretexto de su futura seguridad. Sin embargo, en el caso de Polonia se evidenciaron agudas discrepancias. Inglaterra pretendía que

ésta fuera dirigida por el gobierno polaco en el exilio, de orientación anticomunista, mientras que la Unión Soviética respaldaba al gobierno formado en el interior del país con predominio de las fuerzas de izquierda. Finalmente, se llegaría a una solución de compromiso, mediante la formación de un gobierno de unidad nacional e integrado por representantes de ambos bandos; solución difícil de implementar y de efímera y conflictiva duración. Un acuerdo similar se tomó para el caso de Yugoslavia, pero allí el inmenso prestigio de los comunistas anularía rápidamente a los pocos representantes del gobierno real que había permanecido en Londres.

Roosevelt, Churchill y Stalin examinaron los trabajos preparatorios para la creación de las Naciones Unidas, según se había decidido en Teherán, y tras aprobar la composición y el sistema de votación del Consejo de Seguridad (en lo cual no se habían puesto de acuerdo los expertos), convocaron a la conferencia constitutiva de la organización internacional que se celebraría en San Francisco, Estados Unidos, en abril del mismo año 1945. Los tres jefes de las grandes potencias acordaron, además, una declaración sobre la Europa liberada en la cual se comprometían a prestar ayuda a los vencidos para el resurgimiento democrático de éstos. En Yalta, la Unión Soviética asumió el compromiso de entrar en guerra contra Japón tres meses después de concluidas las hostilidades en Europa, con la obtención, a cambio, del reconocimiento de su pretendido derecho en el sur de Sajalín y en las islas Kuriles, así como de la aceptación del *status* de la República Popular de Mongolia, entre otras ventajas.

Después de Yalta, el objetivo para todos era Berlín. Quien llegara primero a esa ciudad se le consideraría el vencedor; al menos así pensaban Churchill y otros dirigentes políticos y militares británicos, quienes trataron de convencer a los estadounidenses para adelantarse a los soviéticos. Precisamente, la última y débil esperanza de Hitler, alentada después de la muerte de Roosevelt, ocurrida el 12 de abril, era que

se desatara un conflicto entre las potencias occidentales y la Unión Soviética. Pero no ocurrió así. Los ejércitos anglo-estadounidenses lograron pasar el Rin a finales de marzo e iniciaron su avance hacia la capital alemana. Por su parte, el Ejército Rojo tras liberar a Austria comenzó una poderosa ofensiva sobre Berlín en la cual participaron tres frentes del ejército, 8 000 aviones y más de 6 000 tanques. La resistencia de los alemanes en el oeste cesó prácticamente en la última semana del mes, pero fue desesperada en el este por temor a ser apresados por los soviéticos, lo que provocó la muerte innecesaria de unos 500 000 germanos y un elevado número de bajas soviéticas. Ese mismo temor albergaron muchos dirigentes nazis que huyeron hacia el sur o se entregaron a los ingleses y norteamericanos, de los cuales esperaban un trato indulgente, como efectivamente ocurriría en numerosos casos.

A partir del 20 de abril, los soviéticos combatían en la ciudad y su caída era inminente. El día 30, casi coincidiendo con el izamiento de la bandera soviética en lo alto del *Reichstag*, se suicidó el *Führer*. Su último acto oficial fue designar al almirante Karl Donitz como su sucesor en la jefatura del Estado. Pero Donitz no tuvo otra alternativa que rendirse. En la noche del 8 al 9 de



La bandera soviética es colocada sobre las ruinas del *Reichstag*.



Documento de la capitulación

“1. Los abajo firmantes, provistos de plenos poderes y actuando en representación del alto mando de la Wehrmacht alemana, aceptan por la presente la capitulación sin condiciones de todas las fuerzas terrestres, navales y aéreas alemanas o bajo mando alemán. Esta capitulación se efectúa simultáneamente ante el comandante en jefe de las fuerzas expedicionarias aliadas y el alto mando del ejército rojo.

”2. El alto mando de la Wehrmacht alemana ordenará sin dilación a todos los comandantes en jefe de las fuerzas terrestres, navales y aéreas alemanas y de las fuerzas bajo mando alemán suspender las actividades bélicas a las 23:01 horas del 8 de mayo, hora centroeuropea, y continuar en las posiciones que ocupen en ese momento, desprenderse de todas sus armas y entregarlas, así como toda la impedimenta, a los comandantes en jefe locales aliados”.

E. Díaz: *Breve historia contemporánea de Europa*.

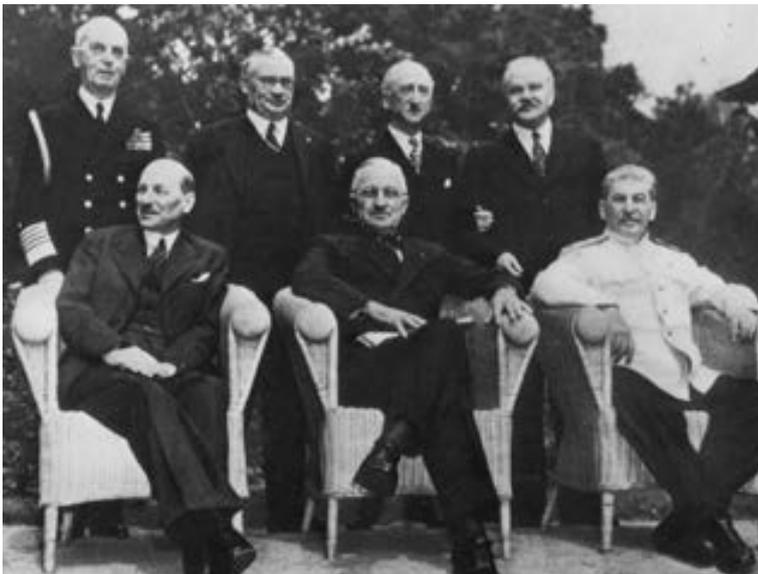
mayo, los representantes del alto mando alemán firmaron la capitulación incondicional. Unos días antes se habían rendido las tropas alemanas en el norte de Italia, así como en

Holanda, Dinamarca y Checoslovaquia, aunque estas últimas se negaron a entregarse a los soviéticos, violando lo acordado, por lo que fueron reducidas a la fuerza. Había terminado así la guerra en Europa.

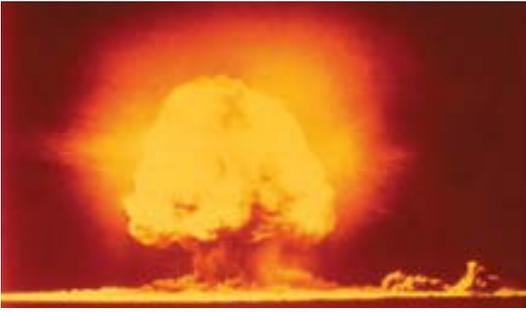
Dos meses más tarde, del 17 de julio al 2 de agosto, se celebró en Potsdam, cerca de Berlín, la tercera y última conferencia de los jefes de las grandes potencias aliadas. Por Estados Unidos participó el nuevo presidente Harry S. Truman y por Inglaterra, Churchill y Clement Richard Attlee, pues en los días de la reunión se produjo un relevo en el premierato inglés. La conferencia no transcurrió en un clima de relativa cordialidad, como había ocurrido en Yalta. Con Roosevelt había muerto la idea de mantener la gran alianza y el nuevo presidente norteamericano, convencido del poderío de su país, utilizó un lenguaje duro frente a Stalin, lo cual hizo sospechar a éste la existencia de planes (al menos, la intención) estadounidenses para perjudicar los intereses de la Unión Soviética.

No obstante la pesada atmósfera que prevaleció, la reunión ratificó lo acordado en Yalta con relación al *status* de Alemania y acordó organizar un tribunal militar internacional para juzgar y condenar a los criminales de guerra, conocido después como el tribunal de Nuremberg, pues sesionó en esa ciudad. Los jefes de Estado decidieron crear el Consejo de Ministros de Relaciones Exteriores de las cinco potencias (se incluyó a China aceptada en Yalta como miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU) y encomendarle la redacción de los tratados de paz para Alemania y sus aliados. Independientemente del arreglo definitivo de los problemas territoriales, la conferencia acordó transferir a la Unión Soviética una parte de Prusia oriental, incluida la ciudad de Königsberg (llamada después Kaliningrado), y el resto a Polonia, cuya frontera occidental quedó fijada a lo largo de los ríos Oder y Neisse. La reunión también decidió la cuantía de las reparaciones de guerra que debían pagar los países del Eje.

La Segunda Guerra Mundial se aproximaba a su fin, pero aún se combatía en



De izquierda a derecha, Attlee, Truman y Stalin en Potsdam.



Siniestro hongo de la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima.

el Lejano Oriente y en el Pacífico. Desde principios de 1945, la situación de Japón resultaba muy difícil, sobre todo en el mar, debido a las grandes pérdidas sufridas por su flota, si bien sus fuerzas terrestres se mantenían en buenas condiciones; en particular, las desplegadas en China. Con el pretexto de provocar la rendición de los japoneses, Estados Unidos decidió lanzar sendas bombas atómicas sobre las populosas ciudades de Hiroshima y Nagasaki, el 6 y el 9 de agosto, respectivamente. A lo largo de todo el conflicto, los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña habían desarrollado un gran proyecto científico e industrial para la fabricación de armas nucleares. Sin embargo, no se dispuso de suficientes cantidades de uranio y plutonio fusionable antes de que concluyera la guerra en Europa. La primera bomba atómica se hizo explotar en el ensayo realizado el 16 de julio de 1945, en Alamogordo, Nuevo México. Pero existían dos bombas más y éstas se utilizaron en Japón.

Las bombas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki ocasionaron unas 240 000 muertes, según las estimaciones japonesas. A esta cifra hay que añadir las causadas



Escenas de la destrucción y muerte creadas en Hiroshima y Nagasaki, luego del lanzamiento de las dos bombas.

Habla una sobreviviente

“Lo que vi bajo el puente fue atroz: centenares de personas se retorcían de dolor en el río. Imposible distinguir hombres de mujeres. Todos se parecían, con los rostros hinchados y grisáceos y los cabellos erizados. Tenían las manos en alto y gemían al precipitarse hacia el río. En la orilla, donde el agua es poco profunda, yacía una mujer con el rostro hacia el cielo. Sus senos habían sido arrancados, la sangre brotaba. Un espectáculo abominable. ¿Cómo era posible algo tan cruel? Me pregunté si el infierno, sobre el cual mi abuela me había hablado tanto cuando era pequeña, no había caído sobre la tierra”.
(Futaba Kitayama.)

E. Díaz: *Breve historia de Europa contemporánea.*

posteriormente por los efectos de las radiaciones. Fue una acción innecesaria desde el punto de vista militar, pues a esas alturas la rendición de Japón era previsible en poco tiempo. Estados Unidos había aumentado su potencial en la región y se conocía la inminente incorporación soviética a la lucha, que doblegaría la resistencia nipona en China y Corea del Norte, como efectivamente ocurrió a partir del mismo día 9 de agosto. El empleo de la bomba atómica contra Japón no persiguió el objetivo de acelerar el fin de la guerra, como entonces se argumentó, sino un acto para mostrar la superioridad norteamericana y para obligar a los demás países a aceptar su liderazgo en el mundo de posguerra. Con la firma de la capitulación incondicional de Japón, el 2 de septiembre de 1945, terminó la Segunda Guerra Mundial, el mayor conflicto bélico de toda la historia de la humanidad.



Ceremonia de rendición de Japón a bordo del barco *Missouri*, en la bahía de Tokio, 2 de septiembre de 1945.



BERLÍN

El 7 de mayo de 1945, el general Jodi firmaba la capitulación de las fuerzas alemanas en Reims.



STALINGRADO

La victoria en Stalingrado, el 2 de febrero de 1943, inició el declive del III Reich.



NORMANDÍA

Iniciado el asalto a la "fortaleza de Europa" el 6 de junio de 1944 con el desembarco de Normandía.



MONTECASSINO

La defensa germana de la abadía de Montecassino en 1944, frenó el avance aliado en Italia.



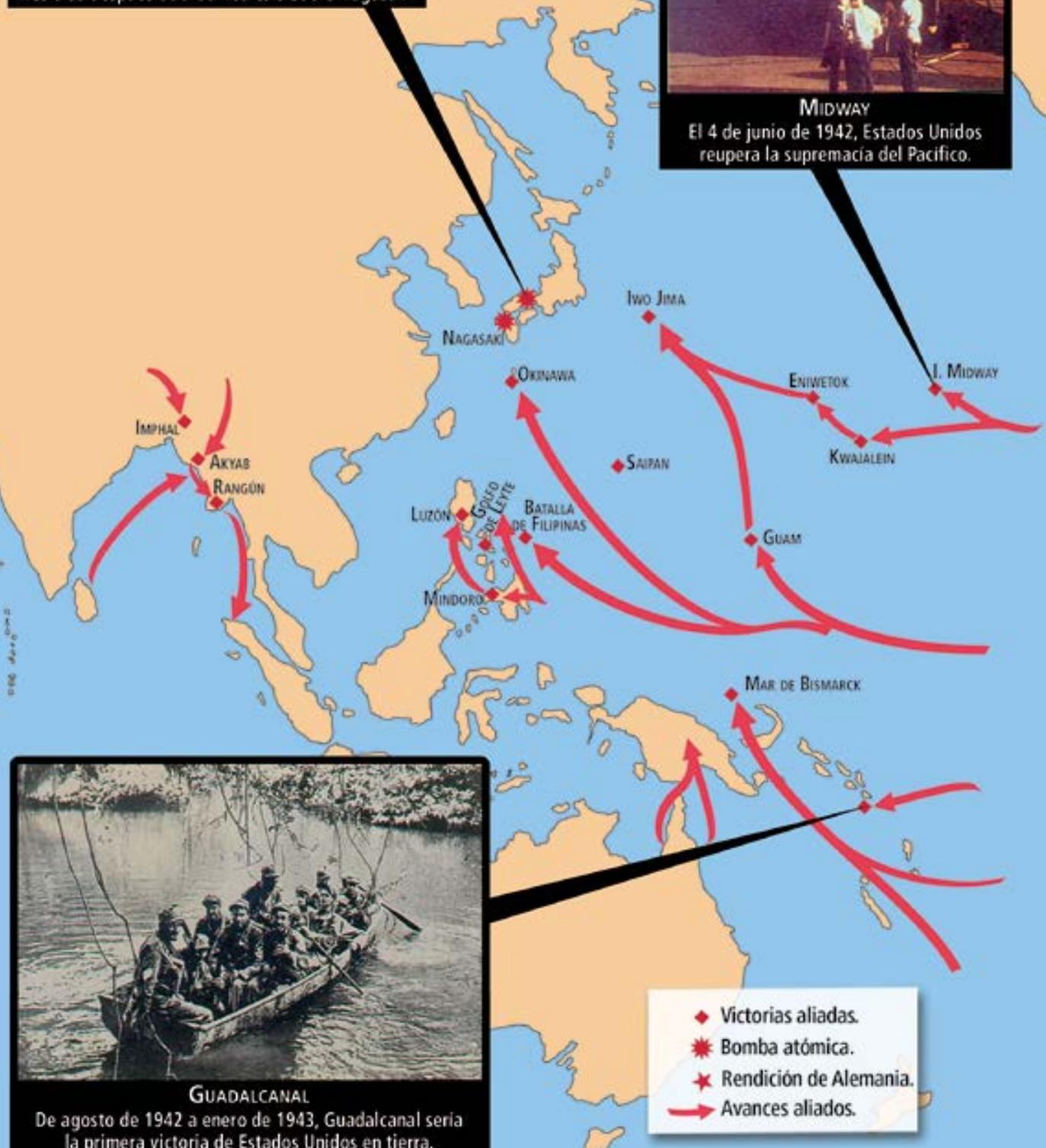
HIROSHIMA

El 6 de agosto se conocía la tragedia de Hiroshima. Tres días después otra bomba caía sobre Nagasaki.



MIDWAY

El 4 de junio de 1942, Estados Unidos recupera la supremacía del Pacífico.



GUADALCANAL

De agosto de 1942 a enero de 1943, Guadalcanal sería la primera victoria de Estados Unidos en tierra.

- ◆ Victorias aliadas.
- ★ Bomba atómica.
- ★ Rendición de Alemania.
- ➔ Avances aliados.



CONSECUENCIAS INMEDIATAS DE LA GUERRA

La Segunda Guerra Mundial ha sido el conflicto más importante y destructivo de la historia por la amplitud de los combates, su carácter planetario y la potencia y alto nivel tecnológico del armamento, lo cual determinó su elevado costo humano y material. Esta guerra modificó las relaciones internacionales y representó un importante punto de inflexión en la historia de la humanidad. Con ella tuvo lugar el fin de la hegemonía europea, se inició el dominio de dos grandes superpotencias, muy pronto contrapuestas en el contexto de la llamada guerra fría: Estados Unidos y la Unión Soviética, y se produjo la emergencia del llamado Tercer Mundo, resultado del proceso descolonizador. Millones de personas en todo el orbe, que habían vivido los horrores de la contienda, esperaban que la paz alcanzada en 1945 se tradujera en un mundo más seguro y más justo, pero estas aspiraciones no se verían confirmadas plenamente.

El costo humano

Se ha calculado que la guerra ocasionó alrededor de 55 millones de muertes, cuatro veces más que en la Gran Guerra. A esta cifra hay que añadir 35 millones de

Los campos de la muerte

Durante toda la guerra funcionaron unos 14 000 campos de concentración donde fueron internados más de 20 millones de personas de 30 países. De ellos, más de 12 millones no alcanzaron el día de la liberación.

heridos, muchos con incapacidad total, y unos 3 millones o 4 millones de desaparecidos, así como las muertes posteriores causadas por el hambre y las enfermedades. El mayor número de pérdidas humanas correspondió a la Unión Soviética con cerca de 26 millones de muertos, más que los que ocasionó la Primera Guerra Mundial en todos los países que participaron en ella. Alemania perdió 6 millones de personas, el doble que en la guerra de 1914; las bajas de Japón superaron los 2,5 millones y las de China, según estimaciones imprecisas, rondan los 5 millones. Las muertes sufridas por Inglaterra, Francia e Italia fueron 365 000, 393 000 y 445 000, respectivamente, menos en todos los casos que las de la primera contienda. Bélgica perdió 100 000 vidas, la mayoría civiles. Holanda



La foto muestra la destrucción de hombres y ciudades: el balance de la guerra. A quienes murieron en los campos de batalla hay que adicionar los millones aniquilados en los campos de concentración y quienes perecieron en las ciudades.

y Noruega tuvieron pocas bajas militares, pero en cambio fueron altas las pérdidas de la población civil, que en Holanda ascendieron a 220 000.

En Europa central y oriental, las bajas civiles resultaron particularmente numerosas, pues incluyen a unos 6 millones de judíos, 4 millones de civiles no judíos, más cerca de otro millón de la resistencia yugoslava. Polonia fue, junto a la Unión Soviética, el país más afectado; se calcula que perdió cerca de 6 millones de habitantes; entre ellos, 4 millones de judíos. Las pérdidas militares de Yugoslavia, Hungría, Rumania y Austria fluctuaron entre 300 000 y 400 000. Grecia y Bulgaria perdieron 74 000 y 20 000 personas, respectivamente. Las bajas norteamericanas en todos los frentes, tanto en el Pacífico como en Europa, ascendieron a unas 385 000, incluidos cerca de 45 000 canadienses, seis veces más que en la Primera Guerra Mundial.

A este desastre demográfico, que tendría efectos duraderos, hay que adicionar el problema de los desplazamientos provocados por la guerra. Alrededor de 10 millones de alemanes fueron expulsados de Polonia, Checoslovaquia y Hungría y enviados hacia Alemania, que había perdido un 25 % de su territorio. Más de 5 millones de checoslovacos y polacos fueron trasladados a los territorios ocupados por los alemanes. Una cifra considerable de polacos se desplazó del este, en poder de la Unión Soviética, hacia el interior del país. Unos 100 000 italianos abandonaron Istria y fueron reemplazados por 20 000 yugoslavos de Macedonia y 10 000 de Bulgaria. En la Unión Soviética ocurrieron traslados desde y hacia las regiones adquiridas, así como de minorías no eslavas (tártaros de Crimea, chechenos y calmucos, por ejemplo, acusados de colaborar con los alemanes), a quienes se ubicaron en el Asia central. En general, el mapa etnográfico de Europa central y oriental se modificó. En Asia y el Extremo Oriente también se planteó el problema de las personas desplazadas por el conflicto, pero en menor escala.

El costo material y psicológico

Las pérdidas materiales ocasionadas por la guerra resultaron colosales; sobre todo, en Europa. En la Unión Soviética se destruyeron totalmente 17 000 ciudades y 70 000 poblados, mientras Alemania perdió el 20 % de sus viviendas y Gran Bretaña el 8 %, debido a los bombardeos. Se calcula en más de 20 millones las viviendas desaparecidas. Durante el conflicto se destruyó una apreciable cantidad de fábricas, vías férreas, carreteras, puentes, instalaciones marítimas y barcos. Solamente la Unión Soviética perdió 65 000 kilómetros de vías férreas y 13 000 puentes. La agricultura resultó también seriamente dañada y su capacidad productiva quedó mermada, pues la tierra fue sembrada de minas y bombas, lo cual influyó en la crisis alimentaria de posguerra. Las destrucciones tuvieron una mayor amplitud en Europa oriental; en especial, en la Unión Soviética, Polonia y Yugoslavia. En Europa occidental, los daños mayores lo sufrieron las comunicaciones (puertos, ferrocarriles, puentes, viaductos) y las grandes ciudades.

En Asia y en África, la guerra se desarrolló en un territorio restringido. No obstante, las destrucciones fueron considerables en Malasia, en las islas del Pacífico donde hubo combates y en varias regiones de China. Japón fue duramente golpeado: Tokio y los principales centros industriales habían sido prácticamente destruidos; Hiroshima y Nagasaki estaban arrasadas por la bomba atómica. El desastre de Japón era de tal naturaleza que, después de su capitulación, Estados Unidos tuvo que



Tren Paris-Burdeos destruido por un sabotaje.



Matanza de Katyn

En Katyn, en el occidente de la Unión Soviética, fueron eliminados cerca de 15 000 oficiales y soldados polacos, que habían sido trasladados por los soviéticos de Polonia, cuando ésta fue ocupada en 1939. El hecho se comprobó por la Cruz Roja en abril de 1943, pese a la negativa soviética.

asegurar su abastecimiento durante un buen tiempo. La guerra trastornó igualmente las economías coloniales en Malasia, Indochina e Indonesia.

Para causar este dantesco panorama de destrucción humana y material, los países beligerantes emplearon un estimado de un billón de dólares. Estados Unidos gastó 341 000 millones, incluidos los 50 000 millones concedidos a varios Estados en virtud de la Ley de Préstamo y Arriendo, aprobada a principios de 1941. Le siguieron Alemania con 272 000 millones, la Unión Soviética con 192 000 millones, Inglaterra con 120 000 millones, Italia con 94 000 millones y Japón con 56 000 millones. El esfuerzo financiero realizado por muchos países, los dejó endeudados —en particular, con Estados Unidos— y creó graves trastornos inflacionarios en la economía de posguerra.

La guerra trajo consigo la ruina moral y política. La utilización sistemática de la tortura por la Gestapo, la dominación de

dictaduras militares y policíacas, la acentuación de los antagonismos de clase y la lucha entre colaboradores y resistentes, crearon hábitos de violencia y de ilegalidad. Con el cese de las hostilidades se conoció en toda su magnitud el fenómeno de los campos de concentración (Auschwitz, Bergen-Belsen, Mauthausen, Buchenwald, etc.), donde por razones étnicas y políticas millones de personas conocieron el infierno. Tales actos de barbarie provocaron un cuestionamiento generalizado de los valores que sustentaban la civilización europea. Filósofos existencialistas y artistas neorrealistas expresaron en sus obras ese sentimiento. Los mismos libertadores no estuvieron exentos de críticas: el lanzamiento de la bomba atómica en Japón y las masacres de polacos descubiertas en los bosques de Katyn, dañaron la imagen de estadounidenses y soviéticos.

El traumatismo moral condujo a los vencedores a organizar un tribunal que afirmaba juzgar en nombre de la conciencia universal los crímenes contra la humanidad. Durante casi un año, del 20 de noviembre de 1945 al 1º de octubre de 1946, sesionó en Nuremberg, otrora capital del nacionalsocialismo, un tribunal integrado por representantes de las cuatro grandes potencias (Estados Unidos, Unión Soviética, Inglaterra y Francia) ante el cual comparecieron 21 acusados. Ellos fueron Hermann Goering, jefe de la aviación; Rudolf Hess, lugarteniente de Hitler hasta 1941; Joachim Ribbentrop, ministro del Exterior; Alfred Rosenberg, teórico del nazismo y ministro de Territorios Ocupados del este; Wilhelm Keitel, jefe de las fuerzas armadas; Hans Frank, gobernador de Polonia; Ernst Kaltenbrunner, jefe de la policía del Estado; Streicher, jefe del movimiento antihebreo; Schacht, ministro de Economía; Walter Funk, presidente del banco del Estado; Doenitz, jefe de la armada y sustituto de Hitler; Raeder, jefe de la flota; Schirach, gobernador de Austria; Alfred Jodl, jefe de estado mayor; Von Papen, ex canciller; Seyss-Inquart, comisario en Bélgica y Holanda; Speer, ministro de Armamentos; Von



Cadáveres extraídos de las fosas comunes de Katyn.



En la foto, una vista de la sala con los acusados al fondo, a la derecha.

Neurath, protector de Bohemia y Moravia; Fritzsche, jefe de Propaganda; Wilhelm Frick, ministro del Interior, y Fritz Sauckel, comisario del Trabajo. A Martin Bormann, que había huido al final de la guerra, se le enjuició en rebeldía. Muy pocos de ellos admitieron su parte de responsabilidad y expresaron remordimientos por sus actos. Se dictaron 12 condenas a muerte en la horca, incluidas la de Goering, quien se suicidó en su celda poco antes de ejecutarse la sentencia, y la de Martin Bormann. El resto fue condenado a penas de cárcel desde cadena perpetua hasta 10 y tres años: Von Papen, Schacht y Fritzsche fueron absueltos. El mayor mérito del tribunal fue haber hecho un balance de las atrocidades cometidas por el fascismo. En Japón, los estadounidenses también organizaron un tribunal para juzgar y castigar los crímenes de los japoneses.

Cambios territoriales

Las modificaciones territoriales que trajo la guerra se aprobaron en su mayoría en Yalta y Potsdam, aunque en la práctica eran el resultado de las relaciones de fuerzas. Los cambios más relevantes tuvieron lugar en Europa. Quedaron anuladas todas las conquistas alemanas posteriores a

1935. Se restablecieron los Estados de Polonia, Checoslovaquia y Austria, aunque esta última quedó dividida en cuatro zonas de ocupación. Alemania perdió casi 100 000 kilómetros cuadrados, cerca de un 25 % de la superficie de 1937 y fue sometida a un régimen de ocupación cuatripartita; situación que representó un foco de tensión durante una buena parte del período de la llamada guerra fría, el cual enfrentó a soviéticos y norteamericanos durante más de cuatro décadas.

En Europa central y oriental, la Unión Soviética y Polonia fueron los más beneficiados. Polonia restituyó a la Unión Soviética los territorios conquistados en 1921 a expensas de Ucrania y Bielorrusia, pero en compensación recibió una parte de Prusia oriental, la Pomerania y la Silesia, con lo cual poseía una importante fachada marítima y un territorio más homogéneo. La Unión Soviética recuperó también los países bálticos y se anexó la región alemana de Königsberg (Kaliningrado), lo que fortaleció su posición en el Báltico. Por otra parte, Rumania restituyó la Besarabia a la Unión Soviética y recuperó la Transilvania de Hungría. Bulgaria perdió su salida al Egeo en beneficio de Grecia. Checoslovaquia entregó a la Unión Soviética



Europa después de la segunda Guerra Mundial.

tica la Rutenia. Finlandia cedió también a la Unión Soviética la Carelia y la región de Petsamo. Otros cambios menores fueron los siguientes: Italia entregó el Dodecanesado (Rhodas) a Grecia, Istria a Yugoslavia y las regiones del Col de Tende y de Grigüe a Francia, mientras España tuvo que evacuar la zona de Tánger, que había ocupado en

junio de 1940, aprovechando la derrota de Francia.

En lo concerniente al Extremo Oriente, en Yalta se había previsto que Japón perdería todas sus posesiones. Pero los cambios territoriales y políticos dependieron, en gran medida, de lo ocurrido en las últimas semanas de la guerra. Manchuria fue ocupada rápidamente por los soviéticos y debió restituirse a China, pero se convirtió en un enclave entre comunistas y nacionalistas chinos. Corea, conforme a lo acordado en Potsdam, fue ocupada al norte del paralelo 38 por los soviéticos y al sur por los norteamericanos, quedando en suspenso su futuro. China recibió Formosa, al tiempo que la derrota de los japoneses reavivó la guerra civil entre los comunistas y el gobierno de Chiang Kai-Shek. La Unión Soviética se anexó el sur de las islas Sajalin y las Kuriles. Estados Unidos se apropió los antiguos archipiélagos japoneses del Pacífico, Marianas, Carolina y Marshall; ocupó Japón y se negó a com-



Las zonas de ocupación en Alemania y Austria.

partir su autoridad con los otros aliados, lo que provocó enconadas discrepancias con los soviéticos.

En cuanto al mundo colonial, Etiopía recobró su independencia y en 1952 recibiría Eritrea, que le proporcionó una salida al mar Rojo. Somalia y Libia fueron ocupadas temporalmente por los ingleses con la promesa de una pronta independencia. El retorno de la paz trajo consigo el despertar del panarabismo en el Medio Oriente, lo cual se expresó en la creación de la Liga Árabe en marzo de 1945. Siria y Líbano, territorios que estaban bajo mandato francés, obtuvieron su independencia en 1943, si bien las tropas extranjeras no se marcharon hasta 1946, año en que Jordania fue también libre. La situación de Palestina resultó más complicada y llevó a la controvertida partición de 1948 entre un Israel judío y un Estado árabe-palestino que nunca se creó y sentó las bases de un conflicto que llega hasta nuestros días. En la región del Sudeste Asiático, británicos, franceses y holandeses recuperaron sus posesiones coloniales, pero en 1945 Viet Nam e Indonesia proclamaron su independencia. En todas partes, los pueblos colonizados tenían la esperanza de una rápida liberación.

La economía

La guerra repercutió de una u otra manera en la economía de casi todos los países del mundo. Una vez iniciado el conflicto, los países beligerantes desarrollados de Europa y Japón perdieron su tradicional papel de exportadores de manufacturas. Estados Unidos ocupó una buena parte de estos mercados; en especial, en América Latina. Pero otros países tuvieron que explotar sus propios recursos para satisfacer la demanda de manufacturas, lo que causó un notable crecimiento de la industria autóctona; por ejemplo, en Australia y Sudáfrica, en algunos países latinoamericanos y en varias regiones de Asia. Gran parte de esta industria no podría resistir la competencia del mundo desarrollado, una vez restablecida la paz; mas, la que sobrevivió constituyó el punto de partida para la industrializa-

ción. También se vieron favorecidas las exportaciones tradicionales del mundo no desarrollado; es decir, las materias primas y los alimentos, cuya demanda y precio aumentaron de manera considerable debido a la caída de la producción entre los beligerantes.

En general, los países que no participaron directamente en la guerra o no fueron dañados por ésta, se beneficiaron de los cambios ocurridos por el conflicto. Esto es cierto, sobre todo, para Estados Unidos, que en 1946 acumulaba el 50 % de la producción mundial de manufacturas contra el 32 % en 1938, y cuya marina mercante se multiplicó por tres en el mismo período. América Latina se vio también favorecida, su parte en las exportaciones mundiales creció del 7 % al 14 % entre 1939 y 1946. En África, las regiones que proporcionaban materias primas como el Congo belga, las zonas del este y Sudáfrica salieron beneficiadas; el resto, en la práctica, terminó perdiendo. En general, las colonias africanas tuvieron que realizar grandes aportaciones económicas para sostener el esfuerzo de guerra de sus metrópolis, además de aportar importantes contingentes de hombres a los frentes de combate.

La organización de la paz

En el proceso que condujo al diseño y organización de la paz hay que señalar dos elementos distintos y a la vez complementarios: las conferencias interaliadas y la creación de la Organización de Naciones Unidas.



Fundación de la ONU. Conferencia de Paz en San Francisco.



Los 51 países fundadores

Arabia Saudita, Argentina, Australia, Bélgica, Bielorrusia, Bolivia, Brasil, Canadá, Colombia, Costa Rica, Cuba, Checoslovaquia, Chile, China, Dinamarca, República Dominicana, Ecuador, Estados Unidos, Etiopía, Filipinas, Francia, Grecia, Gran Bretaña, Guatemala, Haití, Holanda, Honduras, India, Iraq, Irán, Líbano, Liberia, Luxemburgo, México, Nicaragua, Noruega, Nueva Zelanda, Panamá, Paraguay, Perú, Polonia, República Árabe Unida, El Salvador, Siria, República Sudafricana, Turquía, Ucrania, Unión Soviética, Uruguay, Venezuela y Yugoslavia.

A. Las decisiones que debían dejar conformado el mapa político europeo y mundial se adoptaron, en su gran mayoría, en las conferencias de Yalta y de Potsdam, como ya hemos visto con anterioridad. En lo concerniente a Europa, estas conferencias no hicieron más que reconocer una situación que venía dada por el mismo desarrollo de los acontecimientos. Los acuerdos de Yalta y de Potsdam sirvieron de base a los ministros de Relaciones Exteriores de las cinco grandes potencias —Estados Unidos, Unión Soviética, Inglaterra, Francia y China— para elaborar los tratados de paz que se impusieron a Italia, Rumania, Hungría, Finlandia y Bulgaria. Esos tratados se firmaron el 10 de febrero de 1947 en la Conferencia de París, la cual se había iniciado el año anterior y transcurrió en un ambiente caracterizado por agudas discrepancias. El tratado con

Austria no se firmaría hasta 1955, tras 10 años de ocupación cuatripartita. El caso de Alemania quedó pendiente. Si a ello se añade que la Unión Soviética no firmó ningún tratado con Japón, la guerra no tuvo un final diplomático.

B. La idea de crear una organización internacional más eficaz que la Liga de las Naciones apareció durante la guerra. En la Carta del Atlántico, firmada por Inglaterra y Estados Unidos, en agosto de 1941, se mencionó la necesidad de una institución que garantizara la seguridad colectiva en la posguerra. La Declaración de las Naciones Unidas, suscrita el 1º de enero de 1942, reiteró esta aspiración de todos los países que luchaban contra Alemania y sus aliados. En octubre de 1943, en la reunión preparatoria de la Conferencia de Teherán, celebrada en Moscú, se acordó proponer a los jefes de Estado de las tres grandes potencias aliadas, comenzar a dar los pasos necesarios para instituir la ONU, lo cual fue aprobado por éstos. En septiembre-octubre de 1944, en Dumbarton Oaks, Estados Unidos, norteamericanos, británicos, soviéticos y chinos, elaboraron en lo fundamental el proyecto de carta de la nueva organización. Poco después, en Yalta, Roosevelt, Churchill y Stalin aprobaron el proyecto definitivo (al cual se sumó Francia) y convocaron a una conferencia constitutiva que se celebraría en San Francisco, Estados Unidos. La Carta de la ONU se aprobó finalmente el 25 de junio de 1945, pero no entró en vigor hasta el 24 de octubre de ese año, al ser ratificada por la mayoría de los 51 Estados fundadores. A la ONU se sumarían, posteriormente, los organismos especializados existentes y los que fueron surgiendo para formar el Sistema de Naciones Unidas.

La ONU se planteó como objetivos básicos mantener la paz y la seguridad entre las naciones y propiciar su colaboración con vistas al desarrollo económico y social. Para cumplir sus funciones, a la Organización se le dotó de la Asamblea General, el Consejo de Seguridad, el Consejo Económico y Social, el Consejo de Administración Fiduciaria, la Secretaría y la Corte



Firma de la declaración de las Naciones Unidas el 1ero de Enero de 1942 en Washington.

de Justicia. Todos los miembros estarían representados en la Asamblea General con igualdad de derechos, pero sus decisiones tendrían el carácter de recomendaciones. Las funciones ejecutivas se reservaron al Consejo de Seguridad, en el cual las cinco grandes potencias de la época (Estados Unidos, Unión Soviética, Inglaterra, Francia y China) tendrían un asiento permanente y derecho al veto, y cuyos acuerdos serían obligatorios para todos. La acción de Naciones Unidas se paralizaría a menudo por el uso del veto, debido a que las grandes potencias raramente lograban ponerse de acuerdo. La colaboración para el desarrollo quedó a cargo del Consejo Económico y Social directamente y a través de las agencias especializadas. El Consejo de Administración Fiduciaria controlaría la administración de los territorios entregados como fideicomiso a potencias administradoras. Las funciones de la Secretaría serían de carácter



Insignia de la conferencia de paz de San Francisco, prototipo del actual logotipo de las Naciones Unidas.

técnico-administrativo, mientras que la Corte Internacional de Justicia juzgaría los litigios que le fueran sometidos voluntariamente por los países miembros.

Las instituciones económicas y financieras de Naciones Unidas, supuestamente concebidas para propiciar la colaboración en estos campos entre los Estados miembros, reflejaron, sin embargo, el excepcional enriquecimiento de Estados Unidos, que las convirtió en instrumentos reguladores de la economía mundial, en función de sus intereses. Éstos fueron los casos del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo, conocido como Banco Mundial, surgidos de la Conferencia de Bretton Woods, de julio de 1944, y del Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio (GATT) suscrito en La Habana en octubre de 1947.

Tal y como se presentaba en 1945, la ONU tenía el mérito de mantener un lazo permanente entre las grandes potencias, especialmente entre la Unión Soviética y Estados Unidos, cuyas conflictivas relaciones dominarían el escenario internacional en los próximos 45 años. Pero sería también un lugar donde se expresaban sus agudas discrepancias en torno a los más diversos problemas. Un ejemplo entre muchos fue el insólito caso de la representación de China, ostentada hasta principios de la década del 70 por Taiwán, pequeña isla del gigante asiático donde se refugiaron en 1949, bajo protección estadounidense, las tropas de Chiang-Kai Shek derrotadas por la revolución. La resolución sobre la partición de Palestina en dos Estados, uno judío y el otro árabe (que nunca se creó), aprobada en noviembre de 1947, y la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, adoptada en diciembre de 1948, fueron las primeras grandes acciones de la nueva organización.

Tal y como se presentaba en 1945, la ONU tenía el mérito de mantener un lazo permanente entre las grandes potencias, especialmente entre la Unión Soviética y Estados Unidos, cuyas conflictivas relaciones dominarían el escenario internacional en los próximos 45 años. Pero sería también un lugar donde se expresaban sus agudas discrepancias en torno a los más diversos problemas. Un ejemplo entre muchos fue el insólito caso de la representación de China, ostentada hasta principios de la década del 70 por Taiwán, pequeña isla del gigante asiático donde se refugiaron en 1949, bajo protección estadounidense, las tropas de Chiang-Kai Shek derrotadas por la revolución. La resolución sobre la partición de Palestina en dos Estados, uno judío y el otro árabe (que nunca se creó), aprobada en noviembre de 1947, y la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, adoptada en diciembre de 1948, fueron las primeras grandes acciones de la nueva organización.



Declaración Universal de los Derechos del Hombre.



Cinco de los espías más famosos en la guerra



Mathilde Carré (*La Gata*)

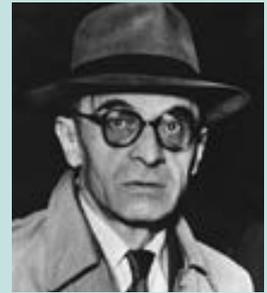
Reclutada por el mayor Czerniawski y entrenada por el Deuxième Bureau. Carré inicio su labor de espionaje a favor de los aliados, integrada en la organización Interrallié, en el otoño del 40. “La Gata” transmitía para el Servicio de Inteligencia inglés, al ser

descubierta y enamorarse del jefe de la contrainteligencia de Alemania en Francia empieza a trabajar como doble agente. Fue detenida en Londres en julio de 1942 y condenada a muerte en 1949, pero logró que le conmutaran la pena por cadena perpetua y salió en libertad en 1954.

Rudolf Rössler (*Lucy*)

Periodista alemán, exiliado en Suiza desde 1933. Gracias a sus contactos en la OKW, éste pudo acceder a información secreta que pasaba al Servicio de Información Suizo, quienes a su vez lo transmitían a los aliados. Al principio trabajó para los ingleses,

pero luego lo hizo para los soviéticos, la red de Lucy ofreció datos sobre los planes “Amarillo” y “Barbarroja”, y sin duda su mayor éxito fueron los informes relacionados a los movimientos germanos previos a la batalla de Kursk, donde ofreció a los soviéticos importantes datos.



Elyesa Bazna (*Cicerón*)

Ayuda de cámara de sir Hughe Knatchbull-Hugessen, embajador británico en Ankara, siendo considerado el espía más caro de la historia. Desde su privilegiada posición, y motivado por fines lucrativos, éste copió fotográficamente informes secretos de la embajada, que

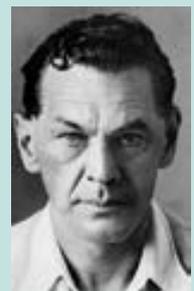
vendió a los servicios secretos alemanes, se calcula que recibió a cambio unas 400 000 libras esterlinas. A principios de 1944 se retiró a Sudamérica, allí se dio cuenta que todo el dinero recibido era falso. Después de la guerra demandó al gobierno federal alemán sin lograr nada.



Richard Sorge

Sin duda, el mejor espía que trabajó para la URSS, aunque sus informes fueron a menudo ignorados por los soviéticos. Periodista y escritor, veterano de la Primera Guerra Mundial, Sorge realizó su labor en Tokio, donde aprovechando su cobertura como

corresponsal del *Frankfurter Zeitung* y a su amistad con el embajador alemán, podía enviar informes diarios a Moscú. Entre sus informes están los planes precisos de invasión a la URSS en junio de 1941, también sobre el poderío militar de Japón, y los planes del ataque a Pearl Harbor.



Tyler Kent

Diplomático norteamericano, responsable de los códigos secretos de la embajada de Estados Unidos en Londres, Kent espía para el *Reich*, desde septiembre de 1939 hasta mayo de 1940) causando graves contratiempos a la causa aliada. Actuó por compromi-

so político más que por ambición, era un “aficionado” y fue descubierto por su falta de profesionalidad. Transmitió más de 1 500 documentos clasificados como “alto secreto” a Alemania via Roma, además de la correspondencia entre Roosevelt y Churchill, y muchos planes secretos más.



FIGURAS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

- Alexander, Harold** (1891-1969). Jefe del cuerpo expedicionario inglés en el continente hasta la retirada anglo-francesa en la batalla de Dunkerque.
- Antonesco, Ion** (1882-1946). Jefe en Rumania de un partido nacionalsocialista. Fue presidente del gobierno desde 1940 y combatió junto a las potencias del Eje. Fue ajusticiado en 1946.
- Badoglio, Pietro** (1871-1956). Mariscal italiano. Fue nombrado jefe de gobierno a la caída de Mussolini y firmó el armisticio con los aliados en 1943.
- Ciano, Galeazzo** (1903-1944). Yerno de Mussolini y ministro de Asuntos Exteriores en el régimen fascista. Fue ejecutado en Verona.
- Chamberlain, Neville** (1869-1940). Primer ministro inglés al comenzar la guerra. Fracasó en sus intentos de “apaciguar” a Hitler a costa de otros países. Falleció poco después de ser sustituido por Churchill.
- Churchill, Winston** (1874-1965). Primer ministro inglés desde 1940 y decidido partidario de la lucha contra Hitler, a pesar de su pensamiento conservador. Tuvo una actuación destacada durante la guerra. Al terminar la contienda fue sustituido en su cargo por el laborista Clement Attlee, en correspondencia con el ambiente progresista que reinaba entonces en Europa.
- Daladier, Edouard** (1884-1970). Primer ministro de Francia al iniciarse la guerra. Partidario de la política de “apaciguamiento”, tuvo gran responsabilidad en la falta de preparación de su país para la guerra.
- De Gaulle, Charles** (1890-1970). General francés. Fue el más enérgico representante militar en la resistencia contra los alemanes y cuando éstos ocuparon Francia, marchó a Londres y organizó el movimiento de la Francia Libre. Entró en París en 1944 y fue designado presidente del gobierno provisional constituido tras la liberación.
- Doenitz, Karl** (1891-1980). Almirante alemán, sucesor de Hitler y firmante de la rendición ante los aliados.
- Eden, Anthony** (1897-1977). Político conservador inglés y ministro de Relaciones Exteriores del país durante la guerra.
- Eisenhower, Dwight** (1890-1969). General estadounidense, jefe de los ejércitos que desembarcaron en Normandía en junio de 1944. Fue presidente de su país de 1953 a 1961.
- Elser, Georg**. Carpintero de Munich, el 8 de noviembre de 1939 realizó un atentado contra Hitler. La bomba estalló poco después que Hitler abandonara la tribuna donde pronunció un discurso. Su acción constituye un ejemplo de la resistencia interior al fascismo.
- Franco, Francisco** (1892-1975). A pesar de su afinidad ideológica con Hitler y Mussolini, que lo ayudaron a establecer el régimen falangista en España, no participó directamente en la guerra, si bien envió la llamada “división azul” al frente oriental.
- Giraud, Henri** (1879-1949). General francés. Cayó prisionero en 1940; se evadió dos años después y dirigió la resistencia en el norte de África tras la muerte de Darlan, pero chocó con De Gaulle y fue eliminado políticamente en 1943.
- Goebbels, Paul Joseph** (1897-1945). Ministro de Propaganda de Alemania y cercano colaborador de Hitler. Se suicidó junto a su familia, para no caer en manos de los aliados.
- Goering, Hermann** (1893-1946). Mariscal alemán y segundo al mando del país. Trató de huir y fue apresado por los aliados. Fue condenado a muerte por el Tribunal de Nuremberg, pero se suicidó antes de que se ejecutara la sentencia.
- Hess, Rudolph** (1894-1987). Uno de los principales lugartenientes de Hitler. En 1941, al parecer sin el consentimiento de Hitler, voló a Inglaterra y allí fue hecho prisionero. Fue juzgado en Nuremberg y sentenciado a cadena perpetua.



- Himmler, Heinrich** (1900-1945). Jefe de la guardia personal de Hitler y de la policía política de la dictadura fascista, la tenebrosa Gestapo. Se suicidó en mayo de 1945.
- Hiro Hito** (1901-1989). Emperador de Japón desde 1926. Después de la guerra, los norteamericanos lo mantuvieron en el trono como soberano constitucional.
- Hitler, Adolf** (1889-1945). Jefe del Partido Nacionalsocialista (nazi). Expuso sus ideas reaccionarias en su libro *Mein Kampf* (Mi lucha). Llegó al poder en 1933 con la ayuda de los grandes monopolios y terratenientes, y a partir de ese momento se dedicó a poner en práctica sus nefastas ideas, desencadenando así una nueva guerra. Ante la inminente ocupación de Berlín por los soviéticos se suicidó junto a su esposa, Eva Braun, el 30 de abril de 1945.
- Horthy, Miklos** (1868-1957). Militar y político reaccionario húngaro, regente del país de 1920 a 1944. Combatió junto a las potencias del Eje.
- Jodl, Alfred** (1890-1946). Jefe del estado mayor de las fuerzas alemanas durante la guerra. Murió ejecutado por sentencia del Tribunal de Nuremberg.
- Keitel, Wilhelm** (1882-1946). Mariscal alemán, uno de los jefes del ejército germano durante la guerra. Ejecutado por sentencia del Tribunal de Nuremberg.
- Koniev, Iván** (1897-1973). Mariscal soviético que se destacó durante la guerra. Fue uno de los protagonistas de la gran ofensiva de 1945.
- Konoye, Fuminaro** (1891-1945). Político japonés de tendencia moderada, hizo reiteradas gestiones para lograr la paz. Se suicidó en 1945.
- Laval, Pierre** (1883-1945). Político francés, jefe del gobierno de Vichy durante la guerra. Fue ejecutado en 1945 por colaboración con el enemigo fascista.
- Leopoldo III** (1901-1983). Rey de Bélgica de 1934 a 1951. Durante la contienda fue prisionero de los alemanes. Su conducta desagradó al pueblo belga, que lo obligó a abdicar tras un largo y conflictivo proceso.
- MacArthur, Douglas** (1880-1954). General norteamericano y jefe de las fuerzas de su país en el Pacífico. Tuvo un notable papel en la lucha contra Japón.
- Malinovsky, Rodin** (1898-1967). Mariscal soviético con una destacada participación en la guerra. Fue el jefe de los ejércitos que ocuparon Austria en 1945.
- Montgomery, Bernard** (1887-1976). Mariscal británico, jefe de las fuerzas aliadas en el norte de África de 1942 a 1943. Derrotó las fuerzas alemanas e italianas, expulsándolas definitivamente del escenario norafricano.
- Mountbatten, Louis** (1900-1979). Jefe del ejército británico en el Sudeste Asiático durante la guerra. Último virrey de la India.
- Mussolini, Benito** (1883-1945). Fundador del fascismo italiano y dictador de su país desde 1922. A mediados de los años 30, se alineó con Hitler. Entró en la guerra en 1940, provocando desastres en Grecia y en el norte de África. Destituido en 1943, se evadió de la cárcel con ayuda alemana y formó en el norte de Italia la llamada República Social. Detenido cuando huía en 1945, fue ejecutado por guerrilleros antifascistas.
- Paulus, Friedrich von** (1890-1957). Mariscal alemán, jefe del grupo de ejércitos que sitió a Stalingrado (hoy, Volgogrado) a finales de 1942. Fue vencido y capturado por los soviéticos junto a unos 90 000 de sus hombres. Desobedeció la orden de Hitler de suicidarse antes de ser capturado. Fue ministro en la República Democrática Alemana, surgida en 1949.
- Pavelic, Ante** (1889-1959). Jefe del Estado satélite de Croacia, creado por los alemanes tras la ocupación y desintegración de Yugoslavia. Fue responsable de monstruosos crímenes contra los serbios. Murió en el destierro.
- Pétain, Henri Philippe** (1856-1951). Mariscal profascista francés que firmó el

armisticio en 1940 y fue nombrado jefe del llamado Estado de la Francia Libre. Al terminar la guerra fue enjuiciado y condenado a muerte, pero se le perdonó la vida y murió en prisión.

Quisling, Vidkun (1887-1945). Jefe de un partido noruego nacionalsocialista. Ayudó a los alemanes para que ocuparan Noruega. Dictador de su país de 1942 a 1945, fue ejecutado en este año. Su nombre ha pasado a ser sinónimo de gobernante títere y traidor a su propio pueblo.

Ribbentrop, Joachim von (1893-1946). Ministro de Relaciones Exteriores de Hitler y uno de sus cercanos lugartenientes. Fue ejecutado en 1946 por sentencia del Tribunal de Nuremberg.

Rokossovsky, Konstantin (1896-1968). Destacado mariscal soviético de origen polaco. Fue uno de los jefes de la gran ofensiva rusa del final de la contienda y liberador de Polonia.

Rommel, Erwin (1891-1944). Mariscal alemán, se distinguió en las campañas del norte de África. Enemistado con Hitler, murió por suicidio.

Roosevelt, Franklin Delano (1882-1945). Presidente de Estados Unidos desde 1933 hasta su muerte, el 12 de abril de 1945. Desde que su país se incorporó a la guerra, en diciembre de 1941, fue partidario de la más amplia colaboración en la lucha contra la Alemania y sus aliados. Defendió la creación de la ONU y abogó por el mantenimiento de la colaboración entre las grandes potencias aliadas en la posguerra.

Stalin, Iossif (1879-1953). Sucesor de Lenin al frente de la Unión Soviética. Desempeñó un destacado papel en la industrialización de su país y en la victoria sobre la Alemania y sus aliados. Después de su muerte, en 1953, fueron

revelados los graves errores y crímenes cometidos bajo su mandato.

Tibet, P. W. y Ferebbe, Th. W. Tripulantes del bombardero norteamericano que arrojó sobre Hiroshima la primera bomba atómica de la guerra, el 6 de agosto de 1945.

Tiso, Josef (1887-1947). Sacerdote católico y jefe del Estado satélite de Eslovaquia creado por los alemanes. Murió ejecutado por su traidora actitud.

Tito, Josip Broz (1892-1980). Jefe de los comunistas y de la resistencia yugoslava contra los alemanes. Al concluir la guerra, creó la nueva Yugoslavia y fue elegido su presidente vitalicio.

Tojo, Hideki (1884-1948). Primer ministro japonés de 1941 a 1944. Fue ejecutado.

Truman, Harry S. (1884-1972). Sucesor de Roosevelt en la presidencia norteamericana y gobernó hasta 1953. Ordenó el criminal lanzamiento de las bombas atómicas sobre Japón. Impulsó la ruptura de la colaboración entre las grandes potencias e inició la llamada “guerra fría”.

Yamamoto, Isoroku (1884-1943). Almirante japonés, jefe de la operación de Pearl Harbor. Dirigió las operaciones navales de la guerra hasta su muerte.

Yamashita, Tomoyuki (1885-1946). General japonés que logró la conquista de Singapur en 1942, lo que le valió el sobrenombre de “tigre de la Malasia”. Dirigió la resistencia en Filipinas contra los ataques norteamericanos. Fue enjuiciado y ejecutado como criminal de guerra.

Zukov, Gregori (1896-1974). Este mariscal fue el más destacado de los militares soviéticos durante la guerra. Dirigió las victoriosas batallas de Moscú y Stalingrado, así como la ofensiva final de la contienda, entre otras muchas acciones.



PRINCIPALES SUCESOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

1939

- 1º de septiembre. Invasión a Polonia. Comienza la Segunda Guerra Mundial.
- 17 de septiembre. Los alemanes llegan a Brest-Litovsk.
- 17 de septiembre. Los rusos invaden Polonia por el este.
- 28 de septiembre. Los alemanes ocupan Varsovia.
- 30 de septiembre. Tratado Germano-Soviético de Amistad y Fronteras.
- 30 de noviembre. Se inicia la guerra entre la Unión Soviética y Finlandia.
- 13 de diciembre. Empieza la batalla del Río de la Plata, la cual se prolonga cuatro días.
- 30 de diciembre. La Unión Soviética es expulsada de la Liga de las Naciones por su guerra con Finlandia.

1940

- 12 de marzo. Firma de la paz entre la Unión Soviética y Finlandia.
- 9 de abril. Alemania invade Noruega y Dinamarca.
- 10 de mayo. Invasión alemana a Holanda, Bélgica y Luxemburgo.
- 15 de mayo. Rendición de Holanda.
- 28 de mayo. Capitulación de Bélgica.
- 29 de mayo. Fuerzas anglo-francesas comienzan el reembarque en Dunkerque, el cual se prolonga hasta el 3 de junio.
- 10 de junio. Italia les declara la guerra a Francia e Inglaterra.
- 14 de junio. Los alemanes entran en París.
- 17 de junio. Los soviéticos inician la ocupación de las repúblicas bálticas.
- 22 de junio. Armisticio franco-alemán en Compiègne.
- 27 de junio. Los soviéticos ocupan Besarabia y Bucovina en poder de Rumania desde 1918.
- 3 de julio. La escuadra inglesa hunde la flota francesa en el norte de África.
- 15 de julio. Comienzan bombardeos masivos sobre Inglaterra.
- 27 de septiembre. Alemania, Italia y Japón firman un pacto económico y militar por 10 años, el llamado Pacto de Acero.

- 28 de octubre. Italia ataca a Grecia, donde es repelida con la ayuda de los ingleses.
- 11 de noviembre. Ataque naval inglés a la base de Tarento.
- 9 de diciembre. Empieza fuerte contraataque inglés en el norte de África.

1941

- 9 de febrero. Los alemanes, mandados por Rommel, desembarcan en el norte de África.
- 7 de marzo. Tropas inglesas invaden Etiopía.
- 31 de marzo. Comienza la ofensiva germano-italiana en el norte de África.
- 5 de abril. Fuerzas británicas conquistan Addis Abeba.
- 6 de abril. Ultimátum alemán a Grecia y Yugoslavia, las cuales son ocupadas unos días más tarde.
- 10 de mayo. Rudolf Hess, alto dirigente nazi, llega a Escocia en su avión (con intención de negociar) y es apresado.
- 20 de mayo. Los alemanes invaden la isla de Creta.
- 20 de mayo. Fin de la campaña de Abisinia (Etiopía).
- 22 de junio. Alemania invade la Unión Soviética, sin previa declaración de guerra.
- 6 de julio. Los rusos se retiran a la línea Stalin.
- 16 de julio. Los alemanes toman Smolensk.
- 27 de julio. Las fuerzas germanas entran en Ucrania.
- 11 de agosto. Churchill y Roosevelt firman la Carta del Atlántico.
- 3 de septiembre. Los alemanes bloquean Leningrado, cerco que se prolongaría hasta el año 1944.
- 19 de septiembre. Los alemanes toman Kiev, capital de Ucrania.
- 16 de octubre. Las tropas alemanas llegan a 90 kilómetros de Moscú en una ofensiva iniciada el día 2 de octubre.
- 16 de octubre. Los alemanes entran en Odesa.
- 18 de noviembre. Los ingleses contraatacan en el escenario africano.

- 27 de noviembre. Se inicia contraofensiva rusa que detiene el avance de los alemanes hacia Moscú y los hace retroceder.
- 7 de diciembre. Los japoneses atacan la base norteamericana de Pearl Harbor.
- 8 de diciembre. Estados Unidos e Inglaterra declara la guerra a Japón.
- 11 de diciembre. Estados Unidos declara la guerra a Alemania e Italia.

1942

- 1º de enero. Veintiséis naciones suscriben en Washington la Declaración de las Naciones Unidas, surgiendo así la alianza antifascista, la cual se compromete a luchar hasta la derrota incondicional de Alemania y sus aliados.
- 2 de enero. Los japoneses entran en Manila.
- 10 de enero. Los japoneses comienzan la invasión a las islas holandesas.
- 21 de enero. Nueva ofensiva de Rommel en África.
- 15 de febrero. Rendición de Singapur ante los nipones.
- Abril. Los japoneses conquistan Birmania.
- 3 de junio. Batalla de Midway, contención de los japoneses en el Pacífico.
- 10 de junio. Los alemanes incendian la ciudad de Lidice como represalia por el ajusticiamiento de Heydrich, jefe de la Gestapo y “protector” de Bohemia.
- 3 de julio. Los alemanes toman Sebastopol.
- 28 de julio. Las tropas alemanas avanzan hacia el Cáucaso.
- 1º de septiembre. Empieza la batalla de Stalingrado.
- 12 de octubre. Se inicia la batalla de Guadalcanal, la cual terminara con una victoria aliada en febrero del siguiente año.
- 23 de octubre. Batalla del Alamein, Egipto, la más importante en el escenario africano, la cual termina con una victoria aliada.
- 8 de noviembre. Desembarco aliado en el norte de África con fuerte presencia norteamericana.
- 19 de noviembre. Contraofensiva soviética en Stalingrado.
- Diciembre. Fracasan tentativas de ayuda a las tropas alemanas en Stalingrado con fuerzas trasladadas del Cáucaso.

1943

- 14 de enero. Conferencia de Casablanca entre Churchill y Roosevelt, la cual se prolonga por 10 días.
- 23 de enero. Los ingleses entran en Trípoli.
- 31 de enero. Von Paulus se rinde ante los soviéticos. Termina la decisiva batalla de Stalingrado.
- 7 de mayo. Los aliados ocupan Túnez.
- 22 de mayo. Stalin disuelve la Tercera Internacional en función de sus relaciones con Occidente.
- 5 de julio. Comienza la gran batalla de Kursk, en la que los soviéticos infringen una aplastante derrota a las fuerzas mecanizadas de Alemania y toman la iniciativa estratégica en el frente oriental.
- 10 de julio. Los aliados desembarcan en Sicilia.
- 28 de julio. Mussolini es obligado a dimitir.
- 12 de septiembre. Mussolini es liberado por un comando alemán y forma la República Social en el norte de Italia.
- 25 de septiembre. Los soviéticos recuperan Smolensk y expulsan a los alemanes de otros territorios.
- 30 de septiembre. Los aliados entran en Nápoles.
- 13 de octubre. Italia le declara la guerra a Alemania.
- 6 de noviembre. Los soviéticos recuperan Kiev y empieza la expulsión de los alemanes de toda Ucrania.
- 22 de noviembre. Conferencia de El Cairo con Roosevelt, Churchill y Chiang Kai-Shek.
- 28 de noviembre. Inicio de la Conferencia de Teherán, en la cual Roosevelt, Churchill y Stalin acuerdan medidas para acelerar el fin de la contienda bélica y para la organización del mundo de posguerra.

1944

- 15 de febrero. Reconquista total de las islas Salomón por los aliados.
- 11 de abril. Tras la poderosa ofensiva de Ucrania, los soviéticos entran en Rumania.
- 9 de mayo. Los soviéticos liberan Sebastopol.



- 4 de junio. Los aliados entran en Roma casi un año después del desembarco en Sicilia.
- 6 de junio. Operación Overlord: desembarco aliado en Normandía.
- 10 de junio. Ofensiva soviética que termina con la liberación de Finlandia.
- 3 de julio. Los soviéticos recuperan Minsk.
- 1º de julio. Conferencia financiera en Bretton Woods.
- 31 de julio. Comienza la insurrección de Varsovia con un trágico fin.
- 18 de julio. Dimite el general Tojo en Japón.
- 20 de julio. Atentado fallido contra Hitler, el cual desencadena una feroz represión.
- 26 de agosto. De Gaulle entra en París casi tres meses después del desembarco en Normandía.
- 5 de septiembre. Liberación de Bruselas.
- 5 de septiembre. La Unión Soviética declara la guerra a Bulgaria y comienza su liberación.
- 8 de septiembre. Cae primera bomba alemana autopropulsada V-2 sobre Inglaterra.
- 28 de septiembre. Ofensiva soviética que concluye con la liberación de Yugoslavia.
- 9 de octubre. Conferencia de Moscú entre Churchill y Stalin.
- Octubre. Las tropas soviéticas luchan por la liberación de Hungría.
- 19 de octubre. Batalla naval de las Filipinas.
- 16 de diciembre. Ofensiva alemana en las Ardenas, que puso en difícil situación a los aliados.

1945

- 13 de enero. Se inicia la poderosa ofensiva soviética, la cual no se detendrá hasta el fin de la guerra. Se adelantó en 10 días para ayudar a los aliados, en aprietos por la ofensiva alemana de las Ardenas.
- 23 de enero. Los soviéticos toman Varsovia, después de sangrientos combates.
- 23 de enero. Los soviéticos llegan al Oder.
- 4 de febrero. Comienza la Conferencia de Yalta entre Stalin, Churchill y Roosevelt, dedicada a precisar los problemas finales de la contienda armada y la estructuración del mundo de posguerra.
- 5 de febrero. MacArthur ocupa Manila.
- 15 de febrero. Los aliados occidentales alcanzan el Rin.
- 28 de marzo. Los soviéticos liberan Austria.
- 1º de abril. Los estadounidenses toman Okinawa.
- 12 de abril. Muere Roosevelt y lo sustituye Truman.
- 20 de abril. Los soviéticos entran a Berlín en la batalla final contra Alemania.
- 23 de abril. Soviéticos y norteamericanos se encuentran en Torgau, Alemania.
- 28 de abril. La resistencia italiana apresa y ejecuta a Benito Mussolini.
- 30 de abril. Hitler se suicida en su *Bunker* de Berlín.
- 2 de mayo. Berlín se rinde ante los soviéticos.
- 8 de mayo. Rendición incondicional de Alemania ante los soviéticos y sus aliados occidentales.
- 17 de julio. Comienza la Conferencia de Potsdam, última de las potencias aliadas, dedicada básicamente a la organización del mundo de posguerra. Se advirtieron ya discrepancias entre los aliados.
- 6 de agosto. Lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima a las 9 y 15 de la mañana por un avión B-29 pilotado por el coronel P. W. Tibbet y por el comandante Th. W. Ferebee.
- 8 de agosto. La Unión Soviética declara la guerra al Japón de acuerdo con el compromiso contraído en Yalta, y enseguida inicia una ofensiva por el Lejano Oriente.
- 9 de agosto. Lanzamiento de la bomba atómica sobre Nagasaki.
- 14 de agosto. Capitulación incondicional de Japón.
- 2 de septiembre. Japón firma la paz ante los estadounidenses. Termina la Segunda Guerra Mundial.

Libros de la colección

**NUEVA HISTORIA UNIVERSAL 1
HISTORIA ANTIGUA Y MEDIEVAL**

**NUEVA HISTORIA UNIVERSAL 2
EL MUNDO EN LA ÉPOCA MODERNA
SIGLOS XVII-XVIII**

**NUEVA HISTORIA UNIVERSAL 3
EL MUNDO EN LA ÉPOCA MODERNA
SIGLO XIX**

**NUEVA HISTORIA UNIVERSAL 4
EL MUNDO EN EL SIGLO XX
1900-1945**

**NUEVA HISTORIA UNIVERSAL 5
EL MUNDO EN LOS SIGLOS XX Y XXI
1946-2012**

La *Nueva Historia Universal* en cinco volúmenes que publicamos, parte del enfoque de una historia comparada, en la cual se exponen los más relevantes hechos y problemas del devenir de la humanidad, desde sus orígenes hasta el accionar histórico del siglo xx. Sus autores, un colectivo de profesores universitarios, que se propusieron múltiples objetivos en integrales reflexiones desde basamentos económicos, sociopolíticos, culturales, de mentalidades, y de algunos aspectos de la vida cotidiana, bajo la idea de una historia más global, con centro en el hombre. En ella se ofrece una visión distante de las concepciones eurocentristas y primermundista.

En este cuarto volumen de la *Nueva Historia Universal* se exponen —en su compleja dinámica— los momentos históricos trascendentales desde 1900 hasta 1945. Los autores brindan una visión generalizadora del acontecer del siglo xx, logrando la necesaria interrelación entre los distintos factores que condicionan los diferentes hechos y procesos abordados, destacando el papel de las personalidades y de las masas. Tras una caracterización general de los inicios de la pasada centuria, en la cual se ponen de manifiesto las agudas contradicciones interimperialistas de la época, los autores reflexionan sobre la primera conflagración mundial y el nuevo reparto del mundo al que ella condujo, así como acerca de la crisis revolucionaria generada por la guerra, enfatizando en el triunfo de la Revolución rusa.

También ocupan las páginas del presente tomo la crisis del liberalismo y el auge del fascismo y de los movimientos afines. Asimismo, se destacan las luchas populares en los países coloniales y dependientes de América Latina, Asia, África y Medio Oriente. El enfoque del texto da relevancia al papel de las relaciones internacionales y constituye un significativo aporte al abordaje de la Segunda Guerra Mundial y sus repercusiones, puesto que determinó la configuración de una nueva realidad internacional.

Informaciones referentes a la ciencia, la cultura, la vida cotidiana y las mentalidades, permiten ofrecer una visión más global o totalizadora de la historia del mundo en las décadas objeto de estudio.



CASA
de ALTOS
ESTUDIOS Don
Fernando Ortiz
UNIVERSIDAD DE LA HABANA

ISBN 978-959-293-060-5



9 789592 930605